SERIE CRAVE

éxtasis



Adéntrate en el Reino. No querrás salir.

TRACY WOLFF

Planeta

Índice

Sinopsis

Han pasado tres meses desde que mis amigos y yo derrotamos a Cyrus. Tres meses en los que mi mayor temor ha sido lo que vendrá después… Debería haber sabido que esto era demasiado bueno para durar, y ahora todo se está rompiendo en mil pedazos.

No me queda otra opción que volver al Reino de las Sombras y enfrentarme a la terrible reina que casi acaba con todos nosotros. Debo hacer un pacto con ella para salvar a Mekhi, pero esta vez me llevaré a mis poderosos amigos conmigo, y también a Hudson, aunque siento que le pasa algo raro; nos está ocultando un secreto, incluso a mí.

Lo único que sé es que nuestras vidas corren peligro, y todo es culpa mía porque aún le debo un favor a la Anciana… y claramente ha venido a buscarlo.

Éxtasis

(Serie Crave 6)

Tracy Wolff

Traducción de Roser Granell y Pura Lisart



Para la gente a la que quiero:
Steph, Adam, Noor y Omar.
Por siempre y para siempre

1

Enlaza tus pensamientos

—¿Crees que volveremos a ver este lugar?

Se me escapa la pregunta mientras Hudson y yo paseamos por el campus hasta el restaurante en el que en teoría hemos quedado con Eden y Heather.

En un principio íbamos a encontrarnos en el centro universitario, pero el café del restaurante es mejor, y me parece que Heather está intentando impresionar a cierta dragona.

—Pues claro que volveremos a verlo —asegura, y desliza su mano por la mía para reconfortarme—. ¿Por qué lo preguntas?

Le lanzo una mirada.

—La última vez que estuvimos en el Reino de las Sombras nos costó años encontrar el modo de volver a este mundo. ¡Y te olvidé!

La culpa por todo lo que olvidé ha estado carcomiéndome durante meses, pero, ahora que por fin han vuelto los recuerdos del tiempo que pasamos en Adarie..., es como si me hubieran propinado un puñetazo en el corazón.

Lo único que me apetece es darme la vuelta e irme a casa para pensar en todo esto. Mientras pongo en orden los recuerdos para estar con Hudson, valoro con cariño todas las cosas que me hicieron enamorarme de él aquella primera vez..., incluidos sus puñeteros reclamos de ave.

El hecho de que se guardara para sí mismo todo esto durante meses cuando regresamos y que yo no tuviera ni idea... No puedo ni describir el dolor que me causa. Hace que se me revuelva el estómago y que cada parte de mi ser se convierta en una enorme herida abierta.

Cosa que solo empeora cuando Hudson se ríe de mí.

—Lo dices como si fuera un crimen —añade.

—Pues a mí me lo parece —contesto al tiempo que lucho contra las lágrimas que me arden en los ojos.

Me da un apretón en la mano y me acaricia una y otra vez el doble anillo de compromiso que llevo en el anular izquierdo, mitad de Ciudad Gigante, mitad del Reino de las Sombras.

—Ya te lo he dicho, soy un tío que ha tenido la suerte de que su chica se enamore de él dos veces. No me siento mal por ello.

—Por ahora.

Él enarca una ceja mientras me contempla con sus ojos azules y traviesos.

—¿Significa eso que estás planeando «desenamorarte» de mí? —pregunta—. Porque, de ser así, me opongo a esa parte del plan.

—Pues claro que no tengo planeado desenamorarme de ti —le respondo con un resoplido—. Y tampoco es que planeara desenamorarme de ti la última vez que salimos del Reino de las Sombras. Pero así es la vida.

Y eso sin mencionar que todavía no sabemos la razón por la que perdí la memoria. En cuanto recuperé los recuerdos, Hudson sugirió que quizá tuviera algo que ver con la salvajada de magia del tiempo que me azotó, pero yo tengo mis dudas.

—Pues entonces seré el tío que tendrá el increíble honor de que su compañera se enamore de él tres veces. Podría ser peor.

—Ya, porque la última vez nos fue de maravilla. —Niego con la cabeza—. No me puedo creer todo lo que...

—Oye. —Me interrumpe, y me envuelve entre sus brazos en la ajetreada acera, entre una tienda y mi restaurante favorito de tacos de pescado—. La última vez salió todo bien. Estamos aquí, ¿no?

—Ahora —reprocho—. Ahora sí que estamos aquí.

Pero ha habido muchos meses que hemos perdido en los que no estábamos así. Ha habido mucho dolor, mucho sufrimiento, mucha angustia. ¿Tanto le cuesta entender que no me haga ninguna ilusión la idea de que alguno de los dos tenga que volver a pasar por lo mismo?

—El ahora es lo único que importa. Eres mi compañera. Siempre serás mi compañera y yo te voy a querer siempre. Es imposible no hacerlo. —Le brillan los ojos cuando añade—: Oye, «atravesé el tiempo por ti, Grace. Te quiero. Desde siempre». Y siempre lo haré.

Es absurdo, pero, aunque sé que está citando una frase de una de nuestras películas favoritas de los meses que pasamos atrapados en su pseudoguarida, eso no evita que se me derrita el corazón. Aunque tampoco es que Hudson haya tenido nunca ningún problema para

derretirme el corazón… o el resto de mí. Ni siquiera al principio.

Sin embargo, eso no me impide tocarle las narices un poco.

—Ha llamado James Cameron. Quiere que le devuelvas su frase.

Se ríe.

—Lo has pillado, ¿eh?

—¿Que te has marcado un *Terminator* conmigo? Sí, lo he pillado.

—No es culpa mía que esa peli tenga tan buenas frases.

—No, pero lo que sí que es culpa tuya es ese amor tan absoluto e infinito que sientes por ella. —Le doy la mano y tiro de él para meternos en la tienda.

—¿Qué puedo decir? En el fondo soy un romántico. —Mira a su alrededor—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Pues echarle un vistazo a la sección de papel de regalo y accesorios. Quiero ver si tienen algún lazo con purpurina —explico mientras lo guío al fondo del local.

Teniendo en cuenta la manera en que me ha estado mirando desde que le dije que me acordaba de todo lo que ocurrió en el Reino de las Sombras, no creí que fuera posible, pero, sí: la mirada de Hudson se endulza todavía más.

—¿Quieres llevarle más lazos?

En su voz se atisba tanto dolor como el que siento yo en el corazón cuando ambos recordamos a Humito, la umbrita a la que él quería como a una hija. La que sacrificó su vida para salvar la de él. No, no está muerta. Debo creer que está en algún lugar, esperando a que Hudson vuelva a encontrarla.

—Venga, no te pongas cursi conmigo. Es todo por puro egoísmo mío —contesto con una tos para deshacerme el nudo de la garganta. Cojo un grueso rollo de cinta dorada con purpurina y analizo el paquete—. Tengo que gustarle a Humito.

—Ya le gustas.

Aparto la vista de mi dilema entre el lazo con purpurina rojo o el rosa eléctrico para lanzarle una mirada de «¿Estás de coña?». Entonces él se apresura a escoger ambos carretes de cinta, además de uno de color plata con extra de purpurina, y se dirige a la caja registradora más cercana.

—Bueno, igual *gustar* es una palabra muy fuerte. —Se detiene para coger una caja de Pop-Tarts de cereza del estante de aperitivos que hay de camino a la caja de autoservicio.

—Igual es una mentira como una casa —replico a la par que saco la tarjeta de crédito para pagar.

Pero Hudson se me adelanta, como hace siempre, y pasa su American Express negra. Me guardo las compras en la mochila mientras salimos de la tienda.

No dice nada más por el camino, pero me agarra de la mano como si fuera un salvavidas.

No puedo evitar preguntarme si estará más preocupado por este viaje de lo que deja entrever, pero, antes de que pueda comentárselo, murmura:

—Estará allí, ¿verdad?

—Seguro —respondo, y le doy un apretón superfuerte en la mano —. Vamos a encontrarla, Hudson. Empezaremos por la granja y, si Humito no está allí, seguiremos buscando hasta que descubramos dónde se ha metido. Pero estará esperando a que vuelvas a encontrarla. Y la encontraremos. Te lo prometo.

Asiente, pero noto que sigue preocupado. Y no lo culpo. Humito me odiaba, pero yo no podía evitar quererla aunque solo fuera porque ella amaba a este chico que nunca había conocido el amor, pero se lo merecía todo. Y ahora que recuerdo el Reino de las Sombras y todo lo acontecido allí, su ausencia me destruye. No puedo ni imaginarme cómo se habrá sentido Hudson durante estos meses.

—Oye —le digo mientras nos dirigimos a un hueco entre dos edificios—. Escúchame. Vamos a encontrar a esa umbrita ridícula.

Intento infundir a mi mirada toda la confianza de la que soy capaz con la esperanza de que el miedo a que Humito no sobreviviera quede tan escondido en lo más profundo de mí que Hudson no lo perciba. Porque, por mucho que sepamos que el fuego de dragón del tiempo resetea las líneas temporales y manda a aquellos que han entrado al Reino de las Sombras al punto en el que se encontraban antes de entrar en Noromar… No tengo ni idea de qué le ocurriría a una criatura que ha nacido allí mismo.

Aprieto la mandíbula para quitarme de la cabeza la idea de que Humito haya desaparecido para siempre y le sostengo la mirada a Hudson deseando que me crea cuando le digo que la umbra estará bien.

Cuando le salen arruguitas alrededor de los ojos y esboza una media sonrisa que le levanta una de las comisuras de la boca, dejo

escapar un largo suspiro de alivio. Él niega con la cabeza.

—Sí que es ridícula, ¿verdad?

—Muy ridícula. Y si quiere venirse aquí con nosotros, pues también encontraremos la forma de que venga.

—¿Y qué haremos cuando la traigamos aquí? No es que pase desapercibida.

—Pues la esconderemos, por supuesto. Como hizo Lilo con Stitch..., solo que mejor.

Él se ríe, como yo pretendía, pero aún percibo preocupación en sus ojos. Me mata. Hudson ha hecho muchísimo por mí, siempre se ha asegurado de que me sintiera segura, incluso en mitad de las peores situaciones imaginables, y casi nunca me ha pedido nada para él.

Esto es lo único que necesita: saber que Humito está feliz, sana y salva. Por supuesto que voy a remover cielo y tierra para asegurarme de que tenga lo que desea.

Me contempla un instante, busca en mis ojos la respuesta a una pregunta que ni siquiera sabe que está haciéndome.

—Te quiero, Grace.

—A través del tiempo. Ya lo sé —le chincho.

—A través de todo —asegura, y nunca lo he visto tan serio.

—Yo también te quiero. —Me inclino y le doy un beso deleitándome en la pequeña chispa de sensaciones que se abre paso por mi cuerpo en el momento en el que nuestros labios se tocan—. Pase lo que pase.

Se mueve para profundizar el beso y yo le dejo, porque nunca quiero decir que no en lo que se refiere a este chico. Y también porque me pierdo en el momento en el que me roza el labio inferior con uno de sus colmillos.

Los escalofríos me recorren la espalda y cierro los dedos en la parte delantera de su camisa mientras me entrego a él, a esto, unos segundos más.

Después me obligo a dar un paso atrás, aunque nada me apetece más que llevarme a Hudson a casa a rastras y hacer con él lo que yo quiera. O él conmigo.

Pero aún tenemos mucho lío y hay gente que cuenta con nosotros, así que le dedico una sonrisa.

—Venga, debemos irnos. Heather y Eden nos están esperando —anuncio.

Él asiente, después se inclina hacia delante y me da un mordisquito más en el labio inferior que me deja al borde de mandarlo todo a la mierda. Si ya han esperado hasta ahora, pueden esperar un poquito más.

Pero luego me acuerdo de Humito, de Mekhi y de todo aquello de lo que tenemos que encargarnos. Cojo a Hudson de la mano.

—Vamos —le insto.

Pone los ojos en blanco pero no me discute, y volvemos a salir a la calle ajetreada. No hemos andado más que una o dos manzanas cuando, de repente, se planta delante de mí tensando los hombros.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras intento ver más allá de él y el corazón me late a mil por hora en el pecho. Pero está demasiado ocupado analizando la zona como para contestarme—. ¿Hudson? —insisto cuando pasan varios segundos y no relaja ni su vigilancia ni su postura.

—Lo siento —me responde por fin, y se aparta—. Me ha parecido ver algo.

—¿El qué?

Miro a un lado y a otro de la calle al tiempo que respiro varias veces para calmarme. Hay muchos universitarios con sudaderas de la facultad en el exterior de una heladería, hombres y mujeres vestidos con ropa formal, ajetreados, entrando y saliendo del trabajo, y una madre con su bebé en el carrito, pero nada más. Por lo menos que yo pueda ver.

—No lo sé. Es que… —Niega con la cabeza mientras vuelve a darme la mano—. No era nada.

—Supongo —coincido; volvemos a ponernos en marcha, pero no puedo evitar mirar hacia atrás por si acaso.

Cuando giramos y cruzamos la calle, Hudson pregunta:

—No vamos a dejar que Heather se venga con nosotros, ¿verdad? Es humana.

—¡Oye! —Esbozo una mueca—. No lo digas como si fuera algo malo. Yo fui humana durante muchos años.

—Ya sabes a qué me refiero. Me preocupa que le pase algo.

—Y a mí —admito—. Por eso mismo, de momento dejaremos que se una. Pero, en cuanto descubramos cómo llegar al Reino de las Sombras, pienso comprarle un billete de avión de vuelta aquí.

—Uy, le va a hacer una ilusión…

—Lo compraré en primera clase —replico, y le saco la lengua—. Y sí que le hará ilusión. Por lo menos, más que morir a manos de la reina de las sombras o a saber qué.

—Ahí tienes razón —reconoce cuando doblamos la esquina para llegar al restaurante, cuya brillante entrada está a menos de tres metros de distancia—. Además, ya tienes a un mimado del que ocuparte. No puedes dividir mucho tu atención.

—¿Ah, sí? —pregunto con las cejas alzadas—. ¿Necesitas mimos?

—Por favor. —Resopla como buen británico que es mientras abre la puerta para que pase yo—. Me refería a Flint.

Me parto de risa, porque no se equivoca. Pero lo tenemos controlado. Mientras Hudson y yo estemos juntos, todo va a salir bien.

Le sonrío en el momento en que entramos en el restaurante... y nos topamos con Jaxon y Flint, muy tensos.

2

Con el corazón en el lugar erróneo

En cuanto me doy cuenta de con quién me he encontrado, me lanzo sobre ellos. Me cogen, evidentemente, y les rodeo el cuello con los brazos mientras los estrujo tan fuerte como me es posible.

Llevamos más de un mes sin vernos en persona y, ahora que Hudson y yo vivimos en San Diego y ellos en Manhattan, ya no nos juntamos tanto como a mí me gustaría. Y puede que FaceTime sea la caña, pero no es lo mismo.

Flint se ríe mientras se aparta algunos de mis rizos rebeldes de la cara. Luego me separa de Jaxon de un tirón y me hace girar un par de veces.

—Te veo bien, chica nueva.

Finjo molestarme al oír aquel viejo apodo, aunque en realidad me alegre. Flint sigue siendo tan bromista como siempre, algo que agradezco en un mundo que no para de tambalearse bajo mis pies.

—Ojalá pudiese decir lo mismo de ti, chico dragón —replico—. Menudo moratón tienes en ese ojo.

Él suelta una risita.

—Deberías ver cómo quedó el otro.

Flint y yo seguimos bromeando, así que Jaxon se aclara la garganta para llamar nuestra atención. Es entonces cuando le toca a Flint poner mala cara, al mismo tiempo que los dos nos volvemos hacia mi excompañero.

—Tienes buen aspecto, Jaxon —le digo con un tono de voz que pueda consolarlo.

—Poco y tarde —responde, pero luego vuelve a abrazarme con fuerza y el reconfortante olor a agua fresca y naranjas me envuelve por completo.

—La Corte Dragontina parece coincidir contigo —comenta

Hudson cuando se nos une.

—Por lo menos alguien lo hace.

Flint dibuja una mueca mientras le da a Hudson una efusiva palmada en la espalda. Porque, por lo visto, eso es lo que hacen los hombres que antes eran enemigos pero que luego se vuelven amigos.

Jaxon resopla de una forma que no parece del todo socarrona antes de decirle a Flint:

—Creo que se refería a mí.

La sonrisita de Flint desaparece al murmurar:

—Lo sé.

Pero Jaxon está demasiado ocupado analizando a Hudson para percatarse.

—Parece que San Diego también te sienta bien, hermano. Mucho mejor que la Corte Vampírica, sin duda.

Hudson le sostiene la mirada y, cuando yo la alterno entre ellos, me parece que se están diciendo más de lo que el resto podemos oír.

—¿Quién iba a pensar que los vampiros podían ponerse morenos? —contesta al fin Hudson cuando todos nos dirigimos a nuestra mesa, donde Eden y Heather se miran mutuamente con ojos de deseo mientras comparten un plato de patatas fritas. O tan de deseo como Eden es capaz... que, en este momento, es mucho más de lo que jamás habría imaginado.

—Al parecer, ese anillo que te dio Remy está siendo muy útil —suelta Flint, y señala con la cabeza el anillo que lleva Hudson, que le permite beber sangre humana y caminar bajo el sol.

Qué suerte tengo.

—Lo es —asiente él, y la mirada que les lanza a su hermano y luego a Flint me dice que ha captado lo mismo que yo. Que Jaxon también parece estar bastante moreno a pesar de no llevar anillo—. En fin, que empiece la fiesta.

Nos sentamos junto a Heather y Eden, y no puedo evitar preguntarme si el bronceado de Jaxon significa que no se está alimentando de Flint. Y, si no lo está haciendo, ¿por qué?

Tomo nota mental para preguntarle a Flint si están teniendo problemas cuando no haya tanta gente delante. Odio pensar que las cosas van mal entre ellos, sobre todo sabiendo lo mucho que ambos se están esforzando para que su incipiente relación funcione en la Corte Dragontina.

Heather me envuelve enseguida con los brazos, y yo le devuelvo el apretón. Llevamos mucho tiempo sin vernos y, ahora que volvemos a estar juntas, siento un gran alivio. Nunca me cansaría de ver a mi mejor amiga. Intercambiamos unos pocos comentarios sobre el mal tiempo que estamos teniendo últimamente, pero nos ponemos tensas cuando Eden lanza un grito agudo.

—¡Joder! —exclama cuando por fin aparta la mirada de Heather el tiempo suficiente para percatarse de nuestra presencia. Se queda mirando el moratón en el ojo de Flint, y entiendo por qué le sorprende tanto. Es raro ver a un dragón con una herida de ese tipo, en parte porque no les suelen golpear lo bastante fuerte para herirlos y en parte porque se recuperan rapidísimo—. ¿Qué te ha pasado?

Jaxon responde por él.

—Lo que pasó es que se negó a correr cuando se lo dije.

—¿En serio? —Flint lo mira con incredulidad—. ¿Y de qué cojones tenía que huir? Si apenas eran una docena.

—Y, sin embargo, por alguna razón, tienes un ojo morado —replica Jaxon.

Flint levanta las cejas de golpe.

—No fueron ellos, fuiste tú el que me lanzó a ese tío encima sin ni siquiera avisarme para poder, no sé, acabar lo que tú habías empezado.

—No me di cuenta de que no estabas prestando atención. —Jaxon se arrellana en el asiento y se cruza de brazos haciendo un movimiento que conozco demasiado bien—. Además, ¿quién grita cuando lanza algo?

—Eeeh..., todo el mundo —digo yo—. Es lo primero que aprendes cuando juegas a la pelota en el parque.

Emite un sonido de incredulidad con la garganta.

—Pues vaya rollo.

Todos reímos, porque ¿cómo no vamos a hacerlo? Pero entonces Hudson hace una pregunta.

—¿Y quiénes fueron los que tuvieron la mala idea de atacaros a vosotros dos?

Eso acalla todas las risas en seco, o al menos las de los dos dragones y la del dragón vampiro que hay en la mesa.

—Las cosas van muy mal en la Corte Dragontina —responde por fin Eden.

—¿Cómo de mal? —pregunto con los ojos abiertos como platos —. ¿Nuri y Aiden están bien?

—Por ahora sí —dice Flint—, pero, si os soy sincero, no falta mucho para que estalle una guerra civil en toda regla entre los clanes.

—¿Una guerra civil? No puede ser. Estuvimos hace unos meses para el Wyvernhoard y todo parecía ir perfectamente.

—Sí, bueno, en unos meses puede pasar de todo —interviene Jaxon.

—No es lo mismo de todo lo peor —replico—. ¿Qué diantres está sucediendo?

—Cada vez hay más descontento entre los clanes que piensan que mi madre no es capaz de gobernar ahora que no tiene dragón. Le pidieron que diese un paso atrás, pero ella se negó, así que están intentando convencer a la Corte Dragontina de que plantee una moción de censura en su contra.

¿Una moción de censura? ¿Contra Nuri, la reina dragón más dura que uno pueda imaginar? Parece inconcebible.

—No lograrán sacarla adelante, ¿verdad?

—No lo sé. —Flint coge el agua de Eden y se la bebe de un solo trago—. Cada día hay más detractores.

—Pero algo podrán hacer los Montgomery —sugiero.

—No sé el qué. Por lo visto, los otros clanes quieren que nos marchemos —expresa con ligereza, como si no tuviese importancia. Pero veo el dolor en sus ojos, lo oigo en la impasibilidad premeditada de su voz.

—Lo que quieren —suelta Jaxon— es que no dejes que un vampiro pasee tan campante por su querida corte. Y que su soberana recupere su corazón de dragón.

—Sí, bueno, pues ninguna de esas cosas va a pasar por arte de magia —espeta Flint—. Tendrán que ir acostumbrándose.

—¿Y tu padre qué? —pregunta Hudson en voz baja—. ¿No puede gobernar él en su lugar?

Flint lanza un suspiro.

—Él pasó a ser de la realeza al casarse con mi madre, y eso no basta para ocupar el trono en ausencia de ella.

—Cierto.

Hudson asiente como si eso tuviese sentido aunque en realidad suene ridículo. Todo ese asunto de la realeza me resulta muy arcaico,

y sé que a Hudson también. Es una de las muchas razones que dio para su abdicación, aunque no será realmente oficial hasta la ceremonia que va a celebrarse dentro de unas semanas.

—Entonces ¿qué va a pasar si todo ese asunto de la censura sale adelante? —pregunto.

—¿Qué va a pasar o qué debería pasar?

Noto un toque de amargura en el tono de Jaxon.

—¿Qué diferencia hay?

—Joder, pues mucha —asevera—. Lo que debería pasar es que Flint diese un paso al frente y ocupase el maldito trono.

—Ya sabes por qué no puedo hacer eso —replica Flint encogiéndose de hombros.

—Sé por qué no quieres hacerlo —murmura Jaxon—, que no es lo mismo.

La tirantez que hay entre ellos se tensa aún más, tanto como el cable de un equilibrista, y no se me ocurre nada para relajar el ambiente. Pero entonces interviene Eden.

—No nos habéis contado quién os atacó. Espero que no fuera nadie del Consejo.

Parece ponerse tan tensa como ellos mientras espera la respuesta, lo cual comprendo por completo. Una cosa es conseguir votos para la moción de censura y otra muy distinta atacar abiertamente al príncipe dragón heredero sin miedo a sufrir represalias.

—Ya, bueno —se mofa Flint—. Esos solo hacen su trabajo en habitaciones oscuras donde nadie pueda verles la cara. Contrataron a otros para que nos atacasen.

—¿Alguno de los clanes dragón más próximos? —pregunto, porque no puedo imaginar quién más iba a ser tan imprudente como para hacer algo así.

—Peor —dice Jaxon con una risa de incredulidad—. Humanos.

—¿Contrataron a humanos para acabar contigo? Eso no tiene ningún sentido.

Pero, a medida que lo va diciendo en voz alta, recuerdo lo que ha pasado antes en la calle, cuando Hudson se ha puesto frente a mí. Ha sentido alguna clase de amenaza, y eso que ninguno de los dos detectamos nada cuando examinamos la calle. ¿Y si alguien ha estado siguiéndonos para llegar hasta Jaxon y Flint?

Ese pensamiento me horroriza. Lo último que quiero es conducir

algo hasta mis amigos que pueda hacerles daño, aunque sea sin darme cuenta.

Cuando se lo comento al grupo, Flint niega con la cabeza.

—No te preocupes, Grace. Ya sé que vigilan todos mis movimientos. Nada de lo que hagas conseguirá que descubran más cosas sobre nosotros. Además, Jaxon y yo podemos con lo que sea que se nos ponga delante.

—No se trata de que podáis o no con lo que sea que os ataque —replico—. Se trata de evitar que os encontréis en esa tesitura. Créeme, todos sabemos que Jaxon y tú sois duros de pelar.

—Eh, ¿y yo qué? —grazna Eden.

—Uy, tú también, sin duda alguna —contesta Heather poniéndole ojitos tiernos—. Aunque os diré una cosa: ¿quién iba a pensar que los dragones eran tan dependientes?

—Todo el mundo —suelto yo—. Todos saben que los dragones son dependientes.

—¿Perdona? ¡Yo soy el menos dependiente de aquí! —exclama Flint.

Parece tan ofendido que todos nos echamos a reír, lo cual provoca que se ofenda aún más.

Mirando el lado positivo, la poca tensión que queda en el ambiente acaba disipándose justo cuando llega la camarera para tomarnos nota.

Sin embargo, en cuanto se va, nos miramos los unos a los otros como si no supiésemos qué decir a continuación. Hasta que Hudson, por fin, rompe el silencio al preguntar:

—Bueno, ¿hablamos de que Mekhi se está muriendo?

3

Las mentes brillantes piensan demasiado

Sus palabras me golpean como una bofetada y se nos pasa toda la frivolidad de golpe. Espero que todo el mundo se lance a hablar a la vez para ofrecer ideas, pero en vez de eso nos quedamos sentados en silencio, como si el peso de nuestro deber nos aplastara. O, por lo menos, yo lo siento así, como si me hundiera los hombros y me revolviera el estómago. ¿Cómo no iba a hacerlo si Mekhi se está muriendo y tenemos que trazar un plan para salvarlo?

Y no un plan cualquiera. Un plan genial, uno que tenga más componentes que «asaltar el castillo de la reina de las sombras y exigirle que cure a Mekhi del veneno de las sombras». Y, lo que es igual de importante, necesitamos un plan del que vayan a regresar todas las personas sentadas alrededor de esta mesa.

Ya he perdido a demasiados amigos. No pienso perder a nadie más.

Eso incluye a Mekhi, quien ya lleva lejos de nosotros lo que parece un año, aunque solo hayan sido cinco meses.

—¿Cuánto tiempo más se puede quedar Mekhi en el descenso? —pregunto. La Sangradora se lo indujo en cuanto nos dimos cuenta de que lo habían infectado con el veneno de las sombras en las Pruebas, pero sé que ha habido problemas.

—No lo sabemos seguro, pero no mucho más. Serán semanas, no meses —contesta Eden, y las palabras me aplastan el pecho como un yunque. Aunque me esperaba lo peor, no imaginaba que fuera así de horrible—. La Sangradora dice que ya le ha administrado más elixir que a ningún otro vampiro en la historia y, aun así, vuelve en sí cada pocos días. Si le da más, la cura puede ser peor que el veneno. —Se encoge de hombros con tristeza.

Jaxon se estremece ante sus palabras, ante el recordatorio de que

la vida de su amigo está pendiendo de un hilo, cosa que solo hace que se me encoja más el pecho.

Sé que se culpa por la situación de Mekhi y por la muerte de los otros miembros de la Orden. Pero ahora no es el momento de echarle la culpa a nadie. Ahora hay que centrarse en lo que tenemos justo delante: en llegar al Reino de las Sombras y curar a Mekhi. Todo lo demás puede esperar.

Y, ya que sacamos el tema, me percato con un sobresalto de que hay algo o, mejor dicho, alguien no está delante de mí en estos momentos. Y debería estar.

Me vuelvo hacia Flint con los ojos como platos.

—¿Dónde está Macy? Pensaba que os ibais a encontrar con ella y vendríais juntos. —Jaxon y Flint intercambian una larga mirada que hace que se me caiga el alma a los pies. Porque las viejas costumbres nunca mueren, y hemos pasado por demasiado como para tomarme la ausencia de mi prima a la ligera—. ¿Qué le pasa a Macy? —pregunto al tiempo que rebusco el móvil en el bolsillo con un repentino temblor en los dedos.

—No le pasa nada —me asegura Jaxon mientras coloca una mano sobre la mía antes de que pueda mandarle un mensaje a mi prima—. Es solo que ayer la expulsaron de otra escuela, y Foster y Rowena se la han llevado a la Corte Bruja para que viva con ellos. Pero ahora mismo está castigada.

—¿Castigada? —repite Eden con una sonrisilla—. No creerán que eso va a funcionar, ¿verdad?

Los otros se echan a reír y, si yo no estuviera preocupada por mi prima, también lo haría. Macy lo ha pasado muy mal estos meses desde que se derrumbó el Katmere y encontramos a su madre en la Corte Vampírica. Ya la han echado de las cuatro escuelas en las que el tío Finn ha intentado matricularla, y su magia se ha vuelto lo bastante oscura como para que nos preocupemos por ella. Y, si soy sincera, también como para que tengamos un poco de miedo, tanto por ella como de ella.

—¿Quién sabe? —Flint se reclina en su silla y se mete una de las patatas fritas de Eden en la boca—. Parece ser que Rowena se ha puesto de lo más estricta desde que la sacamos de esa cloaca.

—Así que nada de Macy en este viaje. —Suena raro hasta decirlo en voz alta—. Eso significa que solo nos queda recoger a Remy y a

Izzy…

—Me temo que nada de Remy ni de Izzy tampoco —interrumpe Jaxon—. No pueden marcharse del instituto Calder.

—¿No pueden marcharse en plan «están hasta arriba de deberes»? —pregunto con las cejas enarcadas—. ¿O no pueden marcharse en plan «están prisioneros»?

Ahora le toca a Hudson levantar la ceja.

—Seguramente será lo segundo. ¿Os imagináis a algún director o directora lo bastante fuerte para mantener a mi media hermana allí contra su voluntad? ¿O a Remy?

Ahí ha dado en el clavo y ese razonamiento hace que por fin se me calme el corazón acelerado. Bueno, eso y que Hudson me está acariciando cariñosamente los nudillos con el pulgar desde el otro lado de la mesa.

—Entonces ¿somos solo nosotros? —aclaro pasando la mirada de una cara a otra—. ¿Solo nosotros seis?

Jaxon se inclina hacia delante y cruza los brazos por encima de la mesa.

—Te aseguro que soy más que capaz de obtener un antídoto de nada del Reino de las Sombras.

—Eso lo dices porque no conoces a la reina de las sombras.

—¿Y tú sí? —espeta.

Por supuesto, Jaxon no sabe que Hudson y yo hemos estado allí. Hudson nunca contó ni una palabra sobre el tiempo que pasamos encerrados juntos, y yo me acabo de acordar. Tengo la esperanza de que Hudson ponga al resto al día ahora mismo, pero no lo hace. En vez de eso me lanza una mirada inquisitiva.

—Hudson y yo nos enfrentamos a ella —contesto lanzándome de cabeza a la piscina—. Me da a mí que eso debería contar algo.

Hudson entrelaza los dedos con los míos, su contacto me indica que él me cubre las espaldas mientras pongo al día al resto sobre los recuerdos que había perdido. Bueno, mientras les cuento todo lo que me siento cómoda compartiendo con Jaxon presente.

—Entonces ¿estás diciendo…? —empieza a preguntar Jaxon—. ¿Que estuviste atrapada en este Reino de las Sombras con Hudson durante mucho más que cuatro meses?

—Pues sí —afirmo, y los nervios me recorren el estómago como hormigas. Porque esa simple afirmación contiene mucha información

y, cuando los ojos oscuros de Jaxon se encuentran con los míos, sé que él también lo sabe.

Incluso antes de que la taza de té de Heather se sacuda en la mesa que nos separa.

—Emm, ¿qué ha sido eso? —pregunta mi amiga mientras mira a su alrededor un poco asustada, como si esperara que el gran terremoto que los científicos predicen para California fuera a ocurrir en cualquier momento.

—Un temblorcillo de nada —asegura Hudson, pero le echa una mirada sombría a su hermano.

—Bueno, esto es San Diego —añado para intentar ayudarlo a encubrir a Jaxon. Pero, a juzgar por la forma en la que Flint ha mirado de repente al vampiro, como si quisiera lanzar la mesa por los aires y abrazarlo, creo que nada de lo que diga será de ayuda.

—¿Cuándo recuperaste la memoria? —indaga Eden ignorando por completo la tensión. O igual es que está tan cegada por Heather que no se percata de lo que está pasando a su alrededor.

—Hoy —respondo—. Y hay mucho que asimilar en los recuerdos. Pero creo que tengo que dejarlo para otro momento. Mekhi necesita toda nuestra atención. Y sí, la reina de las sombras da un miedo que te cagas, incluso más que Cyrus. La magia de las sombras es la más antigua del universo y puede hacer toda clase de putadas retorcidas con ella. Casi nos mata, y mató a un montón de gente. Aun así, si Mekhi se está muriendo por el veneno de las sombras, coincido en que ella es nuestra mejor baza para encontrar un remedio.

—Hay una gran diferencia entre saber que hay que hacer algo y estar dispuesta a hacerlo —comenta Eden.

Asiento.

—Lo sé. Y, créeme, no me hace especial ilusión volver a verle la cara.

Flint niega con la cabeza con aspecto de estar flipando un poquito.

—¿De verdad es peor que Cyrus?

—Es letal y tiene bichos —explica Hudson con voz monótona, y todos nos estremecemos al recordar las Pruebas. Todos menos Heather, quien no estuvo encerrada en ese infierno con nosotros—. La experiencia que vivimos con los insectos de las sombras recubriendo hasta el último milímetro de nuestro cuerpo te atormentaría de por

vida, Heather.

Flint se pasa las manos por los brazos, como si estuviera buscando algún bicho de forma inconsciente, y lo entiendo. Esos insectos se las bastaban solitos para diezmar hasta a un dragón.

Jaxon se inclina para susurrarle algo en el oído a Flint. Algo que sospechosamente se parece mucho a «no dejaré que ningún insecto sombrío se acerque lo bastante a ti para tocarte».

Le echo un vistazo rápido a Hudson y me doy cuenta de que mi compañero está a punto de soltar un comentario burlón, pero una patada rápida (aunque suave) por debajo de la mesa le mantiene el pico cerrado. Aunque eso no evita que me lance un guiño.

Hudson continúa:

—Además, en el Reino de las Sombras ha subido de nivel y ha pasado de insectos a una amplia selección de criaturas sombrías, algunas con colmillos afilados y garras.

Heather se cuadra de hombros.

—Bueno, estoy dispuesta a enfrentarme a lo que sea para salvar a vuestro amigo. ¿A qué estamos esperando?

Antes de que nadie pueda contestar, la camarera llega con nuestra comanda, que consiste en su mayor parte de café y, por supuesto, un chocolate caliente para Flint.

Mientras se aleja, Hudson se rasca la barbilla.

—En realidad, no estoy seguro de que tengamos que enfrentarnos a nadie para salvar a Mekhi. —Debe de ver la expresión de perplejidad que esbozo, porque añade—: Ella quería que el alcalde reseteara la línea temporal a antes de que le echaran la maldición. Así que se enfrentó a nosotros porque intentamos detenerlo y, por tanto, detenerla a ella. Pero ha perdido, evidentemente, y ahora que no tiene forma de escapar quizá podamos negociar con ella.

Parpadeo. No es una mala idea, si no fuera por un detalle.

—Está atrapada por una razón, Hudson. No podemos encontrar la forma de liberarla. Es la maldad personificada.

—¿Ah, sí? —Hudson enarca una ceja.

—Emm, insectos. ¿Te suena? —añade Flint, y vuelve a estremecerse.

—No me malinterpretéis, no digo que sea perfecta —aclara Hudson—. Pero creo que hay una gran posibilidad de que no sea tan mala como creemos.

—Tío, ¿es que tú no estabas en las Pruebas? —espeta Eden—. ¡Que intentó matarnos!

—No estamos seguros de que fuera ella la que nos atacó durante las Pruebas. Por lo que sabemos, hay otras personas que pueden utilizar la magia de las sombras.

Eden resopla.

—Bueno, ella es la única a quien conocemos con esa clase de poderes. Así que voy a suponer que se trata de la reina hasta que se demuestre lo contrario.

—Puede que tengas razón, pero también sabemos que en el Reino de las Sombras solo nos atacó a Grace y a mí porque quería salvar a los suyos. Podría haber atacado en cualquier momento mientras estuvimos en Adarie, pero solo se enfrentó a nosotros casi a muerte cuando tratamos de impedir que el alcalde reseteara la línea temporal y liberara a su gente, aunque él no supiera que estaba haciendo eso al salvar a su hija. —Se detiene y me sostiene la mirada sin apartarla—. ¿Es que yo no he hecho cosas peores por menos? ¿Soy malvado, Grace?

Se me encoge el pecho al recordar lo mucho que le torturó esa pregunta cuando estuvimos en la cámara de la cárcel Aethereum.

—No, tú nunca podrías ser malvado, Hudson.

—Pues, entonces, quizá ella tampoco lo sea —razona mi compañero. Sus palabras penden en el silencio como un puñal, mientras cada uno de nosotros recuerda las cosas que hemos hecho para salvar a nuestros seres queridos.

Al cabo de un rato Heather pregunta:

—Así pues, ¿cuál es el plan?

—Sugiero que intercambiemos el antídoto por ayudarla a liberar el Reino de las Sombras. —Hudson se encoge de hombros.

—Cómo no, ese es tu plan —dice Jaxon con voz cansina—. Vayamos a destrozar un reino.

—No he dicho nada de «destrozar», he dicho «ayudar a liberar» —aclara su hermano al tiempo que pone los ojos en blanco, como si eso lo explicara todo.

—Creo que todos los que estáis en esta mesa sois una completa pasada —empiezo a decir, y Flint hincha el pecho, está claro que le gusta por dónde voy—. Pero no estoy segura de que podamos ir sin más a… «liberar un reino» que maldijo un dios hace miles de años —

prosigo, haciendo comillas con los dedos en lo del reino.

—Estás mirando el problema desde una perspectiva muy lejana, Grace. Piensa en pequeño. —Cuando no se me ocurre otra respuesta que pestañear, Hudson niega con la cabeza y añade—: El Reino de las Sombras es una prisión. ¿Y qué tienen las prisiones?

—Muros. Tienen muros la hostia de altos —contesto, y ya ni siquiera intento disimular mi confusión.

Flint da un chasquido.

—Ah, y carceleros. Y normalmente también hay un montón de armas.

—Y comida pésima. —Eden se une a la diversión antes de que Hudson nos interrumpa.

—Jaxon, ¿les echas una mano? —suplica Hudson.

—Candados —responde Jaxon, y los dos hermanos intercambian miradas—. Las cárceles tienen candados.

Comparten un momentazo entre los dos, y me siento fatal por interrumpirlos, pero…

—Sinceramente, sigo sin tener ni idea de por dónde van los tiros —admito.

—Los candados pueden abrirse, Grace —explica Hudson.

Abro mucho los ojos.

—O romperse —añado, y mi compañero sonríe.

—O romperse —repite.

—No tenemos que liberar a todo un reino —razono sorprendida por lo simple que ha hecho parecer el problema. Dios, me encanta el cerebro de este chico—. Solo tenemos que romper un candado y abrir una puerta.

Nos estamos sonriendo el uno al otro y, sin duda, mis ojos le mandan el mensaje de que lo voy a adorar hasta la saciedad después, si es que el leve sonrojo de sus mejillas me indica algo.

—Por mucho que me guste romper cosas, ¿tenemos alguna idea de dónde está la llave maestra, hermanito? —pregunta Jaxon, y todos aguantamos el aliento, esperando más de lo esperable a que Hudson se esté guardando un as en la manga.

—Ni idea —responde, y cinco pares de hombros se hunden como si fueran uno. Se inclina hacia delante otra vez y me da la mano desde el otro lado de la mesa mientras acaricia el anillo de compromiso con el pulgar—. Pero conozco a alguien que sí lo sabe.

4

Bajo bloqueo y llave

—Por favor, añádele más dramatismo al asunto y relátanoslo poco a poco.

Eden pone los ojos en blanco y todos nos reímos ante la teatralidad involuntaria de Hudson. Heather estaba bebiendo cuando de pronto se ríe y casi se ahoga con el café, ante lo cual Eden alarga el brazo y le frota la espalda en círculos para calmar sus pulmones.

—Disculpad. —Hudson le dedica a Eden un ligero movimiento de cabeza—. Siempre olvido que vosotros no sabéis lo que Grace y yo descubrimos del Reino de las Sombras. Os haré un breve resumen. El Reino de las Sombras se construyó como prisión después de que la reina de las sombras cabrease a un dios. Y, como Flint ha señalado, esta prisión es como la mayoría y cuenta con carceleros con muy mala uva a los que se los llama con acierto «guardianes». Así pues, es lógico pensar que el dios que creó a estos guardianes sea quien tenga una llave de dicha prisión para que sus centinelas puedan ir y venir.

—Jikan —suelto de pronto, y luego me vuelvo hacia los demás y les explico emocionada—: Nos dijeron que esos guardianes, que son unos dragones del tiempo que dan un miedo que te cagas, fueron creados por el dios del tiempo. Lo que pasa es que, cuando estuvimos allí, no sabíamos quién era, pero ahora ya lo sabemos. ¡Los creó Jikan!

Hudson añade:

—Puede que hasta él crease la prisión, Grace. En cualquier caso, seguro que tiene una llave... y, con un poco de suerte, hasta esté dispuesto a dárnosla para que podamos intercambiarla por la cura para Mekhi.

Jaxon se mueve en su sitio y refunfuña.

—Dudo que Jikan nos diese la llave del baño aunque estuviésemos a punto de mearnos encima.

Todos nos reímos porque, bueno, probablemente tiene razón,

pero, antes de que mi estómago empiece a retorcerse como un pretzel, Hudson me sostiene la mirada, con los rabillos de los ojos fruncidos de esa forma que siempre me calma los nervios y logra que me derrita un poco por dentro. Entonces habla.

—No espero que nos dé la llave solo porque se la pidamos. Pero pocas cosas hay que Jikan no estuviese dispuesto a hacer por la Sangradora o... por su nieta.

Eso es verdad. A mí me azotan si petrifico a una persona insignificante, pero Jikan permitió que mi abuela congelase a un ejército entero durante mil años.

—¿De veras crees que nos ayudará? —pregunto. La emoción hace que me tiemble la voz.

—Solo hay una manera de averiguarlo —contesta Hudson, y luego levanta la mano para frotarse el pecho—. Además, creo que mil años es tiempo suficiente para tener a alguien preso, ¿no crees?

La quietud invade la mesa, hasta Flint deja de remover su chocolate caliente a medio camino, al mismo tiempo que todos pensamos en la media hermana de Hudson y Jaxon, Izzy. Su padre la mantuvo cautiva durante ese mismo periodo de tiempo, y Hudson tiene razón: nadie merece un castigo como ese, ni siquiera la reina de las sombras.

Le aprieto la mano a Hudson y asiento.

—Sí lo creo.

Justo entonces la camarera regresa a nuestra mesa. Nos vuelve a llenar las tazas de café y nos pregunta si queremos algo más. Hudson le da su tarjeta de crédito con una sonrisa y le hace un cumplido sobre el alegre pañuelo que lleva al cuello. La mujer, que tiene sus sesenta años bien cumplidos, se sonroja como una colegiala antes de marcharse. Lo mejor de todo es que él lo dice muy en serio.

—Bueno, pues vamos allá —dice Heather, que coge el móvil y lo mete en su bolso bandolera.

Empiezo también a apartarme de la mesa, pero, antes de hacerlo, Artelya se pone en contacto conmigo telepáticamente.

«Grace, tenemos un problema.»

«¿Qué clase de problema? —pregunto con un nudo en el estómago—. ¿Mis abuelos...?»

«Están bien —responde ella con su aspereza habitual—. Pero prefiero enseñártelo directamente en lugar de intentar explicártelo así.

¿Cuándo puedes venir?»

«Voy para allá», contesto. El corazón se me acelera.

Entonces recuerdo que, al otro lado del charco, es jueves por la noche. Así que, si vamos a la Corte Gargólica, puedo matar dos pájaros de una sola escapada a través del Atlántico…

5

Me quiere, no me quiere

—¡Irlanda! —jadea Heather mientras sale del portal entre San Diego y el condado de Cork. El portal se cierra detrás de nosotros con un remolino de magia morada que centellea y crepita como un cable pelado, como si la bruja que lo hizo tuviera toda la intención de hacernos saber que nos podría incinerar tan fácilmente como mandarnos al otro lado—. ¡Estamos en Irlanda! —Da vueltas sobre sí misma con las trenzas bailando a sus espaldas antes de salir corriendo hacia el borde del acantilado iluminado por la luz de la luna—. Y hemos llegado en un par de minutos, como si nada.

—Como si nada, no. Es muy fuerte —refunfuña Flint mientras se pone detrás de mí—. Aún quiero que me expliques por qué vosotros tenéis portal y nosotros no.

—¿Porque sois dragones? Tenéis alas y voláis a todas partes —contesto.

—Em, pues vale, gárgola. ¿Qué son esas cosas que sueles llevar en la espalda?

Pongo los ojos en blanco.

—Sí, tengo alas. Pero Hudson no, y normalmente va de un lado a otro conmigo. Y no nos olvidemos de que también necesita tener acceso a la Corte Vampírica.

—Supongo. —Se encoge de hombros—. Sigo pensando que la reina bruja tiene favoritismo, porque solo les ha hecho un portal a las gárgolas.

—Te aseguro que Imogen no tiene favoritos. De hecho, estoy bastante segura de que me odia. —Empiezo a caminar cuando una brisa fuerte que proviene del agua hace que me eche a temblar.

Flint camina a mi lado.

—Eso dices —me chincha—, pero el portal me cuenta otra historia.

—El portal es el resultado de horas de perspicaces negociaciones. Deberías intentarlo.

Hudson emite un sonido de incredulidad desde lo más profundo de la garganta.

—¿Perspicaces negociaciones? ¿Es así como lo llamas?

—Oye. Que su condición fuese absurda no significa que no negociara con ella —suelto.

—¿Ah, sí? —Ahora Flint parece intrigado—. ¿Y qué es lo que quiere?

—Quiere estar a cargo de la próxima ceremonia de investidura. Me obsequió con el portal a cambio de dejar que lo planeara todo ella.

—¿Todo? —pregunta levantando las cejas.

—Todo —repito—. Pero ¿qué más me dan las flores que quiera utilizar para conmemorar mi ascensión a dirigente del Círculo? ¿O de qué color quiera que sea el vestido que va a ponerme? Yo encantada de dejarle tomar las riendas.

—¿De verdad eso es lo que has dado a cambio de tener un portal? —Flint parece sorprendido—. ¿Flores y un vestido?

—Y música también, creo. Y comida. Pero, como nunca he estado en una de estas ceremonias, la verdad es que me parece que he salido ganando con el trato. —Me encojo de hombros.

—Emm, sí. Desde luego —afirma antes de salir corriendo para alcanzar a Eden y Heather, quienes caminan varios metros por delante de nosotros.

Cuando corre, me fijo en que ya apenas cojea. Detestaba ver que tenía problemas para adaptarse desde que perdió la pierna en esa maldita isla, pero es evidente que se está curando bien y se está acostumbrando a la prótesis.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —pregunta Jaxon, quien camina con Hudson y conmigo mientras permitimos que las estrellas nos guíen por el sendero rocoso que serpentea por los acantilados con vistas al mar Céltico.

Sé que se refiere a ver a Jikan, y lo entiendo. La verdad es que no es que sea divertido precisamente lidiar con el dios del tiempo. Pero, en este caso, sí que es cierto que Jikan parece nuestra mejor baza para salvar a Mekhi.

—Desde luego —aseguro.

Jaxon no parece convencido.

—¿Y estás segura de que va a estar ahí?

—Es jueves —respondo.

—¿Y se supone que eso tiene que significar algo para mí? —Frunce el ceño.

—Jikan siempre está ahí los jueves. Cosas suyas.

Jaxon alza una ceja.

—Pues es una cosa muy rara, ¿no crees?

—Ya verás —digo con la esperanza de cortar así las preguntas sobre el dios del tiempo. No porque no tenga las respuestas, sino porque esta es la primera vez que he tenido a Jaxon y a Hudson a solas desde que recuperé los recuerdos de los años que pasé en el Reino de las Sombras.

Tengo cosas más interesantes de las que hablar con ellos que Jikan. Sobre todo sabiendo que los próximos días van a ser duros y no tenemos ni idea de cómo van a terminar. Puede que esta sea mi última oportunidad de decirles lo que tengo que comentarles a ambos.

Podemos tratar de darle largas a toda esta situación y fingir que no es para tanto. Pero la verdad es que volver al Reino de las Sombras es la hostia de peligroso, y ninguno de nosotros sabe si la reina de las sombras estará dispuesta a escucharnos siquiera. Si soy sincera, hay las mismas probabilidades de que nos mate, con llave o sin ella. La última vez Hudson y yo apenas escapamos con vida... Y yo escapé sin mis recuerdos.

Si eso volviera a ocurrir, o si algo peor ocurriera, hay algo que tengo que decir antes.

He querido a estos dos chicos y, aunque Hudson es mi compañero, la persona que el universo ha creado exclusivamente para mí, Jaxon siempre será especial para mí. Y, sin importar qué esté pasando entre él y Flint, sé que yo también seré siempre especial para él.

Puede que ya no nos importemos el uno al otro de la misma forma que en el pasado, pero eso solo hace que lo que tengo que decir sea más importante. Para todos.

Con esa idea en mente, busco la mano de Hudson y me la llevo a los labios. Después busco la de Jaxon y le doy un buen apretón.

Él me devuelve el gesto con una expresión confundida en el rostro a la par que me mira.

—¿Va todo bien, Grace?

—Lo siento —comento de golpe. No es la disculpa más elocuente del mundo, pero sí la más sincera—. Y eso va para ambos.

—¿Lo sientes? —Jaxon parece perplejo—. ¿Por qué?

Hudson no habla. Se limita a rodearme la cintura con un brazo en forma de apoyo y a esperar a lo que quiera que vaya a decir a continuación.

—Por todo lo que ocurrió después de que volviera del Reino de las Sombras. —Miro a mi compañero, después a mi excompañero y vuelta a empezar—. Os he hecho mucho daño a los dos, y no os lo merecíais. No os merecíais nada de eso.

—Lo que ocurrió no es responsabilidad tuya —asegura Hudson—. Perdiste la memoria.

Sí, pero ¿por qué perdí la memoria? Puede que fuera por la magia del tiempo que me alcanzó, como dijo Hudson. O puede que fuera porque no quería recordar. Puede que no quisiera tener que hacerle daño a Jaxon.

Solo la idea hace que me estremezca, que se me haga un nudo en la garganta y el corazón me lata a toda velocidad. Porque nunca quise hacerle daño a ninguno de estos dos chicos y, al final, les infligí un dolor insoportable a ambos. Ahora que recuerdo el tiempo que pasé en Adarie, todo lo que ha ocurrido desde entonces me sienta todavía peor, y eso que siempre ha sido horrible.

—No sé si eso es excusa —contesto. Jaxon emite un sonido de protesta, y me vuelvo para mirarlo—. Pero creo que es importante que sepas lo que pasó con Hudson... No solo por nuestra relación, sino también por tu relación con Flint.

Ahora le toca a Hudson protestar, pero lo ignoro. Ha pasado mucho tiempo de su vida interpretando el papel del villano, no entiende que a veces hay que demostrar que es el bueno de la película.

—Cuando estuvimos atrapados en mi cabeza, tanto Hudson como yo podíamos ver el vínculo de compañeros que nos unía a ti y a mí. —Jaxon retrocede, se le arquea el cuerpo como si acabara de pegarle. No puedo verle muy bien la cara en la oscuridad que nos envuelve, pero no necesito verlo para saber que he vuelto a hacerle daño. Así que sigo adelante, resuelta a decirle lo que necesito. Resuelta a hacer que me entienda—. A lo que me refiero es a que también supimos cuándo desapareció. Siguió existiendo durante mucho tiempo, pero cuando se esfumó ambos estábamos seguros de que habías muerto.

»Yo ya no podía sentirte, para nada, y los vínculos de compañeros son para siempre. Todo el mundo lo sabe. Así que, cuando el nuestro desapareció, Hudson y yo estuvimos hechos polvo. Ambos sentimos que te habíamos perdido, aunque de forma muy diferente. Y pasó mucho tiempo, incluso después de que el vínculo desapareciera, antes de que cualquiera de los dos se dignara a mirar al otro.

—No importa... —empieza a decir Jaxon, pero le cojo la cara y la sostengo entre mis manos, cosa que lo hace callar de inmediato.

—Pues claro que importa —le digo con ferocidad—. Porque es importante que sepas que tanto tu hermano como yo te queremos muchísimo. Ninguno de los dos te habría herido como lo hicimos de forma deliberada. Te guardamos luto, Jaxon. Y te echamos mucho de menos. El amor que sentimos el uno por el otro... —Se me quiebra la voz, niego con la cabeza mientras las lágrimas se empiezan a formar tras mis pestañas temblorosas—. No empezó a crecer hasta que por fin asimilamos tu pérdida. —Respiro hondo y después suelto el aire poco a poco al tiempo que doy un paso atrás para rodear a Hudson con un brazo y aferrarme a él con tanta fuerza como siempre ha hecho él conmigo—. Quiero a Hudson con cada aliento de mi ser —les aseguro a ambos—. Y sé que él siente lo mismo por mí.

»Pero, si alguno de los dos hubiera tenido una señal de que seguías con vida, jamás habríamos acabado juntos. —Las palabras me causan espanto cuando las pronuncio. Hudson es mi compañero y siempre estaré agradecida de que nos hayamos encontrado el uno al otro. Por eso, añado—: Por lo menos no hasta que todos hubiéramos tenido el tiempo de descubrir que el vínculo era falso y la oportunidad de digerir esa información. Puede que parezca ridículo que me disculpe por esto ahora, puede que a ti te dé completamente igual, pero necesito que sepas que tu hermano no te traicionó. Y yo tampoco.

Se quedan quietos durante varios largos y dolorosos segundos, y no puedo evitar preguntarme si de alguna forma lo he empeorado todo. Pero, entonces, Jaxon me agarra con una mano y a Hudson con la otra para arrastrarnos a un abrazo grupal que me parece que ha tardado siglos en llegar.

—No te culpaba —susurra, se le quiebra la voz con cada palabra —. No os culpaba a ninguno de los dos.

—Lo sé —contesto—. Pero también sé que a mí me habría dolido

imaginarte poniéndome los cuernos mientras todavía estábamos juntos. No quiero que tú sientas ese dolor ahora que estoy segura de que eso nunca pasó.

—Lo siento —se disculpa Hudson—. No se me había ocurrido...

—Está bien —interrumpe Jaxon, y se aclara la garganta un par de veces antes de separarse—. Todo lo que ha pasado. Está bien. Estamos bien.

Me toca a mí asentir mientras me aferro a Hudson unos segundos más y él se aferra a mí de la misma forma.

Cuando por fin me aparto de sus cálidos brazos, me doy cuenta de que lo hemos logrado. No solo en el sentido emocional, no solo es que hayamos pasado de largo los problemas horribles y dolorosos de nuestro pasado, sino que también lo hemos logrado en el sentido físico, pues hemos llegado a los portones de hierro de la Corte Gargólica.

Mi corte.

6

Irlandés son órdenes para mí

—¡Es precioso! —exclama Heather cuando nos detenemos frente a las puertas, asimilando la imagen del castillo milenario que se alza ante nosotros tan bien iluminado y que contrasta con la oscuridad que nos rodea—. ¿En qué lugar de Irlanda estamos exactamente?

—En casa —respondo, porque para mí eso es lo que la Corte Gargólica ha acabado representando. Mi pueblo y mi hogar.

—¿Esto es la Corte Gargólica? —pregunta con el rostro maravillado mientras pasa la mirada de un extremo de la fortaleza al otro—. Y ¿por qué quieres trasladar la Corte a San Diego pudiendo estar aquí?

—Porque San Diego también es mi hogar —insisto yo, asegurándome de que sus ojos se encuentren con los míos.

Cuando lo consigo, y ella se da cuenta de lo que estoy diciendo (que San Diego es mi hogar en parte porque ella está allí), sus enormes ojos marrones se abren como platos. Entonces sonríe con picardía y dice:

—Sí, bueno, pero si se trata de vivir en estos acantilados tan alucinantes en un castillo aún más alucinante, tu hogar y yo podemos adoptar un acento irlandés sin problemas.

Todos nos reímos al oírlo, y yo explico:

—A ver, solo la parte dirigente de la Corte va a trasladarse a San Diego, así que seguiré viniendo de vez en cuando, y podrás acompañarme. El ejército principal se quedará en Irlanda porque este sí es su hogar.

Me acerco al panel de acceso, introduzco la combinación y empujo la pesada puerta de hierro hasta abrirla. Aunque solo han pasado unas semanas, la emoción hace que mi cuerpo entero vibre al pensar que voy a volver a ver a mi gente. Hudson y yo intentamos venir tan a menudo como nos es posible, pero, entre las clases que se

complican y los trabajos que se amontonan, ya no viajamos tanto como solíamos.

Esa es otra razón por la que quiero trasladar la parte dirigente de la Corte a San Diego. Teniendo en cuenta la cantidad de títulos que Hudson quiere sacarse, estoy segura de que vamos a tener que permanecer allí bastantes años. Y, aunque no todos esos títulos vayan a estar disponibles en la Universidad de California en San Diego, seguramente estarán en otras universidades a lo largo y ancho de la costa. Ir y venir de Irlanda a California y viceversa no es práctico, aunque tengamos el portal de Imogen.

—Oye, no lo había pensado cuando atravesamos el portal —comenta Heather inquieta—, pero todo esto parece muy oficial y no me he traído el pasaporte.

Al principio no entiendo a qué se refiere, pero cuando por fin lo pillo me parto de risa, igual que los demás.

—Sabes que es Grace la que manda aquí, ¿verdad? —señala Eden, que le pasa la mano por el flequillo—. Puede traer a quien quiera cuando ella quiera.

—Por no hablar de que la peña paranormal no se preocupa tanto por las leyes humanas —añade Flint levantando la barbilla.

Heather no parece impresionada por el gesto arrogante de Flint.

—Entonces ¿simplemente hacéis lo que os da la gana? —pregunta ladeando la cabeza.

—Sí —responde Jaxon con tono aburrido, porque así es como está ahora mismo. Cuando se trata de hablar de quién es y de qué puede hacer, Jaxon es de lo más conciso.

Heather se muestra menos impresionada si cabe ante la respuesta de Jaxon, pero no se lo demuestra. En lugar de eso, se mueve para que él no pueda verla y me pone los ojos en blanco.

Le lanzo una expresión que le haga ver que la entiendo muy bien, porque sí, a los dos se les han subido mucho los humos. Pero, cuando me vuelvo para compartir la broma con Hudson, él no parece haberse dado ni cuenta.

Está demasiado ocupado mirando fijamente el móvil con el semblante serio y las cejas fruncidas.

—¿Todo bien? —pregunto mientras poso la mano sobre su brazo.

Esa chispa tan familiar me atraviesa en cuanto nuestros cuerpos se ponen en contacto. También es suficiente para distraerlo, para

hacer que aparte la vista de lo que sea que lo está afectando y me dedique esa media sonrisilla que todavía hace que el corazón me vaya a mil por hora.

—Perfecta-diente —bromea, pero me percato de que esta vez la sonrisa que tanto adoro no acaba de llegar a sus ojos.

Quiero insistir un poco, pero, con el resto allí delante, no es el momento oportuno. Puede que Hudson sea más abierto conmigo que con cualquier otra persona que haya conocido, pero prefiere mantener las distancias delante de los demás, incluso cuando estos son sus mejores amigos.

Como corroborando mis pensamientos, Hudson se vuelve a meter el móvil en el bolsillo y sigue bromeando.

—¿Le demostramos a Jikan quién es la jefa? Y por «jefa» me refiero a ti, claramente.

Sonrío, justo como él sabía que haría.

—La verdad es que antes tengo que ver a Artelya, pero, si preferís ir a los campos de entrenamiento, supongo que ya estará allí —sugiero.

—Créeme, no hay ninguna prisa —dice Jaxon con voz cansada—. Te esperamos.

—¿Así que el dios del tiempo viene a pasar el rato a la Corte Gargólica? —exclama Heather, que parece completamente desconcertada. No sé muy bien si eso es porque no sabía que el dios del tiempo existía hasta hace unas pocas horas o porque de verdad no tiene ni idea de qué podría estar haciendo en Irlanda.

En su defensa diré que, en el restaurante, se ha tomado la noticia de que hay dioses caminando por nuestro mundo con una tranquilidad admirable. Solo ha hecho un par de preguntas antes de centrarse en la habilidad que tienen las brujas para construir portales a cualquier sitio en el que ya hayan estado.

También es verdad que eso es muy propio de Heather.

Desde que éramos pequeñas, siempre se tomaba algo de tiempo para pensar las cosas con detenimiento y diseñar un plan antes de, finalmente, actuar con una gran seguridad en sí misma y con un estilo superior. Teniendo en cuenta mi inclinación a lanzarme de cabeza sin ni siquiera pensar, los momentos de premeditación de Heather nos salvaron en más de una ocasión a lo largo de los años.

No puedo evitar sonreír al pensar cómo mi madre nos obligaba a

sentarnos y nos echaba la bronca siempre que Heather y yo nos metíamos en algún que otro lío. Nunca se alteraba, pero sí pasaba mucho tiempo intentando infundirnos algo de contención. Jamás lo logró, muy a su pesar. No obstante, mi madre siempre estaba allí para echarnos un cable… hasta que dejó de estar.

Una ola de dolor me anega al pensar en ella, en la forma que tenía de regañarnos y, acto seguido, darnos una galleta. No me puedo creer que ya haya pasado más de un año desde la muerte de mis padres… y más de un año desde que empecé el viaje que me ha traído hasta aquí, junto a Hudson y hasta mi corte.

He aprendido a no luchar cuando la tristeza golpea, así que respiro hondo y dejo que el aire me llene. Luego permito que abandone mi cuerpo tanto como sea posible cuando exhalo. Nunca termina de apaciguarse por completo, pero ayuda.

—Sí, los jueves por la noche —contesto a Heather tras coger aire de nuevo y sacarlo poco a poco—. Pero, si de verdad no queréis bajar sin mí, podéis tomaros algo mientras me pongo al día con mi teniente general.

—Buen plan —dice Flint—. La verdad es que comería algo.

—Acabamos de salir de un restaurante —le señala Heather, perpleja, porque ha sido el único que se ha pedido un sándwich además del chocolate caliente y encima se ha comido las patatas fritas de Eden.

—¿Y…? —replica él con esa sonrisa tan suya cruzándole el rostro.

Eden se inclina hacia Heather y finge susurrar:

—Un ego tan grande necesita alimento constante.

—Oye, para mantener a este dragón en perfectas condiciones hay que currárselo mucho —bromea, y mueve la mano por todo su cuerpo mientras nos dirigimos hacia el puente levadizo ya bajado que protege la puerta principal.

—Nada más que añadir —concluye Eden.

Flint responde estirando el cuello un segundo y, a continuación, arrojando en su dirección un pequeño chorro de fuego.

Heather lanza un gritito ahogado, pero Eden lo esquiva y proyecta un chorro de hielo directo al pecho de Flint, convirtiendo su camiseta al instante en un duro trozo de escarcha que no parece muy cómodo.

—Donde las dan las toman, Montgomery.

—Ay —protesta Flint, que se frota el pecho y se quita el hielo de encima.

Parece estar a punto de responder con una ráfaga de hielo de su propia cosecha, apuntando sospechosamente hacia la larga melena oscura de Eden, pero, antes de poder abrir la boca siquiera, el puente levadizo enfrente del castillo se alza en el aire y seis miembros de mi ejército salen corriendo con las espadas preparadas.

Es una bienvenida muy diferente a la que tuve la primera vez que vine con Alistair para visitar la corte, que estaba congelada en el tiempo y no tenía que preocuparme por si me atacaba algún paranormal, pero me estoy acostumbrando a este tipo de tratos. Ahora que las gárgolas han vuelto a la vida y están otra vez en la línea temporal, se cuidan mucho las espaldas para poder seguir aquí, tanto que hasta se pasan de cautelosas.

Y no las culpo. Mil años congeladas en el tiempo tras ser envenenadas y torturadas todas las noches por las almas de sus amigos y familiares fallecidos, desesperadas por ser recibidas en casa... Eso vuelve desconfiado a cualquiera. Yo sigo traumatizada por lo que vi... y por lo que Hudson hizo en aquel entonces para protegernos. ¿Cómo iba mi gente a ser diferente?

De todas formas, los seis guardias se detienen bruscamente cuando me ven, y sustituyen sus ceños fruncidos por unas sonrisas gigantes mientras bajan las espadas y se agachan para hacer una profunda reverencia.

Detrás de mí Heather suelta un grito ahogado.

—Es raro ver a la reina Grace, ¿verdad que sí? —le susurra Flint.

—Muuuuuuy raro —afirma.

Me doy la vuelta el tiempo suficiente para dedicarles una mueca a los dos antes de dar un paso al frente y saludar a los soldados.

—Os he dicho un millón de veces que no hace falta que hagáis eso —explico a los guardias, y les indico con ambas manos que se levanten otra vez. Al ver que no captan el gesto enseguida, les digo directamente—: Levantaos, por favor.

Tiene gracia que, la primera vez que vine aquí, lo único que quería de esta gente era una levísima señal de respeto. Ahora que me dedican mucho más que eso, una parte de mí solo quiere que todo vuelva a ser como antes, cuando no era más que una gárgola cualquiera para ellos.

No es que no quiera ser su reina, y tampoco es que no me tome mis responsabilidades en serio, porque sí lo hago. Me las tomo muy, pero que muy en serio. Es solo que me gustaría que esas responsabilidades no viniesen acompañadas por un montón de pompa, circunstancia que solo consigue que me sienta extremadamente incómoda.

Al menos se toman mis súplicas como una orden y todos se yerguen a la vez.

—¿Cómo estás, Dylan? —pregunto ofreciéndole la mano al joven guerrero que va en cabeza, de piel dorada y morena, y pelo corto oscuro.

—Listo para servir —responde cogiéndome la mano. Pero, en lugar de darme un apretón, el soldado baja la cabeza y me besa el anillo.

—Ya, oye, no hace falta que hagas eso —le digo mientras intento con desespero que me suelte la mano.

Consigo zafarme cuando Hudson se nos aproxima con ojos contraídos y afectuosos, y le da una palmada en el hombro al joven soldado.

—Espero que hayas estado practicando ese salto que te enseñé la semana pasada.

Dylan me suelta la mano al instante, coge la de Hudson y se inclina también ante él.

—Sí, señor. Creo que ya lo domino. Hasta vencí a la teniente general en un simulacro de combate cuerpo a cuerpo a principios de esta semana, señor.

Los dos hombres se separan cuando Hudson se echa hacia atrás para escrutar al guardia.

—¿Has vencido a Artelya? Impresionante, Dylan. Ardo en deseos de ver cómo lo demuestras en el entrenamiento de la semana que viene. —Levanta una ceja—. A ver cómo lo haces enfrentándote a un vampiro, ¿eh?

Los ojos de Dylan se dilatan de la emoción, como si Hudson no hubiese acabado de ofrecerse para darle una paliza.

—Estaré listo, señor.

—Seguro que sí —contesta Hudson con la voz cargada de orgullo.

Estuvo trabajando duro para encontrar su lugar en la Corte Gargólica, una ocupación para un rey, y lo halló en los campos de

entrenamiento hace un par de meses. Ahora que vuelvo a tener los recuerdos de nuestro tiempo juntos en el Reino de las Sombras, no me sorprende que incluso aquí gravite hacia un puesto en la enseñanza.

Le estoy explicando a Dylan que nunca debería estar tan emocionado de enfrentarse con un vampiro en la batalla cuando veo a Artelya atravesando el patio a grandes zancadas.

Lleva unos pantalones cortos verdes y una camisa a juego, pero las largas trenzas que siempre luce a modo de diadema ya no están. En su lugar, un peinado afro precioso enmarca sus pómulos salientes y hace que sus ojos parezcan enormes, en el mejor de los sentidos. En cuanto me ve acelera el paso con una sonrisa en el rostro.

—¡Grace!

Durante un breve instante revivo los nuevos recuerdos que tengo de ella (guiándome por el Reino de las Sombras y, después, convertida en polvo bajo el fuego dragontino) antes de que me abrace con fuerza.

La tristeza me abruma, me atenaza el estómago y me presiona el pecho al darme cuenta de que ella no guarda los mismos recuerdos. Su línea temporal se reinició en el momento en el que yo no logré salvarla del fuego de aquel dragón del tiempo que la consumió, y ahora no recuerda nada del Reino de las Sombras ni de la amistad que fraguamos allí.

Durante mucho tiempo yo tampoco la recordé, pero, ahora que sí lo hago, no puedo evitar pensar en todo lo que ella sacrificó por la gente de Adarie. Pasó mil años atrapada con la única compañía de una bestia para luego volver aquí a pasar otros mil años congelada en el tiempo.

El aislamiento, la soledad, la angustia... Puede que la muerte la hubiera librado de los recuerdos de su encarcelamiento del Reino de las Sombras, pero estoy convencida de que el trauma emocional de aquellos años aún perdura en lo más hondo de su ser. Igual que mis sentimientos por Hudson perduraron en mi interior mucho después de que perdiese mis recuerdos.

Peor todavía, le había arrebatado el recuerdo de toda aquella gente que había salvado con su sacrificio, así que ni siquiera podía aferrarse a eso cuando la impronta que la soledad había dejado dentro de ella irguiese su horrible cabeza. En su lugar, lo único que tenía eran restos de un dolor del que no poseía ningún recuerdo y que no comprendía.

Es un pensamiento horrible, uno que hace que mi corazón sufra por la soldado que conocí en el Reino de las Sombras y la general que he llegado a conocer aquí, en la Corte Gargólica, y en el campo de batalla. Se merece algo mucho mejor que esto.

Sin embargo, mientras me vuelve a dejar en el suelo, me convenzo de que no puedo dejar que me atormenten los recuerdos recién descubiertos de los sacrificios que ella ha hecho. Fueron decisiones que ella misma tomó, no yo, y son los que la han conducido hasta aquí. No solo como una soldado ante mí, sino como una querida amiga y la general de todo mi ejército.

Se inclina y le da una palmada en el hombro a Hudson.

—No esperaba que fueseis a llegar tan rápido. Dame un momento para cambiarme y vamos dentro.

—¿Dentro dónde? —pregunto al tiempo que la veo alejarse y convertirse de nuevo en mi general de semblante serio.

Su mirada atraviesa a mis amigos antes de volver a posarse en mí, con la mandíbula ligeramente apretada.

—Deja que me cambie —insiste mientras camina hacia la fachada del castillo—. Hablamos luego.

Ahora estoy más preocupada todavía. Miro a Hudson, pero él ya está en marcha.

—Yo me encargo de los demás. Tú haz lo que tengas que hacer.

Articulo con los labios un «gracias» y sigo los pasos de Artelya.

—¿Dónde quieres que nos reunamos? —pregunto al atravesar el umbral del castillo.

Veo que mi abuela ha estado ocupada remodelándolo de nuevo. Han pintado las pesadas rocas grises de un tono azul marino que, no sé cómo, le da un aspecto intimidante y regio al mismo tiempo. También ha colgado unos paisajes preciosos de Irlanda en la pared, aunque estoy segura de que ha sido por influencia de mi abuelo.

En otro momento habría pasado unos minutos absorbiendo todo aquello, pero ahora mismo estoy más preocupada por lo que sea que Artelya quiera debatir, así que apenas les echo un vistazo superficial.

—En la sala de interrogatorios —responde ella atravesando el pasillo. Se me acelera el corazón.

—Perdona, ¿la qué? —logro decir con dificultad. Me aclaro la garganta—. ¿Tenemos una sala de interrogatorios?

—Pues claro. ¿Dónde te crees que solían torturar a sus enemigos

Alistair y Chastain?

No tengo ni la más remota idea y, para ser sincera, tampoco quiero saberlo. Mi abuelo y mi respetado exteniente torturando a gente no es algo que se me haya pasado jamás por la cabeza. Pero no lo digo en voz alta. En lugar de eso, suelto:

—¿Cuándo fue la última vez que torturaron a alguien?

Ella se detiene para mirarme a los ojos.

—La Segunda Gran Guerra fue devastadora, Grace. Se tuvieron que hacer ciertas cosas.

—Bueno, ya hace mucho que la Segunda Gran Guerra acabó —argumento cuadrando los hombros y devolviéndole la mirada—. Y en mi corte ya no torturamos a nadie.

He hecho un sinfín de cosas desde que me uní al mundo paranormal. Salir con un vampiro, ser una semidiosa, hasta aceptar la corona gargólica. Pero me niego absoluta y tajantemente a torturar a nadie. Ese es mi límite.

Artelya lanza un suspiro, decepcionada, aunque no sé si conmigo o por el hecho de no poder torturar a nadie. De todas formas, no me sorprende demasiado.

—Bueno, aún tenemos que interrogar a una espía —añade al fin—. Nos vemos abajo dentro de veinte minutos. La sala está justo después de las celdas, al final del pasillo este. Estoy cubierta de mugre y necesito una ducha rápida. —Entonces se aleja musitando—: No sé cómo quieres hacer que el enemigo hable.

En cuanto deja de ser visible, no puedo evitar tragarme la bilis que me había subido hasta la garganta con cada una de sus palabras. Hay un enemigo en la Corte Gargólica.

7

No juegues con esto

Vale, conque tengo que pasar veinte minutos sin volverme completamente loca tratando de adivinar a qué «enemiga» tienen cautiva ahora mismo. Pues solo hay una cosa que hacer.

Por eso mismo, no malgasto ni un segundo antes de darme la vuelta y salir corriendo por el pasillo. Cojo velocidad a medida que me dirijo al salón principal, después giro a la derecha de golpe y salgo por el portón doble, directa a la zona de entrenamiento de la parte trasera.

Cuando golpeo con los pies la tierra compacta, no puedo dejar de pensar en cuántos prisioneros habrá torturado Artelya en busca de información a lo largo de los años, ya que uno más ni siquiera le ha valido para retrasar la lucha. No soy ingenua. Sé que la Corte Gargólica ha existido principalmente durante un mundo mucho más cruel que el actual, pero, aun así... Me estremezco. La idea de infligirle daño a alguien a quien han capturado y que no puede protegerse me resulta repugnante.

Por suerte, llego con mis amigos justo cuando rodean las gradas improvisadas.

—¿Jikan está entrenando con las gárgolas? —Flint suena escéptico cuando me paro de golpe a su lado.

—No exactamente —contesta Hudson antes de posar la mirada en la mía y enarcar las cejas a modo de pregunta.

Niego de forma breve con la cabeza para hacerle saber que no es el momento de discutir lo que quería Artelya, así que se cruza de brazos y vuelve a centrarse en Flint. Menos mal.

—¿Y eso qué significa? O es que... —Flint se calla cuando mira bien por primera vez el estadio y lo que ocurre en él todos los jueves.

—¿Fútbol? —Eden está ojiplática—. ¿Hemos venido a jugar al fútbol?

—Sí, pero mi fútbol —indica Hudson en voz baja.

—Uy, discúlpeme —espeta ella con un espantoso acento británico falso mientras le hace una mueca—. ¿Nos hallamos aquí reunidos para disputar un partido de fútbol, milord?

—La cuestión no es que estemos nosotros aquí —comenta Flint—. ¿Jikan ha venido por un partido de fútbol?

Empiezo a explicárselo, pero, antes de que pueda, todo el mundo que está en el campo y en las gradas se queda congelado. Todos menos Jikan, claro, quien lanza un dedo enorme de gomaespuma verde al suelo y procede a pisotearlo.

8

Si es bueno para el ganso, también lo es para la gárgola

—Caray, eso es algo que no se ve todos los días —señala Flint con una sonrisilla y mucho sarcasmo.

—¿Ese es el dios del tiempo? —pregunta Heather con incredulidad.

—El mismo que viste y calza —responde Flint moviendo la cabeza con pesar.

Jaxon le susurra:

—Lo de «dios» es pasarse tres pueblos.

Jaxon solo dice eso porque, en general, está resentido. Jikan y él nunca se han llevado bien. Aunque, para ser justa, un dios-hombre hecho y derecho teniendo una rabieta en toda regla por un simple juego es un espectáculo digno de verse. Especialmente cuando ese dios-hombre va vestido como si fuese el hincha más fanático que haya existido en la historia de los forofos del deporte.

Camiseta verde. Sudadera verde. Pantalones de deporte verdes. Calcetines verdes. Gorra verde. Lleva incluso mocasines a cuadros verdes y dorados. No sabía que eso existía hasta que se los he visto puestos y, la verdad, podría haber seguido viviendo el resto de mi vida sin la necesidad de saberlo, y menos aún de verlos. Quienquiera que dijera que ojos que no ven, corazón que no siente, sabía perfectamente lo que se decía.

Jikan estampa el pie contra el dedo de espuma gigante un par de veces más, luego vuelve a sentarse y agita la mano, tras lo cual todo cobra vida de nuevo en el campo y el partido sigue como si el dios del tiempo no hubiese congelado a nadie hace apenas unos segundos. Para desgañitarse.

—¿Se puede saber por qué se ha puesto como si le hubiesen robado el patito de goma? —pregunta Eden.

Antes de que nadie pueda adivinarlo, un prolongado y ensordecedor grito de «¡gooooooooool!» reverbera en el aire. Todos los de las gradas que van vestidos de azul empiezan a vitorear.

—Por lo visto, va con los de verde. —Hudson echa un vistazo al marcador de metal, donde unas tarjetas enormes con números cuelgan de dos ganchos y se balancean—. Y no está siendo su día de suerte.

Teniendo en cuenta que van siete a cero a favor de los azules, no lo puedo negar.

—Puede que no sea el mejor momento para hablar con él —comenta Heather viendo a Jikan inclinarse hacia delante y recoger el dedo de espuma del suelo. Esta vez lo lanza al campo antes de dejarse caer de nuevo en su asiento con los brazos cruzados sobre el pecho—. Podría convertirnos a todos en relojes de bolsillo si nos acercamos demasiado.

—Si fuese a castigar a alguien, ya habría castigado al portero verde —declara Flint con los ojos como platos señalando al guardameta lleno de energía que vuela en bucle alrededor de los postes.

Cuando al fin aterriza, vuelve a impulsarse para saltar y hace una voltereta en el aire, ignorando por completo la pelota que atraviesa el campo y va directa hacia él. Tras ver aquello me pregunto si Flint tendrá razón con lo del castigo. Pero, si no hablamos con Jikan ahora, no tendremos otra oportunidad hasta el próximo jueves. Y Mekhi no tiene tanto tiempo que perder, y menos cuando ya estamos aquí.

Además, ¿cuán cabreado puede estar de verdad un dios por un partido de fútbol amistoso, especialmente cuando la plantilla cambia cada semana porque los capitanes, Jikan y Chastain, se van turnando para seleccionarlos?

Por lo visto, la respuesta es MUY cabreado, porque, mientras subimos las gradas, el árbitro, también conocido como mi abuelo Alistair, levanta una tarjeta roja contra uno de los jugadores verdes.

Jikan vuelve a levantarse y agarra la barandilla que tiene delante.

—¿Estás de coña? ¿Qué pasa, que después de vivir tantos años en una cueva la luz te deja ciego o qué?

—Joder —murmura Jaxon al sentarse en el asiento que hay junto a Jikan y apoyar las piernas en la barandilla metálica—. A alguien le vendría bien echarse una siesta.

Porque a mi mejor amigo y excompañero le parece buena idea

tocarle la moral a un dios ya bastante cabreado al que tenemos que pedirle un favor.

—Tanto pelo debe de estar absorbiéndole el sentido por completo —me comenta Hudson en voz baja al oído—. No hay otra razón que explique ese comportamiento tan ridículo.

—Eso o el corazón de dragón —contesto.

—Eh, te he oído —replica Eden—. No eches la culpa de su arrogancia a los dragones. Eso es muy propio de los vampiros. —Le lanza una mirada maliciosa a Hudson para reforzar su opinión.

Jikan apenas mira con odio a Jaxon (sin hacerle nada, por suerte) mientras coge lentamente la botella de agua y la coloca en el portavasos del otro lado de su asiento, lejos del vampiro.

—No me sorprende que perdamos —ataca Jikan al tiempo que agarra la visera de su gorra de béisbol verde y la baja aún más sobre sus ojos marrón oscuro—. El heraldo gótico de la devastación ha llegado.

—Eso es un rango superior a gótico —murmura Hudson.

—Tú calla, comelibros —le espeta Jikan.

Pero Hudson se parte de risa al oír aquel intento de insulto, y entiendo por qué. Comelibros no es para nada un insulto, al menos en su cabeza. De eso estoy segura.

No obstante, antes de decirlo, Chastain, engalanado con un atuendo completamente azul, sube por las escaleras de las gradas a toda prisa. El robusto y antiguo teniente gárgola lleva dos perritos calientes, un cubo de palomitas, un vaso reutilizable del mismo tono azulado de su ropa y dos piruletas arcoíris gigantes.

—Estás en mi sitio —le dice a Jaxon, pero, en lugar de esperar a que se mueva, se transforma parcialmente y nos sobrevuela para ocupar el asiento que hay al otro lado de Jikan.

Le ofrece un perrito caliente al dios del tiempo, pero este está demasiado ocupado observando el campo para darse cuenta.

—¿Qué me he perdido? —pregunta Chastain, que al fin logra que Jikan le coja el perrito.

—Nada importante —refunfuña.

—Ah, ¿por eso hay tres goles más en el marcador que cuando me he ido? —apunta Chastain con picardía.

—No es culpa mía que tardes una hora en ir a por provisiones. —El dios del tiempo le da un mordisco mustio a su perrito caliente.

—¿Debo recordarte que aquí no hay puestos de comida? —exclama Chastain—. Además, por si se te ha olvidado, tú eras el que quería esa puñetera piruleta arcoíris gigante.

—Los arcoíris son sonrisas boca abajo —responde Jikan.

—¿Sonrisas boca abajo? —cuchichea Heather en voz alta, completamente desconcertada mientras nos mira a los demás—. ¿Insinúa que los arcoíris son caras tristes?

—Eso o que son sonrisas boca abajo —apunta Flint con cara de «podría referirse a cualquier cosa».

Ella se le queda mirando.

—Ni siquiera sé lo que significa eso.

—Bienvenida al club. —Jaxon resopla enfadado, se levanta y se acerca a Flint—. Este tío no tiene ninguna lógica. De hecho, es...

Todo el cuerpo de Jaxon se queda congelado a media frase.

—¿En serio? —protesto ante Jikan, y luego miro a Flint para que deje que me ocupe yo del tema. Para mi sorpresa, parece hacerle más gracia de la que debería, pues se reclina en su asiento y se deleita con el paisaje sonriendo con malicia. Me vuelvo de nuevo hacia Jikan con las manos en las caderas—. ¿A mí me riñes por hacer esto todo el rato, pero, si lo haces tú, no pasa nada?

—Te riño porque tú no sabes congelar el tiempo sin abrir un agujero gigante en el universo —explica con una ceja levantada—. Y también porque lo que es bueno para el ganso no siempre es bueno para la gárgola.

—No me suena que hubiera un dicho así —murmura Eden mientras Heather mueve la mano adelante y atrás frente a los morros de Jaxon, como intentando que reaccione.

—Eso no va a servir de nada —le digo a mi mejor amiga—. Está...

—¡¿Me tomas el pelo?! —grita Jikan, que se ha puesto en pie de un salto otra vez para mirar enrabietado el campo—. ¿Me-to-mas-el-pe-lo? ¿Vas borracho, Alistair? ¿Es eso? ¿Cassia te ha preparado demasiadas mimosas para cenar esta noche?

Alistair está muy ocupado recogiendo la tarjeta roja que acaba de tirar al suelo para responder a Jikan o directamente pasa de él. Sea cual sea el motivo, ni siquiera mira en nuestra dirección.

Lo cual cabrea todavía más a Jikan, a juzgar por la cantidad de barbaridades que está soltando por la boca sobre Alistair y el equipo

azul. Alistair, al que se le ve sano, fuerte y apenas rozando la cuarentena (algo a lo que aún me estoy acostumbrando, teniendo en cuenta que es mi nosécuántostataratatarabuelo), sigue negándose a dejar entrever siquiera que es consciente de las trastadas que ha hecho para no darle esa satisfacción a Jikan.

Al menos hasta que Jikan señala las gradas llenas de hinchas vestidos de verde y grita:

—¡¿Qué crees que pensaría Cassia de ti si jodes a tanta gente a la vez?! Sabes que es de las celosas.

Alistair no se detiene en ningún momento mientras se dirige hacia el extremo contrario del campo. Sin embargo, le dedica dos peinetas, una con cada mano.

Es una reacción mucho más suave de la que me esperaba, pero parece que Jikan ya se contenta simplemente con provocar a Alistair. Por lo menos, eso es lo que parece sugerir al dejarse caer en su asiento y ponerse a chupar la piruleta/cara triste.

Saco el móvil del bolsillo y compruebo la hora. Dispongo de diez minutos antes de volver a entrar y reunirme con Artelya, así que, cuando el equipo verde marca su primer gol, me parece que es un buen momento para hablar con él. Y más ahora que es el turno de Chastain de ponerse histérico e insultar a mi más que paciente abuelo.

—Oye, Jikan. —Esquivo la estatua de Jaxon, que por suerte está a algo menos de un metro del asiento contiguo, y me siento junto a él —. Siento molestarte, pero en realidad veníamos a verte a ti.

—Y no paran de lloverme paños —replica antes de coger un puñado de palomitas del cubo de Chastain.

Heather se vuelve hacia Flint.

—¿No se dice «palos»? ¿«Y no paran de lloverme palos»?

Flint niega con la cabeza como queriéndole decir que no pregunte. Para que Jikan te llegue a gustar hay que acostumbrarse primero a él, y todavía no ha llegado a ese punto.

—Me preguntaba si podríamos hablar unos minutos… —prosigo.

—¿Se ha acabado ya el partido? —pregunta sin apartar la vista de la pelota que atraviesa el campo.

Parpadeo.

—No, pero…

—Pues ahí tienes tu respuesta. —Apenas le da tiempo a respirar antes de levantarse de un salto y gritar otra vez—. ¡Joder, verdes!

¿Podríais al menos fingir que sabéis jugar a este puto juego? ¡Me cago tres veces!

—Eso me parece un tanto ambicioso —comenta Hudson al sentarse a mi lado.

—Tú sigue y te congelo a ti también, comelibros —lo amenaza Jikan, y luego grita hacia el campo—: ¡Debería congelaros a todos, a ver si así paráis la pelota de una vez! —Se hunde de nuevo en el asiento y musita—: O al menos no pasaría nada hasta que volviese Artelya.

—¿Artelya está en tu equipo? —pregunto, y noto un peso en el estómago al darme cuenta de que antes iba vestida de verde. ¿Cómo coño le digo que, si ahora se está duchando, es que ya no va a volver?

—¡Sí, por fin! —Señala a Chastain con la cabeza—. Este lleva tres meses ganando todas las semanas cada vez que lanzamos la moneda al aire para ver quién elige primero, y siempre se la queda él. Por fin gano yo, elijo a Artelya y ¡puf! —Hace un gesto como de explosión con las manos—. Desaparece a los diez minutos de empezar.

—Mala suerte. —Chastain intenta sonar compasivo, pero cuesta creerlo cuando le brillan los ojos de alegría—. Sabes que es una teniente con muchas responsabilidades además de una futbolista de primera, ¿verdad?

—Sí, bueno, pues ha podido compaginar ambas cosas todas las semanas que ha jugado en tu equipo —replica Jikan—. Resulta sospechoso que la única semana que juega conmigo tenga de repente un sitio más importante en el que estar.

En eso lleva razón. Si no supiese que hay una prisionera en el castillo, sin duda me creería su teoría conspiranoica.

Por un segundo quiero hacer lo que lleva un rato amenazando con hacer: congelar a todos los que hay en el campo hasta que estemos solos los dos y tenga que hablar conmigo sí o sí. Pero luego recuerdo lo que pasó la última vez que Jikan y yo nos picamos a ver quién tenía más poder divino de los dos.

No solo perdí, sino que lo enfurecí tanto que casi deja congelados para siempre a todos mis amigos. Últimamente se me da mejor controlar mis poderes, así que dudo que eso volviese a pasar, pero tampoco quiero arriesgarme.

Sobre todo con Jaxon aún congelado y el creciente cabreo de Flint, al que ya no le hace tanta gracia la situación.

Así que, en lugar de decirle a Jikan que tenemos prisa, como quiero hacer, decido limitarme a volver con Artelya (y lo que sea que me espera allí) y encararme con Jikan cuando esa derrota no le tenga tan sorbido el seso. Sin embargo, antes de marcharme, digo:

—No te molestaré más hasta que termine el partido, pero ¿podrías descongelar a Jaxon mientras esperamos?

Eso llama su atención.

Jikan aparta la vista del campo por primera vez desde que estamos aquí, y nos mira a Jaxon y a mí como si de verdad estuviese considerando mi petición.

Pero entonces responde:

—Casi que me gusta más así. Nunca lo había visto tan callado.

Entonces vuelve a centrar la atención en el partido.

Se me ocurre pasar de él y descongelar a Jaxon yo misma, pero, si lo hago, Jikan no nos dará la llave para abrir el Reino de las Sombras ni de coña. Y, aunque Jaxon se ponga hecho una furia cuando se descongele, sé que lo soportará y hará de tripas corazón de nuevo si con ello consigue salvar a su mejor amigo.

Así que, en lugar de descongelar a Jaxon, les hago un gesto a mis amigos con la cabeza para indicarles que tengan paciencia y me levanto para dejar que Jikan y Chastain vean el resto del equivalente gargólico a un partido dominical en el parque… como si fuese la puta Copa del Mundo.

Le lanzo a Hudson una mirada penetrante, haciéndole saber sin palabras que quiero que me acompañe, y los dos rodeamos a Jaxon.

—Tenemos que ocuparnos de una cosa, pero vosotros disfrutad del partido. Nos vemos luego —les digo a los demás.

Y me esfuerzo por fingir que no veo una paloma posarse en la cabeza de Jaxon.

9

Cázame

—¿Artelya no te ha contado nada más de la persona que tienen prisionera? —pregunta Hudson después de que lo alcance para volver al castillo.

—No. Solo me ha dicho que tiene a una persona prisionera que hay que interrogar. Y por interrogar, me da a mí que se refiere a torturar —contesto mientras miro a mi compañero. Se le tensa la mandíbula, aunque sigue centrado en el doble portón que queda a menos de diez metros de nosotros, y sus largas zancadas se comen la distancia tan deprisa que tengo que aumentar la velocidad para seguirle el ritmo.

—Excelente. Hace mucho que no disfruto de una buena tortura. —Su acento suena más marcado de lo habitual mientras pronuncia esa frase y, la verdad, no sé si está de broma o no.

Intento convencerme de que lo está, pero no tengo ni idea. Por nuestra vida de estudiantes en San Diego, me resulta sencillo olvidarme de que a Hudson lo criaron en una sociedad cruel. Y que se siente un millón de veces más cómodo que yo en este mundo letal en el que sigo intentando encajar desesperadamente.

Como no sé si está de broma y necesito saberlo antes de que entremos en esa sala, extiendo la mano para tirarle del codo y pararlo en seco.

—Oye, no vas en serio, ¿verdad? —Cuando me evita la mirada y la fija en mi hombro, se me llena el estómago de cemento—. No torturamos a la gente, ¿verdad, Hudson?

Tensa el músculo del costado de la mandíbula unos cuantos segundos más antes de que su intensa mirada se encuentre con la mía, y mis rodillas se echan a temblar sin control ante la tormenta que se desata con furia en sus orbes azules.

—Eso depende de sus intenciones, Grace.

—¿Y eso qué significa? —Llegados a este punto, me lo va a tener que admitir sin rodeos.

—Eso quiere decir que haría cualquier cosa para manteneros a salvo a ti y a nuestra gente.

Eso no significa torturar a alguien. No puede significarlo. Solo que sé lo que siente Hudson por mí, sé lo que arriesgaría y hasta qué extremos llegaría para protegerme. Y ahora que ha creado un hogar aquí en la Corte Gargólica, ahora que le importa tanto nuestra gente, me cuesta imaginar que ese mismo instinto protector no se aplique a ellos.

Estamos juntos en esto. Somos la reina y el rey gárgola, lo cual implica que él manda aquí dentro tanto como yo. Y no es que pensara que estaríamos de acuerdo en todo en lo que a liderar respecta, pero esto... Esto es un desacuerdo muy grande.

Aun así, ahora no es el momento de discutirlo. No ahora que Artelya y la persona a la que ha capturado están esperando abajo. Quizá tengamos suerte y cante como un pajarillo en cuanto vea la expresión que tiene Hudson en la cara. Yo desde luego lo haría.

Decido que ahora no es el mejor momento de discutir por algo que quizá no ocurra, así que esbozo una sonrisa que en realidad no siento.

—Bueno, pues espero que no lleguemos a eso —digo, y después abro el portón del castillo.

La tensión entre nosotros es tan densa que siento la piel seca e irritada cuando llegamos al sótano. Aunque, en el momento en que llegamos, me doy cuenta de que en realidad es más bien una mazmorra. Y sorprendentemente espeluznante. Joder. De verdad que pensaba que las gárgolas, las encargadas del equilibrio y las mediadoras de la justicia, no serían capaces de tener un lugar en el que encarcelar a gente, pero, a juzgar por las cadenas clavadas en las paredes, he sido demasiado ingenua.

Ojalá supiera qué hacer al respecto.

Por suerte, Artelya viene corriendo hacia mí antes de que pueda perderme aún más en mis propios pensamientos.

—Perdona que haya tardado tanto —se disculpa mientras saca una llave larga con forma de esqueleto del bolsillo.

—¿Quién está ahí? —pregunto señalando con la cabeza la puerta de madera sin carteles de la sala de interrogatorios—. Dime, ¿a quién

necesitas interrogar ahora mismo?

—He encontrado a una —informa con gran satisfacción.

—¿A una de qué? —Parpadeo perpleja.

—De los cazadores —interviene Hudson, y Artelya entrecierra los ojos al mirarlo.

—Exacto. —Es todo lo que dice antes de meter la llave y abrir la cerradura.

Todos sabemos que la Anciana ha estado entrenando a cazadores para asesinar a los paranormales, pero la verdad es que llevamos meses sin encontrar muchas pruebas de ello. Por lo menos, no desde que la liberaron de su cautiverio en la isla.

Por supuesto, el Círculo ha hablado de investigar mejor el tema durante la última reunión del Consejo, de estar atentos a sus actividades, pero no tenía ni idea de que el plan había evolucionado hasta llegar al extremo de «secuestrar a un cazador».

Artelya inclina la cabeza y se corrige.

—En realidad, ella nos ha encontrado.

—¿Ha venido ella aquí? ¿A la Corte Gargólica? —inquiero. Se me enciende la cara y aprieto los puños—. ¿De verdad ha tenido la poca vergüenza de plantarse en nuestros acantilados?

La sensación de ultraje me invade, gélida y furibunda. No es suficiente para hacer que quiera torturar a esa mujer, pero es razón de sobra para que tenga ganas de darle una paliza en una pelea justa. ¿Quién coño se cree que es para plantarse en el hogar de mi gente, de mis abuelos, con su información falsa y su odio sin fundamentos?

—Creemos que es una espía, pero no estoy segura, porque no he tenido la oportunidad de interr..., digo, preguntarle.

—Me sorprende que la Anciana se arriesgue a acercarse tanto cuando ha intentado de todo para seguir oculta hasta ahora —anuncio.

—Es que somos su mayor amenaza —responde Artelya, que parece ofendida—. El Ejército Gargólico es lo único que se interpone en su camino por provocar un genocidio paranormal y lograr el dominio mundial.

No estoy segura de que sea lo único, pero no lo admito. En vez de eso, contemplo como pone la mano en la manivela mientras pregunta:

—¿Sabemos si han estado infiltrándose en otras cortes?

—Todavía no —contesto a la vez que Hudson responde:

—Sí.

Me doy la vuelta y le lanzo una mirada que quiere decir: «Ya hablaremos después de esto», y parece que, por lo menos, discurre lo bastante como para asentir levemente con vergüenza.

Artelya enarca las cejas.

—¿Preparados? —pregunta.

Ni de lejos. No tengo ni idea de qué debo hacer en esa sala. Pero llevo haciendo como que sé lo que tengo que hacer hasta que me acostumbro durante un año entero. Una hora más no me supone nada.

—Pues claro —decido. Después, respiro hondo y sigo a Artelya dentro de la sala húmeda y oscura. E inmediatamente deseo estar en cualquier otra parte.

10

Estilo *à la mort*

No soy de las que se preocupan por el diseño de interiores (es algo que le va más a mi abuela, ahora que ha superado la fase de congelación, asesinatos y cuevas), pero hasta yo reconozco que este sitio necesita un arreglillo. El mero hecho de estar aquí me aterra. Igual esa es la idea.

Estoy acostumbrada a estar rodeada de armas (a las gárgolas les encantan sus espadas anchas y hachas de batalla), pero lo que hay en esta habitación va más allá de todo eso. Pero que mucho más. Entre las cadenas encastradas en las paredes, los cuchillos y herramientas de todo tipo cuya necesidad de ser expuestos en ganchos gigantes y estantes no logro ni imaginar, y el suelo de piedra manchado de un tono rojo anaranjado apagado, salta a la vista que esta estancia tiene un único fin: causar mucho daño.

El horror hace que se me revuelva el estómago, pero me trago la bilis que intenta escapar por mi garganta. Nada de eso va a pasar hoy, aunque para evitarlo tenga que pelearme con Hudson hasta aplacarlo en el suelo. Eso es lo único que puedo asegurar sobre lo que va a pasar a continuación.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Artelya mientras Hudson cierra la puerta tras él con un ruido metálico espeluznante y luego se apoya en ella para evaluar a la espía con un destello depredador en la mirada.

La cazadora, que ahora está sentada en una silla en el centro de la habitación, con los brazos y las piernas atados con cadenas tan anchas como mi brazo, no responde. De hecho, ni siquiera se digna a mirarnos. En lugar de eso, mantiene la mirada centrada en la pared que tiene justo delante.

La luz es tenue, pero no puedo evitar fijarme en que la mesa que hay contra la pared está cubierta por un sinfín de saquitos y frascos de

diversos tamaños y colores.

«¿Más instrumentos de tortura? —me pregunto al examinar más de cerca aquel despliegue—. ¿O algo completamente distinto?» Me inclino por lo segundo, porque, cuanto más cerca me encuentro de los botes y demás parafernalia, más nerviosa se pone la cazadora. Sigue sin soltar prenda, pero siento que la agitación se va adueñando de ella.

Como su reacción me intriga, me inclino y cojo uno de los frascos de cristal. Es pequeño, tiene forma de reloj de arena y cuenta con un tapón de corcho que evita que se derrame el líquido amarillo viscoso que contiene. No tengo ni la más remota idea de lo que es ni de lo que hace, pero en cuanto lo levanto hacia la luz la cazadora se revuelve en su sitio.

Artelya y yo intercambiamos una mirada, y dejo el frasco en su sitio para coger un saquito de un tono azul regio atado con un cordón. Lo abro por curiosidad, pero lo único que hay dentro es un extraño polvo blanco.

Lo cierro de golpe, imaginándome sobres cargados de ántrax. Aun estando de espaldas a ella, siento que el malestar de la cazadora se apacigua cuando dejo el saquito sobre la mesa.

—¿Cómo te llamas? —pregunta de nuevo Artelya tras de mí. Otra vez, el silencio—. ¿Qué haces en la Corte Gargólica?

Ni un sonido. Ni siquiera una mera respiración.

Miro a Hudson con curiosidad para ver si va a intervenir, pero sigue apoyado en la puerta, entre dos enormes mazas a cada lado del muro. Se ha cruzado de brazos mientras estudia a la prisionera con expresión aburrida..., pero los ojos siguen fijos en ella como si de láseres se tratasen.

—Voy a hacerte una pregunta más, y será mejor que respondas —advierte Artelya.

Percibo que su enfado aumenta con cada palabra que masculla. Me doy la vuelta para ver si puedo calmar la situación justo a tiempo para ver que la cazadora le saca el dedo a Artelya.

Artelya junta los dientes y emite un chasquido seco que hace que el vello de la nuca se me ponga de punta. Antes de que me dé tiempo a cambiar de parecer, me interpongo entre ellas, lo cual pone en alerta a Hudson, pero no se mueve.

Artelya hace un ruido grave, pero se retira para que yo tome el

control. O lo que sea que esté haciendo ahora mismo.

Para empezar, cojo una silla para poder sentarme frente a la cazadora. Me aseguro de estar a varios metros de distancia, lejos del alcance de sus manos y pies, y también de las cadenas que ahora la mantienen inmovilizada, y la miro por primera vez con detenimiento.

No es joven en años humanos, pero tampoco es que sea especialmente vieja. Rondará los cuarenta o cuarenta y cinco, es rubia y lleva el pelo cortado casi al cero en ondas irregulares. Es alta (aun estando sentada y encadenada, puedo verlo) y salta a la vista que en algún momento se quemó la mitad izquierda de la cara, porque la piel está rugosa y descolorida.

Pero lo más interesante, y horripilante, no es la quemadura o su corte de pelo inusual, sino la ropa que luce.

Al principio pensaba que llevaba pantalones de piel de serpiente, pero, ahora que estoy sentada frente a ella me doy cuenta de que el patrón reptiliano no es de serpiente. Es de dragón.

Ay. Mi. Madre. Lleva pantalones hechos con piel de dragón. Y como los dragones no mudan de piel, solo los ha podido conseguir de una manera. De pronto la quemadura de la cara empieza a cobrar sentido.

Mientras respiro hondo para controlar la bilis que vuelve a agitarse en mi interior, me percato de que los dragones no han sido su única presa. La chaqueta que lleva es de pelo natural, suave y de un precioso tono blanco y gris que sé que pertenecía a un lobo, en parte por el color y en parte por la garra que ha utilizado como broche y que ahora sujeta la prenda al hombro. Alrededor de la muñeca lleva un brazalete hecho con colmillos de vampiro, y del cuello le cuelga una cadena con un anillo. Me fijo en la enorme piedra de luna antes que en el dedo huesudo de bruja que aún sigue adherido a él.

Y en la mano, sobresaliendo del mismísimo centro del anillo que lleva puesto, hay un trozo de corazón de gárgola rojo brillante.

De repente, eso de «interrogar» ya no me parece tan mala idea.

11

Saca la cabeza del calabozo

Las náuseas me invaden, me da un vuelco el estómago y se me retuerce por el horror. Lo único que impide que vomite es la rabia que arde en lo más profundo de mi ser, porque ni de coña pienso darle a esta zorra la satisfacción de ser testigo de mi debilidad o mi espanto.

Así que me trago el malestar y me quedo justo donde estoy, con los brazos cruzados y las piernas escondidas debajo de la silla mientras nuestras miradas se encuentran. Puedo ver en sus ojos que está esperando a que hable, esperando a que sea yo la que rompa el silencio que se extiende entre nosotras como si fueran cristales rotos.

Pero mi padre me enseñó hace mucho tiempo que, en un juego de ingenio, la persona que mueve primero siempre pierde. En los juegos de niños, eso nunca me ha preocupado. Aquí, hoy, atrapada en esta competición de miradas con esta asesina despiadada, me preocupa muchísimo. Se congelará el infierno antes de que yo parpadee primero.

A mi lado Artelya se revuelve incómoda. Pero, como la teniente general que es, no dice ni una palabra. Al contrario, los segundos se convierten en minutos mientras la espía se enrolla un largo hilo de nailon alrededor de los dedos índices y después tira para tensarlo una y otra vez, y yo me limito a esperar y mirarla.

—Puedes torturarme todo lo que quieras —espeta de repente la cazadora—. No voy a deciros nada.

—No recuerdo haberte preguntado nada —contesto con calma—. Esa ha sido la teniente general. Y si hablamos de tortura... No vale la pena ensuciar nada por ti. La verdad es que me gustan mis zapatos.

Artelya no emite ni un sonido ante mi afirmación, pero la veo con el rabillo del ojo más erguida, como si mis palabras la hubieran revitalizado.

—Entonces ¿qué queréis de mí? —Se remueve en su silla al

tiempo que tira de las cadenas.

—¿Qué te hace pensar que quiero algo de ti? Tú eres la que ha venido a mi corte portando el corazón de uno de los míos. —Hago un gesto con la cabeza hacia su anillo, esforzándome al máximo por ignorar la rabia y la pena que todavía se enredan en mi interior—. Creo que soy yo quien debería preguntarte lo que quieres.

—Lo que cualquier cazador querría. Liberar al mundo de la pestilencia de todos los paranormales. Sois una peste para esta tierra, una plaga para...

—Venga ya. —Finjo un bostezo que no siento ni de lejos—. No te creerás toda esa propaganda de los cazadores, ¿verdad?

Entrecierra los ojos.

—No es propaganda si es la realidad.

—Vamos, que eres de las de «no eres paranoica si de verdad van a por ti», ¿no? —rebato.

—Venga, adelante, mátame. Ya me he llevado a suficientes de los tuyos conmigo, puedo morir con orgullo.

—No comprendo cómo matar a alguien puede ser cuestión de orgullo —indico; me levanto y cruzo hacia la mesa que está llena de sus pertenencias.

—¡Porque nunca has sufrido como yo lo he hecho! —ruge—. Nunca has vivido con el miedo que día a día los humanos tenemos a...

—A vosotros mismos. No a los paranormales —intervengo—. Los humanos son criaturas crueles, y ambas lo sabemos.

—¿Que somos crueles? Vosotros nos dabais caza mucho antes de que nosotros formáramos un ejército para cazaros. ¿Cómo crees que la Sangradora recibió su nombre? —dice con desprecio—. Aniquilaba a decenas de humanos de una vez y ni se inmutaba. Los hombres lobo y los wendigos se nos comen. Las brujas nos lanzan conjuros para obligarnos a cumplir con su voluntad. Los dragones estuvieron siglos quemando nuestros hogares, hasta que por fin los perseguimos y tuvieron que esconderse. ¿Ninguno de esos comportamientos te parece cruel? —Resopla y continúa—: Joder, mira al último rey vampiro. Creó un ejército para tratar de subyugar y matar a todos los humanos del planeta. ¿Crees que somos crueles? Solo lo somos porque así es como nos habéis enseñado a ser. Si no os matamos nosotros, nos mataréis vosotros. Lo habéis demostrado una y otra vez.

Cuando termina su discursito respira con dificultad y, por mucho

que quiera bajarle los humos, no puedo. No porque crea que lo que dice es cierto, porque no es así. Sino porque está claro que es una extremista fanática y, como buena fanática, ella elige su verdad.

¿Que Cyrus intentó matar a humanos? Por supuesto.

¿Que un grupo de paranormales impidió que llevara a cabo su plan, con el gran riesgo personal que eso conllevó para ellos? Joder, ya te digo.

Los humanos no le pararon los pies. Fuimos nosotros, organizando a nuestra gente de la forma que desearía que hicieran los humanos con su pueblo. Pero ¿cómo van a hacerlo mientras contingentes como estos están tan ocupados echándole las culpas a alguien que nunca se les ocurre intentar resolver sus problemas sin recurrir a algo que no sea violencia?

Sin olvidar el hecho de que literalmente está sentada aquí, enjoyada con los trofeos de los paranormales a los que ha matado, en cambio yo no le he hecho daño a un humano en toda mi vida. Joder, que me he pasado la mayor parte de mi vida pensando que era una.

—¿No tienes nada que decirme? —me reta mientras vuelvo a analizar todos los frascos y saquitos extraños que se extienden ante mí.

Son alguna clase de arma, de eso estoy segura. Solo que no sé lo que hacen o cuánto daño infligirán. ¿Están diseñados para matar a paranormales o van a herir a cualquiera que se cruce en su camino? Y de ser así, ¿funcionan en todos los paranormales o solo en algunos?

Estas son preguntas que necesitan respuesta por nuestra propia seguridad. Pero creo que, por mucho que interrogue a la mujer que tengo delante, nunca conseguiré la información. Lo cual quiere decir que retenerla no tiene sentido.

Y eso también quiere decir que esta situación solo tiene una solución.

—Teniente general, ven conmigo.

Es lo más cercano a una orden que he dado durante tiempos de paz, y veo que Artelya abre los ojos sorprendida, de espaldas a la prisionera. Aun así, no pronuncia palabra, y ella y Hudson me siguen fuera de la estancia. Ninguno de nosotros dice nada hasta que la puerta está bien cerrada a nuestras espaldas.

—Como verás, no hay forma de razonar con ella —explica Artelya.

—No, no la hay —corroboro—. Pero interrogarla también te supondrá una pérdida de tiempo. No te va a revelar nada y…

—Eso no lo sabes —interrumpe Hudson.

—Sí que lo sé. Y tú también lo sabrías si fueras sincero contigo mismo.

Parece que Artelya quiere replicar, pero al final no lo hace. Porque sabe que tengo razón, y Hudson también, puedo verlo en sus ojos.

—Pero no esperarás que la deje marchar sin más, ¿verdad? ¿Has visto lo que llevaba puesto? —La indignación golpea cada sílaba.

—Lo he visto —respondo, las llamas de furia siguen convirtiendo mis órganos en ceniza—. Y no, desde luego no vas a dejar que se marche sin más.

—Bueno, gracias a los cielos por…

Ahora me toca a mí interrumpir.

—Vas a dejar que escape.

—¿Que quieres que haga qué? —Artelya esboza una fina línea con los labios por la furia.

—Quiero que la dejes escapar —repito—. Sin todas esas pocioncitas y polvos que lleva encima. Y después quiero que tú y un par de tus mejores soldados la sigáis para ver adónde va. La tortura no funcionará con una mujer como ella, pero puede que una trampa sí.

—Ya se cree más lista que nosotros —añade Hudson, y Artelya asiente cuando el plan cobra sentido en su cabeza.

—Entonces deberíamos darle la oportunidad de demostrarlo —anuncia.

—Exacto —afirmo—. Y, si tenemos suerte, nos llevará directos a la Anciana y ese «ejército» que ha mencionado, para que podamos poner fin a los cazadores de una vez por todas.

—¿Y si no tenemos suerte? —Hudson enarca una ceja.

—Si no la tenemos, ya nos ocuparemos de eso cuando ocurra. Y mientras tanto…

—Y mientras tanto, tenemos a un dios con el que discutir —me recuerda mi compañero.

—Y un plan de escape que trazar —apunta Artelya esbozando por fin una sonrisa en la cara.

12

Más vale un pájaro en la cabeza que ciento volando

Hudson y yo regresamos al partido cuando apenas queda un minuto para que termine. Una mirada rápida al marcador me dice que el equipo de Jikan ha hecho una remontada milagrosa en nuestra ausencia, lo cual es un alivio, ya que necesitamos pedirle ayuda si queremos salvar a Mehki. Y tener a Jikan de buen humor lo haría muchísimo más fácil.

En el segundo exacto que termina el partido, Flint le dice:

—¿Descongelas a Jaxon ya, por favor?

A pesar de pedírselo «por favor», no suena como una pregunta, y todo el mundo lo sabe, incluido Jikan. Mira a Flint con una pachorra desmedida, y eso hace que el miedo empiece a treparme por la columna antes incluso de que se meta la última palomita en la boca y se levante para estirar el cuerpo.

Su insolencia despreocupada es la gota que colma el vaso de Flint, que se acerca a él con pinta de querer estrangularlo. Menos mal que está Hudson, que se coloca entre los dos con tal sosiego que hasta parece un accidente.

Sé que no es así, al igual que sé que a Hudson no le hace tanta gracia como aparenta que su hermano lleve congelado tanto tiempo.

Jikan lo percibe también, porque bosteza justo antes de agitar la mano y descongelar a Jaxon, que sigue con la paloma en la cabeza. El pájaro se asusta cuando se da cuenta de que está vivo y emite un gorjeo que resuena en todo nuestro sector antes de alzar el vuelo agraviado.

—¿Qué cojones...? —exclama Jaxon más que un poco confundido mientras observa como la paloma se aleja e intenta averiguar qué se ha perdido—. ¿Qué ha pasado con el partido? ¿Cuándo os habéis sentado? ¿Y por qué tenía una paloma en la cabeza?

Parece tan aturdido y desorientado que no puedo evitarlo. Me parto de risa. Unos segundos después Heather y Eden se me unen. A Hudson le cuesta unos segundos más, pero al final también se echa a reír. Flint no, pero sí que agacha la cabeza para esconder una sonrisa, y la tensión del momento se disipa como si fuese humo.

Jikan, por otra parte, se apoya de lado contra la barandilla y cruza los brazos sobre el pecho.

—A ver, ¿qué es eso que queréis de mí? —pregunta tras liberarse del largo suspiro que llevaba soportando todo el partido.

Aparenta estar tan explotado que siento la tentación de empujarlo barandilla abajo para que caiga al campo, sobre todo porque lo dice como si viniésemos día sí y día también a pedirle favores, cosa que no hacemos. Esta es la primera vez que hablo con él desde la batalla contra Cyrus, y tampoco es que le pidiese que viniera. Es él quien siempre mete las narices donde no le llaman ni lo necesitan.

Pero, como ahora sí lo necesito, aprieto los dientes e intento no pensar en lo satisfactorio que sería ahogarlo con un dedo de espuma gigante. En lugar de eso, le digo:

—Queremos hacerte unas preguntas sobre el Reino de las Sombras.

—¿Noromar? —expresa con tono de sorpresa—. Pensaba que ese sería el último sitio en el que querrías pensar.

Me trago la rabia que me va ascendiendo por la garganta. Jikan sabía que yo había estado allí (y todo lo que había olvidado) y no dijo ni mu. Menudo capullo.

Se abre paso entre nosotros como puede y luego se marcha a paso rápido, obligándome a seguirlo lo mejor que puedo. Los otros no tienen ningún problema en alcanzarlo, pero mis piernas cortas no cubren la misma distancia que las suyas, así que acabo sintiéndome como una cría yendo detrás de su profe.

A pesar de sus largas piernas, Hudson camina a mi lado, pero, cuando estamos a medio camino de la puerta, se dirige hacia Jikan y le dice:

—Sabemos que tú creaste el Reino de las Sombras y todas las reglas de mierda que, además de atrapar a Grace allí, le robaron los recuerdos.

Hudson ha metido el dedo en la llaga, porque Jikan deja de andar

el tiempo justo para intercambiar la mirada con él.

—No tienes ni idea, vampiro.

Hudson solo levanta una ceja.

—Ponme a prueba.

Transcurren varios segundos muy tensos mientras los dos se miran fijamente.

Sin embargo, por mucha razón que Hudson tenga en apariencia, por la reacción de Jikan me veo en la necesidad de interrumpirlos. Pero ya. Y más ahora que Jikan parece estar a dos segundos de pegar a Hudson. Por muy duro que Hudson sea, es mejor no enfrentarse a todo un dios. Y menos a uno capaz de crear el Reino de las Sombras como si nada.

La cabeza me va a mil por hora intentando pensar en la forma de relajar esta tensión, pero entonces Flint se interpone y suelta:

—Llevo un rato queriendo preguntarte una cosa. ¿Qué productos capilares usas, Jikan? Porque siempre llevas esa coleta impecable, macho.

Por un segundo todos miramos a Flint sorprendidos. Luego volvemos a estallar en carcajadas. Hasta Jaxon se ríe. Jikan, por otra parte, mira a Flint como si no tuviera ni la más remota idea de dónde ha salido ni de lo que está pensando.

Pero se ríe entre dientes antes de darse la vuelta de nuevo y seguir caminando, esta vez a un ritmo más razonable.

—Jikan —empiezo a hablar, aunque sin tener muy claro cómo continuar. Solo tengo que decir algo—. Perdona si te ha molestado que hayamos venido a pedirte ayuda.

—No me molesta, Grace —responde en voz baja, con cierta resignación—. Es solo que a nadie le gusta que le echen en cara sus propios errores.

—¿Eso fue el Reino de las Sombras? —quiere saber Eden, con sus ojos violeta muy atentos—. ¿Un error?

—No, fue mucho más que eso —contesta—. Fue una venganza.

13

Tu mosa, mi mosa

Cuando llegamos al castillo, Jikan abre el pesado portón de madera con un suspiro.

—¿Alguien quiere mimosas? —pregunta la Sangradora mientras nos recibe en la puerta—. Ya le he preparado una a Alistair en el salón.

«¿Mimosas a medianoche?», articula con la boca Heather. Me encojo de hombros como respuesta, aunque intento desesperadamente no sonreír. Sin duda, puedo imaginarme cómo se pensaba mi amiga que sería alguien llamada «la Sangradora». En su cabeza, lo más probable es que estuviera dándonos cálices llenos de sangre de la gente que tiene colgando sobre unos cubos en la esquina, no cócteles de champán.

No me molesto en contarle que mi abuela ya ha hecho de las suyas en ese aspecto, incluso antes de que Jikan conteste.

—Yo quiero una, Cassia. —Después parece reconsiderarlo y dice —: Bueno, mejor que sean dos.

—Bebiendo champán a dos manos, ¿eh? —comenta con sequedad Hudson.

—Después de la meada de dragón que ha tenido lugar en ese campo, si pudiera me lo bebería a tres manos —contesta Jikan con bordería en la voz.

—¿Meada de dragón? —Flint esboza una mueca.

—Creo que se refiere a cagada de dragón —le explica Eden, quien no parece menos asqueada.

—Se refiere a cagada a secas —explica la Sangradora con cansancio—. Habla todos los idiomas de la tierra, pero solo entiende la mitad de ellos.

Heather se ríe entre dientes y me da la sensación de que Jikan va a volver la cabeza y a congelarla, pero en vez de eso responde:

—Ay, cuántos perjuicios contra mí. —Esta vez todos nos echamos a reír. No estamos seguros de si se ha equivocado aposta o no, cosa que solo hace que sea más gracioso—. Bueno, ¿me vas a dar mi cóctel, porfa? —pregunta Jikan, y le dedica un guiño a la Sangradora. Un guiño.

Pero esta no está para sus tonterías.

—Pues con la forma en la que te has comportado, tienes suerte de que te deje poner un pie en mi casa y mucho más de que te deje tocar mi champán.

—Ya, bueno, si tu compañero no estuviera borracho siempre que sale al campo, no tendría que corregirle, Cassia.

—Quizá si no lo fastidiaras tanto, no tendría que emborracharse cada vez que le toca ser el árbitro de estos partidos «amistosos» —contraataca la Sangradora con un gesto orgulloso de la cabeza, pero me doy cuenta de que le entrega ambas copas antes de darse la vuelta para llevarnos al salón, dondequiera que esté. Desde que ella y Alistair se han vuelto a mudar a la corte, está muy diferente. Casi como la misma Sangradora.

Atrás ha quedado la mujer que conocí al principio. En su lugar se encuentra una mujer esbelta en la treintena, de morena piel tersa y largas rastas recogidas con un pañuelo enrollado en la cabeza del mismo tono que su caftán rojo de tela ligera. Lo único que es igual que antes es su color de ojos, de un verde esmeralda turbulento que cambia de intensidad según sus emociones.

Heather va mirando a todas partes menos por dónde camina mientras seguimos a la Sangradora por el pasillo principal.

—¡Este sitio es una pasada! —susurra contemplando las enormes paredes de piedra llenas de armas y tapices.

Esto me traslada a mis primeras horas paseando por los pasillos del instituto Katmere, medio asombrada, medio agobiada, al tiempo que intentaba discernir cómo era posible que mi vida hubiera dado un giro tan extraño y abrupto. Durante un instante desearía haberle podido enseñar el Katmere antes de que Hudson y Jaxon lo echaran abajo para salvarnos a todos, pero después lo dejo pasar.

Porque, como seguramente diría Jikan, no se le pueden pedir olmos a la pera.

Además, con el equipo que ha montado el Círculo para reconstruir el Katmere, sé que va a quedar mejor que nunca. Solo

desearía que estuviera mejor que nunca ya mismo.

La Sangradora por fin se detiene delante de lo que antes era una sala de reuniones bastante funcional, si no recuerdo mal. Pero, en cuanto abre las puertas francesas de madera de caoba, me doy cuenta de por qué ahora llama a esto «el salón». Porque ya no queda ni rastro de su pasado funcional.

En vez de ser de piedra de color gris claro, las paredes están recubiertas de una tela de color verde pastel decorada con abedules, flores y pájaros volando. Las cortinas son verde azulado, al igual que la elegantísima alfombra que ahora cubre las rugosas piedras del suelo. Lámparas de araña de cristal cuelgan del techo, y los muebles parecen muy cómodos y femeninos.

Sobre todo el sillón estilo Reina Ana en el que ahora mismo está sentado Alistair mientras da sorbitos a su enorme mimosa.

—Abuelo —lo llamo, y voy hacia él.

—¡Grace! —Se pone en pie de un salto y se encuentra conmigo a medio camino. Y, aunque tiene aspecto de persona joven, sigue dando abrazos de abuelo. Sus brazos son tan fuertes y reconfortantes como el anticuado aroma de Aramis que me envuelve—. ¡Esperaba que pasaras por casa a verme!

—No me iba a ir sin saludar antes —aseguro mientras me arrastra a sentarme a su lado, en uno de esos refinados sillones de oro rosa.

—Una pena que Jikan no pueda decir lo mismo —contesta con un ceño fruncido dirigido al dios del tiempo.

Jikan ni se inmuta, por supuesto. De hecho, le importa tan poco que deja una de sus copas ahora vacías, alarga el brazo y le quita a Alistair el cóctel de la mano antes de sentarse en uno de los delicados sillones y bebérselo de un trago largo.

Alistair enarca una ceja con arrogancia.

—¿Disculpa? —gruñe.

—Ya has bebido demasiado —contesta airadamente Jikan—. Aunque es agradable ver que el sentido común ha ganado al final.

—No sabrías lo que es el sentido común ni aunque te mordiera en... —Alistair se calla cuando la Sangradora le lanza una mirada hosca.

—¿La aorta? —sugiere Jikan por él.

—¿Quién quiere que le muerdan en la aorta? —pregunta Heather con los ojos como platos.

Eden suelta una risilla.

—¿Y quién quiere que le muerdan en el culo?

Pues ahí tiene razón, y Heather también debe de estar de acuerdo, porque agacha la cabeza antes de tomar asiento junto a Eden en un sofá delante de las escaleras.

—¿Otra mimosa, Cassia, querida? —pide Jikan—. Ha sido una tarde complicada.

—Tú mismo te la has complicado, Jikan, querido —responde con una falsa dulzura. Pero le sirve otro de los cócteles de zumo de naranja y champán antes de sentarse junto a Alistair con el suyo propio.

—Es un martillo trabajar en equipo. —Jikan me lanza una mirada traviesa—. Y si no, preguntadle a Grace.

—Creo que quieres decir «martirio» —comento mientras me inclino hacia delante.

—Exacto. Hay que saber rectificar a tiempo. Y hablando de tiempo... —Se bebe su propia mimosa tan deprisa como lo ha hecho con la de Alistair—. Tengo una clase de trapecio dentro de una hora, así que acabemos rapidito.

Empiezo a recordarle que no soy yo la que está retrasando la conversación, que llevo esperando para hablar con él un rato, pero al final sé que no vale la pena discutir. No si queremos salir de aquí con las respuestas que necesitamos, con el favor que necesitamos.

En vez de eso, elijo mis palabras con cautela. Si algo he aprendido de lidiar con dioses es que rara vez contestarán la pregunta sin rodeos.

—Quería saber qué puedes contarme acerca del Reino de las Sombras.

Levanta una ceja.

—Tú has estado allí. ¿Qué más necesitas saber?

—Digamos que, la última vez que lo visité, las cosas no salieron según lo planeado —admito—. Pero, por eso mismo, quiero saber más. En caso de que tengamos que volver.

—¿Quieres volver? —pregunta. Suena divertido mientras se rasca la mejilla, pero se apresura a intercambiar miradas con mi abuela con una expresión de preocupación.

Aunque, antes de que pueda contestar, la Sangradora suelta un grito de alarma.

Y desaparece en un suspiro.

14

Como un circo sin tiempo

Lanzo un grito ahogado cuando veo desaparecer a mi abuela de golpe y porrazo, pero una mirada a Jikan y Alistair (ambos muy relajados en sus sitios) hace que el ritmo cardiaco se me calme de nuevo. Sea lo que sea lo que acaba de pasar, si a ellos no les preocupa, supongo que a mí tampoco debería. Aunque sí siento curiosidad.

De hecho, habría jurado que Jikan la ha hecho desaparecer por la forma tan rara con la que ha estado mirándola, pero mi abuelo no se ha lanzado a su garganta exigiéndole explicaciones. ¿Qué puedo decir? Somos una familia de acción.

—Caray, eso es algo que no se ve todos los días. —Heather echa un vistazo a su alrededor como esperando que alguien o algo se acerque a ella y la haga desaparecer a continuación.

—Como un circo sin disfraces —le comenta Hudson a un lado en voz baja—. Ese es el lema de este sitio.

—Por lo que tengo entendido, también podría ser el tuyo —replica Jikan, pero le falta su agudeza habitual, seguramente porque está mirando al vacío con gesto ausente mientras lo dice. Unos segundos después, regresa con nosotros y asiente con la cabeza para sí y se hunde un poco más en el sofá.

—Mi intención es entretener —responde Hudson con sequedad a la vez que se sienta en un pequeño canapé verde.

Lo veo estirarse como en una tumbona, extendiendo sus largas piernas frente a él y cruzando los tobillos al mismo tiempo que apoya la espalda en el respaldo. Antes incluso de que cruce los brazos sobre el pecho, sé con exactitud lo que significa esa postura: que hoy está tan tranquilo que se niega a aguantar las mierdas de nadie.

Le queda bien. Ni te imaginas cuánto.

Sin embargo, el sarcasmo le resbala por completo a Jikan.

—Ya, bueno, pues no se te da demasiado bien que digamos.

Aunque ¿qué esperar del hermano del gótico?

Desliza su mirada pícara hacia Jaxon, que enseña ligeramente los dientes, pero guarda silencio. Es evidente que el miedo por acabar convertido en estatua otra vez es mucho más fuerte de lo que quiere admitir.

Aunque salta a la vista que Jikan está algo decepcionado tras no lograr provocar a Jaxon, al final se limita a darle otro sorbo a su mimosa. Luego centra su mirada caoba en la mía.

—Ibas a hablarnos más del Reino de las Sombras —intervengo con las cejas en alto.

—No entiendo esa obsesión tuya tan repentina con ese lugar. —Mueve la mano con desdén—. Pero se creó como castigo, no como destino vacacional.

—Entonces, es verdad que lo creaste tú —pregunta Eden, que señala a Jikan—. ¿Puedes hacerlo así, sin más?

—Soy un dios —replica—. Puedo hacer casi cualquier cosa.

—¿Y a quién se pretendía castigar en Noromar, exactamente? —vuelvo a intervenir. Al menos está contestando a las preguntas, así que, con un poco de suerte, puede que eso signifique que nos va a ayudar.

Bueno, un poco de suerte y un montón de súplicas. Al fin y al cabo, es de Jikan de quien hablamos.

—A la reina de las sombras, obvio. ¿A quién si no? —Jikan bosteza como si estuviera aburriéndose, pero su mirada vigilante dice todo lo contrario.

—Pero ¿por qué? —insisto frustrada, porque sacarle una respuesta directa es como intentar arrancar brazos, dientes y de todo en el mejor de los casos.

Y está claro que este no está resultando ser de los mejores.

Alistair le sostiene la mirada a Jikan durante unos segundos largos e inescrutables. Salta a la vista que está habiendo alguna especie de comunicación silenciosa, pero no logro detectar cuál.

Pero, al final, Alistair habla.

—Adelante. —Realiza un movimiento ostentoso y extrañamente formal con la mano—. Cuéntales a los chicos lo que quieren saber.

Jikan parece que vaya a protestar al principio, pero acaba poniéndose en pie y anuncia:

—Tengo hambre.

Entonces se marcha hacia la cocina como si no estuviésemos en medio de una conversación muy importante.

—¿Cómo puede tener hambre? —comenta Heather en voz baja—. Si hace apenas diez minutos que ha engullido medio puesto de comida.

No tengo ni idea, pero no pienso cometer el error de preguntarle sobre su ingesta de alimento. En lugar de eso me levanto y voy tras él hasta la cocina, con Hudson y mis amigos siguiéndome a poca distancia.

Mi abuelo se queda en el salón con su jarra de mimosas, seguramente esperando a que vuelva mi abuela.

Resulta que ha estado ocupada decorando algo más que el salón desde la última vez que estuve aquí. También ha cambiado los tapices que cubrían los antiguos muros de piedra, sustituyendo las escenas de batalla y de naturaleza por fotos preciosas en blanco y negro de Alistair, Artelya, de mí y de muchas otras gárgolas.

En ellas se pueden ver desde prácticas de combate hasta nuestro partido de fútbol semanal, desde grandes cenas «familiares» hasta la figura solitaria de Alistair paseando por los acantilados, justo al otro lado de la verja de hierro. Es curioso, pero provocan un efecto tan acogedor como evocador.

Me encanta.

Pocos minutos después casi todos nos sentamos en taburetes de bar con respaldos altos alrededor de una isla inmensa de granito. Jikan se coloca un delantal de cocinero en el que pone «La última vez que cociné, no murió casi nadie. Ni tan mal».

Abre la despensa y empieza a sacar cosas a lo loco de una manera que, claramente, indica a gritos que no tiene ni puñetera idea de lo que tomará como aperitivo de medianoche. En la encimera de la cocina, junto a la mimosa que ha traído consigo del salón, hay desde galletas Oreo (la nueva obsesión de Alistair) hasta pepinillos, pasando por pasta seca y latas de piña.

—No irá a mezclar todo eso, ¿verdad? —susurra Heather, que suena horrorizada.

No lo sé, y, como todavía espero convencerlo para que nos ayude, tengo muy claro que no voy a decir nada que pueda ofender sus propuestas gastronómicas. Hasta consigo evitar hacer una mueca cuando añade canela y mostaza seca a la creciente pila de la encimera.

—¿Me llenáis una olla con agua? —suelta Jikan por encima del hombro mientras sigue rebuscando por la despensa.

—Claro. —Me muevo para hacerlo, pero Eden ya está en ello. Descuelga una olla de cobre gigante de la rejilla que hay sobre la isla del centro y la lleva hasta el fregadero con expresión tan emocionada que me hace reír.

Jikan sale al fin de la despensa emitiendo un grito triunfal, con un paquete de galletas con pepitas de chocolate en una mano y un bote de mantequilla de cacahuete en la otra. Lo levanta todo como si fuese un botín de guerra antes de dejarlo caer sobre la encimera junto al resto de los trofeos.

—Necesito zumo de naranja y huevos —anuncia ante todos los presentes, como si el mero hecho de decirlo fuese a hacer que aparecieran.

De nuevo soy la primera en ir pitando a la nevera y saco envases gigantescos de ambos ingredientes antes de que Jikan pueda llegar siquiera a la esquina de la isla. Cuanto antes le demos lo que quiere, antes conseguiremos que nos hable de la llave al Reino de las Sombras (o, más bien, que nos la dé).

Mentiría si dijera que no ardía en deseos de poner fin a tantas idas y venidas, y suplicarle a Jikan que nos ayudase. Tras la escena con Artelya y la prisionera en el sótano, no quería admitir que igual iba a tener que elegir entre una cura urgente e inmediata para Mekhi y un ejército de cazadores que seguramente estaba preparándose para atacarnos con esa misma impaciencia que yo sentía. Pero Jikan solo podía ayudarnos en una cosa (o en ninguna si lo cabreábamos), y lo único que tengo claro es que no nos vamos a mover de aquí hasta que lo haga. Las mates nunca se me dieron bien, pero hasta yo veo que, con estas probabilidades, debo pegarme una sonrisa en la cara y seguir yendo y viniendo.

Dejo los envases sobre la encimera junto a los demás ingredientes aleatorios con un «aquí tienes» y vuelvo a sentarme en mi taburete de un salto.

—¿Qué vamos a preparar exactamente? —pregunta Flint mientras observa la combinación de alimentos con la misma emoción que desprenden los ojos maravillados de Eden.

Intercambio una mirada burlona con Hudson, que, en lugar de sentarse en un taburete, ha preferido apoyarse en la encimera de

enfrente con los brazos cruzados. «Dragones.»

Jikan coge el bote de pepinillos y lo abre.

—Pasta de postre.

—¿Con pepinillos? —se me escapa antes de poder evitarlo.

Pero Jikan pone los ojos en blanco.

—Evidentemente no, Grace. Son para comérnoslos mientras cocinamos.

Como para demostrar lo que había dicho, coge un tenedor, pesca un par de pepinillos pequeños y se los mete en la boca antes de ir al fregadero a lavarse las manos.

Una vez que termina, se da la vuelta y da una palmada.

—Bien, ¿por dónde íbamos?

No sé muy bien si se refiere a la pasta de postre, a los pepinillos o a la historia que supuestamente iba a contarnos, pero me arriesgo y confío en que todo salga bien.

—Ibas a contarnos por qué creaste Noromar para castigar a la reina de las sombras.

15

Pasmado por el pasado

—Ah, es verdad —corrobora. Pero no dice nada. En vez de eso, alcanza el tarro de pepinillos y se mete unos cuantos más en la boca. Después, con la boca llena añade—: Es todo por culpa de la reina de las sombras.

—Ya nos lo imaginábamos, dada tu treta de «hacerle una prisión como el dios que soy» —bromea Hudson, pero sigue mirando a Jikan con suma cautela.

—En realidad —dice, y suspira largo y tendido mientras se lleva las manos detrás de la cabeza y se ata la coleta más fuerte—, toda esta historia demuestra por qué es una buena idea evitar enamorarse. Siempre. —Le da un sorbo a su mimosa, y lo combina con otro pepinillo antes de añadir—: Como reza el dicho, es mejor no haber amado nunca para no perder nada.

—¿Te enamoraste de la reina de las sombras? —Escupo la pregunta, porque sería una locura que después hubiera construido una prisión para ella.

—¿Por qué narices piensas eso? —pregunta; las cejas le llegan al nacimiento del pelo y se detiene a medio abrir una bolsa de pasta. Después añade—: Ella se enamoró de un mortal.

Como si eso lo explicara todo.

Se encoge de hombros y se vuelve a poner a cocinar, si es que se lo puede llamar así, mientras el resto lo observamos con desconfianza. Jikan no es un mal tío, pero es impredecible, cosa que hace que, a veces, sea más que estresante intentar anticiparnos a su comportamiento.

—Se enamoró y se casó. —Coge una sartencita y la pone en el fuego, al lado de la olla con agua—. Y aquí estamos.

—Me da a mí que vamos a necesitar más explicación que esa, Jikan —anuncia Hudson con voz cansina al tiempo que saca el móvil

del bolsillo y empieza a juguetear con él sin inmutarse—. La gente no suele pasar de enamorarse a intentar derrocar a un dios sin que ocurra algo entremedias. ¿Qué fue lo que la hizo estallar?

—Pues el embarazo, claro. —Jikan pone cara de asco—. ¿No es eso lo que siempre hace estallar a las mujeres?

—Eso es machista de la hostia, ¿no crees? —comenta Hudson con monotonía, más como prueba de que está escuchando a pesar de que sus pulgares ahora vuelan por la pantalla.

El dios del tiempo entrecierra los ojos con irritación mientras lanza una cucharada colmada de mantequilla de cacahuete en la pequeña sartén que tiene delante. Pero después debe de pensar en lo que ha dicho Hudson y lo que ha dicho él para provocar esa respuesta, porque suspira.

—Tienes razón. Me he equivocado. En este caso —enfatiza—, lo que hizo estallar a la reina de las sombras fue enamorarse y quedarse embarazada de un hechicero del tiempo humano.

Me tenso y me apresuro a mirar a Hudson. Gesticulo con la boca: «¿El alcalde?», al tiempo que él alza una ceja.

Ni se nos había pasado por la cabeza que la reina de las sombras y el alcalde fueran aliados, y veo como los engranajes del cerebro de Hudson se ponen en marcha. Si el alcalde estaba intentando resetear la línea temporal para salvar a su hija... Quizá la reina de las sombras no estuviera luchando con nosotros para librarse de su cautiverio, sino que también quería resetear la línea temporal para salvar a la hija de ambos.

Jikan continúa sin ser consciente de que me está explotando el cerebro.

—Como ella pertenece a las sombras, es decir, es un espectro, la reina es inmortal. Pero su compañero es mortal, cosa que hizo que le tuviera un miedo tremendo a...

—Que su hija pudiera morir —termina Alistair a nuestras espaldas.

Como la última vez que lo vi estaba felizmente instalado en el salón con su mimosa, no esperaba escuchar su voz en este momento. Pero, al final, debe de haber decidido seguirnos, porque ahora mismo está apoyado contra el umbral de la puerta de la cocina con la mirada perdida en la distancia. Pero se aprecia una indulgencia mezclada con la tristeza en su rostro, y esto me hace preguntarme si está pensando

en su propia hija con la Sangradora. Al acordarme de ella, y del dolor que debieron de sentir mis abuelos cuando la perdieron, se me encoge el corazón.

—¿Qué hizo? —pregunto a la par que me muerdo el labio con una inoportuna empatía por la reina de las sombras que hace que se me encoja el corazón todavía más.

Sea lo que fuere lo que hizo después, por muy horrible que haya tenido que ser para acabar con ella sentenciada a una vida inmortal en prisión, una parte de mí no puede evitar preguntarse hasta dónde llegaría yo misma para salvar la vida del bebé que Hudson y yo quizá tengamos algún día.

De repente, conseguir que Jikan nos dé la llave y rescatarla de su cautiverio me parece la opción más correcta del mundo, ayude a Mekhi o no.

Jikan añade un chorrito de zumo de naranja a la mantequilla de cacahuete, que se derrite rápidamente antes de romper un huevo en el borde de la sartén y agregarlo también. Heather deja escapar una arcada, pero, por suerte, Jikan la ignora y sigue con su historia.

—Mientras estaba embarazada, la reina de las sombras se obsesionó con encontrar una forma de impedir que su hija acabara muriendo. Le imploró al padre de la chiquilla que ayudara, cosa a la que él se negó varias veces, pues este tipo de magia está prohibida y además es muy inestable.

Se calla para añadir un enorme pellizco de sal y el paquete entero de linguini a la olla de agua hirviendo que está al fuego. Después se lanza una pizca de sal por encima del hombro «para tener suerte» antes de correr a remover el potingue de mantequilla de cacahuete, zumo de naranja y huevo que acaba de montar y, más tarde, buscar la canela y la mostaza seca.

—Bueno, y ¿qué pasó? —pregunta Heather con urgencia—. ¿Su marido ignoró sus súplicas?

—Debería haberlo hecho —le cuenta Jikan mientras niega con la cabeza con desdén—. Pero no. El amor también lo volvió débil. Y cuando llegó el momento de que ella diera a luz, no pudo resistirse a la desesperación de su compañera y lanzó un hechizo utilizando magia del tiempo prohibida que permitiría que su hija viviera para siempre.

—A ver si lo adivino. —Hudson por fin levanta la vista del móvil con una ceja enarcada—. Algo salió mal.

—Se podría decir que sí. —El dios agarra su copa de champán e intenta darle un sorbo a su mimosa, pero el vaso está vacío. Y como sé que no vamos a sonsacarle más acerca de la historia hasta que tenga otra bebida, me dirijo a la nevera para coger la jarra del cóctel que he visto ahí. Pero, antes de que pueda bajarme de mi taburete, Jikan se limita a volver a llenar su copa con un simple movimiento de mano.

Quiero preguntarle por qué le ha dado la lata a mi abuela para que le sirviera más si podía rellenarse la copa sin esfuerzo, pero Hudson me lanza una mirada que no consigo descifrar del todo, así que dejo estar la pregunta.

Jikan le da un sorbo largo a su bebida y, después, vuelve a meterse en la despensa. Cuando sale, lleva una bolsa de coco rallado y azucarado que deja junto a las Oreo y las galletas de pepitas de chocolate que ya tiene en la encimera.

—Oye, tráeme una taza para medir, anda. —Vuelve a pedírselo a la habitación en general antes de continuar con su historia—. En fin, que el hechizo estaba mal planificado y no le concedió a la niña la vida eterna, como ellos esperaban… porque no estaba embarazada de una niña, sino de dos. En vez de eso, cuando dio a luz a la segunda gemela, unió las almas de las niñas. —Se calla para lanzarle una mirada rápida a Alistair antes de continuar—. Para siempre.

Me vuelvo hacia mi abuelo con el corazón latiendo a mil por hora.

—¿Como la Sangradora y la Anciana?

—No exactamente —contesta Alistair, pero no se explica, como si esta fuera una historia que quiere dejar que Jikan cuente a su manera.

Jikan le quita a Eden la taza de medir de las manos mientras le da las gracias con un gesto de la cabeza.

—Al principio ella y el hechicero creyeron que todo iba bien, porque los primeros años de vida de las gemelas fueron de maravilla. A ver, una era un poco más pequeña, más propensa a enfermar que la otra, pero en teoría eso es algo que puede pasar con los gemelos. Aun así, ambas estaban bien. Hasta… —Se calla a la par que niega con la cabeza con pena y lanza un montón de pepitas de chocolate a la taza de medir y las cubre con otra capa más de coco rallado.

—Hasta que no lo estuvieron —intervengo ignorando deliberadamente cualquier aberración gastronómica que esté a punto de cocinar.

—Exactamente. Y lo que es peor… —Se detiene el tiempo justo para añadir el chocolate y el coco en la mezcla de mantequilla de cacahuete que tiene al fuego—. El bienestar de la chiquilla enferma estaba ligado al de su hermana. Cuanto más fuerte y sana crecía una, más débil se volvía la otra. Pero una parte del conjuro del hechicero había funcionado: mientras sus almas siguieran conectadas, ninguna de las dos moriría.

—¿Y la más fuerte se sintió mal por ello? —jadea Heather que, literalmente, se está retorciendo las manos fascinadísima por la historia que Jikan está tejiendo.

Él parece igualmente fascinado, pues se vuelve para mirarla de hito en hito.

—Eres humana —espeta de repente.

Ella enarca una ceja oscura.

—¿Y eso es malo?

—Todavía no lo he decidido. —Parece pensárselo, inclina la cabeza hacia un lado durante unos largos y dolorosos segundos al tiempo que la cocina se llena de un aroma dulce a la par que nocivo.

Al final Jikan se encoge de hombros y contesta a su pregunta original.

—Tener hermanos es complicado. —Como si eso lo explicara todo.

Echo un vistazo a Hudson y a Jaxon, y no puedo evitar preguntarme si quizá sí que lo explica.

—¿Qué pasó después? —indago intrigada por la historia y con ganas de llegar al final para poder preguntar la verdadera cuestión por la que he venido hasta aquí.

—¿Qué crees que pasó? No transcurrió mucho tiempo hasta que una gemela se dio cuenta de que cada vez que su hermana se ponía enferma, ella se volvía más fuerte.

Heather no es la única que lanza un grito ahogado esta vez. Todo el grupo intercambia miradas horrorizadas, totalmente asqueados por el giro que acaba de dar la historia.

Pero Flint es quien por fin dice lo que todo el mundo está pensando.

—Empezó a herir a su hermana para volverse incluso más poderosa.

Jikan mira a Flint de arriba abajo como si lo viera por primera

vez.

—Parece que tienes mucho más que ofrecer que tu bazo real, dragón.

Flint parece confundido, como si nunca antes se hubiera planteado nada sobre su bazo, ya sea real o no. Pero distingo el momento en el que decide aceptar el cumplido y ya, porque esboza esa sonrisa enorme que forma tanta parte de él como su dragón.

—Gracias.

Jikan carraspea, después le pone una tapa a la olla de pasta, que solo lleva cociéndose unos dos minutos, antes de llevarla hasta la pila y colar el agua. Me imagino el desastre crujiente que está a punto de revelar.

—¿Qué hizo? —insisto de nuevo cuando vuelve a dejar la olla en el fuego—. ¿Acabó matando a su hermana?

—¿Cómo iba a matarla? Ya te he contado que el hechicero del tiempo llevó a cabo un conjuro de magia negra para volver a las niñas inmortales al ligar irrevocablemente sus almas.

Levanta la tapa y revela lo que parecen unos linguini perfectamente cocinados. Parece ser que el dios del tiempo no tiene que regirse por los tiempos de cocción básicos. Después vierte la asquerosa mezcla de mantequilla de cacahuete por encima de la pasta y empieza a removerlas lentamente. Con tal lentitud que, por primera vez, me doy cuenta de que está haciéndose el loco.

—Alistair, ¿Cassia ha vuelto? —pregunta, al parecer de la nada.

Mi abuelo niega con la cabeza, pero es imposible no percatarse de la repentina empatía que muestran sus ojos.

—Todavía no.

Algo ocurre entre ellos, se lanzan una mirada que es mucho más que una mirada, y me doy cuenta de que Jikan está esperando a mi abuela. No quiere contar el resto de esta historia, por lo menos sin que la Sangradora esté presente. Pero ¿qué tiene ella que ver con las hermanas de las sombras? No tiene sentido.

—Entonces, si no podía matar a su hermana, ¿se limitó a torturarla una y otra vez para poder volverse cada vez más fuerte? —pregunta Heather con cara de sorprendida—. Eso es terrible.

Se me hiela la piel, y le echo un vistazo a Hudson. Sigue inclinado sobre el borde de la encimera, mandando mensajes como si no le preocupara nada en el mundo. Aun así su mandíbula está tan

tensa que me da miedo que se rompa un colmillo. Al principio creo que no se da ni cuenta de que lo estoy mirando, pero entonces se revuelve un poco y percibo que no me está mirando aposta, aunque sé que sí que siente mis ojos fijos en él.

Odio que no levante la mirada, que no me deje compartir este momento con él. Porque sé que él está pensando lo mismo que yo ahora mismo: en la forma en la que Cyrus lo torturó una y otra vez. En cómo mandaba a su hijo al descenso cada mes durante casi doscientos años porque él también quería ser más poderoso. No es lo mismo que les ocurrió a estas dos hermanas, pero tampoco es tan diferente.

Menudo cabrón. Igual toda la eternidad encerrado en la cueva de la Sangradora no es bastante castigo para él. O para esa zorra de las gemelas de las sombras, ahora que lo pienso.

Aunque lo que disgustó al dios no fue su despiadado comportamiento. Fue el de su madre. Me estremezco un poco a la vez que pregunto:

—Pero ¿qué hizo la reina?

Y ¿cómo es posible que fuera peor que lo que hizo la gemela de las sombras?

Jikan deja escapar un largo suspiro y va a por las galletas Oreo. Transcurren varios segundos mientras las desmenuza en la mano y contempla la olla nociva de «pasta de postre» que se acaba de montar. Pasado un rato coloca las Oreo desmenuzadas encima de la pasta y coge un trapo de cocina para limpiarse la mano.

—¿Alguien quiere? —ofrece mientras busca los platos, y tanto Flint como Eden gritan un «¡sí!» al unísono.

El resto declinamos la oferta (unos con más vehemencia que otros), pero Jikan está tan concentrado en lo que sea que esté pensando acerca de la reina de las sombras que no se percata del insulto. Al final sirve cuatro platos, ofrece dos a los dragones y uno a Alistair..., quien lo acepta con una pequeña mueca, pero nada más.

Sin embargo, ahora que la comida está lista, parece que Jikan por fin tiene ganas de acabar con la historia, porque deja de echarle vistazos a la puerta de la cocina en busca de mi abuela. Y empieza a narrar:

—Por supuesto los padres no estaban muy impresionados que digamos con los impulsos sádicos de su hija, sobre todo porque la víctima era su otra hija —explica—. Después de intentar todo lo que

se les ocurrió para proteger a ambas niñas y fracasar estrepitosamente, la reina de las sombras decidió que la única manera de mantener a ambas a salvo era cortando el vínculo que existía entre ellas.

—¿Y eso es posible? —inquiero preguntándome si mi abuela habría intentado alguna vez cortar el vínculo de su alma con la de su hermana.

—¡Bringo! —Jikan me dirige un gesto de cariño, como si por fin hubiera hecho algo que lo impresiona—. Muchísima gente le advirtió a la reina una y otra vez que era imposible. Incluido yo —añade con un resoplido—. Pero las medidas desesperadas requieren situaciones desesperadas. Y no se iba a detener, sin importar cuántas veces le dijeran que su misión no daría frutos.

»Hasta que un día se enteró de que existía alguien que podría entender por lo que ella estaba pasando, alguien que ella creía que había sufrido algo similar. Así que... —Se calla y suspira, después se mete un poco de pasta con mantequilla de cacahuete en la boca y mastica. Cuando traga le lanza una mirada a Alistair, quien también se está comiendo su postre, antes de volver a reanudar la historia—. La reina de las sombras fue a buscar a esa mujer, de la que se rumoreaba que también compartía un vínculo del alma con su hermana gemela, y le suplicó que la ayudara.

Se me eriza la piel del cuello al percatarme de por qué Jikan se había esforzado tanto por esperar a que regresara la Sangradora antes de terminar la historia.

—¿Y la mujer podía ayudarla de verdad? —Heather parece no creérselo—. A cortar el vínculo entre dos almas.

Jikan niega con la cabeza.

—Pues claro que no podía, pero la reina de las sombras la creyó cuando le dijo que sí. Le aseguró que le contaría todo lo que sabía acerca de separar almas... a cambio de un frasco de veneno de las sombras.

—¿Quién pediría algo así sabiendo lo que hace? —pregunta Eden, y ahora parece incluso más asqueada.

—¿Quién crees? —espeta Hudson, y por fin me devuelve la mirada.

Se me revuelve el estómago por las náuseas cuando me doy cuenta de quién era y para qué necesitaba el veneno exactamente. Tengo la voz ronca cuando pronuncio a duras penas:

—Era la Anciana, ¿verdad? Quería el veneno de las sombras. Porque era lo único que podía utilizar para envenenar al Ejército Gargólico.

Jikan alza la copa en un fingido brindis y mi estómago da unas cuantas volteretas que me dejan mareada. Se me llena la frente de sudor y respiro brevemente varias veces en un intento de tragarme la bilis lo mejor que puedo.

Busco a Hudson con una mirada desesperada; él sigue con los ojos clavados en mí, ya se ha olvidado por completo del móvil. Camina hasta donde estoy y busca mi mano, me acaricia la palma con el pulgar y se inclina hacia mí para susurrar:

—Todo va a salir bien. Lo prometo.

Niego con la cabeza. ¿Cómo va a salir nada bien? La reina de las sombras le dio a la Anciana el veneno que estuvo a punto de matar a todo el Ejército Gargólico. El mismo veneno que provocó que el resto tuviera que estar atrapado en una corte congelada durante mil años, que obligó a mis abuelos a renunciar a su única hija y que al final dio como resultado el reinado de Cyrus y la muerte de muchos de nuestros amigos y familiares.

Y ahora, para salvar a Mekhi tengo que suplicar que liberen a esa zorra y mostrarle una piedad que no creo que merezca jamás.

16

Pasta que te enteres

—Joder —exhala Jaxon mientras nos mira a Hudson, Jikan y a mí—. ¿Eso usaron para envenenar a todo un ejército?

—Pues sí —afirma Jikan.

—¿Y la reina de las sombras se lo dio sin más? ¿A sabiendas de que podría matar a toda una especie? —Al fin comprendo por qué Jikan decidió que necesitaba un castigo. Eterno.

—A lo mejor no lo sabía —comenta Heather en voz baja—. Puede que lo único que quisiera fuese salvar a su hija y pasó por alto lo que la Anciana iba a hacer con el veneno.

—Como si eso importase —interviene Eden con incredulidad—. Era un veneno, que, por definición, se utiliza para hacer daño y cosas así.

—Seguramente ni siquiera se lo planteó —replica Heather—. Lo más probable es que solo pensase en su hija.

—Que estaba más débil, pero no se moría. —Eden mira a Heather como si no pudiese creer que esté intentando justificarla.

Ahora le toca a Heather poner cara de no creer lo que está escuchando, pero no puedo evitar pensar que Eden tiene razón. A ver, yo quiero a Hudson más que a nada, pero eso de matar a miles de personas inocentes solo para evitar que sufra jamás podría hacerlo.

¿Lo pasaría mal cada segundo que él sufriese? Sí.

¿Me odiaría por haber lanzado un hechizo que lo hiciese sufrir tanto? Por supuesto.

¿Buscaría eternamente la forma de arreglarlo? Obvio.

Pero ¿pondría en riesgo la vida de cualquier otra persona con tal de ofrecerle una vida mejor? No creo que pudiese. Es más, sé que él no querría que lo hiciera. Es una de las muchas razones por las que lo quiero de una manera tan incondicional.

—Y ¿qué pasó después? —Flint se siente tan afligido como yo—.

¿La Anciana le dijo la forma de salvar a su hija?

—Pues claro que no —murmuro, porque conozco a la diosa del orden.

Me miro el brazo y contemplo el tatuaje que representa el trato mágico que, inocente de mí, hice con ella… y el favor que todavía le debo.

—Si preguntas eso es que no la conoces —dice Jikan a Flint negando con la cabeza—. Cogió el veneno y luego cumplió con su parte del trato. Le dijo a la reina de las sombras todo lo que sabía sobre romper el vínculo entre dos almas gemelas: que es imposible y que no iba a poder hacerlo. —Tras lanzar esa bomba, Jikan se lleva a la boca un buen montón de pasta y emite ruidos vehementes mientras mastica con parsimonia. Una vez que termina de tragar, se vuelve hacia mi abuelo y le pregunta—: Oye, Alistair, ¿vamos a hablar de lo blando que eres arbitrando partidos de fútbol o vamos a fingir que es de lo más normal?

—No sé —contesta mi abuelo al tiempo que gira el tenedor entre los espaguetis con gesto distraído—. ¿Vamos a hablar de que, más que un dios, pareces un niño mimado que no ha dormido la siesta o vamos a fingir que es de lo más normal?

Espero a que Jikan estalle (al fin y al cabo, mi abuelo acaba de lanzar un cañonazo de advertencia), pero el dios del tiempo se limita a alzar el vaso hacia Alistair.

—Un momento. —Flint se levanta de un salto del taburete junto a Jaxon—. ¿Ya está? ¿No vas a contarnos el resto de la historia?

—¿Qué más quieres que cuente? —Jikan parece del todo desconcertado—. Teniendo en cuenta lo que habéis estado meciendo los últimos meses, supongo que ya sabéis el resto.

Quiere decir «haciendo», pero no tengo valor para corregirlo. No cuando me doy cuenta de que mucho de lo que ha acontecido en el último año puede atribuirse a ese momento, a ese trato. Cuando la reina de las sombras acudió a la Anciana hace más de mil años, dio pie a los acontecimientos que nosotros hemos estado viviendo… y por los que la gente que queremos ha muerto.

Tiene gracia. Siempre he sabido que alguien estaba jugando al ajedrez con nuestra vida, pero pensaba que eran Cyrus y la Sangradora. Ahora resulta que, desde el principio, ha sido la Anciana.

Tampoco es que sea preocupante (ni aterrador) que estemos a

merced de una diosa sádica que lleva meses a la fuga. No, no es inquietante en absoluto, para nada.

—¿Por eso castigaste a la reina de las sombras? —digo poco a poco mientras Hudson me aprieta la mano de nuevo. La expresión en su rostro me dice que ya se ha dado cuenta de lo que yo estoy acabando de comprender—. ¿Porque le dio a la Anciana un veneno para matar a las gárgolas, obligó a la Sangradora a renunciar a su propia hija, y tu mejor amiga, que es mi abuela, estaba sufriendo?

Jikan le da otro bocado a la pasta y lo acompaña con un trago de su última mimosa.

—Digamos que no tuve más remedio que sellar su destino en aquel reino junto con mis dragones del tiempo. El Reino de las Sombras fue creado con una furia tan salvaje y desenfrenada que su sola existencia es tan inestable como la magia que la sostiene.

—Pues vaya —musita Hudson con su acento británico, y yo no puedo estar más de acuerdo. La magia inestable es algo con lo que ninguno de nosotros debería jugar. Jamás.

—Pues sí —responde Jikan, que entrecierra los ojos mientras nos mira a Hudson y a mí—. Así que, ya veis, no os va a servir de nada preguntar. No puedo liberar a la reina de las sombras ni a su gente de su prisión.

—¿Cómo has...? —empiezo a decir, pero me doy cuenta de que da igual cómo ha sabido lo que le iba a preguntar. Ahora al menos no tendré que suplicar clemencia para esa zorra.

Hudson se cruza de brazos.

—¿Y si queremos «visitar» el Reino de las Sombras sin alterar el tiempo, sin despertar a ningún dragón del tiempo?

Aguanto la respiración esperando la respuesta de Jikan. Tal vez aún podamos llegar a un acuerdo con la reina de las sombras, encontrar la manera de convencerla de que nos ayude a salvar a Mekhi.

Jikan se encoge de hombros.

—Evidentemente, hay una manera correcta de hacer las cosas. Hasta en la cárcel se aceptan visitas.

—¿Y cuál es la manera correcta de visitar el Reino de las Sombras? —pregunta Hudson. Deja caer la pregunta con tal gracia que no puedo evitar sorprenderme.

Sobre todo cuando Jikan le responde:

—Tenéis que encontrar los puntos de acceso, claro está. Donde las sombras... —Se para en seco, con la mirada fija de pronto sobre nuestras cabezas.

—Donde las sombras..., ¿qué? —Agito la mano, decidida a captar de nuevo su atención.

Pero ya es demasiado tarde. Porque, cuando me vuelvo siguiendo su mirada, me doy cuenta de que la Sangradora ha vuelto. Y no tiene buen aspecto.

17

La guinda del helado

—¿Cassia? —Alistair da un salto hacia delante para rodearla con los brazos—. ¿Qué ocurre?

—Estoy bien. —Le acaricia la mejilla para calmarlo, pero cuando se vuelve para mirarnos lo que percibimos en sus ojos es grave—. Acabo de volver de la Corte Vampírica.

Le echo un vistazo a Hudson y me doy cuenta de que ha pasado de estar alerta a exaltado en lo que va de un suspiro a otro.

—¿Hay algún problema?

—Pues claro que lo hay, aunque eso no es lo que me preocupa ahora. —Su mirada oscila entre Jaxon y yo—. Lo siento, pero no hay nada más que pueda hacer por vuestro amigo.

El pánico me invade de golpe, hace que me lata el corazón a mil por hora y que me suden las palmas de las manos.

—¿Te refieres a Mekhi?

—Sé que os advertí que esta era la última vez que podría descender, pero se ha despertado mucho más rápido de lo que anticipaba. Como sabréis, la poción somnífera pierde eficacia con el tiempo si se usa con el elixir. Por desgracia, debido a la naturaleza del metabolismo vampírico junto al veneno, su cuerpo lo metaboliza todo a un ritmo cada vez más rápido. La cantidad que necesito para volver a dormirlo lo mataría.

Jaxon deja escapar un grito ahogado ante las noticias y yo me sobresalto... Bueno, todos.

Empiezo a ir hacia él, pero Flint llega antes y desliza un brazo por la cintura del vampiro.

—No pasa nada —murmura. Dado este giro de los acontecimientos, no hay ni rastro de la incomodidad que mostraban antes el uno con el otro—. Encontraremos la forma de salvarlo.

Flint suena convencido, pero la mirada que me lanza es de todo

menos eso. Y lo entiendo, porque la verdad es que yo me siento de todo menos convencida ahora mismo.

¿Cómo cojones vamos a conseguir que la reina de las sombras nos conceda el antídoto del veneno que está matando a Mekhi sin ofrecernos a sacarla de su prisión? Y eso sin mencionar que todavía no sabemos cómo entrar en el Reino de las Sombras sin que una horda de dragones del tiempo nos dé caza al instante. Ahora mismo todo me parece imposible.

El pánico me arde en el estómago. Hace que me tiemblen las manos y amenaza con hacerme caer de rodillas. Para mantenerlo a raya respiro varias veces, de forma rápida y superficial, y después lo empujo con tanta fuerza como puedo hasta lo más profundo de mi ser. Voy a salir adelante... Tengo que salir adelante, por el bien de Mekhi.

Como siempre decía mi madre, la mejor forma de conseguir cualquier cosa que te propongas es encargarte de los problemas uno a uno. Y nuestro primer problema, el único que sigo estando segura de que Jikan puede solucionarnos, es el siguiente que voy a plantear.

—Jikan, necesitamos desesperadamente que nos digas cómo viajar al Reino de las Sombras de forma segura.

—Y yo sigo sin entender por qué narices querrías volver, Grace.

Hace un minuto parecía que sí que iba a contestar a la pregunta, pero ahora vuelve a darnos largas.

La frustración me corroe.

—¿Por el veneno de las sombras? ¿Mekhi? ¿Muer-te? —digo silabeando.

Jikan está demasiado ocupado observando a la Sangradora para advertir la urgencia de mi voz.

—Es que no pienso que sea un lugar al que debas ir, con amigo moribundo o sin él. —Antes de que pueda contestarle que no me queda opción, continúa—: Me has oído cuando he contado que se creó con una magia muy inestable, ¿verdad, Grace? Seguramente también sea sensato evitarla.

Sigue inmerso en una especie de comunicación silenciosa con mi abuela, y me cuesta la vida no lanzar un dedo de gomaespuma al suelo y saltar encima de él ahora mismo. Uno de mis mejores amigos se está muriendo, y estos dos siguen empeñados en andar de puntillas por un antiguo error cuya existencia parece que quieren olvidar.

Me devano los sesos, intento pensar en cuál es el argumento

idóneo para que Jikan nos dé la información que necesitamos. Pero, antes de que lo consiga, Heather da un paso adelante y se coloca una trenza detrás de la oreja al mismo tiempo.

—Mirad, he estado escuchándolo todo y, aunque admito que no he entendido la mayor parte, sí que hay algo de lo que estoy segura… —Levanta un único dedo—. Según yo lo veo solo tenemos una opción. Hemos de ayudar a la reina de las sombras. Es la única manera de salvar a Mekhi. Su veneno. Su antídoto. —Extiende otro dedo—. Pero, para llegar a ese punto, tenemos que poder viajar al Reino de las Sombras sin atraer a los dragones del tiempo. —Extiende un tercer dedo—. Y, desde luego, necesitaremos una forma de volver a casa. —Extiende un cuarto dedo—. Si conseguimos todo eso, aun así necesitaremos algo con lo que negociar para obligar a la reina a que nos ayude a curar a Mekhi o… —Ahora cierra los dedos en un puño, pero extiende el pulgar para señalar a Jaxon, que está a su derecha—. El vampiro supertestosterónico intentará darle una paliza de la hostia. En cuyo caso, seguramente estaremos todos jodidos.

Todos sueltan una risilla ante su comentario. Bueno, todos menos Jaxon, quien se yergue un poco.

—Podría acabar con ella —masculla, y Heather pone los ojos en blanco.

—Como iba diciendo, seguramente estaremos jodidos si este tío hace de las suyas. Es malo…, un malote. —Le lanza un guiño a Jaxon y juraría que él parece crecer otros tres centímetros, si acaso es posible. Desde luego sus hombros sí que parecen más anchos.

Pero Heather ya ha cambiado de tema; se coloca ambas manos en las caderas y le planta cara a Jikan con los ojos entrecerrados y una expresión de terquedad en el rostro.

—Así que, mientras el equipo de cerebritos Hudson-Grace intenta obtener información con la que chantajear a la reina, aunque algo me dice que aquí la Sangradora va a saber cómo conseguirlo porque tiene una hermana malvada que empezó todo este desastre…, necesitamos que tú dejes de hacerte el loco y le cuentes claramente a mi mejor amiga cómo viajar entre reinos de forma segura. ¿Y bien? ¿Crees que puedes hacerlo o vamos a tener problemas?

El silencio se hace en la sala cuando Heather termina su discurso, y tengo que aguantarme las ganas de aplaudir. Porque va-ya-te-la.

Mi mejor amiga es… alucinante. Más que alucinante. Es increíble

de la hostia.

A ver, que también está a punto de que le suelten un puñetazo. Pero aun así. Ha sido una pasada. Ni me molesto en intentar disimular la enorme sonrisa que tengo en la cara. Puede que piense que Jaxon es el malote del grupo, pero no me cabe duda de que ella podría sacarle los colores en ese terreno cuando le apeteciera.

Si tenemos en cuenta que solo sabe de la existencia de este mundo desde hace menos de tres meses, no tengo ni idea de cómo les sigue el hilo a todas las cosas extrañas y nuevas que aprende de él. Aunque siempre supe que era la lista de las dos. Y ahora todo el mundo lo sabe también. Incluso Jikan, que ahora mismo la está analizando con una mirada tan fría y aburrida como la de una cobra real.

—He conocido a humanos —anuncia—. Son débiles. Tontos. Asustadizos. Tú no eres humana.

Heather entrecierra más los ojos.

—Que sepas que al último hombre que intentó decirme lo que era o lo que dejaba de ser le di una patada en los huevos.

Como uno solo, todos mis amigos y yo damos un paso para acercarnos a ella, y nunca he querido más a esta familia que he encontrado. Si Jikan quiere darle una paliza a Heather, primero tendrá que pasar por encima de todos nosotros.

Es pensarlo y Jikan hace un gesto con la mano con el que congela a todo el mundo excepto a la Sangradora, Alistair, Heather, Hudson y a mí. Menuda forma de recordarnos que en realidad tampoco podríamos darle mucha guerra al dios del tiempo. Aun así estoy segura de que no querrá disgustar a su mejor amiga matando a su nieta, a la mejor amiga de su nieta y a su compañero, sobre todo delante de ella.

—¿Jikan? —La voz de la Sangradora es agradable mientras señala a Heather con la cabeza, pero aun así se aprecia una advertencia en ella.

—Soy consciente, Cassia —contesta con un fuerte suspiro. No parece impresionado cuando se mete las manos en los bolsillos de su pantalón deportivo verde y analiza a Heather durante un instante. Después se vuelve para mirarme a mí y añade—: Pero tampoco voy a ayudaros a eliminar a los dragones del tiempo. No porque no quiera, sino porque no puedo. No hay atajo para eliminarlos, no hay un truco

para hacer que dejen de funcionar. Son lo peor que he creado en mi vida, y son prácticamente indestructibles, como habréis aprendido Hudson y tú por las malas. ¿Mi consejo, Grace? Entra en el Reino de las Sombras de una forma que no abra una grieta en el espacio-tiempo.

—¿Y qué forma es esa? —pregunto aguantando el aliento mientras espero para ver si me contesta por fin.

Lanza una mirada rápida a la Sangradora durante medio segundo antes de volver a capturar la mía.

—Ya lo sabes. Donde las sombras convergen.

—¿Las sombras? —repito.

Jikan me mira con expectación, pero, cuando me limito a devolverle la mirada sin comprender nada, vuelve a suspirar con pesadez.

—La fuente de las Pruebas, donde os encontrasteis por primera vez con los insectos de las sombras. No existe solo ahí. También existe...

—¡En Turín! —exclamo mientras los recuerdos de la *piazza* del exterior de la Corte Bruja me anegan—. Sabía que había reconocido esa fuente de algo. La vi por primera vez cuando fuimos a buscar ayuda. —No me puedo creer que lo olvidara—. Pero... espera —continúo, y en ese momento me viene otra cosa a la cabeza—. Eso quiere decir que la entrada al Reino de las Sombras está en la Corte Bruja.

Jikan carraspea.

—Recuerda que lo difícil no es entrar en el Reino de las Sombras. Es salir. Es una cárcel, ¿sabes?

Bueno, por lo menos supongo que Hudson tenía razón. El Reino de las Sombras es una cárcel. Nada preocupante, qué va.

—¿Tienes alguna sugerencia para escapar?

—Pues la verdad es que no. —Parece disgustado, juguetea con lo que le queda de su postre de pasta con el ceño fruncido—. Todo sea dicho, sé que existe alguna forma y gente que sabe cómo negociarlo. Solo tienes que encontrar a una de esas personas.

Busco a Hudson con la mirada, y ambos decimos lo mismo a la vez.

—Vaqueros azules.

Le dedico una sonrisa enorme porque nos acordamos de que él

tomó prestado un par de vaqueros de Arnst en la granja y nos dimos cuenta de que había cosas en Noromar que no eran moradas. Solo tenías que conocer a la gente indicada o, como es evidente que ambos estamos suponiendo ahora mismo, al contrabandista indicado para que te las consiguiera.

Heather levanta la mano.

—Vale, preguntita: ¿cómo se supone que los vaqueros azules van a sacarnos del Reino de las Sombras?

—¿Qué es algo que tienen todas las cárceles? —pregunta Hudson mirándome con una ceja enarcada.

—Muros. Tienen muros la hostia de altos —le repito lo que dije en el restaurante hace ya lo que parece un eón, después le lanzo un guiño y me vuelvo hacia Heather—. Y redes de contrabando.

Hudson sonríe.

—Solo tenemos que conseguir que un contrabandista nos saque de allí.

Hace que suene muy fácil, pero no puedo evitar que se me revuelva el estómago ante la posibilidad de que nos equivoquemos y nos quedemos allí encerrados para siempre. O peor, que regresemos pero yo vuelva a olvidarlo a él. Porque algo me dice que va a ser muchísimo más complicado de lo que él lo hace parecer, dudo que haya una cesta de ropa llena de camisetas moradas en la que nos podamos esconder para escapar. Pero, por lo menos, sabemos que seguramente hay una forma de regresar. Eso tiene que valer para algo.

—Ve con cuidado, Grace. El Reino de las Sombras es el caos absoluto. Allí todo es mucho más peligroso de lo que parece, no existen las normas ni… —Se calla cuando mi abuela pone los ojos en blanco y lo interrumpe.

—Ya me encargo yo a partir de aquí, Jikan —le informa—. Bueno, ¿por qué no vuelves a casa? Si no descansas después del viaje, acabarás echando las galletas por toda tu clase de trapecio.

—Creo que te refieres a echar la pasta. Y eso apenas llevaba galletas. —Aun así intercambian otra mirada antes de que él asienta por fin—. Un placer, Cassia. Como siempre.

Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, Jikan desaparece. Y lo único que queda para indicar que ha estado aquí siquiera es el plato y la copa de mimosa vacíos, plantados tristemente sobre la esquina de la encimera.

Solo dispongo de un segundo antes de que todo el mundo se descongele de golpe para preguntarme cómo es posible que todos estos dioses consigan desaparecer siempre que les plazca.

18

Menos gritos, chavales

Entre quedarse congelados y la partida de Jikan, todos están algo más que un poquito nerviosos. Jaxon está hasta los mismísimos de que lo congelen. Eden no para de comprobar a voz en grito que el dios del tiempo no le ha dado a Heather un miembro de más, teniendo en cuenta que había amenazado con darle un puñetazo. Flint solo parece desconcertado.

Y Hudson... se ha puesto a escribir mensajes como un loco otra vez.

En cuanto consigo que todos vuelvan a calmarse me vuelvo para hablar con mi abuela... y me doy cuenta de que ella y Alistair han aprovechado el caos para escabullirse. Lo cual es una mierda, porque de verdad tengo que hablar con ella.

Algo me dice que Heather tenía razón cuando ha comentado que tal vez la Sangradora sabe más de lo que nos ha querido hacer creer hasta ahora sobre cómo llegar a un acuerdo con la reina de las sombras.

Y es por eso por lo que doy una palmada para llamar la atención de todo el mundo.

—Escuchad, siento que a Jikan le encante congelar a la gente, pero la buena noticia es que ahora Heather y yo sabemos cómo entrar en el Reino de las Sombras. La entrada está en la Corte Bruja. —Saco el móvil del bolsillo y compruebo la hora. No me sorprende que sea más de la una—. Vámonos a nuestras habitaciones y descansemos un poco. Nos reuniremos a las nueve para determinar una estrategia.

—Pero todavía no tenemos nada que ofrecerle a la reina de las sombras a cambio del antídoto para Mekhi —comenta Eden preocupada.

—Lo sé, estoy trabajando en ello. —Le doy un golpecito en el hombro para tranquilizarla—. Descansemos por ahora. Tendremos la

mente más despejada por la mañana.

Todos se quejan, pero acaban aceptando, así que nos dirigimos a rastras a las habitaciones de invitados. Eden se ofrece a acompañar a Heather a su cuarto mientras yo le tiro del codo a Hudson, urgiéndolo a quedarse atrás conmigo.

—Eh —digo al tiempo que le rodeo la cintura con los brazos y lo aprieto con fuerza.

Él responde estrujándome contra su pecho y me murmura al oído:

—Eh, tú también.

Huele bien, como a ámbar cálido y especias, y no quiero hacer otra cosa que no sea posar la cabeza sobre él y quedarme aquí, entre sus brazos, para siempre. No obstante, la responsabilidad siempre acaba asomando a su cabecita deforme y tengo que apartarme.

El espacio que nos separa me provoca un escalofrío instantáneo que me recorre toda la piel y que me cuesta ignorar cuando pregunto:

—¿Qué ocurre?

Señalo su móvil con la cabeza. Todavía lo lleva en la mano, asido con fuerza. Se lo mete en el bolsillo y me dedica una media sonrisa que no acaba de llegar a sus ojos.

—Nada de lo que debas preocuparte.

La manera en la que lo dice hace que me preocupe un poco, y decido explicarle que no existe nada por lo que debamos preocuparnos por separado, que estamos en esto juntos para siempre, pero él se da prisa en seguir hablando.

—Además, ¿no deberías estar pensando en cómo encandilar a cierta exreina vampiro para que nos ayude a sobornar a la única mujer a la que seguramente odiará más que a su hermana?

Lanzo un suspiro porque en eso tiene razón, aunque desearía que no la tuviera.

—Ya, eso.

Aun así odio que me oculte cosas. Porque siento cómo nos distancian. Así que lo cojo de la mano. Él envuelve la mía con sus dedos largos, la aprieta, y dejo que una descarga de electricidad espante el escalofrío que me atenazaba.

—Tiene gracia. Nunca he pensado en la Sangradora como «reina vampiro» —comento mientras entrecomillo con las manos ese título—, y, sin embargo, su propio nombre lo indica.

Hudson me aparta con suavidad un par de rizos de la frente y los pone detrás de la oreja.

—Es la puta ama. —Esta vez sus ojos sí transmiten lo mismo que su sonrisa—. Como su nieta.

Pongo los ojos en blanco ante esa tontería.

—Ya te digo yo que no soy la puta ama como reina gárgola.

—¿Seguro? —cuestiona con sencillez—. La Sangradora fue reina gárgola durante un tiempo, pero solo por haber contraído matrimonio. Y ya sabemos lo que opina la realeza de sus linajes.

Me muerdo el labio, porque no estoy muy segura de qué me parece ser la primera reina gárgola que de verdad es una gárgola. Luego le lanzo una mirada mordaz.

—Intentas distraerme para que deje de preguntarte por el móvil. No pienso pasarlo por alto, Hudson. —Hecha la advertencia, me paso la mano por el pelo—. Pero tienes razón. Debo encontrar la manera de convencer a la cabezota de mi abuela para que nos ayude… si puede.

—Puede —asegura Hudson—. Nunca había visto a nadie alargar tanto una historia como lo ha hecho Jikan. Y viví con Cyrus.

—Tú también te has dado cuenta de las evasivas, ¿eh? —pregunto, pero a modo de pregunta retórica. Hudson se da cuenta de todo.

—Lo que no tengo claro es si lo ha hecho porque no hay nada más que contar o porque no quiere ser él quien lo cuente —explica; entonces me suelta la mano y me estruja los hombros—. Necesito hablar con mi hermano y asegurarme de que no sigue molesto por lo de la paloma. ¿Prefieres ir a hablar con tu «abuela» ahora o mañana por la mañana?

—Ahora —contesto con firmeza, y me gano un beso rápido. Me encanta que me haya dado la opción de dejarlo para más tarde, pues tengo la mala costumbre de hacerlo, pero la vida de Mekhi pende de un hilo.

No tengo elección. Voy a tener que hablar con la Sangradora, esté preparada para el enfrentamiento o no.

19

Odia al juego, no a la diosa

Llego a los aposentos de mis abuelos en cuestión de minutos y llamo suavemente a las enormes puertas dobles. No es porque tenga la esperanza de que no me abra, sino porque es una vampira, como bien me acaba de recordar, así que es mejor no pillarla por sorpresa.

Las puertas se abren de golpe y la Sangradora está al otro lado. Sigue ataviada con su caftán rojo, pero ha cambiado el pañuelo del mismo color que le sujetaba el pelo por uno largo de color dorado y la melena con rastas le cae por los delgados hombros.

—Sí que has tardado —dice con una arrogante ceja enarcada—. Seguramente estarías besuqueándote con ese compañero tuyo en vez de ocuparte de tus tareas.

Le devuelvo el gesto levantando también la ceja.

—¿Estás celosa o qué?

Alza la barbilla, pero oigo a Alistair soltar una risilla de fondo. Se coloca detrás de ella y le agarra de la cintura para después inclinarse hacia delante y darle un beso en la mejilla.

—Déjala en paz, cielo. Antes nosotros también éramos unos jóvenes enamorados.

—Seguimos siendo jóvenes —espeta, pero no hay maldad en sus palabras.

—Tú sí que lo eres, cariño —afirma él con un brillo en los ojos, y sé que esta es una discusión que tienen a menudo—. Yo, por otra parte, estoy tan viejo y curtido como una roca y necesito mi sueño reparador. Así que déjame pasar y daros a las mujeres algo de tiempo para poneros al día y así poder irnos a la cama pronto.

Ella resopla exageradamente, pero se aparta.

—Volveré dentro de un rato para darte las buenas noches, Grace.

—Vale —contesto, pero él ya está a mitad de pasillo.

La Sangradora me lleva hasta la sala de estar de su habitación

con una floritura mientras masculla entre dientes:

—Él también sigue siendo muy joven.

Algo en el tono de su voz hace que me detenga para escudriñar su terso rostro. Toda la charla de esta noche sobre los humanos y los inmortales hace que me surja una duda.

—¿Vas a vivir más que el abuelo?

No sé cuánto viven las gárgolas, pero suponía que muchísimo tiempo. Aunque ahora ya no estoy tan segura y de repente me urge saberlo.

—Las gárgolas tienen una vida muy larga —responde, y después añade en voz baja—: Pero no tanto como los vampiros. No tanto como los dioses.

Se me hace un nudo en el estómago cuando asimilo sus palabras. Va a vivir más que su compañero, mi abuelo, y la tristeza hace que sus ojos se conviertan en un torbellino verde tan oscuro como una jungla.

—Lo siento muchísimo, abuela —digo con dolor. Después me obligo a preguntar—: Yo soy semidiosa. ¿Quiere decir eso que también soy inmortal?

—Sí, Grace. Tú y Hudson seréis compañeros durante toda la eternidad.

Durante un instante el concepto de la eternidad se extiende hasta el infinito delante de mí. No puedo soportarlo.

Y luego me doy cuenta de que Hudson no sabía que era una semidiosa cuando se enamoró de mí y se convirtió en mi compañero. Y, pensándolo bien, Jaxon tampoco. El dolor, la pasión y la incredulidad me afloran en el pecho. ¿Puede ser que estos dos chicos maravillosos eligieran ser mis compañeros a pesar de saber la eternidad de tristeza que los esperaba una vez que yo ya no estuviera?

La misma tristeza que le espera a mi abuela.

La Sangradora no es uno de esos familiares con los que tienes una relación cariñosa, pero no puedo evitarlo. Me lanzo a sus brazos y la estrujo con fuerza mientras repito:

—Lo siento muchísimo, abuela.

Me devuelve el abrazo durante un segundo, quizá incluso dos, pero después me aparta y parpadea para ocultar que se le han humedecido los ojos y señala al otro lado de la estancia, a un tablero de ajedrez ornamentado que está enmarcado por dos sillas azules.

—Ven aquí, Grace. Juguemos una partida, ¿te parece?

—Pues claro —aseguro, y acepto el cambio de tema al tiempo que me dirijo al tablero.

Titubea un instante cuando se mueve para sentarse, pero se recupera de inmediato y se coloca en su silla. Yo me siento frente a ella y la contemplo mientras alarga la mano y recoge el rey que estaba tumbado de lado para colocarlo bien mientras pone todas sus piezas de ajedrez en las posiciones iniciales que tocan.

Nuestras miradas se encuentran por encima del tablero y no puedo evitar pensar que esto va a ser mucho más que un juego. Y, aunque no estoy preparada ni de lejos para ganar en ingenio a mi abuela (¿quién lo estaría?), también sé que no tengo elección. Necesito respuestas y, si esta es la forma de conseguirlas, pues bienvenida sea.

—Te tocan las blancas —anuncia cuando ambas acabamos con los arreglos—. Eso quiere decir que mueves primero.

Contemplo el tablero durante varios segundos e intento decidir por dónde empezar. No es que el ajedrez sea lo mío, pero he visto jugar a Hudson solo las suficientes veces como para tener algunos movimientos de apertura en mente. Al final elijo el peón de mármol que tengo delante del rey y lo muevo dos casillas. Es un movimiento que he visto ejecutar a mi padre cientos de veces mientras jugaba con el padre de Heather, así que estoy casi segura de que todavía no me he dejado en ridículo.

Por lo menos hasta que habla la Sangradora.

—Conque tu primer instinto es dejar a tu reina expuesta, ¿no?

Vaya, pues no era un juego. O por lo menos no es solo un juego. Qué sorpresón.

Ignoro su pregunta y hago la que a mí me interesa.

—Creo que Heather tenía razón. Tienes una idea para convencer a la reina de las sombras de que cure a Mekhi, ¿verdad?

Mueve el peón que tiene delante de su rey para que se quede justo enfrente del que yo acabo de mover, con lo cual expone también a su reina. Aunque no se lo señalo como ha hecho ella conmigo.

—Pues claro que sí, Grace. —Levanta la mirada para observarme con ese torbellino verde que tiene por ojos al que por fin me he acostumbrado—. Pero tú también.

¿Yo también? No era consciente de que tuviera ninguna idea con la que poder negociar con la reina de las sombras, pero cuando

examino el tablero y todo lo que he oído hoy, me doy cuenta de que sí que la tengo.

Aun así, no estoy segura de que sea la correcta. Le doy vueltas mientras analizo el tablero para decidir mi próximo movimiento. ¿Caballo o alfil?

Al final me decido por el caballo del flanco del rey y lo muevo en diagonal hacia el peón que he movido antes. Después me reclino en mi asiento y declaro:

—La reina de las sombras haría cualquier cosa, incluso arriesgarse a envenenar a un ejército, para salvar a sus hijas. Podría aprovecharme de eso.

La Sangradora enarca las cejas y me mira.

—¿Ah, sí? ¿Podrías? ¿Aunque todo el mundo ha asegurado una y otra vez que no se pueden separar dos almas que se han unido? —Mueve su caballo para imitar mis movimientos.

Le devuelvo la mirada con interés y no puedo evitar preguntarme adónde quiere llegar. Sé que cuando las almas crean un vínculo están unidas para siempre, a no ser que...

—Cortaron mi vínculo de compañeros con Jaxon. —Ignoro el pinchazo que siento al recordar esa dolorosa separación mientras la Sangradora entrecierra los ojos. Intrigante. Aparto la mirada del tablero, me paso un minuto admirando la sobria opulencia de su sala de estar y a la vez me concedo el tiempo necesario para planear mis siguientes palabras. Esto es demasiado importante como para no elegirlas bien—. Es cierto, nuestro vínculo de compañeros estaba manipulado, pero aun así... La cuestión es..., ¿un hechizo elaborado por un hechicero del tiempo no daría como resultado también un vínculo manipulado?

Cuando no contesta de inmediato me dispongo a mover mi alfil. Pero, antes de que pueda tocar la pieza más poderosa, otra mirada al tablero hace que me decida por el peón que hay delante de mi reina. Lo muevo dos casillas hacia delante hasta que me encuentro con su mirada.

—¿Eso es lo que crees? —Mueve su peón para capturar al mío.

—Así es. —Uso el caballo para capturar a su peón—. Pero esa no es la pregunta correcta, ¿verdad? Lo que tengo que preguntar es... ¿sabes cómo volver a deshacerlo?

—Pues claro que sí —contesta, y percibo que está tan

sorprendida por su respuesta como yo. Como si quisiera contrarrestar este momento que se le ha escapado de las manos, mueve el caballo todavía sin tocar a su posición para presionar a las dos piezas que he dejado sin protección—. Aunque su vínculo se creó con magia negra. Necesitará de algo muy pero que muy poderoso para romperlo.

—¿Cómo de poderoso?

Inclina la cabeza.

—Sigues haciendo la pregunta incorrecta, Grace.

—Ya veo. —Respiro hondo y analizo todos los factores a fondo antes de volver a intentarlo—. Esto no va de cuánto poder se necesita. Sino de lo que necesitaremos para capturar ese poder —anuncio con una sonrisa mientras extiendo la mano y capturo uno de sus caballos con el mío—. Por suerte soy tan implacable como mi abuela.

Se recuesta en la silla y me escudriña olvidando el tablero y nuestra partida. Al final asiente y dice:

—Sé que lo eres, Grace. Por eso te advierto de que dos almas vinculadas por la magia negra durante tanto tiempo podrían ser imposibles de separar… —Me dispongo a interrumpirla, pero me indica con un gesto de la mano que guarde silencio—. He dicho que «podría» ser imposible, Grace. —Suspira—. Una cosa está clara, será más peligroso de lo que crees. Pero sé que, si no te lo cuento, harás algo todavía más arriesgado para descubrirlo.

—Haría lo que fuera por salvar a Mekhi —digo con los brazos cruzados.

Asiente.

—Como debería ser. —Enarco las cejas de golpe. Vaya, eso sí que no me lo esperaba—. ¿Qué? —inquiere—. Te aseguro que la lealtad es una virtud que valoro profundamente, Grace.

—Como debería ser —le repito, y advierto que la he impresionado—. Bueno, ¿qué necesitaré para romper el vínculo?

—Rocío Celestial —revela como si esa respuesta fuera la más evidente del mundo—. Solo lo tiene que beber una de las gemelas. Aunque conseguirlo ya es otro cantar.

No puedo evitarlo. El corazón se me acelera con una inesperada esperanza. El Rocío Celestial es un objeto, y mis amigos y yo somos expertos en encontrar objetos en lugares imposibles. ¿Tan difícil puede ser?

—Y ¿dónde se encuentra ese rocío?

—Próximo al Árbol Agridulce, claro está —responde—. Pero primero tendréis que ir a ver a la Conservadora y hacer un intercambio imposible a cambio de la ubicación. El Árbol Agridulce desaparece y cambia de lugar al antojo de las estrellas, y solo la Conservadora sabe dónde se encuentra en todo momento.

Me viene una frase absurda a la cabeza, y me entran ganas de saltar y decir a toda prisa que tengo que ir a pasear a mi pez, pero no creo que mi abuela pille la broma. Sea como fuere, esto no parece tan complicado como me lo estaba pintando antes. Aunque, claro está, si algo he aprendido acerca de este mundo es que todo es mucho más complicado de lo que parece.

—Total, que primero tenemos que ir a ver a la tal Conservadora... —empiezo a relatar.

Pero la Sangradora me interrumpe.

—No, primero tenéis que ir a ver a la reina de las sombras y ofrecerle un trato. Intercambiaréis el elixir, que podría funcionar o no, pero es la única oportunidad que tendrá de salvar a sus hijas, a cambio de que cure a Mekhi.

Niego con la cabeza y me levanto para andar sin rumbo por la estancia.

—¿No tendríamos más probabilidades de conseguir el trato si tuviéramos antes el elixir?

—Ella tiene un ejército y juega en casa, Grace. ¿Qué te parece? —Se vuelve en su silla para mirarme mientras ando de un lado a otro entre un sofá pequeño y la estantería del otro extremo de la estancia.

Tiene razón. No hay nada que impida a la reina tomar el elixir y no ayudar a Mekhi después. Joder, tras lo que pasó la última vez que Hudson y yo estuvimos en el Reino de las Sombras, es igual de probable que nos mate a todos a la mínima oportunidad.

La Sangradora dulcifica su mirada un poco mientras se piensa lo que va a decir después.

—Tengo que advertirte de algo, Grace. Los celestes son increíblemente poderosos. Este objeto no será fácil de conseguir. Puede que no sobreviváis... Ni uno solo de vosotros. Y se avecina una guerra en este mundo, estoy segura de que Artelya ya te ha avisado. Una guerra que tendremos más probabilidades de ganar contigo.

Eso hace que me detenga de sopetón y dejo de caminar de un lado a otro para observar distraída las estanterías mientras el

estómago se me revuelve. ¿De verdad se avecina una guerra? ¿Es eso lo que quiere decir la presencia de una espía en nuestra corte? Y, de ser así, ¿puedo escoger a Mekhi por encima de todos aquellos que estoy a cargo de proteger?

Sé la respuesta incluso antes de que Artelya irrumpa en la estancia con mi abuelo detrás con una expresión de desolación en el rostro.

20

Una cacería no muy alegre

Artelya va vestida con su uniforme de entrenamiento habitual, compuesto por mallas de cuero, una camiseta blanca y un arnés cruzado para sus armas. Aparte de entrar precipitadamente en la habitación, parece tranquila y sosegada, como si no se hubiese pasado media noche persiguiendo a una cazadora cuyo objetivo principal en la vida es matarla.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto porque, aun estando en mitad de una conversación con la Sangradora, he estado en vilo esperando a que viniese a traerme noticias sobre los cazadores—. ¿Se ha percatado de que la seguías?

—No tenía ni idea de que le íbamos detrás. Al principio estaba nerviosa, no paraba de mirar a su alrededor, pero cuanto más lejos llegaba más se tranquilizaba. —Artelya niega con la cabeza como si todavía no se creyese lo que está a punto de decir—: Nos ha guiado directamente a un grupo enorme de soldados.

—Así que la Anciana ha estado reuniendo un ejército —confirmo mientras se me hunde el alma. Acabamos de salir de una batalla. Aunque sean un ejército de gárgolas, lo que mi gente necesita ahora mismo es paz, no más guerra—. ¿Cuántos son? —pregunto.

—Al parecer lleva meses reuniendo cazadores y, por lo que he oído, no es el único bastión que tiene. Hay muchísimos más campamentos como ese.

El alma se me cae a los pies de golpe.

—¿Cuántos?

—No lo sé —dice negando con la cabeza.

—¿Tienes una idea aproximada de cuántos cazadores estamos hablando? Si no en todos los campamentos, al menos en el que habéis estado.

—Miles —responde con seriedad—. Por la cantidad diría que la

Anciana sabe perfectamente que ahora mismo el Círculo es más vulnerable que nunca y pretende atacar mientras estemos débiles.

Abro la boca para preguntar por qué estamos tan débiles, pero todas las piezas que he estado reuniendo en las últimas horas al fin empiezan a encajar.

Aun así pregunto:

—¿Seguro que es por el Círculo? ¿O es porque hay alguien sin experiencia al mando del Ejército Gargólico? —Hale, ya lo he dicho, y cuento hasta diez en un intento por evitar vomitar encima de la preciosa alfombra nueva de mi abuela.

—Es por los vampiros —me informa la Sangradora—. Siempre han sido el grupo más temible, incluso antes de que Cyrus ocupase el trono. Como tu compañero ha decidido no acaudillar la Corte Vampírica, hay una falta absoluta de liderazgo. El linaje de los Vega termina con Hudson, pues Jaxon e Isadora se muestran reacios, y, tras reinar durante un milenio, ahora la corte no está preparada para una alternativa. La aristocracia vampírica que queda se está disputando el control, por lo que el recelo y la desconfianza están haciendo que se estén dando alianzas insólitas en la corte.

Pienso en Hudson respondiendo con frenesí todos esos mensajes.

—Pero no es solo por ellos, ¿verdad? Los vampiros a solas no pueden desestabilizar el Círculo entero. También hay malestar en la Corte Dragontina.

—Así que ya lo sabías —replica—. No estaba segura.

—Me acabo de enterar. —De todas formas, me da vergüenza no haberlo visto venir antes. Jaxon y Flint me dijeron que los dragones tenían problemas. Sabía que Hudson no iba a asumir el mando de la Corte Vampírica. ¿Cómo he estado tan ciega para no percatarme de lo que estaba a punto de ocurrir?

Pero ¿realmente es tan grave como insinúan? ¿Cyrus desaparece apenas cinco meses y la Anciana les declara la Tercera Gran Guerra a todos los paranormales? Me parece un poco atrevido, incluso para ella.

Por otra parte, las intrigas palaciegas han existido siempre. Y Aristóteles dijo que el poder aborrece el vacío. No es de extrañar que estemos aquí. Lo único que me sorprende es que no lo viese venir en ningún momento. Cuando estuvimos en la cafetería hablando de una guerra civil dragontina, ni siquiera se me ocurrió que toda la

estructura política de nuestro rincón del mundo paranormal pudiese venirse abajo.

—No puede ser —susurro—. No es justo.

—La política no tiene nada de justa, Grace. —Artelya me mira perpleja—. Pensaba que lo sabrías a estas alturas.

Lo sé. Y tanto que lo sé, joder. Pero eso no significa que me tenga que gustar.

—Entonces, sin los dragones y los vampiros, ¿los lobos y las brujas se quedan al mando del Círculo? —Es un pensamiento espantoso por muchas razones.

—Y tú —me recuerda la abuela. Como si pudiese olvidarlo.

Mierda.

No me sorprende que la Anciana haya visto la oportunidad de aniquilarnos de una vez por todas.

La Corte Vampírica no tiene rey.

La Corte Dragontina no tiene corazón.

Y la Corte Gargólica me tiene a mí, una adolescente que no está para nada a la altura de su posición intentando entender todavía las reglas de este mundo.

Lo cual no me deja alternativa.

21

Dale la vuelta a esa corona

—No puedo ir al Reino de las Sombras —anuncio a la par que voy asimilando la realidad de estas nuevas circunstancias—. No puedo marcharme ahora que la Anciana está amasando un ejército. Ni siquiera por Mekhi.

Me duele decirlo, me duele todavía más pensar en no formar parte de la misión de rescate de uno de mis mejores amigos. Y eso sin mencionar que estaría enviando a mi compañero y al resto de mis amigos al Reino de las Sombras para enfrentarse a esa mujer ellos solos.

No hay forma de ganar. Esta situación hace que el pánico me corra por las venas, que me duela el pecho, y el corazón me lata a un ritmo tres veces más rápido del normal. Tome la decisión que tome voy a herir a alguien, voy a dejar a alguien que me importa en un estado de vulnerabilidad. Pero soy la reina gárgola.

Es mi trabajo liderar mi ejército, es mi trabajo proteger a todos los paranormales del mundo que no se pueden proteger solos. No puedo abandonarlos ahora que hay una terrible amenaza al acecho. No puedo permitir que la Anciana y sus cazadores hieran a aquellos bajo mi protección.

—Aún no se van a poner en movimiento —me informa Artelya—. Siguen reclutando a gente, entrenando. Pasará un tiempo hasta que nos ataquen.

—Tiene razón, nieta —afirma Alistair—. No van a venir a por nosotros mañana. Vendrán pronto, sí, pero dispones de una semana o dos por lo menos. Hay tiempo suficiente para que te encargues de Mekhi.

—¿Puedes garantizarlo? —le pregunto antes de volverme hacia Artelya—. ¿Y tú? Porque, si no podéis, tengo que quedarme. ¿Qué clase de líder dejaría atrás a sus tropas cuando más la necesitan?

—La clase de líder que comprende que las gárgolas están de parte de todo el mundo, incluidos los vampiros envenenados —contesta Artelya—. Y la clase de líder que conoce la importancia de crear alianzas.

—¿Alianzas? ¿Con quién? —Pero ya estoy comprendiendo por dónde van los tiros—. Los cazadores vienen a por todas las criaturas paranormales. Todos tenemos un interés personal en pararles los pies. Incluso los espectros.

—Exacto —concede Artelya—. El ejército apoya este plan. Mientras te tomas los próximos días para salvar a Mekhi, fíjate dónde estás.

—Y a quién puedo reclutar en nuestro bando —termino por ella.

Me rasco la palma de la mano con la mente ausente al tiempo que sopeso mis opciones. Entiendo lo que me están diciendo: hay tiempo para salvar a Mekhi y para estar preparados para cuando ataque la Anciana. Puedo hacer ambas cosas. No tengo que elegir.

Pero la advertencia de la Sangradora sobre los celestes sigue resonándome en los oídos.

Sí, hay tiempo para hacer ambas cosas si es que sobrevivo a la primera tarea imposible para salvar a Mekhi. Y si no lo hago, me arriesgo a perder la Corona y entregársela al Reino de las Sombras para siempre. Eso es algo que no puedo permitir.

—Abuelo —llamo, y se me hace un nudo en la garganta cuando su mirada gris pálida se centra en la mía.

—No lo digas, Grace. —Empieza a darse la vuelta—. Regresarás.

No sé si sentirme ofendida por su rechazo o halagada por la fe que tiene en mí.

—No lo sabes.

No contesta durante un buen rato, se queda ahí plantado, mirándome como si pudiera verme el alma. Y, por lo que sé, puede. Los siglos que ha pasado encadenado en esa cueva le han dejado unos talentos de lo más desconcertantes, y eso me hace sentir muy pero que muy incómoda cuando me obliga a sostenerle la mirada durante cualquier lapso de tiempo.

—¿Qué es lo que quieres hacer, nieta?

—No es lo que quiera hacer. Es lo que debo hacer y lo sabes. —Le sostengo la mirada suplicando que me comprenda. Y extiendo la mano para dejarla tendida entre nuestros cuerpos.

Al principio creo que no me va a devolver el gesto. Pero entonces, después de lo que parece una eternidad, poco a poco extiende la mano hacia la mía.

Presiono la palma contra la suya.

Durante un instante un calor abrasador me va quemando por la mano y jadeo ante el dolor agudo.

Pero el dolor desaparece tan rápido como ha llegado y, cuando aparto la mano, la Corona ha desaparecido. Ahora está adornando la mano de Alistair, donde ha vivido durante más de mil años.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —pregunta.

Por un instante quiero decir que no. Quiero agarrarle de la mano y aceptar la Corona que sé que me cederá de muy buena gana. Pero no puedo hacerlo. Ahora no y, dependiendo de cómo vayan las cosas en el Reino de las Sombras, puede que nunca.

Porque la Corona es mayor que cualquier gárgola, al igual que el poder que porta en su interior. Y aunque lo acepto, junto a la responsabilidad que conlleva, también soy consciente de que las probabilidades de que yo muera en esta aventura al mundo de las sombras se han incrementado muchísimo con las revelaciones de la Sangradora.

Pero, si mi teniente me asegura que hay tiempo, le haré caso e iré. Mekhi es mi amigo; de hecho, es uno de los primeros que hice en el Katmere después de mi prima. Él haría lo que fuera por mí, al igual que yo por él. Pero la Corona y su poder deben permanecer aquí. Para que los pueda reclamar si consigo volver del Reino de las Sombras. Mientras tanto será para Alistair, para que él la conserve y haga uso de ella si yo no regreso.

—Estoy segura —afirmo, aunque no sea cierto. Aunque me aterroriza que esté arrastrando a la gente a la que más quiero a otra masacre como la de las Pruebas.

Pero ¿qué más opciones me quedan? ¿Escaparme yo sola? ¿Dejar a Hudson y al resto aquí mientras intento encontrar la forma de entrar en el Reino de las Sombras?

Hudson jamás lo permitiría, y no le culpo. Porque, si él hiciera algo a escondidas para protegerme solo porque pensara que es demasiado peligroso para mí, yo no se lo perdonaría nunca. ¿Cómo se me iba a ocurrir hacerle algo así? O a mis amigos, ya que estamos.

—Gracias. —Por fin rompo el silencio de la estancia. Artelya me

observa con una expresión solemne cuando le hago una pequeña reverencia a mi abuelo, el recién restituido rey gárgola.

Él asiente, pero no dice nada. Ni hace ademán de volver a alejarse.

Por primera vez en mucho tiempo el silencio entre nosotros es incómodo. Opresivo. Aunque podrían ser los pensamientos que tanto me pesan en la mente.

Sea como fuere doy un paso atrás. Mis amigos me están esperando, y Mekhi también.

—¿Es permanente?

Me quedo helada ante la pregunta, ante el recelo y la preocupación que Alistair ni se molesta en disimular.

—No —contesto con tanta sinceridad como me es posible—. Será durante una semana, puede que dos. Lo suficiente para curar a Mekhi y traerlo de vuelta a casa. Pero no puedo llevármela al Reino de las Sombras. Si algo me pasara allí dentro, no quiero que la Corona muera conmigo.

—¿Estás segura de que el Reino de las Sombras es la verdadera razón por la que has abdicado? ¿O es por tu compañero?

—¿Hudson? —La acusación me sorprende tanto que se me escapa su nombre—. ¿Por qué tendría esto que ver con Hudson?

Atisbo la perplejidad en el rostro de Alistair durante un instante, pero desaparece tan rápido que no sé seguro si no me lo habré imaginado.

—Me habré equivocado.

—No lo creo —espeto. Desde que se libró de la confusión que le causaba la Bestia Imbatible, ha estado muy perspicaz. Demasiado como para soltar semejante acusación sin tener un argumento serio y tangible para respaldarla—. Dime la verdad, abuelo. ¿Por qué pensarías que devolverte la Corona tiene algo que ver con Hudson?

Le echa un vistazo a la Sangradora antes de contestar, pero su mirada es impasible. Alistair suspira y después se explica:

—Porque las leyes de primogenitura están impidiendo que la Corte Vampírica se estabilice. Como la ceremonia de abdicación no ha tenido lugar, todavía no es demasiado tarde para que Hudson rescinda su abdicación y ocupe el trono, pero tu compañero se niega a hacerlo porque entonces eso significaría que tiene que pedirte que la que abdique seas tú... o dejarte.

Las palabras de mi abuelo caen sobre mí como una bomba, mandan ondas expansivas que me golpean con tanta fuerza que necesito hasta el último ápice de energía que tengo para no demostrar lo desconcertada que estoy.

—Hudson no me va a dejar —aseguro cuando por fin encuentro mi voz.

—He ahí la razón por la que tu abuelo estaba preocupado por que le devolvieras la Corona. —La Sangradora me analiza con ojo crítico—. Pero solo es temporal, ¿verdad que sí?

—¡Pues claro que es temporal! —grazno al tiempo que el corazón me late como un metrónomo en el más veloz de los tempos—. Mientras vuelva del Reino de las Sombras con vida, pienso reclamar el trono.

Pero, a la vez que lo digo, las dudas me pillan desprevenida. No solo por lo que pueda pasar en el Reino de las Sombras, esas dudas han estado ahí desde el principio, sino también por Hudson.

Si lo que dicen mis abuelos es cierto, y no tienen razón para mentir, entonces algo más grave de lo que ha dejado entrever está pasando en la Corte Vampírica. Y él no me ha comentado nada al respecto.

Durante un instante me acuerdo de que ha estado pegado al móvil todo el día. No usándolo solo para disimular mientras piensa, como hace habitualmente, sino que estaba enviando mensajes de verdad. Muchos. Aunque la mayoría de la gente a la que le podría enviar mensajes estaba en la misma habitación que él. Que nosotros.

Aun así no tiene sentido que Hudson me oculte algo así, algo tan importante, sobre todo cuando nos afecta a los dos por completo.

Se me cae el alma a los pies cuando pienso en las opciones de Hudson y en por qué podría no haberme contado él mismo lo que está ocurriendo en la Corte Vampírica. No tendría problemas en ponerme al día de todo si fuera a rechazar la corona vampírica, ya debatimos largo y tendido sobre su abdicación antes de que informara de su decisión a la corte. Pero le costaría contarme las cosas si la decisión fuera más complicada.

Me apresuro a darles las buenas noches a mis abuelos y a Artelya con todo el decoro posible, pero no soy capaz de escuchar ni una palabra de lo que dicen porque los latidos me martillean en los oídos.

Porque necesito una respuesta desesperadamente y solo mi

compañero puede dármela.

Necesito saber si Hudson está planeando abandonarme.

22

El tratamiento real

Cuando por fin llego a mi habitación Hudson está tumbado en nuestra cama escribiendo todavía con el maldito móvil.

Qué sorpresa.

Una parte de mí se muere de ganas por compartir la conversación que la Sangradora y yo acabamos de mantener sobre cómo salvar a Mekhi, pero sé que aún no puedo tener esa charla. No cuando lo único que quiero es preguntarle por qué me oculta secretos tan importantes.

Me trago la bilis que me asciende por la garganta y me percato de que puede que tampoco esté preparada para esta charla.

Así que, en lugar de decir nada, me dirijo hacia el baño, decidida a darme una ducha y quitarme de encima la suciedad y las preguntas difíciles del día para poder pegar ojo de verdad esta noche.

Pero apenas consigo pasar frente a la cama cuando Hudson me pregunta sin levantar la mirada:

—¿Todo bien?

Y, por algún motivo, me supera. Consigue tocarme la moral y cabrearme de una manera que no lograba desde que lo tuve metido en la cabeza.

—¿Me lo ibas a decir en algún momento? —exijo mientras me detengo para abrir el cajón del armario donde guardo algo de ropa para cuando estoy allí—. ¿O pensabas ocultármelo eternamente?

Eso llama su atención, aunque no sé si es por las preguntas o por el tono agresivo que he empleado. Pero Hudson deja por fin el móvil en la cama y se incorpora con cautela.

—¿Me puedes dar un poco de contexto? —pregunta haciendo uso de ese acento británico tan meloso—. ¿O tengo que adivinarlo?

—¿Va en serio? ¿Tantos secretos guardas que ni siquiera sabes a cuál de todos me refiero? Me dejas más tranquila.

Cojo el primer pijama que encuentro y cierro el cajón con tanta

fuerza que se sacude el armario entero.

Ahora también se ha levantado de la cama y aparece junto a mí con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de «qué puñetas pasa» en el rostro.

—Perdona, pero eres tú la que ha empezado a atacarme sin motivo alguno. ¿Podrías decirme qué ha pasado en esa maldita reunión con tus abuelos o tengo que adivinarlo?

—¿Por qué no me dijiste lo de la Corte Vampírica?

Su indignación se convierte en cautela en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué pasa con la Corte Vampírica?

—¿Es coña? ¿Eso es todo lo que me vas a decir?

Le doy la espalda para ir al baño, pero él me detiene colocándome una mano en el hombro con ternura.

—¿Qué te han dicho, Grace?

Sus ojos azules están fijos en mí cuando me doy la vuelta y me encaro con él. Por mucho que lo intente, no encuentro en ellos ni rastro de falsedad ni culpa, lo cual me cabrea todavía más teniendo en cuenta que me ha estado mintiendo durante meses.

—Lo que tú deberías haberme contado —replico, y hundo los hombros cuando el hastío y la preocupación reemplazan a la ira—. Somos compañeros, Hudson. Si te están presionando para que aceptes ser el rey vampiro y llevar la corona, ¿no crees que deberíamos hablarlo entre los dos?

Suspira, y mira a todas partes menos a mí.

—Sinceramente no —contesta por fin.

El dolor me atraviesa entera.

—¿En serio? Si no confías en mí ni para hablar de una decisión tan importante en tu vida, ¿qué estamos haciendo?

—No es que no confíe en ti, por supuesto. Lo que pasa es que da igual lo que quiera la corte. Nunca me he planteado aceptar el papel de rey vampiro. Ni por un instante.

Ahora soy yo la que no entiende nada.

—¿Por qué no? A ver, sé que decidiste abdicar hace meses, pero, si la corte te necesita, es lo más lógico…

—No hay nada lógico en eso —replica.

Frustrado, se pasa la mano por el pelo, inspira profundamente y suelta el aire poco a poco.

—Tú eres la reina gárgola, Grace, lo cual me convierte a mí en rey gárgola. Eso significa que no puedo ser también rey vampiro, ni tú ser reina vampiro. Y tenemos más que claro que no podemos solicitar un puesto en el Círculo como tales. No nos permitirían ocupar dos cargos tan poderosos ni por asomo, porque eso alteraría el Círculo entero.

—Por lo que me han contado, el Círculo ya está alterado —respondo mordaz.

—Sí, bueno, igual no es tan malo —murmura mientras su móvil vibra al recibir una nueva ristra de mensajes.

Los dos nos volvemos para mirarlo, y Hudson lo insulta en voz baja. Sin embargo, no se mueve para cogerlo, cosa que me hace más feliz de lo que debería.

Quiero preguntarle qué ha querido decir con ese último comentario, pero tengo cosas más importantes en las que centrarme, como por ejemplo:

—¿De veras crees que no deberíamos hablar de esto? Tienes derecho a ser rey.

—Ya soy rey —contesta.

Pongo los ojos en blanco.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, pero me parece que eres tú la que no entiende a qué me refiero yo. La Corte Vampírica no me ha aportado más que sufrimiento toda mi vida. En ese sitio no hay absolutamente nada por lo que desee reinar. Y, aunque lo hiciera, tú eres la puñetera reina gárgola, Grace, y nadie se lo merece más que tú. Jamás se me ocurriría pedirte que renunciases a eso.

—Pues igual deberías —respondo, y las rodillas me empiezan a temblar.

Entorna los ojos.

—¿Qué quieres decir con eso exactamente?

—No lo sé. —Niego con la cabeza—. No puedo evitar pensar que no se me da bien esto, ¿sabes? Tú serías mucho mejor rey vampiro que yo reina gárgola.

Se ríe, y la tensión del ambiente se va relajando.

—Está claro que estás cansada. Y, por lo que veo, deliras y todo. Sabes de sobra que eres una reina increíble.

—No lo soy —confieso—. La mayor parte del tiempo no tengo ni

idea de lo que estoy haciendo.

—Si eres capaz de reconocerlo, ya llevas más de medio camino andado. La mayoría de los gobernantes son demasiado arrogantes para admitir que no saben algo. A lo mejor, si lo hicieran, las cosas no se irían tan de madre todo el rato.

Me envuelve con los brazos y tira de mí hacia su pecho. Aunque me planteo resistirme, lo cierto es que quiero que me abrace tanto como él desea abrazarme.

Pero eso no significa que todo se haya arreglado.

—Sigo pensando que deberías habérmelo comentado, como mínimo.

—Está bien. —Apoya la mejilla sobre mi cabeza—. Siento no haberte dicho nada. Como no tenía intención alguna de aceptar la corona, no pensé que fuese importante.

—Somos compañeros. Si algo te afecta a ti, también me afecta a mí. ¿Entendido?

Le lanzo una mirada furibunda tras inclinar la cabeza para mirarlo a los ojos.

Ahora le toca a él poner los ojos en blanco.

—Entendido. Siempre que tú entiendas que no me afecta. Estoy justo donde quiero estar.

Coloco la cabeza bajo su barbilla y le susurro mi mayor temor.

—Por un momento, pensé que no decías nada porque no sabías cómo decirme que ibas a dejarme.

No mueve ni un solo pelo, ni siquiera su pecho se eleva con la siguiente respiración.

—Solamente renunciaré a ti si tú me lo pides, Grace. —Su voz es tan áspera como el papel de lija—. ¿Me estás pidiendo que te deje?

No vacilo a la hora de darle la única respuesta que puedo ofrecer. La respuesta que él merece.

—Nunca.

No me había percatado de lo nervioso que estaba por mi respuesta hasta que exhala con todo su cuerpo, como si esa palabra le hubiese quitado de los hombros el peso de mil tronos. Me acerco, pero él tira de mí aún más y más, sujetándome entre un aliento y otro mientras el calor de lo que tenemos espanta los espectros de lo que jamás queremos ser.

Entonces pone un dedo bajo mi barbilla y me levanta la cara para

poder acariciar, lenta y dulcemente, mis labios con los suyos.

El momento en el que nuestras bocas se encuentran, siento que la tensión me abandona de golpe y, por un instante, solo uno, las cosas parecen volver a la normalidad. Como si hubiésemos vuelto a San Diego, yendo a clase, construyendo una vida juntos, pasando todas las noches en los brazos del otro y escribiéndonos tonterías el uno al otro.

No hay ninguna Anciana que quiera destruir el mundo paranormal ni amigos cuya vida dependa de que no la caguemos ni secretos entre nosotros que no llego a comprender.

Solo estamos Hudson y yo, y el interminable calor que brota entre nosotros.

Seguro que él también lo siente, porque me aparta lo justo y necesario para mirarme a los ojos mientras sujeta mi rostro con sus manos, fuertes y hábiles.

—Te quiero, Grace Foster —susurra.

—Te quiero, Hudson Vega —respondo entre susurros justo antes de enredar los dedos en su pelo y acercar su boca a la mía.

En cuanto nuestros labios se tocan, siento que es justo lo que necesito.

Él es tal como necesito que sea.

Familiar, seguro, ardiente y apasionante al mismo tiempo. Todo en Hudson.

Es flipante. Lo que sentimos es flipante. Y yo también me siento así cuando lo tengo entre los brazos.

El calor que percibo dentro de mí se desborda, haciendo que lo desee de una manera que espero que nunca se apague, y lo guío lentamente hacia la cama. Para lo que quiero hacer con él ahora mismo es mucho mejor que estemos los dos en posición horizontal…

Hudson debe de pensar lo mismo, porque solo tarda un segundo en dejarse caer de espaldas sobre el colchón arrastrándome con él.

Aterrizo justo encima de él, con el cuerpo tendido sobre su estructura dura y esbelta de una forma que hace que todas mis terminaciones nerviosas se pongan en alerta máxima. Lo único en lo que puedo pensar (y lo único que necesito) es Hudson.

Cuando empecé esto pensaba que quería que fuese dulce y delicado, creía que quería acumular el calor que surgía entre los dos tan lenta y constantemente como lo hizo el amor que siento en mi interior por él.

Pero es difícil ser delicado cuando el deseo te atraviesa como un tren bala.

Es difícil ser dulce cuando cada parte de tu cuerpo anhela cada parte del suyo.

Y, sin duda alguna, es difícil ser constante cuando el hombre al que amas te devora como si fueses el aire que necesita para respirar.

Que es justo lo que Hudson está haciendo conmigo ahora mismo.

Mi Hudson.

Mi compañero.

El hombre que guarda tantos secretos como la Esfinge y es tan insondable como el océano Pacífico que lleva fascinándome toda la vida.

Presiona mi boca con la suya como si fuese la primera vez, o la última.

El mero hecho de pensar en esa segunda opción me altera, así que decido sacármela de la cabeza. La entierro en lo más profundo de mi mente, en un lugar al que no me permito acceder muy a menudo, y me concentro en poner a Hudson tan fogoso, anhelante y desesperado como me pone él a mí.

Como siempre me pone.

Empiezo por quitarle la camiseta de un tirón y lanzarla a un lado. Luego arrastro las uñas por ese pecho musculoso y estilizado que tiene, deleitándome con la manera en la que todo su cuerpo se tensa con el mismo apremio que late dentro de mí.

—Grace.

Mi nombre es un jadeo en sus labios mientras tira de mí hasta que estoy completamente tumbada sobre él y cada parte de mi cuerpo toca alguna parte del suyo.

—Hudson —murmuro como respuesta, y si hay cierto coqueteo en mi tono es porque a veces es divertido cambiar las tornas, nada más.

Y esta es una de esas veces. Lo decido cuando perfilo su labio inferior con la lengua antes de recorrer con la boca abierta la mandíbula, bajar por el cuello y aterrizar en uno de sus anchos y preciosos hombros.

Se rebela contra mí, pues de su garganta surgen gruñidos graves y profundos que provocan que el vello de la nuca se me erice antes incluso de que enrede sus dedos en mis rizos.

En cuanto lo hace, el calor se vierte sobre mí como la lava de un volcán: fundido, ardiente y devastador, pero tan agradable que no quiero que termine nunca.

No quiero que esto termine.

Así que vuelvo a hacerlo, pero esta vez hago uso de mi lengua. Me abro paso a lametazos por la clavícula, chupando y mordisqueando su piel mientras bajo hasta el pecho, ese pecho en el que he pasado demasiadas horas pensando.

Su mano pasa de enredarme el pelo a agarrarme la cadera cuando algo salvaje se desboca dentro de él.

Lo veo en esos ojos suyos tan brillantes.

Lo oigo en su respiración irregular.

Lo siento en los fuertes dedos que se hunden en mis carnes.

De pronto siento su boca en todas partes (en los labios, en el cuello, en esa zona sensible de detrás de las orejas) antes de proceder hacia abajo.

En un abrir y cerrar de ojos estoy abajo y lo tengo a él encima, rozándome la clavícula con los colmillos, descendiendo por el pecho, cruzando el estómago hasta llegar al ombligo y, luego, bajando más y más.

Ahora me toca a mí gritar, agarrar las sábanas con las manos, arquear la espalda y estremecerme contra él mientras me eleva hacia las alturas hasta tal punto que temo que volemos demasiado cerca del sol.

Eso hacemos, y me olvido de las quemaduras, de las alas derretidas y de cualquier cosa que pueda pasar porque lo que siento es alucinante. Me hace sentir tan bien... Incluso antes de volver sobre mí y precipitarnos hacia la superficie del sol juntos.

Luego, mucho más tarde, cuando todo termina y atravesamos la atmósfera en caída libre de vuelta a la tierra, lo rodeo con todo mi cuerpo y lo abrazo tan fuerte como puedo. Porque somos Hudson y yo, y nunca jamás voy a dejarlo marchar.

Aunque a la mañana siguiente el mundo entero intente lo imposible para que lo haga.

23

Simiente es mala gente

—Pues claro que no vamos a dejar que vayas a buscar el tal Árbol Agridulce tú sola. —Heather es la primera en pronunciarse después de que yo haya explicado la situación mientras desayunamos fuera la mañana siguiente—. No sé ni lo que hace un elixir celestial, pero yo me apunto de cabeza.

Mira interrogante a los otros.

Hudson no contesta porque no hace falta. Sé que me cubre las espaldas y que siempre me las cubrirá. Nunca ha habido ninguna duda. Además, ya le conté anoche todos los detalles de la reunión que tuve con mi abuela y está de acuerdo conmigo. Salvaremos a Mekhi, cueste lo que cueste. Y, cuando lo logremos, que lo haremos, volveremos y le daremos a la Anciana una paliza de tres pares de narices.

—Nos apuntamos todos —asegura Jaxon, y, por suerte, hace que la atención deje de recaer sobre mí—. Ya lo sabes.

—Sí —corrobora Flint—. ¿Cuándo nos hemos rajado?

Mientras limpiamos los platos del desayuno recuerdo la vez en la que él y Macy tenían tanta rabia interior que nos dejaron plantados en el faro sin darnos explicaciones y nos arrastraron de pleno a todo el drama de la Corte Vampírica. Pero aquello queda en el pasado, ahora estamos en el presente. Además, yo también los he metido en muchos líos. Líos que al final resultaron ser mucho peores de lo que ocurrió en Londres.

Durante un instante el rostro de Liam me viene a la mente, el aspecto que tenía justo antes de morir. Todavía no hemos comentado por qué nos traicionó. Aún no podemos enfrentarnos a ello. Y como la idea hace que la bilis me revuelva el estómago, que la tristeza me asole, la aparto a un lado.

Lo ignoro todo excepto la tarea que nos ocupa, es decir,

encontrar a la reina de las sombras y lograr un acuerdo que beneficiará tanto a Mekhi como a ella.

—Gracias —les digo.

—No tienes que darnos las gracias nunca, Grace. —Eden me rodea los hombros con un brazo mientras caminamos hacia la puerta delantera del castillo—. Estamos juntos en esto.

—Aunque yo tengo una pregunta. —Heather mira hacia atrás, pues es la primera en atravesar el doble portón—. ¿Qué ocurre si llegamos a la Corte Bruja y nadie sabe cómo activar el portal mágico de la fuente?

—Alguien lo sabrá. —Hudson habla por primera vez en un rato. Nos volvemos a la vez para mirarlo, pero se limita a levantar un hombro en un gesto despreocupado—. Cuando la gente vive tanto tiempo como tienden a hacerlo los paranormales, siempre hay alguien que sabe algo.

—Ya, pero las brujas no viven tanto como los dragones y los vampiros —respondo.

—Aun así Hudson no anda desencaminado. —Jaxon sonríe—. Intenta guardar un secreto en una corte en la que la mitad de la gente puede elaborar un suero de la verdad. O lanzar un hechizo de localización. O utilizar un espejo adivino para...

—Ya lo pillamos —interrumpe Eden poniendo los ojos en blanco —. No existe la privacidad en la Corte Bruja.

Espero que eso no sea cierto, pues necesito pasar un momento en privado con la única persona dentro de la Corte Bruja en la que confío que me dé respuestas directas.

—Pero primero —anuncio— tenemos que ir a la Corte Vampírica a recoger a Mekhi. —Se arma un jaleo. Todo el mundo empieza a gritar que tenemos que dejarlo descansar y no puede viajar con nosotros. Levanto la mano—. Lo sé, lo sé. —Voy posando la mirada en los rostros acongojados de mis amigos, uno a uno—. Pero Hudson y yo tenemos la teoría de que el efecto del veneno se ralentizará en el Reino de las Sombras. —No entro en mucho detalle acerca de Artelya, pero les explico por encima que conocíamos a alguien afectada por el veneno, aunque estaba actuando mucho más despacio en su cuerpo que en el de Mekhi aquí—. Ya sea porque el tiempo funciona de forma diferente allí o porque es donde se originó el veneno... Da igual la razón, creemos que es la oportunidad perfecta para ganar el tiempo

que necesitamos para cerrar el trato con la reina de las sombras.

Jaxon se dispone a discutir.

—No quiero que él...

Pero Hudson le lanza una mirada seria.

—Se está muriendo, Jaxon. Ya no podemos detenerlo. Por lo menos tendremos la oportunidad de ralentizarlo en el Reino de las Sombras.

Jaxon tensa los músculos de la mandíbula, pero asiente rápidamente. No se me pasa por alto que se inclina hacia atrás para apoyarse en el pecho de Flint. No puedo ni imaginarme lo duro que es esto para él, así que una vez más agradezco de corazón que Flint y él se hayan encontrado, aunque parezcan estar teniendo problemas. Al fin y al cabo saben que pueden contar el uno con el otro, y eso es lo único que importa.

—Bueno, y ¿quién vuela con quién? —Eden rompe el silencio—. Supongo que no habrá un portal siempre abierto entre este lugar e Inglaterra, ¿verdad?

—No, la Corte Vampírica no está interesada en una línea de comunicación directa por el momento —contesto lanzándole una mirada a Hudson.

—¡Ay, espera! —Flint busca en su bolsillo y saca una bolsita de terciopelo negra—. Casi se me olvida que Macy me dio esto.

—¿Que te dio qué? —pregunta Hudson con una ceja enarcada mientras contempla con recelo la bolsita.

—¡Semillas mágicas! —responde de forma triunfal.

—No creo que una planta gigante sea lo que necesitamos ahora mismo —me burlo.

—Estoy bastante seguro de que lo del cuento eran habichuelas, no semillas. —Flint pone los ojos en blanco—. Además, estas son de Macy. Se sentía culpable y me dijo que podíamos usarlas siempre que necesitáramos un portal.

—¿Un portal? —Observo la bolsa con nuevo interés—. ¿Me estás diciendo que Macy ha encantado unas semillas para que cuando crezcan se transformen en portal?

—Eso me dijo.

—¿Dónde narices ha aprendido a hacer eso? —inquiere Eden a la par que coge la bolsita para mirar en el interior.

—¿Quizá en ese instituto para brujas al que iba antes de que la

expulsaran? —Flint se encoge de hombros—. No lo sé. Solo sé que dice que funcionan. Pero me ha advertido que, como sus portales normales, solo pueden llevarnos adonde ella haya estado antes. ¡Menos mal que la Corte Vampírica está tachada en su lista de visitas!

—Bueno, supongo que no hay nada como el presente para descubrir las cosas. —Miro a mi alrededor para asegurarme de que el grupo tenga preparado su equipaje para marcharnos y después miro a Flint—. ¿Quieres hacer los honores?

—¡Ya te digo! ¡Me muero de ganas! —exclama, y le quita la bolsita a Eden. Después saca una sola semilla negra iridiscente.

El grupo entero da un par de pasos hacia atrás mientras él lleva a cabo el hechizo que Macy le enseñó antes de lanzar la semilla a la tierra, unos cuantos metros por delante de él.

Y, después, todos observamos maravillados cómo la semilla de mi prima florece en un portal de verdad. Es la cosa más rara e increíble que he visto en mi vida, el proceso me tiene cautivada. Como para que no sea así, ¡que la semilla está abriendo un boquete en la tierra ella solita!

Pasan varios segundos mientras la semilla sigue plantándose ella sola en la tierra y, de repente, en un abrir y cerrar de ojos, una plántula verde se abre camino por la superficie. Al principio es diminuta, una plantita de nada que está empezando a brotar. Pero entonces crece, crece y crece.

Salen ramas en dos direcciones, y en cuestión de segundos se curvan hacia arriba mientras se hacen cada vez más grandes. Instantes después se enredan y se entrelazan en la parte de arriba, formando una figura circular que me recuerda al espejo mágico de la madrastra de Blancanieves.

Pero esta semillita no se ha convertido en algo tan simple como un espejo. No, es un portal que centellea con poder y electricidad, fuerza y rabia..., igual que la magia que lo ha creado.

Aquí no hay ni rastro de arcoíris. No hay caleidoscopios de colores para darte la bienvenida, como suelen hacer los portales de Macy.

No, este está lleno de una magia oscura y turbulenta que me fascina a la par que hace que me preocupe todavía más por mi prima.

—No sé si alguna vez me acostumbraré a esto —murmura Flint.

No estoy segura de si se refiere a la semilla o a los matices

siniestros de la nueva magia de Macy, pero lo comprendo perfectamente en ambos casos. Quizá por eso el corazón me va a mil por hora cuando doy el primer paso vacilante para adentrarme en el portal.

En cuanto pongo un pie dentro, me recorre un escalofrío que me llega hasta los huesos. Hace que empiece a temblar sin control alguno y que me duela todo el cuerpo como si estuviera a punto de desmayarme. Al mismo tiempo, las espinas me danzan por el cuerpo, me perforan una a una; no basta para hacerme sangrar, pero es más que suficiente para hacerme daño.

Una se hunde más que el resto, pero por fin salgo a trompicones por el otro lado del portal y aterrizo como casi siempre lo hago: de culo.

24

Hogar, no tan dulce hogar

Dispongo de unos segundos para bajar la mirada y asegurarme de que no estoy sangrando antes de que Hudson salga como si estuviese dando un paseo matutino por el Támesis.

Menudo cretino.

—Qué divertido.

El sarcasmo rezuma de sus palabras. Me ofrece una mano para ayudarme a levantarme.

—En serio. ¿Qué ha sido eso?

Parece que quiera decir algo, pero al final se limita a encogerse de hombros y alejarse del portal, lo cual hace que me pregunte qué clase de portal acabamos de atravesar. Porque algo en él no me da muy buenas vibraciones, y la reacción de Hudson solo refuerza mi opinión.

Una vez en pie, me tomo un momento para quitarme la suciedad del trasero y mirar a mi alrededor intentando averiguar dónde nos ha dejado el portal. Sé que estamos en la Corte Vampírica, pero no precisamente en la parte que conozco.

La Corte Vampírica que yo conozco son todo sombras que se arrastran, aparatos de tortura y criptas de cemento.

Esta habitación está decorada con tres tonos distintos de... blanco. Blanco con otra especie de blanco y blanco crema. Los muebles son minimalistas, y los que no son blancos son de madera oscura. Cojines blancos. Almohadones blanco roto. Hasta la alfombra inmensa que cubre el suelo de madera noble oscura es una amalgama de distintos tonos blanquecinos.

Es todo una auténtica pasada.

Pero ni de coña es la Corte Vampírica.

—Eh... No es por nada, pero creo que el GPS interno de Macy se ha desorientado un poco esta vez —comenta Flint mientras emerge del

portal de mi prima unos segundos después. A él también se lo ve un poco desmejorado.

—Creo que no funciona así —le dice Eden, pero, teniendo en cuenta que no para de mirar a su alrededor, no suena muy convincente. Ni aparenta estar convencida de lo que dice.

—Bueno, está claro que algo va mal, porque esto no parece para nada nuestro hogar, dulce hogar —señala Jaxon, que se acerca a grandes pasos a la puerta más cercana y echa un vistazo por el pasillo.

—Como si alguna vez hubiese habido algo dulce en tu hogar —murmura Flint.

—*Touché*.

—Entonces, si no estamos en la Corte Vampírica, ¿dónde estamos exactamente? —pregunta Heather.

—En la Corte Vampírica —responde al fin Hudson mientras regresa con nosotros—, edición actualizada.

Jaxon se vuelve hacia él.

—Tío, ¿qué has hecho?

—Darle un toque de distinción.

Hudson sonríe mostrando los dientes, de esa manera que pone a todo el mundo nervioso menos a mí. Y, a juzgar por las repentinas expresiones de mis amigos, hoy sigue provocando el mismo efecto.

—Creo que es una pasada —digo yo, y mi mirada se ablanda al posarse en Hudson—. Es como si alguien hubiese abierto las ventanas y hubiese dejado entrar la luz. Por fin.

Heather da una vuelta lenta, absorbiendo cada detalle de la habitación con ojos ilusionados.

—Es preciosa. De verdad, es absolutamente preciosa.

Siempre he pensado que la arquitectura gótica era hermosa, con sus arbotantes y bóvedas de crucería, pero este minimalismo blanco (no se me ocurre otra manera de llamarlo) es mucho más que elegante.

Es como estar en casa.

Los techos siguen siendo tan altos como siempre, pero, en lugar de los arcos apuntados y las columnas decorativas que vi la última vez que estuve aquí, ahora todo es liso, redondeado, inmenso.

Es evidente que la estancia en la que nos encontramos se utiliza como punto de reunión: hay alargados sofás de líneas puras y sillas cómodas agrupados de diferentes formas en diversas partes de la sala,

todos de distintos tonos de blanco y canela que animan a la gente a juntarse.

Los suelos son de un castaño cálido, y las paredes están artesonadas con lo que parece ser madera noble oscura fosilizada de varias tonalidades café con toques de cobre y jade engastado en ellas. La pared del fondo está cubierta (desde el suelo hasta el techo) de estanterías de color crema llenas hasta los topes de libros encuadernados en cuero de diferentes tonos de negro, gris y marrón.

Las ventanas ojivales están cubiertas por unas cortinas gris pizarra para bloquear la luz solar. Cuando no lo están, las vistas de Londres que se extienden al otro lado y las lámparas de araña del interior de la estancia conforman verdaderas obras de arte por sí solas. Cada una de ellas está formada por decenas de cilindros aflautados colocados en distintas alturas que, cuando se combinan, consiguen dar la apariencia de estalactitas de cristal deconstruidas.

El efecto que provocan es imponente y, aun así, acogedor.

Por no hablar de los inmensos cuadros de Rothko grises y negros que cuelgan en puntos estratégicos de la sala. Los reconozco por las imágenes que obsesionaban a Hudson hace un par de meses. Cuando me pidió que escogiese mi favorito no pensé que fuese para comprarlo y colgarlo aquí.

—Es... —La voz de Jaxon se va debilitando.

—Un nuevo comienzo —termina Hudson en voz baja—. Después de todo lo que pasó con Cyrus, este lugar y nuestra gente merecen algo distinto. Algo mejor.

—Pero ¿cómo has conseguido que la corte diese su visto bueno? —pregunto. Teniendo en cuenta que ninguno de los hermanos Vega está ahora dispuesto a ocupar el trono...

Hudson levanta una ceja con arrogancia.

—No necesito su permiso. Esta es la casa familiar. Puedo hacer lo que me dé la gana con ella, incluso decidir si dejo que la corte siga reuniéndose aquí o no.

Oh. Abro los ojos como platos. A ver, sabía que esta era la casa donde se crio, pero supuse que el edificio pertenecía a la Corte Vampírica y no a su familia.

—Joder, los Vega son casi tan ricos como un dragón —bromea Flint dándole un codazo a Jaxon, y todos nos reímos.

—Pero sigue siendo propiedad de Cyrus, ¿no? —insisto sin saber

muy bien por qué le doy tanto la vara a Hudson por lo que ha hecho aquí. Pero es que no me sienta nada bien que todo el mundo esté descubriendo cosas nuevas sobre la casa de la infancia de mi compañero al mismo tiempo que yo.

Hudson se encoge de hombros.

—Mi madre consiguió que me la entregase el mes pasado a cambio de no alimentarse de él durante un año entero. Imagino que al principio tuvo que pasarlo mal, pero..., después de todo, sí parece sentir cierta debilidad por mí.

Dice eso último como si no fuese importante, pero yo sé que sí lo es. De hecho sé lo mucho que significa todo esto para él.

Y una parte de mí está realmente orgullosa de él por haberlo hecho. Deshacerse de la impronta que dejó Cyrus aquí es una gran idea. Esto le da a la corte la oportunidad de renacer y a Hudson la de recuperar el lugar tras un milenio de miedo y dolor.

Solo desearía que me hubiese pedido la opinión para más cosas aparte de los cuadros de Rothko o, al menos, que me hubiese contado los planes que tenía. Yo lo he involucrado en todos los pasos que estoy dando para construir la sección administrativa de la Corte Gargólica en San Diego, desde la elección del arquitecto hasta el diseño de la corte, pasando por la aprobación de los planos, que es justo donde nos encontramos ahora. Y pienso incluirlo en el resto de los pasos que aún están por llegar.

O, al menos, esa era mi intención. Ahora que estoy aquí ya no tengo tan claro que deba. No solo no me ha involucrado en nada de esto, sino que ni siquiera me ha contado lo que estaba haciendo. No puedo evitar preguntarme por qué y montarme mis propios escenarios para responder a esa pregunta.

Que ninguno de estos escenarios inventados me valga no consigue tranquilizarme en absoluto. Sobre todo teniendo en cuenta todas las cosas de las que me he estado preocupando desde que hablé con mis abuelos.

Y con él.

Me dijo que no estaba interesado en encabezar la Corte Vampírica, pero esto no es propio de alguien que no tiene ningún interés. Si él siente que debe participar en la corte, lo apoyaré, claro que lo apoyaré, pero tiene que hablarlo conmigo, no dejarme de lado. Ni tampoco decirme que jamás piensa renunciar a su puesto en la

Corte Gargólica por ocupar uno entre los vampiros.

—¿No crees que deberías haberme consultado esto? —pregunta Jaxon, y por un instante siento que me ha leído la mente. Pero entonces entiendo que se siente tan traicionado como yo, o puede que más, ya que esto también es suyo.

—Has estado muy ocupado jugando a las casitas en la Corte Dragontina —contesta Hudson—. Supuse que, si hubieses querido saber lo que estaba haciendo aquí, te habrías pasado. O al menos me habrías preguntado.

Por un segundo parece que Jaxon vaya a darle un puñetazo a su hermano, pero se limita a encogerse de hombros.

—¿Sabes qué? Que da igual. No vale la pena pelearse por este sitio.

—Exacto —coincide Hudson, lo cual resulta un sentimiento extraño teniendo en cuenta que el tío ha dedicado un montón de tiempo, energía y dinero rediseñando este lugar.

Pero, bueno, no hemos venido a la Corte Vampírica a comernos con los ojos la nueva decoración (ni a sentirnos heridos por no haber participado en las decisiones que Hudson ha tomado). Tenemos problemas más gordos de los que preocuparnos.

Además, Hudson y yo estamos bien. Él me quiere, y yo lo quiero. Es mi mejor amigo y mi compañero eterno. ¿Qué más podría pedir?

«¿Alguien que confíe en ella tanto como ella confía en él?», dice una vocecita en mi interior con cierta picardía.

Pero descarto ese pensamiento y entierro en lo más hondo de mi ser todos los diminutos escalofríos de terror que acompañan a esa pregunta perspicaz. Me digo que no estoy siendo justa ni con Hudson ni con nuestra relación.

Entonces me concentro en algo mucho más urgente, y muchísimo más preciso.

—¿Está Mekhi en la cripta? —pregunto, ya que ahí es donde estuvieron Hudson, Jaxon e Izzy para sus descensos.

Hudson parece sorprendido por el repentino cambio de tema, pero entonces su rostro se torna inescrutable. Es otra de las cosas que me frustran: la incapacidad de entenderlo cuando él no quiere que lo haga. Pero de nuevo me obligo a centrarme en su respuesta y no en la incertidumbre que de pronto me golpea las entrañas como un pájaro herido.

—Imagino que tu abuela ordenaría su traslado a una de las habitaciones de invitados antes de regresar a Irlanda. —Envía un mensaje rápido—. Deja que averigüe en cuál.

Entonces extiende la mano para coger la mía y, en cuanto nuestra piel entra en contacto, todo el ruido interior que me ensordece se calla. Porque, a pesar de mis preocupaciones y de la impresión de que algo no va del todo bien, las inseguridades pasan a un segundo plano bajo la sensación de certeza que me genera estar cerca de él. Que me genera amarlo.

—Me encanta lo que has hecho aquí —digo mientras vamos hacia la puerta—. Es increíble.

Otro fogonazo de algo desconocido en sus ojos que desaparece demasiado rápido para poder identificarlo.

—Me alegro.

Su teléfono suena y, tras un vistazo rápido, salimos al pasillo y doblamos a la izquierda.

—Está en el tercer piso, en el ala este —dice mientras nos dirigimos a las escaleras más cercanas.

De camino, Hudson no dice ni una palabra. Yo tampoco. A nuestras espaldas, los demás hablan de varias cosas.

Eden le está hablando a Heather de Mekhi.

Jaxon y Flint están catalogando todos los cambios que ven por el camino, que son muchos.

Al menos hasta que Hudson pasa entre los dos miembros de la Guardia Vampírica a quienes, al parecer, la Sangradora les ha asignado proteger a Mekhi, y llama a la puerta. Mientras esperamos a que responda, no puedo evitar mirar de reojo a los dos guardias.

No me suena haberlos visto la vez que estuvimos aquí cautivos, pero eso no evita que se me encoja el estómago de todas formas. Hudson todavía no les ha cambiado los uniformes (hecho que me sorprende, teniendo en cuenta todos los otros cambios que ha acometido ya) y, al verlos de nuevo, me es imposible no pensar en todas las cosas que nos pasaron aquí y en el campo de batalla cerca del instituto Katmere.

Es imposible no pensar en todo el dolor, las pérdidas, la tortura y la devastación que sufrimos.

Ante la falta de respuesta Hudson vuelve a llamar, esta vez con más fuerza y firmeza. El sonido me saca de golpe de mis malos

recuerdos y me obligo a concentrarme en lo que realmente importa ahora: Mekhi.

Tampoco contesta a la siguiente llamada y, cuando Hudson decide llamar una tercera vez, su hermano lo detiene agarrándole la mano por la muñeca.

—Abre la puerta y punto —dice Jaxon, con un atisbo de temor en la voz que hace resonar el terror que me atenaza el estómago ahora mismo.

Hudson decide hacerle caso, así que empuja la puerta para abrirla y se aparta a un lado para que Jaxon pueda ser el primero en entrar en el cuarto. Pero solo consigue dar un par de pasos antes de soltar un grito de dolor, cosa que nos empuja a Flint y a mí a entrar corriendo tras él.

Quiero consolar a Jaxon, pero en cuanto veo a Mekhi lo olvido todo salvo el terror más absoluto y abyecto.

25

Revampirizarse o sucumbir

Dormido en una enorme cama con dosel, Mekhi parece un fantasma... o, lo que es peor, una sombra de lo que era.

Su piel, que normalmente muestra un tono marrón intenso, ahora se ha tintado de un gris enfermizo, como si el veneno que le corre por las venas lo estuviera convirtiendo poco a poco en una de esas mismas sombras que buscan destruirlo.

Incluso las rastas que le enmarcan el rostro y que tanto se cuidaba están creciendo.

Además, se pierde en su ropa, y el contorno de los hombros y de las clavículas se marca claramente en el algodón de su camiseta.

Peor aún, su respiración es tan rápida y superficial como la de los pacientes con neumonía.

El pánico me invade al mismo tiempo que siento una necesidad imperiosa de negar lo que veo. Este no es Mekhi. No es el Mekhi divertido, lleno de vida y simpático.

Por favor, que este no sea él.

Pero está claro que lo es.

Queda suficiente rastro de su antiguo ser para que pueda reconocerlo. Y me parte el corazón.

No soy la única. Eden lanza un grito cuando lo ve, un sonido agudo y lleno de miedo que no se parece a nada que haya oído salir de su boca antes. Flint empieza a decir palabrotas en voz baja, largas y despiadadas. Y Jaxon... Jaxon está fuera de sí, andando de un lado a otro mientras murmura con ojos impactados.

—¿Por qué no nos lo ha contado? —exige saber Jaxon, ahora su voz es poco más que un siseo—. Creíamos que estaba a salvo en el descenso.

—Sí que nos lo dijo —musito—. Por eso estamos aquí.

—¡Es demasiado tarde! —ruge, y no soy capaz de discutírselo.

Porque pensaba que Mekhi había estado bien estos últimos meses. Era evidente que no estaba de maravilla, pero tampoco así: esta no es una persona a la que le han ralentizado el metabolismo durante meses. Esta persona, dormida o no, ha sufrido los estragos del veneno de las sombras de forma constante.

—Nunca habríamos permitido que llegara a este punto de haberlo sabido —continúa Jaxon con rencor—. Es como si el descenso no hubiera ralentizado una mierda.

Flint se coloca al lado de Mekhi, agarra la manta que hay a los pies de la cama y tapa con ella al vampiro, que está tiritando y murmurando incoherencias en sueños.

—¿Crees que va a conseguir llegar al Reino de las Sombras? —Hago la pregunta que me ha estado carcomiendo por dentro desde el momento en el que hemos entrado en este cuarto—. Porque no parece que...

—Ah, vamos a conseguir que llegue —espeta Jaxon—. Lo llevaré en brazos todo el camino si hace falta. Solo espero que tengas razón y que el Reino de las Sombras ralentice el veneno.

—Aun así, primero tiene que llegar a la Corte Bruja —informa Eden. La dragona, que es tan dura como las piedras, parece aterrada como no la había visto jamás.

Heather se da cuenta y se acerca a ella, pero, antes de que alguno de nosotros pueda proponer alguna idea de cómo moverlo, alguien llama con fuerza a la puerta.

Me pego un susto, se me tensan los músculos de la espalda y me late el corazón a toda velocidad mientras me vuelvo hacia la puerta. Sé que es una tontería, sé que Cyrus está encerrado a miles de kilómetros de distancia y que ya no puede hacernos daño. Pero estar aquí, aun con los cambios que Hudson ha hecho, me pone los pelos de punta.

Y me temo que va a ser así siempre.

Aunque intento esconder mi reacción, Hudson se percata. Él también se tensa un instante, después se desvanece hasta la puerta en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando pasa a mi lado, noto que me acaricia levemente los rizos. No es mucho, pero es el consuelo que necesito para relajarme un poquito y para recordar que aquí ya no hay nadie a quien temer.

Hudson abre la puerta y atisbo a los dos hombres que montaban

guardia en la habitación antes. Después sale al pasillo y entrecierra la puerta a sus espaldas.

Me tapa la vista de los dos hombres, pero no puede evitar que oiga la conversación. Un guardia menciona por encima una reunión para discutir un par de asuntos de los que Hudson debe ocuparse. Él intenta quitarse a los guardias de encima, pero son insistentes. Parece ser que dichas cuestiones ya llevan requiriendo su atención un tiempo.

—No pasa nada —digo después de cruzar la estancia para ponerme a su lado en el pasillo—. Todavía tenemos que decidir cómo vamos a mover a Mekhi. Tómate unos minutos y ocúpate de eso, después nos iremos, ¿vale?

Parece que quiere replicar, pero le doy un empujoncito en el hombro para que se ponga en marcha.

—Podemos ocuparnos de esto —le vuelvo a recordar—. Esta es tu corte. Ve a hacer lo que tengas que hacer.

—No es mi corte —contesta. Pero me permite que lo empuje por el pasillo—. Voy a buscar al enfermero y le pediré que vuelva.

Mientras observo como se aleja, me doy cuenta de que los dos guardias del pasillo se han triplicado y han pasado a ser seis en el tiempo que hemos pasado en el cuarto de Mekhi. Y todos caminan con expectación detrás de mi compañero.

Cosa que solo hace que la inquietud que siento por dentro aumente, aunque sé que Hudson está a salvo con ellos. Y eso sin mencionar que podría darles una paliza a cualquiera de ellos si quisiera.

Quizá lo que me inquieta sea el hecho de que sé que no quiere y que nunca lo haría. Digamos que Hudson es la clase de vampiro que se preocupa por todo aquel que toma bajo su tutela. Tan solo me gustaría entender cómo es posible que haya decidido proteger a esta gente que luchó contra nosotros no hace mucho.

—¡Pues tendremos que encontrar la forma! —ruge Jaxon a mis espaldas, y yo me doy la vuelta—. Porque ni de coña nos vamos a ir de aquí sin él.

—No estaba sugiriendo que lo dejáramos aquí —gruñe Flint—. Lo que quería decir…

Se calla cuando la puerta se abre y entra a toda prisa un vampiro con pijama de enfermero negro, como si tuviera la larga coleta rubia en llamas.

—Lo siento —se disculpa, y corre al lado de Mekhi—. Solo he salido unos quince minutos o así.

Le tiemblan las manos mientras se dispone a comprobar las constantes vitales de su paciente, prueba infalible de que Hudson se ha cruzado con él de camino a su reunión.

—Tenemos que llevárnoslo —indico después de que el enfermero se quite el estetoscopio de las orejas—. ¿Cómo sugieres que lo hagamos sin causarle más daño?

—Tengo una poción somnífera para administrarle —explica—. Tendré que despertarlo un rato, y después tardará una media hora en metabolizarla lo suficiente como para que haga efecto. Pero, una vez que se duerma, deberíais poder moverlo sin causarle ningún dolor innecesario. Aunque os advierto que no durará mucho.

—¿Una poción somnífera? —inquiere Jaxon con sospecha.

Me inclino hacia delante para apoyar una mano sobre la de Mekhi.

—No empeorará, ¿verdad?

—Llegados a este punto, poca cosa hay que pueda empeorarlo, su majestad —contesta el enfermero con cara de pena. Eso no es lo que quería escuchar, ni yo ni nadie. Pero es sincero y supongo que es todo a lo que podemos aspirar ahora mismo—. Si salís, le administraré la dosis y lo prepararé para el viaje —añade el enfermero—. Lo cuidaré tanto tiempo como necesitéis.

No quiero marcharme, está claro que nadie quiere, pero tampoco es que estemos contribuyendo en nada aquí plantados junto a su cama sumidos en el pánico. Así que asentimos a la vez y salimos al pasillo.

Después seguimos andando mientras yo me esfuerzo al máximo por ignorar el sonido de los gemidos desesperados de Mekhi… y el espeluznante silencio cuando se acallan de repente.

26

Lo que quieres es el trono, bacalao

Quiero encontrar a Hudson y acelerar las cosas, pero me niego a exhibir a Heather en una «reunión urgente» de la Corte Vampírica (porque será muy valiente, pero sigue siendo humana), así que la dejo fuera de la habitación de Mekhi acompañada de Flint y Eden. Lo último que oigo es a Flint quejándose a viva voz de lo que estoy bastante segura de que es un auténtico Miró, no sé si para entretener a Heather o distraerlas del escalofriante silencio de Mekhi.

Jaxon y yo recorremos un largo pasillo curvo, y no puedo evitar maravillarme ante todos los cambios que Hudson ha llevado a cabo en la Corte Vampírica. Tampoco puedo evitar preguntarme por qué los ha hecho. Sí, ya me dijo que lo estaba haciendo porque los suyos merecían empezar de nuevo después de todo lo vivido bajo el reinado de Cyrus, y estoy convencida de que lo dice de verdad.

Pero también pienso que hay algo más que no me está contando. Estos cambios son muy radicales, demasiado estudiados, demasiado de todo solamente para que los vampiros tengan una corte nueva bonita.

Ni Jaxon ni yo comentamos nada del nuevo aspecto de la corte, pero sé que él también se ha percatado de ello. Es imposible pasarlo por alto.

No sé muy bien adónde vamos, pero Jaxon seguro que sí porque, cuando llegamos al final del pasillo, me guía hacia la izquierda. Nos paramos frente a una puerta cerrada color ónice con un picaporte muy elaborado.

—¿Estás seguro de que Hudson está aquí? —le pregunto cuando extiende la mano hacia él.

—Es la sala de operaciones. Es el único lugar en el que puede estar ahora mismo.

Lo dice con tal seguridad que no vuelvo a preguntar. Y resulta que tiene razón. En cuanto abre la puerta oigo la voz de Hudson.

No logro discernir lo que está diciendo, pero no suena muy contento. Ni tampoco la gente con la que está hablando.

Jaxon está pensando lo mismo que yo, porque, en lugar de llamar, estampa la puerta contra la pared con tanta fuerza que hace que los cuadros colgados en las paredes tiemblen.

La conversación se detiene y todos los presentes se vuelven para mirarnos. Hudson levanta una ceja (una invitación abierta a unirnos a la fiesta como nunca había visto) mientras los demás se muestran indignados al ver que los hemos interrumpido.

Pero, como mi compañero es quien está al mando, y yo casi no le tengo respeto (por no decir ninguno en absoluto) a ningún miembro de esta maldita corte, me importa una mierda.

—¿Todo bien? —pregunta Hudson, que rodea la mesa que ocupa el centro de la sala para reunirse con su hermano y conmigo.

—El enfermero está con Mekhi —contesto—. Gracias por hacer que regresase tan rápido.

Asiente antes de volver con la gente de la mesa: dos hombres que me suenan vagamente del gobierno de Cyrus y una mujer con el pelo negro bien recogido y estirado a la que diría que no he visto en mi vida.

—¡Tía Celine! —exclama Jaxon mientras atraviesa la estancia para darle un beso frío e indiferente en su mejilla empolvada—. Qué sorpresa tan desagradable.

Frunce los labios en una especie de sonrisa rara cuando ella extiende la mano y le toca la cicatriz de la cara.

—¿Así le hablas a tu tía después de venir hasta aquí para ayudaros con este desastre de corte?

—¿Así se llama ahora? ¿«Ayudar»?

Le lanzo una mirada a Hudson para ver qué opina de la extraña interacción de Jaxon con su tía, pero se ha apoyado en la pared con un hombro, los brazos cruzados sobre el pecho y una media sonrisa guasona en los labios. Cuando capta mi expresión inquisitiva, se encoge ligeramente de hombros como diciendo: «¿Qué quieres que le haga? Jaxon es así».

Aunque eso es verdad, me desconcierta lo que está pasando aquí. No me sorprende que Jaxon y Hudson no puedan ni ver a esta mujer, que supongo que es la hermana de Cyrus dadas las estremecedoras vibraciones que emite, pero no tengo ni idea de lo que está haciendo

aquí. Ni por qué ellos dejan que esté cuando salta a la vista que no quieren tener nada que ver con ella.

—Bueno, me he enterado de que hay dudas sobre quién tomará el trono de mi querido hermano ahora que está… indispuesto. Y, evidentemente, ahora que tú has abdicado, Hudson. —Hace un gesto con la mano—. Sé que la ceremonia formal no es hasta dentro de un par de semanas, pero se me ocurrió venir y ofrecer los servicios de Rodney y Flavinia para cuando tu abdicación sea definitiva. Mis herederos están preparados y dispuestos a asumir el mando.

Siento un pellizco en el estómago. Hudson me prometió aquella noche que no tenía ningún interés en ser el rey de los vampiros, y yo lo creo. Los dos creemos que la ceremonia formal no es más que pompa y circunstancia. Pero, estando aquí, mirando a esta mujer con avaricia en sus ojos y las mejillas rosadas de la emoción, entiendo por qué no aceptar la corona podría no ser lo mismo que renunciar a ella.

Puede que Hudson no la quiera del mismo modo que la desean Celine, Rodney y Flavinia, como es evidente, pero él tampoco quiere que la tengan ellos porque su gente merece algo mejor que un nuevo y no mejorado Cyrus 2.0.

Lo cual nos crea un dilema de mil demonios.

—Qué amable por tu parte —le dice Hudson con un tono que sugiere que la mujer es de todo menos eso—. Pero nos las estamos apañando bien aquí en Londres. Estoy seguro de que estarías mucho más cómoda en tu casa de Stoke-on-Trent. Ya sabes que Rodney echa mucho de menos a su mami cuando se ausenta durante demasiado tiempo.

No puedo evitarlo. Le lanzo una mirada a Hudson del rollo «Pero ¿qué coño está pasando ahora?». ¿Stoke-on-Trent? ¿Mami? ¿Quién es esta gente y qué han hecho con mi chico?

Pero él se limita a sonreírme tranquilamente… siempre y cuando no mire durante demasiado tiempo el destello picarón de sus ojos.

—Sí, bueno, tal vez debamos esperar a más tarde para hablar de esto con más detalle. No queremos airear nuestros trapos sucios delante de los no vampiros aquí presentes.

Teniendo en cuenta que yo soy la única persona no vampira presente en la sala, intento no ofenderme demasiado por el comentario. Además, si no fuera por Hudson y Jaxon, me daría absolutamente igual lo que se hablase en esta espantosa sala de

operaciones siempre y cuando no afectase al mundo exterior.

Lo que no me da tan igual son Hudson y Jaxon, así que sostengo la sonrisa todo lo que puedo, incluso cuando Hudson le dice:

—La no vampira es mi compañera, y no se va a marchar hasta que yo lo haga.

—Claro que no, mi querido Hudson —responde con picardía—. Sabemos que jamás se te ocurriría poner la corte por delante de tu compañera, aunque ese es un problema que mi estimado Rodney no tiene…

—Adiós, tía Celine —dice Jaxon mecánicamente mientras rodea el brazo de la mujer con el suyo y la acompaña hacia el pasillo. Ni siquiera se molesta en darle otro beso en la mejilla antes de cerrarle la puerta en las narices, ultrajada.

»¿Algún otro asunto del que debamos ocuparnos? —pregunta al darse la vuelta—. ¿O podemos ponernos en marcha ya?

Hudson sonríe con gesto burlón y despide a los otros hombres con un gesto de su mano.

—Aquí ya he terminado.

Pero yo no puedo evitar preguntarme… si eso es realmente así.

27

Un lanzamiento atronador

—Creo que te has centrado en cambiar las cosas que no tocan, Hudson. —Jaxon le lanza a su hermano una mirada sagaz cuando empezamos a caminar hacia el cuarto de Mekhi.

—Ah, ya llegaré a eso —contesta Hudson en tono grave—. Créeme.

—¿Y si no tuvieras que hacerlo? —inquiere Jaxon.

Hudson parece escéptico.

—¿Quieres que deje a esos tres bichos raros en la junta asesora? Nos volverán a meter en una guerra dentro de unos meses, si no menos.

—No. —Jaxon traga saliva—. Quiero que abdiques...

—Y voy a abdicar. Te lo aseguro —anuncia mientras baja la mano para coger la mía y darme un apretoncito—. Solo que no en favor de Rodney.

Incluso yo sé que es una mala idea, y no tengo ni idea de quién es Rodney. Pero si se parece en algo a su madre...

Jaxon vuelve a aclararse la garganta, después traga saliva por segunda vez.

—Por suerte, Rodney no es el siguiente en la línea de sucesión al trono. Soy yo.

Hudson y yo nos paramos de golpe.

—¿Disculpa? —pregunto, porque estoy segura de que no lo he oído bien. Jaxon nunca ha querido el trono. Incluso antes, cuando pensaba que Hudson estaba muerto, la idea de tener que liderar la Corte Vampírica le resultaba odiosa.

—Sabes que eso no solucionará nada, ¿verdad? —informa Hudson—. Tendrás los mismos problemas con la Corte Dragontina que yo estoy teniendo con la Corte Gargólica. El Círculo...

—¡El Círculo puede irse a tomar por culo! —ruge.

No es la respuesta que daría un rey, pero no seré yo quien lo comente. En parte porque creo que se está esforzando mucho por tener un gesto bonito con Hudson, y en parte porque sé exactamente cómo se siente. Cuando tengo que encargarme de las cosas de la corte, quiero mandar a tomar por culo al Círculo y a los que establecen las normas en este mundo como mínimo una vez al día.

—Eso sigue sin resolver el problema —dice Hudson tras unos largos segundos—. El Círculo no te va a permitir amasar tanto poder, que te sientes en dos tronos.

—Entonces me sentaré solo en este —contesta.

—Jaxon. —Le toco el brazo—. Eso es un sacrificio enorme...

—¿Qué pasa? ¿Que solo se le permite a uno de los hermanos Vega sacrificarse por el otro? —pregunta con la voz cargada de emociones.

La mirada de Hudson se vuelve vigilante.

—No es para nada lo mismo, Jaxon.

—Has encontrado el amor, joder. Durante toda nuestra vida jamás pensamos que un Vega fuera capaz de encontrarlo. Pero tú lo has conseguido. Y después yo lo jodí todo. Igual que lo estoy jodiendo todo para Flint. Él quiere el trono dragontino más que nada en el mundo, y que lo ocupe restauraría el equilibrio en su corte. Pero no puede hacerlo conmigo a su lado. —Se aclara la garganta una vez más y se pasa una mano por el pelo con frustración—. A lo mejor es así como siempre ha tenido que ser.

Se me parte el alma al notar la angustia en su voz y la determinación de hacer lo mejor para su hermano, para mí y para Flint. Pero ¿sacrificar su futuro y el de Flint para que Hudson y yo podamos tener uno? Eso es algo que ninguno de los dos estamos dispuestos a permitir.

—Creo que te olvidas de cuánto tiempo nos costó a Grace y a mí sentar la cabeza —le dice Hudson con calma—. No es que empezáramos ya así.

Me río solo de pensarlo.

—No, desde luego que no.

—Si aceptas la corona vampírica perderás cualquier oportunidad que tengas de encontrar esa misma felicidad. —Hudson le coloca una mano en el hombro—. Tú también mereces ser feliz, Jaxon.

Él aparta la mirada y se quita de encima la mano de su hermano.

—Y tú qué sabes... Flint y yo somos un desastre, tío.

—Todos somos un desastre —le aseguro—. Así son las relaciones.

—Ya, claro. —Se encoge de hombros—. En algún momento se supone que las relaciones tienen que mejorarle la vida a la gente que está en ellas, ¿no? Lo único que ha conseguido Flint al estar conmigo es que las cosas empeoren para él.

—Este no es un sacrificio que debas hacer —le informo—. Encontraremos otra forma.

Niega con la cabeza.

—No sé yo...

—Exacto —dice Hudson, y rodea los hombros de su hermano para darle un abrazo no correspondido—. Y hasta que lo hagas, hasta que lo hagamos, nadie va a tomar decisiones drásticas.

—¿Ni siquiera tú? —inquiere Jaxon con las cejas enarcadas.

Me inclino hacia delante, tengo tanto interés en escuchar la respuesta a esa pregunta como Jaxon.

—Yo ya he tomado mi decisión. El resto son detalles sin importancia.

—Detalles con muchísima importancia —corrige Jaxon.

Hudson no dice nada, se limita a mirarlo fijamente hasta que su hermano profiere una serie de palabrotas.

—No hemos acabado esta conversación.

Ahora le toca a Hudson encogerse de hombros.

—Ya lo veremos.

—Pues sí —le dice su hermano—. Ya lo veremos.

Tengo mil nudos en la garganta, todos estos problemas imposibles sin solución me corren a toda velocidad por el cerebro, una y otra y otra vez.

No podemos sentar a otro Cyrus en el trono vampírico. Si lo hacemos, con el tiempo acabaremos en el mismo sitio en el que estábamos hace unos pocos meses.

Jaxon no puede aceptar el trono porque, si lo hace, perderá cualquier oportunidad que tengan él y Flint de solucionar sus problemas y salir victoriosos.

Izzy no puede sentarse en el trono, por lo menos aún no. No hace tanto que salió del descenso, y eso sin mencionar su... tendencia a ser impredecible.

Y Hudson tampoco puede quedárselo, por lo menos no mientras

yo tenga el mío.

Esto es un desastre, uno que no tengo ni idea de cómo solucionar, sobre todo ahora que la mayor parte de mi cerebro está centrada en descubrir la forma de salvar a Mekhi del veneno sombrío y al resto del mundo de esos malditos cazadores que van ganando poder y adeptos cada día que pasa.

Antes de que pueda decir nada más suena el móvil de Jaxon. Le echa un vistazo y dice:

—Flint quiere hablar de algo, así que voy a quedar con él donde nos ha dejado el portal. Nos encontraremos con vosotros en la habitación de Mekhi dentro de quince minutos.

Incluso aunque asienta, una parte de mí quiere implorarle que se quede. Porque mientras él esté aquí, Hudson y yo podremos seguir evitando la charla que ninguno de los dos quiere tener.

28

Es hora de martillear

Tras la marcha de Jaxon caminamos despacio y en silencio durante un par de minutos. No sé en qué está pensando Hudson ahora mismo, pero yo estoy haciendo todo lo que puedo por ordenar mis pensamientos, intentando saber qué decirle sobre el trono, sobre los cambios que ha hecho en la corte sin avisarme antes, y sobre nosotros.

Sin embargo, antes de poder aclarar mis ideas, giramos otra vez y acabamos en un pasillo que me resulta tan inquietante como familiar, lo cual no tiene sentido, ya que hay montones de rincones de la Corte Vampírica que todavía no he explorado y probablemente nunca exploraré, teniendo en cuenta que aborrezco este lugar incluso con las mejoras de Hudson.

Aun así, cuanto más caminamos por el pasillo, más convencida estoy de que ya he estado en este sitio en concreto. Hay algo en la extraña configuración de las ventanas del lado izquierdo que me resulta familiar, al igual que en las gigantescas puertas dobles que veo al final del pasillo, justo a nuestra derecha.

A pesar de lo mucho que me suenan estas puertas, casi paso de largo frente a ellas. Pero algo en la repentina y deliberada inexpresividad del rostro de Hudson y el hermetismo de sus ojos me empuja a acercarme a ellas y coger los tiradores.

Él hace amago de detenerme, algo que ya de por sí resulta inaudito, pero al final se encoge de hombros y me deja entrar.

En cuanto abro las puertas sé muy bien dónde estamos. Solo he estado aquí una vez, pero reconozco el lugar en el acto. O, más bien, reconozco los restos de lo que fue en su momento. El despacho perfectamente escogido y decorado de Cyrus.

Nadie podría decir ahora que es perfecto en nada… a no ser que dijera que ha sido perfecta y extraordinariamente destruido. Aunque las puertas exteriores permanecen intactas, en el interior de la

habitación parece que haya estallado una bomba. Y, al contrario que en las otras salas por las que hemos pasado y que están siendo reformadas, nadie ha intentado limpiar el desorden de ese viejo agujero para darle un soplo de aire fresco. Todo sigue allí (los sofás volcados, los cuadros y esculturas rotos, los libros hechos pedazos y las cortinas desgarradas), yaciendo bajo los remanentes de las paredes, el techo y las lámparas derribadas. La mesa circular que en su momento presidía la estancia ha sido destruida, y los pedazos de su mapa incrustado (el que Cyrus usó una vez para planear ataques contra facciones paranormales) están desperdigados por el suelo.

Veo un mazo apoyado contra los restos de lo que solía ser una pared y caigo en la cuenta de que alguien ha reventado con él todo lo que había aquí dentro hasta que lo ha dejado como está ahora. Luego se marchó y lo dejó intacto a saber cuánto tiempo. A juzgar por la cantidad de polvo que se ha asentado en el lugar, no lo han hecho hoy. Ni tampoco recientemente, en realidad.

Estoy segura de ello al cien por cien, y también estoy convencida de que el responsable ha sido Hudson. Él ha sido quien lo ha dejado todo aquí, de esta guisa, para que se acabe pudriendo.

Ha estado viniendo con asiduidad a la Corte Vampírica para gestionar múltiples asuntos desde que encarcelaron a Cyrus y nunca pensé en ello. Ahora no puedo evitar preguntarme si debería haberlo hecho. Imaginarme a Hudson, solo, destrozando la habitación con un mazo, hace que me entren ganas de llorar.

Porque hay más que rabia en este templo a la ruina, más que desdén, odio o deseo de venganza. También hay devastación, y no tengo ni idea de qué hacer al respecto sabiendo que Hudson no me ha contado nada de esto.

Ni de los cambios en la corte.

Ni de la presión que siente para asumir más responsabilidades y tal vez hasta de tomar el trono.

Y menos todavía de esta destrucción desenfrenada. Cuando un hombre con tanto poder como Hudson elige usar un mazo en lugar de un simple pensamiento, sabes que el asunto es personal. Es más, sabes que todavía queda mucho más por destapar.

Ahora mismo, con nuestros amigos en medio de una misión por salvar a Mekhi, desearía saber al menos por dónde empezar.

—Deberíamos marcharnos —dice Hudson a mi lado.

Su voz está tan tensa como su estirado porte, su acento británico resulta tan formal que, si no me estuviera mirando fijamente (y no fuéramos los únicos presentes en el pasillo), habría pensado que se estaba dirigiendo a un desconocido.

—¿Estás bien? —pregunto mientras doy un paso adelante para posar la mano sobre su bíceps. Porque, sin importar lo dolida y confusa que esté por su silencio respecto a todo esto, sigue siendo Hudson. Sigue siendo mi compañero, y solo pensar que sufre me destroza por dentro.

—Estoy bien —responde.

Sin embargo, hay algo en sus ojos, en la forma que tiene de contenerse, como si fuese a desmoronarse aquí mismo, sobre lo que queda del despacho de su padre, que me hace pensar que está de todo menos bien.

Incluso antes de que tire de mí y me envuelva con sus brazos tan fuertemente que apenas pueda respirar.

—Tranquilo —le digo mientras le paso la mano por el pelo, el cuello y la espalda extremadamente rígida—. Sea lo que sea, irá bien.

Tiene la mejilla apoyada sobre mi cabeza y noto que asiente.

También siento su respiración, honda y temblorosa, y la debilidad con la que libera el aire.

Entonces me separa de él y veo una media sonrisa en los labios que no parece que debiera estar allí. Pero su mirada recupera la luz al descender sobre mí, y eso me ayuda a creer que, por ahora, está bien.

Además de ayudarme a aceptar la situación cuando dice:

—Ya casi han pasado veinte minutos. Deberíamos ir con Mekhi.

Hay tantas cosas que quiero decir en este instante, tantas cosas que quisiera preguntarle... Pero sé que está bien, igual que sé que este no es el momento ni el lugar para hacer esas preguntas. A Hudson no le gusta sentirse vulnerable en un buen día. ¿Intentar que baje la guardia aquí, en medio de la Corte Vampírica, donde lo han torturado casi toda la vida?

Como suele decir él: ni en sueños.

Así que, en lugar de insistir, que es lo que de verdad quiero hacer, paso los dedos por su pelo y tiro de él para darle un beso... o tres.

El cuarto se vuelve interesante, me acelera el corazón y hace que la sangre corra a toda velocidad por las venas. Pero tampoco es el

momento ni el lugar para nuestra química intensa. Hudson tenía razón cuando ha dicho que debemos volver con los demás.

Me recreo (bueno, no solo yo) durante unos pocos segundos más. Solo un beso más. Después me aparto a regañadientes.

—Tienes razón. Deberíamos.

En esta ocasión, cuando me sonríe, la oscuridad y la distancia de sus ojos han desaparecido. Al menos por ahora. En su lugar se encuentra el amor infinito, desesperado y salvaje al que tan acostumbrada me tiene. El mismo amor infinito, desesperado y salvaje que sé que habita en mis ojos cuando lo miro a él.

No es suficiente. Aún tenemos que hablar, yo sigo necesitando respuestas sobre lo que le está pasando. No obstante, por ahora, mientras atravesamos el pasillo en dirección a la habitación de Mekhi, parece ser el paso en la dirección correcta.

29

La moción de la poción

Hudson y yo volvemos a reunirnos con nuestros amigos justo cuando el enfermero abre la puerta para dejarnos pasar a ver a Mekhi.

Tengo el corazón en la garganta mientras me aproximo al dormitorio, me da un miedo tremendo lo que nos podamos encontrar cuando entremos. Pero Mekhi tiene buen aspecto, desde luego mejor que el que tenía cuando lo hemos dejado con el enfermero. Está claro que la poción somnífera ha surtido efecto, pues la expresión de dolor se ha desvanecido de su rostro.

El enfermero le entrega a Eden un sobrecito negro.

—Aquí dentro hay otra dosis del somnífero, por si lo necesitarais para que él llegue adonde vais. Pero es lo único que podéis administrarle. Ahora mismo está demasiado débil para metabolizar más.

—Entonces ¿va a estar sufriendo? —pregunta Jaxon con la voz ronca.

El enfermero lo mira con empatía.

—No hay nada que podamos hacer para detener el sufrimiento. La poción lo reconforta durante un tiempo, pero cualquier otra cosa solo exacerbará los efectos del veneno de las sombras.

—Bueno, ¿cómo vamos a hacerlo? —Me meto de lleno en la logística en un intento de no pensar demasiado en el sufrimiento de Mekhi—. Vamos a usar una de las semillas de Macy para llegar a la Corte Bruja, ¿verdad? Pero ¿cómo vamos a hacer que Mekhi atraviese el portal?

—Yo cargaré con él —contesta Jaxon en un tono que no da lugar a reproches.

—Eso se puede, ¿no? —le pregunta Eden al enfermero—. ¿No le haremos daño al cargar con él?

—Tenéis que moverlo —comenta—. Y sin duda esa es la forma

más práctica de que atraviese el portal.

Es imposible no darse cuenta de que no ha contestado a la pregunta.

Aunque eso mismo constituye una respuesta por sí sola. Mover a Mekhi le hará daño, pero no hay mucho que podamos hacer al respecto ahora mismo.

—¿Dónde está la salida más cercana? —pregunta Flint mientras vuelve a sacar la bolsita de semillas de Macy.

—Hay un jardín justo aquí al lado —informa Hudson colocándose al lado de su hermano—. Ahí deberíamos poder abrir un portal.

—Vale, pues voy ya. Dadme dos minutos para abrirlo y después traes a Mekhi —le dice a Jaxon, que asiente.

Eden lo sigue con la poción somnífera, mientras que Heather coge un par de mantas antes de abandonar también la estancia, volviéndose para lanzarle una mirada preocupada a Mekhi.

—Gracias por tu ayuda —le digo al enfermero al tiempo que Jaxon se pone al lado de la cama de Mekhi—. No sabes cuánto la apreciamos.

—No es nada. Espero que esté bien —responde el enfermero.

—Gracias. —En esta ocasión es Jaxon el que contesta con una voz colmada de las emociones que a todos nos invaden ahora mismo.

—¿Estás listo? —tantea Hudson en voz baja.

—No —niega Jaxon. Pero se inclina y coge a Mekhi en brazos como si fuera un bombero—. Larguémonos de aquí, ¿vale?

No tiene que decírmelo dos veces. Voy corriendo hasta la puerta y la abro para que pase; Hudson se desvanece hasta el final del pasillo y hace lo mismo con la puerta que da al jardín.

Una parte de mí espera que Jaxon también se desvanezca, pero, en vez de eso, recorre el pasillo tan lento y con tanto cuidado como si llevara a un recién nacido en brazos. Cuando por fin llegamos al jardín, Eden y Heather ya han desaparecido y Flint mantiene el portal abierto para el resto.

—¿Estás bien? —le pregunta a Jaxon cuando este se planta delante del torbellino de magia negra y morada.

Pero Jaxon ignora la pregunta. Entra en el portal agarrando bien a Mekhi, a quien porta sobre el hombro. Cuando desaparecen rezo para que el portal sea más agradable esta segunda vez. Por el bien de todos.

30

Como un gótico a la luz

El portal resulta ser peor la segunda vez. Juro que, por un minuto, estaba convencida de que me estaban despellejando viva.

Pero por suerte tengo la piel intacta, al igual que el resto del cuerpo, cuando al fin salgo disparada del portal y caigo sobre el suelo de Turín, en Italia. Los demás también están bien, incluido Mekhi, que sigue durmiendo plácidamente (o, por lo menos, tanto como uno puede dormir colgando del hombro de Jaxon).

Una vez que estoy de pie, me paro un momento a quitarme la suciedad de la ciudad del trasero y después miro a mi alrededor para intentar averiguar dónde nos ha dejado el portal. Esperaba que estuviéramos dentro de la Corte Bruja, pero el abundante tráfico que inunda la calle a nuestras espaldas refuta esa idea.

Una vuelta rápida me dice exactamente dónde nos encontramos: en el corazón de la *piazza* Castello, justo delante de la Corte Bruja. Reconocería este lugar en cualquier parte, no solo por la arquitectura singular de los edificios que nos rodean, sino también por esa puñetera estatua tan espeluznante que hay en el centro de la *piazza*.

En gran parte solo es un montón de piedras apiladas en perfecto equilibrio sobre una fuente, pero, cuando añades esculturas de hombres ligeros de ropa languideciendo a un lado y el ángel oscuro de pie, observándolos desde las alturas, pues resulta amenazadora. Me pone los pelos de punta desde la primera vez que vi su réplica en las Pruebas Imposibles y ahora que sé que también es la puerta al Reino de las Sombras me parece incluso peor.

Pero en este instante no tengo tiempo para obsesionarme con esas estatuas, no cuando todavía tengo que averiguar cómo «abrir» el portal. Se trata de una fuente, así que no va a ser tan simple como girar un picaporte y atravesar un umbral. Es evidente que hay un hechizo o algo así que activa el portal del interior de la fuente. Solo

hace falta encontrar a la bruja adecuada a la que preguntar...

Unas nubes grises bloquean el sol vespertino mientras nos acercamos a la entrada de la Corte Bruja. Sopla un viento frío que nos azota y nos hace estremecer.

—¿Quién va a llamar? —pregunta Flint deambulando tras de mí.

No he tenido ocasión de preguntarle si quiere hablar sobre lo que está ocurriendo en la Corte Dragontina, pero, dada la forma en la que parece evitar las miradas de Jaxon, diría que las intrigas políticas son lo último en lo que está pensando ahora mismo.

Le mando un mensaje rápido a Macy y espero a ver si me responde al instante. Si lo hace, puede que esté justo donde necesitamos para entrar en la corte sin armar mucho jaleo, o puede que sepa quién nos puede decir cómo abrir el portal-estatua. Además, me gustaría ver a mi prima, saber cómo está. Tal vez hasta preguntarle por lo del portal oscuro ese tan terrorífico.

—Este sitio me da escalofríos —murmura Jaxon mientras esperamos la respuesta de Macy—. Es tan... recargado.

—Teniendo en cuenta lo cómodo que estás en la Corte Vampírica, no me extraña —comenta una voz familiar a nuestras espaldas.

Me vuelvo justo a tiempo para ver desaparecer los bordes relucientes de un portal después de que mi prima salga de él.

—¡Macy! —grito, y salgo corriendo hacia ella—. Pensaba que estabas castigada. ¡No esperaba verte tan pronto!

Se pasa la mano por los mechones irregulares de su pelo. Se ha cambiado el color desde la última vez que la vi: ahora es de un verde mar oscuro precioso que consigue transmitir el mismo grado de belleza que de peligro. Un reflejo bastante acertado de todo lo que rodea a Macy últimamente.

Nada queda de aquella prima dicharachera y llena de vida que siempre veía el lado bueno de las cosas aun cuando acaecían las desgracias. Ahora es una bruja que maneja su poder de maneras nuevas y misteriosas, una bruja que sin duda preferiría el caos antes que la alegría.

—Hay castigos y castigos —me comenta poniendo en blanco esos enormes ojos azules que tiene—. Además, tampoco es que puedan tenerme encerrada si yo no quiero.

Hay un tono de crispación en su voz, uno que decido pasar por alto mientras la rodeo con los brazos para darle un fuerte abrazo.

Como es evidente, Macy sigue enfadada con el tío Finn por haberle mentido, por haber dejado que creyera que su madre se había ido de casa por voluntad propia y, sinceramente, no la culpo.

Hacer que tu hija piense que su madre ha huido y os ha abandonado en lugar de contarle que estaba en prisión... Todavía me cuesta comprender esa decisión. Pero es que encima recibir en tu casa en numerosas ocasiones a la persona que la mantiene cautiva a lo largo de todos esos años... Eso es como recibir una bofetada en la cara de la que estoy segura de que Macy tardará un tiempo en recuperarse.

Todavía me duele que mis padres nunca me hablasen de todo el tema de las gárgolas. Si me hubiesen ocultado un secreto como este a mí..., no sé lo que habría hecho.

Macy deja que la abrace un segundo. Luego se aparta enseguida y pone tierra de por medio entre las dos. Flint y Eden se acercan para abrazarla también, pero ella se limita a saludarlos agitando la mano con gesto incómodo a la vez que da un paso hacia atrás.

Eso los frena en seco y hace que paseen la mirada entre Macy y yo. Solo Hudson parece saber lo que hay que hacer, pues le ofrece un puño con despreocupación. Por un segundo, una sonrisa traviesa propia de la antigua Macy asoma fugazmente en sus labios color cereza negra, pero desaparece tan rápido como ha surgido.

Ella extiende el brazo y choca puños con él antes de decir:

—Bueno, ¿vamos a quedarnos aquí de pie esperando a que nos arrastren al ritual del té matutino o tenéis un plan?

—Yo diría que tú eres nuestro plan —contesto.

—Sabes que meter a escondidas a la jefa de una corte en otra podría considerarse una declaración de guerra, ¿verdad? —pregunta ella.

—Menuda suerte para las brujas —suelta Hudson poniendo los ojos en blanco—. Que Grace les declarase la guerra las pondría por fin en el mapa.

Macy suelta un bufido, lo más parecido a una risa que he oído salir de ella en mucho tiempo.

—Cierto. El Ejército Gargólico estaría dejando las cosas muy claras.

—Que conste —intervengo con el tono más regio que puedo alcanzar— que el Ejército Gargólico no está dejando claro nada ni yo estoy declarando ninguna guerra.

Ya me ha ocurrido y, si puedo, evitaré tener una con los cazadores. No pienso repetir el pasado.

—Relájate, chica nueva —me dice Flint con una sonrisa socarrona—. Nadie piensa que estés apretándote los machos para la batalla.

—¿En serio? —Heather tuerce los labios—. ¿Así lo describes tú?

—Solo digo que...

—No es por interrumpir una conversación absurda —suelta Jaxon por encima de sus voces—, pero no sé cuánto tiempo más va a estar durmiendo Mekhi.

—Ahora nos ocuparemos de eso —le asegura Macy apartándose el pelo de la cara—. Solo tengo una pregunta: ¿a quién habéis venido a ver?

—Ni a Linden ni a Imogen. —Menciono en el acto los nombres del rey y de la reina porque, cuanto más pienso en ello, más convencida estoy de que no nos van a servir de ninguna ayuda—. ¿Qué tal Viola?

Basándome en mi anterior experiencia, la hermana de Imogen parece ser la bruja que más ayuda nos puede prestar en este lugar. Eso si logramos encontrarla sin llamar demasiado la atención... o sin hacer sonar demasiadas alarmas.

Se lo digo a Macy, que me dedica una mueca burlona que es más maliciosa de lo que suelo estar acostumbrada a ver en ella.

—Creo que se puede hacer. —Agita la mano y un portal gigantesco aparece frente a nosotros girando como un torbellino—. El último en cruzar se comerá un bote entero de ojos de tritón.

Lo último que oigo mientras cruzo el portal es a Heather preguntando: «¿Ojos de tritón? ¿Eso existe de verdad?».

Le explico que Macy solo está bromeando, pero el portal ya me ha engullido antes de poder decirle que no se preocupe por ello.

31

Hecho el hechizo

Al contrario que los portales de las semillas que hemos estado utilizando, este no duele. La sensación es la misma que siempre tengo con los portales de Macy: parece que me estén estirando y comprimiendo a la vez.

Unos pocos segundos de incomodidad, unos cuantos menos de sentir como que voy a implosionar y se acabó.

Tan pronto como vuelvo a sentirme normal abro los ojos. Lo primero que veo es un arco ornamentado y tallado en tonos crema y dorado, seguido por un papel pintado de los mismos colores.

Así que sí, sin duda Macy nos ha trasladado a la Corte Bruja. En concreto hasta Viola, advierto, pues me encuentro mirando directamente a los ojos de la sorprendida bruja.

¿El único problema? Que resulta que Viola está sentada en una sala de estar repleta de muchas otras brujas.

Pues sí que hemos hecho una entrada espectacular.

Me planteo darme la vuelta y volver a lanzarme de cabeza al portal para que esta situación no desencadene un infierno, pero, antes de que pueda moverme siquiera, ocurren dos cosas muy diferentes.

Heather sale a trompicones del portal y aterriza a mis pies. A continuación muchas de las brujas se levantan de un salto y empiezan a lanzar hechizos por doquier.

Consigo apartar a Heather antes de que le dé uno, pero no tengo tanta suerte con Flint, a quien aciertan nada más poner un pie fuera del portal y acaba cayendo de bruces al suelo.

Seguido de inmediato por Eden, a quien le lanzan lo que creo que es un hechizo de gelificación, pues se convierte en un grumo de blandiblú justo delante de mí.

—¡Esperad, por favor! —Levanto ambas manos mientras corro para colocarme delante de la entrada del portal y cambio a mi forma

de gárgola a toda prisa. Lo último que necesitamos ahora mismo es que a Mekhi le caiga un hechizo aleatorio que exceda los límites de su cuerpo—. ¡No hemos venido a haceros daño! Solo queremos hablar un rato con Viola —grito.

Está claro que les da igual, porque lanzan más hechizos en mi dirección.

Consigo esquivar un par de ellos, pero al final me alcanzan tres a la vez. Por suerte ninguno me afecta, pero aun así duelen un huevo.

La parte positiva es que Jaxon y Mekhi cruzan el portal justo cuando los hechizos me alcanzan a mí, y eso le concede a Jaxon un par de segundos de calma antes de que llegue otra ronda. Me interpongo entre ellos y un conjuro al mismo tiempo que Eden, que también rueda en su forma gelatinosa para protegerlos.

En ese momento le alcanza otro hechizo, así que pasa de ser un grumo a una serpiente larga y delgada. Por supuesto eso no anula el hechizo anterior, por lo que ahora es clavadita a una serpiente de gominola morada.

Flint ha conseguido darse la vuelta, pero ha desistido en sus intentos de sentarse y, en vez de eso, se desliza por el suelo como una lombriz boca arriba. Mientras tanto, Hudson sale del portal justo después de Jaxon.

Me es imposible dejar de proteger a Mekhi para llegar hasta él, pero, antes de que pueda advertirle, Flint grita:

—¡Por arriba!

Hudson levanta la cabeza de golpe, como si esperara que una pelota le fuera a caer en picado desde alguna parte, y le acaba acertando un hechizo de calvicie. Instantes después su perfecto tupé se le cae y da paso a una cabeza tan tersa y brillante como un espejo.

Lo bueno es que calvo está sorprendentemente guapo, aunque la expresión que lleva en el rostro revela que no está de acuerdo.

—¿Qué? —pregunta con aire de superioridad.

—¿Es que no entiendes lo que significa «por arriba»? —pregunto mientras continúo esquivando hechizos.

Otra tanda vuela en dirección a Jaxon, a Mekhi y a mí. Consigo llevarme yo unos cuantos (qué pupa), pero por lo menos logro evitar que le den a Mekhi. Lo que no logro evitar es que caigan sobre Jaxon, quien termina encogiéndose hasta adoptar el tamaño de un ratón en un abrir y cerrar de ojos.

Me lanzo en plancha a por Mekhi y lo envuelvo con mi cuerpo antes de que caiga al suelo. En ese momento Macy aparece por el portal como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Abre los ojos como platos cuando ve lo que está sucediendo, salta delante de todos nosotros con los brazos abiertos y grita:

—¡Deteneos!

Parece ser que funciona mucho mejor cuando lo dice una bruja que una gárgola, porque los hechizos se detienen de inmediato. Menos mal.

Salgo a rastras de debajo de Mekhi y, con la ayuda de Hudson, lo tumbo de espaldas para asegurarme de que está bien. Entonces encuentro a un diminuto Jaxon enterrado debajo de él.

—Parece que por fin podrás ganar una pelea con alguien de tu tamaño —le chincha Hudson mientras levanta a su hermano con una mano.

Jaxon le responde dándole un puñetazo con una de sus manitas justo en la nariz. Aunque tampoco es que cause mucho impacto.

—Ni se te ocurra torturarlo —regaño a Hudson, y después me doy la vuelta para enfrentarme a las brujas—. ¡Lo siento! —me disculpo y me coloco al lado de Macy—. Deberíamos haber avisado de que veníamos.

—Eso habría sido lo habitual —espeta Viola con aspereza—. Aunque, ¿cuándo has hecho tú lo que se esperaba de ti?

Me parece que debería sentirme insultada, pero la verdad es que lo más seguro es que tenga razón.

—Solo quería disponer de unos minutos de tu tiempo sin… —Me callo, no estoy segura de cómo decirle lo que estoy pensando sin insultar a su familia.

—¿Sin todas las formalidades? —inquiere con las cejas enarcadas.

—Por ahí iban los tiros —admito.

—Bueno… —Hace un gesto con la mano, farfulla unas cuantas palabras y se anulan todos los hechizos.

Flint y Eden se ponen en pie de un salto, a Hudson le crece el pelo en diez segundos justos y Jaxon crece, crece y crece… Cosa que queda supergraciosa, porque Hudson todavía lo sostiene en la mano cuando empieza a cambiar.

Lo suelta, por supuesto, y todo el mundo vuelve a su estado

normal. Menos Heather, que ahora mismo está en una esquina de la sala partiéndose de risa por todo lo que nos ha pasado. Parece ser que mi mejor amiga tiene una vena malvada.

—En fin, ya estás aquí —dice Viola después de que todos hayamos vuelto a la normalidad—. ¿De qué quieres hablar?

32

Veo, veo, una cosita llamada Lorelei

Respiro hondo. ¿De verdad quiero hablar de esto delante de un montón de brujas que no conozco? Aunque parece uno de esos momentos en los que debes hablar o callar para siempre, así que suelto el aire poco a poco y digo:

—Tenemos un problema.

La mirada de Viola recae sobre Jaxon, que está ahora arrodillado junto a Mekhi comprobando si está bien.

—Eso ya lo veo.

—Tenemos que llevarlo al Reino de las Sombras, lo que significa que necesitamos ayuda para abrir el portal de la *piazza*.

La expresión de su cara pasa de estar vagamente interesada a completamente vacía.

—No sé de qué estás hablando.

Quiero destapar su mentira, pues nadie se queda en blanco con esa rapidez sin razón alguna, pero, teniendo en cuenta que Viola es nuestra mayor aliada en la Corte Bruja, ponerla en nuestra contra me parece una idea nefasta.

—¿Y por qué queréis llevarlo allí? —pregunta Viola.

—Lo envenenaron con veneno de las sombras y creemos que sus efectos podrían ralentizarse en ese reino. —Cojo aire profundamente y decido confiarle el plan que hemos trazado con la esperanza ciega de no haberme equivocado con ella y de que sea la clase de bruja que nos ayudará—. Vamos a encontrar una cura para las hijas gemelas de la reina de las sombras, una forma de separar sus almas, y cambiarlo por una cura para nuestro amigo.

Sus ojos se abren como platos mientras el resto de las brujas sueltan un grito ahogado.

—Es imposible separar dos almas unidas, Grace —dice ella con

seriedad—. Ofrecerle eso a la reina y no cumplir con lo pactado significaría una muerte segura y dolorosa.

Niego con la cabeza.

—Sabemos un modo de lograrlo. Solo necesitamos encontrar a la Conservadora para que localice algo por nosotros. Pero antes tenemos que llegar al Reino de las Sombras, frenar el veneno que está matando a Mekhi y hacer un trato con la reina que no pueda rechazar. ¿Nos vas a ayudar?

Me muerdo el labio, con miedo de haber hablado demasiado y haber puesto el plan en peligro, pero Viola me sostiene la mirada y, luego, hace un gesto leve y seco con la cabeza.

—Eres una mujer de las mías, Grace. Sin secretos, sin subterfugios, solo sinceridad. —Se vuelve hacia las brujas que la acompañan—. Es agradable ver algo así en la corte, ¿verdad, señoras?

Una bruja alta y elegante con rizos largos y castaños le susurra algo a otra más mayor y algo más rellenita con cabellos de un rojo muy vivo. Sus murmullos llaman la atención de Viola, que les pregunta:

—¿Deberíamos recompensar su comportamiento, brujas?

El corazón me late con fuerza cuando me doy cuenta de que la suerte está echada. O nos ayudan, o no lo hacen y Mekhi se muere. Jaxon se ha percatado de esto también, porque veo que da un paso al frente, pero le lanzo una mirada penetrante y, para variar, la capta y permanece quieto.

Las tres brujas parecen haber tomado una decisión sin consultar al resto de las presentes en la sala, así que supongo que son las que están al mando. Viola se vuelve hacia mí y dice:

—Lo mejor es ir siempre con la verdad por delante, querida. Por tanto, accederemos a tu petición y os ofreceremos un hechizo que active el portal al Reino de las Sombras. No obstante, esta puerta solo funciona en una dirección. Deberéis encontrar otra distinta para regresar.

Hundo los hombros aliviada.

—Ya tenemos algo en mente. Gracias, señoras. Muchísimas gracias.

—Lubella le enseñará a Macy el hechizo mientras tú y yo hablamos en privado, ¿de acuerdo, querida?

Es una afirmación, no una pregunta, así que asiento con la cabeza

y me pregunto qué tiene que decirme para que no quiera que estén las demás delante. Extiendo la mano para darle un apretón a Hudson y articulo con la boca un «ahora vuelvo» antes de seguir a la bruja real por la puerta de la esquina.

Una vez que estamos las dos al otro lado de la puerta, en un cuartito que imagino que usarán para reuniones íntimas, con dos sofás y una mesita de café ricamente decorada que ocupan casi todo el espacio, Viola se vuelve hacia mí con los ojos entrecerrados.

—¿Hay alguna otra razón por la que has venido a mi corte, querida?

De todas las cosas que me había imaginado que querría debatir, ninguna de ellas era un motivo oculto.

—Bueno, esperaba ver a mi prima de paso, sí —digo.

Levanta una ceja.

—¿Y a nadie más?

—Te puedo asegurar que no he venido a ver al rey y a la reina, si eso es lo que me estás preguntando —contesto medio riendo.

—Mmm —musita como única respuesta. Al final añade—: Bueno, en ese caso puede que esta situación haya sido fortuita para todos, pues tú intentas salvar no solo la vida de tu amigo, sino también la de alguien a quien he ayudado a proteger durante más tiempo del que me molesto en recordar.

—Pero si las únicas a las que quizá ayudemos son las gemelas... —Suelto un grito ahogado en cuanto caigo en la cuenta—. Una de ellas está aquí, ¿verdad?

—Así es —afirma—, pero todavía no he decidido si es prudente reuniros a las dos y que acabe haciéndose ilusiones.

—No le haremos daño —le garantizo a la bruja mientras la cabeza me va a mil por hora ante la posibilidad de hablar con ella—, pero me encantaría poder reunirme con ella un instante para debatir nuestra estrategia y comprobar qué sabe de su madre y de su interés en llegar a un acuerdo, de su hermana...

—¿Nada más? —pregunta Viola, y no sé muy bien a lo que se refiere, así que me callo. Sea cual sea la dirección en la que está yendo esta conversación, necesito que Viola nos conduzca hacia allí. Hay un largo silencio entre nosotras antes de que me diga—: Lorelei desconoce la cura del veneno de las sombras.

—En ningún momento he dicho que la necesite para eso —

replico con suavidad mientras los engranajes de mi cabeza van girando. ¿Dónde he oído yo ese nombre antes? Entonces me encojo de hombros—. Aunque eso no estaría mal.

Tras una pausa interminable, habla:

—Sí, creo que deberías ver qué, y la vida de quién, te estás jugando si fracasas. —Después Viola se dirige de nuevo hacia la puerta, no sin antes soltar por encima del hombro—: ¿Qué? ¿Vienes o tengo que esperar a que estés preparada?

—Yo… —Se me quiebra la voz, así que me aclaro la garganta y vuelvo a intentarlo—. ¿Vas a llevarnos ante ella?

—Voy a preguntarle a Lorelei si quiere hablar contigo. Si quiere, estupendo. Y si no…

—La dejaremos tranquila —digo—. Lo prometo.

Ella asiente, abre la puerta y regresa a la sala donde están mis amigos. Le hace un gesto a Hudson para que se una a nosotras, pero le pide a Macy que se quede allí y vigile a «sus invitados». A continuación atravesamos otra puerta y la seguimos por un pasillo hasta llegar a un tramo de escaleras de caracol. Nos acompaña hasta arriba, y luego nos sigue guiando por tres tramos más.

Hudson me lanza una mirada, a la que yo respondo sin alzar la voz: «La hija de la reina de las sombras». Levanta las cejas de golpe, pero asiente mientras lo asimila con calma.

—Ya casi estamos —nos comunica Viola al tiempo que nos conduce por el que seguro que es el último tramo de escalones.

No parece para nada preocupada, pero cuando llegamos al final de las escaleras tengo los sentidos ultraagudizados y me balanceo sobre los metatarsos de los pies. No porque de verdad piense que hay un problema, sino porque toda esta situación me pone de los nervios.

—Todo irá bien —murmura Hudson, que apoya una mano con ternura en la parte baja de la espalda.

En lo alto de las escaleras hay una puerta de hierro estrecha. Viola agita la mano frente a ella, mueve los dedos siguiendo un patrón que me recuerda a los símbolos protectores de la cueva de la Sangradora, magia invisible colocada para evitar que visitantes no deseados vagasen por su guarida sin invitación.

Mientras observo a Viola urdir el hechizo que anula las salvaguardas, mi corazón va acelerándose cada vez más. Ahora hay un peso opresivo en el ambiente. Intento ignorarlo, pero me subyuga y

me hace sentir que, después de todo, aquello no ha sido una buena idea.

Me preocupa que haya conducido a Hudson a alguna especie de trampa.

Me muevo con inquietud al pensarlo y, con disimulo, me paso la palma de la mano por el lateral del vaquero para secar el sudor. ¿Y si ha sido un error? ¿Y si…?

—Tranquila —me susurra Hudson al oído con suavidad dibujando círculos en mi espalda lentamente—. Solo son las salvaguardas.

Esa sensación opresiva empeora, me aprisiona el pecho y hace que el corazón me vaya a mil otra vez.

—Yo no… No puedo…

—Ya casi está —murmura Viola, que ahora mueve las manos más rápido al mismo tiempo que pronuncia con los labios aquel hechizo casi mudo a una velocidad pasmosa.

La pesadez del ambiente empeora de tal manera que apenas puedo respirar, así que me apoyo en Hudson, que ha conseguido mantener la calma todo el rato. Sin embargo, en cuanto mi espalda toca su pecho, me doy cuenta de que no está tan tranquilo como aparenta. Está temblando un poco y, ahora que soy consciente de ello, lo noto también en la mano que todavía sigue dibujando círculos en mi espalda para calmarme.

—Son las salvaguardas —repite en voz baja acercándose hasta que apoya por completo el pecho sobre mí—. Están pensadas para que nos hagan sentir así.

Desliza las manos por mi cintura y, en este instante, ya no sé si lo hace para consolarme o para evitar que salga por patas de allí.

Y, sinceramente, me da igual. Me hundo en él y dejo que su olor, fuerte y especiado, me envuelva como un manto. Me aferro a sus palabras como si fuesen el salvavidas que sé que él pretende que sean.

Me repito que aquello no es un ataque de pánico mientras la sensación de catástrofe se vuelve más angustiosa a cada segundo que pasa. Solo forma parte de las salvaguardas. Están hechas para que cualquiera que intente traspasarlas se sienta así, están pensadas para hacer que queramos darnos la vuelta y huir tan rápido como sea posible.

Insisto. Solo son las salvaguardas. Todo está bien. No es un

ataque de pánico.

Me lo repito incluso cuando caigo en la cuenta de que la magia de esos sigilos no debería afectar a una gárgola como yo.

Respiro hondo e intento exhalar poco a poco.

Aun así la presión empeora por momentos.

Ahora noto un zumbido en el oído.

Un peso aplastante me oprime la cabeza y los hombros con tanta fuerza que siento que me va a aplastar.

La falta de oxígeno en el aire hace que boquee como un pez varado en la playa.

Justo cuando pienso que ya no puedo soportarlo más, justo cuando siento que ya no me queda oxígeno en el cuerpo..., la pesadez se esfuma.

—Ya está —murmura Viola con satisfacción—. Esa era la última.

No hace falta que lo diga porque lo siento, y Hudson también. La presión desaparece así, sin más, además del extraño pitido que parecía que procediera de lo más hondo de mi ser.

Tomo la primera bocanada de aire de verdad en varios minutos y le cojo la mano a Hudson para darle un apretón a modo de agradecimiento silencioso por ayudarme a aguantar lo que fuera aquello.

Como respuesta, él se inclina y apoya la barbilla en mi hombro. Su aliento cálido me roza los rizos cercanos a la mejilla y, por un segundo, todo parece estar bien en el mundo. Es como si hubiésemos regresado a San Diego, hubiésemos retomado las clases, nos hubiésemos reunido con el arquitecto de la Corte Gargólica y estuviésemos viviendo la vida que ambos estamos tan agradecidos de tener.

No hay un viaje peligroso aguardando ante nosotros ni secretos de la Corte Vampírica que nos separen ni decretos del Círculo diseñados para hacer nuestra vida lo más miserable posible. Solo estamos Hudson, yo y los sentimientos eternos que se extienden entre los dos.

Viola nos conduce a través de una pequeña antecámara hasta una puerta más.

—Voy a entrar a advertirle que estáis aquí —nos dice, y mueve la mano frente a la puerta para abrir el cerrojo desde dentro.

Le dedico la mejor sonrisa que puedo exhibir.

—Gracias.

—No es nada. Aunque no puedo garantizaros que quiera reunirse con vosotros. Estos últimos días no se ha encontrado demasiado bien.

—Lo entendemos.

En cuanto entra en la habitación intercambio una mirada preocupada con Hudson. Él me pasa el brazo por los hombros para reconfortarme y me acerca a él para darme un abrazo.

—Todo irá bien —susurra en mi sien.

—Lo sé —respondo, aunque en realidad no es así.

No puedo evitar pensar en la Anciana y en el ejército que está reuniendo mientras yo me dirijo al Reino de las Sombras sabiendo que Mekhi empeora a cada segundo que gastamos. Eso antes de dejar que la cabeza me recuerde los exámenes parciales que me voy a perder si no lo arreglamos todo rapidito y salimos pitando para la uni.

Pero si Lorelei tiene alguna sugerencia respecto a cómo tratar con su madre, nos conviene quedarnos un rato y escucharla. He salido por patas de demasiadas situaciones sin reunir antes todos los datos que necesitaba. Por una vez sé que lo correcto es tomarse un descanso y recabar información… antes de lanzarnos a lo que seguramente será nuestra muerte, la mía y la de todos.

Siguiendo mis pensamientos, respiro hondo una, dos y tres veces para intentar calmar mi corazón desbocado.

—Oye, si quieres… —dice Hudson antes de que la puerta lo interrumpa abriéndose de par en par.

Viola está ahí, con expresión adusta. Me preparo para lo peor, pero lo único que dice es:

—Lorelei está encantada de recibiros.

Asiento con la cabeza e intercambio otra mirada con Hudson, que se limita a animarme con una sonrisa. Muy bien. Pues vamos al lío.

—Gracias —expreso con un murmullo a Viola, que se aparta para dejarnos pasar.

Y no estoy para nada preparada para lo que veo.

33

Almas gemelas

Cuando entramos me doy cuenta de que ni la estancia ni Lorelei se parecen en nada a lo que me había imaginado. Aunque, bueno, quizá la razón por la que el piso tiene el aspecto que tiene sea porque Lorelei no se parece en nada a lo que esperaba.

Para empezar, un montón de pósteres cubren cada centímetro libre de la pared. BTS, Shawn Mendes y Quincy Fouse se pelean por el espacio con carteles que muestran frases graciosas y un montón de fotos de viajes. La habitación principal contiene un enorme sofá desmontable con pinta de cómodo en el que se podrían sentar sin problema diez personas delante de una chimenea tan inmensa que te podrías meter en ella. A la derecha atisbo una cama con dosel y cojines peludos de color turquesa. A la izquierda hay una cocina de granito gigante con montones de lucecitas con forma de esfera que cuelgan sobre la isla. Veo una puerta cerrada entre la zona de asientos principal y la cocina, y me descubro preguntándome si tiene un pasillo que lleve a más habitaciones. En general el piso parece estar decorado para el entretenimiento, como una habitación gigantesca de una residencia de estudiantes, aunque no me puedo imaginar a ningún invitado disfrutando del paso por las salvaguardas en caso de que quisieran visitarla.

La mismísima Lorelei está sentada en el centro de su sofá con las piernas cruzadas. Va ataviada con una camiseta de BTS y un par de pantalones de pijama con estampado de cebra, además de llevar el largo pelo moreno enrollado en un moño en la parte alta de la cabeza. Aparenta unos diecisiete años y estar a gusto y feliz, no como si hubiera pasado lo que debe de parecer una eternidad bajo las torturas de su malvada hermana gemela.

Por lo menos da esa sensación hasta que me acerco y advierto las ojeras que tiene bajo los ojos. La fragilidad de sus brazos. Y la forma

en la que se comporta, como si estuviera intentando sentarse muy quieta para no moverse y causarse ningún dolor.

Hace que me sienta fatal por ella, y furiosa de nuevo con la reina de las sombras. ¿Cómo puede permitir que una de sus hijas trate así a la otra? Sé que lo más seguro es que las separase físicamente para evitar que a Lorelei le hicieran más daño del que ya le habían causado, pero está claro que tardó demasiado. Incluso después de todo este tiempo en la Corte Bruja, sigue pareciendo que un vendaval podría llevarse por delante a la chica.

Y de repente me doy cuenta de dónde he oído exactamente el nombre de Lorelei antes. En realidad no me puedo creer que no me diera cuenta nada más entrar por la puerta. El parecido es asombroso.

Lorelei es la hija de la reina de las sombras. Pero también del alcalde Souil.

De forma espontánea me vienen a la cabeza imágenes de todo lo que hizo el alcalde, todo lo que se arriesgó y toda la gente a la que hizo daño para salvar a su hija del sufrimiento. Sé que Hudson y yo hicimos lo correcto cuando estuvimos en Adarie. El derecho de una chica a vivir sin sufrir no era más importante que la vida de todas las personas que habitaban en ese pueblo.

Pero es muy fácil elegir el bien de muchos contra el bien de un individuo si eres amigo de los muchos. Cuando te encuentras cara a cara con el individuo que está sufriendo cuesta mucho más mantenerse indiferente. Es más, cuesta mucho no sentir que, en parte, tienes la culpa.

Así que me acerco a ella poco a poco mientras intento elegir bien mis palabras, qué le voy a decir, a preguntar. Pero ¿qué se le puede decir a alguien que ha sufrido tanto? ¿Y cuyo vínculo con su hermana quieres destruir?

Resulta que no tengo que decir nada porque, en cuanto nos acercamos al sofá, empieza a hablar ella.

—¡No me puedo creer que seáis vosotros de verdad! —exclama a la vez que extiende ambas manos en dirección a Hudson y a mí. Cuando me limito a observarla perpleja, intentando averiguar qué quiere decir con eso, sonríe—. ¡Sois los mejores!

—Ah, bueno, yo no diría eso...

—Pues yo sí —interrumpe Hudson mientras se adelanta para darle un apretón a la mano que tiene extendida con una sonrisa

encantadora en el rostro—. Pero, por favor, cuéntanos más.

Sé que está haciendo gala de su vanidad para beneficio de Lorelei, pero venga ya. Pongo los ojos en blanco a sus espaldas y eso hace que Lorelei suelte una risita.

—Haces más gracia de lo que pensaba.

—Gracias —contesta Hudson.

Empiezo a pensar que se ha confundido y que en realidad no tiene ni idea de quiénes somos. A ver, ¿por qué narices iba a pensar en nosotros siquiera?

Me dispongo a presentarme para evitar cualquier momento incómodo cuando se dé cuenta de que no somos las personas que se esperaba, pero, antes de que pueda decir nada, le hace una mueca a Hudson y dice:

—Se lo decía a Grace.

—Anda, entonces discúlpame. —Hudson pone un acento británico exageradísimo solo para ella—. No era mi intención quitarle el protagonismo a mi compañera.

Ahora le toca a ella poner los ojos en blanco.

—Siempre supe que tú eras gracioso. Es Grace la que me ha sorprendido.

—Ah..., bueno..., ¿ay? —digo.

Vuelve a reírse.

—Ya sabes a qué me refiero.

Pues no, pero tampoco tengo pensado decírselo, así que sonrío un poco despistada.

—Sentaos, sentaos. —Señala con la mano el otro extremo del sofá y tomamos asiento—. Contadme qué estáis haciendo aquí. Bueno, ¿qué podrían querer los famosos Grace y Hudson de mí?

«¿Los famosos Grace y Hudson?» Lo dice como si fuésemos celebridades o algo parecido.

—En realidad hemos venido porque tenemos un problema y nos hemos dado cuenta de que necesitamos tu ayuda antes de poder seguir adelante —le comento.

—¿Mi ayuda? —Ahora parece tan confundida como me siento yo —. ¿Para qué?

Hudson me acaricia la pierna con la suya en un movimiento de apoyo a lo «tú puedes», y dejo que la calidez de su tacto fluya por mi cuerpo. Después me lanzo a la piscina.

—Nuestro amigo Mekhi está infectado con el veneno de las sombras. —Le narro toda la situación. Aunque al final me doy cuenta de que no debería estar aquí pidiéndole su ayuda, sino más bien su permiso. Estamos a punto de separar su alma de la de su hermana. Sin duda, ella debería poder decidir. Así que sigo con mi argumento—: Entiendo que estamos pidiendo demasiado. Es tu hermana, y seguramente tengas sentimientos encontrados con todo esto. Pero lo único de valor que tenemos para negociar con tu madre y conseguir que nos dé una cura es encontrar la forma de separaros a ambas, porque es lo que ella ha deseado durante un milenio. Aunque, por supuesto, si no quieres, ni de broma nos atreveríamos a...

—¡Uy, sí que quiero! —Lorelei se inclina hacia delante con tal ímpetu que casi se nos cae en el regazo—. Lo quiero más que nada en el mundo.

—¿De veras? —Intercambio una mirada de alivio con Hudson—. ¿Estás segura? Porque lo último que me gustaría es presionarte...

—No quería interrumpir tu historia mientras me la estabas contando, pero es que creo que no conoces la verdadera situación —explica—. Si la conocieras no te preocuparía para nada estar presionándome.

—Ah, esto... —Paso la mirada de ella a Viola—. Nos encantaría escuchar la historia completa, si es que te apetece compartirla.

—Estoy más que dispuesta a contarte todo lo que quieras saber, Grace. —Su sonrisa es tan amplia ahora mismo que le salen arruguitas en los rabillos de los ojos ojerosos—. Primero de todo, mi madre no es mala. Quiero que lo sepas. Por lo menos yo no creo que lo sea. No la he visto desde que tenía cinco años, pero creo que me quiere.

Le lanzo una mirada fugaz a Hudson. Malvada o no, está claro que tenemos que proceder con cautela..., al fin y al cabo, estamos hablando de su madre.

Hudson le devuelve la sonrisa radiante.

—Me encanta oír que te quiere tanto. Siento que tu hermana te haya tratado tan mal y que tu madre no haya podido hacer nada al respecto.

—Bueno, no es culpa de mi madre que no pudiera ayudarme, ¿no? —inquiere—. Está atrapada en el Reino de las Sombras.

Está claro que esto no nos está llevando a ninguna parte, así que vuelvo a intentarlo.

—¿Por qué no nos cuentas qué haces escondida en la Corte Bruja con salvaguardas de protección en las puertas si no temes a tu madre y a tu hermana?

Asiente.

—Bueno, tenías razón sobre lo de que Liana, mi hermana, y yo compartimos un vínculo inquebrantable con nuestras almas. Sin embargo, te equivocas en lo de que todavía me esté haciendo daño para ganar poder. Por lo menos ahora no. Cuando éramos pequeñas sí que fue un poco borde conmigo, eso no te lo discuto. Pero tampoco es que yo fuera la más inocente. —Suspira—. Y mi madre vio la facilidad con la que podíamos hacernos daño la una a la otra, sobre todo cuando estábamos enfadadas, por eso mismo hizo algo terrible para intentar revertir la magia de mi padre. No sé lo que fue, nadie quiere contármelo, pero fue tan malo que un dios la confinó junto a mi hermana en un reino convertido en prisión. Yo estaba con mi padre en aquel momento, practicábamos magia del tiempo; no es por presumir, pero se me daba de maravilla de pequeña.

»Entonces se alzaron los muros de la cárcel. —Se le agolpan las lágrimas en los ojos, pero pestañea rápido para ocultarlas—. Liana y yo quedamos atrapadas en lados opuestos del muro. Pero ella había ganado nuestro duelo de poderes, así que una parte de mi alma está encerrada con ella en esa prisión. —Hace un gesto hacia la puerta—. Mi cuerpo quedó muy débil, pero lo peor de todo es que mi alma anhela esa parte que le falta. Por tanto, si Viola no me mantiene aquí encerrada por mi propio bien, me siento obligada a intentar cruzar al Reino de las Sombras para reconectar con el resto de mi alma.

Abro los ojos como platos y busco la calidez de Hudson.

—¿Has estado aquí atrapada durante todo este tiempo?

Levanta una mano.

—¡Por mi propio bien! No puedo cruzar al otro reino, parte de mi alma también está atrapada aquí. Pero, aun así, intento…

Se va callando y busco con los ojos a Viola, quien añade:

—Cuando intenta activar la entrada al Reino de las Sombras recibe una descarga brutal. Y estando así de debilitada, si no la encerramos podría matarla.

Jadeo.

—Entonces ¿por qué vive tan cerca de la fuente?

Lorelei se encoge de hombros.

—Si me alejo más, no puedo soportar la agonía que siento por llegar al Reino de las Sombras. —Dibuja círculos en el cojín del sofá distraída mientras asimilamos lo que nos está contando—. Por lo menos en la Corte Bruja el dolor se aplaca un poco, puedo manejarlo siempre que me quede aquí.

Me trago la bilis que me sube por la garganta. Madre mía, las acciones de la reina de las sombras han provocado que sus dos hijas tengan que pasarse la vida encarceladas. Sigo odiando a esa cabrona, me da igual lo que diga Lorelei, sé que es la hostia de mala. Aun así, no puedo evitar sentirme mal por ella.

Me inclino hacia delante y le doy un apretón a la mano de Lorelei. Levanta la mirada para encontrarse con la mía y le aseguro:

—Lorelei, hallaremos la forma de separar vuestras almas. Y no solo para salvar a nuestro amigo, sino porque tú también estás sufriendo.

Los rasgos de la chica se dulcifican cuando esboza otra amplia sonrisa.

—Por supuesto que sí. Macy me ha contado muchísimas historias de vuestras aventuras, sé que Hudson y tú podéis hacer cualquier cosa que os propongáis.

Ah, conque por eso nos conocía. Me encanta pensar que Macy se haya hecho amiga de esta chica, aunque le haya contado historias muy exageradas de mí, claro.

—Bueno —digo—, nos esforzaremos por...

Mi móvil y el de Hudson empiezan a sonar varias veces seguidas, así que los sacamos de nuestros bolsillos a la vez. Pero a medida que voy leyendo los mensajes de Macy, se me cae el alma a los pies.

—Es Mekhi —susurro con la respiración entrecortada—. La poción somnífera ya no hace efecto.

34

Una vena bondadosa

—¿Qué significa eso? —pregunta Lorelei—. ¿Vuestro amigo está bien?

Niego con la cabeza mientras escribo todo lo rápido que puedo para pedir más detalles.

—La poción somnífera era lo único que evitaba que el veneno le provocase un dolor inconmensurable... antes de matarlo.

—Dejad que lo vea —sugiere ella, y el ofrecimiento es tan inesperado que dejo de escribir para mirarla a la cara—. Traédmelo aquí e intentaré ayudaros.

El miedo que siento por Mekhi hace que le pregunte por qué antes de pensármelo dos veces. Mi intención no es ser grosera y, por la expresión de su cara, ella no se toma la pregunta a malas, pero, aun así..., ¿cómo va esta chica, enfermiza y con solo media alma, a ayudar a nuestro amigo?

—Porque soy medio hija de mi madre, claro está —dice, como si eso lo explicase todo. Y puede que así sea, porque Hudson le da una palmadita en la mano.

—Muchísimas gracias, Lorelei, pero no podemos pedirte que emplees la poca fuerza que tienes en ayudar a nuestro amigo. —Su sonrisa es dulce y tierna—. Eres increíblemente valiente, pero encontraremos otra manera de hacerlo.

La pobre chica se sonroja, pero agacha la barbilla y responde:

—Debería alimentarse de mí. Lo más probable es que mi sangre le proporcione cierta inmunidad, ya que es veneno de las sombras lo que le está perjudicando. Su efecto no durará mucho, pero os dará el tiempo suficiente para ganaros la ayuda de mi madre. Ojalá pudiese ir con vosotros y convencerla de que os ayude. Hace muchísimo tiempo que no la veo, pero tengo entendido que con los años se ha vuelto muy fría, y la rabia por lo que hizo la ha dominado por completo, así que no me sorprende que sintáis que debéis hacer un trato con ella

para que ayude a vuestro amigo. Pero sabed que ella no es una mala mujer. Prometedme que no le haréis daño y yo mantendré vivo a vuestro amigo todo el tiempo que pueda.

Reitero las palabras de Hudson.

—Eres muy valiente, Lorelei, pero estoy de acuerdo con Hudson. No podemos pedirte que arriesgues tu salud por la suya.

Pero ella niega con la cabeza.

—Venga, Grace. Podemos donar un poco de sangre sin poner en riesgo nuestra propia salud. —Dirige la mirada hacia Hudson y luego vuelve a mirarme a mí—. ¿Es que tú no compartes tu sangre con tu compañero?

Quieta ahí. Nos estamos metiendo en un territorio muy personal, aunque dudo que sepa lo... interesante... que puede llegar a ser para los compañeros que uno se alimente del otro. Aun así, toso por lo incómodo de la situación mientras Hudson se ríe entre dientes, y le digo:

—Si estás segura de que no será más que una cantidad pequeña que no comprometerá tu propia salud, entonces acepto. Sea lo que sea que puedas hacer para reducir el sufrimiento de mi amigo... te estaría eternamente agradecida.

—¿Prometes tú no hacerle daño a mi madre? —Levanta una ceja y luego se apresura a añadir—: ¿Ni a mi hermana?

Suspiro. Me moría de ganas de curar a Mekhi, salvar a las gemelas y darle una patada en el culo a la reina de las sombras. En ese orden concreto.

—Vale. Lo prometo.

Lorelei junta las manos.

—¡Voy a conocer a dos vampiros en un solo día! ¡Qué divertido!

35

Mi nena tiene mala sangre

Divertido no es la palabra que usaría para describir el volver a ver a Mekhi sufrir. Está claro que se le ha pasado el efecto de la poción somnífera y está sufriendo.

—No queríamos darle la otra dosis —explica Jaxon cuando cojo otra manta del armario y se la pongo por encima a mi amigo, que está temblando. Resulta que esa puerta cerrada del piso de Lorelei sí que conducía a un pasillo con muchas habitaciones de invitados. Por fortuna, el resto no ha tenido que abrirse paso por las salvaguardas mientras cargaban con Mekhi por las escaleras—. Hemos pensado que quizá la necesitaríamos en el Reino de las Sombras.

He de decir a favor de Lorelei que no pierde el tiempo después de haber posado la mirada en Mekhi.

—Bájame —le pide a Hudson, quien la deposita con sumo cuidado en una silla junto a la cama de nuestro amigo.

Viola ha tenido que marcharse para atender sus deberes, pero ha mandado a otra bruja que, según dice, está entrenada en curación y nos ha asegurado que no se apartará de Lorelei. Cuando la mujer alta y esquelética revolotea alrededor de Lorelei para tomarle el pulso a ella y después a Mekhi, empiezo a relajar la tensión que sentía en los hombros.

—Me llamo Grace —me presento cuando la bruja ha terminado de comprobar sus constantes vitales.

—Caroleena —contesta, y me da un apretón de manos. Tiene un acento irlandés marcado que hace que añore mi propia corte de inmediato—. Cuidaré de los dos, no tienes que preocuparte. —Hace un gesto hacia Mekhi con la cabeza; este abre los ojos, pero sigue con la mirada perdida—. ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Unos cinco meses más o menos —responde Hudson.

—¿Cinco meses? ¿En serio? —Parece perpleja—. ¿Cómo ha

sobrevivido?

Hudson le explica lo que es el descenso, además del elixir que la Sangradora lleva administrándole durante meses, y parece fascinada por la idea.

—Bueno, pues está claro que ha funcionado —comenta Lorelei mientras arrastra la silla para acercarse al borde de la cama y coloca una mano en la frente sudorosa de Mekhi.

—No sé yo qué decirte —replica Jaxon—. Está hecho una mierda.

—Pues sí. Pero está vivo y eso es gracias a lo que habéis hecho. Nadie dura cinco meses con el veneno de las sombras corriéndole por las venas. Ni siquiera un vampiro.

Como parece saber más acerca del veneno de lo que pensaba, no puedo resistirme a indagar.

—¿Cuánto tiempo crees que nos queda? Intento calcular cuánto tardaremos en conseguir lo que necesitamos para salvarlo. El problema es que aún no sé exactamente lo que tenemos que hacer. No sé cómo encontrar a la Conservadora y no tengo ni idea de lo que vamos a tardar en encontrar el Árbol Agridulce ni tampoco capturar magia celestial.

—No estoy segura —admite—. Podría averiguarlo. —Lorelei baja la mano para colocarla en el centro del pecho de Mekhi. Al principio no ocurre nada, pero después de varios segundos empieza a respirar con más facilidad. Su respiración sigue sin ser normal, eso seguro, pero por lo menos ahora ya no tiene que esforzarse para coger aire—. No le haré daño —asegura, y en ese momento su voz suena tan solemne como un juramento.

Con cuidado, Caroleena agarra a Lorelei de las muñecas y pregunta:

—¿Estás preparada, muchacha?

Lorelei asiente con ímpetu y la bruja la araña con la uña afilada hacia abajo, abriéndole la delicada piel de las muñecas con una precisión mágica. Después levanta el brazo de Lorelei para colocarlo justo encima de la boca de Mekhi, hasta que unas cuantas gotas de sangre le caen en los labios.

Al principio Mekhi no reacciona, y se me empieza a revolver el estómago por el miedo a que esto no vaya a funcionar. Pero después ataca, rápido como una cobra, más rápido de lo que creía que pudiera moverse en su estado: agarra con una mano la muñeca de la chica a la

vez que los colmillos le estallan en las mandíbulas y los hunde en su brazo.

Casi al instante centra la mirada mientras se alimenta y sus gemidos de dolor se convierten en gemidos de consuelo.

La bruja solo le permite alimentarse durante un par de minutos antes de darle un golpecito en el hombro con la varita. Entonces él vuelve a caer en un sueño profundo y reparador. Después la mujer aplica un bálsamo a las heridas de Lorelei y las tapa con una venda.

Una vez que se ha encargado de Lorelei, se vuelve hacia nosotros y anuncia:

—Vuestro amigo ya no está sufriendo. Dormirá durante un tiempo y permitiré que Lorelei le vuelva a administrar una pequeña cantidad de sangre. Ambos estarán bien, aunque esta solución no es permanente. Con el tiempo su sangre no será suficiente para contrarrestar el veneno que le corre por las venas.

Sus palabras suponen tanto un mal augurio como un alivio, y lo sabemos bien.

—Esto no me gusta —gruñe Jaxon mientras camina de un lado para otro a los pies de la cama de su amigo.

—A mí tampoco —coincide Flint desde donde se encuentra al otro lado de la cama, y aunque por su manera de caminar uno no diría que está nervioso, tampoco es que se le vea relajado. Más bien está ahí plantado, abriendo y cerrando los dedos, que de repente se han convertido en zarpas—. Pero ahora tienes que calmarte, Jax.

Jaxon se dispone a contestarle, pero al final se lo debe de pensar mejor porque cierra la boca de golpe, tan fuerte que le castañetean los dientes. Sin embargo, la mirada que le dedica al dragón hace que me trepe la preocupación por la columna. Porque no solo atisbo estrés y preocupación en ella. Es una ira arraigada que hace que me pregunte cuántos factores han llevado a Jaxon a ofrecerse a aceptar el trono en lugar de su hermano.

De repente me siento incómoda presenciando este momento entre ellos y paso a mirar a Heather..., que me devuelve la mirada como si alguien le hubiera dado una patada a su cachorrito. O, lo que es peor, a ella.

Desde que hemos llegado ha estado de un reservado que no es habitual en ella, sin contar lo entretenida que estaba cuando nos han hechizado a todos, claro. Pero lo atribuía al hecho de que hay poco

que pueda hacer para ayudar como humana que es y que Mekhi está muy enfermo.

Pero, al contemplar como Eden se acerca a Macy, que ahora mismo está cara a la pared abrazándose con fuerza, comprendo por qué Heather parece tan perdida. Ella y Eden han sido casi inseparables desde que se conocieron. Que vale, fue ayer, pero aun así.

Quiero decirle que no se preocupe, que Eden y Macy son solo amigas. Pero hay algo en la forma en la que Eden rodea con los brazos a Macy, y en la forma en la que mi prima le deja, que hace que me pregunte qué está pasando entre ellas. Incluso antes de que Macy agache la cabeza con un suspiro y descanse la frente sobre el hombro de la dragona.

—Heather... —Le pongo la mano en el brazo, pero me la rechaza con una sonrisa tan radiante que estoy casi segura de que puedo verme reflejada en ella.

—No pasa nada —asegura, aunque está claro que no es así—. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

Ambas nos volvemos para mirar a Mekhi. Tiene un poquito más de color en las mejillas, está menos demacrado, pero cuando echo un vistazo a Lorelei y veo la devastación en su rostro se me cae el alma a los pies y me mareo un poco. Extiendo una mano para apoyarme en la pared, pero Hudson se desvanece en un segundo y me pega a él.

—Pensaba que mi sangre haría más —dice Lorelei en voz baja, y es como si todos escucháramos que un clavo se incrusta en el ataúd de Mekhi. El sonido retumba por la silenciosa habitación con una precisión letal.

Jaxon estalla en una letanía de palabrotas, mientras que Hudson le hace una pregunta a Lorelei.

—¿Deberíamos llevarlo al Reino de las Sombras?

—No, mi sangre ha pospuesto su muerte más de lo que creo que lo hará el Reino de las Sombras. Lo más inteligente sería dejarlo aquí —nos asegura—. Pero esperaba que le concediera un mes más de vida, puede que incluso dos.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —vuelvo a preguntar, las palabras me duelen en la garganta.

—Como mucho dos semanas —anuncia, y después se muerde el labio—. Puede que menos.

Sabía que su enfermedad era grave. Todos lo sabíamos. Supongo

que hasta sabíamos en el fondo que nos quedaba muy poco tiempo. Pero escucharlo tan directamente… Es como si alguien nos hubiera lanzado una bomba de relojería.

Y, si estalla, me temo que nadie va a sobrevivir.

36

Fuente de Puf

En cuanto las puertas de la Corte Bruja se cierran a nuestras espaldas, todos nos quedamos de pie mirándonos unos a otros. Macy ha dicho que se reuniría con nosotros dentro de pocos minutos. Se supone que ha ido a coger unas cuantas de esas habichuelas mágicas para portales o algo así. Al menos espero que sea eso lo que está haciendo.

La estatua está en el centro de la *piazza*, pero ninguno de nosotros da un paso hacia ella. Todavía no.

Ha sido doloroso dejar a Mekhi atrás, pero Lorelei nos ha asegurado que Caroleena y ella cuidarían de él hasta que regresásemos con el antídoto. Lo que significa que necesitamos entrar en el Reino de las Sombras ya.

Y, aun así, no nos movemos.

Es como si el peso de un posible fracaso nos impidiera levantar los pies. Porque, aunque la reina de las sombras haga un trato con nosotros, ni siquiera sabemos todavía dónde está la Conservadora ni quién lo sabe...

Me vibra el móvil, y al echar un vistazo veo mensajes de un viejo amigo: Remy.

Hola *cher*
Encontrarás lo que buscas en Alejandría, Egipto
Siento no poder estar contigo ahora, pero no me vas a necesitar en una temporada. En cuanto averigüe cómo salir de este lugar me reuniré contigo. Con suerte, llegaré a tiempo

Tenemos que ir a Alejandría?????

A la ubicación por satélite
de la antigua biblioteca. Te la mando

No sé si es bueno o malo
que puedas ver el futuro

Bienvenida a mi vida

Cómo está Izzy?

Pasando de mi cara

O sea que bien
Muchas gracias

Tú puedes

Me guardo el móvil en el bolsillo de nuevo y me vuelvo hacia la panda.

—Era Remy —explico—. Nos ha mandado la ubicación de la Conservadora.

—Joder, ese tío es siniestro —suelta Flint con un silbido.

Me encojo de hombros.

—Vamos allá, ¿no?

—Venga, chica nueva —comenta Flint sonriente—. Podrías decirlo con más entusiasmo. Estamos a punto de meternos en un portal a quién sabe dónde en un reino prisión para hacer un trato con una reina malvada a la que le encanta atacarte con insectos venenosos. Estas situaciones imposibles nos las comemos todos los días con patatas.

Todos nos reímos, como él pretendía, y siento que al fin nos zafamos de esa inercia desesperanzadora que antes nos atenazaba. Nos dirigimos todos a una hacia el centro de la *piazza*.

Un minuto más tarde Macy viene corriendo hacia nosotros y se detiene al borde de la estatua dando un patinazo.

—Estoy lista —afirma Macy, y observa el cielo del horizonte, donde el sol, que está a punto de ponerse, crea una calima dorada sobre el paisaje, incluso sobre la estatua espeluznante del centro de la *piazza*. Luego extiende ambas manos y empieza a realizar una serie de movimientos intrincados con ellas—. Esperemos que funcione.

Trago saliva. No trae habichuelas de esas.

—Más nos vale.

Ejecuta otro conjunto de movimientos complicados y, a continuación, el agua que rodea la estatua comienza a vibrar y brillar.

—¿A qué parte del Reino de las Sombras queremos ir? —pregunta Macy por encima del hombro.

—Ada… —empieza a decir Hudson, pero yo lo interrumpo.

—A la granja de nuestro amigo. —Él se vuelve y me sostiene la mirada—. Tenemos tiempo —aseguro yo, y es cierto. La granja no está lejos de Adarie—. Ah, pero no nos dejes demasiado cerca. No queremos asustarlos —añado, aunque en realidad esté pensando en Hudson. Necesitará tiempo para prepararse para lo que sea que vayamos a encontrar en la granja… o, peor, lo que no encontremos.

Macy asiente y me ofrece una mano para que se la coja.

—Céntrate en la granja —me ordena—. Imagínala en tu mente con todo lujo de detalles. Nos trasladaré a cierta distancia.

Recuerdo la granja donde Hudson y yo compartimos dormitorio y fue realmente incómodo. A Tiola, Maroly y a Arnst. Las hileras de verduras púrpura. El lago…

El anillo de agua que rodea la estatua se vuelve de un tono violáceo muy intenso y un negro turbulento. Los colores parecen hundirse cada vez más en el suelo.

Abro mucho los ojos. Sigo esperando a que aparezca un portal ante nosotros, vertical, como suelen serlo los portales de Macy, pero mientras observo el agua arremolinarse cada vez con más fuerza, es evidente que me equivoco por completo. Macy no está haciendo aparecer un portal: está activando uno.

—¡La fuente es el portal! —grita Eden señalando el círculo de piedras que rodea el agua y la estatua—. Ha estado aquí todo el tiempo.

—Vale —dice Macy, que me suelta el brazo para señalar la fuente-portal—. Saltad.

Lo dice como si fuese la mejor idea del planeta, pero no sé yo si saltar a una fuente de aspecto demoniaco en una *piazza* conocida por albergar la entrada al infierno es en realidad la mejor elección vital que cualquiera de nosotros debiera tomar en este momento. Sin embargo, cuando miro a mis amigos esperando que todos tengan la misma inquietud que yo, me doy cuenta de que todos están sonriendo de oreja a oreja. Hasta Hudson parece emocionado por saltar dentro de un portal a Dios sabe dónde, lo cual me hace preguntarme si el problema lo tienen ellos o lo tengo yo.

Decido que, sin duda alguna, lo tienen ellos, incluso antes de que Flint se frote las manos y se acerque al portal diciendo:

—Buah, ¡me pido primero para saltar!

Pero entonces grita Jaxon:

—Tus ganas.

Y desaparece entre las aguas revueltas del estanque, absorbido al instante por el torbellino.

—Ya te vale, Jaxon —se queja Flint con una carcajada y, después, se lanza por encima del borde, con los pies por delante, con Eden corriendo tras él.

Hudson se vuelve hacia Macy y hacia mí con las cejas arqueadas como preguntando si queremos que se espere, pero inclino ligeramente la cabeza para indicarle que vaya él primero. Luego me vuelvo hacia Heather.

—Tienes el billete de avión, ¿no? —pregunto—. Anoche te envié un correo con toda la información. Debería llegar un coche para llevarte al aeropuerto dentro de unos minutos.

—Sí, lo tengo, pero no quiero ir, Grace.

—Lo sé, pero ya hemos hablado de esto. No puedes venir con nosotros, es demasiado peligroso.

—No me importa que sea peligroso. Además, ¿eso no debería decidirlo yo?

—Para cosas normales, sí, pero esto no tiene nada de normal, Heather. No sé qué nos espera al otro lado de este portal. No sé si la reina de las sombras aceptará el trato o intentará matarnos. Ni siquiera sé si encontraremos la manera de volver del Reino de las Sombras. ¿Y si nos quedamos atrapados allí?

—Pues ya pensaremos algo. Llevamos haciéndolo desde que éramos crías. Ya que he llegado hasta aquí, deja que llegue hasta el final.

Quiero decir que vale, pues claro que quiero decirle que se venga, pero hacerlo sería completamente irresponsable. Así que, en lugar de eso, digo lo único que se me ocurre que puede pararle los pies.

—¿Y tus padres?

Sacude el cuerpo ligeramente, como si no se le hubiese pasado por la cabeza.

—¿Mis padres qué?

—Yo perdí a los míos y no pasa un solo día en que no desee poder hablar con ellos, abrazarlos, estar a su lado. Y sé lo que les pasó. Sé que están muertos. Imagínate por lo que tendrían que pasar tus padres si desapareces de la faz de la tierra, sin saber adónde te has ido ni qué te ha pasado, sin saber siquiera si estás viva o muerta. No me

digas que te parece bien torturarlos de esa manera.

—Grace. —Heather se acerca a mí y me abraza con todas sus fuerzas. Yo le devuelvo el abrazo, porque lo que le he dicho también lo he dicho por mí. Si no regresamos, esta podría ser la última vez que veo a mi mejor amiga—. He intentado cuidarte desde el día que te conocí. ¿Quién lo va a hacer ahora si no estoy?

—Me cuidaré yo —respondo—. Y tú vas a cuidarte... volviendo a clase. Ojalá saques notazas para animarme a no suspender cuando al fin regrese. ¿De acuerdo?

Heather asiente con la cabeza hundida en mi hombro y luego se aparta lentamente.

—Más te vale no morir ahí dentro, porque si no me enfadaré mucho contigo.

—Me parece justo. Ahora, te toca subirte a ese coche.

Ella sonríe.

—Y a ti cruzar ese portal, ¿no?

—Pues sí. —Me despido con la mano—. Nos vemos pronto.

—Más te vale.

Entonces doy media vuelta y camino hacia la fuente (y el portal) sin evitar preguntarme si me estoy equivocando y no voy a ver a mi mejor amiga nunca más.

37

Una pila paranormal

—Joder, desde luego esta no es la entrada digna al Reino de las Sombras que me había imaginado —espeta Jaxon con una voz tan seca como una tostada quemada.

Eden resopla.

—Cuesta dárselas de digno cuando estás debajo de una pila de dragones.

—Creo que te refieres a una pila de dragones, brujas, vampiros y gárgolas, ¿no? —La voz de Flint retumba justo por debajo de mí cuando intento ubicarme.

—¡Me la suda, ya está bien, joder! —ruge Jaxon.

Lo siguiente que sé es que debajo de mí todo se agita, y es entonces cuando me doy cuenta de que estamos formando un montón con nuestros cuerpos. Resulta que yo estoy arriba del todo, junto a Macy, mientras que Jaxon está al fondo.

No me sorprende que suene tan enfadado.

Me levanto por los pelos, porque la gente sale disparada en todas direcciones. Segundos después Jaxon se pone en pie y se limpia las manos en los vaqueros oscuros.

—Hale. Mucho mejor —dice con la voz henchida de satisfacción.

—Puede que para ti —refunfuña Eden al tiempo que se levanta también—. Igual mi cadera nunca volverá a ser la misma. ¿Pesas tres mil kilos o qué? —Le lanza una mirada asesina a Flint.

—Soy un dragón, por si se te había olvidado —responde bajando la mano y tirando de Macy para ponerla en pie.

Eden le saca el dedo como toda respuesta.

—¿Estás bien? —pregunta Hudson a unos metros de distancia de nosotros mientras se acerca a mí.

—Cómo no, él no ha acabado en la pila paranormal —susurro para mí misma.

—Está bien —Eden contesta poniendo los ojos en blanco—. Estaba encima.

—¿No me digas? —La mirada de Hudson adquiere un brillo travieso que hace que se me sonrojen las mejillas y que se me acelere la respiración en los pulmones, que acaban de recolocarse.

—No empecemos —le siseo, y miro a nuestro alrededor para ver quién nos está mirando.

Y atisbo algo, mejor dicho a alguien, que hace que se me pare el corazón en seco.

Mierda. ¿Heather?

—¡¿Qué estás haciendo aquí?! —le grito.

—He decidido que no vas a poder pasar por esto sin mí —contesta con una voz angelical.

—¡Esto no es lo que habíamos acordado! Se supone que tenías que volver a la universidad. Se supone que debías...

Niega con la cabeza.

—Ya lo sé, y has expuesto muy buenos argumentos. Pero al final lo que tengo que hacer es seguir mis instintos. —Me aguanta la mirada sin apartarla—. No sé por qué, Grace, pero tengo la sensación de que si no voy contigo, nunca volverás.

Me muerdo el labio. Hay tantas cosas que quiero decirle ahora mismo... No tiene ni idea del peligro en el que se ha metido. Pero ¿cuántas veces he tomado decisiones basadas únicamente en mis instintos para enterarme después de que me han salvado la vida? A. Todas. Horas.

Así que, ¿tengo acaso derecho a enfadarme porque ella haya seguido los suyos?

—No estoy segura de que pueda protegerte —admito.

Solo para que ella me responda:

—Bueno, pues yo estoy segura de que puedo protegerte a ti, así que no hay problema.

—Me alegro de que te hayas apuntado —dice Hudson, y busca mi mano para darle un apretoncito—. Grace también fue humana, y nos ayudó a darles una paliza a unos cuantos troles.

—Bueno, si ahí está el listón... —Heather sonríe—. No tenéis nada que temer. Como troles para desayunar.

—En realidad, según tengo entendido, algunas partes de los troles son... —comenta Flint.

Pero Eden se mete los dedos en las orejas y empieza a cantar a todo pulmón.

—¡La, la, la, la, la, la!

Todos nos reímos y se esfuman todas las tensiones. Hudson tiene razón. Los humanos no están indefensos, solo ayudan de formas diferentes.

—¿Ya hemos llegado? —Heather pregunta mientras se vuelve sobre sí misma—. Parece Marte, pero en morado.

Sonrío, porque esa es una descripción de lo más adecuada para esta parte del Reino de las Sombras. Como todo lo demás en este lugar, lo que nos rodea es morado: el cielo, la tierra, los árboles e incluso el conejito que salta a unos cuantos metros de distancia.

Pero aquí, en esta parte de Noromar, la tierra es irregular y rocosa, con lo que parecen fallas gigantes recorriendo el terreno en todas direcciones. Y en la distancia se distinguen las enormes y escarpadas montañas que escalamos Hudson y yo de camino a Adarie.

Es muy raro volver a estar aquí, estar mirando este lugar desde el conocimiento, mientras que el resto está flipando.

Jaxon está plantado en el borde de un cráter, mirando hacia abajo como si fuera lo más fascinante que ha visto en su vida.

—¿Estamos seguros de que Noromar está en la tierra? —inquiere haciéndose eco de la pregunta que ha hecho antes Heather—. Pensaba que estos cráteres solo existían en la luna.

—Pues aquí están por todas partes —explica Hudson—. No en las zonas urbanas, pero, cuando estás en plena naturaleza, sí.

—¿Esto es la naturaleza? —pregunta Eden, quien no las tiene todas consigo.

—Con «naturaleza» me refiero a desierto —aclara él—. También tienen algunos bosques, pero no tan densos como estamos acostumbrados.

—¿De verdad todo es morado? —Macy contempla los picos que no están muy lejos—. En plan, ¿esas montañas también?

—Incluso esas montañas —confirmo—. Cuando nos acerquemos, verás que son de un color violeta oscuro.

—¿Habéis estado aquí antes? —pregunta Jaxon—. Es decir, ¿en este mismo lugar?

—Pues sí —contesta su hermano. Ya tiene la mirada fija en las montañas, y sé que, si llega a estar solo, ya estaría allí, buscando a la

umbrita.

—Vamos —insto cambiando a mi forma de gárgola para poder volar. Porque ahora que he recuperado el aliento y la agudeza, me he dado cuenta de que haberle dado tiempo para adaptarse a Hudson quizá haya sido mala idea. Parece que hacerlo esperar es una tortura.

—¿Adónde? —indaga Eden mientras agarra un puñado de tierra morada y contempla fascinada cómo le cae entre los dedos.

—Hacia las montañas —explico a la par que me dirijo hacia allí —. Hay una granja.

—¿Una granja? ¿Por aquí? —pregunta Flint incrédulo—. ¿Y qué cultivan? ¿Pesadillas?

—Pues, en realidad, muchas cosas. Como morocli, mahorias y manizo.

—¿Mahorias? —repite Jaxon, después niega con la cabeza—. Da igual. No quiero saberlo. Cómo no, la comida en el Reino de las Sombras es más extraña que en nuestro mundo.

—Te prometo que está rica —aseguro yo—. Por lo menos para mí.

—Vaya, pues menos mal —dice Flint con dramatismo—. Porque si me tengo que comer algo que se llama «morocli», por lo menos que esté bueno.

—La comida favorita de Grace es el musmús —añade Hudson con burla desde donde se encuentra, a varios metros de distancia de nosotros. Eso hace que cada uno de mis amigos se vuelva para mirarme con los ojos abiertos como platos.

Espero a las preguntas, pero Flint es el único que se atreve a hacerla.

—Perdona, pero ¿ha dicho «puspús»?

—No, «musmús». Es una mezcla entre cereal y vegetal —explico.

—Ya, pues suena a una mezcla entre cereal y vegetal con pus —bromea Heather.

—Suena a eso, pero no es así.

Flint resopla.

—Eso ya lo veremos.

Después, Flint y Eden cambian de forma. La chica baja una pierna y Macy le enseña a Heather cómo montar en ella antes de saltar a la espalda de Flint. Jaxon decide desvanecerse junto a su hermano, y todos emprendemos el camino.

Una parte de mí quiere decirle a Hudson que no se preocupe y que se desvanezca hasta la granja tan rápido como pueda para ver si está allí, pero otra parte de mí está aterrada. ¿Y si no está? ¿Y si nuestras teorías sobre la línea temporal no son correctas y en realidad no está a salvo?

Ni de coña quiero que esté a solas cuando se entere.

Hudson debe de sentir lo mismo, porque cada vez que va unos cuantos kilómetros por delante de nosotros, baja el ritmo y espera a que lo alcancemos. No es habitual que yo pueda notar la ansiedad que siente, normalmente se le da mucho mejor ocultarla que a mí, pero ahora mismo es tan evidente que me parte el corazón.

Por eso mismo, cuando estamos a menos de un kilómetro de distancia, cambio para ser Grace a secas. Puede que así vaya más lenta, pero puedo caminar a su lado y darle la mano. No sé si es consciente, pero va a necesitar un rato para prepararse para lo que podría o no estar esperándonos en la granja.

Me da la sensación de que se sobresalta cuando deslizo los dedos entre los suyos, pero no me rechaza. Al contrario, se aferra a ellos como si fueran su salvavidas y me dedica una sonrisa. No es que le llegue a los ojos, pero tampoco lo esperaba. No ahora, cuando ambos estamos tan nerviosos que parece que vayamos a estallar en cualquier momento.

—Todo va a salir bien —le susurro.

Como toda respuesta se encoge de hombros. Pero se aferra a mi mano con un poco más de fuerza. Y, por ahora, no puedo pedirle más.

—¿Eso es la granja? —pregunta Jaxon de repente. Tiene los ojos entrecerrados mientras escudriña la distancia, y a mí se me hace un nudo en la garganta. Estaría mintiéndome si no admitiera que esto también debe de ser muy duro para él. Considerará este lugar como el sitio en el que me perdió.

Nuestras miradas se encuentran, después baja los ojos a mi mano entrelazada con la de Hudson antes de salir corriendo, y quiero ir a buscarlo para decirle lo mucho que lo siento. Pero entonces se vuelve para mirar a Flint, quien vuela directo hacia nosotros, se lanza en picado con un ala extendida y casi hace que Jaxon se caiga de culo.

Jadeo, espero que Jaxon le grite, pero me sorprende cuando en vez de eso se echa a reír a la vez que niega con la cabeza y murmulla con cariño:

—Será capullo.

Después sale corriendo, da un salto hacia arriba y se convierte en un gigantesco dragón ambarino en el último instante para seguir a Flint, quien bate las alas como si le fuera la vida en ello.

Macy se está partiendo de risa en el lomo de Flint mientras este gira con brusquedad a la izquierda y después a la derecha para evitar a Jaxon; tanto es así que creo que mi prima se va a caer. Eden se une a la carrera improvisada, pasa de largo como si nada entre los dos dragones en un pavoneo aéreo que dice: «Así es como se hace», cosa que provoca que Heather se eche a gritar como si estuviera en la mejor montaña rusa a la que ha montado en su vida.

—Madre mía —musita Hudson—. Son como niños grandes.

Entrecierro los ojos para observar las siluetas de los dragones volando a toda velocidad hacia el sol brillante.

—Flint le viene bien a Jaxon. —Me callo y luego añado—: ¿Crees que van a estar bien?

—No —asegura Hudson, y vuelvo la cabeza de golpe para mirarlo —. Porque uno de ellos está a puntito de estamparse contra el suelo.

Miro de nuevo a los dragones y jadeo. Un enorme dragón ambarino está envuelto en una espiral letal con otro dragón todavía más grande de color verde. Me llevo la mano al pecho y se me cae el alma a los pies; ninguno de los dos se da por vencido mientras giran, giran y giran, acercándose a toda velocidad al suelo.

En el último instante ambos se separan y pasan rozando la superficie rocosa antes de volver a salir disparados en dirección al cielo, hacia lados opuestos de un cráter inmenso.

—Me cago en todo —mascullo con el corazón saliéndoseme por la boca.

Hudson se limita a soltar una risita y me tira de la mano.

—Venga. Ya les echarás la bronca a los niños después. Casi estamos en la granja.

Me doy la vuelta para mirar el camino y me doy cuenta de que en realidad hemos avanzado un montón. Apenas nos queda medio kilómetro para entrar en la propiedad principal, y ambos nos paramos de golpe.

En cuestión de segundos los otros aparecen a nuestro lado y aterrizan. Heather y Macy bajan de un salto mientras el resto cambia a sus formas humanas y nos quedamos los unos al lado de los otros

apreciando las vistas.

—¿Es eso? —pregunta Heather dando unos cuantos pasos hacia delante para verlo mejor.

Hudson asiente.

—Es eso.

—Es más grande de lo que me imaginaba —comenta Eden.

—Te va a encantar cuando lleguemos —le cuento—. Hay un jardín de flores y un huerto que los dueños tienen para uso personal, además de muchos cultivos comerciales. Y hay un lago precioso rodeado de los árboles más increíbles que...

—Parece que Hudson y tú pasasteis unas vacaciones de la leche aquí —comenta Jaxon en un tono tan brusco que hace que Flint y yo nos volvamos para mirarlo con confusión.

Aunque él no dice nada más. Nada incómodo, qué va.

—Solo pasamos unos cuantos días aquí —me dispongo a explicarle—. Tuvimos que huir porque...

Me detengo cuando Hudson me lanza una mirada de «¿Qué cojones...?». No sé de qué va todo esto, solo intentaba explicarle las cosas a su hermano, pero como es la misma mirada que le está lanzando Flint a Jaxon ahora mismo, decido callarme y no volver a hablar.

Porque parece ser que no hay forma de salir ganando ahora mismo.

A medida que nos vamos acercando, la granja y sus cobertizos se van volviendo más visibles para los que no somos dragones ni vampiros, y por fin llegamos a las afueras del terreno.

En cuanto abrimos la puerta y ponemos un pie en la propiedad, hay una parte de mí que empieza a otear los alrededores en busca de Tiola, con su mono, sus trenzas y su carita preciosa. Pero no hay ni rastro de ella, ni tampoco de cierta umbra con la que llevo obsesionada todo el camino.

—No pasa nada —le murmuro a Hudson, quien se pone un poquito más tenso con cada paso que damos—. Las encontraremos.

Asiente como si me creyera, como si de verdad no pasara nada, pero sé que no es así. Que le preocupa tanto como a mí que nadie haya salido a recibirnos. Pero, como con todo, está decidido a no dejarlo entrever.

—Va a estar aquí —aseguro tanto para mí como para él.

De nuevo asiente.

—¿De quién estáis hablando? —pregunta Jaxon mirando a su alrededor como si esperara que alguien nos saltara encima en cualquier momento—. ¿Del granjero?

Sigo pensando en cómo contestarle sin disgustar a Hudson cuando llegamos al borde de los campos de cultivos… y nos sorprenden decenas y decenas de umbras.

38

Under my umbra-*ella*

Sombras de todos los tamaños y formas salen a raudales del campo en todas direcciones. Algunas tienen apariencia de animales (lagartos y serpientes, pájaros e insectos, ardillas y demás roedores, incluso conejos), mientras que otras son simplemente bolas regordetas y demás figuras. Se amontonan a nuestros pies, se precipitan sobre nosotros en busca de nuestro pelo y nuestra cara, se deslizan entre las piernas y se enroscan alrededor de las caderas.

Mis amigos se acobardan cuando empiezan a cambiar de color y pasan de diversos tonos de morado a un gris lavanda y vuelta a empezar. Así que se las quitan de encima como pueden.

—¡Grace, cuidado! —grita Macy, con llamas danzando alrededor de las yemas de los dedos al tiempo que apunta a un grupo de umbras próximo a mis pies.

—¡No pasa nada! —exclamo, y salto frente a ellos. Al hacerlo una serpiente gigante se desliza por mi espalda y se enrolla en mi cuello—. No os harán daño.

—¡Y una mierda! —gruñe Flint, que agarra una salamandra sombría que le subía por la pierna y la lanza tan lejos como puede.

Jaxon extiende la mano hacia un pájaro de sombra que se le acerca volando y lo atrapa al vuelo. Segundos después lo arroja de cabeza en la dirección opuesta.

Eden dispara una ráfaga de hielo con la boca a un par de arañas sombrías gigantescas que tiene a sus pies y, luego, gruñe mientras estas se dispersan antes de que el hielo las alcance.

—¡En serio, parad! —chillo con fuerza—. No son como las sombras de las Pruebas. Son umbras. No intentan hacernos daño, solo quieren saludarnos.

—Pues tienen una forma muy agresiva de saludar —responde Heather, pero decide hacerme caso, porque deja de retorcerse y

permite que las pequeñas umbras, llenas de curiosidad, se muevan a su alrededor y por encima de ella.

Eden lanza un bufido cuando una se acerca demasiado al cuello de Heather y se mueve para intervenir, pero yo me interpongo.

—Está bien, Eden. Te lo juro.

Y lo está, a pesar de tener a una docena de umbras deslizándose por sus costados y enredándose en su camiseta, sus pantalones y en su pelo.

Heather se ríe cuando una de ellas se inclina y le da lo que suena como un ruidoso beso justo en la mejilla. Después grita un poco cuando otra empieza a tirarle de las trenzas.

—Ven aquí, chiquitina —digo cuando le ofrezco la mano a la que le está tirando del pelo.

Emite un chillidito de protesta, pero al final se rinde y corretea hasta mi mano, me sube por el brazo y acaba hundiéndose entre mis rizos.

—Si esto no son monstruos sombra, ¿puedo preguntar qué cojones son? —exige saber Jaxon tras zafarse de la última umbra que llevaba encima.

Las otras criaturas han decidido rendirse ante mis belicosos amigos, porque ahora solo se apelotonan alrededor de Hudson, Heather y de mí.

—Son umbras —reitero—. Mascotas sombra, pero de verdad. Si las cogéis en lugar de luchar contra ellas, veréis que tienen masa. Solo que parecen sombras.

—Mascotas sombra —repite Eden sin sonar muy convencida. Al menos ha dejado de intentar congelarlas.

Jaxon y Flint también parecen guardarse su opinión. Ya no están atacando abiertamente a las umbras, pero ambos siguen en posición de combate.

Macy, por el contrario, ha decidido dejarse llevar y se echa al suelo para que las umbras se amontonen sobre ella.

—¿Estás segura de que es una buena idea? —pregunta Eden, que se acerca a ella como si quisiera protegerla.

—No pasa nada —confirma ella, y sus carcajadas suenan como el tintineo de las campanas atravesando el aire. Es una risa que hacía mucho tiempo que no le oía a mi prima, por lo que no puedo evitar que una sonrisa tierna asome en la comisura de mis labios.

Pero ahora que tengo a todo el mundo bajo control, me centro en la salamandra umbra que sigue jugueteando con mis rizos e intento convencerla de que pare de una vez para dejarla en el suelo. Los demás captan la indirecta y regresan deslizándose a la tierra morada, pero la salamandra no cede. Sigue retozando por el cuello, atravesando mis rizos y colándose por el cuello de la camiseta cada vez que estoy a punto de agarrarla.

Me vuelvo para compartir esa situación cómica con Hudson, pero me lo encuentro completamente quieto. Está cubierto de umbras de la cabeza a los pies, tiene decenas de criaturitas revolviéndose, enroscándose y deslizándose por el pecho, los hombros y las piernas.

Pero él no parece darse cuenta. Tiene la mirada fija en la lejanía, con la mandíbula apretada y moviendo la garganta como si cada respiración fuese un suplicio. Es entonces cuando caigo en la cuenta: ninguna de las umbras que tiene ahora mismo amontonadas encima es Humito.

El dolor me abruma, y acorto la distancia que nos separa de un solo brinco. Estaba convencida de que estaría aquí, estaba segura de que la línea temporal también se habría reseteado para ella porque el fuego del dragón del tiempo la había alcanzado. Hudson también lo estaba y, ahora que no está aquí, ahora que hemos comprobado que nos equivocábamos..., es como volver a perderla otra vez.

—Lo siento —le digo mientras le rodeo la cintura con los brazos y lo abrazo tan fuerte como me es posible—. Lo siento mucho.

No se mueve.

—Hudson, cielo...

Quiero decirle que no pasa nada, que debe de estar en alguna otra parte del Reino de las Sombras y que registraremos este lugar de cabo a rabo hasta encontrarla.

Pero ya no sé si es verdad. Confiaba encontrarla aquí, esperándolo... Creía que se lanzaría a sus brazos y lo arrullaría como hizo desde el momento que lo conoció. Ahora que no está aquí, ahora que todas sus esperanzas se han desvanecido..., ya no sé qué decirle.

Lo único que tengo claro es que no quiero hacer más promesas en vano. No cuando darle falsas esperanzas no es más que pura crueldad.

Las lágrimas me arden en los ojos y se me hace un nudo en la garganta cuando presiono el rostro contra él y lo abrazo tanto como puedo. No encontrarla aquí ha creado un gran vacío en mi interior. No

logro imaginar cómo se siente él.

—¿Qué le pasa? —pregunta Jaxon justo a nuestro lado. Parece tan turbado como yo.

—Nada —contesta Hudson con una voz que no le oía usar desde aquella noche en mi cuarto, cuando me pidió que parase. Que simplemente parase. En aquel entonces no entendí a qué se refería, pero ahora sí, y oír esa misma voz me hace revivir aquel momento—. Estoy bien.

—Pues no lo parece.

Jaxon no lo dice a malas. Veo que está preocupado de verdad, tanto por su tono como por la mano que ha posado en el hombro de su hermano. Sé que no comprende lo que está pasando (para él esta reacción es infundada), pero aun así habría preferido que se hubiese cortado un poco.

—Hay que seguir. —Hudson me pasa la mano por el pelo y luego me aparta de él con suavidad—. Lleváis demasiadas horas sin comer nada, y Macy y Heather necesitan descansar.

—Te aseguro que estoy mucho mejor que tú ahora mismo —replica Macy, que vuelve a estar de pie—. ¿Hay algo que podamos hacer por ti?

Hudson niega con la cabeza.

—Estoy bien —repite mientras se vuelve hacia la casa.

Mi corazón se rompe de nuevo en mil pedazos. Se mueve como si estuviese devastado, como si le doliera cada centímetro del cuerpo, y no puedo hacer nada para arreglarlo. No puedo decir nada para darle aliento tras perderla por segunda vez.

Me doy la vuelta para mirar a nuestros amigos, que se muestran preocupados cuando observan a Hudson o desvían la mirada deliberadamente. Jaxon deja que su hermano camine unos pasos por delante de él, con los hombros preparados por si cayese de espaldas y tuviese que sostenerlo.

Los demás le dejan su espacio, excepto Macy, que se coloca a su lado y le coge de la mano.

—Estoy bien —dice por tercera vez bajando la mirada hacia ella.

—Yo también —afirma Macy, que no aparta la mano, y él tampoco suelta la suya.

—¿Qué cojones pasa? —me susurra Jaxon, pero me limito a encogerme de hombros. Es demasiado complicado explicarle la

relación que tenía Hudson con Humito en una o dos frases, y ahora, viéndolo en ese estado, no puedo articular más.

—Luego —respondo en voz baja.

Paso el brazo por la cintura de Hudson y me agarro fuerte a él mientras nos dirigimos hacia la granja de Arnst y Maroly.

El sol sigue en lo más alto, lo que significa que estarán trabajando en los campos. Sin embargo, en lugar de recorrer sus tierras buscándolos (algo que igual decidimos hacer luego), ir a la casa parece ser la mejor opción que tenemos.

Sobre todo cuando, tras circundar los campos, vemos a Tiola bajando las escaleras de la vieja granja. Lleva una mochila a la espalda, un cubo en las manos y la siguen varios gatos umbra.

Está mirando hacia abajo, charlando con ellos mientras les lanza chucherías con las que se deleitan. No levanta la mirada hasta que al fin termina de alimentarlos.

Mira fijamente a Hudson y se queda con la boca abierta varios segundos. Después suelta un chillido de alegría y corre directa hacia nosotros.

39

Pérdida profunda

—¡Hudson! —grita—. ¡Hudson, Hudson, Hudson!

Su entusiasmo le saca una sonrisa, algo que no pensaba que fuera posible ahora mismo. Él corre a encontrarse con ella y se lanza de rodillas al suelo para que pueda abrazarlo.

Cosa que hace con gran entusiasmo. Le rodea el cuello con los bracitos mientras grita como si hubiera recibido el mejor regalo de su vida.

—¡Mamá y papá decían que no volvería a verte, pero yo sabía que regresarías! ¡Estaba segura!

—Pues tenías razón —le asegura, y su acento es más marcado de lo habitual. Una señal infalible de que tiene las emociones a flor de piel.

—¡Lo sabía! Venga, venga, tenemos que ir a contárselo a mamá. —Lo agarra de las manos e intenta tirar de él para que se levante.

—Por supuesto —responde—. Pero ¿puedo presentarte a mis amigos antes?

—¡Pues claro! —Suelta un gritito mientras aplaude. Después me mira directamente y me dice—. Soy Tiola. Encantada de conocerte.

Me dispongo a explicarle que soy yo, Grace. Y de repente se me hunden los hombros, como si fueran un barco naufragado que casi me arrastra con él a las profundidades. Hudson y yo nos preguntábamos si nuestra línea temporal se habría reseteado cuando nos marchamos. Parecía que la flecha del tiempo que se me clavó también lo había atravesado a él. Pero Tiola recuerda a Hudson y a mí no..., lo cual quiere decir que solo se reseteó la mía.

Ahora me parece absurdo que no me lo hubiera planteado, pues yo había perdido la memoria y Hudson no. Tiene todo el sentido del mundo. Y aun así me apetece sentarme en el suelo y echarme a llorar como un bebé. No sé por qué, pero pensaba que, si había recuperado

mis recuerdos, era porque no se había reseteado mi línea temporal. Pero la realidad es mucho, pero que mucho peor.

Por fin me acuerdo de todo lo que ocurrió en Noromar: toda la gente alucinante y maravillosa que conocí aquí. Y nadie va a acordarse de mí.

Ni esta niña con la que salí a pasear, horneé galletas y a la que le leí cuentos antes de irse a la cama.

Ni Caoimhe, Lumi ni Tinyati. Me resulta muy extraño pensar en toda esta gente que me importa, por la que me preocupo y en la que pienso, pero que no tiene ni idea de quién soy. Ni siquiera Arnst y Maroly, quienes nos acogieron en su casa y nos ayudaron tanto mientras estuvimos aquí, me reconocerán, como le ha pasado a Tiola.

—Soy Grace. —Me presento y le doy un apretón en la manita morada con toda la dignidad que se merece este encuentro.

—Me alegro mucho de conocerte —me dice canturreando—. Tienes un pelo muy bonito.

—Gracias. Creo que el tuyo también es muy bonito.

—Lo es. —Sonríe y mueve la cabeza de lado a lado—. Mamá me dice que es precioso.

—Pues tu madre tiene razón —interviene Heather mientras se inclina para tener la mirada a la misma altura que la de la niña—. Soy Heather.

—¡Eres humana! —Tiola abre los ojos como platos y da palmaditas—. ¡Siempre he querido conocer a una humana!

Sus palabras se parecen tanto a lo que me dijo a mí en su momento que se me parte un poquito más el corazón. Pero da la impresión de que Heather cae bajo su encanto y las dos charlan varios segundos antes de que Tiola se centre en Flint.

Se toma su tiempo recorriendo la fila de paranormales que esperan para conocerla. Cuando llega al final y le da la mano a Jaxon, su mochila emite un fuerte arrullo.

Un fuerte y familiar arrullo.

—Tiola. —Hudson la llama con la voz de un hombre al que le aterra tener esperanzas—. ¿Quién va en tu mochila?

—¡Pero si ya lo sabes, tonto! —contesta al tiempo que se la quita con un movimiento del hombro—. Sabía que volverías, así que la he estado cuidando por ti. No creo que sepa quién eres, no se acordaba de mí, pero se lo he contado todo sobre ti.

El corazón me palpita tan rápido ahora mismo que temo que vaya a explotar antes incluso de que abra la mochila. Por si nos equivocamos, me acerco a Hudson y cierro la mano sobre la suya. Y rezo como no he rezado en muchísimo tiempo.

—Venga, pequeña —insta Tiola; se arrodilla en el suelo y abre la parte superior de la mochila—. Por fin ha llegado Hudson y quiere conocerte.

Se vuelve a oír otro arrullo, esta vez más fuerte. Después Tiola mete la mano en la mochila y saca a una sombrita diminuta que no es más grande que una pelota de softball.

El primer vistazo a la umbra hace que se me caiga el alma a los pies. Resulta que no es Humito... Es demasiado pequeña para ser la umbra que nos siguió a todas partes a Hudson y a mí durante nuestra estancia en Adarie.

Pero entonces Tiola se da la vuelta y grazna:

—¡Os presento a Humito bebé!

Está tan emocionada que casi grita el nombre de la umbra mientras la empuja hacia Hudson.

Al principio ninguno de los dos se mueve. Se quedan mirándose el uno al otro fijamente, con los ojos bien abiertos. Después Humito suelta un grito ensordecedor y se lanza de cabeza al pecho de Hudson. Se extiende hasta quedarse tan plana como puede y luego trepa por él hasta que su carita está justo delante de la suya y sus miradas se encuentran.

Entonces gorjea, gorjea y gorjea, le suelta un largo discurso que no entiendo, pero que aun así me suena muchísimo a que le está echando la bronca.

En lo que concierne a Hudson, no dice ni una palabra. No emite ni un sonido siquiera. Solo la contempla como si hubiera visto un fantasma. Y después se viene abajo sin más.

Me lanzo a por él cuando las rodillas le ceden, intento agarrarlo antes de que las piernas dejen de sostenerlo por completo y se caiga de bruces. Pero es demasiado tarde. Lo único que consigo es que me arrastre con él al suelo, y ahí estamos, todos juntos. Hudson, Humito y yo.

Extiendo la mano para acariciar a la umbrita, pero Humito me sisea y sube cada partícula de su cuerpo encima de Hudson para que ninguna parte suya esté en contacto conmigo. Parece ser que, a pesar

de haber perdido la memoria, algunas cosas nunca cambian.

—Estás aquí —dice Hudson con una voz tan llena de incredulidad como de felicidad—. Estás aquí de verdad.

Humito parece estar diciéndole lo mismo a él, aunque a su manera. Ella se desliza por su pecho para bajarse y Hudson la coge en el aire, la acuna en sus brazos mientras le acaricia la mejilla sombría.

Tiola ha dicho que Humito no se acuerda de él, y puede que sea cierto. Pero si algo he aprendido los últimos meses es que el corazón y el alma recuerdan cosas que la cabeza no puede. Si no fuera así yo jamás habría sabido qué grabar en la pulsera que le regalé a Hudson.

Y cuando Humito se acurruca junto a Hudson y lo mira con amor a los ojos azules, está claro que hay una parte de ella que se acuerda perfectamente de él.

Menos mal.

Aun así, pasado un rato, la emoción de su reencuentro resulta ser demasiado para la pequeña Humito, que se hace una bolita en el hueco del brazo del vampiro y se queda profundamente dormida.

Me agacho al lado de la pareja mientras ella ronca tranquila.

—Te dije que estaría aquí —susurro.

Él pone en blanco esos gloriosos ojos azules que tiene, pero en vez del comentario sarcástico que me estoy esperando solo dice:

—Debería hacerte caso más a menudo.

—Perdona, pero ¿qué acabo de oír salir de tu boca? —pregunto mirando a cada uno de mis amigos, quienes están a lo suyo, pues la novedad de ver a Hudson engatusado por una umbra bebé ya ha pasado.

—No lo creas —me dice Jaxon—. Está claro que anda bajo los efectos de alguna sustancia.

—¿Quién me iba a decir a mí que Hudson tendría que viajar al Reino de las Sombras para encontrar a alguien que lo soporte durante tanto tiempo? —se burla Flint.

—Disculpa, pero ¿y yo qué soy? —espeto.

—Tú no cuentas —me dice—. A ti te embaucó para convertirte en su compañera. Me refería a cualquier otra persona en el mundo.

Hudson le saca el dedo con disimulo para que Tiola no se percate y se esfuerza mucho para no molestar a Humito al hacerlo. Después mira a la niña y dice:

—Gracias por haber cuidado tan bien de ella en mi lugar.

Tiola sonríe y mueve los brazos de un lado a otro.

—Es lo que hacen los amigos. Se ayudan cuando lo necesitan.

—Tienes razón —comento mientras le lanzo una mirada asesina a Flint por encima de la cabeza de la niña—. Eso es justo lo que hacen los amigos.

Hace un gesto con la mano que quiere decir «bla, bla, bla», pero me doy cuenta de que es el primero en ofrecerle una mano a Hudson para ayudarlo a levantarse. El hecho de que mi compañero la acepte me revela más acerca de cómo está evolucionando y avanzando su amistad que cualquier cosa que se digan cuando se fastidian el uno al otro.

—¿Dónde la dejas cuando se duerme? —le pregunta Hudson a Tiola mientras subimos las escaleras hasta la casa.

—Normalmente en la mochila. Pero tiene una cuna en mi habitación. Le he atado un montón de lazos con purpurina en ella, porque me dejaste escrito lo mucho que le gustaban.

—Eso es… —Hudson se calla para aclararse la garganta—. Es una idea estupenda, Tiola.

—Lo sé —presume—. Mamá dice que soy muy lista.

—Mamá dice muchas cosas. —Una voz divertida coincide con ella cuando se abre la puerta—. Parece que esta vez nos has traído a un grupo entero, Tiola.

—Pues sí, mamá. ¡Y adivina! ¡He traído a Hudson!

—¿Hudson? —La diversión cambia a sorpresa cuando Maroly atraviesa la puerta—. ¡Madre mía, Hudson! —Lo rodea con los brazos y le da un abrazo de oso—. ¡Hemos estado muy preocupados por ti! —Humito suelta un gritito cuando la molestan, pero se vuelve a tranquilizar en cuanto Maroly se aparta—. Ya veo que has encontrado a tu umbra favorita —dice con una mirada de cariño a Humito.

—Desde luego. Tiola me ha contado que ha estado cuidando de ella por mí. —Esboza la sonrisa más grande que le he visto en la vida.

—Pues sí —confirma Maroly—. No paraba de decirnos que volverías, pero no sabíamos si creerla o no.

—Tienes que confiar más en mí, mamá —la riñe Tiola con dulzura, aunque sus palabras esconden una pizca de acero—. Soy una penumbra. Sé de cosas perdidas.

—Eso es cierto —admite Maroly mientras abre la puerta y nos insta a todos a entrar—. Pero Hudson ya no está perdido.

Tiola considera sus palabras a la vez que se vuelve para contemplar a Hudson con unos ojos que parecen tener un millón de años más de la edad que tienen.

Entonces, de la nada, comenta:

—No estoy tan segura.

—Ya, bueno, no eres tú quien tiene que decidirlo —la regaña Maroly, y la empuja hacia la puerta—. Venga, ve a asearte para la cena. —Se vuelve para mirarnos al resto—. Por supuesto, os quedaréis con nosotros. Estaréis muertos de hambre y tenemos comida de sobra. Además, tienes que ponernos al día de todo lo que ha ocurrido en tu vida, Hudson.

De nuevo vuelve a dolerme un poco que solo hable con él. Que se haya olvidado de mí por completo. Aunque sé que es absurdo, así que me obligo a hacer de tripas corazón y presentarme a Maroly mientras nos adentramos en la casa.

Esta ronda de presentaciones nos lleva un poco más de tiempo que la de Tiola, sobre todo porque Maroly tiene más preguntas acerca de nosotros que su hija. Aun así acabamos con las presentaciones justo cuando nos lleva al salón para sentarnos.

Flint es el último en presentarse y está contándole que es un dragón cuando se calla de repente. Me doy la vuelta para intentar averiguar qué ha captado su atención. Pero, antes de que yo lo vea, se atraganta y pregunta:

—Perdón, pero ¿eso es un altar de Hudson Vega?

40

Un altar en el que brillar

—¿Un altar? —repite Jaxon con un tono de voz agudo que jamás le había oído antes—. ¿Dónde?

Flint señala el otro extremo de la habitación con una expresión de fascinación horrorizada en el rostro. Pero yo ya lo había visto antes que ellos. Llamarlo «altar» es un poco exagerado, pero es verdad que aquí está pasando algo raro.

—Tiola insistió —explica Maroly sonriendo con indulgencia mientras me acerco para verlo mejor—. Hudson es una especie de héroe por estos lares, y ella sentía que lo mejor era conmemorar su estancia con nosotros.

—¿Una especie de héroe? —dice Flint con dificultad—. Si esto es lo que hacéis por Hudson, ¿qué haréis por un héroe de verdad?

—Al parecer, ya soy un héroe de verdad —comenta Hudson afable—. No veo que nadie te dedique altares a ti.

Pero está demasiado ocupado acariciando a Humito bebé hasta dormirla para atravesar la estancia e investigar lo que descubro con cierto regocijo que, más que un altar, parece ser una exposición en toda regla justo en el sitio donde estaba la silla preferida de Hudson.

Voy a decirles algo a Flint y Jaxon sobre eso, pero caigo en la cuenta de que a Maroly le extrañará que yo sepa dónde se solía sentar.

Pero es que estoy absolutamente fascinada. Ya era hora de que alguien aparte de mí se diese cuenta de lo fabuloso que es Hudson en realidad. Y, a juzgar por el aspecto de la mesita morada que Maroly ha montado para honrar a Hudson, alguien lo ha hecho.

En el centro de la mesita hay una foto enorme de Hudson sonriendo sentado en el porche de delante. Alrededor de la foto hay otras más pequeñas: él con Arnst y Maroly en los jardines, él celebrando una fiesta del té con Tiola, él jugando con Humito. Hasta hay una donde sale solo, de pie junto al lago, y tengo que fijarme bien

porque estoy convencida de que yo también salía en ella.

Todo este rollo de desaparecer de la línea temporal es una auténtica locura. ¿Qué clase de universo mágico es este que no solo hace que la gente se olvide de mí, sino que también me borra de las fotos en las que salgo y a saber de dónde más?

Supongo que será el efecto mariposa: si cambias una cosa, lo cambias todo. Ahora la línea temporal es distinta y, si yo nunca he existido, todo esto ha pasado sin mí, así que no habría hecho falta borrar nada.

Pero sí existí, y existo, por eso estar en esta habitación, con gente a la que recuerdo, pero que a mí no me conoce de nada, es algo que se pasa de raro.

Aunque no es tan raro como la pequeña estatua de mármol de Hudson que hay junto a la foto del lago. O la taza de té que usaba, colocada cerca de su foto con Tiola. O el trozo de tela que seguramente pertenece a alguna prenda suya, aunque no logro saber cuál.

Según parece, eso no supone un problema para Jaxon. Claro que él sabe mucho más sobre diseñadores italianos que yo.

—La hostia —murmura mientras se inclina para verlo de cerca—. ¿Es de Armani?

Me parto de la risa, porque sí lo es. La madre que lo parió, es de Armani. De los calzoncillos que llevaba puestos el día que abandonamos la guarida. Los dejó allí cuando evacuamos hacia las montañas porque la reina de las sombras nos perseguía, y tardó semanas en dejar de quejarse por la calidad inferior de los calzoncillos que tenía que llevar.

Ni en mis sueños más alocados hubiese podido imaginar que un trozo de ellos acabaría sobre una mesa a la vista de todo el mundo.

De pronto la puerta se abre de par en par y Maroly grita:

—¡Arnst! ¡Adivina quién ha venido de visita!

Mientras se apresura hacia la entrada de la casa, Flint se vuelve hacia Hudson y yo.

—Mirad, me da igual lo raros que sean en esta mierda de mundo al revés, pero no es normal que pongan los calzoncillos de alguien en medio de un altar malrollero para que los vea todo el mundo.

—Reconoce que eso es un caso para el CSI —afirma Macy—. Ya sabes, como los asesinos en serie.

—Para ser justos, solo es un trozo de la pernera, no los calzoncillos enteros —aclaro yo.

—Como si eso cambiase las cosas —susurra Jaxon entre silbidos —. ¿Quiénes cojones son estos?

—Nuestros amigos —responde Hudson en un tono que no admite discusión—. Unos amigos amables y serviciales con quienes voy a pasar la noche aquí, entre algodones, antes de tener que atravesar medio Reino de las Sombras en busca de la querida mamaíta de Lorelei. Pero os invito a que os vayáis adonde os dé la gana.

—No te pongas así, hombre. Lo que quiero decir es que... —Jaxon mira a su alrededor como si no pudiese creer que Flint, Macy y él sean los únicos a quienes los escandaliza todo aquello—. ¿Ni siquiera te preocupa un poquito que intenten hacer un par de calzoncillos con tu piel o algo así?

Es una imagen tan rocambolesca que rompe la ridícula tensión subyacente que había en el ambiente y todos nos echamos a reír. No solo porque imaginarnos a las dulces Tiola y Maroly despellejando a Hudson sin razón sea completamente absurdo, sino porque, con la fuerza que él tiene, haría falta un ejército de espectros para inmovilizarlo. Puede que en el Reino de las Sombras no cuente con sus poderes, pero sigue siendo un vampiro. Y dos granjeros y su hija no tienen la más mínima posibilidad contra él, y menos aún contra todos nosotros.

Seguimos riendo cuando Arnst entra en la habitación.

—¡Hudson! ¡Has vuelto con nosotros!

Mi compañero tiene el tiempo justo para dejar a Humito en mi regazo antes de que Arnst lo rodee con los brazos para darle un gigantesco abrazo de oso y levantarlo varios centímetros del suelo.

—¡Qué alegría verte de nuevo!

—Yo también me alegro —contesta Hudson—. Siento aparecer sin avisar.

—No te preocupes por eso. —Arnst rechaza con la mano sus disculpas—. Dos veces ya es tradición, así que ahora siempre andaremos vigilantes. Nunca se sabe cuándo puedes aparecer de nuevo. —Se vuelve hacia el resto de nosotros con una sonrisa—. Veo que esta vez has traído a un montón de amigos. La cena se alargará mucho. Espero que todos tengáis pensado quedaros esta noche.

—Nos encantaría —le digo yo—. Si no os importa.

—Por supuesto que no. Los amigos de Hudson son nuestros amigos.

Detrás de mí Flint emite una ligera arcada que, por suerte, corta en seco cuando le doy un pisotón.

—Siento que no tengamos espacio suficiente para todos —explica Arnst—, pero disponemos de una cabaña donde se alojan los temporeros que contratamos para la cosecha. Podéis quedaros allí.

—Cualquier cosa estará bien —asegura Hudson con una sonrisa.

—Sí —coincido—. Con que nos podáis alojar a todos estamos más que agradecidos.

—No digas tonterías, Hudson. Tú no vas a quedarte en la cabaña. —Maroly le da unos golpecitos en el hombro al pasar junto a él hacia la cocina—. Tú dormirás en la habitación de invitados, como la última vez que estuviste aquí.

—¿Por qué no me sorprende? —murmura Flint.

—La habitación de invitados suena muy bien. La cama es comodísima. —Hudson le lanza a Flint una sonrisa malévola al pronunciar esa última palabra, y lo único que puedo hacer es aguantarme las ganas de partirme de risa otra vez.

—Maroly y yo nos sentaremos a la mesa para cenar dentro de nada. —Arnst señala en ambas direcciones—. Entretanto, hay un baño al final de ese pasillo. Podéis ir turnándoos para adecentaros un poco mientras lo preparamos todo.

Voy a pasarle Humito a Hudson de nuevo (ahora mismo me vendría de perlas echarme un poco de agua), pero se despierta antes de que pueda dejarla en sus brazos. Me quedo completamente quieta cuando sus ojos morados parpadean una y dos veces antes de abrirse del todo. Me preparo para que pierda el control en cualquier momento, pero, al ver que ni siquiera se queja, imagino que le debe de parecer bien que la sostenga yo y decido acunarla para que vuelva a dormirse de nuevo.

Lo cual puede que pase a los libros de historia como el peor error que he cometido en mi vida. Y eso que la he cagado millones de veces.

Cuando Humito parpadea por tercera vez y ve mi cara justo encima de la suya, se desata el caos. Suelta un grito que me revienta los tímpanos y estoy convencida de que traspasa la barrera del sonido. Entonces pierde el control por completo y se pone a bufar y arañar mientras se zafa de mí.

Cometo el error de intentar atraparla, porque lo último que quiero es que se me caiga un bebé al suelo, aunque sea un bebé umbra cabreado, pero eso solo la altera todavía más. Se me encara con un gruñido y me clava los dientecitos irregulares en la mano.

—¡Humito, no! —protesta Hudson metiendo un dedo entre su boca y mi mano para que me suelte—. No se muerde.

Se vuelve hacia él con un gruñidito y se da cuenta de quién la está cogiendo ahora, así que el gruñido se convierte al instante en un gorgorito. Se abalanza sobre él y le sube por el pecho hasta acurrucarse suavemente en su cuello.

—¿Estás bien? —pregunta Hudson, que intenta cogerme la mano.

—Sí, estoy bien —aseguro, porque es la verdad.

Los dientecitos de Humito ni siquiera me han rasgado la piel, aunque estoy convencida de que lo ha intentado con todas sus fuerzas. Pero me ha herido en el orgullo. Sé que no le caía bien a la anterior Humito, pero pensaba que tendría una oportunidad con la nueva Humito bebé.

Sin embargo, su odio hacia mí está grabado a fuego en su ADN. Maldita sabandija.

—¿Segura? —insiste mientras me levanta la mano para poder examinarla mejor.

—Segurísima. —Aparto la mano con brusquedad—. Ni siquiera me ha hecho herida.

—Aun así…

No consigue terminar la frase porque Humito empieza a darle palmaditas en las mejillas mientras gorjea.

—No se muerde, Humito —repite al mismo tiempo que se agacha y la deja en el suelo—. Y menos todavía a Grace.

Humito emite otro chillido agudo en cuanto Hudson la suelta, pero esta vez, en lugar de morder, se tira al suelo y empieza a lloriquear fuera de sí.

Hudson me mira aterrado.

—¿Qué hago? —pregunta.

—¿A mí me lo preguntas? —replico.

—Vuelve a meterla en la mochila, obviamente —sugiere Eden, que habla por primera vez desde que se ha presentado a Maroly—. Necesita ir al rincón de pensar y reflexionar sobre lo que ha hecho. —Todos nos volvemos para mirarla; sorprendida, se encoge de hombros

—. ¿Por qué me miráis con esa cara? Tengo primos.

Todos nos echamos a reír de nuevo, incluido Hudson, lo que provoca que empeore aún más la rabieta de Humito.

—Está bien. ¡Tiola, ¿me dejas la mochila de Humito?! —grita Hudson a media voz para que lo oiga por encima de los aullidos de la umbra.

—Yo me encargo —dice Tiola, que coge a la umbra inquieta, la mete con pericia en la mochila y la cierra bien. Salta a la vista que no es el primer berrinche de Humito—. A estas alturas ya me he acostumbrado a sus ataques.

—¿Ataques? —exclama Hudson con las cejas arqueadas por completo y un acento británico excesivamente formal.

—Ah, sí. Tiene un montón. —Tiola pone los ojos en blanco—. Lo bueno es que no duran mucho.

—De todas formas —le digo a Hudson—, la has recuperado, y eso es lo que importa.

Nos miramos los unos a los otros durante el maravilloso silencio que hay a continuación. Al menos hasta que Flint le da una palmada en la espalda a Hudson y le dice:

—Cuidadito con lo que deseas, colega.

—No te falta razón —contesta Hudson mientras observa a Tiola horrorizado—. No te falta razón.

41

Morir no es moco de pavo

Diez minutos después estamos sentados alrededor de la enorme mesa redonda del comedor de Maroly y Arnst, comiendo un plato de musmús que está tan delicioso como recuerdo. Bueno, solo algunos comemos, porque los vampiros se apañan con agua con hielo. La preciosa lámpara de araña iluminada con cristales que tenemos encima brilla tanto como la última vez que estuvimos aquí y alumbra los rostros que hay debajo de ella.

—Bueno —comenta Arnst después de que estemos todos servidos—. ¿Cómo conocisteis a Hudson?

La pregunta parece inocente, pero no se me escapa que lo que en realidad quiere saber es cómo alguien de la talla de Hudson ha conocido a gente como nosotros.

Después de dar un sorbito al agua, Hudson se lanza a responder.

—A ver, Grace es mi compañera. El resto del grupo iba incluido con ella.

—Excepto Jaxon —intervengo—. Que es tu hermano.

—¿En serio? —Tiola suelta un gritito mientras da botes en la silla—. Grace, ¿eres la compañera de Hudson?

—Pues sí —confirmo al tiempo que extiendo la mano para colocarla en la rodilla de Hudson por debajo de la mesa.

Él me lanza una sonrisa y me cubre la mano con la suya con dulzura.

—¿Es complicado? —pregunta Maroly.

Las cejas casi me llegan al nacimiento del pelo.

—¿Tener un vínculo con Hudson?

—Sí, o ser su hermano. Es tan valiente que debéis de estar siempre preocupados por él. —Maroly parece tan acongojada que casi me atraganto con el último mordisco que le he dado al musmús.

Por el contrario, Jaxon parece tomárselo a risa.

—Uf, es todo un reto —le asegura.

—Me lo imagino. Pero estoy seguro de que también es un gran honor —interviene Arnst.

Ahora le toca a Jaxon atragantarse con el agua.

—Sí, desde luego —contesto yo por él, mientras le doy un apretoncito en la rodilla a Hudson como disculpa por chincharlo—. Es la mejor persona que conozco.

—¡Y yo! —exclama Tiola. Parece que la niña solo tiene un volumen—. ¡Hudson es el mejor! ¡Salvó a todo el mundo!

—Creo que eso no es exactamente lo que pasó… —explica Hudson, pero lo interrumpo con una sonrisa.

—Venga ya, no seas modesto, amorcito. Es cierto que salvaste a Adarie tú solito. Es la historia más impresionante que he oído en la vida.

Hudson se pone rojo como un tomate (una novedad para él) y el resto intentamos no echarnos a reír. Y, aunque la conversación es para partirse de la risa, sobre todo por lo incómodo que se siente él, creo firmemente en cada palabra que estoy diciendo a pesar de todas las tomaduras de pelo.

—Grace está omitiendo todas sus hazañas —les cuenta Hudson a nuestros anfitriones con mucha labia—. Al igual que las del resto del grupo. Son todos gente impresionante.

Esta vez parece que es a Flint a quien le cuesta tragar. No me cabe duda de que ver juzgada su valía según su amistad con Hudson le resulta delirante, pero no dice nada al respecto. Al final nadie lo hace. Se limitan a sonreír mientras miran sus platos y Hudson se revuelve incómodo bajo los focos.

Decido tener piedad de él porque soy supergenerosa, así que me aclaro la garganta y me preparo para dirigir la conversación a otro tema igual de importante.

—Tenemos una pregunta para vosotros, si no os importa.

—Pues claro que no, pregunta lo que sea —responde Arnst al tiempo que se sirve otra cucharada colmada de musmús.

—Estamos aquí porque necesitamos reunirnos con la reina de las sombras. ¿Cómo…?

—¿La reina de las sombras? —interrumpe Maroly con evidente espanto—. ¿Por qué narices querríais reuniros con ella? ¡La última vez que Hudson estuvo aquí casi lo mata!

—Como si eso hubiera sido algo malo —masculla Flint entre dientes. Después grita un «¡ay!» y le lanza una mirada asesina a Macy, quien tiene un aspecto de lo más inocente mientras se come su cena. O todo lo inocente que puede parecer alguien que lleva pintada una exagerada raya de ojos al estilo felino.

Desde luego, se ha tomado lo de «arreglarse para la cena» muy en serio.

—Definitivamente, no sería nuestra primera elección para pasar el rato —le comento a Maroly—. Pero tiene información que necesitamos y no se nos ocurre a nadie más a quien acudir.

—¿Qué información estáis buscando? —pregunta Arnst—. Si es algo acerca de Adarie, quizá podamos ayudar.

No creo que eso sea cierto. Si todos los habitantes del Reino de las Sombras supieran la cura para el veneno de las sombras, seguro que ya sería algo muy extendido… Pero bueno, supongo que no perdemos nada por preguntar.

—A nuestro amigo le mordió uno de sus insectos sombríos. Estamos intentando encontrar la forma de salvarlo.

—¿Se ha envenenado con la magia de la reina de las sombras? —inquiere Maroly horrorizada.

Tiola se echa a llorar ante la simple mención de esas palabras. Nada preocupante, oye.

—¿Quieres decir que se va a morir? ¡Eso es horrible! —exclama entre sollozos.

—Por eso mismo estamos aquí —explica Heather—. Para impedirlo.

—¡Pero lo hará! —vocifera, y se baja de la silla—. Se va a morir. —Después, para sorpresa de todos, se dirige hacia Hudson y lo rodea con los brazos—. No quiero que se muera tu amigo.

Durante un instante el vampiro parece perplejo mientras contempla a la niña y su llanto. Después le devuelve el abrazo y tira de ella para sentarla en su regazo.

—No pasa nada —le asegura meciéndola—. Te prometo que estará bien.

Ella se aparta para mirarlo a los ojos, las lágrimas siguen corriéndole por el rostro.

—¿Me lo prometes?

—Yo… —Se calla para echar un vistazo al resto de los comensales

con evidente consternación.

—Te lo prometo —le digo—. Vamos a salvarlo.

—Exacto —corrobora mi compañero—. Estamos aquí para encontrar un antídoto para Mekhi y no nos vamos a marchar hasta que lo tengamos. Por lo menos eso te lo puedo asegurar.

Tiola parece indecisa, no sabe si creer en su héroe o en lo que sabe del veneno de las sombras, y parece ser que es mucho. Pero al final las palabras de Hudson deben de reconfortarla, porque deja de llorar. Y entonces se limpia los mocos con la parte delantera de la camiseta del vampiro.

—Tiola —jadea Maroly, que se pone de pie y la agarra—. Lo siento mucho…

—No te preocupes. Seguro que ha mejorado la camiseta —manifiesta Hudson con una sonrisa afable.

—¿Eso crees? —pregunta Tiola.

—¡Desde luego! —la tranquiliza—. Me encanta.

—Y a mí. —Se acurruca más junto a él, después apoya la cabeza en el hombro que no tiene mocos—. Te quiero, Hudson.

Él le da palmaditas cariñosas en la espalda.

—Yo también te quiero, Tiola.

Verlos juntos hace que me derrita por dentro.

—Bueno, una promesa es una promesa —anuncia Arnst cuando se hace el silencio—. Así que más nos vale encontrar la forma de ayudaros a cumplirla, ¿no creéis?

42

No me a-pongo

Pasamos la siguiente hora y media tratando de averiguar la mejor manera de llegar hasta la reina de las sombras. Al parecer ha sufrido numerosos intentos de asesinato desde la última batalla que libró Hudson contra ella en Adarie.

—Hay una facción cada vez mayor que cree que, si matan a la reina, protegerán Noromar de sus intentos por liberarnos —explica Arnst.

Lanzo un grito ahogado.

—¿Por qué creen tal cosa?

Arnst levanta las cejas de golpe como si la respuesta fuese obvia.

—Porque Hudson nos dijo que ella pretendía revertir la maldición que había creado el Reino de las Sombras.

Bueno, supongo que técnicamente eso es cierto…

—¿Maroly y tú no queréis abandonar esta prisión? —pregunto.

—Claro que no, querida —responde Maroly, que se levanta para coger una jarra de agua de la mesa y llenar de nuevo los vasos de los vampiros. Se vuelve hacia Arnst y sonríe—. ¿Por qué querríamos abandonar un lugar que nos brinda tanta felicidad?

—¿Porque es una prisión? —insiste Heather, y aparta el plato que lleva un buen rato vacío.

—Solo es una prisión si quieres irte de aquí —reflexiona Arnst—. Para algunos es nuestro hogar.

—Y es maravilloso —interviene Hudson—, pero ¿sabéis cómo podemos encontrar a la reina?

—Se refugió en una de las muchas fortalezas que tiene a lo largo y ancho de Noromar. —Arnst se frota la barriga y aleja su plato—. Lo siento, pero no tengo ni idea de cómo averiguar en cuál de todas está.

Todos hundimos los hombros al mismo tiempo, con Mekhi presente en nuestros pensamientos. ¿Cómo vamos a salvarlo si no

encontramos a la reina?

—Tal vez lo sepa Nyaz —sugiere Maroly.

—¿Quién es? —inquiere Macy.

—El posadero de un pueblo en el que Hudson y… —me detengo justo a tiempo y rectifico— Humito se hospedaron.

—El festival Lluvia de Estrellas es esta semana —recuerda Maroly cambiando de tema—. ¿Vas a volver a actuar, Hudson?

—Uy, esto tengo que oírlo —dice Jaxon arrastrando las palabras —. ¿Qué clase de «actuación» hizo Hudson la otra vez, Maroly?

El sarcasmo de Jaxon pasa desapercibido para ella.

—Por desgracia, me lo perdí, pero me dijeron que se formaron varios clubs de fans desde que él…

De repente Arnst interrumpe a su mujer gritando: «¡Han vuelto!», antes de apartarse de la mesa y salir del comedor a toda velocidad.

—¿Quiénes? —Lo sigo con la mirada sin comprender nada.

—¿Necesita ayuda con ellos? —Hudson se levanta y se va tras Arnst hacia la puerta principal.

—¿Lo ves? —dice Maroly a nadie en concreto—. Es que es todo un héroe.

Hasta yo pongo los ojos en blanco ante semejante afirmación.

—¿Adónde va Arnst, Maroly? —pregunto mientras seguimos a Hudson hacia la parte delantera de la casa.

Llegamos justo a tiempo para ver que Arnst agarra una pala enorme del porche y recorre el camino bordeado de arbustos que transcurre de la puerta delantera al jardín de Maroly, con Hudson pisándole los talones.

Segundos más tarde se oyen unos gritos seguidos por varias personas corriendo hacia las lindes de la granja.

—¡Y no volváis por aquí! —aúlla Arnst tras ellos—. ¡O a la próxima veréis para qué sirve esta pala!

—Esta gente se está convirtiendo en un problema cada vez mayor —asevera Maroly negando con la cabeza.

—¿Qué gente? —pregunto, porque la última vez que estuvimos aquí no vimos ni un alma. Y mentiría si dijera que no me ha invadido el miedo a que un cazador nos haya seguido hasta el Reino de las Sombras.

—Ladrones de tierra —escupe Arnst, que ha regresado al porche y ha dejado la pala en una esquina.

Volviendo detrás de Arnst, Hudson y yo intercambiamos miradas de desconcierto.

—Disculpa, Arnst. ¿Has dicho «ladrones de tierra»? —exclama Hudson.

—Sí, normalmente vienen en mitad de la noche y roban tierra de los cultivos, pero los de esta noche eran unos auténticos desconsiderados. Vaya panda de caraduras, entrando en el jardín de Maroly como si fuese su casa. —Arnst mueve la cabeza de un lado a otro—. Adónde iremos a parar…

—¿Es muy habitual aquí? —pregunta Jaxon mientras regresamos al comedor acompañados por el estrépito de nuestros pasos—. Eso de robar tierra.

—No, no lo es. Pero algunos se piensan que nuestra tierra es especial —le explica Maroly.

—¿Y lo es? —interviene Heather.

Arnst y Maroly intercambian una larga mirada antes de que Arnst responda al fin:

—En absoluto.

Quiero saber más sobre el tema, preguntarles a los dos sobre este cambio repentino y extraño, pero antes de poder hacerlo Maroly habla:

—No dejemos que esto nos arruine la noche. Antes de este desagradable incidente estábamos hablando de cómo conseguir que os reunáis con la reina de las sombras.

Pronuncia «reina de las sombras» en voz baja, como si fuese una palabrota.

—Sí, volvamos a eso —acepta Arnst.

Sigo encontrando muy extraño que la gente haya decidido arbitrariamente, según parece, que robar tierra de un cultivo agrícola sea algo que deban hacer. Pero, como es evidente que Maroly y Arnst no quieren hablar más de ese asunto, decido ayudarlos a cambiar de tema. Resulta más fácil ahora que sé que no vamos a tener que pelear contra unos cazadores de manera inminente.

—¿Suele salir para asistir a alguna clase de acontecimiento o celebración? —pregunto.

—No lo creo. No se ha dejado ver mucho desde su encuentro con Hudson… —Maroly deja de hablar para volverse y mirar a Hudson con una extraña expresión en la cara—. Aunque yo diría que, si llega a sus

oídos que has regresado, saldría sola de su escondite.

—Coincido. Debemos averiguar cómo hacer que se entere —comenta Heather—. Seguro que si sabe que Hudson está aquí, esperándola, nos prestará atención.

—Si respiramos, seguro que nos presta atención —suelto yo—. La última vez que nos vio, Hudson la lanzó de cabeza por encima de un muro delante de un montón de súbditos suyos.

—¿En serio? ¿Lanzarla por encima de un muro es lo mejor que se te ocurrió? —exclama Jaxon mientras niega con la cabeza, como si estuviese avergonzado de su hermano.

—Si se te ocurre algo mejor, te invito a que lo intentes cuando la encontremos —replica Hudson—. A lo mejor puedes arrojarla por alguna ventana, que es prácticamente lo mismo, ¿no?

—¿Podemos volver al tema que nos ocupa, por favor? —pido para detener esa pelea fraternal—. El propósito de todo esto es reunirnos con la reina de las sombras para hacer un trato con ella. Y, aunque pienso que Hudson podría atraer su atención con bastante facilidad, me da que no es de las que se dejan llevar por sus impulsos. Vino a por nosotros cuando llegamos por primera vez a Noromar, pero cuando la eludimos tardó años en volver a intentarlo, y solo lo hizo cuando nos consideró una amenaza para sus planes. No tenemos tanto tiempo que perder.

—Entonces, hemos de llamar su atención a lo grande —responde Heather.

—¿Qué tal si lo dejamos por ahora? —sugiero al ver que Maroly se levanta para recoger los platos—. Pasaremos la noche aquí y mañana, cuando partamos, iremos a Adarie a ver a Nyaz. Si él sabe dónde está, nos dirigiremos hacia allí y, de ser necesario, tomaremos medidas drásticas para llamar su atención.

—Me parece el mejor plan que hemos tenido hasta ahora —interviene Eden mientras estira el brazo para apoyarlo en el respaldo de la silla de Heather.

Heather abre los ojos sorprendida y se queda petrificada, como si no supiera qué está pasando, pero no se aparta. De hecho, se apoya en el respaldo lo justo para que su espalda roce el brazo de Eden.

—A mí me parece un poco rollo —se queja Macy—, pero sensato, seguro. Contad conmigo.

Los demás están de acuerdo también y se pasan los minutos

siguientes recogiendo la mesa y ayudando a Maroly y Arnst a limpiarlo todo.

—¿Por qué no os vais a la cama? —sugiero a los demás—. Ya terminamos Hudson y yo.

—Podemos echar una ma... —dice Eden, pero se detiene en seco cuando me ve inclinar la cabeza tan disimuladamente como puedo hacia Hudson, que sigue mirando de vez en cuando la mochila de Tiola con ojos tristes—. ¿Sabes qué? Estoy hecha polvo.

—¡Y yo! —añade Flint, que ha pillado al vuelo lo que intentaba decirles y bosteza con efusividad—. Podría quedarme dormido aquí mismo.

—Menuda novedad —comenta Jaxon tras lanzar un bufido, pero sigue a Flint hasta la puerta—. Muchas gracias por la cena, Maroly y Arnst. Os lo agradecemos mucho.

—Si no has comido nada —expresa Maroly negando con la cabeza entre risas.

Él asiente como diciendo: «*Touché*» y, a continuación, le aguanta la puerta para que los guíe hasta la cabaña.

Maroly no tarda en regresar, y Hudson y yo nos quedamos solos con Tiola y su familia. Cuando terminamos de secar y guardar los platos, les volvemos a dar las gracias.

—Os habéis portado muy bien con nosotros y os estamos agradecidos de corazón.

—No hace falta que nos agradezcáis nada —manifiesta Arnst con una sonrisa—. Me gustaría creer que otro haría lo mismo por Tiola si lo necesitase. Además, después de todo lo que Hudson sacrificó para salvar a tantos de los nuestros, esto es lo mínimo que podemos hacer.

—Es un milagro —respondo con una sonrisa burlona.

Hudson me lanza una mirada compungida y articula un «lo siento» con los labios sin que ellos lo vean, pero yo solo niego con la cabeza. Porque, ahora que he superado la tristeza inicial de ver que no tengo la misma relación que tenía antes con esta gente, no pienso bajarme jamás del Tren del Aprecio por Hudson.

Merece mucho más del que ha recibido en toda su vida.

No puedo evitar fijarme en él cuando lanza otra mirada a la mochila de Tiola, y le doy un codazo con suavidad.

—Ve a por ella —susurro—. Ya ha aprendido la lección.

Hudson no pierde ni un segundo en ir a por la mochila y

desabrochar el cierre. Mete la mano y saca con cuidado a la pequeña umbra, la acuna entre sus brazos y le susurra disparates al oído. Cuando ella se acurruca aún más en el recodo del brazo, observo que relaja los hombros y me doy cuenta de que estaba nervioso por si ella no le perdonaba haberle dado aquella valiosa lección.

Morderme es una cosa. Se lo perdono sin problemas. Pero ¿qué pasa si muerde a alguien verdaderamente peligroso? Es mejor que aprenda a no morder ahora, por muy dolorosa que sea la lección para Hudson.

Vuelve con el resto de nosotros, moviendo las caderas a izquierda y derecha mientras mece a Humito en sus brazos. No sé si sabe que lo está haciendo, y eso hace que se me derrita el corazón todavía más.

—Mañana por la mañana Arnst os trazará un mapa con la mejor forma de llegar a Adarie —comenta Maroly, que por fin nos acompaña por el pasillo hasta la misma habitación que compartimos la última vez que estuvimos allí—. Podréis partir después.

Le volvemos a dar las gracias, pero ella rechaza con un gesto nuestra gratitud antes de cerrar la puerta a sus espaldas.

Una vez solos (o casi solos, teniendo en cuenta que Humito sigue durmiendo en sus brazos), Hudson se vuelve hacia mí.

—Lo siento —dice—. Ni siquiera se me ocurrió pensar cómo podrías sentirte al encontrarte con gente que te importa, pero que no recuerda quién eres ni que ya te conocieron una vez.

—No tienes que sentir nada. No pasa nada. No lo sabíamos. —Me mira con escepticismo—. Lo digo en serio. ¿Ha sido un poco raro al principio? Pues sí, pero ahora lo estoy hasta disfrutando.

—¿Disfrutando? —exclama esta vez francamente perplejo.

Pero yo le dedico una sonrisa burlona.

—¿Estás de coña? ¿Cómo no voy a disfrutar esto? Me encanta esa especie de altar por Hudson que se han montado ahí fuera. —Hace un ruido profundo y gutural para que deje en paz el temita—. Me parece una verdadera maravilla. Te mereces todos esos elogios. Y esa estatua es un pasote.

—¿De dónde diantres han sacado eso? —pregunta con un quejido y llevándose la mano a la cara.

—No tengo ni idea. A lo mejor la encargaron.

—¿Que la encargaron? —La consternación impregna tanto su acento que ahora las palabras apenas resultan reconocibles—. ¿No te

parece que está un poco torcida? Me pensaba que estaban tomándome el pelo todo el rato, pero, vamos, ¿cómo iban a tener ese despliegue listo en la mesita sin saber que venía?

—¡No está torcida! —le aseguro—. Es increíble. Hasta han acertado con el peinado.

—No es verdad.

Su tono no deja lugar a réplicas, pero ¿cuándo ha sido eso un problema para mí?

—Uy, yo creo que sí. —Sigo atormentándolo—. ¡Te han hecho clavadito! Ahora tienes que posar para mí.

Levanta una ceja de golpe.

—Posar para ti.

Más que una pregunta es una expresión de terror, lo cual me complica aún más que no me parta de risa.

—¡Venga, vamos! —insisto—. Haz esa pose.

Por si finge no saber a qué pose me refiero, imito yo misma la posición de la estatua. Cabeza alta, hombros atrás, pecho fuera, manos en las caderas.

Ahora levanta la otra ceja.

—¿Es esa tu pobre imitación de Superman?

—Es mi intento de imitar tu estatua y lo sabes —replico—. Venga, vamos. Pon esa pose. Solo una vez.

—No voy a hacerlo.

—Por favooor, cuchi cuchi.

Gesto de turbación completo en su rostro.

—¿Cómo acabas de llamarme?

—Cuchi cuchi —repito con mi sonrisa más encantadora.

—Nunca vuelvas a llamarme así. Jamás.

—Te juro que no lo haré… si posas para mí.

Niega con la cabeza mientras se acerca a la cómoda y saca por completo uno de los cajones.

—Nada en este planeta va a lograr que haga esa pose delante de ti.

Hudson se lleva el cajón a un lado de la cama y lo deja en el suelo. Luego coge una de las almohadas de la cama y la mete dentro del cajón.

—¿Nada? —insisto con los ojos muy abiertos.

—Absolutamente nada —asegura él, que se pone en cuclillas para

colocar a la umbra dormida sobre la almohada con sumo cuidado. Ella resopla quejumbrosa, pero se acomoda en la almohada, profundamente dormida.

—Está bien —acepto y, despreocupada, me encojo de hombros—. Si espero el tiempo suficiente, acabarás haciéndola de manera natural.

Se levanta de nuevo con la espalda recta como un palo de escoba.

—Te aseguro que no.

—Seguro que la haces. Bueno, tu pecho no suele sobresalir tanto como el de la estatua, pero, aparte de eso, es una copia idéntica de tu…

Me detengo al quedarme sin aliento, pues Hudson ha atravesado la habitación y me ha lanzado a la cama de un placaje.

—Retíralo —exige. Su bello rostro está a milímetros del mío.

—¿Que retire el qué? —pregunto inocentemente.

Él entorna los ojos.

—Grace.

Yo entorno los míos.

—Hudson.

—¿Así que esas tenemos?

Agarra mis muñecas con una de sus largas manos.

Me vuelvo contra él, retorciéndome y agitando las caderas en un intento juguetón de zafarme de él. Derribar a un chico normal con el físico de Hudson me costaría bastante aun teniendo un buen día, pero ¿derribar a un vampiro que no tiene intención alguna de ir a ninguna otra parte? Eso es prácticamente imposible.

Y eso antes de ponerme las muñecas por encima de mi cabeza.

—Retíralo —repite mientras se coloca a horcajadas sobre mí.

—¿O qué? —pregunto negándome a ceder lo más mínimo.

No me responde a pesar del brillo diabólico que hay en sus ojos. En lugar de eso, solamente me dedica su sonrisa más encantadora.

Y entonces comprendo que me he metido en un buen lío.

43

Noches sombrías a altas temperaturas

Lo primero que hace Hudson es deslizar la mano que tiene libre por debajo de mí.

—No —le digo retorciéndome de la risa—. ¡No, no, no, no, no!

Me ignora y mueve los dedos cada vez más hacia abajo por mi costado.

—¡Ni se te ocurra! —grito abriendo mucho los ojos.

Pero es demasiado tarde. Ya ha llegado a ese punto en la parte derecha de mi cadera que no comparto con nadie.

Ese punto que descubrió hace ya unos cuantos meses y con el que ha disfrutado atormentándome desde entonces.

El punto que, sin importar cuánto me resista, me convierte en un desecho histérico y risueño cada vez que me hace cosquillas.

Se me escapa una carcajada en cuanto desliza los dedos por esa zona tan sensible, y lo único que consigo con eso es que se lance a un ataque de cosquillas más feroz y que no pare hasta que me estoy riendo tanto que se me saltan las lágrimas.

—¡Para! —jadeo cuando ya no puedo más—. Para, por favor…

Como no es un desalmado, se detiene al instante y me deja respirar un segundo. Y justo cuando pienso que ha acabado, que ha dado la tortura por terminada, vuelve a lanzarse a por otra ronda.

La parte positiva es que me estoy retorciendo con tanta fuerza que tiene que soltarme las muñecas. Entonces consigo inclinarme hacia atrás, lo suficiente como para coger una almohada con las yemas de los dedos. En cuanto la agarro, le golpeo con ella tan fuerte como puedo.

Como premio recibo un satisfactorio «paf» cuando le da de pleno en la cara. Ahora le toca a él soltar un gruñido de asombro. En cuanto se aparta hacia atrás por la sorpresa, me aprovecho de mi ventaja y

empiezo a pegarle con la almohada suave y esponjosa en el hombro, el pecho y la cara.

Él contraataca entre risas y vuelve a por más cosquillas, pero esta vez estoy preparada para él. Vuelvo a darle un golpe con la almohada, en esta ocasión en el costado, y lo hago con todas mis fuerzas.

No le hace daño, la almohada es demasiado mullida, pero sí que vale para que afloje el agarre que tenía en mis caderas con sus rodillas. Y es lo único que necesito.

Me lo quito de encima de un empujón mientras sigo golpeándole sin parar. Y, cuando se coloca de espaldas sobre la cama y levanta ambas manos en un intento por agarrar la almohada la próxima vez que caiga sobre él, aprovecho la oportunidad y me subo a horcajadas encima de él.

Al intentar asirme de las caderas para quitárseme de encima, levanto la almohada por encima de la cabeza en una evidente amenaza.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —pregunto con mi voz más desafiante, aunque ahora mismo no creo que tenga mucho de amenaza, porque me lo estoy pasando de miedo. Pero la intención es lo que cuenta, o eso me digo.

—Bastante seguro —contesta con arrogancia al tiempo que cierra los dedos alrededor de mis caderas.

Entrecierro los ojos.

—Sabes que me las vas a pagar, ¿verdad?

—Cuento con ello —responde antes de volver a atacar, rápido, certero, letal.

Me quita la almohada de las manos, la lanza al otro extremo de la habitación, nos hace rodar para que me quede boca abajo en la cama y se sienta a horcajadas encima de mí.

—¿Y ahora qué tienes que decir, Gracy, cuchi cuchi? —me susurra en el oído.

—¿Qué quieres que diga? —bromeo con él mientras restriego mis caderas por las suyas.

Me murmura en el oído y noto su cálido aliento:

—Creo que las palabras que buscas son *tiempo muerto*. Aunque también aceptaría un «me rindo» o incluso una bandera blanca si no hay más remedio.

—Vaya, qué considerado.

Se encoge de hombros.

—Se me conoce por mi generosidad.

—Ya, pues a mí se me conoce por mi determinación. —Y, con eso, uso hasta el último ápice de fuerzas que tengo para tirarnos de la cama, directos al suelo.

—Me parece que esto ya nos ha pasado antes —asegura cuando aterrizo encima de él.

—Ya, pero esta vez soy yo la que está arriba.

Hundo las rodillas a los lados de sus caderas, le rodeo las muñecas con las manos y estiro los brazos por encima de su cabeza. Bueno, todo lo que me es posible estirarlos por encima de su cabeza.

—Parece que me has pillado —susurra, sus traviesos ojos azules brillan con interés.

—Eso parece —contesto—. Ahora la pregunta es... ¿qué voy a hacer contigo?

—Se me ocurren unas cuantas ideas al respec... —Se calla cuando una recién levantada Humito suelta un ensordecedor aullido de irritación desde su sitio, dentro del cajón.

Segundos después sale con dificultad y nos riñe como si nos hubiéramos comido la última galleta de la caja. Después se dirige a la ventana, la abre y se pierde en la noche.

—¿Deberíamos seguirla? —pregunto mientras empiezo a levantarme.

Pero Hudson me sujeta por las caderas y me coloca de nuevo donde estaba.

—Tiola me ha contado que sale de casa todas las noches. Aunque todavía es un bebé, le gusta ir de caza nocturna con las otras umbras.

—Igual que hacía antes. —Le sonrío.

Me devuelve la sonrisa.

—Igual que hacía antes.

Y, durante este instante, parece que todo va bien en el mundo.

Él también debe de sentirlo, porque alarga los brazos para enredar los dedos en mis rizos antes de bajarme la cara hacia la suya lentamente, con delicadeza pero de forma inexorable.

—Eres preciosa —susurra.

—No tanto como tú.

Se abre paso con los dedos entre mis rizos hasta que me coloca la mano en la nuca para acercarme más a su cara y dejar un rastro de

besos por mi mandíbula.

—Me parece que no estamos de acuerdo en eso.

—Me parece bien. —Suspiro e inclino la cabeza para que tenga mejor acceso.

Pilla la indirecta y me araña con los colmillos la sensible piel que tengo debajo de la oreja antes de deslizarse lenta, muy pero que muy lentamente, hacia la garganta y de ahí hacia la clavícula.

En mi interior hay un estallido de calor, como el del sol al alba, que me llega a todas las terminaciones nerviosas y me derrite de dentro afuera. Cierro las manos en sus hombros, arqueo el cuerpo contra el suyo y lo acerco más a mí.

Parece que hace una eternidad desde que me abrazó así, desde que me tocó así. Y, aunque fue justo anoche en la Corte Gargólica, han pasado muchas cosas desde entonces. Y ahora mismo no estoy pensando en ninguna de ellas. Ahora todo lo que estoy pensando, lo único en lo que puedo pensar, es en Hudson.

En su boca. Sus manos. Su alma. Lo deseo. Es más, lo necesito.

Me muevo un poco para que pueda incorporarse. Cuando lo hace inclino todavía más la cabeza hacia un lado en una súplica silenciosa para que me dé más de él… Todo de él.

La única respuesta de Hudson es un gruñido desde lo más profundo de su garganta antes de lamerme de arriba abajo el pulso que me late en la base del cuello.

Me recorren la columna escalofríos de placer, me encienden desde el interior. Se me expanden por las terminaciones nerviosas hasta abrirse paso por las mismísimas células. Hasta que no hay ni una sola parte de mi cuerpo que no lo anhela, que no arde con deseo, desesperación y amor.

Tanto amor que ya no me lo puedo guardar dentro. Tanto amor que mana de mí, envuelve a Hudson y lo acerca cada vez más y más.

Nos entrelaza con más fuerza todavía, hasta que solo puedo sentirlo a él. Hasta que solo puedo saborearlo, olerlo o escucharlo a él.

Vuelve a pasarme los colmillos por el lugar donde me late el pulso una y otra vez hasta que no soy más que un desecho tembloroso que gimotea sin parar. Me arqueo contra su cuerpo estremeciéndome, ardiendo, anhelando.

—Por favor —murmuro con la voz entrecortada; se me caen las palabras de los labios como sollozos… o plegarias—. Por favor,

Hudson. Por favor, por favor, por favor.

De nuevo vuelve a pasarme los colmillos por la piel. De nuevo vuelvo a estremecerme y a arquearme contra su cuerpo en un intento desesperado de acercarme más a él. Ahora mismo treparía a su interior si pudiera. Así de desesperada estoy por sentirlo todo, por tenerlo todo.

Las preocupaciones de antes arden en la estela de la supernova que está convirtiendo mi piel en leña y mi interior en cenizas.

—Por favor —repito, solo que esta vez es más bien una orden que una súplica.

Hudson debe de darse cuenta, porque suelta una risita desde lo más profundo de su garganta. Susurra mi nombre. Y después ataca, me atraviesa la piel con los colmillos de un suspiro a otro.

El éxtasis estalla en mi interior mientras bebe, mi cuerpo erupciona un poco más con cada sorbo que da contra mi piel.

Bebe, bebe y bebe, hasta que no distingo dónde acabo yo y dónde empieza él. Y después bebe un poco más.

Es lo que quería y lo que necesitaba ahora mismo, así que lo abrazo para pegarlo a mí tan fuerte y tanto tiempo como puedo. El futuro es incierto, puede que incluso lo sean los próximos momentos. Pero ¿esto? Nunca he estado más segura en mi vida de que soy el calor, la conexión y el poder que arde entre mi compañero y yo.

Cuando acaba, cuando rompe la conexión y lame el hilito de sangre que sale de mi herida, me mantiene pegada a su cuerpo y al mismo tiempo se levanta y nos lleva de vuelta a la cama.

—Te quiero —musita en el momento en que me coloco encima de él.

—Yo también te quiero. Muchísimo.

Y aunque haya un montón de cosas de las que tenemos que hablar, cientos de preguntas que me muero por hacerle, no digo nada más. Porque quién sabe qué nos van a traer los días venideros, así que lo único que quiero es pasarme estos instantes en los brazos del chico al que amo. Lo demás puede esperar un poquito más.

Nos pasamos el resto de la noche así, enredados el uno en el otro mientras nos sumimos en un estado a medias entre el sueño y la consciencia. Sé que necesito descansar, pero no sé cuánto tiempo va a pasar hasta que podamos volver a hacer esto y no quiero malgastar ni un segundo.

Pero el tiempo no espera a nadie. Y, cuando el mundo comienza a despertar bajo el vasto cielo morado, Hudson me suelta por fin.

44

Nunca es tan fácil como contar hasta libre

Mientras entro en la ducha unos minutos después de salir finalmente de la cama, me asaltan un montón de preguntas.

¿Vamos a poder convencer a la reina de las sombras de que nos dé el antídoto para Mekhi?

¿Vamos a ser capaces de hacer lo imposible, sea lo que sea, para ayudar a separar a Lorelei y a su hermana para siempre?

¿De verdad lograremos encontrar a ese contrabandista que Hudson está tan convencido de que existe para abrirnos paso a través de la barrera?

Me repito que conseguiremos todo lo que hemos venido a hacer aquí. Que todo va a funcionar. Que, de algún modo, siempre funciona.

Pero, a medida que la ansiedad se me va acumulando dentro, haciendo que el estómago me duela y que los pulmones me ardan como si les faltase el aire, me cuesta mucho creer que todo va a salir bien. Y más todavía ignorar todo lo que sigue pendiendo sobre mí: la Anciana reuniendo un ejército de cazadores, Hudson y la relación que tiene con la Corte Vampírica que sigue sin explicarme.

«No pasa nada», me digo mientras termino de lavarme el pelo y cierro el grifo de la ducha.

«No pasa nada», repito en cuanto me seco y me pongo un jersey magenta y mi par de vaqueros favorito.

«No pasa nada», digo una vez más cuando me recojo el pelo con una pinza en la nuca para apartármelo de la cara.

Pero nada de eso parece importar, porque un ataque de ansiedad se apodera de mí y me desplomo sin gracia en el suelo.

Apoyo las manos sobre las piernas cruzadas en un intento desesperado por llenar de aire el pecho como si de pronto hubiese permanecido debajo del agua durante demasiado tiempo.

No funciona.

Cuento hacia atrás desde diez e intento respirar hondo una vez más. Sigue sin funcionar.

Ahora es como si me estuviese asfixiando, así que me agarro la garganta para intentar abrir las vías respiratorias.

—¿Grace? —me llama Hudson. Parece preocupado.

—¡Un minuto! —digo con voz entrecortada, intentando sonar tan natural como me sea posible teniendo en cuenta que un elefante de seis toneladas acaba de aposentarse sobre mi pecho.

Pero no debo de sonar muy normal, porque apenas pasan dos segundos antes de que la puerta del baño se abra de golpe y Hudson aparezca allí, de pie, con el ceño fruncido de preocupación.

Se me queda mirando, pues estoy con el cuerpo doblado, luchando contra mí misma, y cruza la habitación de una sola zancada.

—Estás bien, Grace —me dice mientras me levanta de nuevo con sumo cuidado—. Tú puedes con esto.

Yo niego violentamente con la cabeza. No parece que pueda con esto. De hecho, ahora mismo siento que me estoy ahogando.

—Sí puedes —repite, y apoya una mano apacible en mi pecho—. Muéveme la mano arriba y abajo.

—No puedo —respondo con dificultad.

—Sí puedes. —Su voz es estable, firme—. Coge un poco de aire, Grace. Muéveme la mano arriba y abajo, solo un poquito.

—No puedo —insisto yo, pero lo intento de todas formas.

Obligo a mi pecho a moverse, apremio a los pulmones a aceptar un pequeño soplo de aire.

—Perfecto —dice Hudson al ver que su mano asciende y desciende levemente—. ¿Puedes volver a hacerlo?

Asiento, aunque no estoy muy segura de ello. Pero esto es mejor que morirse, así que vuelvo a coger aire, esta vez un poco más hondo antes de volver a expulsarlo poco a poco.

—Eso es. Lo estás haciendo genial. Ahora, uno más, pero aguántalo, ¿vale?

Hago lo que me pide. Respiro un poco más hondo con sosiego y, esta vez, cuento hasta cinco antes de soltarlo lentamente. A continuación vuelvo a inhalar y aguanto el aire hasta siete.

Mientras lo hago siento que los latidos del corazón se vuelven un poquito más lentos. Noto que el estómago se destensa y los músculos

se me relajan. No mucho, pero lo suficiente para que la siguiente inhalación sea cada vez más fácil (y la siguiente y la siguiente).

Esta vez, mientras cuento atrás desde veinte, siento que de verdad funciona. Noto que la ansiedad disminuye y los miedos que me rondaban la cabeza desde que me he despertado esta mañana van reduciéndose hasta volverse de nuevo manejables.

De todas formas, cuento una vez más (esta vez hasta veinte) antes de volver a respirar profundamente y soltar el aire poco a poco.

Luego me muevo para poder apoyar la frente en el pecho de Hudson.

—Gracias —susurro.

Él niega con la cabeza.

—No tienes que darme las gracias por nada. Lo has conseguido tú sola.

No es verdad. Esta vez había entrado en bucle de verdad y él me ha ayudado a salir de él cuando no encontraba la manera de hacerlo. Ha estado a mi lado, como siempre, y, mientras me rodea la cintura con sus brazos y me da besos en la cabeza, me digo que no necesito más.

Al menos hasta que dice:

—Sé que sigues preocupada por lo que has visto en la Corte Vampírica, pero te prometo que no tienes de qué preocuparte, Grace.

45

Suave como una nubecilla

—No es que me preocupe —le digo unos segundos después—. Es que no entiendo por qué no me estás contando nada.

Hudson no contesta de inmediato. En vez de eso, mira por encima de mi cabeza, directo al espejo que no muestra su reflejo ni su expresión. El silencio dura tanto tiempo que no puedo evitar preguntarme si está intentando dar con la mejor respuesta para mi pregunta o si está tratando de inventarse la mejor mentira.

Al final no hace ninguna de las dos cosas. Se limita a sonreírme.

—El tiempo no nos cambia. Solo nos revela.

Por un instante estoy segura de que lo he oído mal. Y entonces me doy cuenta.

—¿Es una cita? ¿En serio estás tirando de citas famosas conmigo?

—¿Sabes de dónde es? —pregunta, y por su mirada sé que de repente se ha tomado muy en serio el asunto, sea el que sea.

—No tengo ni la más mínima idea.

Da un paso atrás y se pasa una mano por el pelo.

—La cita proviene de uno de los diarios de un dramaturgo suizo. Max Frisch.

—Pues vale —le digo mientras repaso las palabras en mi cabeza intentando averiguar a qué se refiere. Normalmente soy experta en los comentarios crípticos de Hudson, pero aquí hay mucho en lo que ahondar.

—Quiero revelarme a ti, Grace. Quiero decirte todo lo que tengo en la cabeza. Pero ahora mismo no puedo, sin importar lo mucho que lo quiera.

No pronuncio palabra durante varios segundos mientras intento descifrar a qué se refiere. Sé que es algo importante, pero todavía no he llegado a ninguna conclusión. Al final, como no tengo más idea, pregunto:

—¿Esto es por la Corte Vampírica?

—Que le den a la Corte Vampírica —contesta con desdén—. Lo que quieran o lo que esperen de mí me importa una mierda. Y tampoco debería importarte a ti.

—Tu felicidad me importa...

—Nunca en mi vida he estado más feliz que ahora mismo —declara—. Siendo tu compañero. Siendo el rey gárgola. Construyendo una nueva vida juntos y con nuestra gente. Me crees, ¿verdad?

—Pues claro —afirmo tras pensarlo un segundo para asegurarme de que es la mejor respuesta y la más sincera que puedo ofrecerle—. Es solo que no quiero que te arrepientas de nada.

—¿De qué me voy a arrepentir?

—¿Nos hemos equivocado al no plantearnos renunciar al trono gargólico en vez de al trono vampírico? —pregunto varios segundos después—. Y, de ser así, ¿deberíamos planteárnoslo ahora? ¿Es eso de lo que no quieres hablarme?

No me cuesta creer que haya podido dar en el clavo. ¿Cómo no? Si sé que Hudson lo sacrificaría todo, lo que fuera, por mi felicidad. ¿Es esta otra cosa más que cree que tiene que sacrificar para que yo sea feliz? ¿Otra elección que no quiere pedirme que tome porque cree que saldrá perdiendo?

Solo pensarlo me destroza.

—La Corte Vampírica es tu legado. Si la quieres...

—Esa abominación no es mi legado —espeta con desdén.

Es el primer sentimiento real que me ha mostrado desde que encontré el despacho destrozado de Cyrus, y retrocedo por la sorpresa.

Se da cuenta, cómo no, y acaba cogiendo aire él también y soltándolo poco a poco. Cuando vuelve a hablar, su voz es perfecta y agradable, aunque su mirada siga echando unas leves chispas.

—Lo que tú y yo estamos construyendo juntos es mi legado, Grace. La Corte Gargólica será mi legado. Nuestra vida, nuestros hijos... serán mi legado, nuestro legado. Y si quiero mandar a tomar por culo la Corte Vampírica, pues eso mismo haré. Pero ¿todo lo demás? —Niega con la cabeza y deja escapar un suspiro silencioso—. ¿Dejar que veas toda la mierda que me pasa por la cabeza ahora mismo mientras intento desentrañar todo lo que ha sido y fue? No estoy preparado para revelarme así ante ti. Todavía no. Y puede que nunca lo esté. ¿Podrás vivir con ello?

Quiero asegurarle que podré, que lo haré, pero la verdad es que no lo sé. No tiene por qué contarme todo lo que ocurre en su interior, pero ¿y las cosas importantes? Lo de remodelar la Corte Vampírica, liarse a mazazos en el despacho de su padre, urdir un plan que cree que, de alguna forma, equilibrará nuestros deberes para con el Círculo… Sí, esas son las cosas que quiero que me cuente.

Pero, entonces, pienso en todo lo que Hudson ha tenido que pasar para llegar hasta aquí, hasta este momento. El dolor, el trauma que vivirá dentro de él para siempre y que quizá nunca me revele para que podamos lidiar con ello juntos… Aunque la verdad es que no me queda otra que estar de acuerdo con lo que me pide. Ha pasado un infierno en esa corte. A manos de su padre, sí, pero también a manos de todo el mundo que sabía lo que estaba pasando y no trató de impedirlo.

Es normal que lidiar con todo esto —con la corte, la abdicación, la falta de liderazgo en una corte que intenta aferrarse a él— esté haciendo resurgir ese trauma infernal de lo que vivió allí. Ha pasado mucho tiempo enterrándolo, ocultándolo y rehaciéndose a sí mismo y a su vida de la forma que él quiere. Pero el trauma nunca se queda bajo tierra, y no puedo ni imaginarme el dolor que tiene que estar sufriendo al ver que no puede ignorarlo. Al ver que no puede controlarlo como a él le gustaría.

Y, en vez de ayudarlo a superarlo, en lugar de aceptar el pasado que está dispuesto a compartir conmigo, sigo pidiendo más. Sigo insistiéndole para entender lo que no creo que él pueda entender ahora mismo.

Cosa que me convierte a mí en la capulla de esta situación, y no a él.

Porque nadie tiene derecho a decidir nunca por otros cómo, cuándo o siquiera si deberían lidiar con sus traumas. Ni aunque sea su compañera.

—Oye. —Camino hasta él y le rodeo la cintura con los brazos. Se pone tenso cuando lo toco, tiene el cuerpo entero preparado para otro ataque y odio que se sienta así. Y odio todavía más ser ahora yo otra de esas cosas en su vida ante las que tiene que defenderse—. No tengo prisa —aseguro mientras le dibujo círculos en la espalda para calmarlo.

Se tensa un poco más.

—No sé qué quieres decir con eso.

—Lo que quiero decir es que estoy dispuesta a esperar tanto tiempo como necesites para abrirte y revelarme esa parte de tu vida. Y, si nunca consigues hacerlo, entonces también me parece bien. Solo quiero que sepas que hagas lo que hagas, digas lo que digas, decidas lo que decidas acerca de la Corte Vampírica, estaré aquí para ti, Hudson. Nada va a cambiarlo.

Asiente, pero no se relaja, y por un instante me temo que no ha servido de nada, que es demasiado tarde. Que ya he sobrepasado los límites, que he dudado mucho de él y que su trauma no le va a permitir encontrar el camino de vuelta. Pero entonces se estremece contra mi cuerpo, me abraza con fuerza y sé que, en lo que se refiere a nosotros, todo va a salir bien.

El resto del mundo podrá arder en llamas, pero nosotros resistiremos en el centro de todo. Ignífugos. Y, por ahora, es todo lo que necesito.

Empiezo a decírselo, pero, antes de que lo consiga, Tiola se planta en el umbral de la puerta abierta.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

—¡Pues claro! —contesta Hudson, tan desesperado por escapar de esta conversación que casi tropieza en su intento de separarse de mí.

—Mamá ha hecho el desayuno, Grace —informa—. Así que tienes que darte prisa o se enfriará.

—Bueno, pues más me vale ponerme en marcha.

Hudson se vuelve para mirarme mientras salimos del baño y le lanzo una mirada penetrante para hacerle saber que tal vez esté dispuesta a esperar que hable conmigo, pero eso no quiere decir que podamos huir a media conversación, sin importar lo incómoda que sea.

Lo último que me apetece ahora mismo es desayunar, pero sería una grosería admitirlo cuando está claro que Maroly se ha molestado en prepararlo para nosotros. Además, ¿quién sabe cuándo volveremos a tener la oportunidad de comer?

—Venga, Tiola —digo ofreciéndole la mano—. Vamos a ver si tu madre ha hecho rollitos de mubes caseros.

—¡Sí que ha hecho, ha hecho, ha hecho! —exclama Tiola dando palmadas—. Y se habrán enfriado lo suficiente para comérselos.

—Pues vamos a zamparnos unos cuantos. Se me hace la boca

agua de pensarlo.

—Eso es porque mi madre hace los mejores rollitos de mubes del mundo entero.

Me dispongo a decirle que es cierto, porque probé muchísimos de estos rollitos dulces cuando estuve en Adarie, así que lo sé de primera mano. Sin embargo, me doy cuenta de que se supone que, al ser mi primera vez aquí, no debería saberlo. Ni siquiera debería saber lo que son los rollitos de mubes.

La idea me pesa en el estómago, pero lo ignoro cuando sigo a Tiola hacia la cocina.

—¡Vaya, qué ganas tengo de probarlos!

Cuando llegamos al comedor, el resto ya está allí, de charla con Arnst y Maroly mientras comen. Analizo las caras de mis amigos y me siento al tiempo que intento averiguar cómo les va.

Parecen estar bien. Flint y Jaxon están sentados en lados opuestos de la mesa, cosa que, por desgracia, parece ser la norma últimamente. Aun así, actúan de la forma habitual, y yo no sé muy bien qué pensar. Eden y Heather tienen las cabezas pegadas y están hablando de algo que no llego a oír. Y Macy..., bueno, Macy está igual que ayer.

Tiene el pelo verde de punta, en todas las direcciones. Lleva un maquillaje de ojos muy elaborado, con raya negra, igual que ayer, pero hoy luce la misma tonalidad de negro en los labios y en las uñas.

No sé cómo, pero le queda igual de bien que el pelo de arcoíris y purpurina que llevaba cuando la vi por primera vez. Está increíble así, pero igualmente me entristece.

Uf. No me extraña que ella y Hudson sean tan buenos amigos. Bajo la superficie lidian con sus mierdas de la misma forma. Se las guardan bien dentro y ponen carteles de NO PASAR por todas partes para poderlas sufrir en soledad.

Que ya no estén solos no parece facilitarles el duelo, por mucho que a mí me gustase que lo hiciera.

Aunque a mí sí que me preocupa, por lo que, en cuanto arreglemos el lío de Mekhi y Lorelei, me voy a asegurar de dejarles bien claro que soy una gárgola, y por tanto tengo más paciencia que una estatua de piedra. Y, aunque ambos tengan una lista interminable de problemas que resolver, esperaré tanto como haga falta, seré el muro en el que puedan apoyarse cuando estén listos para abrirse a alguien.

Ese pensamiento me insta a agarrar un plato y llenarlo con todas las opciones que hay en la cocina antes de tomar asiento junto a mi prima.

—Hola —saludo en cuanto me siento—. Me gusta el pintalabios nuevo.

Se limita a asentir antes de darle un mordisco enorme al rollito de mubes para después hacer un gesto de «no puedo hablar, tengo la boca llena». Me cuesta la vida no poner los ojos en blanco. Pero no pasa nada. Como he dicho, puedo ser paciente.

El desayuno se pasa volando mientras Arnst y Maroly nos aconsejan sobre la mejor forma de llegar a Adarie, porque la última vez que estuvimos aquí, o como ellos piensan, que Hudson estuvo aquí, tuvimos que huir atravesando las montañas.

Hudson y Humito se nos unen a medio desayuno y el corazón sigue dándome volteretas nada más verlo.

Está recién salido de la ducha con el pelo todavía húmedo y cayéndole por la frente, con ese aspecto natural que siempre será mi favorito en él. Y, cuando se desliza en la silla al lado de la mía, huele genial. De maravilla, a ámbar y jengibre con una pizca de sándalo.

No le digo nada, pero cuando me da un toquecito en la pierna por debajo de la mesa, no puedo evitar mirarlo. Y la sonrisita de lado que me dedica, la que usa cuando sabe que se ha metido en un lío y está decidido a librarse de las consecuencias, hace que me derrita a pesar de mis intenciones.

Me cabrea tanto que entrecierro los ojos. Y así solo consigo que su sonrisa se ensanche, porque sabe que he caído rendida. Será capullo.

Aun así no digo nada. En vez de eso le dedico una sonrisa dulce mientras le sirvo una taza de té. Y hago un bailecito de celebración cuando atisbo que un poquito de recelo asoma en sus ojos.

Parece ser que él me conoce tanto como yo a él.

Supongo que pronto descubriremos si eso es algo bueno o malo.

46

Una comunidad muy cerrada

—Debo reconocer que el trayecto ha sido mucho más fácil sin atravesar las montañas —comento mientras llegamos a los alrededores de Adarie unas horas después. Volar ha facilitado y agilizado considerablemente el trayecto en comparación con la última vez que Hudson y yo pasamos por aquí.

—No sé yo. A mí me gustaban las montañas —contesta Hudson. Su voz suena despreocupada, pero cuando me mira hay un centelleo en sus ojos que me provoca taquicardia.

Sé que recuerda la cueva y todo lo que pasó allí, porque yo también lo recuerdo. Es agradable recordar nuestras primeras... cosas juntos.

—¿Y ahora qué? —pregunta Eden, que observa el inmenso muro de piedra morado que rodea el pueblo. Los nuevos y elegantes portones, construidos tras la incursión de la reina de las sombras, están cerrados a cal y canto. Peor, no parece que haya nadie cerca que nos los pueda abrir.

—Podríamos sobrevolar el muro —sugiere Flint.

—No, llamaremos al timbre —le corrijo, y tiro de la cuerda que conecta con la torre de vigilancia.

Suena la campana, y un centinela adormilado se asoma para mirarnos. La gente de Adarie no va a muchos sitios, pero tampoco reciben demasiados visitantes, excepto durante la Lluvia de Estrellas.

—¡¿Qué queréis?! —nos grita.

—Venimos de visita —responde Hudson.

Sus ojos se abren como platos cuando percibe su acento británico.

—¿Hudson? —pregunta inclinándose todavía más hacia nosotros, y es entonces cuando le veo mejor la cara y me doy cuenta de que es el hijo mayor de Nyaz.

Hudson también se ha dado cuenta de ello, porque en su rostro

aflora una sonrisa sincera.

—Hola, Anill. Traigo a unos amigos para que vean el pueblo.

—¡Los amigos de Hudson también son nuestros amigos! —exclama, y lo perdemos de vista.

Poco después un ensordecedor sonido metálico seco atraviesa el aire y los enormes portones empiezan a abrirse.

—¿Y ya está? —pregunta Flint, que pasea la mirada entre Hudson y la puerta como si no se creyera lo fácil que ha sido.

—Ya está —repite Hudson.

Una vez que los portones se abren del todo, vemos a Anill a los pies de la torre de vigilancia esperándonos. Es un poco más alto que la última vez que lo vimos, y se ha cortado el frondoso pelo morado, pero le queda bien el uniforme lavanda de guardia que lleva puesto.

—¿Cómo estás? —pregunta ofreciéndole la mano a Hudson para que se la estreche.

—Estamos bien —responde Hudson intentando incluirme en la conversación, pero niego ligeramente con la cabeza.

Anill no tiene ni idea de quién soy. Puede que hablásemos casi todos los días cuando vivía aquí, y hasta compartimos varias comidas, pero ahora eso no importa. Al menos, no para él.

La sonrisa de Hudson se atenúa al recordarlo, pero se me acerca y me rodea los hombros con el brazo de una manera que es muy poco propia de él.

—Ella es mi compañera, Grace —le comunica a Anill, que vuelve a abrir los ojos sorprendido.

—¿Has encontrado a tu predestinada? ¡Eso es genial! ¡Enhorabuena, amigo! —Se vuelve hacia mí—. Y a ti también, claro. Debe de ser increíble estar con un chico tan alucinante como él.

Jaxon finge atragantarse un poco, pero prefiero pasarlo por alto.

Le dedico una sonrisa a Anill y me aguanto las ganas de preguntarle cómo está su pareja, la dulcísima Stalina.

—Tienes razón. A veces ni yo me lo creo.

Flint resopla al oír mi respuesta, hasta Macy se ríe un poquito, pero Hudson se limita a levantarme una ceja antes de centrar su atención de nuevo en Anill.

—Gracias por abrirnos la puerta. Las medidas de seguridad parecen haber aumentado desde que me fui.

—La nueva alcaldesa insiste en ello. No hacemos más que

repetirle que las probabilidades de que la reina de las sombras nos ataque de nuevo son muy bajas, pero insiste en que estemos preparados. —Suspira—. Yo lo veo algo exagerado, pero supongo que más vale prevenir que curar.

—Estoy segura de que afrontar las consecuencias de la última batalla fue muy duro —comento—. Fue tan devastadora… —Anill me mira con gesto extraño, y recuerdo que en su mente yo no estuve en esa batalla. No estuve presente para combatir contra la reina de las sombras ni para ayudar a liberar a Adarie de la influencia de Souil—. Hudson me lo ha contado todo —me apresuro a explicar—. Me dijo que todos los que participaron aquel día fueron muy valientes.

—Él sí que fue valiente. Todos los de la zona saben lo que hizo por Adarie.

—Me alegro. Se lo merece.

Y lo digo de corazón. Pensar que la gente lo sabe de verdad y que recuerda a Hudson como a un héroe me llena de alegría.

Obviamente, Hudson no piensa lo mismo que yo. La sonrisa desaparece de su rostro mientras pasea la mirada entre Anill y yo. Percibo la frustración en sus ojos, veo el deseo que siente por contarle a Anill que yo también estuve allí.

Pero no necesito que lo haga.

¿Me da rabia que Anill no se acuerde de mí? Sí. ¿Me da aún más rabia que, cuando entremos en el pueblo, ninguna de las personas que tanto me preocuparon sepa quién soy? Por supuesto. Pero volarles la cabeza explicándoles historias alternativas no va a hacer que me recuerden ni tampoco me va a devolver la amistad que perdí cuando me arrancaron de la línea temporal.

Y si no lo va a hacer, ¿qué más da que sepan que estuve aquí luchando o no? No hago lo que hago porque quiera llevarme el mérito. Lo hago porque se tiene que hacer y porque me importa la gente que puede acabar malparada si no lo hago. Mientras Adarie esté a salvo y toda la gente que me importaba cuando vivía aquí esté feliz y sana, nada más importa.

—Estoy bien —le susurro—. En serio, Hudson.

Parece que quiera discutir. Sus ojos azules se estrechan al tiempo que, concentrado, su enorme cerebro intenta encontrar el modo de evadir numerosas leyes temporales inmutables. Pero por algo son leyes, no hay forma alguna de evadirlas, y este es un hecho que al

final tendrá que aceptar.

Entretanto sonrío con ganas a Anill y le digo:

—Muchísimas gracias por dejarnos entrar. Te lo agradecemos mucho.

Él interpreta mi gratitud como lo que es, una indirecta de que tenemos que seguir nuestro camino, y se hace a un lado.

—Aseguraos de pasar luego por la posada y hospedaros allí esta noche. Mi padre se quedará destrozado si os quedáis en cualquier otro sitio.

Destrozado me parece un calificativo exagerado, especialmente sabiendo que el Nyaz que recuerdo no era una persona a quien las emociones lo desbordaran, pero Hudson le asegura que iremos antes de atravesar la puerta en masa.

Entonces nos paramos en seco cuando nos topamos de frente con un cartel gigantesco donde se puede leer: BIENVENIDOS A VEGAVILLE.

47

Fans-tástico

Durante unos segundos no nos movemos. Nos quedamos ahí plantados leyendo el cartel de madera que sin duda lleva escrito el nombre de Hudson. ¿Vegaville? ¿En serio han rebautizado Adarie como Vegaville?

Quiero a Hudson más que nada en este mundo, pero incluso a mí me explota la cabeza.

—Pero ¿qué cojones...? —Jaxon hace la pregunta que todos estábamos esperando.

—¿No habías dicho que el nombre de este sitio era Adarie? —Macy me lanza una mirada inquisitiva.

—Lo... era —contesta Hudson mientras continúa observando el cartel sin pestañear. Es irónico, pero no me cabe duda de que él es el más sorprendido de todo el grupo—. No sé por qué ha cambiado...

—Pues por ti, evidentemente. —Mi prima le da un puñetazo en el hombro que quiere decir «buen trabajo» y, no sé por qué, pero eso parece sorprenderle todavía más.

Sin embargo, yo ya he superado el estupor y estoy decidida a no dejar pasar esta oportunidad.

—Ponte al lado del cartel, que te quiero hacer una foto —le pido, y al mismo tiempo saco el móvil y lo enciendo.

No había visto una mirada como la que me lanza desde que estábamos juntos en la guarida.

—Creo que paso.

Empieza a andar, pero sin acercarse al cartel.

—Pero ¿qué cojones...? —repite Jaxon, quien todavía mira el cartel como si esperara que estallara en una combustión espontánea. O igual es que se piensa que de repente van a salir las palabras «era broma» en letras gigantes. Cuando no pasa ninguna de las dos cosas, por fin niega con la cabeza y sigue a Hudson, como hace el resto.

Caminamos en silencio por las afueras de Adarie, perdón, Vegaville, pero Heather disipa el momento incómodo cuando habla.

—Bueno, cuéntanos más de Adarie, Grace. ¿Cuál es tu cosa favorita de este lugar?

—Pues tengo muchas cosas favoritas —respondo mientras doblamos la esquina—. Pero creo que mi preferida entre todas es, sin duda... —Me callo cuando pasamos por delante de una tienda de regalos, una que tiene un póster gigante de Hudson en medio del escaparate.

—¿Eso es...? —Flint se acerca para mirar de cerca el esculpido pecho que muestra el póster. Después asiente—. Sí, no hay lugar a dudas: esa es tu cara, Hudson.

—Y que lo digas —confirma Hudson, y esta vez suena casi tan preocupado como desconcertado. La preocupación se convierte en alarma cuando Macy y yo salimos corriendo hacia la puerta—. ¡Oye! ¿Adónde vais? —pregunta.

—¡¿Adónde te crees que vamos?! —grito por encima del hombro.

Sé que Mekhi y Lorelei necesitan que nos demos prisa, pero esta mañana ya hemos decidido que nos concederíamos una semana de tiempo para encontrar a la reina de las sombras. Puede que el tiempo funcione de forma distinta en el Reino de las Sombras, pues los años que pasé aquí con Hudson no fueron más que meses en el Katmere, pero no por ello queremos creer que tenemos tiempo de sobra. Lorelei nos mandará un mensaje para ponernos al día en cuanto salgamos de este mundo, pero nos ha asegurado que podrá mantener a raya el veneno por lo menos una semana y media más. Sentimiento de culpa aparte, esto es demasiado gracioso para perdérselo. Demasiado.

Hudson nos alcanza con unas zancadas.

—¿En serio crees que es necesario?

—¿Me estás tomando el pelo? —cacarea Eden a la vez que sujeta la puerta para los demás—. No hay nada que haya necesitado más en la vida.

Entramos a toda prisa mientras un chico en la veintena sale. Mira a Hudson y le dice:

—Tío, menudo pedazo de disfraz.

—¿De qué estás hablando? —responde Hudson con un tono de lo más irritado.

—Hala. ¡Hasta te sale el acento perfecto! —Cuando Hudson sigue

mirándolo sin saber qué está pasando, por fin explica—: El disfraz de HV, tronco. Es superrealista.

—Ya, eso es porque es real —gruñe Hudson.

—Pues eso estaba diciendo. Que da el pego total.

—¿Disfraz de HV? —inquiere Macy.

—Em, sí. Está claro que tu amigo lo está petando con un disfraz prémium de Hudson Vega. De hecho, es uno de los mejores que he visto.

—Disfraz de Hudson Vega —repite Jaxon como si ya lo hubiera oído todo.

—Sí, es el disfraz más popular de Vegaville.

—Cómo no. —Jaxon hace un gesto con la cabeza hacia la tienda —. ¿Los venden aquí dentro?

—Ahí dentro venden de todo. Es como un lugar de culto a HV de la hostia.

—¿Culto a Hudson Vega? —Flint casi se atraganta con las palabras—. Lo siento, pero ¿acaba de decir «culto» a Hudson Vega?

—Pues me da a mí que sí —contesta Eden con un brillo la mar de travieso en los ojos.

—Yo no... No puedo... ¿A qué se ref...? —Al final Flint se da por vencido, deja de intentar formular una frase completa y lanza las manos al aire.

—Cuéntaselo, tío —le pide el tipo a Hudson—. Está claro que tú lo pillas.

—No sé nada de ningún culto. —Hudson se pone la lengua en el interior de la mejilla—. Pero soy el presidente del club de fans de Hudson Vega.

—¿Qué cojones...? —vuelve a mascullar entre dientes Jaxon.

El tipo sonríe.

—Y yo aquí pensando que ese título se lo llevaba mi novia. De hecho, por eso estoy aquí. Los artículos de colección de esta tienda no tienen rival.

—¿Artículos de colección? —repito.

—Uy, sí. Tienen un pasillo entero en esa dirección. —Apunta al lado izquierdo de la tienda.

—Pero ¿qué cojones está pasando? —dice ahora Jaxon.

Empieza a decir algo más, pero estoy demasiado ocupada yendo en la dirección que me ha indicado el chico para escucharlo. Solo

espero poder encontrar lo que nos estaba contan…

Cruzo un pasillo más y me quedo de piedra. Porque no hay forma de pasar de largo los artículos de coleccionista de los que hablaba. Ni de coña.

Ocupan un pasillo entero. ¡Un pasillo entero!

Hay camisetas en las que pone HUDSON VEGA FOREVER. Tazas en las que pone ME CAGO EN TODO con letras rojas. Libretas con su cara sonriente mirándote desde la portada. Trapos de cocina con colmillos de vampiro y con una selección de las expresiones británicas favoritas de Hudson bordadas en ellas. Figurines, tantos tipos distintos que pierdo la cuenta más o menos en la decimosegunda pose que encuentro.

Y, lo que creo que me sorprende más, botecitos de tierra con una etiqueta que reza: AUTÉNTICA TIERRA DE LA GRANJA TAM, TOCADA POR HUDSON VEGA.

De repente, el momento en el que Arnst salió corriendo anoche después de la cena para ahuyentar a los ladrones de tierra cobra mucho más sentido. Al igual que las evasivas suyas y de Maroly después del incidente. Esa gente estaba allí para robar tierra que quizá podría haber tocado Hudson Vega.

Y yo que estaba algo preocupada pensando que podrían ser cazadores… Pero esto es mucho mejor.

Y eso sin mencionar que también acabo de averiguar de dónde habían sacado la estatua de Hudson Vega. Al final resulta que no tenían que haberla encargado ex profeso, solo tenían que entrar en la tienda de regalos más cercana.

Me explota la cabeza. En realidad, mucho más que explotarme. Porque ni en mis fantasías más salvajes me habría podido imaginar algo así. De Hudson o de quien fuera, vaya.

Bueno, igual de Harry Styles sí.

Le echo un vistazo a Hudson para ver cómo se está tomando este giro de los acontecimientos y me lo encuentro contemplando con cara de horror una estatua suya luciendo músculos con el brazo doblado cerca de su cabeza.

Cuando me pilla mirándolo cambia a una expresión impasible. Pero resopla como buen británico que es y dice:

—Estoy bastante seguro de que no he hecho ese gesto en toda mi vida.

—No te preocupes, cariño. A mí me parece que ahí se han tomado muchas licencias artísticas. —Para demostrar de lo que hablo, levanto un vaso de chupito con los ingredientes para elaborar el «cóctel sangriento» favorito de Hudson.

—No puedo beber nada de lo que contiene —asegura mientras entrecierra los ojos para poder leer las letras diminutas del costado del vaso.

—Exacto. —Le sonrío—. Yo digo que obviemos los errores y lo disfrutemos sin más. A ver, ¿a quién más conoces que tenga todo un pasillo dedicado a regalos con su cara?

—Y no te olvides de su propio club de fans —le chincha Macy, y por primera vez en mucho tiempo hay un deje pícaro en sus ojos—. Creo que deberíamos apuntarnos, Grace.

—Estoy totalmente de acuerdo —contesto entre risas—. Puedo chivarles todos sus secretos.

Hudson pone los ojos en blanco.

—Qué graciosa, ¿no?

—Esta es mi favorita —le dice Eden a la par que sujeta una máscara de Hudson de la sección de disfraces y se la pone en la cara —. ¿Cómo estoy?

—Yo, en el infierno —declara Jaxon a nadie en particular mientras contempla horrorizado las estanterías—. En el infierno de verdad.

—No es para tanto. —Flint le coloca a su novio en la cabeza un gorro de nieve en el que se lee LO HAGO COMO HUDSON y después saca la cámara—. Ven, vamos a sacarnos un selfi.

No he visto a Jaxon moverse más rápido en mi vida, y ya es decir.

—Por encima de mi cadáver —bromea con una media sonrisa. Por fin parece verle el lado gracioso a toda esta situación, pero aun así no tarda ni un segundo en quitarse de un tirón el gorro para lanzárselo a Flint antes de salir de la tienda.

—¡¿Con eso quieres decir que te gustaba más la gorra?! —le grita Flint, y todos nos echamos a reír y nos dirigimos también a la salida.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —me murmura Hudson cuando recorremos los pasillos.

—No lo sé, pero creo que deberías disfrutarlo.

—¿Disfrutarlo? —Parece casi tan horrorizado como Jaxon ante la

mera idea.

—Sí, disfrutarlo. La gente por fin se ha dado cuenta de lo increíble que eres y yo estoy totalmente a favor.

—Hay una diferencia entre que no te insulten y que la gente se disfrace de ti en las fiestas —me dice.

—Pues sí —confirmo mientras le deslizo un brazo por la cintura para abrazarlo—. Pero hay gente mucho peor de la que podrían disfrazarse.

Se limita a volver a poner los ojos en blanco, pero atisbo un rubor de satisfacción asomando a sus mejillas. Puede que le dé mucha vergüenza lo excesivo que es lo que acabamos de ver, pero conozco lo bastante bien al niño perdido que hay en su interior como para reconocer que también está un poco contento.

Por eso mismo cojo una gorra en la que pone SEÑORA DE VEGA en cuanto sale a hacer un poco de ejercicio con Humito. Al fin y al cabo, si todo el mundo en este pueblo va a lucir una, supongo que su verdadera compañera también tendrá que llevarla.

Y vale la pena cuando me ve fuera, porque se ríe, ríe y ríe sin parar.

—Te queda bien —me dice dando un tironcito a la visera de la gorra de lentejuelas negras y rojas a la que no me he podido resistir.

—Tú me quedas mucho mejor encima —murmuro mientras los demás están demasiado ocupados explorando Adarie, es decir, Vegaville, como para enterarse.

—Es verdad. —Se le oscurecen los ojos—. De hecho, puede que...

Se calla cuando un espectro artista con una cresta color morado en punta alrededor de una calva muy brillante del mismo color se planta ante nosotros.

—¿Hudson? He escuchado a Anill contándole a la gente que habías vuelto. Tío, ¡menuda oportunidad! Estás emocionado, ¿verdad? —pregunta al tiempo que le tiende una tarjeta morada.

—¿Emocionado? —inquiere Hudson con asombro y los brazos cruzados por encima del pecho.

—Uy, claro —responde el hombre mientras se frota las manos—. Estamos a punto de hacer historia, tío.

48

El poder del estrellato

—Me cuesta creerlo —responde Hudson, que evita con cuidado coger la tarjeta de ese tipo.

No obstante, yo la acepto con una sonrisa y me tomo un momento para apreciar los cantos brillantes.

—Me llamo Aspero y soy promotor de conciertos aquí en el pueblo. Llevo esperando a que regreses a Vegaville toda una vida, y es perfecto que hayas llegado justo antes de la Lluvia de Estrellas. Así tengo tiempo de sobra para organizarlo todo.

—¿Promotor de conciertos? —pregunta Jaxon mientras se acerca. Por su tono de voz, aquello parece fascinarlo y divertirlo a partes iguales.

Aspero no aparta su mirada ilusionada de mi compañero.

—Me encantaría sentarme y charlar de cifras y fechas contigo, Hudson. Tu actuación en el festival Lluvia de Estrellas es la más comentada en la historia de Noromar y me encantaría tener la oportunidad de duplicar ese resultado, esta vez con entradas y un escenario exclusivo para poder sacar los dos un buen pellizco.

—No soy cantante —contesta Hudson, y se dirige hacia la posada.

No es que esté siendo maleducado. Conozco a Hudson lo suficiente para saber eso. Solo cantó aquella vez para ahorrarme el mal trago a mí, y ahora se siente extremadamente incómodo al recordarlo. Extiendo la mano para estrechársela, pero no me mira a los ojos.

—No seas tan modesto, hermano —comenta Jaxon, que le da una palmada en la espalda.

—Todos sabemos que no es verdad —insiste Aspero, corriendo tras él para alcanzarlo y sin sentirse en absoluto amedrentado por su falta de interés—. Tu voz es genial, tu aspecto no está mal y tienes ese

porte de estrella que tan difícil es de encontrar. Además, ya tienes una buena base de leales fans.

—Sí, Hudson, tu aspecto «no está mal» —bromea Jaxon con él con descaro—. Deberías subirte a un escenario y levantar pasiones. Sácales provecho a esos estupendos genes Vega.

Jaxon se ríe como una hiena rabiosa, pero para abruptamente cuando Aspero lo mira entornando los ojos y le pregunta:

—¿Tú también cantas? —Observa a Jaxon de arriba abajo—. La verdad es que eres un caramelito. Los fans perderían la cabeza por ti.

Y no me puedo contener. Me río a carcajadas con tanta fuerza que casi me ahogo con mi propia saliva. La mirada de Hudson se encuentra con la mía, y ambos ponemos los ojos en blanco a la vez. Él niega con la cabeza y me murmura:

—Es por el pelo.

Jaxon le lanza una mirada feroz al promotor y consigue que el hombre se dé la vuelta y camine hacia el otro lado de Hudson.

—No vuelvas a dirigirme la palabra si quieres conservar la cabeza —masculla entre dientes, y luego le dedica una sonrisa burlona a Hudson como si ya se hubiese olvidado del promotor de conciertos—. Es más que el pelo, hermano, y ambos lo sabemos.

Aspero asiente repetidamente y, siendo sincera, no sé con cuál de las afirmaciones de Jaxon está de acuerdo. Al menos hasta que dice:

—Pero Hudson posee una valentía y un coraje que le otorgan puntos sexis adicionales.

Hasta Macy se ríe al oírlo mientras llama a Eden.

—¡Eh! ¿Has oído eso? En Vegaville te dan puntos sexis por ser valiente.

—Siempre he querido ser rica —bromea Eden, y Heather se echa a reír con ellas.

No dicen nada de eso con la intención de burlarse del promotor, aunque, de todas formas, dudo que el hombre captase un solo atisbo de burla. Parece estar completamente enfocado en Hudson y en convencerlo para que repita aquella actuación más veces.

—Venga, hombre —insta Aspero—. Imagínate a todos los fans volviéndose locos. —Mueve la mano delante de nosotros para enfatizar cada palabra que pronuncia—. Solo. Una. Noche. —Baja la mano y sonríe—. ¡Haríamos historia!

Hudson emite un fuerte chasquido al juntar los dientes.

—No tenemos tiempo para eso.

Jaxon se dirige al resto del grupo.

—¿Vosotros qué pensáis? Porque yo creo que podemos sacar un rato para que Hudson tenga la ocasión de conectar con su «base de fans», ¿no creéis? —Se vuelve hacia Hudson—. Hasta podrías firmarles los brazos y eso.

—Uy, yo creo que debería hacerlo sin falta. Eso les daría un motivo para vivir —comenta Eden.

Flint se carcajea.

—Visto así, tienes que hacerlo, Hudson.

—No me interesa.

Mi compañero acelera el paso a propósito en un intento por deshacerse del promotor de conciertos.

Pero está claro que está subestimando la determinación de Aspero, porque el hombre no tarda en salir corriendo a toda velocidad tras Hudson para intentar no quedarse atrás. El resto de nosotros los seguimos.

—Ni siquiera... has oído... mi propuesta.

Respira con dificultad, pero consigue mantenerse firme aun después de que Hudson doble una esquina y acelere el paso.

—No necesito oír tu propuesta para saber que no deseo subirme a un escenario delante de a saber cuántas personas...

—¡Miles! —jadea Aspero—. Eso intento explicarte. Dame... cinco minutos... Sé que... puedo hacerte... cambiar de opinión.

—No quiero cambiar de opinión. Ni tampoco quiero dar ningún concierto —replica Hudson con una voz forzada que sé que significa que se le está agotando la paciencia.

Sin embargo, Aspero todavía no se ha percatado de ese detalle.

—Pero ¡tus fans perderían la cabeza! Un poco de publicidad, un álbum brillante en el que seguro que ya estás trabajando... Algo para tenerlos en ascuas. Serás rico antes de darte cuenta.

—Ya lo soy —afirma Hudson, que me arrastra con él en la siguiente esquina.

—Nunca se es demasiado rico —lo anima el promotor—. Puedo multiplicar por dos tu fama y tu fortuna con solo unos días de trabajo previo.

—Anda, venga, Hudson —lo provoca Jaxon—. ¡Todo el mundo sabe que quieres fama y fortuna!

Esta vez Hudson no se molesta ni en responder. Simplemente se desvanece, que es una respuesta ya de por sí, supongo.

Aspero se da cuenta al fin de que no va a poder seguirle el ritmo y grita a sus espaldas:

—¡Llámame antes de firmar con cualquier otra persona!

Tras lo cual desaparece a la misma velocidad que ha aparecido.

Gracias a Dios.

Evidentemente, su desaparición le da a Jaxon y al resto del grupo la oportunidad de oro para alcanzar a Hudson y mofarse de su base de fans y su calendario de giras. Hudson se esfuerza al máximo por ignorar todas esas pullas mientras nos acercamos al centro de Adarie…, perdón, de Vegaville.

Cuando por fin llegamos a la calle principal, el entusiasmo se apodera de mí y me adelanto a todos los demás corriendo, ansiosa por ver la plaza sin toparme con Artelya ni Asuga. Ansiosa por demostrar que borrarme de la línea temporal no es lo único que ha cambiado.

Desde el punto de vista lógico, sé que no.

Conocí a Artelya en la Corte Gargólica.

Luché codo con codo con ella en la batalla final contra Cyrus.

Le he consultado en muchísimas ocasiones asuntos relacionados con la corte desde que me nombraron reina.

Y la vi interrogando a una cazadora hace dos días en Irlanda.

Desde el punto de vista lógico, lo sé, pero eso no significa que mi mente no me juegue malas pasadas. Ni tampoco que no necesite ver con mis propios ojos el hueco, ahora vacío, en el que su cuerpo congelado solía estar.

Desde que descubrí el mundo paranormal y me enamoré (primero de Jaxon y, ahora, de Hudson, para siempre), he tenido que dar un enorme salto de fe. He tenido que creer en cosas de las que no tenía pruebas y que no tenían sentido al compararlas con todas las que había aprendido hasta los diecisiete años.

Y ahora tengo que creer, debo aceptar, que me borraron de la línea temporal de este sitio. Que todos los recuerdos que tengo de esta gente, este lugar y de Hudson (tantísimos recuerdos de Hudson) son verdaderos aunque ya no existan. Al menos en ningún otro sitio más que en su cabeza y en la mía.

Puedo creerlo. No importa lo difícil que sea. Hasta puedo aceptar que estaba destinado a ser así. Pero eso no significa que no quiera una

pequeña prueba de ello. Solo una diminuta confirmación de que no soy la única a la que le ha pasado esto tan extraño, insólito e inimaginable. Y que la razón por la que Artelya no me recuerda es porque también fue borrada de la línea temporal.

Así que sí, corro hacia la plaza de Noromar decidida a demostrarme que la estatua de la gárgola y el dragón que había todo el tiempo que estuve allí ya no está.

Y así es.

En cuanto pongo un pie en la plaza veo que Artelya y Asuga ya no están.

Todo lo que recuerdo pasó de verdad. El alivio me invade antes incluso de percatarme de la estatua nueva que ha sustituido a la anterior, que llevaba en el centro del pueblo mil años. Y eso que esta es mucho, pero que mucho más grande.

—No me jodas. ¿Va en serio? —exclama Jaxon cuando llega a la plaza junto a mí—. Esto es una broma pesada, ¿verdad, hermano? No puede ser real.

Pero la nueva estatua, que parece alzarse sobre todos los edificios que rodean la plaza, incluida la posada de varios pisos, logra desconcertar hasta a Hudson. Porque no es una estatua gigante cualquiera.

No, esta estatua es «especial».

49

Si lo quieres, mejor tápalo con una manta

Tallada en un brillante mármol púrpura y con una altura de por lo menos nueve metros, nos topamos con una versión muy realista, muy desnuda y muy pero que muy bien dotada de Hudson.

—Estoy intentando no mirarle eso —dice Macy a duras penas, y con «eso» se refiere a cierta parte ineludible de la estatua—. Pero es imposible.

—Ya te digo —corrobora Eden, quien parece entre impresionada y aterrada.

—Es que está... No sé, ahí —comenta Heather—. En plan, ahí, Grace. Es muy grande y está ahí.

Asiento, porque tiene toda la razón del mundo. Es enorme y está ahí, joder.

—No te preocupes, cariño. —Flint le da palmaditas en la espalda a Jaxon para calmarlo, aunque él también parece hipnotizado por la estatua—. Sigo pensando que me ha tocado el mejor de los hermanos.

—No me jodas. ¿Va en serio? —repite Jaxon, y esta vez no sé si se lo está diciendo a Flint, a todos o al mismísimo universo.

Eden ya está negando con la cabeza.

—Pobrecita de mi amiga.

—Grace. —Es la primera palabra que Hudson ha pronunciado desde que ha visto la estatua, y suena tensa.

—¿Estás bien? —pregunto, porque, aunque la estatua sea preciosa y una evidente obra de arte, también comprendo que puede sentirse como una violación, sobre todo para alguien como Hudson, que se guarda tantas partes de su verdadero ser y las esconde al mundo. Y, aunque esto se trate de su físico, sigue quedando muy expuesto.

—No puedo... —Se calla y respira hondo, después suelta el aire

poco a poco—. ¿Cómo se supone que voy a pasar por delante de esa cosa para llegar a la posada? Me siento tan...

—¿Desnudo? —bromea Macy.

—Sí —admite en voz baja—. Justo eso.

Humito, quien ha dormido durante la mayor parte del viaje y todo el recorrido por el pueblo, escoge este momento para asomar la cabeza por la mochila que Hudson lleva colgada de uno de los hombros. Suelta un gritito de alegría cuando ve que Hudson sigue cargando con ella y le canturrea durante varios segundos antes de salir de la mochila y colocarse en su cuello.

Pero apenas se ha puesto cómoda cuando suelta un chillido ensordecedor, seguido de lo que solo puede ser un jadeo de sorpresa. Entonces se coloca las patas sobre los ojitos de bebé y deja escapar un sollozo agudo y fuerte.

—No pasa nada, Humito —le aseguro extendiendo la mano para acariciarle la cabeza.

Como respuesta intenta morderme: cierra los dientes con tanta fuerza que emiten un chasquido. Y entonces empieza a soltarme quejas con una serie de chillidos y gruñidos. No tengo ni idea de lo que está diciendo, pero me da a mí que me considera la única responsable de que haya una estatua de Hudson desnudo en medio de la plaza del pueblo.

—¡No es cosa mía! —exclamo con cuidado de apartar la mano y todas las partes de mi cuerpo de su boca esta vez. Y de cualquier parte de ella, vaya.

—Humito, no pasa nada —le dice Hudson; se la quita del hombro y la acuna entre las manos.

Ella se yergue cuan alta es y lo mira a los ojos, con sus patitas a ambos lados de la cara de mi compañero mientras lo escudriña durante unos segundos interminables. No sé qué es lo que ve en ellos, puede que la vergüenza que le causa la estatua, puede que otra cosa, pero deja escapar un lamento largo y agudo.

Después huye de sus manos y le baja por el cuerpo para llegar al suelo.

—¡Espera! ¡Humito! ¿Adónde vas? —Hudson se dispone a desvanecerse para seguirla, pero le cojo del brazo para que se quede donde está.

—Dale un segundo —le pido—. No va a salir de la plaza, así que

puedes vigilarla y salirle al paso si lo necesitas. Pero está claro que tiene algo en mente.

—Eso es quedarse corta —declara Macy; todos observamos a Humito mientras recorre la plaza corriendo hasta la zona de hierba morada, donde Hudson y yo hicimos más de un pícnic cuando estuvimos aquí.

Resulta que una pareja está en nuestro sitio favorito, cerca del pozo de los deseos, con una manta lavanda extendida por encima de la hierba violeta intenso y una cesta de pícnic abierta.

Humito va directa, derrapa por la hierba y se detiene justo en medio de su manta. Una vez allí empieza a decirles algo, porque mueve las patitas y la cabeza de arriba abajo mientras sus grititos llenan el aire a medida que se acerca más y más a esas personas.

La pareja empieza a retroceder, no tienen muy claro qué hacer con lo que les parece una umbra cabreada y descontrolada. Pero, cuanto más retroceden, más terreno les gana Humito. Y, aunque es pequeña y adorable, también tiene un aspecto feroz de la hostia ahora mismo, y entiendo que la gente esté huyendo de ella.

—Quizá deberías… —Empiezo, pero Hudson ya ha llegado a la misma conclusión que yo y se está desvaneciendo al otro lado de la plaza para recoger a la criatura.

Aunque se retrasa un segundo, porque ella se percata de que está yendo a buscarla, así que se agacha y zigzaguea en un intento de evadirlo. La pareja aprovecha la distracción para poner tierra de por medio con Humito, que parece ser que es lo que la umbra esperaba desde el principio.

Porque, en cuanto dejan atrás la manta, suelta un gritito de victoria. Después la roba lanzando la cesta y la comida por los aires para más tarde salir corriendo al otro lado de la plaza.

—¿Qué está haciendo? —pregunta Macy mientras todos observamos fascinados a la umbrita pequeña pero matona.

—¿Acosar a los locales? —contesta Flint con voz seca.

—Eso está claro —confirma Macy—. Pero tiene una especie de plan…

Se calla cuando le queda claro el plan de Humito, quien va directa a la estatua de Hudson.

—Un momento —interviene Heather boquiabierta por la sorpresa —. ¿Va a…?

—Sí —respondo con una risa—. Es justo lo que va a hacer.

Hudson casi la pilla a los pies de la estatua, pero sale disparada entre sus piernas con un chillido. Después, bajo las miradas fascinadas de todos los que están en la plaza, trepa por la pierna derecha de la estatua hasta llegar a la cadera.

Vuelve a soltar otro chillido alto de desaprobación cuando se ve cara a cara con la parte del cuerpo que tanta conmoción ha causado. A continuación la rodea corriendo una y otra vez hasta que, de alguna forma, consigue atar la manta a las caderas de Hudson, a modo de pareo.

—¿Soy yo o mi hermano lleva la toalla más diminuta de la historia? —inquiere Jaxon.

—Puede que de la historia no —responde Heather—. Pero es bastante diminuta.

Jaxon suelta un suspiro de alivio y no me cabe duda de que Hudson está haciendo lo mismo desde el otro extremo de la plaza.

—Menos mal.

Contemplo a Humito, que baja deslizándose por la pierna de la estatua hasta donde la espera Hudson. Pero, en vez de saltarle a los brazos abiertos, rodea la base de la estatua varias veces, contoneándose, dando brincos y levantando las patitas en el aire.

Macy suena tan entretenida como preocupada cuando dice:

—¿Y ahora qué hace?

—¿Una danza de la victoria? —sugiere Heather.

Me doy cuenta de que tiene razón. La pequeña Humito está haciendo su propia versión, muy elaborada y complicada, de la celebración de una anotación en un partido de fútbol americano. De hecho, si ahora mismo hubiera una pelota cerca, estoy segura de que estaría levantándola en el aire.

Cuando por fin termina regresa junto a Hudson, que ha estado observándola con los ojos como platos y una sonrisa enorme en la cara, y se lanza de cabeza a sus brazos. Pero, como todo el mundo que hay en la plaza ha estado observando a la umbrita, ahora esa atención se transfiere de inmediato a Hudson.

Solo les lleva un instante reconocerlo. Y entonces se desata el caos.

50

Voy con los vampirazzis

Gente procedente de todas partes corre a toda velocidad hacia Hudson, incluida la pareja cuya manta de pícnic le otorga un mínimo de pudor a la estatua.

—¿Nos metemos y lo salvamos? —pregunta Eden mientras la marabunta desciende sobre Hudson—. ¿O es algo bueno?

—Han construido una estatua gigante en su honor en medio de la plaza —responde Heather—. Yo creo que estará bien.

—Al final lo estará —coincide Eden—. Después de besar a un montón de bebés y darle la mano a la gente.

—A una barbaridad de gente —interviene Flint, que observa como la multitud va multiplicándose por momentos.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer mientras tanto? —comenta Jaxon con un bostezo—. Dime que no vamos a quedarnos aquí parados esperando a que logre zafarse de toda esa gentuza.

Lo dice en un tono lo bastante mordaz como para sacarme de mis casillas.

—Esa gentuza, como tú la llamas, son personas muy agradables —manifiesto tras reconocer a Tinyati, Nyaz y a tantos otros que conocimos durante nuestra estancia aquí—. Se preocupan por él y solo quieren saludarlo.

Jaxon pone los ojos en blanco.

—No digo que no lo saluden, Grace, solo que no quiero quedarme aquí a verlo.

Es justo.

—Podríamos ir yendo a la posada —musito, aunque nos va a costar casi todo el dinero que Arnst nos ha dado. Por otra parte, la última vez nos marchamos tan apresuradamente que puede que todo lo que dejamos siga en el mismo sitio. No mis cosas, claro está, sino las de Hudson. Cosas como su cuenta bancaria, por ejemplo.

Antes de cruzar la calle en dirección a la posada me anoto mentalmente que debo decirle que lo compruebe. Nyaz está en la plaza, reunido en torno a Hudson junto con todos los demás, pero tiene una ayudante trabajando tras el mostrador. En la etiqueta identificativa que lleva en el jersey se puede leer «Amnonda», y pone los ojos como platos cuando me acerco a ella.

—Sois el grupo que acompaña a Hudson Vega, ¿verdad? —nos pregunta.

—Sí, somos nosotros —contesto con cautela—. ¿Cómo lo sabes?

—¿Aparte de que seáis de los pocos visitantes paranormales que hemos tenido en una larga temporada fuera del festival Lluvia de Estrellas? —responde Amnonda encogiéndose de hombros.

—Caray, desconocía que hubiese bajado tanto el turismo —comento yo, aunque tiene sentido, ya que la reina de las sombras ya no necesita perseguir a los extranjeros hasta Adarie con la esperanza de que alguno le trajese un dragón del tiempo al antiguo alcalde.

—No importa. Vegaville es una gran atracción para los espectros de todos los rincones de Noromar que quieran ver dónde salvó el Reino de las Sombras el héroe de Adarie. —Nos dedica una amplia sonrisa—. Además, Anill nos ha dicho que vendríais. Nyaz ya tenía reservadas las habitaciones, y quería decirle a Hudson que esta noche corren a cuenta de la casa.

—Héroe de Adarie —repito, y me doy cuenta de que estoy sonriendo. Me gusta—. Pero Nyaz no tiene por qué molestarse. Tenemos dinero. —Meto la mano en el bolsillo y saco los billetes que Arnst nos ha dado antes de abandonar la granja—. Además, tenemos que hablar con él. ¿Sabes cuándo regresará?

—Si os quedáis una noche más, ya llegaréis a un acuerdo con él —señala, y rechaza el dinero—. Pero esta noche sus órdenes son más que claras: Hudson y sus amigos se quedan gratis. —Intento protestar de nuevo, pero levanta una mano para hacerme callar—. Es lo mínimo que podemos hacer. —Asiento y dejo en paz el tema—. Y en cuanto a tu otra pregunta, Nyaz ha dicho que volverá esta noche para trabajar en el último turno —prosigue—. Le dejaré una nota para avisarle de que tenéis que hablar con él. Por ahora, disfrutad de vuestras habitaciones.

—Es todo un detalle por su parte —interviene Flint a mis espaldas.

—Bueno, no podemos permitir que Hudson se hospede en cualquier otro lugar. Ni tampoco sus amigos. —Sonríe todavía más—. Aún no me puedo creer que Hudson esté aquí. ¡Está aquí de verdad!

—¡Pues sí! —exclama Jaxon con fingido entusiasmo, y le doy un pisotón.

Amnonda no parece darse cuenta, o está demasiado emocionada para que le importe.

—La última vez que Hudson estuvo aquí yo estaba estudiando fuera —nos explica mientras coge las llaves de nuestras habitaciones de un tablero con clavijas que tiene detrás—. Pero he oído todas las historias que cuentan de él.

Quiero preguntarle a qué historias se refiere. ¿Cómo fueron los días que Hudson pasó aquí si me borraron de la línea temporal? ¿Seguía siendo maestro? ¿Cuántos dragones del tiempo tuvo que matar en realidad? ¿Cómo eliminó a Souil, teniendo en cuenta que no posee los mismos poderes que tengo yo?

Hay muchísimas otras preguntas rondándome la cabeza y de las que necesito respuesta. Un sinfín de preguntas sobre qué es real y qué no de su estancia aquí. De nuestra estancia aquí.

Es como el viejo refrán del árbol en el bosque. Si un árbol cae y nadie está cerca para oírlo, ¿emite algún sonido? Si yo estuve aquí, pero nadie me recuerda, ¿realmente existió ese tiempo?

Desde un punto de vista lógico, sé que sí.

Aquí me enamoré de Hudson.

Conocí a Arnst y a Maroly, a Tiola y a Humito, a Caoimhe, a Lumi y a Nyaz.

Maté a un dragón del tiempo, luché contra un hechicero del tiempo y me enfrenté a la mismísima reina de las sombras. Eso tiene que valer para algo, ¿no?

Entonces ¿por qué sigo sintiéndome tan perdida? ¿Por qué sigo teniendo la sensación de que se ha roto algo importante y no sé cómo volver a juntar las piezas?

—Gracias por las habitaciones.

Le dedico a Amnonda la mejor sonrisa que puedo lucir mientras reparto las llaves entre mis amigos. Hudson y yo estamos en una habitación, Jaxon y Flint en otra, y las demás tienen habitaciones individuales.

—¿Por qué no dejáis vuestras cosas en las habitaciones y os

relajáis un poco? —sugiero de camino a las escaleras—. Yo voy a ver si consigo sacar a Hudson del caos que se ha formado ahí fuera y podemos ir a inspeccionar el pueblo para ver dónde podría estar ese contrabandista.

Y es que la cosa ha ido empeorando por momentos. Se ha unido más gente a la muchedumbre del principio y, aunque puedo ver a Hudson (con Humito enganchada al hombro) intentando abrirse paso hacia la posada, apenas es capaz de dar dos pasos antes de que alguien le pare los pies para saludarlo o para preguntarle cómo le va.

Si fueran desconocidos creo que le sería más fácil zafarse de ellos, pero no lo son. La mayoría de la gente que hay en la plaza conoce a Hudson: le han servido comida, le han vendido ropa y demás enseres, o sus hijos asistían a sus clases.

Me deslizo entre el gentío y espero a que haya una pequeña tregua entre los allí presentes.

En cuanto surge una pausa de más de cinco segundos entre una persona y otra, entro a matar (o, en este caso, a rescatar).

—Lo siento —digo mientras entrelazo su brazo con el mío—, pero tengo que robaros a Hudson un momentito.

Un murmullo de desilusión se extiende entre la multitud, así que levanto una mano.

—Pero prometo devolvéroslo dentro de un rato. De hecho, Hudson quiere reencontrarse con todos sus antiguos lugares favoritos, así que estará por aquí durante los próximos días.

La desilusión se convierte en emoción cuando se imaginan a Hudson visitando sus tiendas y restaurantes, por lo que la muchedumbre se va apartando con mucha más facilidad que al principio.

Les da la mano a unos cuantos más, saluda a algunos viejos amigos y logro atravesar la plaza con él hasta entrar en la posada.

—¿Me estás controlando? —me pregunta mientras lo conduzco hacia las escaleras.

Le lanzo una mirada.

—No es por ofender, pero alguien tenía que hacerlo o habrías pasado allí toda la noche.

—Créeme, no me estoy quejando. Es que ha sido...

—Alucinante. —Termino la frase por él con una sonrisa—. Realmente alucinante.

—Un poco abrumador —me corrige con una mirada perpleja—. Pero, si tú lo dices, ¿quién soy yo para discutirlo?

—Están muy orgullosos de lo que hiciste por ellos, y también muy contentos de que estés bien después de aquella partida tan repentina.

—Sí. —Su sonrisa desaparece—. Siento que no te recuerden.

—Yo no. —Niego con la cabeza—. Bueno, es raro, casi como si nunca hubiese ocurrido, pero no lamento en absoluto no ser el centro de atención. Prefiero dejártelo a ti.

Ahora estamos en nuestra habitación y, cuando la puerta se cierra detrás de nosotros, Hudson me coge y me acerca a él.

—Aquello ocurrió, Grace. Con línea temporal alterada o no, estuvimos aquí juntos. Aunque ellos no se acuerden, aunque tú no lo hubieras recordado nunca, aquello ocurrió. Yo siempre te recordaré.

—Lo sé, Hudson. —Le devuelvo el abrazo porque está temblando un poco. No sé si por la sobrecarga emocional de lo que acaba de pasar en la plaza o por la que de vez en cuando aún nos golpea al uno o al otro cuando pensamos en los primeros meses en que lo llevé al Katmere conmigo—. Te quería cuando no te recordaba, y te quiero ahora que lo hago. Nada va a cambiar eso.

Se aparta lo justo para mirarme a los ojos, y veo todo el amor que siento en mi interior reflejado en él.

Una parte de mí solo quiere acurrucarse en esta habitación junto a Hudson y quedarse así para siempre. Las cosas eran mucho más sencillas cuando estábamos en Adarie. Más fáciles. Y ahora esos calificativos son como música para mis oídos.

Pero, por muy bien que suenen, nada va a ser así. No cuando todavía tenemos que encontrar a la reina de las sombras y confirmar que existe un modo de traspasar la barrera para llegar a la Conservadora. Todo eso en el menor tiempo posible para poder salvar a Mekhi de una muerte segura y evitar que Lorelei sufra más de lo que ya ha sufrido.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Hudson justo antes de bajar la cabeza y darme un beso suave en los labios.

Tras hacerlo le rodeo el cuello con los brazos, lo acerco a mí y le robo unos cuantos besos más. No los suficientes para que ninguno de los dos le eche el ojo a la cama que hay en la esquina, la misma cama que compartimos durante toda nuestra estancia en el Reino de las

Sombras, pero bastantes para desordenarme los pensamientos y alejar los escalofríos que me recorren el cuerpo cuando pienso en todo lo que nos espera al otro lado de la barrera.

—Te quiero —susurro contra sus labios, gozando de cómo surge una sonrisa en su boca.

—Yo te quiero más —responde antes de alejarse despacio y de mala gana—. No has contestado a mi pregunta.

—¿Cuál era?

No es broma, es que de verdad no me acuerdo de lo que me ha preguntado. No es la primera vez que me pasa cuando Hudson me toca, y estoy convencida de que no será la última.

—¿En qué estabas pensando hace un minuto? Parecías...

—¿Seria? —Termino la frase por él.

Niega con la cabeza, con esos ojos azules que tiene más avizores que nunca.

—Asustada, en realidad. Parecías asustada. Solo me gustaría saber por qué.

51

Azúcar, especias y muchas cosas heladitas

—No estoy asustada —le digo, y es cierto. O por lo menos quiero que lo sea, y eso es casi lo mismo, ¿no?—. Solo estoy nerviosa porque no sé si encontraremos o no a un contrabandista que pueda ayudarnos a volver a nuestro mundo. Y, si no lo encontramos, entonces todo nuestro plan se habrá ido al traste antes incluso de empezar.

—Lo encontraremos —asegura Hudson con confianza.

Me muerdo el labio.

—Hay otra cosa que me ha tenido preocupada —admito.

Hudson levanta la mano para colocarme un rizo detrás de la oreja.

—¿Qué es? —pregunta.

—Si es cierto que estas personas pueden meter o sacar a alguien de contrabando en la cárcel, ¿cómo es posible que el alcalde no utilizara sus servicios para marcharse? Se quedó aquí durante mil años, Hudson. Mientras Lorelei estaba ahí fuera, sufriendo sin él. —No puedo evitar que me salga un tono lastimero.

Pero Hudson me dedica una sonrisa cariñosa.

—Tú misma acabas de contestarte, Grace. Vivió aquí durante mil años... y no envejeció. Ahora sabemos que fue gracias a la magia que absorbió del primer dragón del tiempo. —Baja la mano para dármela—. Jikan dijo que esta prisión es inestable, que lo que la mantiene en pie son sus dragones del tiempo. Creo que eso quiere decir que la magia del tiempo es literalmente la jaula de hierro que mantiene a todo el mundo cautivo en su interior... Espectros, umbras y dragones del tiempo.

Analizo su explicación, la rumio un instante antes de hacer acopio de valor para preguntarle:

—¿Crees que eso significa que no podemos escapar?

Enarca las cejas.

—¿Qué tendrá que ver que el alcalde estuviera aquí atrapado por absorber la magia del...? —Niega con la cabeza y me da un apretón en la mano—. Es porque la flecha del tiempo te atravesó, ¿verdad?

—Pues sí. —Me golpeo el pecho para darles efecto a mis palabras —. De hecho, el equivalente a la magia de tres dragones del tiempo me atravesó, Hudson. Y te puedo asegurar que, si siguiera dando vueltas por mi interior, yo no lo sabría... Menudo desastre tengo montado ahí dentro.

Suelta una risita, como sabía que haría.

—Bueno, yo sé lo que hay ahí dentro, y es todo precioso. También creo que la magia es lo que te borró la memoria y reseteó tu línea temporal. —Señala por encima de mi hombro a la plaza del pueblo que hay fuera de nuestra ventana—. Mira los efectos. Nadie se acuerda de ti. Habrá hecho falta mucha magia para borrar todos los recuerdos de tanta gente, ¿no crees?

—Supongo que ya lo averiguaremos —admito, pero no puedo ocultar el escepticismo en mi voz—. Y todavía tenemos que hablar con Nyaz.

—Ha dicho que se pasaría después, cuando esté trabajando. Ahora tiene que hacer unos recados, pero volverá por la noche.

—Yo iré contigo —anuncio al tiempo que tiro de él hacia abajo para darle un último beso antes de meterme en el baño para lavarme la cara e intentar domar mi pelo para que aparente por lo menos estar decente.

Mientras tanto Hudson saca una manta y una almohada del armario y las coloca para crear una cama cómoda debajo de la ventana. Después coge a la ahora exhausta Humito de la mochila para dejarla en la cama.

—Se ha cansado ella sola. —Cruzo hasta mi mochila y saco el lazo de purpurina plateada que compramos en la tienda—. Toma, dale esto.

—Deberías dárselo tú —sugiere, y da un paso atrás para que pueda regalárselo.

Pongo los ojos en blanco.

—Un lazo brillante no hará que le caiga bien.

—No, pero igual hace que te odie menos —contesta con una sonrisilla satisfecha que me da ganas de ahogarlo con el lazo en

cuestión.

En vez de eso me conformo con sacarle la lengua. Como respuesta, la agotada Humito me aúlla como reprimenda mientras me roba el lazo de las manos y se envuelve con él.

—¿En serio? —pregunto pasando la mirada de ella a Hudson—. No puedes quitarme el lazo y ser borde conmigo al mismo tiempo.

Me contesta con un gorgorito y, aunque no entiendo lo que me está diciendo, sí que entiendo el tono, que es completamente sarcástico en el peor sentido de la palabra.

—Pues parece que sí que puede —declara Hudson con una voz inocente, pero sé que se está esforzando al máximo para no echarse a reír.

Le lanzo una mirada con la que le prometo infligirle toda clase de terribles sufrimientos si se rinde ante las ganas de reírse; a lo que él me contesta con la sonrisa más encantadora y deslumbrante del mundo. El hecho de que funcione conmigo, a pesar de que sé exactamente lo que está haciendo y por qué, solo consigue que me cabree más.

Antes el aire había refrescado, así que me cambio el jersey magenta por uno más calentito y grueso de color verde oscuro y me lo coloco por encima de la camiseta antes de salir por la puerta.

Hudson se viste con un jersey morado y pregunta cuando vamos a por nuestros amigos:

—¿Adónde quieres ir mientras esperamos para hablar con Nyaz?

—Había pensado... —Toco en la puerta de Macy primero y no me sorprende nada cuando la abre en menos de dos segundos. Puede que ahora mismo esté perdida y deprimida, pero Macy sigue siendo Macy. Y eso quiere decir que es la primera en apuntarse a una aventura.

Él me mira con una expresión seria.

—Igual podríamos empezar por donde Gillie.

Se me pone el corazón a mil, y no solo porque mi compañero me haya leído la mente.

—¿Crees que estará bien? —susurro—. Vimos que le alcanzaba el fuego del dragón del tiempo, así que igual se ha reseteado su línea temporal. Pero es que parecía tan... —Tan muerta. No puedo quitarme de la cabeza la imagen de la mujer abalanzándose delante del alcalde, de su cuerpo inerte en medio de la plaza.

Hudson me salva de entrar en un bucle.

—Humito está aquí. Imagino que Gillie también lo estará. Vamos a asegurarnos.

—¿Quién es Gillie? —pregunta Macy antes de tocar a la puerta de Eden.

—La mejor pastelera de Adarie —contesta Hudson mientras me dibuja círculos en la espalda para intentar calmarme—. Aunque ni siquiera ella pudo enseñarle a Grace a hacer un simple bollo.

Pongo los ojos en blanco, pero sus pullitas funcionan. Se me ha calmado el estómago y he pasado de tener náuseas a simples nervios, porque tiene razón: Gillie estará en su pastelería, con su bollería perfecta preparada y todos los cotilleos del pueblo.

Puede que su local no sea el centro de todo, pero, en todo lo esencial, sí que es el centro del pueblo. Hudson puede chincharme porque solo duré un día trabajando allí, se me daba fatal hacer *choux*, pero ambos pasamos muchas horas en ese lugar durante nuestra primera estancia aquí.

No es solo que Gillie haga los mejores pasteles de Adarie, y puede que del Reino de las Sombras, sino que también hace un té de morirse. Hudson apenas podía pasar un día sin probarlo durante nuestro tiempo aquí.

En cuanto recogemos al resto nos ponemos en marcha.

—Bueno, ¿dónde pasan el rato los contrabandistas? —pregunta Flint con tono sombrío a nadie en particular.

—Normalmente en los puertos —contesta Heather—. Por lo menos en la tele.

Niego con la cabeza.

—Puede que ahí sí, pero Adarie no tiene acceso al mar. Así que me juego lo que queráis a que aquí no hay puertos.

—Creo que te refieres a Vegaville —bromea Flint.

—¿Cómo lo iba a olvidar? —Le guiño el ojo a Hudson—. Sea como sea, vamos primero a la pastelería de Gillie.

Por supuesto, para llegar hasta allí tenemos que cruzar por el centro de la plaza, justo por delante de la estatua gigante de Hudson. Yo intento con todas mis fuerzas no mirarla, pero es que es tan llamativa que resulta prácticamente imposible.

La parte positiva es que la manta de pícnic de Humito parece aguantar por el momento, así que algo menos de lo que preocuparse.

—¿La pastelería de la que te despidieron el primer día? —

pregunta Heather—. ¿De verdad quieres ir?

—Me despidieron porque era una incompetente total, no porque Gillie fuera mala jefa —explico—. Además, en este pueblo no pasa nada sin que ella se entere.

Cinco minutos después estamos apiñados en dos de las mesitas blancas y rosas que se encuentran junto a la ventana del local.

No veo a Gillie, pero la pastelería tiene el mismo aspecto que tenía cuando Hudson y yo vivíamos aquí. Debe de ser buena señal, ¿no?

Ahora mismo el local está a reventar y, aunque muchos de los clientes y empleados no dejan de lanzar miradas a nuestra mesa, nadie se acerca.

No estoy segura de si es porque todos han tenido la oportunidad de saludar a Hudson antes o porque les da vergüenza acercarse a nuestro grupo. Sea como fuere, es un poco rollo, porque es bastante complicado intentar sacarle información a alguien si no quiere hablar contigo.

Al final envío a Hudson y a Jaxon al mostrador para pedir tés y algo de picar para aquellos que no sobrevivimos a base de beber sangre.

—¿Qué clase de pastel quieres? —pregunta Jaxon mientras aparta la silla de la mesa.

—Cualquier cosa que no esté hecha con *choux* —contesto. Porque, aunque los pasteles elaborados con el *choux* de Gillie son una maravilla, me va a llevar mucho más tiempo que antes estar dispuesta a comer esa masa hecha de harina y mantequilla.

Mucho más.

—No sé lo que significa eso —me dice.

Hudson sonríe.

—No pasa nada. Yo sí. —Baja la mano para darle un apretoncito a la mía.

—Pregunta por ella —le pido en voz baja mientras lucho por calmar los nervios que me revuelven el estómago. Asiente.

Ambos se dirigen a la parte delantera de la pastelería y los interceptan antes de que estén a medio camino del mostrador. Esta vez no se trata de alguien que quiera hablar con Hudson específicamente, o por lo menos no es solo por eso. No, por lo que puedo oír por encima parece ser una persona a la que le fascinan los

vampiros.

Cosa con la que ya contaba cuando los he mandado. La gente en Adarie tiene a los paranormales en muy alta estima.

—¿Puedes hacer esa cosa de dragón que haces? —le pido a Flint.

Enarca una ceja.

—¿Te refieres a cambiar de forma? ¿Lanzar fuego? ¿Volar?

—Me refería a una actividad apropiada para una pastelería, como los nomeolvides que hiciste florecer para mí aquella vez en la biblioteca. ¿Puedes hacer algo parecido?

—Supongo. ¿Alguna razón en particular? —Se le ilumina la cara —. ¿Vamos a poner celoso a Hudson?

—Ese no era mi objetivo, no —respondo.

Suspira con pesar.

—No puedes culparme por intentarlo. —Después extiende la mano y sopla en ella con cuidado. Segundos más tarde contemplo cómo se forma una flor de hielo, pétalo a pétalo, en la palma.

—¡Hala! —exclamo lo bastante alto como para llamar la atención —. ¡Es lo más guay que he visto en mi vida! ¿Puedes volver a hacerlo?

—Oye, que no soy una foca que te hace trucos —se queja con el ceño fruncido.

Le quito la perfecta florecita de la mano y la alzo.

—Nunca he pensado que lo fueras —discuto en voz baja. Después profiero en voz mucho más alta—: ¡Esto es increíble! ¡Es perfecta!

Al echar una mirada hacia el mostrador me doy cuenta de que la mujer mayor que hay detrás de la caja, a quien no conozco pero cuyo pelo corto lila y las arruguitas en el rabillo de los ojos me suenan, nos está prestando mucha atención. Justo lo que esperaba. Si Gillie está en la trastienda, se enterará de que hay paranormales en menos que canta un gallo.

—¿Cómo haces eso? —le pregunto de nuevo, más alto de lo que hablaría normalmente.

Flint me lanza una mirada que significa «¿Qué cojones estás haciendo?». Después dice:

—Pues porque soy un dragón. Es lo que hacemos.

—Vaya, pues me encanta. ¿Me harías un ramo entero de hielo? ¿Porfi? —Después añado en voz baja—: Sígueme el rollo.

—Yo te sigo el rollo —interviene Eden justo antes de abrir la boca y lanzar toda una hilera de cristales de hielo. Estos forman la

rosa más perfecta que he visto en mi vida, y el colofón final es un tallo largo sin espinas.

—¡Es preciosa! —exclamo, y esta vez ni siquiera estoy fingiendo. Deja a la margarita de Flint a la altura del betún—. No sabía que los dragones pudieran hacer estas cosas.

Eden esboza una expresión de orgullo con una media sonrisa, después extiende la mano hacia la otra mesa y le entrega la rosa a Heather.

Mi amiga abre los ojos como platos, y su mirada pasa de Eden a la rosa como si no consiguiera descifrar qué está pasando. Y lo entiendo. Últimamente, siempre que me doy la vuelta Eden y Macy tienen las cabezas pegadas de una forma que no parece ser solo platónica.

Heather ha estado hundida y ha evitado el tema, pero está claro que está disgustada. Por lo menos hasta esta tarde, cuando se ha puesto guapa, se ha maquillado y se ha pasado la última media hora hablando con todo el mundo menos con Eden.

—Gracias. Es muy bonita —musita mientras se la lleva a la nariz, como si pudiera olerla de verdad.

Como respuesta Eden le dedica una pequeña ceja enarcada y un asentimiento.

Flint resopla.

—Actuáis como si fuera difícil o algo. —Con un solo suspiro crea una rosa enorme en plena floración.

—No sabía yo que esto fuera una competición —replica Eden. Entonces deja escapar una larga hilera de cristales de hielo que se funden en un ramo repleto de flores: rosas, margaritas, azucenas e incluso un par de orquídeas, si es que me acuerdo bien de las clases de flores que existen.

—¿En serio? —se queja Flint.

Eden se limita a encogerse de hombros y arranca una de las azucenas del ramo para entregársela.

—Puedo hacerme una yo, muchas gracias. —Y después suelta un suspiro tan largo y fuerte que me viene la visión de él creando solito una nueva Edad de Hielo en la pastelería.

Pero, antes de que pueda empezar a crear nada, la mujer que había detrás del mostrador se planta delante de nosotros con un par de jarras gigantes en las manos.

—He pensado que quizá os haga falta —ofrece con los ojos brillantes de admiración—. Me parece una pena no aprovechar las flores.

Le entrega una de las jarras a Eden, que la acepta con una sonrisa. Después coloca el enorme ramo de flores de hielo en ella antes de devolvérsela a la mujer.

—Espero que las disfrutes.

Ella suelta un suspiro de felicidad y, aunque no sea Gillie, sé que hemos encontrado en cierto modo lo que buscábamos: la oportunidad de hacer preguntas cuyas respuestas nos lleven hasta un contrabandista.

52

Qué bebé tan dulce

—¿Es tuya esta pastelería? —pregunto cuando coloca el pesado ramo de hielo sobre la mesa.

—Sí —responde con una sonrisa—. ¿Sois nuevos en el pueblo?

El corazón se me desploma. ¿Qué significa eso? ¿Cómo va a estar la pastelería de Gillie aquí, como estaba antes, si no es ella la dueña?

—Venimos con Hudson —consigo pronunciar, y señalo con la cabeza hacia donde está él con Jaxon...

No puede ser. Casi me froto los ojos para asegurarme, pero sí, ese es mi chico haciéndole cosquillas a un bebé en un carrito colocado junto a la caja registradora. Al parecer, las bromas de antes sobre «besar bebés» no iban nada desencaminadas. Jaxon me pilla observándolos y me lanza una mirada con la que me dice que no puede creer que lo esté obligando a hacer eso, pero no me da ninguna pena.

Es bueno para él. Sea lo que sea lo que esté pasando entre Flint y él, lo ha vuelto más taciturno de lo habitual, y eso tiene que acabar. No importa si termina siendo el futuro rey vampiro o el futuro rey dragón, porque a la larga va a tener que renunciar a una parte de esa actitud suya tan altiva, oscura y arisca que tanto le gusta y hablar con la gente. Y cuanto antes se acostumbre a ser amable, mejor.

—Ay, Hudson es maravilloso —dice la mujer con entusiasmo—. Sus alumnos lo querían muchísimo. Solo hablaban de él.

—Se hace querer —comento yo, contenta de que siga siendo maestro en sus recuerdos.

Flint emite un ruido de incredulidad con la garganta y, luego, le lanza su sonrisa más encantadora.

—¿Qué otra cosa va a decir? Si es su compañera.

—¡Así que tú eres la chica de la que todos hablan! —Pasea la mirada por todo el grupo—. No sabía cuál de vosotras era su

compañera y me parecía de mal gusto preguntar.

—En absoluto —le digo con una sonrisa—. ¿Te apetece quedarte con nosotros un rato? Jaxon y Hudson han ido a por té…

—Ay, me encantaría, pero no puedo. Todo el mundo quiere ver a Hudson, saber cómo le va y echarles un vistazo a sus amigos, así que esta noche hay mucho trajín. Pero ha sido un placer conoceros a todos. —Me ofrece la mano—. Soy Marian.

—Yo soy Grace. —Le estrecho la mano y luego le presento a los demás de uno en uno—. Antes de irte quisiera hacerte una pregunta. ¿De dónde has sacado estas mesitas tan monas? Me encantan, y por el color diría que no son de por aquí.

—¿A que son una preciosidad? Me las consiguió Polo, aunque no sé de dónde las sacó. Es muy bueno encontrando las cosas más peculiares de Adarie.

—¿Polo? —pregunto buscando en mis recuerdos a alguien que se llamase así, pero no me viene nadie a la cabeza.

—Tiene un puesto en el mercadillo de medianoche, en la última hilera. No os lo podéis perder, ni al puesto ni a él.

—¿Y eso por qué? —quiero saber.

Ella sonríe con picardía.

—Porque es el único chupacabras del pueblo.

En cuanto lo dice regreso a la última batalla contra la reina de las sombras y el chupacabras que luchó junto con Hudson y conmigo. Claro, se llamaba Polo. ¿Cómo lo he podido olvidar?

—Si vais a verlo esta noche, decidle que vais de parte de Marian —añade—. Y que os he dicho que os haga descuento.

—Eso haremos —contesta Flint mientras coge el ramo de hielo y se lo ofrece.

Sus mejillas moradas se oscurecen al aceptarlo.

—¿Seguro que no os importa?

Flint sonríe abiertamente.

—Podemos hacer más. Además, estas flores son para ti.

—Muchísimas gracias. —Se sonroja un poco más y le dice—: Voy a ponerlas en el congelador para poder disfrutarlas más tiempo.

Entonces regresa al mostrador y la oigo anunciar que «lo que pidan Hudson y Jaxon corre a cuenta de la casa».

Flint vuelve a sentarse con una sonrisa de satisfacción.

—No has perdido facultades —le digo con sequedad.

Él me mira con su expresión más inocente.

—No sé de qué me estás hablando.

—Ya, claro. Como si no hubieses intentado usar ese encanto conmigo cuando nos conocimos —replico, y pongo los ojos en blanco.

—¿Intentar? —bufa—. Caíste de lleno con todo el equipo.

—Por supuestísimo —contesto sin emoción—. Porque tirar a una chica árbol abajo enamora a cualquiera.

—¿En serio? ¿Vas a sacar el temita ahora después de tanto tiempo? —Niega con la cabeza—. Hemos recorrido un largo trecho desde entonces, chica nueva.

—Solo te recuerdo dónde empezamos, chico dragón. Y que, pienses lo que pienses, tu encanto no te va a sacar de cualquier apuro.

Mira a Jaxon, que sigue en el mostrador, y su sonrisa desaparece, reemplazada por una expresión que solo puede describirse como pensativa.

—Créeme, es una lección que he aprendido muy bien últimamente.

Quiero preguntarle a qué se refiere, y a qué se debe toda la tensión que noto entre Jaxon y él, pero no es el lugar adecuado para ello. Además, Jaxon y Hudson eligen ese mismo momento para dejar sobre las mesas dos bandejas enormes.

En una hay siete tazas de té y, en la otra, casi el triple de postres exquisitos. Teniendo en cuenta que solo cinco vamos a comérnoslos, me parece que se han pasado siete pueblos. Al menos hasta que veo a Flint, que ya se ha agenciado dos trozos de tarta y una galleta de chocolate gigante.

Puede que, al fin y al cabo, sí supieran lo que estaban haciendo.

—¿Ha habido suerte? —pregunta Eden una vez que ocupan sus sillas.

—¿Aparte de salir cargados con todos los dulces del lugar sobre los que no han estornudado? —suelta Jaxon—. No. A pesar de llevar vaqueros azules y una camiseta rosa fucsia, la camarera con la que hemos hablado no parecía saber nada.

Me tengo que morder el interior de la mejilla para evitar reírme de que haya confundido la masa *choux* con un «achús», pero decido no corregirlo. A fin de cuentas, es un vampiro. ¿Con qué frecuencia pedirá pasteles?

Además, hay cosas muchísimo más importantes de las que hablar

ahora mismo que de mi desafortunado día como pastelera. Más incluso que encontrar a Gillie, aunque no puedo evitar preocuparme por ella.

—Puede que nosotros tengamos una pista —los informo.

Hudson apoya un brazo sobre el respaldo de mi silla y me sonríe.

—¿Por qué no me sorprende?

—Porque soy un genio —sugiero yo.

—Cierto. —Coge una de las tazas y toma un sorbo lento y cauteloso—. Y ¿cuál es esa pista?

—Hay un tipo llamado Polo que tiene un puesto en el mercado de la noche —explica Heather mientras coge un trozo de tarta de zanahoria.

—El mercado de medianoche —la corrijo, porque «mercado de la noche» implica que abre cuando oscurece, pero las cosas aquí no funcionan exactamente así—. Empieza a medianoche y termina a primera hora de la mañana seis noches a la semana.

Hudson asiente para confirmarlo y añade:

—¿Polo? ¿El chupacabras?

—¿Te acuerdas de él?

—Claro que me acuerdo. Me salvó el culo en la última batalla contra la reina de las sombras.

—Nos lo salvó a los dos, pero yo había olvidado por completo su nombre.

Y eso hace que me sienta fatal.

—No te preocupes por eso —me comenta Flint—. Comparado con olvidar a tu compañero durante meses, olvidar a un completo desconocido, aunque os hubiese ayudado, no es tan malo en realidad.

—Vaya, gracias. Sabes cómo animar a una chica —respondo cargada de sarcasmo.

Pero él se limita a sonreírme y decir:

—Hago lo que puedo.

Los demás disfrutan de sus pastas, discutiendo y riendo. Aunque me alegra verlos pasándolo tan bien, el estómago se me revuelve cuando me vuelvo hacia Hudson para preguntarle:

—No habrás visto a Gillie en la parte de atrás, ¿verdad?

Intento sonar despreocupada, pero mi voz nerviosa me traiciona.

—Sí, la he visto. Está bien —confirma al instante, y se me alegra el corazón—. Solo la he encontrado un poco… babosa.

—¿Babosa?

En lugar de contestar señala el mostrador, al bebé lavanda que Marian está arrullando ahora mismo. Se me abren los ojos como platos.

—Esa es…

—Marian es la madre de Gillie —afirma Hudson—. Esta es su pastelería.

—La línea temporal de Gillie se reseteó y ha vuelto a ser un bebé, igual que Humito —explico, y se me encoge el corazón al darme cuenta de que no podré hablar con mi buena amiga. Pero Hudson me da un apretón en el hombro para consolarme, y yo le sonrío.

—Al menos está viva. Eso es lo que importa.

Me da un beso en los rizos.

—Estoy de acuerdo. —Le doy un sorbo al té y dejo que el calor se extienda por todo mi cuerpo—. Aunque, personalmente, no querría volver a pasar la pubertad ni por todo el dinero del mundo.

Él se ríe, y yo también.

—Aún faltan muchas horas para la medianoche —comunica Macy a todo el grupo mientras mira el reloj con forma de galleta que cuelga de la pared—. Y Hudson ha dicho que Nyaz no va a la posada hasta el último turno, que será aún más tarde. ¿Qué os parece si aprovechamos ese tiempo visitando este lugar?

—Sí, pero no vayamos a los puntos turísticos —añade Heather—. Quiero ver los lugares a los que ibais cuando vivíais aquí.

El estómago se me contrae un poco al pensarlo. No porque no quiera enseñarles a mis amigos esos sitios, sino porque este viaje me está doliendo más de lo que pensaba al principio.

Una parte de mí tenía muchas ganas de regresar, estaba emocionada por ver el pueblo en el que vivimos Hudson y yo, en el que nos enamoramos.

Pero hace muy poco que he recuperado esos recuerdos. Ni siquiera he tenido ocasión de revisarlos y pensar en ellos detenidamente. Aun así, aquí estamos, de vuelta en Vegaville, antigua Adarie, y es como si nada de aquello hubiese ocurrido de verdad. Ni siquiera he tenido la oportunidad de ordenar los recuerdos en mi cabeza, y no hacen más que cambiar, transformarse, arrebatármelos.

Es una sensación muy extraña.

En cualquier caso, mis problemas no son los de los demás, y

entiendo por qué mis amigos quieren explorar este lugar. Estuvieron preocupados por mí y buscaron la forma de salvarme cuando Hudson y yo estuvimos aquí. No es de extrañar que quieran ver cómo era nuestra vida cuando estaban convencidos hasta la médula de que me había ocurrido algo horrible.

Así que me trago todos los pensamientos extraños que rebotan en mi interior e ignoro el malestar del que no me puedo zafar para centrarme solo en darles a mis amigos el mejor recorrido turístico de Adarie que puedo ofrecerles.

Y puede que a medianoche tengamos suerte y encontremos a cierto chupacabras que puede responder de una vez por todas si todavía tengo magia del tiempo dentro o no. Para saber si voy a quedarme aquí atrapada para siempre, en este lugar que me ha olvidado.

53

¿Dónde estás, artista?

—Bueno, ¿qué queréis ver primero? —pregunta Hudson después de que hayamos conseguido hacerles hueco en el estómago a tantos dulces como hemos podido.

Jaxon se aparta de la mesa.

—No lo sé. ¿Qué hacíais para pasar el rato por aquí?

—Pues las mismas cosas que en el Katmere, supongo —contesto mientras me dirijo a la puerta.

—¿En serio? —Macy enarca las cejas—. Porque hay un montón de guerras de bolas de nieve en el Reino de las Sombras, ¿no?

—No muchas. —Me echo a reír antes de mirar a Hudson—. Sé adónde los podemos llevar.

Él sonríe.

—A la Marca, ¿no?

—¡Exacto!

—¿Qué es la Marca? —pregunta Heather mientras nos alejamos de la pastelería para poner rumbo a las afueras del pueblo.

—Ahora lo verás —respondo, y me embarga la emoción.

Hudson y yo encontramos este sitio después de pasar varios meses en Adarie. Un día libre estábamos paseando por el pueblo en busca de algún plan divertido cuando nos topamos con el viejo almacén. Y, aunque no diría que fuéramos visitantes asiduos, veníamos bastante y nos conocíamos el lugar al dedillo.

Cuando paseamos por el pueblo en dirección a la Marca, me cuesta no sumirme en una mezcla extraña de nostalgia por este lugar unida a unas ganas de quedarme que no acabo de entender del todo.

A ver, me encanta la vida que estamos construyendo Hudson y yo en San Diego. Me encanta ir a la universidad allí y la idea de crear una nueva Corte Gargólica en mi lugar de nacimiento. Y sobre todo me encanta estar con Hudson.

Pero hay algo al pasear por estas calles, por este pueblo, que encaja a la perfección. Las cosas no eran perfectas cuando estábamos aquí, ¿cómo iban a serlo si los dragones del tiempo nos acosaban e intentaban matarnos? Y con Souil maquinando todos esos planes horribles…

Aun así, a pesar de todo ello era más fácil que la vida que tenemos ahora, sobre todo cuando por fin nos resignamos a quedarnos aquí para siempre.

No teníamos responsabilidades más allá de cuidar de nosotros mismos y nuestros trabajos, éramos la mar de normales.

No había decisiones de vida o muerte que, además de afectarnos a nosotros, afectaran a toda nuestra gente.

No había miedo de cometer un error que destruiría todo aquello que tanto nos habíamos esforzado por construir.

No es que no me guste ser la reina gárgola. ¿Cómo iba a odiarlo cuando tengo el honor y la responsabilidad de servir a mi gente? Pero tampoco es algo que habría elegido para mí. No es que la Grace de quince años se sentara en la cama y soñara con cómo sería ser reina algún día. Desde luego, ser monarca no entraba en mi lista de empleos soñados.

Así que sí, mientras pasamos por delante del antiguo colegio de Hudson y señalo su clase para que nuestros amigos la vean, o cuando nos detenemos para mirar el escaparate de la tienda de ropa en la que por fin encontré un trabajo que se me daba bien, me cuesta mucho no pensar en nuestra vida aquí. Me cuesta mucho no desear que la vida que estamos construyendo juntos ahora mismo pudiera ser igual de sencilla.

¿Que es un asco que nadie se acuerde de mí por aquí? Pues sí, un poco. Pero, cuanto más caminamos, también me doy cuenta de que es liberador en cierto modo. Aquí puedo ser quien quiera. Puedo hacer lo que quiera. En casa estoy demasiado ocupada intentando compaginar la universidad, el Círculo y el trono gargólico para preocuparme de quién soy o de quién quiero ser.

—Grace también estuvo trabajando aquí —comenta Hudson cuando pasamos por delante de la herrería de la que fui aprendiz durante exactamente dos días.

—¿Eras herrera? —cuestiona Heather con los ojos abiertos como platos—. ¿En serio?

—Emm, digamos que más bien hice una prueba para ser aprendiz de herrera —admito—. No era lo mío, la verdad.

—¿En serio? ¿Qué parte de estar plantada delante de una fragua a dos mil grados mientras moldeas metal durante horas no era lo tuyo? —pregunta Flint con los brazos cruzados y una sonrisa.

Le pongo los ojos en blanco antes de contestar.

—Pues que sepas que no me molestaba el fuego ni moldear el metal. Resulta que se me daba de pena y punto. En plan, era pésima.

—Es cierto —confirma Hudson; después se ríe cuando le doy un codazo cariñoso en el estómago—. ¿Qué? Dabas pena.

—Ya, bueno, pero no tenías que decirlo con tanta alegría.

—Lo siento. La próxima vez que documente uno de tus trabajos fallidos mostraré más reparos —promete poniendo los ojos en blanco.

Empiezo a tomarle más el pelo, pero, cuando doblamos la esquina al final del distrito comercial, me invade la emoción.

—¡Ahí está! —anuncio a mis amigos, y me detengo para tener mejores vistas—. ¡La Marca!

—Em... Pero eso no es más que un almacén viejo —declara Macy mientras contempla el edificio ruinoso que hay delante de nosotros.

—¡Cuidadito con lo que dices! —exclamo, y empiezo a empujar a todos hacia él—. Es mucho más de lo que solía ser.

—Vamos, un almacén viejo —repite Macy.

—Te vas a arrepentir de haberlo juzgado antes de tiempo cuando entremos —asevero antes de subir corriendo por las escaleras que llevan a la puerta delantera—. ¡Este sitio es una pasada!

Y entonces abro la puerta de un empujón para dejar que mis amigos entren a uno de los sitios más increíbles en los que he estado en mi vida.

—¿Es un museo? —pregunta Jaxon al tiempo que contempla las enormes obras de arte que cuelgan de la pared que tenemos enfrente.

—Es más bien una cooperativa en la que trabajan varios artistas —informo mientras los guío hacia dentro—. Un montón de artistas viven y trabajan aquí dentro, comparten espacio, herramientas y crean unas de las obras más alucinantes que he visto jamás.

—¿Tú pintabas aquí? —pregunta Heather, otra prueba de que me conocía en otra vida, una diferente a mi vida aquí, en Noromar, y a mi vida en el Katmere.

—Sí. A todas horas. —Lo analizo todo con la mirada hasta que

encuentro lo que buscaba. Un viejo sofá morado que coloqué debajo de una ventana en la esquina. Se le salían un poco los muelles en algunas partes, los almohadones estaban que daban vergüenza, pero Hudson se pasaba horas ahí tumbado, leyendo y viendo cómo pintaba bajo la luz que entraba por los enormes ventanales.

Cuando observo la colección de arte que hay en la pared adyacente, me doy cuenta de que es más bien un altar que una exposición, pues consiste en unos cincuenta cuadros de diferentes tamaños, todos acerca del mismo sujeto: Hudson.

Y entonces lo veo. Colgado entre el *collage* de otras pinturas.

Se me acelera el corazón mientras camino hasta allí y me planto a unos nueve metros de una de las piezas. De repente se me nubla la vista con lágrimas que no me caen de los ojos.

—Tío. —Flint deja escapar un largo silbido al contemplar también la pared.

—Vaya tela —dice Jaxon; se acerca un poco más que yo a la exposición y mueve la cabeza de un lado a otro para contemplar cada cuadro—. Entiendo que la gente esté agradecida de que la hayas salvado, pero esta mierda ya es otro nivel.

No lo dice con ningún deje de mordacidad o celos, y lo entiendo. Cuando llegamos a «Vegaville» por primera vez, pensé que era gracioso. Increíble. Me resultaba fascinante que tanta gente pudiera apreciar lo increíble que es mi compañero. Pero ahora me doy cuenta de que es más que el culto a un héroe.

Hay un cuadro de Hudson jugando al misbee con un montón de gente en el parque, Hudson sonriendo en primer plano y el resto en el extremo más lejano del campo. Hay otro de él levantando un enorme tronco sin ayuda por encima de su cabeza, delante de una casa a medio construir. Hudson apartando rocas enormes de delante de la entrada de una cueva cubierta por un desprendimiento de tierras. Hudson saludando desde una azotea con un bebé en brazos. Incluso hay uno de Hudson con los brazos cruzados y una ceja enarcada mientras se esfuerza por no reírse de un grupo de niños cubiertos de pintura y el edificio que tienen al lado también cubierto de manchas de color aleatorias.

Y mi favorito: Hudson con un pie sobre el cuello de un dragón del tiempo muerto, con la rodilla doblada, los brazos en jarras y la gente del pueblo atestada a su alrededor vitoreando. Solo le falta una capa...

—Madre mía —susurro—. Vegaville es Smallville.

Heather pilla la conexión de inmediato, cómo no, pues ambas adoramos los cómics.

—No solo salvó el pueblo cuando la reina atacó, Jaxon. —Se vuelve para mirarlo, después hace un gesto con la mano para abarcar todos los cuadros antes de señalar a Hudson, que está detrás de nosotras—. Clark Kent nunca se ponía las gafas allí. Vivía con ellos. Los mantenía a salvo. Los hacía sentirse queridos.

Eden sonríe.

—¿Os imagináis crecer sabiendo que Superman es tu vecino? ¿En serio?

—Bueno, hay amores y «amores» —interviene Macy mientras contempla un cuadro de sesenta por ciento veintiún centímetros que hay delante de mí—. Me preocuparía que este artista estuviera pensando en hacerse un vestido con tu piel.

—Oye —digo a la par que le doy un golpecito juguetón en el brazo—. No digas eso.

Cinco cabezas pasan de mirar el cuadro a mirarme a mí como una sola y, de repente, noto muchísimo calor en las mejillas. Nunca he sido la clase de artista que se siente especialmente cómoda cuando la gente contempla sus obras, así que ahora mismo me encuentro en el décimo círculo de un infierno autoinfligido.

—Tú has pintado esto —anuncia Eden con el orgullo adornándole la voz, y yo asiento rápido.

Y después nos quedamos ahí de pie, contemplando el cuadro de Hudson.

Recuerdo exactamente cuándo lo pinté. Fue el día después de que me dijera que me quería por primera vez. Cuando le dije que yo también lo quería. Y es evidente en cada pincelada que di sobre el lienzo, cada veta de pintura que dejé.

Me trago un océano de lágrimas que se me atascan en la garganta.

No quiero que nadie perciba lo que estoy sintiendo ahora mismo, pero Hudson lo ve. Siempre lo ve. Y cuando siento que desliza los brazos por mi cintura y me aprieta contra su pecho, envuelvo sus brazos con los míos y me agarro tan fuerte como puedo mientras un mar de emociones se levanta y amenaza con arrastrarme.

Lo que de repente hace que me cueste respirar no es solo la

vergüenza porque mis amigos estén analizando el cuadro que pinté de Hudson.

Ni siquiera es el amor que siento por este chico y que he dejado expuesto en cada pincelada que di en las arruguitas de sus ojos y las motas de azul marino en sus iris azul cielo lo que me crea un nudo en la garganta.

Ni tampoco me tiemblan las rodillas al percatarme de que delante de mí, justo delante de mis narices, por fin hay una prueba de que estuve aquí, de que fui importante en un lugar que ha decidido olvidarme.

Es que este cuadro representa mucho más de lo que parece. Y una de las cosas que representa, una de las razones por las que es tan importante, es porque el acto de pintar es ahora una más de esas cosas que hacía antes. Una de las cosas que antes me encantaban.

Porque, aparte de lo que pinté en clase de Arte cuando estaba en el Katmere, no he cogido un pincel desde que estuve viviendo en Adarie. Vale, sí, todavía tengo mis pinturas y mis pinceles viejos, pero no los he mirado ni una vez desde hace meses. De hecho, ni siquiera estoy segura de en qué armario los he enterrado en San Diego.

Mi amor por la pintura es solo una cosa más que este mundo me ha arrebatado, una parte más de quien soy que se ha perdido bajo la presión de ser la reina gárgola.

Heather me mira confundida, pero no dice nada más sobre mi obra, y se lo agradezco.

Hudson me acaricia entre los omóplatos haciendo círculos para calmarme mientras nos guía hacia la izquierda de la entrada. Le dedico una sonrisa de agradecimiento, pero no me la devuelve. En vez de eso me analiza con esa mirada atenta que ve mucho más allá.

Cosa que no me deja otra opción que volverme hacia mis amigos y empezar a charlar sin parar acerca de este lugar.

—Bueno, ¿por qué piso os apetece empezar? Está más o menos dividido en distintas formas de arte, así las diferentes herramientas son accesibles para todo aquel que lo necesite.

—¿De qué clase de herramientas estamos hablando? —cuestiona Eden.

—De todas —contesto—. La planta baja es donde se reúnen la mayoría de los pintores y los fotógrafos, pero cuando subes al primer piso hay un estudio de escultura con todas las clases de cinceles que os

podáis imaginar. También hay tornos de alfarería, hornos y un montón de arcilla.

—Y el segundo piso tiene telares, máquinas de coser y muchísimas lanas y telas —añade Hudson.

—Es la cosa más guay que he oído en mi vida —le dice Macy con los labios de color cereza oscura esbozando una leve sonrisa mientras se queda en el centro del almacén y contempla todos los murales que hay en las paredes que nos rodean—. ¿Y lo pagan los propios artistas?

—En realidad, es Noromar el que lo paga todo —explico—. Por eso está abierto al público. Es uno de los proyectos favoritos del ayuntamiento.

Mis amigos están tan fascinados con la cooperativa como Hudson y yo, así que nos pasamos un par de horas paseando por los distintos pisos, contemplando las obras de arte y conociendo a los artistas. Es un poco desconcertante, porque más de uno está trabajando en una pieza sobre Hudson en estos momentos y eso lo descoloca un poco, sobre todo cuando le piden que pose para unas cuantas fotografías que puedan usar en su obra.

Cuando ya hemos recorrido los tres pisos, por fin se lo empieza a tomar con más filosofía, así que salimos a una de mis partes favoritas de la cooperativa: un enorme jardín con grafitis que se extiende cuan largo es el almacén.

El jardín se ubica entre dos paredes enormes que se encuentran paralelas la una a la otra y contiene flores, caminos de piedra y bancos con una escena diferente en cada uno. Hay una fuente enorme en el centro, también rodeada de bancos para que la gente pueda sentarse y admirar las paredes llenas de grafitis.

Ambas están cubiertas de pequeños murales, placas y frases sin ningún orden que me hacen sonreír. Hay de todo, corazones con las iniciales de la gente dentro o alegatos sobre la vida, tanto positivos como negativos, y también citas de los poemas y las canciones favoritas de quienes las pintan.

—¿Qué es esto? —pregunta Flint mientras camina hacia los enormes armarios de metal que hay al final del jardín. Me siento mal al ver que está cojeando un poco... Subir y bajar las escaleras de metal del interior debe de haberle empeorado la pierna.

—La mejor parte —le respondo con una sonrisa.

Pero entonces Flint tropieza con una roca mal colocada y Jaxon

se desvanece hasta él en un instante y le agarra del brazo para ayudarlo a mantener el equilibrio. Cosa que parece ser la decisión incorrecta, a juzgar por la mirada que le lanza Flint y la forma en la que aparta el brazo de un tirón.

Jaxon gruñe desde lo más profundo de su garganta, pero no dice nada. Se limita a soltar un suspiro de exasperación y se queda donde está mientras Flint se esfuerza por recorrer lo que le queda de camino hasta el armario él solo. La mirada de ébano de Jaxon está fija en el dragón cuando tropieza una segunda vez por el camino de piedras, pero sé que está respetando el límite implícito que Flint le ha dejado más que claro: si quiere la ayuda del vampiro, se la pedirá.

No me puedo ni imaginar lo complicado que debe de ser para ambos. Jaxon con su sobreprotección, siempre en alerta extrema porque quiere evitar que Flint se vuelva a hacer daño. Y Flint decidido a ser independiente y hacer las cosas por sí mismo.

No sé qué hacer para ayudarlos, solo puedo intentar romper el momento incómodo, así que corro hacia los armarios y abro las puertas de par en par para que todos vean lo que les espera.

54

Reza por mi espray

—¿Pintura en espray? —Flint se ríe en cuanto ve el contenido de los armarios metálicos—. ¿Son comunales?

—Por supuesto —respondo, y cojo un par de botes diferentes para ofrecérselos—. ¿Qué color prefieres?

Se queda mirando las tapas de distintos colores sorprendido.

—¿No son todos diferentes tonos de morado?

Me doy cuenta de que tiene razón. La pintura en espray es de un gran abanico de colores, lo que explica por qué el mural de grafitis es tan bonito. Es una mezcla de todos los colores imaginables, y jamás me había percatado de ello. O, si lo hice, no caí en que la pintura en espray (y muchos de los materiales de arte que tenemos aquí, como la pintura que usé para mi retrato de Hudson) tenía que proceder de otro lugar. En que era imposible que fuese de Adarie ni de ningún otro lugar de Noromar.

Igual que las mesas de la pastelería, los sofás de Souil y la ropa colorida que a tanta gente del pueblo le gusta vestir, alguien debió de traerla de contrabando. Otra prueba más de que existe de verdad un contrabandista, ya sea Polo o alguien que él conoce, trabajando en Noromar. Y si ese es el caso, puede que el plan de Hudson para cruzar de nuevo la barrera funcione de verdad.

Pero todavía quedan muchas horas para la medianoche, así que decido pensar luego en el contrabandista. Ahora solo quiero pasármelo bien con mis amigos.

Cojo un par de botes para mí, uno azul y otro plateado, y espero a que mis amigos hagan lo mismo antes de dirigirme al muro. Nos repartimos y comenzamos a pintar en los huecos que logramos encontrar.

Hudson dibuja un corazón rojo enorme y escribe nuestras iniciales en él, porque es así de cursi. Yo pongo los ojos en blanco al

verlo, pero él sonríe y añade varios corazones flotando alrededor del principal.

—Das un poco de asco. Lo sabes, ¿no? —comenta Macy mientras dibuja una araña negra gigante junto a los corazones de Hudson.

Él sorbe por la nariz.

—Prefiero considerarme un romántico.

—Sí, bueno, pues yo me considero alucinante y no por ello lo soy —replica ella.

—Sí que lo eres —intervengo dejando a medio hacer la ola que estaba dibujando para mirarla—. Eres la persona más alucinante que conozco.

—Vaya, gracias —suelta Hudson impasible.

Vuelvo a poner los ojos en blanco.

—Tú eres mi compañero. Sabes de sobra que me pareces alucinante.

—Sí, pero nunca está de más oírlo de vez en cuando.

Y surge en su rostro una mueca burlona mientras añade «para siempre» justo debajo de nuestras iniciales.

Macy finge tener arcadas.

—Creo que me va a dar un coma diabético ahora mismo.

Suena tan diferente a la Macy que conocía que tengo que recordarme que mi prima sigue ahí. Bajo el maquillaje gótico, los nuevos *piercings* y todo el sufrimiento, Macy sigue ahí. Solo tengo que averiguar cómo ayudarla a superar ese dolor.

Eden se acerca corriendo a nosotros con un bote de pintura morada en la mano. Se coloca justo al lado de la araña de Macy y le añade un par de alas de dragón antes de salir pitando a meterse con Flint y Jaxon.

—Dragones —declara Hudson con otro ruidito nasal correcto y formal, aunque sus ojos centelleen de regocijo, justo antes de desvanecerse tras Eden y dibujar un par de colmillos vampíricos junto a su dragón.

Macy y yo nos sentamos durante la siguiente media hora mientras los demás se lo pasan bomba metiéndose los unos con los otros y pintando con los espráis todo lo que pillan por delante. Espero tener la ocasión de hablar con ella (hablar de verdad), pero cada vez que intento sacar algún tema que no sea superficial, ella me corta en seco.

Hasta que al final dejo de intentarlo.

Por fin los demás van relajándose y vienen a sentarse con nosotras. Hudson se deja caer junto a mí, y Eden, Heather y Jaxon toman asiento en el suelo a nuestro alrededor. Flint prefiere la fuente que hay justo frente a nosotros y, con un suspiro de alivio, estira la prótesis de la pierna sobre el banco.

Sopla una ligera brisa que de vez en cuando arrastra el fuerte aroma de las flores. Aunque ya pasan de las diez, el sol sigue en lo más alto y, mientras cae sobre nosotros, evita que el viento nos enfríe. Con el borboteo de la fuente y el suave gorjeo de los pájaros en los magnolios, se está de maravilla aquí fuera.

Es más, resulta relajante.

Una palabra que no asocio con mis amigos muy a menudo, al menos cuando estamos casi todos juntos como ahora. Desde que nos graduamos en el instituto Katmere solo nos hemos reunido todos cuando había un problema que resolver o una batalla que librar.

Aunque sé que hay un problema esperándonos cuando salgamos de este jardín (varios, en realidad), por el momento es un deleite estar aquí sentada con mis amigos y hablar de tonterías. De clases que nos preocupan, de las últimas películas que hemos visto o de que las entradas para los conciertos de nuestras bandas favoritas cuestan un ojo de la cara.

Casi me permito relajarme un poco cuando Macy mira el reloj y anuncia:

—Falta media hora para la medianoche. Hora de ir a ver si ese chupacabras conoce a alguien que pueda ayudarnos a volver a casa… o comprobar si el morado va a ser mi nuevo color preferido. Para siempre.

Y así, nuestro momento perfecto se consume como las cortinas polvorientas con el tiempo, reemplazado por el silencio, las responsabilidades y un miedo incesante que nos persigue por todo el pueblo.

55

Doble adolescente

—¿Y ahora adónde? —pregunta Flint mientras volvemos al centro del pueblo.

—Todavía queda un poco de tiempo antes de que abra el mercado de medianoche —comenta Hudson—. ¿Alguien tiene ham...?

Se interrumpe como si se hubiera atragantado y todos nos volvemos para mirarlo preocupados.

—¿Estás bien? —pregunto, y le coloco una mano en la parte baja de la espalda.

Está demasiado ocupado manteniendo la mirada fija en el otro extremo de la calle como para prestar atención a lo que estoy diciendo.

Sigo la trayectoria de su mirada y suelto un grito ahogado por la sorpresa. Porque paseando por la acera, en dirección a nosotros, viene un grupo de unos diez espectros jóvenes que tendrán entre trece y catorce años. Y están disfrazados de... nosotros.

Y cuando digo «disfrazados», me refiero a un disfraz con todo lujo de detalles, a lo Halloween.

—¡Madre mía! —exclama Heather antes de que lleguen hasta nosotros—. ¡Mira a la Eden preadolescente! Es monísima.

—Tiene buen gusto con los tatuajes —admite Eden después de dedicar un segundo a analizar a la niña morada que lleva pantalones de tiro bajo y un top con el que enseña el ombligo. Lleva tatuajes falsos de dragones y fuego que le recorren los brazos y se ha peinado la larga melena morada en dos moñitos de los que sobresalen dos mechones despeinados.

—Pues el Flint preadolescente también está genial —dice Flint mientras nos acercamos más. El chico tiene pelo rizado natural, como el de Flint, pero, al contrario que el «peinado» que luce normalmente mi amigo, este se lo ha cardado para que quede lo más alto posible.

Que además lleve botas gigantes y vaqueros desgastados con una camiseta con las mangas enrolladas para presumir de bíceps inexistentes también es una monada, la verdad. Y eso sin mencionar el tatuaje de un dragón que parece que se haya dibujado él mismo en uno de sus bracitos morados.

La Heather en plena pubertad se ha recogido el pelo con un millón de trenzas y luce una sudadera con cremallera de color morado intenso combinada con unos pantalones deportivos con la cinturilla doblada hacia abajo. También lleva un montón de anillitos relucientes en los dedos lilas, justo como le gusta a mi mejor amiga.

Y en cuanto a las dos Macy preadolescentes… Ambas van vestidas con diminutas camisas negras que enseñan el ombligo, pantalones cortos combinados con botas de suela gruesa y medias con carreras. Una de ellas luce un collar de pinchos en el cuello, mientras que la otra lleva pulseras de cuero en las muñecas. Además, se han pintado o tintado el pelo de color verde, o lo más parecido a verde que se puede conseguir teniendo el pelo morado, y se han maquillado al estilo gótico, con un montón de sombra negra alrededor de los ojos y pintalabios del mismo color.

Una de ellas lleva lo que supongo que es una varita.

—Qué monadas —comento cuando se acercan cada vez más—. Aunque creo que Jaxon es mi favorito.

—¿Qué me estás contando? —Jaxon parece confundido—. No hay Jaxon.

Todos lo miramos como si necesitara gafas.

—¿Estás de coña? Está justo ahí. —Señalo al miniyó de Jaxon.

—¿El de los vaqueros y la camiseta blanca? No han acertado con el pelo, pero me gusta la chaqueta de cuero. —Asiente—. Vale, bien, puedo aceptar a ese chaval.

—Se supone que ese soy yo, pringado —le espeta Hudson mientras pone los ojos en blanco.

—Tú eres el que va todo de negro, Jaxon —añade Macy para ayudarlo.

—El que va todo de… ¡Ni de coña! —Parece totalmente desconcertado—. Ese no soy yo.

—¿En serio? —Heather lo mira de arriba abajo, demorándose aposta en la camiseta ceñida negra y los vaqueros negros—. ¿Y quién va a ser si no?

—Yo qué sé. ¿Macy? A ver, mira el pelo.

—Exacto —le chincha Flint—. Mira el pelo.

—Mi pelo no es así —indica Macy.

Jaxon parece furioso.

—Bueno, pues el mío tampoco. Está claro. —Se pasa una mano por la melena ondulada como si quisiera demostrar algo.

Pero eso solo consigue que se le despeine, y que se parezca todavía más al peinado en cuestión del adolescente. Que en realidad se trata de una peluca de mujer de pelo lacio negro que claramente era mucho más larga hasta que alguien, un aficionado, por la pinta que tiene, cogió unas tijeras e intentó crear el desgreñado look insignia de Jaxon.

—Tío, tu pelo es así tal cual —informa Eden—. Incluso han copiado a la perfección ese rollito que llevas de esconder los ojos.

—Solo espero que no tropiece —indica Macy preocupada.

Flint se encoge de hombros.

—Jaxon nunca tropieza.

—¡Porque mi pelo no tiene esa pinta! —exclama el vampiro cabreadísimo—. ¿Sabéis cuánta pasta me gasto en este corte de pelo?

—Ah, la verdad va saliendo a la luz —bromea Hudson.

—Y yo qué sé. —Eden pasa la mirada del niño a Jaxon—. O el chaval es un genio de la peluquería o te están timando. Porque, tío, el pelo es clavadito.

—Y los pantalones también. —Mi prima mete baza.

Jaxon la mira y entrecierra los ojos.

—¿Los pantalones? ¿En serio? Los suyos son de lentejuelas. No he llevado lentejuelas en mi vida.

—Ya, pero ¿hay alguien más en el grupo que lleve los pantalones así de ajustados? —le pregunta Heather.

—¡Que tienen lentejuelas! ¡Y son acampanados! —vocifera mientras apunta al dobladillo.

—Yo no veo ninguna diferencia, la verdad. —Hudson sigue apretándole las tuercas porque sí a un vampiro ya de por sí cabreado —. ¿Tú qué opinas, Grace?

—A ver, sí que parecen tan ajustados que cortan la circulación, y eso es un aspecto característico del look de Jaxon. Además, ¿alguien por aquí sabe lo que son los pantalones de campana? —le pregunto al grupo.

Todos niegan con la cabeza.

—No me suena —añade Hudson.

Eden parece confundida.

—¿Te refieres a la cosa esa de los campanarios?

—Pues ahí lo tienes —le digo a Jaxon encogiéndome un poquito de hombros.

—¿Sabéis qué? Que os den a todos —gruñe—. Yo no tengo esa pinta.

Jaxon preadolescente escoge ese momento para salir corriendo hasta mini-Flint y fingir que le muerde el cuello. Entonces todos nos partimos de risa. Todos menos Jaxon.

—Bueno —interviene Hudson cuando por fin deja de reírse—. No puede dejártelo más claro.

—Me da igual —espeta Jaxon cuando por fin se acercan lo suficiente como para poder escucharnos—. No son más que niños.

—Niños que... —Hudson se calla a mitad de la broma y abre los ojos como platos.

—¿Qué pasa? —pregunto a la par que me doy la vuelta. Y casi me muero. Porque, por la izquierda, viene hacia nosotros un grupo de nada más y nada menos que seis mini-Grace en edad de estar en el instituto, con pelo rizado, camisetas de tirantes y sujetadores con mucho, pero que mucho relleno.

Me. Cago. En. Todo.

Ahora sería un momento excelente para que se abriera la tierra y se me tragara enterita.

Le toca a Jaxon echarse a reír, al igual que el resto. Y eso es antes de que la líder de las Grace, por llamarla de alguna forma, se detenga frente a Hudson y se atuse el pelo.

—Hola, hombretón —dice poniendo la voz más melosa que he oído en la vida.

Hudson se queda boquiabierto y después da dos pasos gigantes hacia atrás para esconderse detrás de mí.

—Em, hola... —contesto, porque no sé qué más hacer—. Estás muy...

—Paso de ti. —Pone los ojos en blanco y me aparta de forma experta para acercarse furtivamente a mi compañero—. Hoy estás muy guapo, Hudson.

Mientras habla tira la cabeza hacia atrás en un intento de alargar

el cuello tanto como pueda.

—Em, yo, nosotros... —Hudson se atraganta. En serio, se atraganta y abandona el barco, nos empuja para pasarnos de largo y recorrer la acera a toda velocidad.

—¡Hudson, espera! —le suplica otra de las Grace. Entonces las seis empiezan a perseguirlo por la acera como si fueran patitos. Si los patitos se atusaran la peluca, soltaran risitas e hicieran todo lo que pudieran para conseguir que el malote de Hudson Vega les chupara la sangre—. ¡Vas demasiado rápido! ¡No podemos seguirte el ritmo!

Él ni siquiera se para un segundo en su carrera.

De repente aparece una Grace falsa más. Solo que esta no lo persigue por la calle. Esta salta de una maceta de un metro y medio con las alitas de plástico abiertas, justo cuando Hudson pasa por su lado.

Jadeo, pero mi compañero alarga los brazos por reflejo hacia la chiquilla y la agarra al estilo recién casados.

Todas las mini-Grace se vuelven locas. Gritan como si estuvieran en un concierto de Hudson Vega y corren hacia él como si se encontrara en el escenario.

He de decir a favor de Hudson que deja a la niña con mucho cuidado en el suelo. Incluso le acaricia la cabeza. Y después se desvanece más rápido que nunca.

56

Com-probaré lo que vendes

El mercado de medianoche era otra de nuestras cosas favoritas cuando vivíamos aquí. Teniendo en cuenta que el sol solo se pone en Noromar durante el festival Lluvia de Estrellas, es fácil entender por qué el mercado está tan concurrido incluso a medianoche. Pero no íbamos tan a menudo como queríamos sencillamente porque solíamos estar cansados del trabajo y de la vida. No obstante, las pocas veces que fuimos siempre las disfrutamos.

Sin embargo, esta noche no venimos a pasarlo bien, sino a buscar a Polo y a convencerlo de que nos diga quién es la persona que le consigue la mercancía que vende. Una parte de mí piensa que él podría ser la misma fuente y el propio contrabandista, pero no tengo argumentos para justificarlo, solo una corazonada.

Aun así es una buena corazonada, la más fuerte que he sentido en mucho tiempo, así que todavía no estoy preparada para descartarla. No hasta que hable con Polo y vea qué tiene que decir… y la cara que pone cuando lo dice.

—¿Sabes a qué puesto tenemos que ir? —pregunta Jaxon mientras atravesamos las viejas puertas de hierro que aíslan el mercado al aire libre cuando está cerrado.

—Solo que está cerca de la parte trasera —respondo—, pero las cosas están bastante bien organizadas aquí. No debería ser difícil encontrarlo, o preguntar a alguien que nos indique la dirección correcta.

—¿Crees que alguien nos ayudaría? —interviene Eden, que parece sorprendida.

Lo cual me extraña, al menos hasta que veo la apariencia que tienen todos: no es que vayan buscando pelea, pero tampoco piensan escapar de una si se presenta la ocasión. Hasta Heather parece tensa, como si estuviera a una mirada de activar su mecanismo de lucha o

huida.

Solo Hudson aparenta estar totalmente relajado, como si estuviese dando un paseo nocturno por Adarie. Que, básicamente, es justo lo que estamos haciendo. Solo que tenemos un plan que no podemos permitirnos echar a perder.

Por milésima vez en todo el día me pregunto cómo estará Mekhi en la Corte Bruja. Desearía que nuestros móviles funcionasen en el Reino de las Sombras. Lorelei prometió escribirnos si Mekhi sufría algún cambio, pero no recibiremos esos mensajes hasta que nos marchemos de aquí. No tenemos más remedio que confiar en lo que nos dijo, que disponemos de más de una semana para encontrar el antídoto.

No tenemos otra opción, así que voy a seguir cruzando los dedos y a esperar lo mejor. Y si este plan hace que se me revuelva el estómago de todas las maneras posibles, bueno, pues nadie tiene por qué saberlo salvo yo. Además, no sirve de nada compartir preocupaciones. Y menos todavía cuando no tengo la menor duda de que acabarán encontrándonos a todos más pronto que tarde.

—¿No tienen una lista con el nombre de los puestos? —pregunta Heather cuando empezamos a recorrer la última hilera del mercado—. A lo mejor nos ayuda a encontrarlo.

—No hará falta —le asegura Hudson, y señala con un gesto de la cabeza un puesto lleno de mercancías de todos los colores imaginables.

Brillantes farolillos rojos, verdes y morados cuelgan de unas cuerdas que se entrecruzan sobre el puesto. Una mesa está llena de piedras de joyería multicolor y, la otra, de vaqueros azules y camisetas de todos los tonos del arcoíris. El centro del puesto alberga varias pilas de sábanas policromáticas que casi alcanzan los dos metros de altura, además de muebles, cuadros, y cristalería de colores que me recuerda a la colección que mi madre tenía en su despacho.

Llenaba los recipientes de plantas y flores que luego usaba para preparar sus infusiones. A medida que nos acercamos al puesto, no logro apartar la mirada de los preciosos frascos de boticario ambarinos, los atomizadores escarlatas y los jarrones de jade. Juro que casi puedo oler el aroma dulce y especiado que me envolvía cada vez que hacía sus mezclas.

Es una sensación extraña, que me entristece aunque me

proporcione una dosis increíble de consuelo. Es raro que un solo vistazo a estos recipientes pueda transportarme de vuelta a aquellas horas después del colegio cuando, bajo su supervisión, llenaba las botellas con las raíces, las flores y las bayas que ella misma cultivaba, recogía y secaba sobre la mesa del comedor.

—¿Y cuál es el plan? —pregunta Flint mientras nos aproximamos —. ¿Quieres que haga de guardaespaldas?

Hudson se ríe.

—El día que necesite que un dragón me guarde las espaldas saldré al sol sin mi anillo y dejaré que me abrase.

—Que el sol sea capaz de hacerte eso demuestra con creces que los dragones somos más fuertes —manifiesta Flint.

Hudson pone los ojos en blanco.

—Que los dragones sean mortales demuestra todo lo contrario.

—Pero ¿qué os pasa a los vampiros, macho? Usando la baza de la inmortalidad a la mínima de cambio. Dejaos ya de fanfarronadas.

Flint parece estar profundamente disgustado, cosa que solo divierte aún más a Hudson. Sobre todo cuando Jaxon se mete en medio.

—No necesitamos fanfarronear. Somos inmortales.

—Vamos, que no tenemos ningún plan —concluye Heather dirigiéndose a todo el grupo, y nos echamos a reír.

—Lo que quiero decir es que el plan es sencillo —nos dice Hudson con un suspiro. Entonces se da la vuelta y se acerca con paso decidido al puesto como si fuese el dueño del lugar.

Polo está ayudando a un cliente que parece muy interesado en adquirir un par de vaqueros, pero se detiene en mitad de la negociación cuando divisa a mi compañero. Es enjuto y no destaca por su altura, pero, tras aquella pelea que tuvimos contra una manada de lobos, sé que oculta una fuerza extraordinaria bajo esa camiseta blanca. Ahora lleva los rizos de su pelo oscuro recogidos tras las orejas, y en el brazo tiene un tatuaje nuevo de un águila con las alas extendidas, pero, aparte de eso, conserva el mismo aspecto que yo recuerdo, hasta la sonrisa lobuna que le lanza a Hudson.

—¡Hudson Vega! —grita mientras cruza el puesto para estrecharle la mano—. Me habían dicho que habías vuelto al pueblo. Después de todo lo que pasó no me lo creía, pero aquí estás.

—Aquí estoy —confirma Hudson con una sonrisa pícara.

Polo le da una palmada amistosa en la espalda.

—¿Cómo estás, condenado?

—Bien, bastante bien. ¿Y tú?

—No me quejo —contesta con una risotada muy parecida a un aullido—. El negocio va viento en popa, mi compañera y yo acabamos de tener un bebé y esa zorra de las sombras no ha aparecido por aquí desde que la echaste como la basura que es. La vida nos sonríe.

—Eso es fantástico, tío. —Ahora le toca a Hudson darle una palmada en la espalda—. ¡Un nuevo chupacabras correteando por aquí! ¿Niño o niña?

—Niña. Ha salido igualita a su madre, gracias a Dios. Es preciosa.

—Seguro que sí.

—¿Cómo se llama? —pregunto yo, porque me siento incómoda aquí de pie sin decir nada. Y además porque no quiero que Hudson sea el único que cargue con la conversación. Sobre todo sabiendo la dirección en la que debe encauzarla.

—Se llama Aurora —responde—. Porque es nuestra luz.

—Qué bonito. Me alegro mucho por ti y por tu compañera.

Después de todo lo que tuvo que soportar en la última batalla, Polo se merece toda la felicidad del mundo.

—Por cierto, ella es la mía —me presenta Hudson mientras me rodea la cintura con el brazo y me acerca a él—. Grace.

—¿Qué? ¿El gran Hudson Vega ha encontrado a su compañera? —Ahora sí que lanza un sonoro aullido, uno que parece usarse para las celebraciones—. Enhorabuena, colega. Eso es estelar. —Se sacude levemente como si acabase de recordar que yo también estoy presente —. Y enhorabuena a ti también —me dice—. Te llevas una joyita.

—Y que lo digas —coincido.

—Y ¿qué os trae a los dos a Vegaville? —pregunta Polo unos segundos después—. Por favor, dime que no habéis traído a ninguno de esos malditos dragones del tiempo.

—No —le asegura Hudson—, pero eso es justo de lo que queremos hablar contigo.

—¿De dragones del tiempo? —exclama Polo con recelo.

—No, de dragones del tiempo no —asevero—. Teníamos la esperanza de que pudieses guiarnos hacia la dirección indicada. Buscamos a alguien que sepa cómo atravesar la barrera entre el Reino de las Sombras y nuestro mundo.

—Pero ya has hecho eso tres veces, ¿no? —Mira a Hudson—. Viniste, te marchaste y has vuelto a venir. ¿Qué tiene de diferente esta vez?

—La primera vez que vine, traje a un dragón del tiempo conmigo, y regresé a casa tras un desafortunado encuentro con otra de esas criaturas —explica Hudson—. Pero, sabiendo lo que ocurrió la última vez que traje a un dragón del tiempo a Noromar, he preferido ser un poco más discreto en esta ocasión. Así que encontré una forma más fácil de entrar, pero no puedo regresar por ella, lo que significa que mis amigos y yo estamos atrapados aquí para siempre. A no ser...

—¿Y por qué acudís a mí? —pregunta Polo tras pasar varios segundos en un silencio total—. ¿Qué os hace pensar que yo sé cómo funciona la barrera?

—No eres un espectro, así que no naciste aquí. Lo que significa que cruzaste la barrera, igual que yo.

—Sí —Inclina la cabeza para confirmar la lógica de Hudson—. Pero eso no significa que sepa cómo cruzarla ni que conozca a nadie que pueda.

—A lo mejor tú no —reconoce Hudson—, pero tengo la sensación de que sí conoces a alguien que puede. ¿Me equivoco?

Ahora Polo parece enfadado.

—Aunque supiera algo, y no digo que lo sepa, no querríais marcharos de esa manera, tío. Te lo aseguro.

—¿Por qué no? —pregunta Eden, y Polo se vuelve hacia ella.

—Porque la mayoría de la gente que sale por ahí nunca regresa —anuncia como si eso lo explicase todo. Cuando se percata de que ninguno de nosotros entiende qué hay de terrible en eso, añade—: O sea, nunca jamás.

—Ah —murmura Eden, y un escalofrío le recorre todo el cuerpo.

Entrecierro los ojos mientras miro a Polo, decido seguir mi instinto y digo:

—Pero tú atraviesas la barrera por ahí todo el tiempo, ¿verdad?

Polo levanta una de sus pobladas cejas.

—¿Y qué si lo hago? —replica, lo cual no es en absoluto una respuesta.

—Pues que sabes la forma de salir de una sola pieza —contesto.

Pero él niega con la cabeza, y una sonrisa burlona le tensa los labios.

—Polo es especial. —Extiende los brazos para abarcar sus mesas llenas de mercancías—. Por eso mi negocio prospera tanto. Es una lástima que lo que sé no os sirva de nada a vosotros. Solo el lugar donde empieza el túnel. Eso es lo máximo que puedo hacer.

—Me sirve —acepta Hudson con una breve inclinación de cabeza —. Si nos muestras el camino dentro de unos días, nosotros nos encargaremos del resto, Polo.

El chupacabras nos analiza a ambos un segundo, como si intentase averiguar si va en serio lo que le decimos de marcharnos por allí. Pero no le digo que, ahora mismo, estamos dispuestos a hacer lo que haga falta. Hemos venido hasta aquí, así que pocas cosas hay que no haríamos por salvar a Mekhi.

—Primero, vas a tener que firmar el *merchandising* de Hudson que tengo en la parte de atrás antes de marcharte —declara señalando con la cabeza la zona de almacenaje de un lado del puesto—. Como pago por guiarte. Tengo una reputación de contrabandista que mantener.

—Hecho —responde Hudson—. Aunque lo habría firmado de todas maneras, por cubrirme las espaldas en aquella última batalla.

—No, los productos Vega siempre han tenido buena salida —explica con los ojos brillantes—. Pero ¿ahora? Podré venderlo por el cuádruple.

—¿Y eso por qué? —pregunta Macy, que habla en voz alta por primera vez, pero Polo ya se está yendo a ayudar a un nuevo cliente al otro lado del puesto.

Sin interrumpir el paso, contesta por encima del hombro:

—Joder, macho, porque todo el mundo sabe que las cosas firmadas se venden por una fortuna cuando la palman.

57

Posada pisada

—Eso ha sonado fatal —digo mientras intento calmar el corazón, que me va a mil por hora.

Pero Polo ya se ha marchado a encargarse de un cliente que está interesado en uno de los abrigos de colores brillantes que tiene expuestos.

Me vuelvo hacia Hudson y nuestros amigos nos rodean a la vez.

—Eso ha sonado fatal —repito.

—Todo saldrá bien —me asegura. Pero atisbo una cautela extrema en sus ojos que no estaba antes.

—Tiene que salir bien —añade Flint cuando empezamos a salir del mercado—. Así que saldrá bien..., sea como sea.

—Es una buena forma de verlo —interviene Heather—. Tiene que salir bien, así que saldrá bien. Te lo voy a robar para cuando esté cagada por algo.

—¿Eso significa que no te da miedo que alguien cuente con nuestra muerte? —le pregunto al tiempo que cruzamos las puertas.

Se encoge de hombros.

—La verdad es que no. Creo que tú y Hudson lo tendréis todo controlado.

—Eso es pasarse, pero admiro tu voto de confianza.

Hudson no dice nada, pero sí que me da la mano y entrelaza nuestros dedos. Es la manera de decir «Podemos con esto» a lo Hudson y Grace.

—Volvamos a la posada —sugiere Eden—. Puede que Nyaz ya haya empezado su turno.

—Además, mi cama me está llamando —añade Heather—. No me extraña que nunca tuvieras tiempo para mandarme mensajes mientras estabas en el Katmere, Grace. Tu vida es agotadora.

—Ni te lo imaginas —admito con una sonrisa—. Pero aun así

tendría que haberte contestado a los mensajes.

—¿Cuándo? ¿Entre las disputas con los dioses y los chantajes con los contrabandistas? —Niega con la cabeza—. Nop. Declaro de forma oficial que te perdono por todo lo que ha pasado antes.

Me dispongo a hacer una broma, pero tengo un nudo en la garganta y no puedo decir nada. Porque es típico de Heather perdonarme con facilidad, aunque seguramente no debería.

—Ya, pues a partir de ahora me aseguraré de contestar a los mensajes sin importar lo peligrosa que sea la situación en la que me encuentre —consigo pronunciar al final—. De hecho, no te esperes menos que adulaciones y mi atención constante.

—Bueno, con lo que me gusta a mí que me adulen —contesta con una sonrisa.

Eden enarca una ceja.

—¿Esa es tu filosofía para todo en general o solo para vuestra amistad?

Y al oír eso, empiezo a caminar más deprisa. Hay algunas cosas que no necesito saber, aunque sean de mi mejor amiga.

Pero, hablando de mejores amigas… Suelto la mano de Hudson y él me mira sorprendido. Por lo menos hasta que le hago un gesto disimulado con la barbilla para señalar a Macy, quien camina un poco por delante con nosotros, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos. No estaba prestando atención a Eden ni a Heather, así que lo que le pase no tiene nada que ver con ellas.

Hudson asiente y vuelve hacia atrás para dejar que Jaxon y Flint le chinchen un poco más con lo de ser un superhéroe. La parte positiva es que ellos dos por lo menos no discuten cuando tienen el objetivo común de fastidiar a Hudson.

Además, Hudson puede apañárselas solito, así que me apresuro a alcanzar a mi prima.

—Eh —digo mientras le doy un toquecito en el hombro con el mío—. ¿Cómo va todo?

Se encoge de hombros.

—Parece ser que bien, porque al final no vamos a estar atrapados aquí toda la vida.

—Sin duda es una de las muchas cosas por las que tenemos que estar agradecidas —comento.

—Ya te digo, aunque me apuesto lo que sea a que esa cosa de la

que hablaba el tal Polo nos matará de camino a nuestro mundo igualmente. —Me dedica una sonrisita leve para hacerme saber que está de broma. Un poco.

—Eh, podemos con todo. —Le vuelvo a dar con el hombro—. Además, no es a lo que me refería. Todavía tienes cosas y personas por las que sentirte agradecida, Macy. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé. —Pero no dice nada más.

Dejo pasar un par de minutos de silencio antes de volverlo a intentar.

—Si quieres hablar sobre...

Me interrumpe.

—No quiero.

—Vale, bien. Igual me he pasado un poco con lo de «querer». A lo que me refería es...

—Sé a qué te referías, Grace. —Me dedica otra sonrisita que casi le llega a los ojos.

Suspiro.

—Es solo que te quiero, Mace.

—Lo sé. —Traga saliva—. Yo también te quiero.

—Estoy aquí para lo que necesites —susurro—. Oye, tú me apoyaste cuando llegué al Katmere, ¿te acuerdas, compañera de habitación? —Una chispita empieza a relucirle en los ojos, así que sigo adelante—. Quizá debería comprarte yo una colcha de color rosa eléctrico. —Esta vez una media sonrisa le levanta una de las comisuras de la boca, y le paso un brazo por el cuello—. Con purpurina y lentejuelas, puede que hasta un ribete de plumas.

Durante un segundo o dos se queda tensísima, pero entonces, poco a poco, tan poco a poco que apenas lo siento, empieza a bajar un mínimo la guardia.

Me encantaría tener las palabras indicadas para conseguir que se abriera a mí. Sé que está pasándolo mal, sé que está sufriendo. Y por experiencia propia sé que no puedes bordear el dolor. En algún momento tienes que abrirte paso a través de él. Pero no tengo derecho a decirle cuándo debería hacerlo. Lo tiene que decidir ella. Aun así se merece saber que no tiene por qué atravesarlo sola.

—Encontrarás la forma de salir de esta, Macy. A tu manera —musito—. Pero quiero que sepas que no estás sola. Estoy aquí para ti. Con colcha rosa incluida.

Al final asiente y ladea la cabeza para poder apoyármela en la coronilla.

—Lo sé —responde entre susurros antes de apartarse.

No es mucho, pero espero que por ahora baste. Espero que sepa que estoy con ella, sin importar lo que pase.

Llegamos a la plaza del pueblo un par de minutos después y, aunque ya es pasada la medianoche, hay gente por todas partes. Comiendo en las cafeterías de la acera, comprando en las tiendas que están abiertas hasta tarde, escuchando música en medio de la plaza. Está claro que se acerca el festival, las farolas están decoradas con coloridas cestas de flores y están empezando a montar puestos de comida por todo el centro.

Por un instante me planteo sugerir que pasemos un rato en la plaza escuchando música, pero creo que es solo porque los recuerdos me están afectando. No me puedo creer que olvidara a Hudson cantándome *Little things* delante del público. Tiene que ser uno de mis diez momentos favoritos del tiempo que pasamos aquí.

—Nyaz está en recepción —anuncia Hudson, y señala con la cabeza el ventanal de la posada—. ¿Quieres ver si podemos hablar con él?

—Claro —afirmo—. Tenemos que asegurarnos de que encontramos a la reina de las sombras. Porque, como no lo consigamos, el plan se viene abajo.

Hudson se vuelve hacia los demás.

—Podéis ir arriba si queréis, dormid un poco mientras intentamos averiguar si va a funcionar todo esto.

—¿Y perdérnoslo? —pregunta Flint al tiempo que apunta a la gente que cada vez se acerca más a nosotros, como si estar en el mismo lugar que Hudson fuera a hacer que él se enamorara de todos ellos. O por lo menos conseguir que se ofrezca a hacerse una foto, o veinte—. Estoy esperando a que alguien tenga el coraje de acercarse a ti. En cuanto eso pase, me apuesto lo que sea a que acabarás aplastado por la muchedumbre antes de que termine la noche.

—Me abruma lo mucho que te preocupas por mí —responde con antipatía Hudson.

Flint se encoge de hombros.

—Las cosas como son. Ya te digo que esto no me lo voy a perder.

Nos metemos en la posada, donde un Nyaz sonriente nos da la

bienvenida en la puerta.

—Ya veo que estás por ahí enseñándoles a tus amigos las actividades previas al festival, Hudson.

—Los he llevado al mercadillo de medianoche y a la Marca.

La sonrisa se ensancha todavía más cuando se vuelve para dirigirse a nosotros.

—La Marca es el sitio favorito de mi hijo mayor. ¿Os ha gustado?

—Nos ha encantado. Todo el pueblo es de cuento —le dice Heather devolviéndole la sonrisa.

—Nos esforzamos mucho para que siga así. —Nos acompaña a las mesas vacías del pequeño restaurante que hay en un rincón del vestíbulo—. Me he enterado de que necesitáis ayuda con algo. ¿Cómo puedo contribuir?

58

Hora de enfrentarse a la música

Antes de que cualquiera de nosotros pueda responder, Nyaz se pasa un minuto haciéndole señas a la única empleada del lugar y pidiéndole que traiga bebidas, machios y unos maros de mobella picante.

Una vez hecho esto y cuando está sentado cómodamente en la silla vacía que hay junto a Jaxon, yo entro al trapo directamente.

—Arnst nos dijo que a lo mejor sabías dónde está la fortaleza secreta de la reina de las sombras.

Levanta las cejas al mismo tiempo que se le tensan los hombros.

—¿Por qué diantres queréis volver a encontraros con la reina de las sombras?

—Tenemos asuntos que tratar con ella —contesta Hudson—. Esta vez nada de peleas.

—Vaya, pues qué lástima —comenta Nyaz, que vuelve a acomodarse en la silla—. Tiene muchas fortalezas esparcidas por el reino, y nunca sabemos en cuál reside. —Se acerca una mano a la boca como para compartir un secreto con nosotros, ante lo cual me inclino para escuchar mejor—. No sé si os habréis fijado, pero hay un poco de malestar social en Noromar. Hay una facción rebelde que envía asesinos para que maten a la reina.

—Por eso se esconde, ¿verdad? —pregunto asintiendo con la cabeza—. Por esos intentos de asesinato. Hemos oído los rumores.

—Y por el desasosiego que invade gran parte de Noromar. En el resto del reino no ha dejado que la vida sea tan apacible como en Vegaville, así que la mayoría de los espectros del resto del territorio quieren acabar con la maldición para poder marcharse. —Se encoge de hombros como si no lo entendiese—. No sé por qué no se vienen aquí y ya está. O convierten sus pueblos en un lugar como este.

No creo que un lugar cómodo para vivir sea suficiente para apaciguar a la gente que quiere libertad, pero ¿qué voy a saber yo?

Nyaz conoce a los espectros mucho mejor que yo.

—Entonces ¿qué nos sugieres para llamar su atención? Para sacarla de su fortaleza —inquiere Hudson después de que la pregunta retórica de Nyaz flote en el ambiente unos instantes.

El posadero se limita a parpadear durante largos segundos, y luego golpea la mesa con la palma de la mano, emitiendo un sonido sordo muy contundente.

—Ni en broma. No me estaréis pidiendo consejo para que la reina de las sombras regrese a este pueblo, ¿verdad? Apenas nos hemos recuperado de la última vez que ese monstruo vino aquí, ¿y ahora queréis que vuelva? —Niega con la cabeza—. No puedo dejar que hagáis eso, Hudson.

—Oye, créeme. Nadie quiere meterse con esa cabrona, y menos aún nosotros —interviene Heather con las manos en alto rollo «no mates al mensajero».

Todos los demás coincidimos con ella.

—No nos queda otra —explica Hudson con calma—. Y no, no tenemos ningún interés en provocarla para que ataque Adarie. Te aseguro que ese no es nuestro objetivo. Solo queremos hablar con ella. Y si podemos llamar su atención, creo que podemos hacerle una oferta que de verdad le interese aceptar. Todo esto sin pelear.

—¿Y cómo pensáis hacerlo? —Nyaz cruza los brazos sobre el pecho y nos lanza una mirada indiferente.

—El objetivo es centrar su atención... en nosotros, no en Adarie —le aseguro.

—Sigo sin comprender por qué queréis hacer eso. Esa mujer quiere matar a tu chico.

No tengo la energía suficiente para explicarle que seguramente también me quiera matar a mí si todavía me recuerda, así que miro a Hudson para que se lo diga él, ya que es el único aquí presente en el que Nyaz confía.

Mientras Hudson le explica al posadero nuestro problema con más detalle, me devano los sesos por encontrar una razón no agresiva para sacarla de su escondrijo.

Tras la explicación de Hudson Nyaz vuelve a negar con la cabeza.

—Reconozco que tú eres lo único que la reina desea más que liberar el Reino de las Sombras, Hudson. Yo creo que saldría de su escondite si supiera dónde encontrarte. —Empiezo a emocionarme,

pero entonces añade—: Claro que eso no puede suceder aquí. Tenemos falsos avistamientos de Hudson cada semana porque la gente del pueblo desea con fervor verte regresar, así que un rumor más de tu vuelta a Adarie seguramente no llamará su atención lo más mínimo.

—Por Dios —murmura Jaxon—. Es como Elvis.

—No sabía que fuera el rey del rock —comenta Flint imitando bastante bien a Elvis, y todos nos reímos, hasta Jaxon.

La camarera llega con una pesada bandeja con nuestras bebidas y Hudson se levanta de un salto para ayudarla, cosa que la sonroja y la hace tartamudear, hasta casi se le cae la bandeja entera sobre Macy. Al final todos tenemos nuestros vasos y sorbemos el agua en silencio.

Dejo el vaso en la mesa y pongo los ojos en blanco.

—Venga, chicos. ¡Necesitamos ideas! ¡Disparad!

Al instante todos empiezan a dar sugerencias; la más loca de ellas es que el grupo se cuele volando en su palacio y cubramos las estatuas de los jardines con pintura en espray. Reconozco que sería para troncharse, pero no sé si eso la pondría de humor para una conversación tranquila.

No comenzamos a esbozar un plan de verdad hasta que Macy se inclina hacia mí y señala fuera de la ventana.

Meto la mano en el bolsillo y saco la tarjeta que he cogido antes de broma.

—Tengo una idea —anuncio a toda la mesa.

—No me digas.

Nyaz no parece impresionado. Claro que hay que tener en cuenta que ahora tiene miedo de que atraigamos la furia de la reina de las sombras sobre su pequeño pueblo, así que lo entiendo.

Me vuelvo hacia Hudson.

—¿Cómo tienes la voz?

—¿La voz? —pregunta con recelo, pero entonces su mirada recae en la tarjeta que he dejado sobre la mesa y el recelo se convierte en alarma total—. Ah, no. Ni de coña, Grace.

Evidentemente Jaxon ha captado la idea, porque empieza a reírse como loco.

—Tío, es perfecto.

—Ni en sueños.

Para recalcar su rotunda negativa, Hudson también cruza los brazos sobre el pecho y hasta se atreve a apartarme la mirada.

—Fingir que no estoy aquí no va a hacer que cambie de idea, ¿sabes? Y menos cuando es tan buena.

—No es buena. Es terrible —refunfuña.

—Lo cierto es que es perfecta —reconoce Eden cuando entiende lo que estoy sugiriendo.

—¿Puede alguien explicarme cuál es esa idea tan buena/terrible? —pregunta Nyaz mientras la camarera nos trae la comida.

Huele de maravilla y, cuando acaba de dejarlo todo en la mesa, me doy cuenta de que no he comido de verdad desde el desayuno.

El resto también se siente igual, porque Flint, Eden, Heather y Macy se abalanzan sobre los machios y los maros de mobella con entusiasmo.

Intento mostrar algo más de comedimiento, más que nada porque Nyaz sigue esperando una respuesta, pero no puedo resistirme a coger un machio y comérmelo antes de contestar.

—Un promotor quiere montar un concierto de Hudson y anunciarlo a los cuatro vientos durante el festival Lluvia de Estrellas.

Macy sonríe con socarronería, la primera sonrisa de verdad que veo en su rostro en meses, y añade:

—Y no hay nada mejor para hacer que una *boomer* levante la cabeza y preste atención que miles de chicas adolescentes.

59

Esto va a ser coser y cantar

Jaxon se ríe.

—«Gira de Hudson Vega: *Hate on.*» La verdad es que suena bien.

—¿Perdona? —pregunto ofendida en su nombre—. Hudson no es un *hater*.

Pero Jaxon está desatado.

—«Hudson Vega: *No wonder*.» «Hudson Vega: *Who needs eras when you've got centuries?*» «Hudson Vega: *I have no faith in the future*.»

Ahora incluso Hudson parece ofendido, pero por fin he entendido lo que está haciendo su hermano.

—Puedes burlarte de él todo lo que quieras, pero tú eres el vampiro grande, malvado, oscuro y melancólico que se sabe los nombres de las giras de pop más importantes del momento y hace bromas con ellos.

—Conque ¿de eso iba la cosa?

—Shawn Mendes: *Wonder*, Taylor Swift: *Eras*, Louis Tomlison: *Faith in the future*, Harry Styles: *Love on* —recito, y los cuento todos con los dedos mientras le lanzo una mirada más feroz de lo habitual cuando pronuncio los dos últimos nombres. ¿Se está burlando de mi compañero y de Harry en la misma frase? Tiene suerte de que esté portándome bien con él—. A ver, que no se pueden comparar con la gira de Darren Hayes con Savage Garden, pero yo qué sé.

—Un momento. ¿Está de gira? —pregunta Jaxon al tiempo que saca el móvil, antes de darse cuenta de que aquí no funciona—. Qué lista, Grace. Muy lista.

Todo el mundo se parte de risa, incluso Nyaz.

—En fin… —Me vuelvo de nuevo hacia Hudson—. Es una buena idea.

—Es una idea estupenda —secunda Macy—. Agotarás las entradas y ella se hará eco.

—Sobre todo si ponemos la publicidad como condición para el concierto —añade Flint perdido en sus pensamientos—. Ya sabéis, como esas condiciones en los contratos que las estrellas añaden a sus apariciones. Hudson solo actuará si pueden publicitar el concierto por todo Noromar.

—Y solo si tiene lugar fuera de Adarie, perdón, Vegaville, para que Nyaz y la gente del pueblo se sientan seguros —agrego.

—Eso me parece bien —confirma Nyaz mientras asiente—. Mi red de contactos clandestina también puede difundir los rumores. Que sea casi imposible que no se entere.

—Eso es una idea increíble —le digo—. Cuando hablemos con el promotor veremos si a él también le parece bien.

—Le tiene que parecer bien —espeta Flint, y suena como un príncipe dragontino hecho y derecho—. Sobre todo si quiere esto con tantas ganas como dice.

—Bueno, entonces ¿tenemos un plan? —pregunta Heather, y empieza a enumerar con los dedos las tareas que ya hemos cubierto, igual que he hecho yo con las estrellas del pop. Como si fuera así de fácil—. Grace se pondrá en contacto con el promotor del concierto para trasladarle lo que Hudson exige. Nyaz usará sus contactos para hacer que se difundan los rumores. El resto organizaremos el local del concierto. Y Hudson...

—Sí, por favor, ilumíname —declara mi compañero con una voz más seca que una tostada quemada—. ¿Qué se supone que va a hacer Hudson exactamente mientras se monta todo este circo?

A su favor he de decir que Heather ni se inmuta. De hecho, ni siquiera parpadea. Lo mira directamente a los ojos con una sonrisa.

—Pues elaborar una lista de canciones de la leche, evidentemente. La estrella tiene que demostrar lo que vale, ¿sabes?

Cuando Hudson le devuelve la sonrisa, atisbo un poquito más de colmillo del que me gustaría para estar tranquila. Aunque, bueno, le estamos pidiendo demasiado.

Eso mismo digo en un intento por aplacar su ira, y entonces me dirige esa sonrisa «acolmillada».

—Ah, ¿eso es lo que estáis haciendo? ¿Pidiéndome algo? Y yo que tenía la impresión de que me estabais obligando.

Y parece ser que al príncipe vampiro-rey gárgola-macho alfa que hay en mi compañero no le gusta mucho que le digan lo que tiene que

hacer. ¿Quién me lo iba a decir?

—Es la mejor idea que tenemos para conseguir que venga hasta nosotros. Mekhi no puede esperar mucho más. Lo sabes, ¿verdad?

Frunce el ceño.

—Lo sé —admite a duras penas.

—Y vas a estar genial. Eso también lo sabes, ¿no?

Se encoge de hombros.

—No sé.

—Bueno, ¿cuál es el problema? —interviene Jaxon—. Sacrifícate por el equipo, hermanito.

Hudson entrecierra tanto los ojos que se convierten en dos líneas.

—No paras de decir que esto es un equipo, pero yo soy el único que tiene que sacrificarse por él. ¿Me lo quieres explicar?

—Tío, que yo tuve una paloma en la cabeza y no me has oído quejarme tanto.

—Tenías una paloma en la cabeza porque eres un capullo que no sabe cuándo cerrar la boca —contraataca Hudson; su acento se vuelve más y más marcado con cada palabra—. No es lo mismo, ni de lejos.

—¡Jo, qué mal! —afirma Heather sin mordacidad pero con un montonazo de sarcasmo—. Todo el maldito Reino de las Sombras quiere verte en concierto, Hudson. Te quieren tantísimo que han construido estatuas en tu honor y le han puesto tu nombre a un pueblo. ¿Cómo vas a soportarlo?

—¿Y si no lo hacen? —murmura Hudson en voz tan baja que estoy casi segura de que soy la única que lo ha oído. Y entonces encajo la última pieza del rompecabezas.

—¿Es eso lo que te preocupa? —pregunto—. ¿Que nadie venga a verte cantar?

—No soy cantante, Grace. ¿Por qué cojones iba a pagar alguien dinero para oírme cantar?

—Ay, cielo. —Le agarro la mano entre las mías—. Van a venir.

—No lo sabes.

—Uy, estoy bastante segura de que sí. —Le coloco un dedo a un lado de la barbilla para girarle la cara y que vea lo que Macy me ha enseñado antes. Es decir, que la acera frente a la posada de Nyaz está abarrotada de niñas adolescentes amontonadas contra el cristal, todas vestidas con diferentes versiones de camisetas, chaquetas, coleteros y pendientes en los que reza I LOVE HUDSON VEGA—. Van a venir —repito

—. Creo que el único problema va a ser calmar los ánimos cuando se agoten las entradas.

Jaxon resopla.

—Lo que no saben es que se están apuntando a escuchar noventa minutos de grupos retro de la invasión británica.

Llega un punto en el que por fin estallo, porque sus pullitas me están molestando que no veas, así que me vuelvo hacia él con una mirada que les calla la boca a todos los que están en la mesa, incluso a él.

—¿Sabes qué? Creo que ya sé lo que puedes aportar tú. Tienes mucho que decir sobre Hudson y este concierto, así que tú lo has querido. Ha pasado de ser una actuación en solitario a un dueto. Los grupos de hermanos lo están petando.

—¿Qué? —La voz de Jaxon suena tan aguda que estoy segura de que solo lo pueden oír los perros paranormales—. Ni de coña. No pienso hacerlo.

—Uy, y tanto que lo vas a hacer —le informo mientras le señalo a la cara con un dedo—. Los Vega Brothers, suena bien, ¿no crees?

—¡Menuda chorrada! Si ni siquiera sé cantar...

—Sí que sabes —corrige Flint—. Tienes una voz preciosa.

Jaxon le lanza una mirada que habría desintegrado a alguien más débil.

—Venga, Jaxon —insisto—. ¿No va siendo hora de que te sacrifiques por el equipo, «hermanito»?

—Yo creo que ya lo he hecho, ten en cuenta que soy el último miembro de la Orden que sigue en pie —espeta con un tono tan mordaz que hasta Flint se echa atrás en su silla como si alguien lo hubiera golpeado.

—Sí, has perdido mucho —admito mientras me levanto para poder caminar hasta su lado de la mesa a soltar mi discurso—. Pero mira a tu alrededor, ¿quieres? Al igual que todos los que estamos en esta mesa, excepto quizá Heather. Aunque es nueva, así que dale un poco de tiempo.

»Flint ha perdido la pierna. Hudson perdió a la chica a la que amó durante años ante su hermano, y eso sin mencionar que casi perdió la cordura en la Corte Gargólica congelada. Eden ha perdido a su familia. Macy perdió a su novio y descubrió que le habían estado mintiendo prácticamente toda la vida. Todos hemos perdido algo o a

alguien, pero seguimos aquí. Seguimos luchando para asegurarnos de que tú no seas el último miembro de la Orden que sigue en pie. Así que deja de ser un penas, deja de tocarle tanto las narices a tu hermano y arrima el hombro. Y si no, que no te dé la puerta al salir.

Un silencio sepulcral acoge mis palabras y todas las personas de la mesa me miran como si no pudieran creerse lo que acabo de decir. Y, si soy sincera, yo tampoco me lo creo.

Normalmente no soy de ese tipo de personas que le cantan las cuarenta a alguien, y menos si se trata de Jaxon, a quien adoro más que a mi vida, pero esta vez se lo ha buscado. Todos hemos sufrido. A todos nos han hecho daño. Solo porque él y Flint estén pasando por cualquier mierda que estén pasando ahora mismo no tiene derecho a desquitarse con el resto.

Aun así no podemos quedarnos aquí mirándonos fijamente para siempre, así que me aclaro la garganta y pienso en qué decir para volver a poner el plan en marcha.

Pero, antes de que se me ocurra nada, Jaxon tose también.

—Vale, pero a mí me toca ser el Vega guay. Él puede ser el friki.

—Bueno, está claro que tú eres el «caramelito» —cito en referencia al promotor y, al mismo tiempo, busco la mano de Jaxon para darle un apretoncito a modo de gracias por darle la vuelta al asunto.

Todos nos echamos a reír cuando Hudson murmulla entre dientes:

—Pues espero que su pelo no me robe el protagonismo.

Y en un visto y no visto parece que volvemos a ir por el camino correcto. A ver, sí, puede que esté lleno de baches y maree de la hostia.

Pero, por ahora, tendrá que servirnos.

Necesitamos este momento de frivolidad y confianza, todos nosotros. Esta sensación de que podemos hacer cualquier cosa mientras lo hagamos juntos.

Porque lo único que parece que nadie quiere pensar es que estamos a punto de sacar a un tigre hambriento de su jaula con un jugoso trozo de carne, y... ¿de verdad creemos que querrá charlar con nosotros antes de atacarnos y rajarnos la yugular?

60

Dulces sueños somos nosotros

La reunión con Nyaz termina unos minutos después, y todos nos dirigimos a nuestras habitaciones. En cuanto Hudson y yo abrimos la puerta de la nuestra, Humito corre directa hacia nosotros. Se abalanza sobre Hudson a todo correr y luego se escurre por la pierna y el torso hasta llegar al pecho.

Espero que lo reprenda por haber estado fuera tanto tiempo, pero, en lugar de eso, se limita a parlotear sobre a saber qué. Hudson, como es evidente, asiente y sonríe como si entendiera cada una de sus palabras, y la umbra termina su historia con un ademán ostentoso que provoca que ambos sonrían.

A continuación extiende sus manitas y le da palmaditas en ambas mejillas antes de salir pitando por la puerta y recorrer el pasillo.

—¿Vamos tras ella? —pregunto—. Es un poco joven para ir sola por un sitio nuevo.

—Estará bien —me cuenta Hudson—. Solo va a comer y a corretear un poco. Volverá dentro de un par de horas.

Me quedo mirándolo.

—No me creo que hayas captado eso de lo que te ha dicho. No hablas umbra… o lo que sea que ella hable.

—Y no lo hablo —confirma—, pero me he vuelto muy hábil a la hora de comprender los ruiditos que hace en ciertos momentos. Incluyendo el que usa para la comida.

Se me ocurre preguntarle cuál es ese ruido, pero pienso que seguramente no tiene ganas de imitar a la pequeña umbra ahora mismo. Además, yo tampoco tengo ganas de oír como la imita. No cuando todo mi ser anhela dormir como si mi vida dependiese de ello.

—Voy a darme una ducha —digo unos segundos después—. ¿Me pides algo del servicio de habitaciones antes de que cierren? Me he puesto nerviosa abajo y no he comido mucho.

—Me he fijado. —Pasa la mano por mis rizos—. ¿Quieres algo en particular?

—Comida —contesto, porque solo necesito gasolina y que el estómago me deje de rugir.

Tras una ducha y unos bocados de la versión de Adarie de un sándwich de queso, corro las cortinas opacas y me meto en la cama. Hudson se me une unos minutos más tarde, todavía un poco mojado de la ducha.

Pero me da igual. Cuando se me acerca yo voy a su encuentro, rodando sobre la cama hasta que me subo encima de él, con las rodillas alrededor de sus caderas.

Murmura mi nombre mientras enreda las manos en mi pelo y tira de mí suavemente para darme un beso. Luego volvemos a rodar hasta que yo estoy abajo y él encima, apoyado con los codos y contemplándome con una mirada tan intensa que casi duele mirarlo a los ojos.

—Adelante —susurro levantando la barbilla e inclinando la cabeza hacia atrás para que pueda acceder a lo que con tanta desesperación quiero darle.

Él no responde, no dice nada en absoluto, pero sus manos se posan en mi clavícula y, con los dedos, me toma ligeramente el pulso en la base del cuello.

Se le han oscurecido los ojos, los iris de aquel azul tan intenso han quedado casi eclipsados por las pupilas ultradilatadas. Puedo sentir el hambre en su interior, cómo lo desgarra desde dentro. Pero él sigue mirándome, sigue sin mover nada excepto los dedos, que, con lentitud (oh, demasiada lentitud), se deslizan por mi vena arriba y abajo.

—Adelante —repito.

Y cuando veo que esta vez tampoco responde, le recorro con las manos la espalda, delgada y musculosa, hasta llegar al pelo, donde enredo los dedos por su cabello, corto y suave como la seda. Intento acercarlo a mí, pero no se mueve ni un solo milímetro.

En lugar de eso permanece en el mismo sitio, con los ojos, la piel y el pelo reluciendo bajo la tenue luz de la lámpara de noche. Y mientras me observa, con la boca lo bastante abierta para ver la punta de los colmillos posada sobre ese irresistible labio inferior, siento la misma hambre de sus ojos latiendo en mi interior.

—Hudson.

Murmuro su nombre a medida que el deseo va aumentando hasta apoderarse de mí.

Haciendo que lo anhele.

Haciendo que lo necesite.

Haciendo que me desespere por tenerlo sea como sea..., de todas las formas posibles.

—Por favor —susurro, y entrelazo sus piernas con las mías ciñendo mi cuerpo al suyo.

—¿Por favor qué? —responde, con una picardía en el tono de voz que, de alguna forma, hace que la desesperación que me quema por dentro arda todavía más.

—Hazlo. Necesito...

Mi voz se quiebra, y su autocontrol también.

Los ojos de Hudson parecen incendiarse, y entonces ataca en menos de un latido, hundiéndome los colmillos con fuerza en la piel.

El placer me anega mientras bebe y bebe, y no quiero que termine nunca.

Me agarro a él acercándolo más a mí.

Mi cuerpo lo rodea abrazándolo sin que pueda moverse de allí.

Y mis venas se iluminan como un desfile de Mardi Gras. El ruido, el caos y la alegría me desgarran con cada sorbo que da.

—Más —musito sosteniéndolo sobre mi vena—. Más, más, más.

Siento la curva de sus labios sobre la piel sensible del cuello justo antes de que siga bebiendo, esta vez a grandes tragos, con voracidad.

Me entrego por completo a él, a esto, ofrezco todo lo que tengo para su deleite y el mío. «Más» se convierte en un cántico en lo más profundo de mi ser. «Más, más, más».

Pero es Hudson, mi Hudson, y se preocupa tanto por mí que nunca prioriza su propio placer, así que se aparta demasiado pronto.

—No —gimoteo aferrándome a él, pero no me hace caso.

Aunque sí me abraza con más fuerza, dejando que la lengua se entretenga un rato más con la mordedura mientras la herida va sanando poco a poco.

Entonces empieza a deslizarse por mi cuerpo dejando una estela abrasadora de besos allá donde se posa la boca. Un destello en su colmillo, un tirón con los dedos, y las bragas desaparecen. Luego vuelve a ascender por mi cuerpo, moviéndose despacio, pero con

determinación.

Lanzo un grito y él se detiene, captando mi mirada con esos ojos entornados de pupilas dilatadas que solo hacen que esté más bueno todavía.

—¿Estás bien? —pregunta, y se inclina para besarme de tal manera que consigue que mis entrañas tiemblen al aproximarse al éxtasis.

—Más —consigo articular entre jadeos—. Por favor. Más, más, más.

Él sonríe con picardía, una mueca traviesa que hace que me agarre a sus hombros incluso mientras arqueo la espalda para pegarme a su cuerpo.

Y entonces me da todo lo que le he suplicado y más, me eleva, me exalta, me extasía.

Hasta que ya no existen el ayer ni el mañana.

Hasta que solo estamos él, yo y el infierno que se ha desatado entre los dos, que aumenta de temperatura, se torna más salvaje y nos consume a cada segundo que pasa.

Hasta que por fin..., por fin me domina y me hace estallar.

Pestañeo hasta abrir los ojos y disfruto del calor sensual de los suyos, que me miran fijamente. Le devuelvo la sonrisa, y levanto la mano para pasar el dedo por ese labio inferior tan sexy durante un segundo o dos.

—Te quiero —susurro, y todo mi ser lo ansía—. Te quiero mucho.

—Grace —murmura—. Mi Grace.

Es tanto una súplica como una orden, y solo hay una respuesta que yo pueda darle.

—Sí.

Finalmente se levanta, apaga la lámpara, abre una ventana para que Humito pueda volver a la habitación, cierra la puerta con llave y coge una botella de agua de la mininevera mientras yo lo observo con ojos soñolientos.

—Toma —dice al ofrecerme el agua una vez que ha regresado a la cama—. Necesitas hidratarte.

—Me parece que te gusta mucho darme órdenes —bromeo antes de abrir la botella y dar un trago largo.

—Ya, bueno, tengo que aprovecharme siempre que puedo —

responde con una sonrisita de satisfacción que me impele a besarlo otra vez—. Teniendo en cuenta que este es el único momento en el que me dejas hacerlo.

—Por favor —me mofo—. Te aburrirías enseguida si te lo pusiese tan fácil.

Él se ríe y nos cubre a ambos con las sábanas.

—Puede que tengas razón.

Hudson me besa una última vez y me abraza de tal manera que me rodea con todo su cuerpo. Porque siempre sabe exactamente lo que necesito.

La mayoría de las noches soy yo la que lo abraza por detrás, porque estar fuera me ayuda a controlar la ansiedad y a evitar que me dé un ataque mientras duermo, pero esta noche estoy preocupada, mucho, y sentir a Hudson a mi alrededor hace que todo parezca estar bien. Aunque mi cerebro me diga lo contrario.

Pero a veces la ilusión de seguridad es lo único que se tiene, así que, cuando me voy quedando dormida, me repito que, pase lo que pase, todo va a salir bien.

Ojalá pudiese creerlo.

61

Dos Vegas son mejor que uno

Nos pasamos los dos días siguientes en Vegaville, comiendo un montón de los dulces de Marian y preparándonos para el concierto. Resulta que fue una tarea muy sencilla encontrar al promotor, y todavía más fácil convencerlo de hacer las cosas a nuestra manera. Tal y como Flint pensaba, Aspero está dispuesto a hacer cualquier cosa para llevar a cabo un concierto de Hudson Vega, incluido convertirlo en un concierto de los Vega Brothers.

Creo que sus palabras exactas fueron «¿Cómo va a salir mal? ¡Dos Vega son mejor que uno!».

Heather y Eden han salido a volar todas las mañanas en busca de un local y, al final, vamos a dar el concierto al aire libre, a unos cuantos kilómetros a las afueras de los portones de Vegaville. En circunstancias normales aún me asustaría la idea de poner al pueblo tan cerca del peligro, dado que muchos de sus habitantes planean asistir al concierto, pero el resto me asegura que todo va a ir bien.

Al fin y al cabo no tengo intención de luchar contra la reina de las sombras. De hecho, el objetivo final es rendirnos y que nos capture para que podamos hacer un trato.

La parte positiva es que parece que la parte de atraer su atención sí que está yendo de maravilla. Según me han dicho, se han puesto carteles por todo el reino y todo Noromar está comentando la noticia del concierto del siglo.

Sin embargo, Hudson y Jaxon no están ni de lejos tan emocionados como el resto. De hecho, cada informe que llega del promotor del concierto hace que tengan cada vez peor cara.

—Según tú, esto iba a ser un concierto —me sisea Hudson cuando todo el grupo caminamos/volamos a las afueras para ayudar a montar el escenario la mañana del evento. El equipo de promoción no necesita nuestra ayuda y, de hecho, les escandaliza que la estrella y su

comitiva quieran estar tan involucrados en el proceso. No obstante, si tengo que estar en una habitación con un Hudson gruñón cinco minutos más, vamos a acabar peleando a lo grande y ninguno de los dos quiere eso.

Así que, en general, me parece mejor idea ponerlos a trabajar a él y a su hermano, quien también está flipando, tantas horas como podamos. Cómo no, solo Hudson podría pasar de estar preocupado por la idea de que nadie se presentara, por mucho que las entradas se agotaran minutos después de salir a la venta, a pensar que el escenario es demasiado grande.

—Y es un concierto —rebato—. En un escenario enorme.

—A mí me parece más bien un circo de tres pistas —contesta—. ¿A qué vienen tantos colores? ¿Y las decoraciones raras? Además, estoy bastante seguro de que la mitad de Adarie ya cabría solo en el escenario. Pensaba que Jaxon y yo íbamos a cantar unas pocas canciones. Rollo improvisado.

La verdad es que me encanta que, para lo vanidoso que suele ser, Hudson sea el único que todavía no se ha acostumbrado a llamar al pueblo por su nuevo nombre. Es como si la idea de que haya un pueblo al que han nombrado en su honor fuera tan descabellada que ni siquiera pudiera asimilarlo.

Y, aunque quiero discutir con él por lo del escenario, la realidad es que no se equivoca. Por supuesto, no pienso reconocerlo o se pasará el resto del día dándole vueltas a la actuación de esta noche.

Mentiría si no admitiera que me pone un poco nerviosa que los chicos Vega vayan a salir al escenario juntos a pesar de no haber conseguido terminar ni un solo ensayo sin que uno llame al otro un «burro sin talento» o algo todavía más original. Pero conozco bien a estos dos y, cuando están metidos en un lío de verdad, siempre salen al rescate del otro. Bueno, o eso o esta noche va a ser una velada de lucha libre en jaula muy entretenida para el público: Superman contra Batman.

Sea como fuere, lo que mi compañero necesita ahora mismo es una distracción de las buenas.

—¿Qué? —le reto—. ¿Es que no tienes el carisma para llenar este escenario?

Reconoce mis palabras por lo que son, pero saber que estoy haciéndole rabiar aposta no evita que me conteste tal como esperaba

de él. Enarca una ceja y me dedica uno de sus típicos resoplidos británicos.

—Ya te gustaría.

—Pues eso. Entonces ¿qué es lo que te preocupa?

Me mira de reojo, pero no cabe duda de que está levantando las comisuras de los labios en lo que parece el atisbo de una sonrisa.

—Que Jaxon la líe, claro, y que todos me echen la culpa a mí.

—Evidentemente —digo con el acento más británico que consigo fingir.

—¡Ya, como si te tuvieras que preocupar por mí! —grita Jaxon varios metros por delante de nosotros—. Por lo menos mi ego sí que cabrá en el escenario.

—Pero ¿qué me dices del pelo? —contesta Hudson con voz monótona—. Igual deberías hacer una prueba para asegurarte de que cabe.

—No será una prueba de verdad si tu ego no está ahí arriba conmigo —replica con mordacidad—. Menos mal que puedo volar, o igual me tira del escenario.

—¿No querrás decir flotar como un zepelín? —pregunta Hudson.

Jaxon no contesta o, al menos, no con palabras. En vez de eso cambia a su forma de dragón y despega hacia el cielo.

—A mí, eso me parece volar —refunfuña Heather.

Justo entonces Humito saca la cabeza por la parte de arriba de la mochila de Hudson y amenaza con el puñito a Heather y a Jaxon, todo mientras se queja a todo pulmón.

Y Hudson respira por primera vez en horas, porque por fin ha dejado de comerse la cabeza. Misión cumplida, joder. Sobre todo cuando carga con Humito en brazos y deja que hable con él, le tire del pelo y lo abrace todo lo que quiera.

Esta noche del concierto la va a pasar en la posada. Si la guardia viene a por nosotros se quedará allí hasta que podamos regresar con ella. Nyaz nos ha prometido que se encargará de ella tanto tiempo como haga falta. Pero eso hace que cada segundo que podamos pasar con ella ahora sea mucho más especial, sobre todo para Hudson, quien ya está destrozado de pensar en abandonarla aunque solo sea por un tiempo.

Si bien no tan destrozado como lo estaría si le pasara algo en la Corte de las Sombras, así que es un sacrificio que no podemos evitar.

Sin importar lo detestable que nos resulte.

—¿Qué quieres hacer primero? —pregunto cuando nos acercamos al escenario, donde grupos de gente cargan con altavoces, cables y más partes del equipo por la plataforma con carros.

—Creo que voy a ayudar ahí arriba —declara Hudson mientras se sube a una de las plataformas de iluminación de un solo salto. Una vez ahí, empieza a mover el equipo como si no pesara nada y levanta con una sola mano cosas que necesitarían de tres espectros para moverlas.

—La verdad, compartir vínculo con un vampiro tiene que ser una pasada —comenta Heather contemplándolo—. Te..., em... ¿Te maneja con tanta facilidad?

Sonrío.

—Igual deberías buscarte tu propia vampira para ver si es así.

—Créeme, me lo estoy pensando. —Pero entonces señala con la cabeza a Eden y a Flint, que sobrevuelan los asientos para enrollar guirnaldas de luces por el enorme andamio que han levantado en el estadio improvisado—. Aunque las dragonas también molan bastante.

—Y las gárgolas —añado para que el resto no se quede con toda la diversión.

—Ya, bueno, está claro que las gárgolas también —afirma poniendo los ojos en blanco—. Pensaba que era evidente.

—Pues claro —dice Macy mientras se acerca a mí por detrás—. Conque están presumiendo de lo grandes y malotes que son... ¿Qué crees que deberíamos hacer al respecto?

Analizo el enorme estadio vacío y decido que igual este es el momento perfecto para ver si puedo tentar a la antigua Macy a que salga a jugar un rato.

—¿Qué te parece si creamos algo de ambiente?

Como estoy muy pendiente de sus reacciones atisbo una chispita de interés en lo más profundo de sus ojos.

—¿Qué clase de ambiente? —inquiere.

—No lo sé, estoy abierta a sugerencias. ¿Algo que haga que esta noche parezca mágica para quienes vengan?

No contesta al instante, se lo piensa un minuto. Pero entonces levanta las manos, mueve de un lado a otro la varita unas cuantas veces y pregunta:

—¿Algo así?

Segundos después un millón de chispas de colorines se

despiertan, giran y giran en el aire que nos rodea.

—Vaya, eso deja a la altura del betún a sus guirnaldas de lucecitas, ¿no? —comenta Heather.

Macy chasquea la lengua.

—Y solo acabo de empezar.

Después elabora un pequeño pero complicado hechizo con las manos en el aire antes de abrir mucho los brazos. Todo el estadio al aire libre toma vida con un estallido de destellos de los colores del arcoíris.

—Fanfarrona —la chincha Heather con una sonrisa gigante, pero sé que está muy impresionada.

Macy se sopla las uñas y después se las limpia en la camisa negra desgarrada con el gesto universal de «sí, soy una pasada de tía».

No quiero que me superen en lo que evidentemente se ha convertido en una competición. Ahora los dragones manejan el doble de guirnaldas de luces y las están atando a las partes más altas del andamio, así que respiro hondo y busco en mi interior la magia de la tierra.

No viene a mí. Es entonces cuando recuerdo que no puedo usarla en el Reino de las Sombras. Ninguno de nosotros puede utilizar poderes adicionales, es decir, nada de telequinesis para Jaxon, nada de hacer desaparecer cosas para Hudson, ni magia de la semidiosa para mí. Solo Macy puede usar su magia porque es su seña de identidad, al igual que volar y cambiar de forma lo son para mí y para los dragones, o la superfuerza y la velocidad lo son para Hudson.

—Vaya, pues a la porra mi plan de decorar con flores —digo con un suspiro—. Iba a cubrir todo el estadio con ellas.

—¡Qué buena idea! —me anima Heather.

—Ya, pero... —Levanto las manos—. Aquí no tengo magia de la tierra para poder hacerlo.

Me mira como si estuviera fuera de onda.

—Ya, pero hay un montón de flores en el vivero por el que hemos pasado de camino a las afueras del pueblo. Podríamos hacer lo que los humanos y comprarlas.

Me parto de risa, porque tiene razón. Me he acostumbrado a utilizar mis poderes para todo, así que he olvidado lo que es hacer las cosas a lo humana. Y, ahora que lo pienso, puede ser divertido, sobre todo porque lo estaría haciendo con mi mejor amiga.

—¡Vamos! —exclamo, porque nos dará tiempo para hablar. Además, he pasado diecisiete años de mi vida haciendo cosas a lo humana. Tan difícil no será, ¿no?

62

Va-va-va-Vega

Difícil de la hostia, por lo visto. Compramos todas las flores del vivero, y hasta los convencemos de que nos ayuden a transportarlas al estadio para no tener que hacer varios viajes, pero cargar cientos de cubos llenos hasta los topes arriba y abajo del escenario, crear un círculo de flores entrelazadas por toda la parte frontal de la tarima... Bueno, es agotador.

—¿Por qué habré dejado que me convencieras para hacer esto? —le digo a Heather cuando por fin terminamos.

Las dos estamos empapadas en sudor, y nos dejamos caer sobre las gradas más cercanas que encontramos mientras Jaxon y Hudson hacen las pruebas de sonido.

—Porque no íbamos a permitir que un puñado de dragones y vampiros nos superase —contesta ella, que levanta un puño para que se lo choque.

—Sí, tienes razón.

Le apoyo la cabeza en el hombro mientras los técnicos le hacen repetir a Jaxon la misma estrofa varias veces porque suena un poco desafinado. Y es verdad, pero no sé si es por el sistema de sonido o por los nervios. Ahora que me encuentro en la zona del público, entre las múltiples hileras de asientos, empiezo a darme cuenta de lo grande que va a ser este concierto.

—Me alegro de que hayas venido —le confieso a Heather en voz baja—. Sé que te doy mucho la lata con eso, y me sigue aterrando que te pase algo malo, pero aun así me alegro de que estés aquí. Es agradable volver a hacer cosas juntas.

Ella se ríe.

—¿Qué pasa? ¿Que con la edad te estás volviendo sentimental, Grace Foster?

—Puede —respondo—. ¿Algún problema?

—En absoluto. —Entonces deja caer la cabeza sobre la mía—. Yo también me alegro de haber venido. Aunque necesitas una ducha con urgencia. —Agita la mano bajo la nariz para indicar que apesto.

—Lo mismo digo —replico, y vuelvo a ponerme en pie medio tambaleándome—. Creo que en la zona técnica de detrás del escenario hay una caravana con ducha para los voluntarios que no tienen tiempo de volver a casa antes del concierto. ¡La primera en llegar se ducha antes!

Heather no se molesta ni en responder. Simplemente sale corriendo, lo cual, si siguiese siendo solo humana, sería un problema, porque ella siempre me ganaba cuando hacíamos una carrera. Pero lo mejor de ser una gárgola es que viene con alas incorporadas. Y si ella va a hacer trampas saliendo antes de tiempo, todo vale.

La sobrevuelo a ella y a todos los que están viendo la prueba de sonido, y tengo tiempo de sobra para meterme en la ducha antes de que Heather llegue a la caravana.

—¡Tramposa! —grita desde la zona de descanso que hay delante.

—¡Le dijo la sartén al cazo! —le grito yo.

Quince minutos después ya voy ataviada con la ropa oficial del personal del concierto de los Vega Brothers y me dirijo hacia la parte delantera del recinto junto con Heather para trabajar en la taquilla.

En cuanto llegamos allí nos percatamos de la inconmensurable magnitud del concierto, pues hay una marea ingente de asistentes haciendo fila fuera del estadio hasta donde nos alcanza la vista.

—Joder —susurra Heather ojiplática—. Tardaremos un año solo en recoger todas las entradas.

Sospecho que no va desencaminada, y le hago un gesto al promotor para pedirle que envíe a más gente al equipo de recolección de entradas.

Siete voluntarios se apresuran a venir a nuestro encuentro, y Aspero agita los brazos en el aire para gritar a continuación:

—¿Quién está listo para hacer historia esta noche?

Todo el mundo grita entusiasmado, incluidas Heather y yo, con amplias sonrisas en los rostros y contagiadas por su espíritu. Cuando abre las puertas del estadio para dejar que entren los primeros fans enloquecidos, respiro hondo y empiezo a coger y marcar entradas.

Dos horas extenuantes más tarde, dejo a Heather con el resto de los trabajadores de la taquilla para correr a los camerinos y darle

apoyo moral de última hora a Hudson. Lo va a necesitar, si nos basamos en el número de personas que vamos a dejar entrar esta noche.

Me cuelo en la carpa de Hudson mientras discute con Mila, la peluquera, sobre el nivel perfecto de volumen que quiere para su pelo. Diría que se debe a los nervios, pero ya me lo conozco, y todo el mundo sabe que para él su pelo es sagrado.

En cualquier caso la peluquera consigue hacérselo como él quiere y, al final, lo deja guapísimo, como siempre. Lleva sus vaqueros de Armani y una camisa de color morado oscuro con las mangas arremangadas justo por debajo de los codos, y le sienta bien. Pero que muy bien.

—¿Por qué me miras así? —pregunta al sentarse a mi lado en el sofá.

—Porque estás increíble —respondo acercándome a él para poder rodearle la cintura con los brazos—. Si no estuvieses a punto de subirte al escenario, me sentiría tentada de deshacerte ese peinado tan elegante que llevas.

En sus ojos brilla el interés.

—Podría decirle a Mila que volviese luego y me lo hiciera de nuevo —sugiere justo antes de bajar su boca hasta la mía.

Es un buen beso, como todos los que compartimos, pero me aparto antes de que se vuelva demasiado interesante. En parte porque tengo miedo de dejarme llevar y acabar deshaciéndole el pelo y en parte porque quiero hablar con él antes de que suba al escenario.

Pero Hudson no parece tener las mismas preocupaciones que yo y refunfuña un poco cuando me aparto.

—Oye —empiezo, y le envuelvo la cara con las manos para que me mire a los ojos—. ¿Todo esto te parece bien?

—Mientras no piense demasiado en los esbirros de la reina de las sombras apresándote cuando esté ahí arriba, sí. Me parece bien.

—¿Estás seguro? —insisto—. Ni siquiera has compartido la lista de canciones conmigo.

—Porque pienso que algunas cosas deberían ser una sorpresa —explica antes de subirme a su regazo para darme otro beso—. Pero me parece bien, te lo prometo. Estoy a tope con esto.

—Vaya, es un cambio impresionante. Y, aunque lo agradezco, debo preguntártelo: ¿qué es lo que ha cambiado desde esta mañana?

Se encoge de hombros.

—Me he acostumbrado al tamaño de este sitio. Y, durante los ensayos, he conocido a los músicos que tocarán con nosotros, y llevo toda la semana muriéndome de ganas de sorprenderte. —Sus ojos brillan al decirlo—. Resulta que han llamado a Lumi y Caoimhe para que nos respalden, además de algunos otros amigos suyos.

—¿Lumi y Caoimhe están aquí? —exclamo mientras la emoción me invade al pensar que voy a volver a verlos..., al menos hasta que recuerdo que ellos no estarán tan emocionados de verme a mí.

Hudson asiente.

—Pues sí, y nos acompañarán a Jaxon y a mí en el escenario. Conocen a Vemy y, cuando se han enterado de que iba a encargarse de dirigir el concierto, le han pedido si podían sustituirlo, así que estarán arriba conmigo.

—¡Eso es fantástico! —Le doy un abrazo enorme—. Sabía que esta noche lo ibais a petar, pero sé que irá mejor todavía.

—Me conformo con que no quedemos ninguno de los dos en ridículo, pero sí. Vamos a petarlo. —Su sonrisa desaparece—. Si ocurre algo, si el ejército de la reina de las sombras viene a por nosotros...

—Estaré ahí —le aseguro—. No dejaré que nos separen.

—Agradezco la protección —dice con sequedad—, pero no me refería a eso. —Me coge la mano y la coloca sobre su pecho—. Me pase lo que me pase, quiero que recuerdes lo que estamos haciendo aquí. Lo que necesitamos hacer para salvar a Mekhi.

—No te va a pasar nada —contesto de inmediato—. Hablaremos con ella y...

—Seguro que tienes razón. —Me envuelve con los brazos y se dispone a acercarme a él, pero estoy demasiado tensa para dejarlo—. Pero imagínate que Nyaz tiene razón, que decide vengarse y se le ocurre que la mejor manera de conseguirlo es viniendo a por mí...

—No dejaré que eso ocurra. No vamos a permitirlo...

—Eso es lo que intento decirte. No quiero que te maten mientras tratas de protegerme, Grace. Quiero...

Lo detengo de la única manera que sé: estampando mis labios contra los suyos. Besándolo una y otra vez hasta que deja de intentar hablar y me devuelve los besos.

No se aparta, ni yo tampoco, hasta que alguien se aclara la

garganta frente a la carpa.

—Estamos listos, Hudson —indica Vemy con una sonrisa.

Él asiente y, luego, se inclina para apoyar su frente en la mía.

—Grace...

—Ve —le pido—. Estaré observándote todo el rato. Y estaré aquí esperándote cuando termines.

No mueve ni un pelo durante varios largos segundos. Se limita a mirarme con esos ojos azules tan profundos e intensos. Pero al final asiente con la cabeza y se aleja de mí.

—Deséame suerte.

—Querrás decir que te desee mucha mierda.

Me dedica una mueca torcida.

—Mientras no me dejes el corazón en la mierda, me da igual.

—¿En serio? —Finjo una arcada—. ¿No te pasas de cursi?

—Solo contigo —responde.

—Está bien saberlo. Y, ahora, súbete a ese escenario y no te rompas nada. Tenemos cosas que hacer.

63

Viva Las Vegas

Llego a un lado del escenario antes de que lo hagan Hudson y Jaxon. Macy y el resto ya están allí, así que me uno. Habíamos pensado en bajar a primera fila para ver el concierto, pero hay un montón de chicas entusiasmadas allí y la idea de que nos aplasten en su loco deseo por llegar a los Vega Brothers no nos resulta muy atrayente. Y, bueno, tampoco la idea de que venga la guardia de la reina de las sombras a por nosotros y aplasten a un montón de adolescentes inocentes.

En resumen, ver el concierto desde uno de los lados parece la apuesta más segura.

Cuando las luces se atenúan en la zona de las gradas, las coloridas chispas de Macy llaman incluso más la atención y la multitud suelta sonidos de admiración, por lo menos hasta que se encienden las luces del escenario y alguien les da la bienvenida al concierto.

Empieza la música y Hudson aparece en el escenario, aunque se toma unos segundos para saludar a Caoimhe y a Lumi, quienes ya están tocando los instrumentos. Es una canción que no reconozco, quizá sea una que han escrito ellos, pero el público la está viviendo a tope mientras Hudson recorre el borde del escenario saludando a sus admiradores.

Después da la vuelta para volver al micrófono que hay en el centro del escenario y exclama:

—¡¡¡Hola, Adarie!!! ¡¿Cómo estáis esta noche?!

La audiencia empieza a abuchear y no sé qué ha hecho mal hasta que la gente se pone a gritar:

—¡Vegaville! ¡Vegaville! ¡Vegaville!

Hudson parece perplejo durante un instante. Se recupera rápido, pero sé que su respuesta lo ha dejado totalmente descolocado. Y las

cosas ni siquiera han empezado.

—Vale, vale. —Levanta las manos para apaciguar los gritos—. Volvamos a intentarlo. ¡¡¡Holaaaaaaaaaa, Vegaviiiiiiiiiiille!!! ¡¿Cómo estáis esta noche?!

El público enloquece, tanto que creo que las ondas de sonido abofetean a Hudson y hacen que retroceda un par de pasos, porque cuando acaban de gritar parece un poco conmocionado.

—Quiero agradeceros que hayáis venido esta noche. Vuestra recepción ha sido un poco, cómo decirlo, impactante. —Se calla y parece que piensa para sí mismo. Después añade—: Sí, *impactante* es la palabra que buscaba.

El público se ríe y, a mi lado, Macy refunfuña.

—¿En serio? ¿Este es el discurso que va a dar en el escenario? ¿Es que este chico nunca ha ido a un concierto o qué?

—¿Y qué debería hacer si no? —pregunto un poco borde porque no la veo a ella encima del escenario sacrificándose por el equipo—. ¿Que les pida que le lancen la ropa interior?

Como si los dioses de los conciertos me hubieran escuchado, un sujetador de color morado eléctrico sale disparado hacia el escenario y le da en plena cara a Hudson. Lumi y Caoimhe no se saltan ni una nota mientras siguen tocando.

Y si creía que Hudson estaba impactado antes, eso se queda corto comparado con la expresión que pone cuando se despega la lencería de encaje de la cara. La sostiene con el brazo alargado, pellizca uno de los tirantes entre dos dedos con reparo y parece debatirse entre volver a lanzarlo o intentar quedárselo porque no quiere herir los sentimientos de nadie.

Al final lo alza y dice:

—Creo que una de vosotras ha perdido esto. Levanta la mano y te lo devuelvo.

Lo siguiente que sé es que diez mil manos se levantan y todas las mujeres que hay en el estadio gritan para que Hudson les tire el sujetador.

—Vaya, pues… —comenta mirando una y otra vez a sus admiradoras enamoradas, que no dejan de gritar—. Parece que me lo voy a tener que quedar.

A sus espaldas Lumi y Caoimhe tocan un *riff* particularmente complicado mientras él ata el sujetador al micrófono, como si fuera

una de las corbatas de Steven Tyler.

—Qué ligón —dice Heather en el momento en que el público empieza a gritar otra vez—. No pensaba que fuera capaz.

Hudson se inclina hacia el pie del micro.

—Bueno, em, creo que ya ha llegado el momento de, eh, presentaros a, em…

Se calla, pues el escenario está literalmente inundado de sujetadores, de peluches y estatuas de Hudson Vega. Una pequeñita le rebota contra la pierna izquierda y él da un salto atrás.

—¡Me cago en todo! —exclama con voz ahogada, lo que hace que el público enloquezca más todavía.

—¿Está bien? —Flint baja de su patrulla aérea el tiempo suficiente para preguntar.

—No lo sé. Parece que cojea un poco —contesta Macy.

Heather se pellizca la cara.

—Empiezo a pensar que tendría que haber pedido un plus de peligrosidad por este concierto.

—Pobre Jaxon. —Flint parece muy triste cuando niega con la cabeza—. Si están comportándose así por Hudson, ¿os podéis imaginar cómo se van a poner cuando mi chico por fin se suba al escenario?

Me dispongo a hacer un comentario mordaz, pero Hudson escoge ese momento para mirarme con los ojos abiertos como platos, y creo que quiere que le aconseje qué hacer. Pero no sé qué decirle, excepto quizá sugerirle que se dé mucha prisa. Puede que dejen de arrojarle cosas si se pone a cantar.

Muevo las manos en un gesto que quiere decir «date prisa» y él me lanza una mirada ofendida como si quisiera decir: «¿Qué cojones te pensabas que intentaba hacer?».

Pero, cuando vuelve a dirigir la atención al público, esta vez agarra el micrófono y grita:

—¡Quiero presentaros a alguien! ¿Queréis conocerlo?

La multitud grita, silba y da patadas en el suelo como respuesta.

Hudson sonríe, un poco más confiado ahora que está seguro de lo que va a decir.

—Dejad que os cuente un poco acerca de este tío antes de que lo saque al escenario para que os conozca.

Las luces se atenúan un poco y, por primera vez desde que se ha subido al escenario, Lumi y Caoimhe bajan el ritmo de la música hasta

dar con algo más conmovedor.

Hudson camina hasta el borde del escenario y se agacha para tocar uno de los deditos de alguien que da saltos en el foso, justo enfrente.

—Es mi hermano pequeño, y es un tío bastante guay. A ver, tiene una obsesión con el color negro, pero, quitando eso, es un chico bastante decente. Claro que sin contar las veces que me robaba los lápices de colores cuando éramos críos.

El público silba y se derrite con su historia, y Hudson enarca una ceja.

—Un momento. ¿Estáis vitoreándolo porque me robaba los lápices de colores? —pregunta. Y cuando cambia el micrófono de una mano a otra, sé que por fin empieza a sentirse más cómodo.

El público contesta vitoreando con más ganas todavía.

Hudson se ríe.

—Bueno, si os hace tanta ilusión que me robara los lápices, supongo que os hará más ilusión todavía cuando veáis cómo se las apaña con un par de baquetas.

El público ruge en señal de aprobación.

—Voy a traerlo al escenario. Pero tenéis que hacerme un favor. Desde este momento tenéis que referiros a mi pequeño y diminuto hermanito solo como… —Lumi toca un *riff* ensordecedor con la guitarra, rasga las cuerdas en una rápida sucesión de notas para darle emoción a la presentación—. ¡Jaxon «Pelazo» Vega! ¡Vamos, gente, aplaudid como solo sabéis en Vegaville a Pelazo!

64

Los mejores planes sombríos

Jaxon corre sobre el escenario mientras la voz de Hudson resuena por todo el lugar. Y la muchedumbre ya enloquecida consigue, no sé cómo, subir otro nivel o diez al verlo tras la batería tocando una secuencia bastante complicada.

Al parecer ha estado acumulando energía para cuando lo llamasen a escena, porque cuanto más vitorea el público más larga se vuelve la introducción de la batería, hasta que finalmente termina con un fuerte golpe en los platillos y arrojando las baquetas en el aire a una altura desorbitada.

Espero a que se saque otro par del bolsillo, pero por lo visto he subestimado el talento que tiene el joven Vega para montar el espectáculo. En lugar de eso, se desvanece y vuelve a aparecer en la parte frontal del escenario y las agarra antes de quitarse un falso sombrero ante el público.

—¡La leche! —exclama Hudson poniendo los ojos en blanco—. Se me ha olvidado deciros que el motivo de que tenga tanto pelo es tapar el cabezón que tiene.

La multitud estalla en carcajadas, y Jaxon se inclina hacia delante agitando la cabeza arriba y abajo al estilo de las bandas melenudas de los ochenta, para luego desvanecerse de nuevo y aparecer en su batería. Hudson se acerca al borde del escenario, coge su guitarra eléctrica y se la cuelga del hombro antes de regresar al micrófono con el sujetador morado todavía ondeando al viento.

Los otros músicos dejan de tocar al ver a Hudson, que recorre con los dedos el cuello de la guitarra haciendo una progresión rápida que culmina con la nota más quejumbrosa que he oído en mi vida.

Resuena por todo el escenario y entre el público, un sonido tan puro y triste que me pone la piel de gallina, y por un segundo me imagino que ese es el sonido del alma de Hudson. La pena, la belleza y

la angustia de vivir, todo en un tono en clave menor perfecto.

Hudson sostiene la nota indefinidamente hasta que empieza a vacilar un poco al final. Como si hubiese captado lo mismo que yo al oírlo, Jaxon se une con la batería, y es un gesto fraternal tan obvio que el corazón se me encoge.

Y entonces mantiene un compás lento y suave que comparte con el público durante los primeros ritmos de la canción.

Hudson vuelve a tocar, y esta vez la melodía coge forma. Una nota, luego otra, y, a medida que los dos hermanos siguen lanzándose notas el uno al otro, adelante y atrás, abro los ojos como platos cuando por fin caigo en la canción que están interpretando. Tiene una composición ligeramente diferente al tocarla entre los dos en comparación con la del disco, y es algo más lenta, atrevida, pero sin duda la misma canción: *My blood*, de Twenty One Pilots.

El corazón se me rompe en mil pedazos al darme cuenta, porque esta canción habla de la familia.

Es como si la hubiesen escrito solo para estos dos hermanos, que se protegen el uno al otro ante cualquier obstáculo y peligro del mundo.

Hermanos que despedazarían a cualquiera que viniera a por el otro.

Hermanos que, a pesar de sus diferencias, están a las buenas y a las malas hasta el final.

Cuando Hudson se inclina hacia el micrófono y empieza a cantar la letra, siento la verdad que existe entre ellos (el amor, el dolor y la determinación de ambos), que me cala hasta el alma, al ver a estos dos chicos a los que quiero tanto encontrar al fin la manera de comunicarse.

La letra serpentea a través del escenario y se hunde lentamente entre el gentío, entonces capto el segundo exacto en el que la gente alborotada se percata del momento que están viviendo ahora mismo, del regalo que les están ofreciendo.

Porque Hudson Vega está cantándoles a todos y cada uno de ellos, diciéndoles que también son su familia. Y que los mantendrá a salvo. Los protegerá. Como si fuesen de su propia sangre.

Cuando Hudson llega al *falsetto* que el vocalista, Tyler Joseph, suele hacer… Jaxon se acerca a su micro y se deja llevar, cosa que hace que la muchedumbre se vuelva completamente loca. A mí se me

oprime el pecho hasta que temo que las costillas se me quiebren al asimilar la resplandeciente sonrisa de orgullo de Hudson cuando ve brillar a su hermano pequeño.

Esto, este momento en concreto, es de lo que habla la canción. Es más, es lo que son Jaxon y Hudson: dos chicos que han bajado al infierno y han regresado antes de siquiera aprender a leer, torturados por sus padres, desamparados por su gente, separados el uno del otro hasta que lo único que oían era el eco de la soledad en su interior. Aun así, aquí están, tocando juntos, creando armonía, luz y alegría para toda esta gente. Llenando el vacío que llevan dentro con su amor y confianza en el otro.

Es uno de los momentos más profundos de mi vida y, mientras miro a Flint, que sigue a mi lado, veo que él también lo entiende. Veo que sabe lo mucho que han sufrido estos dos y lo que significa que, a pesar de todo, hayan encontrado la forma de llegar al otro.

En medio de la canción la música se vuelve un susurro y los otros músicos siguen tocando de fondo muy suavemente. Hasta Hudson deja de tocar la guitarra y la suelta para que cuelgue de la correa. Coge el micrófono con las dos manos y les canta a todos y cada uno de los espectros que hay frente a él.

Grave, profundo, como si cada palabra fuese una parte de su alma y quisiera que también fuese una parte de la suya.

Hudson Vega los tiene en la palma de la mano, y está dispuesto a morir para protegerlos.

El público está echado hacia delante, con las manos extendidas al cielo como si pudiesen agarrar las notas si se esforzaran lo suficiente.

Entonces el *falsetto* de Jaxon se une a él. Luego Lumi, Caoimhe y toda la banda, doblando y triplicando al tiempo que la música va aumentando paulatinamente, llenando cada hueco y grieta del lugar hasta que no hay más que olas constantes de sonido, esperanza y promesas resonando por todo el lugar.

Mientras la última nota va apagándose poco a poco, todo el estadio enmudece.

Hudson se mueve con torpeza frente al micrófono, pero no tiene nada de que preocuparse, porque el público no pierde ni un segundo para estallar en una marea de aplausos enloquecidos. Vítores, silbidos y gritos llenan el aire a nuestro alrededor, y Hudson se vuelve para dedicarme una sonrisa pausada y perfecta.

Yo se la devuelvo a la vez que caen más sujetadores sobre el escenario y, justo cuando Hudson vuelve a acercarse al micro, se queda de piedra y la alegría de su rostro se convierte en una expresión tan letal y concentrada que me hace estremecer. Asiente ligeramente con la cabeza, nuestra señal de que ya ha empezado, y veo que su mirada se dirige al frente del escenario, a los centenares de jóvenes espectros que se apiñan allí abajo tan cerca como pueden de él.

Entonces todo se vuelve negro.

Hasta las luces centelleantes de Macy se apagan.

Unos segundos después un grupo de guardias se arremolina entre bastidores. Macy grita cuando uno de ellos la coge y le estampa la cara contra la pared más cercana.

—¡Eh! —exclama Flint, que intenta interceder y acaba recibiendo un codazo en la nariz por molestar.

Eden gruñe y decide patearle los pies al tipo para que caiga de bruces al suelo, pero consigo llamar su atención antes de que lo haga.

—¡Quieta! —susurro con urgencia y, aunque parece que quiere rebatirme, no lo hace.

Porque el objetivo no es luchar contra un puñado de guardias, aunque podamos abatirlos sin problema. Nuestro objetivo es ser capturados y que nos lleven ante la reina de las sombras montando el menor escándalo posible. Lo último que queremos es que alguien del público salga herido.

Aunque también me estampan la cara contra la pared, consigo mantenerme firme, pero, en cuanto suben corriendo al escenario y cogen a Hudson, necesito hacer acopio de toda mi concentración para no resistirme. Sobre todo cuando él deja que lo tiren al suelo y le den varias patadas.

El público comienza a gritar en cuanto se da cuenta de lo que está sucediendo, y algunas personas incluso intentan subirse al escenario, que ahora está repleto de guardias. Es mi peor pesadilla, lo que más temía que ocurriese, pero antes de que alguien pueda acercarse a la tarima o a los guardias de las sombras, miembros de la resistencia clandestina de Nyaz confluyen sobre el escenario y conducen a la multitud fuera del estadio improvisado.

Casi sollozo del alivio, incluso cuando uno de los guardias me agarra del brazo, inmovilizándomelo en la espalda, para hacerme cruzar el escenario y bajar las escaleras hasta el suelo rocoso.

Empujan a Heather tras de mí, que llora un poco, lo justo para que yo la oiga.

—¿Estás bien? —le pregunto intentando ver por encima de los guardias que nos separan.

—¡Cierra la boca! —me grita uno de ellos—. Y levanta las manos. No vamos a tolerar ninguna clase de desobediencia por parte de ninguno de vosotros.

—¿Podrías definir *desobediencia*? —pregunta Flint mientras lo empujan también por las escaleras—. Más que nada para no equivocarme y meter la...

Se interrumpe cuando le colocan la punta de una daga demasiado cerca del cuello.

—Supongo que eso cuenta como desobediencia —murmura Hudson cuando le toca bajar las escaleras.

—¿Podríais tomároslo en serio? —refunfuña Jaxon—. Conseguiréis que nos maten a todos por no saber cuándo parar.

Le lanza una mirada furibunda a Flint, que pone los ojos en blanco como respuesta. Pero el dragón no les dice nada más a los guardias.

—Os venís con nosotros —gruñe el guardia que parece estar al mando mientras nos urge a colocarnos en fila india con su espada frente a la carpa de Hudson.

Aspero no para de correr de un lado para otro delante de nosotros, retorciéndose las manos y exigiendo saber el significado de todo esto.

—Encontraré ayuda, Hudson —promete mientras intenta colocarse entre mi compañero y los dos guardias que lo custodian—. Llamaré a alguien y veremos qué hacer. No pueden entrar así como así y...

—Tranquilo, Aspero —le dice Hudson.

Entonces baja la voz para decirle una cosa más, pero no logro oírlo con todos los gritos de los guardias, por mucho que lo intente.

Se llevan a Aspero a rastras antes de poder responder nada y, aunque esto es justo lo que queríamos, lo mismo que llevábamos planeando desde que llegamos al pueblo, resulta extraño quedarse aquí de pie y dejar que nos atrapen. Resulta extraño dejar que traten de esta forma a la gente que tan bien se ha portado con nosotros.

Especialmente cuando estoy convencida de que podemos

abatirlos incluso sin nuestros poderes extra. Estos guardias no parecen ser muy hábiles en lo que están haciendo.

Pero escapar no es el objetivo del plan, así que dejo las manos en mi espalda e intento parecer tan amenazadora como puedo mientras me colocan entre Hudson y Macy.

—Bonita gorra —me dice mi prima al fijarse en la gorra que llevo puesta donde pone I LOVE VEGA BROTHERS.

Le devuelvo la sonrisa.

—Es la verdad.

—¿Eso quieres llevar puesto cuando te fichen? —pregunta Hudson negando con la cabeza, pero puedo ver que se ríe por dentro en la profundidad de sus ojos azules.

—No te preocupes por mi ficha —explico—. Piensa en la tuya, teniendo en cuenta que seguramente acabará en cincuenta productos distintos de *merchandising* en menos de una semana.

—Gracias por la imagen —espeta con un quejido.

—Para eso estamos —contesto.

—¡Silencio! —aúlla el jefe de los guardias—. Quedáis detenidos por delitos contra la reina. Colocad las manos frente a vosotros y juntad las palmas, por favor.

Sabiendo que Hudson es el único de nosotros que saben que ha estado aquí antes, resulta un poco abusivo que nos detengan a todos por delitos imaginarios contra la reina de las sombras. Pero, bueno, estamos consiguiendo lo que queremos, así que ninguno de nosotros dice nada.

En lugar de eso hacemos exactamente lo que nos ordenan.

Levanto los brazos, entrelazo los dedos y presiono las palmas una contra otra. Tan pronto como lo hago, uno de los guardias se me acerca y coloca una mano sobre mis muñecas. Unos segundos más tarde aparece una cuerda sombría de la nada y se enrolla alrededor de ellas una y otra vez para mantenerlas unidas.

Otro movimiento de mano y una venda me cubre los ojos.

—Eh, pero qué...

Me paro cuando me pegan en la boca algo que se parece mogollón a cinta aislante.

Y en un santiamén el pánico me invade por completo.

Me parecía bien que me detuvieran porque nos iban a llevar adonde necesitábamos ir, es decir, al paradero de la reina de las

sombras. Pero ¿con los ojos vendados? ¿Y amordazada? Esto no entraba en nuestros planes.

A mi lado Macy suelta un chillido agudo, o lo más parecido que puede emitir, supongo, con la boca tapada. Luego los demás también hacen ruidos y en el ambiente resuenan sus gritos ahogados y sus sollozos.

Logro identificar los gruñidos de Flint y Jaxon, los sollozos de Heather, el bufido amortiguado de Eden. Pero Hudson no emite sonido alguno. Ni uno solo.

El terror estalla en mis entrañas, hace que se me revuelva el estómago y que el corazón me lata demasiado rápido. ¿Dónde está Hudson? ¿Qué le han hecho? ¿Lo han herido? ¿Se lo han llevado?

Se me ha acelerado la respiración, estoy rozando la hiperventilación, lo cual es horrible en cualquier circunstancia y el triple de horroroso con la boca tapada. Intento respirar hondo desesperadamente para tranquilizarme, pero la cantidad de aire que puedo aspirar por la nariz es limitada.

Y cuanto más lo intento, peor se vuelve.

—¡Hudson! —intento decir, pero acabo soltando un grito ahogado ininteligible.

Lo intento de nuevo.

—¡Hudson! ¡Hudson!

Ni siquiera me entiendo yo, así que no puedo esperar que los demás comprendan nada.

Pero entonces lo siento, el lateral de su brazo rozándome el hombro mientras intenta, igual que yo, decir algo que se parece muchísimo a mi nombre a pesar de la mordaza.

Porque, claro está, Hudson, el héroe de Vegaville y del Reino de las Sombras, conoce la manera de hablar a través de la mordaza que le cubre la boca. Si no estuviese tan aliviada de saber que está bien, me reiría.

Pero lo estoy y, cuando restriega mi brazo con el suyo una vez más, siento que la tensión que me atenaza por dentro se afloja un poquito. El estómago se me calma y, aunque el corazón sigue latiéndome demasiado rápido, ahora me resulta mucho más fácil respirar.

Recuerdo uno de los trucos que me enseñó Hudson para controlar los ataques de pánico y empiezo a calcular mentalmente. Uno más uno

es dos. Dos más dos son cuatro. Cuatro más cuatro son ocho.

Me repito que todo va bien mientras nos arrastran por la calle. Ocho más ocho son dieciséis. Esto es lo que queríamos. Dieciséis más dieciséis son treinta y dos. Esto es lo que queríamos que pasase. Respiro profundamente por la nariz, aguanto el aire y luego lo suelto poco a poco.

Es lógico que nos hayan vendado los ojos si piensan llevarnos ante la reina de las sombras. De lo contrario sabríamos la ubicación que con tanto recelo ha querido mantener en secreto.

Me digo que, en realidad, eso es algo bueno mientras me concentro en tomar aire de una forma más lenta y equilibrada. Porque cuanto antes lleguemos a ella antes podremos hacer el trato para salvar a Mekhi y ayudar a Lorelei.

Me repito una y otra vez que esto es bueno, como si fuese un mantra. Es muy bueno.

Aunque ahora mismo parezca todo lo contrario.

Caminamos durante un rato (mil veintisiete pasos, para ser exactos) antes de que uno de los guardias nos ordene que nos detengamos.

Obedezco, y me paro tan de sopetón que Macy choca contra mi espalda.

Emite un ruido que no logro distinguir del todo, puede que sea un «lo siento» o un «ay», pero las dos conseguimos mantenernos erguidas, así que lo considero una victoria. Al menos hasta que oigo el fuerte ruido de unas puertas metálicas, seguido del relincho agudo de un animal que no logro identificar.

Se oye otro ruido de metal contra metal y, después, me empujan hacia delante.

—Sube —me ordena uno de los guardias con voz áspera.

Sigo adelante y casi tropiezo con el escalón, que es muy alto.

Me muevo con gran lentitud, intentando tantear el terreno que hay frente a mí con los pies hasta que noto que hay otro escalón. Lo subo poco a poco, y luego otros dos hasta que al fin estoy… en alguna parte, pero no sé decir dónde o incluso qué es.

—¡Deprisa! —me gruñe el guardia, que me empuja golpeándome en los omóplatos y casi consigue que me caiga de morros.

Tropiezo con varios escalones, pero estoy decidida a no caerme al suelo. Como no choco contra nada, sigo avanzando vacilante hasta

que los dedos rozan algo que parece una pared de metal frío.

Doy un paso más hacia el frente y empujo con toda la fuerza que soy capaz de reunir, intentando determinar lo sólido que es. Oigo a mis amigos detrás de mí arrastrando los pies y tropezando también. Intento llamarlos, decirles que sigan andando, pero mis palabras acaban reducidas a un montón de gemidos amortiguados.

Al final simplemente me doy la vuelta y pego la espalda a la pared para tratar de no estorbar, cosa que no es nada fácil sabiendo que ninguno de nosotros tiene ni idea de dónde están los demás.

No obstante, ya nos encontramos todos dentro de la jaula o lo que puñetas sea esto, porque el mismo guardia que antes me gritaba nos dice gruñendo:

—No nos deis problemas o la reina se enterará.

Unos segundos después su advertencia viene seguida por el estruendo de unas puertas metálicas y el traqueteo de lo que podría ser o no una cadena y una cerradura.

En cuanto nos encontramos a solas todos nosotros intentamos hablar, pero no lo conseguimos, como es evidente. Lo único que logramos emitir son una serie de chillidos, aullidos, gruñidos y gemidos, pero al menos son sonidos reconocibles y fáciles de relacionar con cada uno de mis amigos.

Hasta Hudson hace un ruido que parece una mezcla de bufido y pregunta.

Intento responderle, aunque no tengo ni idea de qué trata de decir, pero mi respuesta no resulta ser muy clara. Aun así, eso parece calmarlo, a juzgar por el siguiente sonido que emite, que parece un quejido.

Comienzo a caminar hacia la zona de la que procede el sonido de Hudson cuando percibo una serie de relinchos agudos fuera de la jaula.

Y empezamos a movernos... a toda velocidad.

65

Pillados

Salimos disparados, los cuerpos se estampan contra las paredes de metal o los unos contra los otros. Yo choco con alguien blandito, seguramente Heather a juzgar por el olor de su champú, y acabo cayendo de rodillas y con la cara sobre el regazo de alguien.

Alguien que huele mucho a naranjas y agua fresca.

Mierda.

Empiezo a levantarme tan rápido como puedo, pero eso quiere decir que debo empujar los muslos de Jaxon con tanta fuerza como puedo con las manos cerradas y asidas. Él gruñe, intenta moverse para ayudarme, pero acaba apartándome los brazos y haciendo que pierda el apoyo.

Cosa que, por supuesto, hace que caiga de cara en su regazo. Otra vez.

Otro gruñido grave, seguido por él empujándome con mucha más delicadeza de lo que yo estaba haciendo. Mientras me empuja, suelta un ruido que ni siquiera espero poder descifrar. Pero aun así le digo que sí, aunque solo sea por devolverle el sonido.

Cuando vuelvo a estar en pie, cortesía de Jaxon, extiendo la mano y encuentro de nuevo la pared. Después me dejo caer hasta que me quedo sentada. Si vamos a estar en movimiento, me parece mucho más seguro estar aquí abajo en vez de arriesgarme a volver a salir por los aires una segunda vez.

A mi alrededor oigo el crujido de la ropa y los gruñidos del resto mientras también se colocan en el suelo. Y entonces no se oye nada más durante un rato aparte del fuerte traqueteo de las ruedas de la jaula sobre lo que parece un camino con muchos baches y el ocasional sonido de un animal.

Solo espero que, nos lleven adonde nos lleven, eso incluya a la reina de las sombras, tal y como habíamos planeado. Si no, si solo nos

van a meter en una cárcel deprimente en un lugar perdido del mundo, estaremos bien jodidos. Mekhi el que más.

Suelto una risa apagada y sin rastro de humor cuando me doy cuenta de que ni siquiera nos habíamos planteado la opción de la cárcel. No sé si es porque estoy rodeada de gente que se ha pasado la vida creyéndose que son la leche e incontenibles, o es porque se nos da de culo tener en cuenta todos los resultados posibles. Si soy sincera, en mi caso por lo menos, es que siempre se me ha dado fatal enfrentarme a las posibles consecuencias de mis actos. Pero me sorprende un poquitín no estar sola en esto. Al menos una persona del grupo debería haberse planteado la opción de que acabáramos con un mono de presidiario de por vida y habernos avisado al resto.

Cada pocos minutos Macy suelta una ristra de sonidos, como si estuviera tratando de hacer alguna clase de hechizo. Cada vez que lo intenta siento que una oleada de esperanza nos embarga a mí y a los demás. Y cada vez que falla, esa esperanza se ahoga en un mar de decepción.

Una parte de mí quiere que siga intentándolo, quiere pensar que existe un hechizo que, aunque sea, nos quite las mordazas y que ella puede encontrarlo. No me importa que me hayan arrestado. Pero ¿la mordaza de sombras? La odio tanto que una parte de mí quiere que se esfume y le importan una mierda las consecuencias.

Pero, incluso mientras lo deseo, sé que es una esperanza de lo más descabellada. Si la magia normal pudiera superar a la magia de las sombras, la fuerza mágica más antigua de la tierra, entonces no estaríamos aquí. Habríamos encontrado la forma de romper la magia del veneno de las sombras hace mucho tiempo y Mekhi estaría a salvo.

Aun así, al final se da por vencida y deja de hacer ruidos. Y lo mismo hacemos el resto. Nos quedamos en silencio, con la única compañía del ocasional gruñido perdido.

Me quedo sentada con la espalda apoyada en la pared de lo que sea en lo que nos han metido y, aunque me esfuerzo al máximo por estar alerta, llega un momento en el que acabo apoyando la cabeza en el metal frío. Pasado un rato me sorprendo con pesadez en los párpados y en el cuerpo.

Intento combatir el letargo, pero al final me rindo a él. Al fin y al cabo, si estoy dormida quizá pueda dejar de contar cada segundo que pasa como si fuera a ser el último.

No sé cuánto tiempo me quedo dormida, pero me despierto de un sobresalto cuando el vehículo en el que viajamos se detiene de sopetón con una sacudida. Me late el corazón a mil por hora y me esfuerzo por oír cualquier sonido que signifique que vienen a por nosotros.

Al principio no oigo nada. Y entonces distingo el sonido de unos zapatos crujiendo en la gravilla, justo fuera de nuestro vehículo. Aguanto la respiración, siento que todas las personas que me rodean hacen lo mismo.

Durante unos minutos interminables no sucede nada. Permanecemos sentados en silencio, esperando y preguntándonos qué va a pasar cuando la puerta se abra por fin.

Cuanto más esperamos, más tensa noto que me voy poniendo. Y percibo que los demás también, incluso espero que alguno de nosotros estalle en cualquier momento.

Aunque quizá ese sea el quid de la cuestión. Quizá están esperando a ver quién es el primero en volverse loco. De ser así, están haciendo muy buen trabajo. Con cada minuto que pasa siento que estoy cada vez más cerca de ser la ganadora.

Creo que lo que me está haciendo sentir así es la completa falta de control. No es por estar encerrada en sí. Pero ¿que me hayan despojado de la vista? ¿Que me hayan despojado de la habilidad de comunicarme con mi compañero y mis amigos?

Sí, justo eso es lo que me está llevando al límite.

Me pregunto cómo Hudson soportó estar en el descenso durante todos esos años sin volverse completamente loco. No creo que yo pudiera soportar esto ni siquiera unos cuantos días. Si estuviera atrapada de esta forma año tras año, década tras década…

Niego con la cabeza.

Vuelvo a tomar aire para tranquilizarme, le tengo todavía más respeto a mi compañero del que le tenía hace un rato, y no pensaba que eso fuera posible.

De hecho, yo…

Se oye un chirrido repentino en la puerta que hace que me incline hacia delante, con el corazón una vez más estallándome en el pecho mientras me esfuerzo por escuchar lo que está pasando, lo que va a ocurrir a continuación.

Más chirridos, seguidos por el sonido de metal que repica contra

metal.

Voces que murmuran.

Una llave que gira dentro de una cerradura.

Y después, la puerta se abre y el aire gélido invade nuestro espacio.

66

Nacidos para estar atados

—¡Arriba! —nos grita alguien con brusquedad.

Intento obedecer, pero no es muy fácil que digamos, ya que las piernas se me han dormido hace horas por pasar demasiado tiempo en la misma posición.

Los demás deben de tener el mismo problema que yo, porque ese alguien no deja de increparnos. Entonces se oyen unos pasos pesados que golpean el metal sucesivamente y con rapidez. Alguien está subiendo a la jaula para sacarnos. Varios, de hecho, si el número de pies que estoy contando por la cantidad de pisadas es correcto.

Percibo cerca de mí ruido de ropa al rozarse, y entonces Heather grita. Segundos más tarde Eden emite un gruñido por lo bajo. Intento preguntarles qué ocurre, pero antes de que pueda proferir un «mmm», alguien me coge de las manos y me pone en pie.

Me toca a mí jadear cuando consigo volver a sentir las piernas de repente. Noto tal hormigueo pinchándome que los ojos se me llenan de lágrimas. Quienquiera que me ha levantado empieza a empujarme hacia la puerta, y cada paso que doy es una agonía insoportable.

Pero me niego a darles la satisfacción de mostrarles lo mucho que me duele, así que mantengo la boca cerrada incluso cuando me arrastran escalones abajo.

Cuando llego al suelo sigo caminando hasta que choco contra alguien. Creo que es Flint, ya que la espalda contra la que me estampo parece ser más ancha y sólida que la de Jaxon o Hudson.

Heather emite un pequeño sollozo justo detrás de mí, y me vuelvo hacia ella por instinto. Intento decirle que no pasa nada, pero, claro está, no suena nada parecido a eso.

El guardia que me sujeta las manos tira de mí de forma violenta para que me vuelva.

—Mira al frente —me ordena.

Quiero decirle que tengo los ojos vendados y que no veo nada, pero no puedo, así que aprieto la mandíbula y me prometo que, cuando salgamos de esta, voy a cantarles las cuarenta. Y me da igual cómo termine todo (o lo que tengamos que hacer en el futuro), pero nunca jamás voy a volver a permitir que nadie me inmovilice de esta manera. No sin antes oponer resistencia.

Ahora hay varios guardias con nosotros. Lo noto por el sonido que emiten al caminar por la gravilla con sus... ¿zapatos? ¿Botas? Además, hay un montón de voces distintas entremezcladas a nuestro alrededor.

Intento diferenciarlos, adivinar cuántos guardias han puesto a nuestro cargo, pero las voces aparecen y desaparecen, se acercan y se alejan a tanta velocidad que, cada vez que creo haberlos contado a todos, me percato de que me he dejado a alguno. O que he contado dos veces al mismo.

Supongo que en realidad todo esto no importa. No es que vayamos a preparar nuestra huida ahora que, con suerte, estamos tan cerca de la reina de las sombras. Pero aun así me gustaría saberlo. Puede que sea por el deseo de tenerlo todo bajo control. Puede que se deba al miedo. O tal vez, en un rincón de mi cabeza, intento averiguar cómo sacarnos de aquí si las cosas empeoran demasiado.

El hecho de no saber nada no me va. Y menos cuando hay tanta gente a la que quiero que está atrapada conmigo en esta situación.

Avanzamos cuarenta y un pasos antes de girar a la derecha. Seguimos ciento doce pasos más antes de girar a la izquierda. Y entonces subimos diecisiete escalones, giramos a la derecha y damos ciento cuarenta y cinco pasos más hasta que el guardia que me sujeta las manos me para de un tirón con tanta violencia que temo que me haya dislocado el hombro.

—¡Eh! —intento exclamar, más porque estoy cabreada que porque espere que me comprenda o que le importe, pero me sale un grito de dolor en lugar de una queja enfurecida, lo cual me cabrea todavía más.

Y cuando tira de mí otra vez hacia delante con la misma brusquedad, me siento mejor conmigo misma imaginándome que le doy con un puño de cemento en toda la jeta, que seguro que es de lo más repugnante.

Es una buena fantasía, pero no tan buena como oírlo gruñir de

dolor de repente. Y dos veces.

No tengo ni idea de lo que le ha pasado, solo sé que yo no he hecho nada, pero, fuera lo que fuese, lo ha cabreado que no veas, porque de pronto suelta:

—Pagarás por esto.

No sé con quién está hablando, pero, sabiendo que ha estado a mi cargo desde que llegamos, supongo que se refiere a mí. Así que me preparo para lo peor y aguardo a que arremeta contra mí una tercera vez.

No obstante, en lugar de eso se oye un porrazo contundente a mi derecha, seguido por un gruñido amortiguado que se parece mucho a «vete a la mierda». Luego se produce una riña que deja a mi guardia, por el origen del ruido, tumbado en el suelo y gruñendo.

Y es entonces cuando entiendo perfectamente lo que está pasando. A Hudson le ha molestado mi jadeo de dolor y, a pesar de ir maniatado y con los ojos vendados, se ha asegurado de que no suceda de nuevo.

Percibo el sonido de una pelea aún más fuerte a mis espaldas, y el de más botas corriendo hacia nosotros. Luego, un ruido sordo tremendo que se parece muchísimo a cuando golpean a alguien con un bate o cualquier otro objeto contundente. En repetidas ocasiones.

—¡Parad! —intento gritar—. ¡Basta, parad!

Cuando veo que no sirve de nada porque los sonidos se siguen sucediendo, me acerco al origen de los ruidos tan rápido como puedo, decidida a interponerme entre Hudson y lo que sea con lo que le están pegando.

—¡Parad! —repito siguiendo hacia delante.

Recibo un golpe oblicuo y potente en el hombro con lo que parece un bastón. Aprieto la mandíbula para soportar el dolor y me obligo a no emitir ningún otro sonido que altere todavía más a Hudson.

Pero ya es demasiado tarde. Es evidente que ha oído el bastonazo porque, aun con la boca tapada, suelta un rugido furibundo que me hace parar en seco. Y al parecer no soy la única, porque el bastón no vuelve a darnos a ninguno de los dos.

Se produce otra riña que termina con el bastón repiqueteando en el suelo a mis pies, seguido segundos más tarde por lo que supongo que es la persona que lo enarbolaba.

Alguien emite un jadeo brusco de dolor, y justo a continuación dos gemidos graves muy fuertes. Luego el sonido de un cuerpo al golpear la pared a varios metros de distancia.

—¡Hudson! —grito aterrada de que esos sonidos sean mi compañero quedándose inconsciente.

Pero Hudson responde con algo que se parece mucho a mi nombre y siento un alivio inmenso en mi interior. Al menos hasta que oigo otra cosa que choca contra él.

Una vez más intento interponerme entre él y los guardias, pero la gente se mueve a tal velocidad y las posiciones cambian tan rápidamente que no logro ubicarme sin ninguna referencia visual. El terror me atenaza, hace que me suden las manos y que el estómago se me desplome hasta las rodillas cuando me imagino lo que un grupo de guardias cabreados podría hacerle a Hudson.

No puedo permitirlo. Simplemente no puedo. Y menos cuando él ha empezado la pelea para intentar ayudarme. Pero no sé adónde ir ni cómo ayudarlo. Lo único que sé es que debo hacer algo o de lo contrario acabará herido de gravedad. Él y todos nosotros. Porque estos guardias no parecen ser de los que se toman una insurrección a la ligera.

Me agacho, a punto de enviarlo todo a la mierda y convertirme en gárgola antes de correr hacia el punto del que más ruido surge, pero antes de poder hacer nada todo el mundo se queda quieto al oír el sonido de una puerta al abrirse.

Incluso antes de que una voz extremadamente estirada y formal anuncie:

—La reina os recibirá ahora.

67

Mordazas arriba, mordazas abajo

Ha funcionado. Que nos arrestaran ha funcionado. Es lo primero que me viene a la cabeza al oír que la reina sí que nos va a recibir.

Lo segundo es que por fin nos van a quitar las mordazas, menos mal. El alivio es tan intenso que creo que voy a echarme a llorar.

Me digo que, cuando nos suelten, no voy a hacer lo que me he prometido tan solo hace unos minutos. No voy a atacar al guardia. Bueno, eso si Hudson está bien. Eso sí, como ese capullo le haya causado tanto daño a mi compañero como me ha parecido oír con todos esos golpes del bastón o lo que cojones fuera, ya se puede ir preparando.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta una voz firme y autoritaria cuando la puerta vuelve a abrirse—. Haced una fila con los prisioneros y que estén tan presentables como sea posible en los de su calaña.

La aversión que se aprecia en su voz cuando dice lo de «su calaña» hace que me vuelva a tensar. Pero no hay nada que pueda hacer ahora mismo, así que no me molesto ni en reaccionar. Tan solo me quedo donde estoy y espero a que me liberen.

Uno de los guardias, claramente intimidado por la actitud del otro, se pone a darnos órdenes.

—Ya lo habéis oído. ¡En fila, prisioneros!

No me muevo y, a juzgar por la falta de sonido proveniente de mis amigos, ellos tampoco lo hacen. En realidad, no vemos nada. No sabemos dónde se supone que tenemos que movernos o dónde tendríamos que colocarnos en la fila.

—¡Ya me habéis oído! —grita a todo pulmón el guardia—. ¡En fila!

De nuevo, ninguno se mueve.

—¿Qué problema tenéis? ¿Creéis que no os vamos a dar una paliza antes de vuestra audiencia con su majestad?

—Y yo que pensaba que el problema era que no ven —se distingue una voz femenina llena de diversión a varios metros de distancia—. ¿Tenéis planeado rectificarlo antes de enviarlos a mi sala? ¿O se supone que debo tener una audiencia con ellos mientras tienen esta pinta de fugitivos?

Me quedo helada cuando comprendo que quien está hablando no se trata de una ayudante o una doncella cualquiera. Es la mismísima reina de las sombras. Noto un picor en los dedos que me insta a arrancarme la venda de los ojos y la mordaza. Hay muchísimas cosas que le quiero decir a esta mujer, pero las cuerdas de sombras que luzco en las muñecas hacen que sea imposible.

—Por supuesto, su majestad —contesta un guardia.

—Ahora mismo, su majestad —responde otro al mismo tiempo.

Los demás están demasiado ocupados despojándonos de las vendas y las mordazas para contestar. Las vendas de las sombras se desintegran en cuanto nos las quitan.

En el momento que me quitan las mías junto con las cuerdas sombrías que me rodean las muñecas, me doblo por la mitad y tomo aire por la boca con desesperación. Estaba respirando el aire suficiente para sobrevivir a través de la mordaza, pero sin duda no siento que bastara para que mi cuerpo funcionara bien.

Cuando tomo varias bocanadas de aire profundas y largas, por fin empiezo a sentirme normal de nuevo. Respiro hondo una vez más y me fuerzo a abrir los ojos. Un dolor punzante me ataca al instante, pero parpadeo para hacerlo desaparecer. Cuanto más tiempo me pase sin ver, más vulnerable seré. Y, después de la forma en que me he pasado las últimas horas, ya estoy hasta las narices de sentirme vulnerable.

En cuanto puedo distinguir más que siluetas básicas, me doy la vuelta para buscar a Hudson. Ya se está moviendo hacia mí con la preocupación cincelada en su rostro lleno de nuevos moratones.

Fijo la vista en las magulladuras que se le están formando en la mejilla y en el leve rasguño que tiene en la parte izquierda del mentón.

—¿Estás bien? —insisto en saber antes de que él pueda preguntarme lo mismo.

Se ríe.

—Hará falta más de un guardia, o tres, para acabar conmigo.

—No suenes tan orgulloso de ello —contesto.

Me dispongo a decir más, pero, antes de que pueda, los guardias nos instan a cruzar las enormes puertas dobles hasta el salón de la reina de las sombras.

Y menudo salón.

Las paredes están hechas de cristal de un morado medianoche que han roto en piezas opulentas para después volver a juntarlas y así crear diseños geométricos de todas las formas y tamaños.

Los suelos son de jade morado oscuro, y del techo cuelgan esculturas gigantes de hierro en varios tonos de violeta, preciosas e intimidantes de la hostia al mismo tiempo.

Incluso la iluminación es única. Utilizan enormes lámparas de araña moradas con formas abstractas que parecen sacadas de una pesadilla infernal y sombría al puro estilo de Salvador Dalí.

Y dan un miedo que te cagas.

Hay varios grupos de sillas y sillones desperdigados por la estancia, todos tapizados en telas moradas que parecen ante y terciopelo, decoradas con motivos florales. Pero quizá la parte que más me desconcierta de toda la sala sean las sombras púrpura que trepan por las paredes y danzan por el techo.

Sombras largas, cortas, grandes, pequeñas..., todas cubren casi todo el espacio disponible. No son umbras como Humito o el resto de las sombras pequeñas de la granja. No, esto es algo diferente. Algo malévolo que me recuerda a la última noche que pasamos Hudson y yo en Adarie.

Se me pone la piel de gallina al recordarlo, pero no tengo tiempo para darle muchas vueltas. No cuando la mismísima reina de las sombras, vestida de morado y con una corona de diamantes del mismo color, está sentada en un trono de terciopelo violeta en medio de la estancia, presidiendo el lugar.

Cuanto más nos acercamos a ella, no puedo evitar preguntarme si el trono es enorme o es que ella es más pequeña de lo que recuerdo. No es que sea ridículamente bajita, pero, a juzgar por la forma en la que apenas toca el suelo que hay delante del trono con los pies, no es que sea mucho más alta que yo.

Es un cambio refrescante, pues todos los monarcas que he

conocido este último año me han sacado una cabeza y media. La idea de poder mirarla fácilmente a los ojos cuando se levante me parece una victoria. No es que crea que vayamos a interactuar mucho después de que consigamos lo que necesitamos hoy. Pero aun así.

Los guardias nos dirigen a una parte de la estancia a varios metros del trono.

—En fila —sisean por lo que parece ser la millonésima vez desde que se ha abierto la puerta a esta sala.

—Ya vamos, ya vamos —mascullo mientras hacemos eso mismo. Intento pensar en lo que voy a decirle para romper el hielo, sobre todo porque hemos venido hasta aquí para pedirle un favor muy específico.

—¿Por qué has vuelto a mi reino? —pregunta con una voz grave que de alguna forma resuena por toda la sala—. Estaba segura de que no te volvería a ver después de aquella desafortunada noche en Adarie.

Me giro hacia Hudson mientras me cuestiono cómo piensa contestar a esa pregunta tan directa, sobre todo después de lo que ocurrió la última vez que él y la reina de las sombras se encontraron. Pero él se limita a enarcarme una ceja y, aunque eso me pone de los nervios, sé que tiene razón. Yo soy la que tiene que negociar con ella. Esta es una batalla que debo ganar yo, la batalla de una reina contra otra. Y no pienso perder.

68

¿Qué quieres tratar?

Doy un paso al frente.

—Queremos negociar contigo —digo con toda la solemnidad que logro reunir, y nuestras miradas se encuentran.

—¿Ahora dejas que los demás libren tus batallas? —le espeta a Hudson con desprecio sin dejar de mirarme—. ¿Nos conocemos?

Ojalá pudiese soltarle: «Sí, y te dimos una paliza monumental», pero en lugar de eso digo:

—En esta vida no. Soy Grace Foster, y he venido para ofrecerte un trato, uno que te interesará mucho.

—¿Un trato? —repite con una risita sarcástica—. Yo no hago tratos con los amigos de la gente que intenta matarme.

—Tal vez deberías —interviene Macy a mi espalda—. Estarías mucho más segura.

La reina de las sombras mira a Macy con los ojos entornados.

—Tal vez deberías mantener la boca cerrada. Vivirías mucho más.

Macy se encoge de hombros.

—Suponiendo que esa fuera mi prioridad.

—Cuidado con lo que deseas, brujita. Aquí, en el Reino de las Sombras, todo acaba volviéndose realidad de las formas más insospechadas. —Vuelve a dirigirme la mirada—. Deberíais iros. Aquí no hay tratos que valgan.

Como para subrayar sus palabras, algunas de las sombras que vagan por la sala comienzan a despertar, alargándose y retorciéndose hasta que todo el techo tiembleque con sus movimientos.

Verlo es verdaderamente escalofriante, y más con los recuerdos de las Pruebas y de Adarie tan recientes en mi mente. El corazón se me sube a la garganta y las manos me empiezan a temblar tanto que me las meto en los bolsillos para que no las vea.

—Aún no has oído lo que quiero —declaro—. Ni lo que queremos ofrecerte a cambio.

—Eso no importa. Si no es la cabeza de ese vampiro clavada en una estaca en medio de la plaza de Adarie, no me interesa. —Se anima un poco al hablar de la muerte de Hudson, pues los ojos le brillan con una especie de luz impura procedente de lo más profundo de su ser—. Aunque puede que lo haga de todas formas, sin necesidad de tratos.

Agita una mano y las sombras de la pared también empiezan a moverse. Al contrario que las del techo, estas se dividen: unas son pequeñas, otras medianas, algunas enormes y también se ven algunas diminutas.

No sé por qué las está fraccionando de esa forma, pero soy lo bastante lista para saber que es por una razón que no me gustará nada.

No obstante, sé que en ningún caso debo dar marcha atrás con esta mujer.

Ni ahora ni nunca.

Así que, en lugar de intentar apaciguarla rogando por su misericordia, la miro directamente a los ojos y le digo:

—Las amenazas no te van a servir de nada.

—Eso es porque no os habéis enfrentado a la amenaza debida —responde.

Un movimiento rápido de sus dedos y unas serpientes comienzan a caer del techo. No se deslizan pared abajo, sino que caen directamente sobre nosotros como si lloviesen de los árboles en una selva tropical.

Es una de las cosas más desagradables que he visto en mi vida, y más cuando empiezan a retorcerse y escurrirse a nuestros pies.

Hudson ni se inmuta. De hecho, ni siquiera las mira. En lugar de eso, se queda quieto donde está, con los brazos cruzados sobre el pecho, y observa a la reina de las sombras con tal expresión de cansancio que me da un poco de miedo que vaya a bostezarle en la cara.

Yo no estoy ni por asomo tan tranquila como él. El corazón me va a mil por hora, y hay una parte de mí que quiere gritar a pleno pulmón y salir corriendo en dirección contraria. Pero no puedo. Si queremos la mínima posibilidad de salvar a Mekhi, tenemos que convencerla de que podemos ayudar a sus hijas. Y nunca creerá que

somos lo bastante fuertes para hacerlo si me piro de aquí entre gritos tal como deseo tan desesperadamente.

Así que me mantengo firme, me niego a temblar o a moverme un solo milímetro aunque una de esas siniestras cosas se esté deslizando por mi zapato.

Ella levanta una ceja, pero no dice nada más. Entonces vuelve a mover los dedos y, esta vez, cae a nuestro alrededor una lluvia de insectos sombríos.

Uno aterriza sobre mi cabeza y tengo que morderme la parte interna de las mejillas para no gritar. Hudson, rápido como el rayo, lo lanza al suelo de un manotazo y puedo respirar de nuevo.

Lo único que quiero es chillar el nombre de Lorelei para llamar la atención de la reina, pero mi instinto me dice que ahora es el peor momento de hacerlo, justo cuando necesito su clemencia. Se pensará que es un mero truco, o peor, le puede dar otro ataque de furia e insectos.

Por suerte, Macy extiende ambas manos ante ella y murmura un hechizo que envuelve en llamas a todas y cada una de esas criaturas sombrías, reduciéndolas a cenizas al entrar en contacto con ellas.

Cuando me vuelvo para mirarla con los ojos abiertos como platos, ella se limita a encogerse de hombros.

—He estado practicando por si acaso.

—Y tanto que has practicado —comenta Eden con admiración.

—¿De veras crees que ha servido de algo? —pregunta con frialdad la reina de las sombras—. Hay millones más de donde los he sacado.

Macy la mira directamente a los ojos y responde con desdén:

—Lo mismo digo.

Por un segundo pienso que a la reina de las sombras le va a estallar una vena. Su rostro adquiere un intenso y chocante tono violeta, y parece que los ojos estén a punto de salírsele de las órbitas.

Pero entonces respira hondo y se pone en pie mientras todo a nuestro alrededor regresa a la normalidad.

—Me estoy aburriendo —manifiesta—. ¿Cuál es la verdadera razón de toda esta falsa bravuconería?

Ahora que estamos aquí, ahora que la reina parece estar dispuesta a escucharme de verdad, la cabeza se me llena de incertidumbres. ¿Debería mencionar primero a Lorelei, a Mekhi o el

Rocío Celestial? Sé que solo dispongo de una oportunidad para convencerla, así que tengo que escoger sabiamente.

Al ver que no respondo al instante, chasquea la lengua.

—Venga, no tengas vergüenza, niñita. Oigamos ese trato por el que habéis venido hasta tan lejos. —Una sonrisa maliciosa brota de una de las comisuras de su boca al añadir—: Y más vale que sea uno excepcional si no quieres que pasemos a la parte en la que os torturo y a la que tantas ganas tengo de llegar.

69

Una ruptura rociada de dificultades

La forma en la que me habla, melosa y condescendiente, hace que no quiera contarle nada. Pero, cuanto antes tengamos esta conversación, antes podremos largarnos de aquí.

Al final decido empezar a contarle por qué la necesitamos a ella y no a Lorelei. Supongo que si sabe lo mucho que necesitamos su ayuda para salvar a Mekhi, quizá tenga menos posibilidades de pensar que es un truco para conseguir su simpatía mediante la mención de su hija.

—Tengo un amigo que se está muriendo a causa del veneno de las sombras. Le mordió un insecto sombrío en las Pruebas Imposibles.

—¿Y has venido a rogar por su vida? —Chasquea la lengua con desaprobación—. Menuda pérdida de tiempo intentar salvar a otro ser. Preocuparte por alguien es una debilidad de la que tus enemigos pueden aprovecharse.

—¿Así es como reinas? —le pregunto, porque de verdad quiero saber la respuesta—. ¿Ignorando lo que pueda pasarles a tus súbditos?

—No me hables de súbditos. No tienes ni idea de lo que es reinar —contesta con altanería.

La arrogancia me supera.

—Pues en realidad, sí. Soy la...

—Sé exactamente quién eres —interrumpe la reina, y se me hace un nudo en el estómago por el miedo que me provoca que me reconozca antes de que añada—: Alguien que está a punto de pasarse el resto de su vida en mis mazmorras alimentándose de ratas.

—En realidad, la carne de rata es... —empieza a comentar Flint haciendo gala de su chulería característica, pero Eden le da un pisotón en el pie no prostético antes de que pueda decir algo muy asqueroso.

—¡Ya basta! —ruge la reina—. Ve al grano. Al fin y al cabo, eres tú la que ha venido a pedirme ayuda. Yo no te la he pedido con ninguno de mis súbditos.

—No me importa que Mekhi sea un súbdito. Es nuestro amigo. Y jamás hemos hecho nada para dañar a tu gente, no de la forma que tú lo has hecho con la mía.

Enarca las cejas.

—¿Te refieres al veneno de las sombras que le corre por las venas?

—Sabes perfectamente a lo que me refiero.

—¿Cómo voy a saberlo? —Se encoge de hombros—. Los paranormales sois muy frágiles y un fastidio. Os puede pasar de todo. Me sorprende que sobreviváis.

Su actitud soberbia hacia el sufrimiento de Mekhi me hace estallar.

—¿Como Lorelei? Es sorprendente que haya vivido tanto tiempo. Pero también aterrador pensar que ha pasado toda su vida en agonía.

La reina de las sombras pierde la calma al instante.

—¡Ni se te ocurra mencionar a mi hija! —grita, y lanza la mano hacia delante como si fuera un látigo.

Instantes después una cuerda de sombras se me enreda alrededor de la garganta y empieza a apretarme, cerrándome los conductos de aire un poco más con cada segundo que transcurre. Cambio poco a poco a una porción de mi forma de gárgola, lo suficiente para que la piedra me ayude a evitar que la cuerda me constriña demasiado la garganta.

Seguramente debería entrar en pánico en este mismo instante, solo que no siento mucho miedo. Primero, porque todavía creo que tengo la ventaja a pesar de que me estén ahogando poco a poco. Y segundo, porque sé que Hudson y el resto de mis amigos no dudarán en plantarle cara en cuanto lo consideren necesario.

En realidad me sorprende que Jaxon no le haya hecho ya un placaje a la reina y haya intentado arrancarme el látigo de sombra del cuello. Hudson tiene el peso apoyado en los dedos de los pies, listo para tomar cartas en el asunto en cuanto se lo indique con un gesto, pero ahora mismo se está conteniendo porque no le he pedido ayuda. Pero es Jaxon quien tiende a saltar sin pensar.

Una mirada rápida en su dirección me revela que estoy en lo cierto y que está haciendo uso de toda su fuerza de voluntad para no intervenir. Le hago un gesto con la mano para indicarle que se calme, después busco la mirada de la reina de las sombras y espero.

Porque es inteligente y ya me he dado cuenta de que está pensando, de que está intentando desesperadamente averiguar de qué…

—¿De qué conoces a Lorelei? —exige saber.

Señalo la sombra que sigue enredada alrededor de mi cuello, el gesto universal para decir: «Ahora mismo no puedo hablar».

Entrecierra los ojos y, por un instante, la presión empeora y me corta totalmente todo suministro de aire. Pero, entonces, con un siseo de furia, aparta la mano. La sombra se aparta de mi cuello de inmediato y doy varias bocanadas de aire.

—¿Cómo te atreves a hablar de mi hija cuando no sabes nada de ella? —protesta, y ahora ya no hay ni rastro de esa lentitud cuando camina hacia mí.

No se detiene hasta que estamos nariz con nariz, pero a mí eso no me importa. Tenga la tráquea magullada o no, estoy más que lista para darle un puñetazo de cemento a la zorra de las sombras. Por lo que le ha hecho a Mekhi, por lo que nos ha hecho a mis amigos y a mí cuando nos ha arrestado y, sobre todo, por lo que le ha permitido que su otra hija le haga a Lorelei.

—¡Sé mucho de ella! —le rujo—. De hecho, por eso estoy aquí. Porque quiero llegar a un acuerdo por ella.

—Ni se te ocurra involucrar a mis hijas en tus ardides —me advierte. Pero le tiembla la voz y su preciosa piel morada se ha vuelto de un color lavanda grisáceo y enfermizo.

—No he involucrado a tus hijas —le contesto con mordacidad, la furia se va acumulando en mi interior—. Lo hiciste tú hace mil años. Y tu estrechez de miras casi extermina a una especie entera. Así que no te atrevas a presentarte ante mí y venirme con tu superioridad moral.

No creía que fuera posible, pero de alguna forma palidece más todavía. Sin embargo, en sus ojos no se atisba culpa por lo que les hizo a miles de gárgolas, a pesar de ser directamente culpable de su encarcelamiento milenario, ni tampoco a los otros miles que murieron a causa de su veneno. No hay remordimiento por el sufrimiento de Mekhi y de Lorelei, ni por el sufrimiento y las muertes de mis amigos de Adarie a manos de ese hechicero del tiempo demente que tenía como marido. El mismo marido al que convenció para lanzar el hechizo que nos ha conducido aquí a todos, a este mismo momento.

Saber que no se siente mal por ningún dolor que haya causado,

por ninguna muerte o destrucción que caiga a sus pies, me pone furiosa. Me dan ganas de mandar a la mierda las negociaciones y dejarla sola en esta pesadilla que ella misma ha creado.

Pero las únicas personas que saldrán malparadas si nos vamos ahora mismo serán aquellas que menos se lo pueden permitir. Mekhi, quien está más cerca de la muerte con cada hora que pasa. Y Lorelei, quien ha tenido que sufrir con la fuerza vital de una fracción de su alma durante casi mil años.

Así que me trago la ira que me araña las entrañas.

—Sé cómo separar las almas de tus hijas, algo que tú, con todo tu poder, eres incapaz de hacer. Así que te concedo una oportunidad más de llegar a un acuerdo conmigo para separarlas a cambio de la vida de mi amigo. Lo único que tienes que hacer es decidir si la tomas o la dejas.

70

Jodidos y con tatuaje nuevo

Al principio no contesta, y temo haber metido la pata. Temo haber dejado que la ira se apoderase de mí y que esa gente inocente vaya a pagar por ello.

Pero entonces Hudson apoya una mano en la parte baja de mi espalda y siento que me presta su fuerza y arrojo. Macy se acerca a mí por el otro lado hasta que su brazo presiona el mío y, a pesar del dolor que siente por dentro, noto su firmeza y determinación para estar aquí, a mi lado.

Juntos, y sintiendo la confianza que recibo por parte de todos mis amigos, me prestan la fuerza necesaria para no apartar la mirada de los ojos de la reina.

La fuerza para no disculparme y dar marcha atrás.

La fuerza para no ponerla en evidencia de una maldita vez.

Y eso estoy haciendo, a medida que los largos segundos se convierten en minutos más largos aún y la tensión en el aire se vuelve tan tirante que parece que cualquier movimiento en falso vaya a romperla. La voluntad hace que el dolor y los remordimientos se me claven como esquirlas del cristal más afilado.

Pero entonces, justo cuando decido que aquí será donde muera la reina de las sombras, ella accede.

—Ven y siéntate conmigo —dice con una voz tan vacía como los ojos que he estado mirando durante demasiado tiempo.

Se dirige de regreso a su trono, caminando con un millón de veces más afectación que cuando se ha acercado antes a nosotros.

No hay ningún sitio en el que sentarme (su trono se alza solitario en el centro de la sala), pero no pienso rebajarme a mencionarlo. Cosa que hago bien, porque dos miembros de la Guardia de las Sombras se encargan de arreglarlo antes de llegar allí.

En cuestión de segundos colocan un segundo asiento justo

delante del trono, con una mesa entre los dos.

La reina de las sombras ocupa el trono con meticulosidad (de nuevo, moviéndose más despacio de lo que nunca la he visto hacerlo) y yo me siento en la silla que han puesto frente a él.

Numerosos miembros de la Guardia de las Sombras forman un círculo tras ella, y mis amigos avanzan para hacer lo mismo conmigo.

—¿Dónde está mi hija? —pregunta una vez que estamos todos en posición.

—A salvo en la Corte Bruja —contesto.

Entorna los ojos hasta casi cerrarlos.

—Como le hagáis daño...

—Nunca le haría daño a Lorelei —espeto—. Ninguno de nosotros. Estamos aquí porque queremos ayudar a Mekhi, a Liana y también a Lorelei. Solo tenemos que colaborar para conseguirlo.

—Separando las almas de mis hijas —señala.

—Sí —asiento—. Sabemos cómo hacerlo...

—¿Por qué debería creer lo que dices? ¿Te piensas que no lo he intentado? He hecho de todo, he preguntado a todo el mundo y nadie sabía cómo hacerlo. Todos me dijeron que era imposible.

—Eso es porque le preguntaste a la gente equivocada.

—¿Y debo suponer que tú, una chiquilla cualquiera, conoce a la persona indicada así, sin más? Puse el mundo patas arriba buscando una respuesta.

Una chispa de compasión se aviva en mi interior, pero la ahogo. Esta mujer puede ser letal, y no puedo permitir que un solo ápice de lástima me distraiga, aunque lo que les sucedió a ella y a sus hijas fuese una putada.

—Puede que sea joven, pero tengo mis recursos. Y le pregunté a la persona correcta: mi abuela, que es muy, pero que muy longeva y más sabia todavía. Ella nos dijo lo que necesitamos hacer con pelos y señales, pero es peligroso. Extremadamente peligroso. Mis amigos y yo ya hemos accedido a correr el riesgo, siempre y cuando tú aceptes ayudar a nuestro amigo si conseguimos lo que hace falta para liberar a tus hijas.

Por un segundo parece sentirse tentada. Muy tentada. Pero enseguida niega con la cabeza como para aclarar sus pensamientos y exige:

—¿Por qué debería ayudar a un vampiro? No significa nada para

mí.

—No se trata de ayudarlo a él, sino a tus hijas —explico—. No puedes abandonar el Reino de las Sombras, lo cual significa que no puedes enmendar el error que Souil y tú cometisteis hace tantos años.

—¿Te crees que no lo sé? —dice entre gruñidos, y por un momento se la ve tan enfadada y atormentada que creo que me va a estrangular de nuevo, pero esta vez de verdad—. Mi marido estaba a una exhalación de revertir nuestro error antes de que Hudson lo detuviese.

Su voz es amarga y lastimera, pero no contiene veneno. De nuevo dejo que mi instinto me guíe.

—Apuesto a que ese era su plan, no el tuyo.

Levanta una ceja con solemnidad.

—¿Estás segura de eso?

Va de farol. No sé cómo lo sé, pero así es, o sea que insisto un poco más.

—Si se hubiera salido con la suya y hubiese revertido la línea temporal, muchos de tus súbditos nunca habrían nacido. —Levanto la barbilla—. Y dudo que permitieses que otra madre tuviese que soportar el mismo dolor que tú, arrebatándole a sus hijos, lo recuerde o no. —La reina me observa sin pestañear, pero no lo niega—. No te estoy pidiendo que confíes en mí —aseguro—. No soy tan ingenua como para pensar que primero me entregarás el antídoto.

—Bien —replica—. Porque no pienso hacerlo. —Asiento—. Pero tampoco voy a hacer un trato que me dé falsas esperanzas indefinidamente.

Vuelvo a asentir.

—No, eso sería cruel. Te traeremos lo que buscas antes de que termine la semana o Mekhi habrá muerto y el trato ya no tendrá ninguna validez.

—Es un plazo de tiempo aceptable —responde con tono imperial.

—¿Significa eso que hay trato?

No puedo ocultar la emoción en mi voz.

Ella me analiza unos segundos, como intentando averiguar si estoy diciendo la verdad. No obstante, al final responde:

—Significa que, si cumplís con vuestra parte del trato, que es hacer todo lo que debéis hacer en el orden exacto que debéis hacerlo y logréis liberar a mis hijas, entonces sí, hay trato.

Me ofrece una mano para cerrarlo y, aunque estoy decidida a aceptarlo y cumplirlo a pies juntillas, necesito reunir toda la fuerza de voluntad de la que dispongo para no amedrentarme.

Me había prometido no volver a hacer esto, llegar a un acuerdo con alguien tan poco fiable. Pero, si no lo hago, Mekhi morirá. Ya no es cuestión de querer hacerlo o no, sino de que debo hacerlo.

Así que respiro hondo, ahogo las náuseas y el asco que esto me está provocando y le estrecho la mano.

En cuanto nuestras palmas se encuentran un destello de calor sale de su mano. Una enredadera sombría de un tono morado oscuro brota de él, envuelve nuestras manos y las mantiene unidas mientras el calor va aumentando hasta que, de repente, se produce un segundo destello.

La enredadera desaparece y, cuando bajo la mirada, veo otro tatuaje en mi brazo. Cuando contemplo el árbol morado que crece en el interior de mi muñeca, comprendo que cualquier oportunidad de volverse atrás se ha volatilizado.

El trato se ha sellado.

71

Borrón y cuenta nueva

—¿Y ahora qué? —pregunta la reina cuando aparto la mano tan rápido como puedo.

—Ahora nos vamos —le dice Hudson—. En cuanto tengamos lo que necesitamos para separar las almas de tus hijas, volveremos y podrás cumplir con tu parte del trato.

—No puedo dejar que os marchéis sin más —responde la mujer —. Nadie sabe dónde estoy.

—¿Es así como quieres pasarte la vida? —Macy habla por primera vez desde que hemos empezado las negociaciones—. ¿Escondida de tu propia gente?

La reina se desliza por la estancia hasta llegar a una barra de cristal montada contra la pared de atrás. Por primera vez me doy cuenta de que toda la pared está formada por un conglomerado de murales que simbolizan escenas de batallas. Y, aunque no puedo poner la mano en el fuego, juraría que la parte en la que se ha detenido ahora mismo representa la pelea que tuvo con Hudson y conmigo la primera vez que estuvimos en Adarie. Por supuesto, en su versión, ella y sus criaturas le están dando la paliza de su vida. Aunque, si soy sincera, no dista mucho de lo que ocurrió aquel día. Aunque sí que me habría gustado ver una representación del momento en que Hudson la lanzó por encima de la muralla.

Si nos quedáramos más tiempo me vería tentada a entrar aquí a escondidas y pintarlo en las esquirlas de cristal yo misma, aunque solo fuera por ver qué cara pone. Pero, bueno, no creo que recordarle ese instante sea la mejor forma de salir de aquí sanos y salvos.

—Estoy escondida porque intenté liberar a la mayor parte de mi gente de esta prisión y reunir a mis hijas —sisea mientras se sirve una copa de vino y obvia el hecho de que eso no es del todo cierto—. Y fracasé, cortesía de tu amiguito, así que no me vengas de santurrona.

—Si prefieres que los guardias nos acompañen fuera, podemos vivir con ello —le indica Hudson—. Pero será sin mordazas.

Da un sorbo a su bebida y lo contempla por encima del borde de la delicada copa de cristal.

—Y si no, ¿qué?

Este apoya un hombro en la pared más cercana, con aspecto aburrido.

—Y si no, tendremos un problema.

Es una afirmación sencilla más que una amenaza, pero aun así la reina de las sombras entrecierra los ojos hasta que parecen dos líneas.

No obstante, antes de que pueda contestar, las puertas laterales de la estancia se abren de par en par.

Mis amigos y yo nos volvemos a la vez para encontrarnos con una chica joven que camina hacia nosotros con calma, sin ninguna prisa, y carga con un cubo gigante de palomitas moradas.

Lo primero que me viene a la mente es que es lo contrario a Lorelei en todos los sentidos.

Lo segundo es que es preciosa, pero al mismo tiempo nada atractiva.

Y lo tercero es tanto una advertencia como un pensamiento. Nunca jamás debo darle la espalda.

Si los ojos son las ventanas del alma, entonces hay algo muy perturbador en el interior de esta mujer. Mirarla a los ojos es como mirar al abismo: negro, vacío y totalmente devastador.

Le sobra lo que a Lorelei le falta.

Es fuerte donde Lorelei es débil.

Y lóbrega de la forma en la que Lorelei es pura luz.

Aquí, en el Reino de las Sombras, su piel es de color lavanda y sus ojos de un intenso berenjena. Su melena larga y oscura es de una preciosa tonalidad violeta en vez del negro de Lorelei, y parece que lleva algo atado al final de cada mechón, pero no sé muy bien qué es.

No hasta que se acerca más y oigo el repicar con cada paso que da.

Son joyas. Tiene joyitas diminutas atadas a las puntas de la melena. Estas chocan las unas con las otras cuando se mueve, cosa que hace que suene tal y como las serpientes de cascabel diamantinas a las que crecí temiendo en San Diego.

No estoy segura de si me intriga o me repugna. A ver, ¿quién

hace todo lo posible por sonar como una serpiente de cascabel? ¿Y lo utiliza como advertencia para su madre o para el resto del mundo?

¿Acaso importa? Sea como fuere, hay algo que no me cuadra incluso antes de atisbar por primera vez sus ojos: la oscura tristeza que se aprecia en ellos y que no se molesta en esconder.

En realidad es bastante guapa y, no sé cómo, pero eso solo enfatiza todavía más la tenebrosidad de su energía oscura.

No se detiene hasta que está a la derecha del trono de la reina. Espero a que hable, pero en vez de eso se queda ahí plantada mientras busca cada una de nuestras miradas de forma individual.

A juzgar por las expresiones de mis amigos, no están más impresionados por haberla conocido que yo. Eden parece molesta. Macy, asqueada. Y Hudson... Hudson parece estar extremadamente alerta.

Hay pocas cosas de las que mi compañero disfrute más que midiendo su ingenio con una persona nueva, así que su preocupación hace que mi temor a que algo vaya a torcerse aumente. Sobre todo porque está claro que la reina de las sombras quiere muchísimo a esta chica.

Lo veo en la forma en la que la mira y en la forma en la que se mueve rápido, muy rápido, para colocarse entre su hija y mi grupo, casi como si nos considerara una amenaza para ella. Según lo que hemos oído acerca de Liana la idea es absurda y, aun así..., aun así casi le encuentro sentido cuando la miro bien por primera vez.

—¿Qué estás haciendo aquí? —espeta la reina.

Liana levanta el cubo de palomitas moradas como si fuera lo más evidente del mundo.

—Me he pasado para saludar de camino a la noche de cine. —Su voz es desdeñosa y fría como el hielo, cosa que empeora cuando nos mira—. ¿Conque estos son los paranormales que has estado buscando? Si te soy sincera, mami, no me parece que den tanto miedo.

La reina de las sombras le bloquea el paso para impedir que se acerque más a nosotros. Cuando los ojos de Liana adquieren un brillo lóbrego, no puedo evitar preguntarme si es para protegerla a ella... o a nosotros.

—Vuelve a tu cuarto, cielo. Iré en cuanto pueda.

Ella ignora a su madre, la pasa de largo para vernos mejor.

—¿Qué quieres de ellos?

Cuando la reina de las sombras no contesta vuelve a repetir la pregunta, pero esta vez la dirige a nosotros.

Solo que tampoco le contestamos. Una cosa es hacer un trato con la reina de las sombras y otra del todo distinta meterse en medio de lo que parece una relación increíblemente delicada entre madre e hija.

—¡Guardias! —grita la reina. En su voz se aprecia una urgencia que me sorprende tanto presenciar como la dulzura que ha empleado antes con Liana—. Podéis marcharos —nos anuncia con desesperación mientras los guardias que conformaban un semicírculo alrededor del trono se mueven para crear una barrera entre nosotros y Liana.

—¿Así, sin más? —pregunta Flint; suena tan sorprendido como yo me siento. Parecía que estaba decidida a montarse un teatrillo como si ella fuera una araña y nosotros las moscas antes de dejarnos marchar.

Liana mira a su madre y después a nosotros, y puedo distinguir el momento en el que descubre que esto tiene algo que ver con su hermana. Tensa los labios, se le ruboriza la piel y sus ojos se convierten en dos pozos negros de odio y rabia.

—¿Vas a volver a ir a por Lorelei otra vez? —exclama con mordacidad—. Después de lo que pasó la última vez me prometiste que lo dejarías.

—No voy a ser yo la que vaya a por…

—Aún peor, los has contratado para que lo hagan —manifiesta con desdén—. Más tiempo, dinero y esperanzas malgastados porque, como ya es habitual, nada te importa más que tu querida Lorelei.

La reina de las sombras les hace un gesto a los guardias para que se retiren y después se vuelve hacia su hija.

—Ya vale, Liana. Ve a la sala de cine y me uniré en cuanto pueda.

—No te molestes. —Liana le lanza una mirada de completo y profundo desprecio a su madre justo antes de volcar el cubo de palomitas y llenar todo el suelo con la comida—. Preferiría pasar otra noche en las mazmorras a estar contigo.

Y después sale corriendo, dejándonos a solas con un montón de guardias sombríos y una reina de las sombras con aspecto de estar muy agitada. Si fuera otra persona, igual me daría pena. Ahora mismo solo me siento mal por la terrible situación en general. Y por el resto de nosotros, que vamos a tener que arriesgar nuestra vida por al

menos dos personas que no parecen merecer ese sacrificio.

La reina no tiene mucho más que añadir después de nuestro encuentro con Liana, aunque mentiría si dijera que toda esta interacción no me ha dejado aunque sea un poco tocada. Lo último que quiero es sentir pena por la reina de las sombras, pero, al verla con Liana y comprender lo desesperada que está por reunirse con Lorelei..., me cuesta no sentir un poco de empatía por ella.

Aun así, estoy más que preparada para largarme de aquí cuando la mujer dice:

—Mis guardias están esperando para llevaros adonde queráis.

Cuando habla no se me pasa por alto el hecho de que parece mucho más envejecida que hace unos minutos.

Me entra el pánico al pensar que tenemos que volver a subirnos a ese vehículo patrulla que nos ha traído hasta aquí. Ni de coña pienso dejar que nos vuelvan a atar. Y ni de puta coña pienso dejar que nos pongan por segunda vez una venda en los ojos y una mordaza.

Se me debe de notar en la cara lo que estoy pensando, porque la reina nos dedica una sonrisa casi imperceptible.

—Os aseguro que esta vez el viaje será más cómodo.

—¿Podrías ser un poco más específica? —pregunta Eden.

Al principio parece que la reina va a darle un bofetón, o lo que quiera que puedan hacer los espectros muy poderosos. Pero al final se obliga a esbozar su aterradora sonrisa y comenta:

—Pediré que aparquen el vehículo en las mazmorras. Eso evitará que tengamos que usar vendas para los ojos. Y, como ya hemos cerrado el trato, tampoco tengo razón para conteneros.

—¿Así es como llamas a lo que nos han hecho? —gruñe Jaxon—. ¿Contenernos?

A la vez Heather me pregunta entre susurros:

—¿De verdad hay una mazmorra?

—Siempre hay una mazmorra —contesto con un suspiro.

Niega con la cabeza.

—El mundo paranormal es rarísimo.

—Ni te lo imaginas.

—Bueno, pues ya está —anuncia Hudson mientras busca mi mano. Los guardias parecen más que dispuestos a hacernos sufrir por haber disgustado a la reina, pero, como ya es típico de Hudson, no está dispuesto a ceder ni un centímetro, aunque él avance un

kilómetro—. Bien, me alegro de que estés aquí, colega —le dice al guardia con la mayor cantidad de rayas en el uniforme—. ¿Puedes acompañarnos al vehículo que va a llevarnos a Adarie?

—¿Ese pueblecillo? —La reina de las sombras suena sorprendida—. ¿Por qué narices querríais volver allí?

—Supongo que soy un sentimental —contesta con una sonrisa que no le llega a los ojos. Después le da una palmada en el hombro al guardia condecorado—. Te seguimos, amigo. Las mazmorras no esperan a nadie.

72

Sal en la herida

Todos estamos exhaustos cuando llegamos a Adarie, o Vegaville, como ya me he acostumbrado a llamarla.

Los guardias de las sombras detienen los vehículos a las puertas del pueblo y nos hacen bajar de ellos antes de dirigirse hacia el sur a través del terreno rocoso. Por suerte todavía hay alguien en la torre de vigilancia, así que, después de recibirnos con gran alivio, regresamos a la posada unos veinte minutos después de llegar allí.

Ha sido un día de locos, y no consigo respirar con tranquilidad hasta que nos damos todos las buenas noches y Hudson cierra la puerta de la habitación a nuestras espaldas. Y aun así estoy convencida de que voy a acabar durmiendo con un ojo abierto. Puede que hayamos hecho un trato con la reina de las sombras, pero eso no significa que vaya a dejar que se me acerque a menos distancia de la que Hudson podría lanzarla por los aires. Ahora no, cuando todavía tenemos tanto que hacer.

—Lo has hecho genial en la Fortaleza de las Sombras —dice Hudson mientras me da tal abrazo que me levanta del suelo.

—Lo hemos hecho genial —rectifico—. No puedo creer que la hayamos convencido para que ayude a Mekhi.

—Tú la has convencido —señala él volviéndome a dejar en el suelo.

Este calor tan familiar me llena por dentro al sentir a mi compañero tan pegado a mí, pero no lo sigo. No como suelo hacerlo. Estoy empapada en sudor, mugrienta y más cansada de lo que he estado en mucho tiempo, así que lo único que quiero es ducharme y acostarme.

Mañana por la mañana podrá pasar cualquier cosa, pero por ahora me conformo con un beso, distendido y lento, que acelera nuestros corazones a la vez. Soy la primera en apartarse y en sonreírle

con picardía mientras él protesta con un sonido gutural.

—¿Adónde vas? —me pregunta cuando empiezo a hurgar en mi mochila.

—A darme una ducha. Y luego dormiré todo lo que pueda, siempre y cuando no tenga pesadillas con esa mujer envenenándome o en los millones de cosas que pueden ir mal entre ahora y el momento que logremos cumplir ese maldito trato.

Al mencionarlo, el tatuaje de mi muñeca empieza a arder, como si necesitase que me recordasen esa insensatez mía tan necesaria.

—No te va a envenenar —declara—. Y tampoco saldrá nada mal.

Dejo de buscar el pijama y el cepillo de dientes para mirarlo con escepticismo.

—Hablas con tanta seguridad que cuesta creerte.

Se encoge de hombros.

—Lo diré de otra forma: nada de eso va a ocurrir esta noche.

—Insisto. Eso no lo sabes.

—Claro que lo sé. La reina de las sombras tiene que cumplir con su parte del trato, lo cual significa esperar para ver si fracasamos antes de deshacerse de nosotros.

—No vamos a fracasar —le aseguro.

—Mira, en eso estoy de acuerdo. —Sonríe—. Y si no lo hacemos, no tendrás que preocuparte de que nos envenene a ninguno. Estará tan contenta de ver a sus hijas unidas de nuevo y de una pieza que no tendrá tiempo de envenenar a nadie.

Lo analizo durante un breve segundo.

—Elijo creerte.

—Porque sabes que tengo razón.

—Porque estoy sucia, agotada y lo único que quiero ahora mismo es una ducha e irme a la cama. Ya nos ocuparemos del mañana cuando llegue.

Hudson me dedica una sonrisa compungida.

—Es bueno saber que confías en mí.

—Claro que confío en ti —exclamo al tiempo que me dirijo al cuarto de baño—. Es ella en quien no confío.

Treinta minutos después estoy sentada en la cama comiéndome uno de mis paquetes de Pop-Tarts de cereza de emergencia al tiempo que Hudson termina de ducharse. Mientras lo devoro no puedo evitar repasar todo lo que ha pasado con la reina de las sombras.

Sé que antes le he dicho a Hudson que tenía miedo de que nos envenenase a todos, pero lo cierto es que sé que él tiene razón. Ella duda de nuestro trato, de lo que podemos hacer, pero también está desesperada por creer que podemos hacer todo lo que le hemos dicho. Eso significa que no va a intentar hacernos daño a no ser que acabemos fracasando.

No me lo puedo creer, pero pienso que tenemos unas probabilidades bastante altas de salvar a Mekhi y salir todos de este embrollo con vida.

¿Será fácil? No. Pero ¿realmente pienso que es imposible? Por descontado que no. Y ahora mismo eso es lo único que importa.

—¿A qué viene esa sonrisa? —me pregunta Hudson al salir del baño con una toalla ajustada por debajo de las caderas y otra cubriéndole los hombros—. Cuando he entrado a ducharme tenías miedo de que nos matasen mientras dormíamos y ahora parece que estés lista para comerte el mundo.

—Es el poder de las Pop-Tarts —respondo, y me meto el último trozo en la boca.

—¿Ese es tu superpoder? —Levanta una ceja—. ¿Las Pop-Tarts?

—Tú eres mi superpoder. Pero es que están muy muy ricas.

Hudson deja de secarse el pelo a medias y, cuando me mira, me doy cuenta de que sus ojos ya no brillan guasones. Lo que ahora veo en ellos es... su corazón, y es lo más bonito que he visto nunca.

Tan bello que me hace olvidar mis dudas sobre la Corte Vampírica y todo lo que no me cuenta, al menos durante un rato más.

—Eh —lo llamo, y bajo de la cama para aproximarme a él—. ¿Estás bien?

—Perfectamente —contesta acercándome a él y bajando la frente para juntarla a la mía—. Tú sabes que todo va a ir bien, ¿verdad?

No sé si está hablando del periplo en el que estamos a punto de embarcarnos o de otra cosa, algo que tiene que ver con él, conmigo y el peso de las cortes y los mundos que cargamos sobre nuestros hombros. Al final decido que se refiere a todo.

—Todo va a ir más que bien —le aseguro con una sonrisa—. Vamos a encontrar el Árbol Agridulce y enmendaremos lo sucedido. Punto y final.

—Exacto. —Dibuja una mueca—. A ver, no puede ser tan difícil, ¿no? Es un árbol.

—¡Por Dios, Hudson! —grito a medida que asimilo sus palabras —. ¡Acabas de gafarnos!

Se muestra ofendido.

—Te aseguro que no.

—Pues ¡claro que sí! —replico—. Retira lo que has dicho.

—¿Que retire el qué? —Ahora solo parece desconcertado—. Si no he hecho nada.

—Has dicho: «No puede ser tan difícil», que básicamente es como suplicarle al universo que se asegure de que todo salga mal.

En su garganta suena un ruido grave como para restarle importancia a lo que he dicho.

—No es verdad.

—¡Sí es verdad! —Le lanzo uno de mis bufidos desdeñosos que tan bien me salen—. Estás tentando a la suerte.

—Eso es ridículo, Grace.

Su acento se realza con cada sílaba que pronuncia, una señal inequívoca de que se está poniendo nervioso.

—No lo es. Tienes que retirarlo.

Parece que quiera seguir discutiendo conmigo, pero cuando le dedico mi mirada patentada de «lo digo muy en serio», se limita a levantar las manos.

—Vale. ¿Qué tengo que hacer para retirarlo? ¿Decir que la cosa va a ser complicadísima?

—Ya, claro. —Ahora le lanzo una mirada de incredulidad—. Como si eso bastase para arreglar las cosas con el universo.

Me devuelve la mirada con intereses, pero al ver que no doy marcha atrás simplemente suspira.

—Está bien. Vale. ¿Qué tengo que hacer para contentarte?

—No se trata de contentarme a mí, Hudson, sino al universo.

Pone los ojos en blanco.

—Claro. Y ¿qué es lo que tengo que hacer para contentar al universo?

—Puedes empezar dando cinco vueltas sobre ti mismo y lanzando sal por encima del hombro. No es perfecto, pero es un comienzo.

—No puedo hacer eso, Grace. No tengo sal.

Ha utilizado mi nombre dos veces en lo que llevamos hablando, prueba irrefutable de que está enfadado conmigo. Sin embargo, no dejo que eso me detenga en absoluto.

—Pues vas a tener que ir a buscarla. No puedes hacer este rollo sin ella.

—¿Este rollo? —Levanta una ceja con gesto sarcástico—. Suena muy científico. ¿Y de dónde esperas que saque la sal? No tenemos cocina.

—No lo sé. —Finjo ponerme a pensar mientras mis exigencias se van volviendo cada vez más absurdas—. ¿Hay sales de baño en la bañera?

—¿Sales de baño? —repite mucho más que enfadado—. ¿En serio, Grace? ¿Me estás tomando el pelo?

—Pues claro.

—¿Quieres que dé una pirueta y tire sales de baño por encima del hombro? Soy un vampiro, no una maldita bruja. ¿Qué te piensas que es...? —Se detiene en seco y entrecierra los ojos al máximo—. ¿Qué has dicho?

—Me has preguntado si te estoy tomando el pelo —repito en tono formal—. Y te he dicho que, claramente, sí. Por supuesto.

—¿En serio?

Se le ve estupefacto, que es el objetivo de todo esto. A ver, una tiene que sorprender a su chico de vez en cuando, ¿no? Además, meterme con él me ayuda a mantener la ansiedad bajo control.

Niega con la cabeza y decide darse la vuelta, pero cambia de opinión a medio camino y atraviesa la habitación para empujarme sobre la cama.

Empiezo a troncharme de risa y a dar patadas al aire en un intento por apartarlo mientras trata de ponérseme encima, pero me estoy riendo tanto que me cuesta resistirme y, al final, decide rendirse y apartarse.

—Un día me las pagarás —advierte mirando al techo con el ceño fruncido.

—No me digas —comento a la vez que ruedo para ponerme sobre él—. ¿Tú crees?

—Me has pedido que diera cinco vueltas y lanzase sal por encima del hombro —señala molesto con un ruido de la nariz que me pone más de lo que debería.

—Mejor eso que pedirte que corras desnudo por Vegaville. —Hago una pausa al imaginarme el percal—. Aunque igual ha sido un error de cálculo por mi parte.

—Sí, ¿no?

Acerca la mano y enreda los dedos en mi pelo.

—Sin duda —contesto, y lo beso hasta que la mueca de enfado desaparece y él empieza a devolverme los besos.

Poco después se aparta y me pregunta:

—Entonces ¿está todo en orden? ¿Te encuentras bien?

—Me siento genial —respondo con una sonrisa pícara. Luego, totalmente en broma, añado—: A fin de cuentas, solo tenemos que encontrar un árbol. No puede ser tan difícil.

Hudson refunfuña como protesta, y luego me acerca a él para darme otro beso que, por ahora, en esta habitación y en este instante, es más que suficiente.

73

Bandas británicas al rescate

Alguien toca a la puerta y Hudson se levanta de la cama de un salto.

—¿Estás bien? —pregunta buscándome como si fuera yo la que nos hubiera despertado.

—Sí. —Me incorporo en la cama, con los rizos por la cara y los párpados pesados por el sueño—. ¿Qué pasa?

—No lo sé.

Vuelven a llamar, esta vez más fuerte.

—¿Qué hora es? —digo mientras Hudson se dirige a la puerta cerrada con llave.

Tampoco es que anoche esperara al echar la llave que una cerradura mantuviera a raya a un guardia de las sombras si decidía volver a por nosotros, pero por lo menos nos pone sobre aviso.

—Las seis de la mañana —contesta antes de preguntar—: ¿Quién es?

Apenas consigo callarme un gruñido. No nos fuimos a dormir hasta las tres, y tres horas de sueño no van a bastar para los varios días que tenemos por delante. Sobre todo cuando esos días vamos a tener que ir a la velocidad de la luz, sin descansos.

Sin embargo, la persona que ha llamado contesta:

—Soy Macy.

Entonces toda sensación de sueño me abandona de repente y aparto las sábanas mientras Hudson abre la puerta.

—¿Estás bien? —pregunto al tiempo que corro hacia ella en pijama. Sigo medio dormida, pero estoy decidida a espabilarme. Esta es la primera vez que Macy ha venido a buscarme desde que se unió a nuestro viaje.

—Sí. Perdona —se disculpa al tiempo que entra en la habitación; entonces advierte que ambos seguíamos en la cama—. No me había dado cuenta de lo temprano que era. Puedo volver más tarde.

—No te preocupes —contesta Hudson con una sonrisa afable—. Ya estamos despiertos.

—No podía dormir. —Se pasa una mano por la cara y no puedo evitar percatarme de que estamos viendo a la verdadera Macy por primera vez en meses.

Sin el recargado maquillaje de gótica.

Sin la joyería con pinchos alrededor del cuello y saliéndole de los muchos agujeros que se ha hecho en las orejas.

Sin señales de «no traspasar» gritándome en todas direcciones.

Así parece mucho más joven. Mucho más como la recuerdo… y mucho más vulnerable. Supongo que he ahí la cuestión de todos esos accesorios. Está harta de ser vulnerable.

No puedo decir que la culpe, no después de todo lo que ha pasado.

Si no tuviera a Hudson para que me mantuviera los pies en la tierra y para hacerme sentir segura cuando las pesadillas me avasallan a las tres de la madrugada…, quizá estaría haciendo lo mismo que ella.

—¿Quieres hablar del tema? —pregunto volviéndome a meter en la cama y arrastrándome hacia el centro para que ella pueda colocarse a uno de mis lados mientras Hudson se sienta en el otro—. ¿O prefieres ver la tele o algo así?

—No lo sé —responde, y no se mueve del lugar que ha declarado como suyo en el centro de la estancia—. De verdad que no quería molestaros.

—Eres mi prima favorita —le digo—. Nunca me molestas.

Eso hace que sonría un poco, aunque a la vez niegue con la cabeza y mire al suelo.

—Creo que voy a darme una ducha —anuncia Hudson a la habitación en general.

Le dirijo una mirada de agradecimiento mientras saca ropa limpia de su mochila. Son las seis de la mañana y está dispuesto a encerrarse en el baño durante a saber cuánto tiempo solo para que Macy y yo podamos tener esa charla de corazón a corazón que tanto parece necesitar.

—No tienes por qué —asegura Macy, que parece alarmada—. Lo siento. Me voy.

—Chorradas —contesta Hudson guiñándole un ojo—. Si tampoco es que estuviera durmiendo.

Es una mentira como una casa que contradicen fácilmente sus cansados ojos azules y el pelo de punta a un lado de la cabeza. Pero ni Macy ni yo se lo decimos, no cuando está comportándose como un galán.

Después de que la puerta del baño se cierre a sus espaldas, ninguna de las dos nos movemos durante varios segundos. Pero, cuando veo que es evidente que Macy no va a venir hasta mí y que no va a decir nada más desde donde está, bajo de la cama y voy yo hacia ella.

—Oye —susurro acercándola a mí para darle un abrazo, justo cuando Hudson empieza a cantar *Start me up* de los Rolling Stones a pleno pulmón—. ¿Qué puedo hacer por ti?

No contesta, se limita a negar con la cabeza. Pero se aferra a mí como si fuera su único salvavidas. Se me parte el corazón y me aferro a ella con la misma fuerza.

No me suelta, así que yo tampoco a ella. La abrazo tanto tiempo como me lo permite mientras le dibujo círculos de arriba abajo en la espalda para calmarla.

Al final se aparta con lágrimas en los ojos. Parpadea rápido en un intento de ocultarlas antes de que me dé cuenta, pero es demasiado tarde. No puedo fingir que no están ahí, al igual que no puedo fingir que no está sufriendo.

—Ay, Mace —susurro, y le doy otro abrazo.

Y entonces empieza a llorar. Y a llorar. Y a llorar.

Y yo la abrazo todo el rato.

Le lleva un tiempo dejar de llorar y el agua sigue corriendo entretanto, pues el oído vampírico de Hudson le indica que debe quedarse donde está mientras se desgañita cantando canciones que van desde *Creep*, de Radiohead, a *Rocketman*, de Elton John, entre otras. La ecologista que hay en mí se siente culpable por toda el agua que estamos desperdiciando, pero por fortuna Adarie no tiene las mismas sequías que nuestro mundo.

Aun así, al final los ojos de Macy se secan y sus sollozos se convierten en simples pucheros.

—Lo siento —dice por tercera vez desde que ha llegado a mi habitación.

—No tienes nada por lo que disculparte —aseguro—. Pero yo sí que lo siento. Lo siento mucho.

—¿Por qué?

—Por todo lo que te ha hecho sentirte así —contesto—. Has pasado por muchas cosas estos últimos meses y yo he estado en San Diego la mayor parte del tiempo.

Se encoge de hombros.

—No había nada que pudieras hacer para cambiarlo.

—Excepto esto. —Le aparto el pelo de los ojos—. Te he echado de menos, Macy.

—Y yo a ti. —Suelta un largo y trémulo suspiro—. Estoy muy sola, Grace. Me siento tan sola que no sé qué hacer.

Sus palabras me atraviesan como un tiro, me dejan una herida abierta donde antes estaba mi corazón y me presiono una mano temblorosa en el estómago. Casi me atraganto con la bilis que me sube por la garganta mientras mi mente busca desesperada las palabras correctas que Macy necesita escuchar ahora mismo.

Al final lo único que encuentro es la verdad.

—Todo esto es culpa mía.

74

Clases de crueldad avanzada

Macy lanza un grito ahogado.

—Esto no es culpa tuya, Grace.

—Cielo. —La envuelvo de nuevo con los brazos y la abrazo tan fuertemente como puedo—. No he estado a tu lado como debería haber estado.

Como estuvo ella a mi lado cuando me sentí perdida, sola y en un lugar nuevo del que no conocía nada.

La culpa me va calando a medida que lo pienso. He intentado mantener el contacto con ella desde que Hudson y yo nos mudamos a San Diego para ir a la uni. Le escribía casi a diario y procurábamos hablar por FaceTime al menos una vez a la semana.

Pero no es lo mismo que estar presente. Sé que no, igual que sé que ha estado guardándose cosas cada vez que hablábamos. Simplemente no sabía lo mucho que se guardaba... y eso es culpa mía.

Debería haberlo sabido, debería haber leído entre líneas.

—¿Qué puedo hacer? —le pregunto—. ¿Qué necesitas?

—Que mi padre no me hubiese mentido. Que mi madre no hubiese huido a la Corte Vampírica sabiendo cómo iba a acabar todo más o menos. Que Xavier siguiese vivo. Que el Katmere continuase en pie, y que mis amigos estuviesen todavía a mi lado. —Lanza una risita débil—. Cosas fáciles, ¿sabes?

—Superfáciles —respondo con una sonrisa tímida.

—Y esas escuelas a las que me mandan... No sabes lo ridículas que son.

—¿Todas? —pregunto con una ceja en alto.

—Sí, todas. —Niega con la cabeza—. Los demás alumnos... o no paran de hacerme la pelota porque saben de quién soy amiga o intentan boicotearme en cuanto aparezco precisamente por el mismo motivo. O solo porque ellos y sus padres son leales a Cyrus y les

cabrea lo que ocurrió el verano pasado.

—Oh, Macy.

Hudson y yo también estamos lidiando con las consecuencias de aquello, al igual que todo el mundo paranormal, pero en cierto sentido nos hemos distanciado más. Sí, los dos intentamos arreglárnoslas para ser buenos gobernantes de la Corte Gargólica, y Hudson está haciendo… lo que sea que esté haciendo en la Corte Vampírica, así que en algunos aspectos estamos hasta el cuello. Pero en otros no tanto.

Nunca se me ocurrió pensar cómo iba a ser para Macy, que no ostenta ninguna posición de poder. Y a quien están metiendo en centros donde no tiene ningún tipo de relación con nadie. Es comprensible que algunas personas fueran leales a Cyrus y que quisieran vernos fracasar en nuestro intento por liberar la Corte Vampírica de su yugo abusivo. Y ahora, naturalmente, esa gente está encantada de desquitarse con una chica de apenas diecisiete años.

De tal líder, tal adepto, por lo visto.

Busco algo que decirle para intentar aligerar la gravedad de toda esta pesadilla, pero no se me ocurre nada.

Casi mejor, la verdad, porque Macy interpreta mi silencio como un gesto para infundirle ánimos y prosigue.

—Y los profesores prefieren no intervenir, porque tienen sus propios problemas con las cortes, el Círculo, mis padres, tus padres o conmigo. No sé. —Se pasa las manos por el pelo, un gesto universal de profunda frustración—. No sé qué se supone que debo hacer. Mi madre me dice que procure pasar desapercibida y no monte líos, pero ¿cómo voy a hacer eso cuando están constantemente robándome cosas, lanzándome hechizos para fastidiarme o atacándome en grupo bajo las gradas? No debería permitir nada de eso.

—No, claro que no. —La indignación me atraviesa el cuerpo al pensar en Macy en esas situaciones. Al imaginármela en inferioridad numérica bajo las gradas o en algún rincón del colegio con un montón de capullos metiéndose con ella—. No sabía que te estaba pasando eso.

—No quería que lo supieras. Es humillante.

El corazón se me quiebra por ella, y tengo que luchar contra el deseo de ir a los centros de los que la han echado este año y enseñarles a todos lo que de verdad es la desigualdad de poderes.

Pero como ese camino no es una opción le digo:

—No hay nada de humillante en que te acosen y se metan contigo, Macy.

—Sí que lo hay cuando hace cinco meses estaba ayudando a salvar todo el mundo paranormal y ahora ni siquiera puedo ir a Portales Avanzados sin que me rodeen y me encierren en uno.

—¿Cómo? ¿Te hicieron eso? —A la mierda lo de darles una lección. Quiero arrasar la escuela entera y eliminarla de la faz de la tierra—. ¿Qué dijo el director cuando lograste salir de él?

—Que usar un hechizo para solucionar problemas no era una respuesta proporcional.

—Y tanto que no lo es —digo entre gruñidos—. En mi opinión, es mucho más proporcional reventarlos a patadas. Esos portales duelen que te cagas.

—La verdad es que sí —reconoce con una carcajada. Sigue siendo un sonido triste, pero al menos ya no está llorando.

Yo, por otro lado, estoy a punto de estallar en lágrimas. No me puedo creer que le haya estado pasando esto a Macy y yo no supiera nada. Ya, ella no me contó nada de lo que sucedía, pero aun así. Sabía que algo iba mal y no insistí en averiguar qué era.

No quería molestarla ni que sintiera que yo esperaba que hiciese frente a todo lo que le había sucedido en alguna clase de línea temporal truncada. Sé lo que se siente al intentar llorar tus penas mientras la gente que te rodea piensa que deberías seguir adelante. No quería que pensase que eso era lo que yo esperaba que hiciera.

Por eso no insistí. Intenté ser delicada y respetar sus sentimientos, pero en lugar de eso fui demasiado lejos en dirección contraria y solo logré que se sintiera abandonada. Dejé que otros paranormales la atormentaran y torturaran y ni siquiera sabía que lo estaban haciendo.

Me siento como una completa imbécil.

—¿Por eso te han echado de tantos centros desde el inicio de curso? —pregunto—. Y ¿por qué no te quedas en casa hasta que vuelvan a erigir el Katmere?

Se encoge de hombros, y las dos hacemos una pausa para escuchar a Hudson acabando de cantar *Yellow*, de Coldplay, y empezando *Bad habits*, de Ed Sheeran.

—Al menos podrá terminar el concierto —comenta Macy con un

bufido.

—Siempre hace eso cuando está en la ducha —bromeo—. Es un espectáculo vampírico andante. Y los días que hace tributo a los Beatles son verdaderamente interesantes. —Pero no estamos aquí para hablar de Hudson ni de sus tendencias musicales—. No has contestado a mi pregunta —le recuerdo a Macy tras unos pocos segundos de silencio—. Sobre el Katmere.

—Ah, el Katmere no estará listo para abrir sus puertas hasta el próximo semestre como muy pronto. —Macy sonríe con tristeza—. Está ya casi terminado, pero ahora mismo hay un montón de conflictos políticos entre los distintos grupos paranormales. Y en lugar de imponer su criterio, mi padre está intentando complacerlos a todos.

—Lo cual es una forma segura de buscarse problemas —digo con sequedad. Si algo me ha enseñado ser la reina gárgola es precisamente eso.

—Exacto.

—Entonces ¿qué van a hacer? ¿Enviarte a otro instituto sin más? —insisto.

Se encoge de hombros.

—Eso parece.

—¿Y cómo va eso a solucionar el problema?

—No lo hará, pero al parecer a mis padres les da igual.

Agacha la cabeza para que el flequillo verde musgo le caiga sobre la cara y no me deja verle los ojos.

—Oh, Macy. Seguro que eso no es verdad. Sé que algunos miembros del personal docente pueden ser unos capullos, pero seguro que el tío Finn puede hablar con ellos...

—No quiere hablar con ellos, Grace. Está tan ocupado haciendo lo imposible para contentar a mi madre que le importa una mierda si soy feliz o no. Y ella tampoco quiere oír mi parte de la historia, solo castigarme por conseguir que me echen.

Se pone de pie y empieza a andar de un lado para otro justo cuando Hudson pasa a una conmovedora versión de *Should I stay or should I go*, de The Clash. Por un segundo las dos nos miramos mutuamente y entonces empezamos a reírnos. Porque el oportunismo de Hudson es impecable, como siempre.

En cuanto terminamos de reírnos Macy se deja caer sobre la cama y se tapa los ojos con el dorso de la mano.

—No lo entienden, ¿sabes? Es rarísimo. Mi madre regresa y de repente quieren decirme cómo debo vestirme, adónde debo ir, quiénes deberían ser mis amigos y cómo debería comportarme cuando estoy en clase. —Niega con la cabeza, incapaz de creerlo—. Pensaba que mi madre me había abandonado hace años y, entre sus responsabilidades como director y el tiempo que supuestamente pasaba buscándola, mi padre ha estado casi tan ausente como ella. Y ahora quieren fingir que nada de eso ha ocurrido y retomarlo todo donde lo dejaron después de tantos años. Esto no funciona así. Ya no soy una cría.

—No lo eres. —Poso una mano sobre la que ella tiene libre—. Eres la mejor persona y la bruja más cañera que conozco. Eso tienen que saberlo.

—No saben nada —responde—. Ese es el problema. Dicen que me quieren, pero a quien realmente quieren es a la niña buena que solía ser. La que nunca causaba problemas y hacía todo lo que ellos ordenaban. Esa niña murió en la Corte Vampírica, y esta Macy, la que es un desastre y no consigue sentar cabeza, es la que ha ocupado su lugar.

Solo de pensar que puede tener razón me pongo furiosa. Porque Macy sigue siendo una de las mejores personas que conozco y no se merece todo el dolor que ha ido acumulando. Ella menos que nadie merece unos padres que están tan ocupados preocupándose por que eche a perder su vida que no se dan cuenta de que la vida intenta echarla a perder a ella. Un montón. Es exasperante.

—En primer lugar, tú no eres un desastre —manifiesto con una voz que le transmita que lo digo totalmente convencida—. Te han pasado una serie de cosas catastróficas y has aprendido a no quedarte de brazos cruzados. Las dos lo hemos aprendido, y a mí eso me parece una victoria para ambas, no un fracaso. En segundo lugar, a mí me parece que no estás echando a perder tu vida para nada. ¿Has vivido situaciones complicadas? Sí. ¿Has salido viva de ellas? Y tanto que sí. ¿Te vendría bien un poco de ayuda para tratar con ello? Seguramente, y eso no tiene nada de malo. Me parece que alguien debería decirles estas cosas a tus padres.

—Tal vez debería hacerlo yo —contesta, y en su rostro aparece una expresión de alivio que me rompe el corazón. Alivio por creerla. Y más importante todavía, alivio por creer en ella. Y pienso asegurarme de estar a su lado a partir de ahora, esté en San Diego o no.

Se me ocurre decirle eso, pero Hudson pasa a cantar *We will rock you*, de Queen, y a estas alturas la voz la tiene algo más que ronca.

—Madre mía —refunfuña Macy poniendo los ojos en blanco—. ¿Podrías liberar a ese chico de su miseria antes de que haga un repaso completo de todo el repertorio musical de Reino Unido? Como nos descuidemos se pondrá a cantar las Spice Girls.

—Oye, estoy segura de que, si quisiera, lo petaría con *Wannabe*.

Aun así me pongo en pie.

—Oye, ¿los vampiros se arrugan si están en remojo demasiado tiempo? —pregunta Macy. Cuando me vuelvo para lanzarle una mirada de desconcierto total, ella se limita a encogerse de hombros—. Solo era una pregunta. Las mentes inquietas quieren saberlo todo.

—¿Te imaginas a Hudson Vega arrugado como una pasa? —sugiero levantando una ceja.

—Pues no, pero por eso te lo pregunto. Tú lo conoces mejor que nadie.

De nuevo me vienen a la mente los cambios en la Corte Vampírica y me pregunto si eso es verdad. A lo mejor lo es y conozco a Hudson Vega mejor que cualquier otra persona. Pero no lo suficiente para saber qué se trae entre manos.

Me repito que todo eso son tonterías mientras llamo a la puerta del baño.

—¡Hemos acabado! —grito—. Ya puedes salir.

La ducha se apaga al instante.

Diez minutos después sale del baño completamente vestido y tal vez (solo tal vez) un poquitín arrugado, aunque sé a ciencia cierta que no voy a ser yo quien lo señale.

—Tenemos que encontrar a Polo —nos dice al tiempo que se calza las botas—. Pero antes quiero decirle a Nyaz que hemos vuelto y ver a Humito, para que sepa que estamos bien.

—¿Por qué no lo haces mientras Macy y yo comemos algo? —le sugiero a medida que me acerco al baño para vestirme también—. Me muero de hambre.

—Y yo también —afirma Macy—. Una mujer no puede vivir solo de las barritas Snickers que le dan los rebeldes. En parte por motivos nutricionales, pero principalmente porque me he comido la última cuando volví a la habitación anoche.

—Despertaremos a los demás mientras te vistes —comenta

Hudson.

—Creo que me maquillaré un poco —dice Macy en voz baja, como con vergüenza—. No sé si…

Y sé perfectamente a lo que se refiere: puede que haya empezado a bajar la guardia conmigo, solo un poquito, pero eso no significa que esté ya preparada para salir al mundo sin llevar puesta su armadura: el lápiz de ojos.

Y mi chico perfecto evita que yo dé ninguna explicación al decir:

—En ese caso, te acompañaré a tu cuarto antes de despertar a los demás. Grace, te veo en el vestíbulo.

—Me parece genial —respondo, y me pongo de puntillas para darle un beso en la mejilla, porque puede que él ya se haya cepillado los dientes, pero yo todavía no.

—No hace falta que me acompañes a mi cuarto —declara Macy, y se acercan los dos a la puerta.

Hudson la abre de un tirón y le hace un gesto para que pase ella primero.

—Considéralo un servicio integral: compañía y espectáculo.

—Me ha gustado mucho tu versión de *Start me up* —expresa ella con una carcajada—. Aunque Grace y yo pensamos que lo bordarías cantando *Wannabe*.

—Dime lo que quieres de verdad —contesta Hudson secamente.

Macy hace un mohín.

—Oye, la letra no dice eso…

—Sé perfectamente lo que dice la letra —replica—. Es mi forma de decirte que eso nunca va a pasar.

—Jo, venga ya. Lo harías de maravilla como Spice pija.

Puedo hasta oír cómo Hudson pone los ojos en blanco al decir:

—Y yo que pensaba ser la Spice tétrica.

La puerta se cierra tras ellos y dejo de oírlos. Aun así, no puedo evitar sonreír mientras me quito la ropa y me meto en la ducha. A lo mejor debería haber dejado que Hudson lidiase con la crisis de Macy conmigo. Los dos tienen una manera de hacer que el otro se sienta mejor que desafía toda lógica, pero de un modo u otro parece que les funciona.

A primera vista lo único que da la impresión de que tienen en común es la ropa. Sin embargo, se han entendido bastante bien desde el principio, a pesar de la pésima habilidad de Macy para jugar al

ajedrez. Me alegra que dos de las personas más importantes de mi vida se respeten tanto y se lleven tan bien como Hudson y Macy.

Suponiendo que mi compañero ha usado la cantidad de agua equivalente a la que todos nosotros necesitaríamos, me doy la que podría ser la ducha más rápida de mi vida. Cuando salgo me pongo el último par de vaqueros limpios que me queda (suerte que hoy ya nos marchamos de aquí) y me sujeto el pelo con una pinza tras enrollármelo en la nuca.

Luego bajo y me dirijo hacia el pequeño restaurante que hay en recepción. Una magdalena de mubes y algo de fruta suena realmente delicioso.

Hudson ya tiene a Humito sentada en una silla a su lado cuando llego abajo. Hay una taza de té frente a él, y Humito observa cada movimiento que hace como si tuviese miedo de que fuese a desaparecer de nuevo. O peor, como ya sabe que ha hecho con anterioridad, lo cual significa que han tenido «la charla».

En lugar de sentarme junto a ella decido ocupar una silla al otro lado de la mesa, tan lejos como pueda de esa pequeña umbra cabreada. Nunca me haría daño, pero estoy convencida de que le encantaría intentarlo ahora mismo, así que poner tierra de por medio me parece lo más valiente en este momento.

La camarera se acerca para tomarme nota tan pronto como me siento, y nuestros amigos van apareciendo poco a poco durante los minutos siguientes. Pero antes de que llegue mi comida miro por la ventana justo a tiempo para ver una cara familiar caminando hacia nosotros, con una bolsa de *choux* de Marian.

—Mira, justo a tiempo, para variar —murmuro mientras la puerta de la posada se abre. Puede que nuestra suerte haya empezado por fin a cambiar.

Hudson se vuelve para saber a quién estoy mirando y sonríe de oreja a oreja.

—Justo la persona a la que necesitamos ver.

75

Estoy en el pozo

Cincuenta y seis minutos después salimos de la posada y nos dirigimos al otro lado de la plaza, hasta el pozo de los deseos que se encuentra en el centro del parque. Esta mañana está inusualmente vacío, quizá por eso Polo ha insistido tanto en que nos encontremos con él a estas horas. Las monedas de color morado iridiscente que recuerdo que llenaban el pozo han desaparecido para dar lugar a un agujero negro en extremo ominoso que parece interminable. Porque eso no da miedo, qué va.

—Recuerda no separarte de mí —le pido a Heather, que parece sorprendentemente despreocupada a pesar de la advertencia que le he hecho a todo el grupo cuando acabábamos de desayunar.

—Yo me ocupo de ella —asegura Eden en voz baja. Por primera vez la sonrisilla engreída que considero su seña de identidad ha desaparecido. Parece seria y más que preparada para cualquier cosa que se nos venga encima.

O quizá es que me estoy haciendo ilusiones.

Ya casi hemos llegado al pozo cuando Polo sale de lo que parece ser la nada. Nos ha pillado por sorpresa que viniera a buscarnos a la posada, pero ha insistido en que, si queríamos tener la oportunidad de sobrevivir en nuestra huida de Noromar, teníamos que partir de inmediato.

—Llegáis tarde —anuncia en cuanto nos paramos delante de él segundos después.

—En realidad llegamos un minuto antes —rebato.

Pero no hace caso. Tiene los ojos marrón oscuro clavados en Heather, y prácticamente puedo verlo analizando las debilidades de «la humana».

—Ella no lo va a lograr —afirma un minuto después—. Deberíais dejarla aquí.

—¿Y que pase el resto de su vida sola en Noromar? —pregunto ofendida.

Se encoge de hombros.

—Supongo. Es una carga. Va a conseguir que os maten.

—Ella se viene —espeta Hudson con una voz férrea que pocas veces le he oído utilizar—. Haremos que llegue al otro lado.

—Gracias —murmura Heather con los ojos muy abiertos.

Parece que Polo quiere discutir, pero al final se limita a levantar las manos.

—Como quieras, tío. Pero te lo advierto, como las cosas se tuerzan, pienso abandonaros y pirarme sin mirar atrás, chupasangres. Mi hija no va a crecer sin su padre.

—Pues claro. No esperábamos menos —le dice Hudson—. Y gracias. No podemos poner en palabras lo mucho que te lo agradecemos.

—Sí —admito—. Nunca podremos agradecértelo lo suficiente.

—Dadme las gracias cuando lleguéis al otro lado y no hayáis muerto —responde de forma enigmática.

—Ya que estamos aquí, ¿puedes contarnos algo para que por lo menos sepamos qué esperar? —pregunto, porque es la verdad. La curiosidad me va a matar más rápido que lo que sea que nos aguarde.

—Según tengo entendido varía un poco cada vez —explica sacudiendo el pelo de la frente.

—Un momento, ¿no lo sabes? —pregunta Eden, cuyas cejas desaparecen por debajo del flequillo.

—Soy un chupacabras —contesta hinchando un poco el pecho. Cuando todos nos limitamos a parpadear, niega con la cabeza y explica—: Digamos que lo que sea que hay ahí abajo no quiere vérselas con esto. —Se señala el cuerpo cuan largo es y se da toquecitos en la frente—. Y, desde luego, tampoco con esto.

—Esta tiene que ser la forma más rara de presumir que he visto en la vida —le murmura Flint a Jaxon, que le sonríe pero no dice nada.

—En resumen, que lo que sea que haya ahí abajo va a dejar al viejo Polo tranquilo. Vamos, que es inteligente y sagaz. —Nos mira uno a uno—. Pero he visto… algo con las otras personas que he intentado sacar de aquí y, como os relajéis un segundo, lo tendréis encima. Así que, hagáis lo que hagáis, no dejéis que os coma.

¿Que no dejemos que nos coma? ¿Ese es el mejor consejo que puede darnos? A ver, ¿no es evidente?

Intercambio miradas de «¿qué cojones...?» con mis amigos mientras la tensión de mi estómago empeora todavía más. ¿Que no dejemos que nos coma? ¿Cómo de grandes son esas criaturas?

—Sin ofender, Polo, pero me parece que es un consejo bastante general —comenta Flint—. ¿Quién va a querer que una criatura se lo coma?

—No es que no vayas a querer que te coman —informa Polo encogiéndose de hombros desganado—. Al final igual estás rezando para que lo hagan. He visto a otros a los que les ha pasado.

No tengo nada que añadir a sus comentarios y, a juzgar por las caras de mis amigos, ellos tampoco. Lo que sí que sé es que, cuanto más tiempo pasemos aquí de pie, más pánico me entra. No sé si es lo que busca Polo, un último intento para hacer que cambiemos de opinión y nos rajemos, pero si de algo estoy segura es de que estos nervios no nos van a hacer ningún bien.

Ha llegado la hora de hacer de tripas corazón o de abandonar el campo de juego. Y como lo último no es una opción, busco en mi interior. Y después digo:

—¿Vamos o qué?

—Por supuesto —afirma Polo. Después señala el pozo de los deseos—. Las damas primero.

—Un momento. ¿Y ya está? —pregunta Jaxon—. ¿Solo tenemos que tirarnos dentro de un pozo?

—No es solo eso, pero es un principio. —Polo me mira con la ceja enarcada, como si quisiera preguntarme si soy lo bastante valiente para ser la primera en bajar.

Para ser sincera, no creo que la valentía tenga nada que ver con esto. Pero una buena líder nunca le pide a nadie que haga lo que ella no haría. Y, aunque no tengo ni idea de si soy una buena líder o no, sé que quiero serlo.

Además, voy a tener que bajar por el intimidante agujero oscuro sí o sí. Ya que estamos, puedo ser la primera y quitármelo de encima. Y si algo está esperando ahí abajo para engullirme, pues igual mis amigos tienen más oportunidades de que no se los coman.

—¿Qué hago? —pregunto mientras me acerco al pozo—. ¿Salto y punto?

Pero Hudson ya está a mi lado.

—Yo voy primero —declara.

Como si yo quisiera que fuera el primero al que se coma lo que quiera que espera en el fondo. Y una mierda, gracias.

—Venga ya —digo con sarcasmo, y cambio a mi forma de gárgola —. Creo que la chica de piedra le saca una clara ventaja al vampiro blandito en una carrera contra monstruos que podrían comernos.

Hudson enarca una ceja altiva y hace un gesto hacia el pozo, como si me estuviera mostrando el camino a mi trono. Será niñato.

Me vuelvo hacia Polo y pregunto de nuevo:

—Salto y punto, ¿no?

Asiente.

—Eso es. Saltas y punto.

Como si quisiera demostrarme algo, cambia a su forma de chupacabras, que se parece a una especie de coyote. Si por *coyote* entiendes un puto perro del infierno gigante con pinchos amenazadores de un metro de altura recorriéndole la columna y enormes colmillos afilados con el único propósito de arrancar la carne del hueso como si fuera papel de regalo en Navidad.

—Ahora ya sé por qué presume —le murmura Flint a Jaxon, quien esta vez pone los ojos en blanco.

—¿Por qué no hizo eso cuando luchaba a nuestro lado? —le susurro yo a Hudson, que se encoge de hombros como si quisiera advertirme de que no cuestionemos al increíble guía chupacabras.

La bestia suelta un aullido que hiela la sangre y hace que mis amigos den unos precavidos pasos hacia atrás. Después se lanza directo al pozo.

Nos quedamos ahí plantados contemplando el lugar por donde ha caído, y no puedo evitar preguntarme si todos están pensando lo mismo que yo: estamos jodidos si ese es el nivel que debe de tener un monstruo para mantener alejados al resto de los monstruos.

Aun así al final me vuelvo hacia Hudson y digo:

—Bueno, pues nos vemos en el fondo.

Asiente y se dirige hacia la estructura. Pero es demasiado tarde. Antes de que pueda aferrarse a los ladrillos del borde siquiera, yo ya he pegado las alas todo lo que puedo al cuerpo y me he lanzado por el borde.

Y después caigo durante lo que parece una eternidad.

76

Las gárgolas son amigas, no comida

El viento me golpea mientras caigo en picado a través de las tinieblas. Desciendo, desciendo y desciendo.

Dispongo de un momento para pensar en Heather, para preocuparme de si sobrevivirá a esta caída y cómo narices voy a rescatarla si lo único que tengo a mi alrededor es la oscuridad más absoluta. Entonces, de repente, me caigo de golpe al agua.

Porque es un pozo. Es evidente que tiene agua en el fondo.

Lo cual es una noticia estupenda para Heather y para el resto. Para mí no tanto, porque he tenido la brillante idea de convertirme en un ladrillo.

Cuando golpeo el agua por primera vez me hundo como la piedra que soy, me sumerjo cada vez más en las profundidades como una flecha que busca la diana. Y, aunque solo me toma un instante regresar a mi forma humana, que tiende a flotar más, me lleva mucho más tiempo llegar a la superficie y volver a respirar. Por desgracia, mis pulmones no estaban nada preparados para la gran cantidad de agua que he tragado al caer al pozo.

Me paso un buen rato nadando desesperada hacia la superficie, pues tener brazos y piernas cortas es una putada enorme en estas situaciones, hasta que por fin la alcanzo, justo cuando alguien cae al agua a mi lado.

Atraviesa la superficie con una salpicadura que me lanza una ráfaga de agua en la cara y dentro de los pulmones, ya espasmódicos de por sí, con lo que me entra otro ataque de tos.

—Oye, ¿estás bien, Grace?

Así que es Flint quien casi me ahoga por segunda vez en la misma cantidad de minutos. Menuda sorpresa.

—Sí, estoy bien. —Dirijo la respuesta hacia su voz.

En realidad todavía no puedo verlo debido a la oscuridad, pero

antes de que pueda empezar a nadar hacia él dos personas más caen a nuestro lado, seguidas de tres más.

Después de comprobar cómo estamos y asegurarnos de que todos estamos bien (sobre todo Heather, menos mal), intentamos ubicarnos.

—¿Y ahora qué? —pregunta Eden.

Es una buena pregunta si tenemos en cuenta que ahora mismo estamos nadando en la oscuridad sin tener ni idea de adónde dirigirnos.

—¿Alguien ve al chupacabras? —pregunta Hudson, y nunca me he sentido más agradecida de que los vampiros y los dragones vean perfectamente en la oscuridad. Ni más molesta porque las gárgolas no puedan.

—Creo que hay algo ahí delante, a la derecha —le informa Jaxon, y después se oyen un montón de salpicaduras cuando el resto nos dirigimos a la derecha.

Pero algunas de nosotras no podemos ver a los demás, es decir, la humana, la bruja y la gárgola, así que nuestras derechas acaban siendo las que no son. Macy y yo chocamos, pues parece ser que nuestras derechas son el contrario de la de la otra.

—¿Podrías especificar un poco? —pide Heather cuando ella también se enreda con nosotras—. Para los meros mortales entre los dioses.

—¿Lo que quieres decir es que soy un dios, Heather? —chincha Flint.

—Si me sacas de este lío, te llamaré lo que quieras —contesta.

—Como Dios manda —responde alegremente. Y después debe de cumplir su palabra, porque Heather pasa por mi lado a toda velocidad como si alguien estuviera tirando de ella de repente.

—Ya os tengo —dice Hudson mientras Macy y yo nos desenredamos. No tira de nosotras con tanta agresividad como Flint ha hecho con Heather, ni de lejos, pero se queda a nuestro lado cuando nos vamos abriendo camino por la oscuridad a brazadas.

Tras un par de minutos nadando, doblamos una especie de esquina y el mundo que tenemos delante se ilumina un poquito. A la gargolita le sigue pareciendo casi lo mismo que la oscuridad total, pero por lo menos hay bastante luz como para atisbar una playa en la distancia… Y a un chupacabras llegando a la orilla y sacudiéndose como un perro en la arena.

—¿Ya está? —pregunta Flint—. ¿En serio? Un poquito de agua y nadar un rato, ¿eso le parece taaan peligroso? —Sale disparado hacia la orilla sin mediar palabra, sus poderosos bíceps se comen la distancia como si nada.

Heather sale en su estela. Como miembro vitalicio del equipo de natación, está en su elemento siempre que hay agua de por medio. Eden la sigue enseguida.

—Presumidos —murmura Macy, y tengo que estar de acuerdo con ella.

Me encanta nadar, cosa que está bien ya que me crie a pocos pasos del océano Pacífico. Pero que me encante y que se me dé bien son dos cosas muy diferentes. Sobre todo cuando todos los que me rodean me sacan unos treinta centímetros de altura, incluida Macy.

No tardo nada en quedarme comiendo el polvo, pero tampoco es para tanto. A ver, sí, yo nunca los he abandonado cuando estaban en una situación complicada, pero ¿qué más da que tus amigos te saquen seiscientos metros de distancia? O tu compañero, ya que estamos.

Jaxon y Hudson deciden hacer una carrera y, si las pullas que se están echando son ciertas (yo la verdad es que sigo sin poder ver casi nada), nadan más rápido de lo que se desvanecen y están obligando al resto del grupo a elegir un bando y declarar a un ganador. Por supuesto, eso significa que todos han llegado ya a la orilla excepto la chica bajita que sigue metida hasta el cuello en las aguas espeluznantes, en la todavía más espeluznante oscuridad, joder.

Pero no es para tanto. No estoy aquí sola con escenas de *Open water* proyectándose en mi cabeza de repente. No, no es para tanto, qué va.

Aunque he de decir que, después de todas las advertencias de Polo sobre lo terrible y precario que iba ser este viaje, mentiría si dijera que no me ha decepcionado un poco. Un poquito de agua fría, un recorrido a nado incómodo... La verdad es que nada de eso me parece tan terrible como Polo nos había hecho creer.

Lo peor de todo es la oscuridad, pero cuanto más me acerco a la orilla, más luces se distinguen. No solo la del sol que se filtra por algún agujero sobre la playa, sino la de un montón de luciérnagas que flotan a sus anchas por encima del agua y que son preciosas. En serio, increíblemente bonitas.

Quizá intente pintarlas cuando volvamos a casa en San Diego, a

ver si puedo plasmar su color. Son preciosas, de un tono morado brillante que nunca he visto antes. De hecho...

—¡Grace!

De repente Flint grita mi nombre y empieza a dar saltos mientras hace aspavientos desde la orilla.

Le devuelvo el saludo y sigo nadando, aunque la verdad es que me estoy tomando mi tiempo. A ver, ¿por qué no? Los otros se están secando y esto es una pasada. Además, se merecen tener que esperar con la ropa mojada a la «amiga que han dejado tirada».

—¡Grace!

Supongo que ahora le toca a Macy pedirme que me dé prisa.

Empiezo a devolverle el saludo, pero ella no me está saludando como Flint. De hecho, está señalando a algún punto a mis espaldas con una cara de terror absoluto.

Que, ahora que lo pienso, no difiere mucho de las expresiones de los que están fuera del agua. ¿Qué cojones pasa?

Dejo de ir hacia delante y nado estilo perrito para darme la vuelta y así averiguar qué es eso que los tiene tan asustados. No veo nada, excepto la constante oscuridad de las narices en una dirección y esas lucecitas moradas en la otra cuando me vuelvo para nadar hacia la orilla de nuevo.

Normalmente no me preocuparía mucho, pero estoy acostumbrada al océano y, aunque no vea nada, la verdad es que esto parece una escena sacada de *Tiburón*; un momento de esos en plan «Sal del agua, joder», así que empiezo a nadar tan rápido como puedo mientras las visiones de los tiburones, calamares gigantes y el maldito monstruo del lago Ness danzan por mi mente. Y eso antes de que Hudson vuelva a meterse en el agua a toda prisa... y venga directo hacia mí.

El corazón me palpita como un tambor ahora mismo, así que cojo tanto aire como puedo entre brazadas y nado, nado y nado. La orilla parece estar a kilómetros de distancia, aunque la lógica me dice que no puede estar a más de noventa metros.

—¡Grace! —Macy grita a todo pulmón—. ¡Date prisa, Grace!

Pero ¿qué cojones está pasando?

Me digo que no debo volverme otra vez, me digo que tengo que seguir nadando, pero tengo que saber qué es lo que hay ahí detrás. Es necesario.

Así que me vuelvo una vez más, justo cuando mis amigos empiezan a gritar tan alto que creo que a alguno le va a dar un aneurisma. Y es entonces cuando lo veo.

El terror me corta la respiración cuando me doy cuenta de que esas preciosas luciérnagas moradas no son luciérnagas.

Son cebo.

Penden por encima de mí desde la cola de lo que es la versión del Reino de las Sombras del rape más horrendo y asqueroso que he visto, que además es más grande que una casa.

Y yo soy la ridícula Dory diminuta a la que le ha echado el ojo.

Joder. Joder, joder, joder.

Salta hacia mí y grito. Menos mal que me he pasado un año con toda clase de criaturas intentando matarme y he adquirido un instinto de supervivencia bastante decente porque, sin pensarlo siquiera, buceo hondo para intentar huir del pez. El único problema es que se trata de un animal de seis metros de largo y con una boca bastante inmensa, así que me sitúo justo en el centro de todos esos dientes afilados como cuchillas.

Hay una cantidad limitada de formas en las que eludir a un colosal pez monstruo cazador de gárgolas, y estoy bastante segura de que ya las he utilizado todas. Así que hago lo único que se me ocurre. Dejo de intentar huir a nado y, en su lugar, me doy la vuelta de golpe mientras pataleo tan rápido como puedo y me dirijo directamente a su boca gigantesca.

Apenas registro los gritos que rozan la desesperación de mis amigos desde la orilla. Estoy demasiado centrada en la bestia. Elegir el momento exacto va a marcar la diferencia, así que acerco su cara a la mía todo lo que puedo.

Cuando le veo los ojos de color blanco lechoso, ruedo hacia la izquierda en el último momento, y me libro por los pelos del alcance de sus fauces abiertas, que se cierran con un chasquido nauseabundo. Cuando el impulso hace que me pase de largo, le pego con ambas piernas directamente en la mejilla y utilizo hasta el último ápice de fuerza que tengo (y su propio impulso) para apartarme de él. Eso no amedrenta al pez gigante para nada, pero sí que consigo propulsarme y sacar el torso casi un metro fuera del agua.

Y es todo lo que necesito.

Busco en mi interior y me aferro al hilo platino, cambio de forma

mientras continúo volando por el cielo. En el momento en el que tengo mis alas, salgo disparada hacia arriba, justo a tiempo para evitar el siguiente intento del rape de cazarme entre sus fauces.

Pero ha faltado poco, muy poco, así que subo las piernas para pegármelas al pecho tanto como puedo, fuera del alcance de esos dientes perversos. Aun así, uno me alcanza y me araña la cara exterior de la pierna, de muslo a tobillo, pero no me molesto en mirarlo siquiera. En vez de eso voy a toda prisa hacia la orilla con el pez persiguiéndome a brincos, una y otra y otra vez.

Hasta que se detiene.

Estoy a punto de respirar hondo, para calmarme por primera vez desde que me he dado cuenta de que era cebo para peces, cuando me doy cuenta de que mis amigos siguen gritando como si la vida de alguien dependiera de ello. Pero, si no es la mía, entonces...

Se me sale el corazón por la boca mientras viro a la derecha de golpe y atisbo a mi compañero nadando con todas sus fuerzas por el agua, directamente en la trayectoria del inmenso pez cabreado. Y aunque Hudson es rápido, no sé si es tan rápido como un pez paranormal.

Ni siquiera dudo. Me pego las alas al cuerpo y me tiro de cabeza a por él. Estoy encima de mi compañero en cuestión de segundos, alargo los brazos y me agarro a la espalda de su camisa a la par que abro las alas en toda su amplitud para volver a impulsarme hacia arriba. Entonces utilizo toda la velocidad, impulso y cada pizca de estrés desesperado, aterrado y alimentado por la adrenalina que tengo para levantarlo lo justo para sacarlo del agua. Empiezo a volar directa hacia la orilla con Hudson debajo de mí, como si fuera un Superman que nada de espaldas en estilo libre.

Pero, aunque sea una gárgola con un montón de adrenalina corriéndole por las venas, sigo sin ser lo bastante fuerte para cargar con él durante mucho tiempo, así que se me escapa justo cuando llegamos a la orilla y sale dando vueltas para estamparse de morros contra un Flint sorprendido que no deja de soltar palabrotas.

Los dos salen despedidos y ruedan por la arena, y yo aterrizo forzosamente en el primer espacio que encuentro libre.

Cuando me pongo de espaldas mientras la sangre me sale a borbotones del corte de la pierna, Polo se inclina sobre mí.

—Te dije que no te comiera —anuncia.

77

Arrasa-partenones

—Yo me quedo aquí un rato —digo, aunque a nadie en particular. Me queman los pulmones casi tanto como el corte que me baja por la pierna. Meneo el culo de piedra para hundirlo un poco más en la playa, la arena fría me calma el escozor de la herida.

Hudson se desvanece hasta mí en un parpadeo y se arrodilla a mi lado. Echa un vistazo a la sangre que encharca la arena alrededor de mi extremidad con pinta de estar a punto de desmayarse.

—Como te desmayes por haber visto un poco de sangre, te pienso hacer la vida imposible —grazno entre respiración y respiración.

—Un vampiro que se desmaya al ver sangre —se burla Jaxon, pero entonces mira a toda velocidad hacia Flint y parece que se le pasan las ganas de hacer bromas de golpe.

—Oye —masculla Flint para sí mientras se levanta la camiseta por el borde—. Creo que tu cinturón me ha cortado.

Vuelvo la cabeza hacia el lado, lo justo para atisbar un corte enorme en los abdominales de Flint, y a Jaxon desvaneciéndose hasta él también con pinta de estar un poco mareado.

—Qué debiluchos son estos vampiros. —Eden pone los ojos en blanco a Heather y a Macy, y las tres se parten de risa a costa de los hermanos Vega.

Hudson me coge la mano con la suya, temblorosa, y yo dulcifico la mirada.

—Voy a estar bien, cariño. Te lo prometo —susurro.

Asiente mientras parpadea para controlar el humedecimiento de sus ojos, pero no debe de sentirse con fuerzas para hablar todavía. Así que vuelve a asentir rápidamente y me da un apretón en la mano.

En circunstancias normales me quedaría aquí tumbada un rato dejando que la magia de la tierra me curara el cuerpo de piedra poco a poco, pues he recuperado los poderes en el momento en el que he

tocado la arena, así que supongo que es oficial: estamos fuera del Reino de las Sombras. Pero sé que la salud mental de Hudson pende de un hilo. No querría que mi compañero sufriese un ataque de ansiedad por mi salud ni yo por la suya, así que ruedo hasta apoyarme en mi lado herido para acunarle el rostro con las manos y le acaricio la mandíbula fuerte con los dedos.

—Yo puedo con esto —le digo. Y para demostrarlo hago que la energía de la tierra fluya hasta mi herida, ahora llena de arena. Solo me lleva un instante, y después le lanzo una sonrisa traviesa—. Pero quizá podrías ayudarme a que me levante.

Se pone de pie de golpe y me arrastra con él de un solo tirón. Entonces cambio a mi forma humana.

—¿Lo ves? —pregunto, después señalo al enorme desgarrón de mis vaqueros y a la piel sana que hay debajo—. Mucho mejor.

Le lleva un segundo, pero entonces abre mucho los ojos y me envuelve entre sus brazos para darme un abrazo que me relaja tanto como observar una tormenta de verano.

—Menos mal, joder —jadea mientras me da besos por todos los rizos antes de deslizarme una mano por debajo de la barbilla y posar sus labios cálidos sobre los míos una y otra vez.

Y lo entiendo, de verdad que sí. Si acabara de ver a Hudson casi devorado por un pez monstruoso y un charco de sangre a su alrededor, yo también querría asegurarme de que está bien de verdad, de que todo iba a ir bien. Por eso mismo me apoyo en su calidez y le doy todo lo que necesita para calmar su corazón acelerado.

A nuestro lado alguien se pone a toser y, poco a poco, muy pero que muy poco a poco, volvemos la cabeza para lanzarle una mirada asesina a Jaxon, quien parece haberse recuperado del susto de Flint y está listo para que nos pongamos en marcha.

Yo, por el contrario, me niego a moverme. Por lo menos aún no. Porque...

—No me voy a mover de aquí hasta que alguien me dé unos pantalones que ponerme.

—Yo mismo, chica nueva —dice Flint, y saca de su mochila un par de pantalones cortos de baloncesto húmedos pero ponibles.

Hudson le lanza un gruñido grave y largo, así que Flint vuelve a guardarlos de golpe.

—Hud-son —lloriqueo, pero, por suerte, mi mejor amiga viene a

salvarme y me ofrece un par de sus vaqueros.

Todo el mundo se da la vuelta y me los cambio rápidamente, después doblo la cinturilla varias veces para compensar la gran diferencia de estatura. Aunque están bastante mojados por nuestro rato de natación, no están manchados de sangre, así que me valen.

—¿Listos para ponernos en marcha? —pregunta al final Polo, y todos asentimos. Se da la vuelta y pone rumbo a un túnel que nos separa de la playa, tallado en un muro de roca maciza que se alza hasta donde me llega la vista.

Pasados un par de minutos volvemos a pararnos.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras miro por encima de los anchos hombros de Hudson para ver por qué nos hemos detenido. Por favor, que no tengamos que cruzar otro lago. Por favor, por favor, que no sea eso.

Pero resulta que estamos en una enorme intersección en medio del túnel, una que se bifurca en dos direcciones diferentes.

—¿Qué es esto? —le pregunta Flint a Polo—. ¿Cómo sabemos qué camino tomar?

—Yo solo he seguido el de la derecha —comenta Polo—. Cada vez que intento ir por el de la izquierda, las cosas se ponen muy raras.

—¿Más raras que un lago enorme lleno de peces monstruosos que intentan matarnos? —inquiere Heather con dudas.

—Sí.

Esperamos que nos dé una explicación, pero solo nos mira con unos ojos que han visto demasiado.

—Vaaale, bien —interviene Eden—. Entonces por la derecha.

—Recuérdame que le dé las gracias a Jikan por haber creado un túnel lleno de algo que le da tanto miedo al chupacabras que no se atreve a recorrerlo —dice Hudson con mordacidad.

Flint suelta una risita disimulada como respuesta.

—Pagaría por verlo.

—Uy, me aseguraré de conseguirte asiento gratis.

Le coloco una mano en la espalda a mi compañero con la intención de calmarlo. Puede que nadie se dé cuenta de lo que está pasando, pero para mí es muy evidente que, debajo de ese humor seco británico, Hudson está hirviendo de furia.

Lo sé porque ha visto que casi me marco un *Moby Dick* sin poder hacer absolutamente nada al respecto.

Hudson cree en luchar nuestras propias batallas y hacer lo que sea necesario para conseguir lo que debe. Pero no va a perdonar a Jikan pronto por no habernos dado ningún consejo acerca de este mundo que ha creado antes de soltarnos en él.

Y la verdad es que estoy de acuerdo, me parece una putada. Sé que el dios del tiempo nos aconsejó que no viniéramos, pero también nos conoce lo suficiente a estas alturas para saber que no íbamos a hacer caso de sus avisos. No es que esté pidiendo que nos dé las cosas hechas, pero una advertencia que nos hubiera concedido una oportunidad del cincuenta por ciento de no morir en el cruce de la barrera no habría estado de más.

Estoy segura de que, cuando Hudson vuelva a ver a Jikan, no le va a trasladar sus objeciones con tanta diplomacia, vamos. Y lo único que salva a Polo de que también se enfade con él es que ha estado cruzando la barrera a escondidas durante todos estos años con un aspecto nada apetecible para los peces. Seguramente sea por los pinchos de la columna, ahora que lo pienso.

Sin más dilación, Polo nos lleva por el túnel oscuro y subimos una rampa empinada hacia la superficie. Cuando salimos a la luz digo:

—Gracias. Sé que no tenías por qué hacer esto por nosotros, así que te estaré agradecida toda la vida.

—Oye, el suertudo soy yo. Me has enseñado algo acerca de la barrera que me va a facilitar mucho la vida estos meses y años que están por venir. —Me dedica una sonrisa de lado—. Hay que nadar más rápido.

—Aún es pronto para bromas, Polo —digo con un escalofrío, y él se parte de risa.

—¿Dónde estamos? —inquiere Macy mientras todos entrecerramos los ojos por la luz intensa—. No parece Italia.

—¿Italia? —El chupacabras se ríe—. Estás lo más lejos posible de Turín. Estás en Kansas, cielo.

—¿Kansas? —Heather suena escéptica—. ¿En plan «Se está mejor en casa que en ningún sitio»?

—Yo no vivo en Kansas. En mi casa no hay plantuchas puntiagudas de estas. —Flint golpea una de las plantas para demostrar su afirmación.

—Es trigo —le informo mientras me inclino hacia delante y rescato la rama de sus manos.

Se estremece.

—Me da igual lo que sea, no me impresiona. ¿Es que no hay una ciudad cerca o qué?

—Relájate, urbanita. La comida no te va a hacer daño. —Hudson pone los ojos en blanco antes de dirigirse a Polo—. Voy a hacer unas llamadas. Cuando llegues a la *piazza* Castello para volver a cruzar la barrera, tendrás un montón de vaqueros esperándote en la Corte Bruja.

—Gracias, tío. Eres muy amable. —Asiente antes de volverse hacia mí y tenderme la mano.

La acepto.

—Gracias por todo, Polo —murmuro.

Tira de mí para darme un abrazo rápido; entonces susurra:

—Cuídate mucho, Grace. Hudson es un tío muy honrado, pero dudo que le fuera muy bien si te pasara algo.

Antes de que pueda reaccionar se aparta. Entonces se despide con la mano mientras dice: «Adiós, amigos», después cambia de forma y sale disparado por el enorme campo de trigo en el que estamos, en medio de la nada.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —pregunta Heather, que parece atónita.

Pero Macy ya está en ello, abre un portal justo aquí, en los campos de cultivo.

—¿Alguna vez has estado en Alejandría? —le pregunto a mi prima mientras las chispas, coloridas y oscuras, salen disparadas. Les he contado con pelos y señales que Remy me había dado la ubicación de la Conservadora hace lo que ya parece un siglo.

—No, pero he estado en Atenas. Lo acabo de buscar. Está a unos novecientos cincuenta kilómetros de Alejandría, y es lo más cerca que puedo llevarnos.

—¿Atenas? ¿En serio? —Eden parece impresionada.

Macy se encoge de hombros.

—Hubo una especie de cumbre sobre educación paranormal allí cuando tenía seis o siete años, así que mis padres aprovecharon para hacer un viaje familiar. No recuerdo mucho, solo el Partenón.

—¿El Partenón? —Ahora me toca a mí estar impresionada—. ¿En serio?

Asiente y señala el portal con la cabeza.

—Próxima parada, la Acrópolis.

78

El maleficio marca el lugar

Resulta que el Partenón es tal cual aparece en los libros y en las pelis de Disney. Ubicado en lo más alto de la Acrópolis, a las afueras de Atenas, los restos de este templo antiguo son realmente imponentes, en especial cuando pienso que fue construido en el siglo V a. C. Hecho con columnas de mármol altísimas y edificado con forma de rectángulo, no parece que vaya a impactar tanto como lo hace. Pero el hecho de alzarse sobre la cima de una montaña colmada de algunas de las ruinas más antiguas del planeta es increíble y especial.

Antes incluso de que Hudson se me acerque por detrás y me envuelva la cadera con sus brazos.

—Unas vistas alucinantes, ¿verdad?

Asiento mientras sigo contemplando las luces de Atenas extendiéndose bajo la oscuridad que envuelve la cima de la montaña.

—Ojalá tuviésemos más tiempo para asimilarlo todo.

—Como siempre nos pasa, ¿eh?

—Sí. —Me vuelvo entre sus brazos y lo abrazo con toda la fuerza que puedo reunir—. Tenemos que volver algún día y explorarlo de verdad cuando la vida de Mekhi no penda de un hilo.

—Tendremos una cita —me promete con una sonrisa dulce—. Y no, no lo estoy gafando.

Entonces se aparta para que pueda transformarme.

—El último en llegar a Alejandría tiene que averiguar dónde está la Conservadora —anuncio justo antes de alcanzar el hilo platino y convertirme de nuevo en gárgola.

—Ya he compartido la ubicación que le envió Remy a Grace por el grupo —declara Heather levantando el móvil triunfante—. Solo tenemos que volar en línea recta hasta el puerto. Os seguiré informando cuando lleguemos allí.

Jaxon levanta las cejas, claramente impresionado por su

meticulosidad.

Hasta Flint le sonríe y dice:

—Un aplauso para la humana.

Heather se sonroja del orgullo, y no puedo evitar compartir su sonrisa. Me alegra mogollón que mi mejor amiga de toda la vida se lleve tan bien con mis nuevos mejores amigos. Y encima también ha conseguido sobrevivir a la parte más peligrosa de este mundo con mejor disposición de lo que yo hubiese podido imaginar. Solo pido que siga así, porque lo último que quiero es que le hagan daño, y menos haciendo algo en lo que yo la he metido.

Dejo que todo el mundo se eche unas risas y luego los interrumpo con una frase pertinente.

—Tenemos que irnos.

Todos asienten, y entonces los dragones dan un paso atrás para transformarse entre una ráfaga de chispas multicolor que ilumina la noche oscura.

Tras unos breves minutos de preparación los demás se suben a los lomos de los dragones. Hudson sobre Jaxon, Heather sobre Eden, y Macy sobre Flint.

A medida que las primeras estrellas empiezan a aparecer en el cielo nocturno, despegamos hacia Egipto, y espero que la ubicación de Remy sea correcta.

Aunque sufrimos un par de tropiezos por el camino, conseguimos llegar a Alejandría, Egipto, sobre las tres de la madrugada. Es lo malo de viajar a través de portales y a lomos de un dragón, pero, como estamos a punto de pedirle a la Conservadora un favorazo, llegar a su casa a las tres de la madrugada parece una idea especialmente mala.

En lugar de eso nos pasamos por una cafetería abierta las veinticuatro horas, cerca de la playa, y aquellos que nos alimentamos de comida nos llenamos de pan egipcio, queso y verduras rellenas, o *mashi*, como las llaman aquí. Está todo delicioso y consigue saciarnos, pero no puedo evitar pensar que deberíamos enviar a la porra las formalidades. Tenemos que ver a la Conservadora ya. ¿A quién le importa que sean las tantas de la madrugada cuando alguien se está muriendo?

A ese respecto, resisto la necesidad de escribirle de nuevo a Lorelei. Ella me ha enviado antes un mensaje para decirme que Mekhi sigue aguantando, pero algo en la brevedad de sus mensajes no me

deja del todo tranquila.

Le echo un vistazo al móvil una vez más y me convenzo de que Mekhi estará bien unas horas más. «Por favor —le suplico al universo mientras leo su respuesta al mensaje que le envié cuando llegamos por primera vez a Kansas—. Por favor, deja que aguante un poquito más.»

Con nada más que hacer tras nuestro desayuno noctámbulo vagamos por el rompeolas que recorre todo el puerto de Alejandría.

El paisaje es precioso, y la zona está muy concurrida a pesar de las horas que son. Al parecer Alejandría, como Nueva York, nunca duerme.

Aun así, resulta agradable pasear por el puerto y contemplar el Mediterráneo. Es divertido imaginarse cómo sería aquello hace unos dos mil años o así, cuando el faro de Alejandría todavía se alzaba sobre la isla de Faro. Ahora allí solo hay una ciudadela, también alucinante, pero no tanto como el faro.

Aunque puede que sea porque siento debilidad por ellos.

En cierto momento todos acabamos deteniéndonos de manera natural buscando algún sitio por el rompeolas donde descansar y esperar. Hudson se arrellana en un espacio abierto en el muro y me hace señas para que me una a él. Cuando llego me rodea la cintura con los brazos y, mientras me acerca a él, susurra:

—Descansa.

Lleva el móvil en el bolsillo por primera vez desde que volvimos del Reino de las Sombras. Me apoyo contra su cuerpo. Se está tan a gusto que es imposible resistirse.

Tras un largo vuelo para llegar aquí, y todo lo que hemos tenido que hacer antes, una parte de mí se sorprende de que no vaya arrastrándome por el suelo. Aun así, en cuanto apoyo la cabeza en su hombro me quedo frita.

Despierto una hora después, o eso me parece a mí, al oír la llamada a la oración que resuena en el ambiente. Es preciosa, rítmica y melodiosa mientras atraviesa la ciudad de un extremo a otro.

—Buenos días —murmura Hudson acariciándome la mejilla.

Me vuelvo hacia su mano y presiono los labios contra la palma. Él me sonríe bajo las primeras luces del día y durante un segundo estamos los dos solos. Ni misiones ni miedos ni el Círculo esperando cerrarse sobre nosotros cuando menos nos lo esperemos. Solo él, yo y este instante perfecto.

Vuelvo a darle otro beso en la mano y luego vuelvo la cabeza para ver como el amanecer pinta el cielo sobre el puerto con una combinación resplandeciente de naranjas, rojos y amarillos ardientes. Los colores se reflejan en el agua y convierten el lugar en un infierno abrasador.

—Te quiero —susurro, porque, pase lo que pase, por muy frustrada, enfadada o preocupada que esté por lo que ocurre en su fuero interno, eso siempre va a ser así.

—Y yo a ti —responde con esos ojos azules brillando con la misma fiereza que el cielo que nos rodea.

Quiero quedarme así para siempre, quiero enviar a la mierda todas nuestras responsabilidades y, sobre todo, todas las maquinaciones políticas que conlleva nuestra posición. Cuando estamos solos los dos, cuando solo somos Hudson y Grace, todo es casi tan perfecto como cuando dos personas obstinadas acaban siendo compañeras. Solo se complica de verdad cuando añadimos el resto de las cosas.

Pero eso es lo que somos. Lo que siempre seremos, quiera o no que sea diferente. Lo bueno, lo malo, y a veces lo extraordinariamente jodido.

Algunos de estos pensamientos se reflejan en mi cara, porque los ojos de Hudson se empañan.

—¿Estás bien? —pregunta, y desliza el pulgar por mi labio inferior, un gesto que siempre me ha derretido.

Y como hoy no es la excepción, me limito a asentir con la cabeza y a cerrar los ojos con la esperanza de que siga tocándome para siempre. O al menos durante un buen rato más.

Pero Eden elige ese momento para decir:

—Deberíamos ponernos en marcha.

—Sí —concuerda Jaxon, que se ha levantado y se está estirando —. Deberíamos ir yendo antes de que la ciudad se despierte del todo.

Sé que tiene razón, pero la desilusión se apodera de mí mientras me aparto de Hudson. No obstante, tras echarle un vistazo rápido, corroboro que ya ha sacado su móvil y se está preparando.

Me repito que no debo culparlo por ello al sacar el mío, porque todos nosotros estamos buscando algo ahora mismo con ellos. Hasta yo, aunque, tras confirmar que no tengo mensajes nuevos de Artelya ni de Lorelei, lo único que hago es comprobar las indicaciones para

llegar al Serapeo de Alejandría que Heather buscó por mí cuando estábamos en la cafetería.

Lo bueno es que no está muy lejos de nuestra posición, y por eso decidimos pasar las horas previas al amanecer aquí en lugar de intentar atravesar la ciudad volando ahora que empieza a desperezarse.

Los cinco minutos que pasé en Google en la cafetería me enseñaron que el Serapeo es un templo erigido para honrar a Serapis, que en cierto momento fue el guardián de la ciudad. Pero lo que creo que de verdad es relevante para nuestra misión es que, en la época en la que lo construyeron, el Serapeo era conocido como la filial de la Biblioteca de Alejandría.

Era un edificio satélite, albergaba gran parte de lo que no cabía en la biblioteca y, al contrario que ella, nunca se quemó.

Pero ahora está destruido. Me doy cuenta de ello cuando aterrizamos a varios metros de la única columna que queda en pie, y el estómago me da un vuelco.

Aparte de algunos muros derruidos y de las catacumbas que se conservan bajo el suelo sobre el que nos encontramos, no queda nada. Los egipcios han aprovechado una parte del terreno, alejada de las ruinas, para poner un cementerio. Pero, aparte de eso, no hay nada.

Le envío un mensaje rápido a Remy, pero no tengo ni idea de cuándo me responderá. Refunfuño. Nunca se me ocurrió pensar que Remy pudiese equivocarse.

—¿Aquí es donde está de verdad la Conservadora? —pregunta Jaxon mirando las ruinas con escepticismo—. ¿No nos habremos equivocado de Serapeo?

—Este es el único que hay en Alejandría —responde Heather con el móvil en la mano y buscando información sobre la ciudad—. Hay otro al sur de Egipto, pero... la ubicación marca este sitio. Tiene que ser este.

—No, sin duda es este —asegura Macy, que va directa hacia las ruinas esparcidas por el suelo—. ¿No la sentís?

—¿El qué? —pregunta Flint, intrigado.

—La magia. —Macy extiende las manos frente a ella, como si las ruinas fuesen una fogata en la que ella intentase entrar en calor—. Está por todas partes, pero... —Se interrumpe mientras camina entre los vestigios—. Sobre todo aquí.

El lugar en el que se ha parado no parece tener nada de especial. Las ruinas no son más impresionantes ahí que en cualquier otro sitio, solo son ladrillos blancos enormes deformados por el tiempo, el clima y la gente que, durante más de dos milenios, los ha estado tocando y se ha maravillado con ellos.

Verlos es guay, sin duda, pero no veo que tengan nada de mágico. No queda nada del poder primigenio y potencial de este lugar.

Sin embargo, eso no significa que Macy se equivoque. Su magia es muy distinta a mi magia terrenal, y quién sabe lo que estará sintiendo. Espero que capte algo y que de alguna manera podamos seguirlo hacia donde debemos ir. Porque, de lo contrario, esto parece un fiasco total.

He visto que la Sangradora y la Anciana viven en casas que reflejan quiénes son ellas de verdad. Hasta la cueva de hielo en la que mi abuela se encerró durante mil años destilaba su personalidad por todos los rincones. No tengo ni idea de dónde vive Jikan, pero estoy segura de que le ocurrirá lo mismo. Entonces ¿por qué carajo elegiría la Conservadora vivir aquí?

Además, a un nivel puramente logístico, ¿dónde? No hay un solo edificio a la vista que pueda servir de hogar para nadie en absoluto.

—¿Alguna idea de adónde deberíamos llamar? —pregunta Eden, tan poco impresionada por el lugar como yo—. Porque no veo ninguna puerta, y menos todavía un felpudo que nos dé la bienvenida.

—Bueno, algo tendremos que hacer —señala Heather con su sentido práctico habitual vibrando en la voz mientras sigue mirando el móvil—. Porque, según la página en la que estoy, es esto. Las ruinas aquí, la Columna de la Victoria ahí, y las catacumbas abajo. Hace mucho que el templo dejó de existir, igual que las estatuas de los doce dioses olímpicos que había antes. No vamos a encontrar nada más porque no hay nada. Muchos de los historiadores más destacados del mundo coinciden en eso.

—No saben lo que dicen —interviene Macy—. No sienten la magia como la siento yo.

—¿Es posible que la magia que sientes proceda de las ruinas? —pregunta Eden—. Los lugares como este, donde han sucedido tantas cosas a lo largo de la historia, poseen su propia energía. Pero en realidad esa energía procede de todos los acontecimientos que han

sucedido en lugar de…

—No es eso. —Macy niega con la cabeza y luego camina dibujando un pequeño círculo frente a la columna una y otra… y otra vez—. Es esto —repite tras hacer una pausa de varios segundos en completo silencio.

—¿El qué? —pregunto yo mirando a Hudson para ver qué opina él de todo esto.

Pero su mirada está centrada en Macy mientras ella extiende las manos ante ella y murmura algo que no logro entender.

—¿Qué está haciendo? —me susurra Heather con teatralidad.

Pero me limito a negar con la cabeza porque no tengo ni la menor idea. Es la primera vez que veo a Macy hacer algo parecido.

Los segundos se convierten en minutos, y Macy sigue recitando lo que supongo que es un hechizo en voz muy baja. No obstante, no ocurre nada durante lo que parece una eternidad y estoy a punto de rendirme. Empiezo a pensar dónde fue construido el otro templo a Serapis, el del sur de Egipto, para dirigirnos hacia allí. A lo mejor solo nos hemos equivocado de sitio.

Y justo cuando estoy a punto de darme la vuelta, abatida, el aire empieza a brillar tenuemente frente a nosotros como si fuese una enorme nube de polvo dorado.

79

Lo que yo diga va a musa

—¿Qué cojones es eso? —pregunta Jaxon mientras todos retrocedemos a la vez. Bueno, todos menos Macy y Eden, quienes se acercan más al destello.

—Yo diría que es un espejismo —comenta Eden en voz baja—. Pero no estamos en medio del desierto.

—Este no es el espejismo —explica Macy cuando el polvo se solidifica en un precioso edificio—. Las ruinas que habéis visto cuando hemos llegado son el verdadero espejismo. Esto es lo que hay aquí en realidad.

A lo que se refiere cuando dice «esto» es a un inmenso edificio circular elaborado casi en su totalidad de oro y plata. A primera vista casi parece un estadio o un coliseo por sus altas paredes y su forma circular.

Pero ahí es donde acaban las coincidencias. Una inspección más minuciosa me revela que en este edificio no hay nada que esté hecho para la lucha... o para el comercio.

No, aquí todo rezuma arte puro y erudición desmesurada.

Los muros exteriores están recubiertos con murales y más murales revestidos de oro y engastados con joyas relucientes. Los murales en sí ya son obras de arte, y eso antes de pararse a analizar las escenas históricas que representan: desde el incendio de la Biblioteca de Alejandría a lo que estoy casi segura de que es el aterrizaje en la Luna, entre otros.

Más allá de los muros se distingue un jardín ostentoso lleno de flores de todos los tipos y colores imaginables. Está diseñado al estilo británico, con una gran cantidad de arbustos en flor plantados a lo largo de caminos limpios y bordeados tanto de piedras preciosas como de macetas de flores agrupadas cada poca distancia. Hay escaleras que conducen a puentecitos pintorescos que cubren estanques incluso más

pintorescos llenos de carpas japonesas negras, blancas y doradas. Además, han colocado arcos y espalderas florales cada pocos metros rebosantes de glicinas, jazmín y rosas, por nombrar algunas de las flores que reconozco.

Asimismo hay estatuas de nueve mujeres ataviadas con varios tipos de ropajes históricos situadas en lugares estratégicos alrededor del edificio. «¿Serán las musas a lo largo de las épocas?», me pregunto cuando me acerco para observarlas mejor. Entonces comprendo que sí, que eso es justo lo que estoy viendo.

Urania luce un traje de astronauta con un casco bajo el brazo.

Terpsícore, zapatillas de ballet con un tutú grandioso y el pelo recogido en un moño perfecto mientras lleva a cabo un movimiento de ballet que no podría nombrar ni aunque quisiera.

Euterpe, sentada a la batería con el pelo a lo loco y cara de estar muy concentrada en el momento en el que las baquetas se encuentran con el instrumento.

Veo las otras estatuas desde donde me encuentro, pero estoy demasiado lejos para analizarlas bien. Me anoto mentalmente que debo dar un paseo por los jardines más tarde si es que tengo tiempo. Calíope siempre ha sido mi musa favorita, y tengo muchas ganas de ver cómo la ha representado la Conservadora.

—Este sitio es de locos —comenta Flint mientras empieza a recorrer el largo y sinuoso camino hacia las puertas delanteras que desde aquí parecen hechas de oro. Las aldabas de cabeza de león también parecen del mismo material, con esmeraldas grandes como un puño entre los feroces dientes.

Lo seguimos en silencio disfrutando de la pura opulencia de los jardines.

—Qué pasada —jadea el dragón; tira de la esmeralda y después la empuja contra la puerta rápidamente para llamar tres veces seguidas.

—No sabía que ya estuviéramos listos para llamar —le digo al tiempo que le aparto la mano de la aldaba antes de que pueda hacer nada más—. Creía que necesitábamos un plan.

—El plan es llamar la atención de la Conservadora y después pedirle ayuda con el hechizo, ¿no? —inquiere Flint—. ¿Qué más tenemos que concretar?

Muchísimas cosas. Pero ahora ya es demasiado tarde, porque la

puerta se abre de repente. Y la persona que está ahí plantada no se parece en nada a lo que esperaba de la Conservadora. Aunque al mismo tiempo parece exactamente la clase de persona que diseñaría un lugar como este.

Para empezar, es diminuta, incluso más bajita que yo. La melena negra a la altura de la barbilla le cuelga en tirabuzones y le enmarca la preciosa cara, y su piel marrón reluce bajo el sol.

Luce un *septum* y un *piercing* en la ceja derecha, y lleva todos los dedos de la mano decorados con anillos, al igual que los de los pies. Además, también lleva como una decena de brazaletes de oro y pulseras de la amistad trenzadas en ambas muñecas. Unos detallados tatuajes de henna le decoran las palmas y los dorsos de las manos, y de las orejas le cuelgan unos pendientes de plumas multicolor. Va vestida con unos vaqueros desgastados con agujeros en las rodillas y una camiseta *vintage* de la gira de Joan Jett and the Blackhearts a juego con sus gafas de montura dorada.

Mitad bohemia, mitad punk-rock, sin duda está en la lista de la gente más guay que he conocido en mi vida. Y eso sin mencionar que sus ojos revelan a gritos que es algo más que humana: iris negros como la noche con motitas diminutas de plata que, desde donde estoy, se parecen mucho a las estrellas.

—Pasad —indica mientras abre la puerta para dejarnos entrar—. Llevo esperándoos desde anoche. Parece que os ha costado mucho más llegar de lo que había anticipado.

—¿Sabías que íbamos a venir? —Se me escapa la pregunta incluso antes de saber que voy a hacerla.

Se ríe.

—Pues claro, Grace. Es todo parte de mi poder como deidad. Vas a tener que guardarte más ases en la manga si no quieres que os vea venir.

Busco a Hudson con la mirada y articulo con la boca: «¿Otra diosa?». Se encoge de hombros, pero sé que está pensando lo mismo que yo. ¿Cómo cojones no lo hemos visto venir?

Nos guía por un vestíbulo inmenso cuyas paredes rebosan de cuadros originales de Rothko, Pollock y Haring. Hudson y yo los contemplamos con los ojos desorbitados y dejamos que el resto nos adelante.

—Fue muy divertido ver cómo los pintaban todos en directo —

comenta por encima del hombro la diosa—. Podéis volver para verlos más tarde. Pero acabo de terminar de preparar el desayuno. Estaréis hambrientos.

Como si hubiera recibido su señal, el estómago de Flint ruge con fuerza y el resto nos echamos a reír. Le dedica una sonrisa encantadora a la Conservadora y se encoge de hombros con humildad, cosa que hace que ella le devuelva la sonrisa incluso antes de que él hable.

—El desayuno es mi comida favorita del día.

—Lo sé. He hecho magdalenas de naranja y moras solo para ti.

Abre los ojos como platos.

—¿Cómo sabes que son mis...? —Se calla cuando se acuerda de lo que ha dicho antes la mujer.

Ella le guiña el ojo como respuesta y después sigue el camino hasta el comedor.

—Podéis usar la fuente para asearos —anuncia mientras señala con la cabeza la fuente de oro de cuatro pisos decorada con más piedras preciosas que hay en la esquina y que burbujea con agua jabonosa. Junto a ella hay una pila de toallas de algodón egipcio de color blanco inmaculado.

Nos ponemos en cola para hacer justo lo que nos ha dicho. Después de todo lo que hemos pasado desde que dejamos Adarie, supongo que todos se sienten tan mugrientos como yo. Pero, aunque me gusta el estilo de la Conservadora, y mucho, he de admitir que no acabo de fiarme de lo de la fuente. Por lo menos hasta que meto las manos debajo del agua corriente. En el transcurso de unos pocos segundos noto las manos, los dientes, el cuerpo y el pelo impecables.

Es una de las experiencias más raras que he vivido, pero me encanta, y no puedo evitar preguntarme si tendrá una de estas en pequeñito para que la pueda tomar prestada y utilizarla en nuestros viajes.

En cuanto estamos limpios nos sentamos a la mesa que ha montado con una combinación de cerámica con distintos estampados, una mezcla ecléctica de vasos y muchos jarrones con flores de miles de colores que estoy casi segura de que provienen de su jardín.

Con un gesto de la mano de la Conservadora, aparece una selección de comida apta para el desayuno que va desde las magdalenas de Flint y quiche lorraine, hasta una bandeja de

sándwiches caseros y un bol gigante de frutas tan bonitas que parecen falsas. Y junto a mi asiento aparece una caja de Pop-Tarts de cereza.

Cuando la mujer me pilla pasando la mirada de las Pop-Tarts a ella, se limita a mover las cejas antes de dar un largo sorbo a lo que sin duda es la mimosa más grande que he visto en mi vida. Porque, al parecer, es el cóctel favorito de todos los dioses.

En cuanto hemos llenado los platos y empezamos a comer, apoya un codo en la mesa y nos va mirando uno a uno con sus fabulosos ojos de nebulosa. Entonces pregunta:

—¿De verdad queréis llegar al Árbol Agridulce? Porque, os lo advierto, no hay que tocarles las narices a los celestes.

—¿Ah, no? —pregunta Flint con la boca llena de magdalena—. ¿Y eso por qué?

Le lanza una mirada como si acabara de hacer la pregunta más tonta que ha oído nunca.

—Como norma general, cuanto más poder, mayor es la destrucción y la muerte que lo rodea.

—No te podías aguantar las ganas de preguntar, ¿no? —farfulla Jaxon.

80

Desayuno con diosas

—Creo que *querer* es una palabra muy fuerte —responde Hudson a la pregunta que había hecho originalmente, e ignora la advertencia de muerte como un campeón—. Pero tenemos que ir para cumplir nuestra parte del trato con la reina de las sombras.

La Conservadora se sobresalta.

—¿Cliassandra quiere volver a intentarlo? —Niega con la cabeza—. Supongo que la esperanza es lo último que se pierde.

—¿Cliassandra? —repito—. ¿El nombre de la reina de las sombras es Cliassandra?

—¿Qué te esperabas? —pregunta Eden, pero también suena sorprendida.

—No sé. ¿Medusa, quizá? —interviene Flint.

—Medusa era una mujer adorable. Su reputación era totalmente inmerecida —explica la Conservadora—. No como la de Clio.

—Pues menuda fama le precede —dice Heather con voz seca.

—Ya —coincide Jaxon mientras niega con la cabeza molesto—. Yo diría que la reina de las sombras se merece de sobra su reputación.

Eden coge una de las magdalenas de Flint que, como respuesta, la mira con desprecio. Entonces ella coge dos.

—Esa mujer tiene problemas muy gordos.

—Todos tenemos problemas. Solo que algunos de nosotros decidimos no pagarlos con los demás —comento en voz baja.

Le echo un vistazo a Hudson para ver qué opina él de esta conversación, pero está otra vez frunciendo el ceño mientras contempla el móvil y el mensaje que seguramente acaba de recibir. Me gusta haber vuelto a nuestro mundo, pero no puedo decir que no eche de menos la falta de cobertura que teníamos en el Reino de las Sombras. Allí, aunque fuera durante un tiempo, por lo menos podía fingir que Hudson no tiene un montón de problemas con la Corte

Vampírica que me está ocultando.

—Conque habéis hecho un trato con Cliassandra, ¿eh? Un poquito de Rocío Celestial a cambio del antídoto para el veneno de las sombras. Es un pacto intrigante, pero ¿no os preocupa que estéis a punto de jugar con fuego? —Le da otro sorbo a su mimosa—. Ahora que lo pienso, *Play with fire* es el nombre de una canción bastante buena de los Rolling Stones. Salió en 1965 si no me equivoco.

—No vemos otra forma de ayudar a Mekhi —contesta Hudson al levantar la vista de su móvil—. ¿Nos sugieres algo mejor?

Es una pregunta sincera, pero su mirada está tan avizora como la de ella mientras espera a ver qué tiene que añadir.

La Conservadora le dedica toda su atención y ambos se miran fijamente. No estoy segura de si es una especie de competición extraña para ver quién mea más lejos o si ella está intentando averiguar lo que le pasa a él por la cabeza. Pero, cuando mi compañero no aparta la mirada, parece impresionada.

La verdad es que Hudson es un tío impresionante. Y no lo digo solo porque sea mi compañero.

—No te pareces en nada al último rey vampiro —anuncia ella por fin.

—Un cumplido así, ¿de gratis? —responde con una sonrisa.

Ella se la devuelve.

—Pocas cosas en la vida lo son.

—No soy el rey vampiro. —Inclina la cabeza hacia mí—. En realidad, soy el rey gárgola.

—¿De veras? —Sin embargo, no lo está mirando cuando contesta. Me está mirando a mí.

El hecho de que una diosa me haga esa pregunta retórica hace que el mordisco que acabo de dar a la manzana se me vuelva cartón en la boca. Sobre todo porque la misma duda lleva dándome vueltas en la cabeza desde que hablé con mis abuelos.

¿Me equivoco al aceptar la corona? ¿En convertirme en dirigente del Círculo como monarca de la Corte Gargólica? ¿Serviríamos mejor al mundo y a nuestra gente al aceptar el trono vampírico?

Se me hace un nudo en el estómago mientras espero la respuesta que Hudson va a darle, pero se queda quieto. De hecho, no dice nada de nada, y eso solo hace que el nudo del estómago empeore.

—El Árbol Agridulce nunca está en el mismo lugar dos veces —

informa la Conservadora después de varios segundos de silencio incómodo—. En cuanto alguien va a buscarlo, se vuelve a mover.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien fue a buscarlo? —pregunto.

Responde sin pensárselo siquiera.

—En 1966. Fue cuando Frank Sinatra sacó una versión de *Yes sir, that's my baby*. ¿La has oído alguna vez?

Me mira directamente a mí cuando pregunta, así que estoy segura de que eso quiere decir que ya sabe la respuesta.

—Mi padre me cantaba el estribillo cuando era pequeña.

Hudson levanta la vista de su teléfono, sorprendido. Eso debe de significar que nunca se topó con ese recuerdo cuando estuvo en mi cabeza. No sé cómo es posible, mi padre me cantaba muchísimas veces esa canción.

Pero la Conservadora se queda satisfecha, porque se termina la mimosa con una floritura.

—El Árbol Agridulce se encuentra actualmente en Sudamérica —anuncia entonces.

—¿Sudamérica? —repite Flint—. En plan, ¿debajo de Norteamérica?

—Suele ser donde se ubica Sudamérica, sí —comenta Heather.

—Solo quería asegurarme. Jules Verne no tiene nada que envidiarle a este viaje. —Cuando Jaxon se vuelve para mirarlo, con sorpresa evidente, Flint esboza una mueca—. ¿Qué? Grace no es la única que sabe leer, ¿vale?

La Conservadora aparta la silla de la mesa y se pone en pie.

—Cambiando de tema: si ya os habéis acabado el desayuno, os mostraré vuestras habitaciones.

—¿Nuestras habitaciones? —digo confundida—. No planeábamos quedarnos. No nos gustaría abusar de tu amabilidad...

—No abusáis de nada —asegura con una sonrisa—. Me encanta tener compañía.

—Ah, pues... —Busco al resto para pedir ayuda, pero miran a todas partes menos a mí.

Excepto Hudson, quien dice:

—No sé yo si tenemos tiempo. Mekhi no está muy bien que digamos y...

—Ya, bueno, pues Sudamérica es bastante grande. Si queréis una

ubicación más precisa, os quedaréis. No tengo mucho tiempo que perder. He esperado eones a este día.

Y, con eso, gira sobre los talones de sus chulísimas deportivas blancas y sale de la estancia.

81

El vampiro de mis ojos

—¿De qué cojones iba eso? —murmura Flint a la habitación en general.

Macy se encoge de hombros a la par que se levanta para seguir a la Conservadora.

—Puede que sea la diosa más guay que he conocido hasta ahora, pero sigue siendo una diosa.

—No podría estar más de acuerdo —dice Hudson al tiempo que se rasca el pecho.

Heather los mira confundida.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que los dioses son muy suyos —contesto mientras seguimos a Macy para salir de la estancia y recorrer un pasillo lleno de carteles. Hay de todo, desde *Hamilton* y *Kinky boots* a carteles que solo muestran letreros de *The Elves* y *The black crook* que datan del siglo XIX.

Hudson se detiene ante uno de *Hadestown*.

—Y todos tienen sus planes ocultos.

Pienso en la partida de ajedrez que mi abuela se pasó casi un milenio maquinando para detrimento de mucha gente a la que quiero, incluida yo.

—No puedes tener más razón.

—Bueno, ¿qué es lo peor que podría pasar? —comenta Eden, y todos soltamos un grito ahogado.

—Dime que no acabas de gafarnos con una diosa de por medio —espeta Macy, y hace aspavientos en el aire como si quisiera limpiar el espacio.

El resto mantenemos la cabeza gacha y la boca cerrada mientras seguimos a la Conservadora por los retorcidos pasillos que recorren el exterior de su casa circular, y después subimos dos tramos de

escaleras.

—¿Has estado en todas estas funciones? —pregunto, ya que el desfile de carteles continúa.

Me mira por encima de la montura de las gafas.

—Yo recopilo la historia, Grace. No la vivo.

Suena muy pragmática cuando habla, pero eso no quita que sea una de las cosas más tristes que he oído en mi vida.

—Entonces ¿nunca has visto ninguna? —pregunto.

—Las he visto todas —revela—. Pero me has preguntado si he estado en todas. Y es una cuestión muy distinta.

Ahora estoy confundida y punto.

—Pero ¿cómo las has visto si no has estado?

—¿Cómo crees que recopilo la historia de todo el mundo? —rebate con las cejas enarcadas—. No puedo estar en todas partes al mismo tiempo.

—¿Recopilas la historia? —Macy suena tan fascinada como yo—. ¿Cómo?

Igual que Hudson.

—¿Y quién ha estado recopilando la historia esta última hora que has pasado con nosotros? ¿Y si ha sucedido algo importante mientras hacías el desayuno?

—Una de las musas entra unas cuantas horas cada par de días para que pueda dormir, ducharme y, en ocasiones, hasta entretenerme.

—¿Unas cuantas horas cada par de días? —repite Heather—. ¿Es todo el descanso que tienes?

—La historia no se detiene para nadie —responde la Conservadora vagamente—. Y ya que estamos con el tema, necesito imperiosamente volver al trabajo.

Doblamos una última esquina y nos dirigimos a un pasillo muy amplio con puertas a ambos costados.

—Mientras tanto, hay doce habitaciones en este piso. Elegid las que más os gusten —nos indica con un gesto magnánimo del brazo—. Y, por supuesto, podéis explorar el terreno y el resto del piso de abajo con toda libertad. Hay una piscina, zonas de juego y muchas galerías de arte. Solo os pido que no os adentréis en el segundo piso, pues son mis aposentos personales. Ah, y para aquellos que lo necesitéis, hay una lavandería al final de este pasillo.

Con una sonrisa que no se mueve ni un milímetro, empieza a desandar el camino hasta las escaleras, pero se detiene tras dar un par de pasos.

—Casi se me olvida. La comida se servirá a las dos en la terraza del primer piso.

—¿A las dos? —repito—. Pero tenemos que...

Me callo cuando desaparece. Y, desde luego, no me refiero a que desaparece a lo «baja por las escaleras». No, es más bien desaparecer a lo «un segundo está aquí y al siguiente ya no».

Heather suelta un gritito cuando ocurre, abre los ojos como platos y parece desconcertada. Pero el resto ni nos inmutamos. Al fin y al cabo, la Conservadora es una diosa y las leyes de la física tienden a funcionar de forma diferente para ellos.

Nos pasamos los siguientes minutos explorando todo el piso. Hudson sale al balcón para contestar a una llamada de alguien de la Corte Vampírica, así que elijo nuestra habitación yo sola. Escojo la que está al lado de la lavandería porque tiene temática de *Terminator* y solo han pasado unos cuantos días desde que Hudson me citó la frase más cursi, aunque romántica, de esa película.

No es el único romántico de la relación.

Aunque mentiría si dijera que no me he sentido tentada a quedarme con la habitación de *Apocalypse now*; pero, tal como han transcurrido las últimas veinticuatro horas, no sé, ¿para qué me voy a buscar más problemas? Sobre todo cuando estamos muy cerca de conseguir lo que necesitamos para poder salvar a Mekhi por fin.

Hudson sigue al teléfono, camina de un lado a otro del balcón mientras habla. Pienso en ir a ver qué tal está, pero parece más que un poco frustrado en estos momentos. Así que, como no tiene sentido que guarde esperanzas de que me cuente qué es lo que le tiene tan frustrado porque, al fin y al cabo, le prometí que le dejaría asimilarlo e ir revelándolo según sus condiciones, le mando un mensaje para decirle cuál es nuestra habitación y llevo nuestra ropa sucia a la lavandería para poner una lavadora.

Me suena el móvil y miro hacia abajo para ver un mensaje nuevo de Remy.

Allí estaré.

Tecleo una respuesta.

Contesta al instante con un emoji del pulgar hacia arriba seguido por un:

Cuando más me necesites, *cher*.

Es una de las muchas razones por las que el brujo del tiempo es mi debilidad. Siempre, pero siempre, se involucra hasta la médula por nosotros.

Y, al contrario que Hudson, yo sí entiendo perfectamente por qué prefiere ser ambiguo y misterioso. Una vez, en la Corte Bruja, me explicó que el futuro siempre puede cambiar. Cuanto más consiga que no lo influya, mejor puede verlo... y ayudar cuando yo más lo necesite.

Le contesto con el emoji del pulgar hacia arriba y después pongo rumbo a los jardines que hemos visto antes. Si tenemos que malgastar unas cuantas horas por aquí, ya que estoy puedo satisfacer mi curiosidad sobre el resto de las musas. Bueno, y el resto de las cosas que tiene la Conservadora en este jardín.

Resulta que el viaje ha valido la pena, porque Calíope está vestida como una poeta *slam* en el escenario. Lleva pantalones anchos, una camiseta que enseña el ombligo y una gorra de béisbol puesta del revés mientras se inclina sobre el micrófono con una libreta en las manos. Melpómene va vestida del fantasma de la obra *El fantasma de la ópera* y Erató está sentada frente a un ordenador portátil, con el pelo recogido en un moño despeinado, y escribe sin parar lo que sin duda es una novela romántica, según las palabras que veo en la pantalla del ordenador.

Puede que esta diosa sea tan puntillosa como el resto de los dioses, pero, ¡joder!, mola muchísimo más.

Me paso unos cuantos minutos buscando a Clío, mi otra musa favorita y la que pensaba que tendría un lugar honorífico y especial en el jardín, pero no veo ni rastro de ella.

Después de mirar el móvil para ver si Hudson me ha contestado al mensaje (sorpresa, no), me doy la vuelta para explorar el resto del jardín. Mientras paseo me vuelve a sorprender lo maravilloso que es este sitio en realidad.

El hecho de que la Conservadora haya podido ocultar esto a

plena vista en las ruinas del Serapeo es una pasada. Pero lo más increíble es que se le ocurriera hacer todo esto.

Además de las flores y los árboles, con variedades de todo el mundo que de alguna forma florecen en este lugar con uno de los climas más cálidos de la tierra, los jardines rebosan de sorpresas enigmáticas.

Jaulas de pájaros pintadas y repletas de flores.

Caminos bordeados de piedras preciosas de todos los colores.

Bañeras para pájaros sacadas de un cuento de hadas que atraen a aves de más especies de las que puedo nombrar.

Campanillas de viento ostentosas con la forma de criaturas fantásticas.

Y arte, muchísimo arte esparcido por todo el jardín. Desde una pared de jeroglíficos hasta estatuas romanas y hermosas esculturas elaboradas con vidrieras que descansan en la superficie de un estanque de carpas japonesas. Mire donde mire, hay algo impresionante que admirar.

Mientras atravieso una serie de pérgolas circulares me viene a la cabeza lo mucho que le gustaría este lugar a Hudson. No solo por el arte, sino por el sentido del absurdo. Es la clase de persona que apreciaría el trío de coloridas ranas que asoman por debajo de un arbusto con flores o la forma en la que el viento silba a través de unos aros con formas raras para sonar como una canción.

Quizá si tenemos tiempo más tarde puedo traerlo para ver cuáles son sus cosas favoritas.

Mientras tanto debería volver arriba y meter nuestra ropa en la secadora. No me cabe duda de que el resto también necesita hacer la colada con tanta urgencia como yo.

Pero, cuando me doy la vuelta y atravieso la serie de pérgolas circulares por lo que sé que es la segunda vez, no puedo pasar por alto una estatua de la musa de la historia sentada a un escritorio ornamentado frente a un globo terráqueo de cristal arcoíris, garabateando en un libro gigante. Me quedo ahí plantada y la contemplo durante varios segundos, porque acabo de pasar por aquí. Y aunque sí que he visto el globo terráqueo, incluso me he acercado para mirar mi reflejo en él, no me había dado cuenta de que estuviera Clío.

Debería haber estado aquí, no es que las estatuas puedan moverse

a voluntad propia, pero no sé cómo la he pasado por alto. Supongo que estaba demasiado entretenida pensando en Hudson, la Corte Vampírica y el Círculo como para darme cuenta.

Cuando paso por el estanque de carpas japonesas unos minutos más tarde, también por segunda vez, caigo en que he pasado por alto otra cosa. A Flint, sentado en el bordillo de piedra que rodea el estanque, contemplando el fondo del agua, como si al mirar con suficientes ganas le fuera a revelar de alguna forma los secretos del universo.

O quizá solo a él.

Sea como fuere, parece que le vendría bien una amiga.

—Oye, ¿qué estás haciendo? —pregunto mientras camino hacia él—. Aparte de tu mejor imitación de Narciso.

—No estoy enamorado de mi reflejo, te lo aseguro —contesta con un resoplido—. Aunque, de ser así, igual todo sería más sencillo.

—¿Más sencillo? —Enarco las cejas con curiosidad.

—Ah, venga ya, Grace. —La habitual sonrisa de Flint está tintada de una tristeza imposible de ignorar—. Ya sabes lo que es estar enamorada de un Vega.

—Lo dices como si fuera algo malo.

Se encoge de hombros.

—A saber.

—¿A saber? —Todo mi ser se pone en alerta cuando pregunto—: ¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que quiero decir es que tú también estás sola en este maldito jardín. —Se hace a un lado y después da toquecitos a las piedras que hay junto a él—. Siéntate y cuéntale al tío Flint qué te pasa.

—¿Tan evidente es? —Me río, pero termino con un suspiro.

—Llevo enamorado de un Vega desde que tenía catorce años. —Niega con la cabeza—. Por si te sirve de consuelo, la cosa no se vuelve más sencilla.

—¿Para nada? —inquiero más que horrorizada por sus palabras.

—Ni un poquito —admite. Sin levantar la mirada pregunta—: ¿Sabías que Jaxon tiene pensado aceptar el trono vampírico?

—Sí —afirmo con un suspiro—. Aunque no estoy muy segura de que vaya a hacerlo y, desde luego, no creo que deba.

Nuestras miradas se encuentran.

—¿No lo crees? Pero pensaba…

—¿Qué? —interrumpo—. ¿Que Hudson o yo queremos que Jaxon sacrifique su felicidad por una corte que nunca se ha preocupado por él?

Flint vuelve a mirar fijamente el estanque y nos quedamos sentados escuchando el lastimero piar de los pájaros cercanos durante lo que parece una eternidad.

Al final Flint habla en voz baja:

—¿Sabes cuál es el verdadero problema de amar a un Vega?

—¿Que siempre creen que tienen la razón? —pregunto con una ceja arqueada.

Flint suelta una risita, pero niega.

—Eso es horrible, no te lo voy a negar. Pero eso no es lo peor de amar a un Vega.

—Madre mía, es lo obsesionados que están con su pelo. —Le doy un codazo juguetón—. ¿A que sí?

Esta vez suelta una buena carcajada antes de añadir:

—Es cierto, tienen que ponerse una cama en el baño, porque la cantidad de tiempo que se pasan delante del espejo…

Se vuelve hacia mí para que remate el chiste, cosa que hago con gusto.

—¡Y los vampiros ni siquiera se reflejan en ellos!

Ahora ambos nos estamos riendo tanto que tenemos que agarrarnos los costados y es una maravilla recuperar a mi viejo amigo. Ese al que le gustaba tomar el pelo a la gente casi tanto como le gustaba que se lo tomaran a él. El sentido de humor de Flint es una de las cosas que más me gustan de él. Una de las cosas que Cyrus y este mundo parecen estar arrebatándole poco a poco, pues vuelve a hundir los hombros bajo un peso que carga y que yo solo puedo imaginar.

Le da una patada a una piedrecita que cae en el estanque y atraviesa el agua con un «plop» antes de hundirse hasta el fondo.

Su voz suena tan tosca como la gravilla que tenemos delante.

—Lo peor de todo de amar a un Vega, eso que no sé si podremos superar, Grace, es que creen que son los únicos que tienen el derecho a sacrificar algo. —Levanta la mirada para buscar la mía, sus cálidos ojos ambarinos relucen con lágrimas retenidas—. Solo espero que no te destroce como me está destrozando a mí.

82

Cuidado con esa lengua

Cuando Flint se va, lo dejo marchar. Odio que esté así de disgustado, pero odio todavía más no saber qué decirle para ayudarlo.

Aunque es Jaxon quien tiene que ponerse las pilas.

Y en realidad Hudson también. No sé qué está pasando en la Corte Vampírica, de qué van sus constantes mensajes, pero o somos compañeros o no lo somos. Es así de simple. No le estoy pidiendo que procese su trauma o me revele su vida íntima, solo que comparta conmigo aquello que afecta no solo a nuestra relación, sino también a su corte, a la mía y a todo el mundo paranormal.

Con ese pensamiento en mente vuelvo a subir a nuestra habitación para encontrarme con que no hay ni rastro de Hudson.

Me dispongo a mandarle un mensaje. No estará en otra llamada con la Corte Vampírica, ¿verdad? Sin embargo, antes de que le dé a enviar, Hudson entra por la puerta cargando con nuestra colada ya doblada.

—Has vuelto —me dice con una sonrisa.

—Has hecho la colada. —Me parece bastante ridículo comentar esto después de todo lo que he estado pensando, pero es lo que me sale. Probablemente porque suponía que estaría tan liado con lo que quiera que esté pasando con los vampiros que no se habría dado ni cuenta de que había puesto nuestra ropa a lavar.

Pero ya debería conocerlo. En lo que se refiere a mí, Hudson siempre está alerta.

—Creo que más bien ha sido un trabajo en equipo —dice mientras deja las prendas en un montón ordenado sobre la cama para poder darme un abrazo—. Tú has hecho la primera mitad. Yo solo he cogido las riendas en la segunda. ¿Cómo ha ido el paseo?

—Ha sido iluminador.

Alza una ceja.

—Esa es una respuesta interesante. ¿Te importaría darme detalles?

—Pues la verdad es que debería. —Antes de que pueda decir nada más, la alarma que me había puesto suena. Suspiro—. Pero después. Nos quedan cinco minutos para llegar a la terraza. Algo me dice que la Conservadora no tolera la impuntualidad.

Le doy la mano y tiro de él hacia la puerta.

No se mueve ni un centímetro.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—Creo que eso tendría que preguntártelo yo. —Sus ojos analizan los míos—. ¿De qué quieres hablar?

Quiero decirle que no es nada, pero no es cierto. Y Hudson y yo no nos mentimos, ni siquiera por chorradas. Me pasé demasiado tiempo mintiéndome a mí, y por ende a él, al principio de nuestra relación, y no hice más que herirnos a ambos. No quiero volver a atormentarlo de esa forma jamás.

En vez de eso, digo:

—Nada que no pueda esperar a después.

Ahora enarca ambas cejas.

—¿Estás segura?

Y que se preocupe por comprobarlo me hace sentir mejor en cierta forma.

—Estoy segura —contesto—. Venga, vamos antes de que convierta a alguien del grupo en una rana.

—No creo que sea posible —declara mientras salimos al pasillo.

—Y tú qué sabes. Es una diosa. ¿Y si convierte a alguien en una rana metamorfa?

—No creo que haya ranas metamorfas —contesta con una sonrisa divertida.

Pongo los ojos en blanco.

—Y tú qué sabes —repito.

—Pues mucho. Llevo vivo doscientos años y nunca me he encontrado con una.

—Lo dices como si fuera algo bueno —rebato. Y sí, soy consciente de que estoy siendo ridícula. Pero, si ahora no tenemos tiempo para hablar de lo que quiero de verdad, entonces prefiero sacar un tema absurdo. Es mejor que tener una conversación normal en la que Hudson cambie de tema cada diez segundos en un intento

por descubrir qué es lo que me tiene tan disgustada. Conozco muy bien a mi compañero.

—¿Que ninguno de nosotros sea una rana? —pregunta con las dos cejas todavía enarcadas—. Sí, debo admitir que me parece algo bueno.

—A saber. Igual te gustaría que tu chica pudiera cazar moscas con la lengua. —Saco la lengua a toda velocidad para demostrárselo.

Hudson frunce el ceño.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza cuando estabas en el jardín?

—Qué criticón estás —me quejo mientras empiezo a bajar las escaleras con él siguiéndome de cerca.

—No estoy criticón. Solo quiero que conste que tú y tu lengua me gustáis tal como estáis.

—Vaya, esa es una conversación que no se oye todos los días —bromea Heather siguiéndonos hacia el piso de abajo—. ¿Es que te sientes insegura con tu lengua, Grace? ¿O solo con algo que haces con ella?

—Supongo que ya sabemos lo que habéis estado haciendo, parejita —añade Eden mientras se une a nuestra fila en las escaleras y también a la conversación—. Sin duda es una forma de pasar el rato.

—La colada —espeto, y se me encienden las mejillas—. Hemos estado haciendo la colada.

—Conque así es como lo llaman los niños ahora. —Macy se une a la diversión con una sonrisa.

Esbozo una mueca para Hudson.

—¿Ves lo que has hecho?

—¿Qué he hecho? Eres tú la que piensa que uno de nosotros podría ser una rana metamorfa. —Finge un escalofrío al mencionarlo. Aunque, para ser sincera, no sé cuánto hay de falso en eso.

Eden se parte de risa.

—No quiero ni saber cómo ha empezado esa conversación.

—Creo que soy demasiado joven para saberlo —manifiesta Heather mientras finge cubrirse las orejas con las manos.

—¿Alguien sabe dónde está la terraza? —pregunto en voz muy alta decidida a cambiar de tema de conversación antes de que empeore todavía más. Puede que yo lo haya empezado, pero ya he tenido suficiente.

—¿Estás buscando moscas para cazar? —dice Macy con monotonía.

Incluso yo me río ante ese chiste. Todos lo hacen, menos Hudson, que me contempla con esos ojos oceánicos que siempre ven demasiado. «Pronto», me prometo cuando encontramos la puerta a la terraza y salimos. Pronto mantendremos la conversación que tengo pendiente con él.

Por ahora he de concentrarme en conseguir que la Conservadora nos dé detalles precisos sobre la ubicación del Árbol Agridulce y su rocío. Porque hay un montonazo de árboles en Sudamérica y, la verdad, no disponemos del tiempo necesario para comprobarlos todos.

83

Hablando al escondite

Cuando llegamos a la terraza, que, por cierto, tiene una vista preciosa de los jardines que me acabo de pasar horas explorando, no hay ni rastro de la Conservadora.

—¿Nos hemos equivocado de hora? —pregunta Heather en el momento en que todos rodeamos la mesa decorada con gusto exquisito.

—No, ha dicho a las dos en punto —informa Jaxon comprobando la hora en el móvil—. Y ya son las dos.

Como si sus palabras pusieran en marcha algún mecanismo, las puertas francesas que llevan a la terraza, las mismas que acabamos de cerrar, se abren de par en par.

Dos personas ataviadas con uniformes de servicio blancos y negros salen mientras cargan con enormes bandejas repletas de comida: sándwiches pequeñitos, *scones*, bollos, fruta y unas preciosas jarras de cristal, algunas llenas de té helado y otras de lo que juraría que es sangre.

Vemos incómodos que colocan la comida en la mesa junto a los candelabros de plata de época y los opulentos ramos de flores. Se marchan tan rápido como han venido, sin dirigirnos ni una sola palabra cuando nos sentamos a la mesa. Pero en cuanto desaparecen nos quedamos mirándonos los unos a los otros y preguntándonos si la Conservadora se va a presentar o no.

—¿Cuánto tiempo se supone que debemos esperar aquí? —pregunta Flint, y cuesta no darse cuenta de que está sentado a varias sillas de distancia de Jaxon. Y es más imposible todavía no percatarse de que se niega a mirarlo, aunque Jaxon no para de intentar que sus miradas se encuentren.

—¿Hasta que venga? —sugiere Macy, pero a estas alturas ya suena un poco dudosa.

—Igual ha recibido una llamada importante —interviene Heather.

Jaxon se pasa una mano por el pelo, está claro que está molesto.

—O igual es que no viene y punto. No sería la primera diosa que nos deja plantados.

—Y hablando de que es una deidad... —declara Macy—. ¿Alguien se ha preguntado qué es lo que colecciona una diosa llamada «la Conservadora»?

—Yo sí —digo, y chocamos las manos—. ¿Carteles de películas? —sugiero mientras pienso en todos los carteles que decoraban las paredes del piso de abajo.

—¿Vampiros? —ofrece Flint, y Jaxon lo mira fijamente. Nada incómodo, oye.

Me apresuro a cambiar de tema.

—Bueno, em...

Suenan todos los móviles a la vez y abrimos mucho los ojos. Tiene que ser un mensaje de Lorelei. Se siembra el caos mientras todos rebuscamos para sacar los móviles. Bueno, todos menos Hudson, que ya estaba usando el suyo y es el primero en leer el mensaje.

—Mierda. —Su acento suena tan marcado que se me revuelve el estómago.

Me tiembla la mano mientras desbloqueo el móvil y leo el mensaje de Lorelei con mis propios ojos.

Por favor, daos prisa.

Cuatro palabras de nada que hacen que se me rompa el corazón. Que se me haga añicos, mil millones de ellos.

Lorelei nos ha estado informando con frecuencia de que Mekhi estaba bien, que estaba aguantando. En el fondo yo sabía que estaba peor, pero que no quería darnos más preocupaciones a no ser que fuera estrictamente necesario. Lo que significa... que, si nos ha mandado este mensaje, debe de estar al borde de la muerte.

Me levanto.

—Necesito respuestas ya.

—Sí —coincide Macy—. Pero tampoco es que podamos darle caza en su propia casa y obligarla a hablar con nosotros.

Hudson mira a Macy.

—¿Estás segura de eso?

—Yo sí que puedo —dice Jaxon con una calma letal mientras empuja la silla con un chirrido para levantarse.

—Eso mismo estaba pensando yo —contesto—. Ha dicho que estaba prohibido acceder al segundo piso, ¿no?

—Sí, que era su espacio personal. —Macy también arrastra su silla mientras inspecciona con la mirada la casa y las escaleras de caracol que se encuentran a unos pocos metros de la terraza en la que nos hallamos—. ¿Nos arriesgamos?

Sé que no es una pregunta de verdad, pero aun así respondo.

—Nos arriesgamos.

—Pues claro que sí —afirma Flint antes de apartar su silla y ponerse en pie al mismo tiempo que Eden y Heather—. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—Me da un poco de miedo descubrirlo —dice Heather, pero es la primera en caminar hacia las escaleras, y por «caminar» me refiero a marchar como un general.

—A todos —admite Macy alcanzándola en solo dos zancadas—. Pero ¿qué alternativa hay? ¿Quedarnos aquí esperando a que ella se acuerde de que existimos hasta que Mekhi se muera? No vamos a hacer eso.

—No, claro que no. Pero tampoco vamos a enfrentarnos a ella en masa. —Miro a Macy y a Heather, quienes se han detenido con un pie en las escaleras—. ¿Por qué no vamos nosotras tres a hablar con ella? Pediremos refuerzos si los necesitamos.

—¿Estás segura de que no quieres que vaya? —pregunta Hudson.

—¿Quiero que vengas? Sí, por supuesto. Pero creo que si nos plantamos en su espacio personal sin avisar, lo mejor es que no seamos muchos, ¿sabes?

Cuando por fin asimila lo que estoy diciendo parece totalmente horrorizado ante la idea de pillar a la Conservadora en pelotas, y lo mismo le pasa al resto.

Aunque parece que a Jaxon no le importaría una mierda que estuviera desnuda siempre y cuando le diera las respuestas que necesita, pero le digo que no con la cabeza rápidamente. Me aguanta la mirada.

—Cinco minutos —anuncia.

Y me impresiona este control recién adquirido.

Heather, Macy y yo subimos los peldaños de las escaleras de dos

en dos hasta llegar al piso de la Conservadora. Cuando llegamos descubrimos que se divide en dos alas, ambas escondidas detrás de unas puertas de madera con un tallado lleno de detalles.

—¿Hacia qué lado vamos? —pregunta Macy mientras nuestras miradas van de una puerta a otra.

—Hacia el que podamos —contesto—. Id a ver si esas puertas están abiertas, yo haré lo mismo con estas. —Giro hacia la izquierda y pruebo ambas puertas, pero no se mueven ni un milímetro. Le echo un vistazo a Heather justo a tiempo para ver que una de las puertas de su lado se abre con un crujido—. Pues entonces, a la derecha —digo mientras me uno a ella.

—¿Llamamos antes? Por lo menos para darle la opción de que nos deje pasar —pregunta Macy.

—La verdad es que no quiero darle esa opción —señalo—. Pero sí. En realidad, deberíamos.

Llamamos, pero no recibimos respuesta y decido que no estoy de humor para esperar más. Cada segundo que malgastemos es un segundo que Mekhi se acerca más a la muerte.

Empujo la puerta para abrirla del todo.

—¿Perdón? ¡Necesito hablar con la Conservadora! —grito.

Cuando sigue sin haber respuesta miro a Macy, me encojo de hombros y entro.

No sé muy bien qué esperaba, pero no era una sala de estar así de normal. Paredes de color rosa palo, un sofá crema, mesita de café y mesa auxiliar de madera clara. Libros antiguos en las estanterías que ocupan una de las paredes. Unos cuantos chismes esparcidos por las diferentes superficies.

—¿Aquí es donde la Conservadora pasa el rato? —pregunto escéptica.

—No —contesta la Conservadora cuando una de las estanterías se mueve hacia delante y de repente se planta en el umbral de una puerta que se acaba de crear—. Me paso todo el tiempo aquí. Aunque sí que me gustaría preguntaros qué estáis haciendo en mis aposentos cuando recuerdo haberos dado claras instrucciones de que no entrarais.

La expresión de su rostro nos advierte que más nos vale tener una buena respuesta.

84

No hay nada como el presente

—Hemos llamado —asegura Macy.

La Conservadora enarca una ceja.

—¿Y vuestra respuesta habitual a que alguien no conteste cuando llamáis a la puerta es allanar su casa igualmente?

—Lo siento —me disculpo antes de que el filo de su mirada y su tono ensarten a mi prima y la atraviesen—. Pero es que necesitamos hablar contigo con urgencia sobre el Árbol Agridulce.

Su mirada infinita y sideral se centra en mí.

—Entiendo que estéis preocupadas por vuestro amigo. Sé que la situación es grave, pero todavía le queda tiempo. Yo, por el contrario, no lo tengo. Por favor, ya sabéis dónde está la salida.

Y con eso se vuelve a su santuario interior, y la puerta-estantería se cierra a sus espaldas.

—Parece que la hemos fastidiado —me dice Macy con un suspiro enorme—. ¿Qué hacemos? ¿Esperamos a que vuelva a salir?

—Supongo —contesto. Pero a medida que pronuncio las palabras me voy aproximando a la librería—. Esto se parece un poco a la puerta de tu pasadizo secreto, ¿no? Tiene que haber una forma de abrirla por ambos lados.

—No estarás pensando en entrar, ¿verdad? —pregunta Macy con los ojos bien abiertos—. ¡Si parecía que estaba a punto de soltarnos un bofetón!

—Los dioses no dan bofetones a los semidioses —afirmo con un aspaviento de la mano. No tengo ni idea de si eso es cierto, pero decido creer que sí.

—Ya, vale, pero ¿y a las brujas? ¿O a las humanas? —rebate Heather mientras me pone una cara de «¿estás de coña?»—. Tengamos en cuenta que aquí no todas somos semidiosas.

—Ahí le has dado. —Aun así no puedo evitar ir sacando libros de

los estantes uno a uno, solo para ver si la puerta se va a abrir de nuevo. O no.

—¿Hola? —Heather me pasa una mano por delante de la cara—. ¿No acabas de decir que estaba en lo cierto sobre lo de los bofetones?

—Pues sí. —Agarro un libro rosa eléctrico ilustrado sobre grupos de rock y tiro de él. No ocurre nada.

—Entonces ¿por qué sigues intentando abrir la maldita puerta? —pregunta exasperada.

Tiro de otro libro, este sobre las letras de los Beatles.

—Porque no nos queda tiempo —explica Macy, y esa frase lo resume todo, la verdad. Ambas comparten una mirada y después empiezan a tirar de libros conmigo.

Después de acabar con los tres primeros estantes, me agacho y sigo con los dos de abajo. Tiene que haber una forma de entrar en esa puñetera habitación y estoy decidida a encontrarla.

—Podríamos pedirle a Hudson que desintegre las estanterías —sugiere Macy—. Aunque eso sí que acabará con alguien recibiendo un golpe seguro.

—¿Y si está ocupada de verdad con obligaciones dignas de una diosa? —pregunta Heather, pero continúa sacando libros—. A ver, ni siquiera sabemos qué asuntos de diosa se trae entre manos. Igual está salvando a un pueblo de un volcán ahora mismo.

En ese momento la puerta se vuelve a abrir y lanzo un chillido de victoria en mi cabeza. Debo de haber encontrado el libro correcto... Hasta que me doy cuenta de que la Conservadora está plantada delante de mí lanzándome una mirada asesina.

—Sí, Grace. Igual está ocupada de verdad —espeta con una voz que destila irritación.

—Sé que estás ocupada. Estoy segura de que, hagas lo que hagas, te toma mucho tiempo...

—¿Toma mucho tiempo? —repite con las cejas enarcadas—. ¿Así es como lo quieres llamar? ¿Cuánta gente hay en el mundo, Grace?

—Casi ocho mil millones, creo.

—En realidad ya son más de ocho mil millones. Hay más de ocho mil millones de habitantes en este planeta, y tengo que observar a todos y cada uno de ellos y decidir qué es lo que importa y qué es lo que no. Así que, sí, Grace, estoy un poquito ocupada.

—¿Nos vigilas a todos? ¿A todas horas? —Macy suena fascinada

y horrorizada a partes iguales.

—*All the time* es una canción de Barry Manilow, del año 1976 —informa, y ya no suena tan enfadada, solo cansada—. Pero sí, lo más parecido «a todas horas» que puedo.

Suena imposible. Por no decir absolutamente miserable.

Y un poco invasivo, la verdad. Abro los ojos como platos. ¿Me estaba viendo decidirme entre las bragas de corazones morados y las de conejitos esta mañana?

—¿Qué clase de diosa eres? —pregunta Heather con una ceja enarcada—. Porque mira, te voy a ser sincera, no me siento cómoda con la idea de que me hayas visto ducharme esta mañana.

La diosa en cuestión entrecierra los ojos al mirar a Heather y se acerca un paso más.

—No te he visto duchándote esta mañana ni ninguna otra. —Levanta el mentón y se pone recta para parecer más alta, aunque sigue siendo de mi misma altura—. Para tu información, soy la diosa de la historia y mi responsabilidad consiste en recopilar todos los eventos históricos. Y tu ducha no lo ha sido.

De repente me vienen a la mente algunas de mis duchas recientes, en las que puede que Hudson haya formado parte o no, y abro los ojos todavía más.

Pasa a mirarme a mí y suelta sin emoción alguna en la voz:

—Ni las tuyas. —Entonces niega con la cabeza—. Tengo suficiente trabajo solo estando al corriente de los eventos importantes de cada día. Estoy agotada, y eso quiere decir que a veces debo prescindir de momentos más sencillos, por muchas ganas que tenga de registrarlos.

—¿Cómo lo haces? —indago tras un instante—. Es decir, ¿cómo duermes? ¿O cómo encuentras tiempo para ir al baño?

—¿Y quién estaba vigilando el mundo cuando estabas desayunando con nosotros esta mañana? —añade Macy. Espero que la Conservadora no se percate de que suena un poquito acusona.

Parece ser que no lo hace, o que le da igual, porque se limita a suspirar.

—Os lo he contado esta mañana. Clío me cubre unas cuantas horas todos los días. Ha venido cuando yo estaba con vosotros antes. Pero no puede volver a cubrirme tan pronto, así que estaréis solos para la comida y la cena esta noche.

—¿Clío? —inquiere Macy, y sé que está intentando averiguar dónde ha oído ese nombre antes—. ¿También es una diosa?

—Es una musa —contesto mientras recuerdo que no he podido encontrar la estatua de la musa esta mañana, hasta que ha aparecido de repente. Aún me parece un poco inverosímil. Aunque, bueno, hay un montón de cosas en el mundo de las que podría decir lo mismo—. Pero ¿estás hablando de alguien real o solo de una de las estatuas de tu jardín?

La Conservadora enarca una ceja.

—¿De verdad vas a hablarme tú de estatuas que cobran vida?

—Yo me convierto en estatua y no al revés. En realidad no es lo mismo.

Inclina la cabeza.

—*Fair enough*, que es el título de una canción de Beth Nielsen Chapman del año 1997.

No sé si debería hacer algún comentario al respecto o no. No para de decir títulos de canciones como si estuviéramos en la categoría musical de un concurso de la tele o algo, pero no sé si es porque le encantan los datos curiosos o porque es una música frustrada.

Me parece que la eternidad es tiempo suficiente para aprender a tocar un instrumento. O por lo menos lo sería si no tuviera que trabajar de sol a sol. Me pregunto si ha estado en alguno de los conciertos de los que colecciona carteles, o si solo los ve en su bola de cristal o lo que sea que utilice para registrar la historia.

Ese pensamiento me pone triste, toda la situación, en realidad, y por segunda vez en la misma cantidad de minutos empiezo a pensar en cómo podemos sacar ambas lo que queremos de esta situación.

—¿Cómo cobra vida Clío? —pregunta Macy, todavía centrada en la ayudante de mármol de la Conservadora—. Si no es una gárgola…

—No lo es. Una amiga mía la hechizó hace años para que yo pudiera descansar de vez en cuando. Pero el hechizo solo dura unas cuantas horas seguidas. En cuanto vuelve a la forma de estatua ya no puede volver a tomar forma humana hasta que el sol se ponga y salga otra vez.

—A ver, para que me quede claro —anuncio—. Durante varias horas al día, ¿una estatua que no es una persona real decide qué partes de la historia se conservan y cuáles no?

Heather da un chasquido con los dedos.

—Ahhh… Conservas la historia.

La Conservadora pone los ojos en blanco, pero contesta.

—Lo haces sonar peor de lo que es.

—Suena bastante mal —interviene Macy—. Peor aún que el hecho de que hayan encargado a una sola persona registrar toda la historia mundial. Para siempre.

—Una diosa. Y tampoco es que nadie más se haya ofrecido voluntario para hacer el trabajo —contesta, y su tono destila más que un poquito de rabia—. Jikan pudo irse de vacaciones hace unos dos meses. Cassia se ha pasado los últimos mil años de vacaciones. Y Adria… —Resopla—. ¿Esa hace algo?

—¿Te refieres a algo más que arruinarle la vida a la gente? —pregunto mientras bajo la mirada al insufrible tatuaje de la Anciana que me sube por la muñeca.

La Conservadora se ríe.

—Es su talento personal.

—Qué nos vas a contar —murmura Macy.

—Pero, hablando de registrar la historia y tener una vida desdichada, he de volver al trabajo —anuncia la Conservadora—. Podremos hablar más mañana por la mañana, en el desayuno.

Se da la vuelta y empieza a cerrar la puerta-estantería que conduce a su dominio histórico secreto, pero extiendo la mano antes de que pueda cerrarla.

—¿Te importa que entremos contigo? —solicito.

Parece sorprendida, y mucho más que un poco sospechosa.

—No dejo entrar a nadie en esta sala.

—Ya, todo ese rollo de «puerta cerrada y pasadizo secreto» nos había dado alguna pista —bromea Heather, cosa que hace que la Conservadora entrecierre los ojos hasta que se convierten en dos líneas.

—Ha pasado mucho tiempo desde que golpeé a alguien por última vez. No me hagas arrepentirme.

Como la amenaza es real, me interpongo entre ellas. Después le lanzo una mirada a mi mejor amiga que significa «¿Qué cojones haces?».

Heather se limita a encogerse de hombros con pinta de estar aburrida, a lo que la Conservadora contesta gruñendo entre dientes.

No esperaba que estuviera precisamente de este humor mientras

yo intento juntar piezas con desesperación para conseguir un trato.

—Sé que este es tu espacio privado —comento con el tono más conciliador, y espero que menos evidente, que consigo poner ahora mismo—. Pero tenía la esperanza de que pudieras hacer una excepción solo esta vez.

La Conservadora enarca ambas cejas.

—¿Porque la reina gárgola es muy especial?

—Porque tengo una idea que podría beneficiarnos a ambas —contesto.

Parece escéptica, y más que un poco intrigada, que es exactamente lo que buscaba. Pero antes de que pueda decir nada más se oye como un fuerte grito atraviesa la estancia a sus espaldas.

—¡Mierda! —farfulla antes de darse la vuelta y desaparecer en la sala de registro de historia.

Pero deja la puerta abierta.

No sé si es porque tenía mucha prisa por ver lo que está pasando o si es una invitación para nosotras. Pero hay un antiguo dicho que reza que «es mejor pedir perdón que pedir permiso» y, sin duda, esta es una de esas ocasiones en las que se puede aplicar.

Le echo un vistazo a Macy para ver si opina lo mismo que yo y veo que ya está inclinada hacia un lado intentando ver qué hay dentro de la sala.

—Bueno, vamos a entrar, ¿no? —pregunta, y está claro que estamos en la misma onda.

—Ya te digo —confirmo.

Y entonces abro la estantería de un tirón y entro con Macy y Heather pisándome los talones. Porque hay algunas cosas que de verdad hay que ver para creer.

85

El mundo es tu escenario televisor

—Joder —murmura Macy mientras la estantería se cierra con un portazo a nuestras espaldas.

—Joder —repetimos Heather y yo.

No he dedicado mucho tiempo a fantasear con el aspecto que tendría este cuarto; a fin de cuentas, acabo de enterarme de su existencia. Pero, aunque le hubiera dedicado tiempo, jamás habría sospechado que sería así. Creo que me imaginaba una especie de orbe brumoso que permitiría a la Conservadora adentrarse en cualquier momento de la existencia humana actual que se le antojase.

Y supongo que en cierta medida es justo eso.

Aunque aquí no hay accesorios mágicos antiguos ni ninguna bola de cristal mística para que mire por ella el presente en todas partes del mundo. En vez de eso, hay paredes y paredes llenas de televisores.

Solo que no se parecen a ningún televisor que haya visto antes.

No, estas no son las pantallas grandes y rectangulares a las que estoy acostumbrada, las que cuelgan en la pared por encima de la chimenea y emiten las imágenes con la mayor claridad y calidad imaginables.

No, estos son televisores diminutos, de forma cuadrada, que parece que se hayan escapado directamente de los años cincuenta.

Definitivamente, son reliquias de un pasado no tan lejano pintadas de dorado o plateado, con botones para encenderlas o subir el volumen justo por debajo de las pantallas curvas en blanco y negro. Y están por todas partes.

Y, cuando digo «por todas partes», va en serio.

Porque en este cuarto no hay ventanas que den al jardín.

No hay cuadros de los maestros de la pintura moderna.

No hay carteles de los conciertos más famosos de la historia.

No, nada en este cuarto se parece a la estética característica de la

Conservadora con la que decora el resto de la casa. Es imposible, porque tiene un montón de filas de televisores apilados que van de una esquina a otra y del suelo al techo. Miles y miles de televisores, todos encendidos. Todos en blanco y negro. Todos mostrando a alguien haciendo algo en alguna parte del mundo.

Y la Conservadora está sentada en una silla giratoria en el medio de un escritorio circular en el centro de la estancia. Tiene un diario grueso abierto delante de ella y una taza enorme llena de bolígrafos junto a la mano derecha. Mientras se inclina hacia delante y empieza a escribir en el diario, uno de los miles de televisores del cuarto pasa de estar en blanco y negro a estar en color.

—Joder —vuelve a farfullar Macy. Y no la culpo, porque yo estoy pensando justo lo mismo.

Me acerco más al televisor en color intentando averiguar qué es lo que está mostrando y de dónde proviene el metraje. Pero, antes de que pueda descifrarlo, la imagen cambia a otro lugar y vuelve a estar en blanco y negro.

Es entonces cuando me doy cuenta de que todas las imágenes están cambiando casi en todo momento. Parpadean para mostrar algo que está ocurriendo en alguna parte, muestran la secuencia durante unos cuantos segundos y, después, cambian a otro acontecimiento que está teniendo lugar en otra parte. Esto pasa en todos los televisores de la estancia de forma continuada.

Otro televisor se vuelve de color durante unos tres segundos, y me vuelvo hacia él justo a tiempo para verlo desteñirse y pasar a blanco y negro. Al mismo tiempo, la Conservadora gira la silla… ¡No, un momento! El escritorio en su totalidad gira con ella en una especie de plataforma circular y comienza a observar una pared distinta. Dos segundos después empieza a garabatear en su diario, y uno de los televisores de esa pared cambia a color mientras lo hace.

Es una de las cosas más raras que he visto.

Por supuesto, los destellos de color tienen que ver con lo que ella considera que es lo bastante importante para apuntarlo en su libreta. Si la Conservadora decide que es trascendental, el momento estalla en colores antes de volver a ser blanco y negro en cuanto ella ha terminado.

Pero ¿cómo funciona? Y ¿de verdad son tres segundos tiempo suficiente para saber qué está ocurriendo en esas situaciones que ha

seleccionado?

Debe de bastar, porque otro televisor cambia de color justo delante de mí. Y luego otro. Y otro. Y otro mientras la Conservadora sigue apuntando en su diario.

Es impresionante lo mucho que ve y consigue registrar. Pero, al mismo tiempo, es inevitable que me pregunte qué más se está perdiendo. Porque sin duda algo importante estará ocurriendo en más de un lugar del mundo al mismo tiempo.

¿Cómo ve ambas cosas? ¿O es que tiene que escoger lo que cree que es más fundamental? ¿Y qué pasa si se necesitan más de tres segundos para saber qué está ocurriendo en cada situación seleccionada? Entonces ¿se pierde algo más?

Toda esta situación me parece de lo más insólita. Aunque, bueno, una bola de cristal o un espejo adivino serían igualmente extraños y eso no me haría flipar tanto. ¿Por qué esto sí?

—Bueno, ¿cuál es tu idea? —pregunta la Conservadora después de un par de minutos.

—¿Mi idea? —repito distraída viendo a un niño caerse de su bicicleta en alguna parte cerca del océano Pacífico.

Llora, después la imagen cambia y la reemplazan dos hombres en lo que parece ser una cita elegante. Uno de ellos saca un estuche con un anillo del bolsillo, pero, antes de que pueda ver si el otro hombre le dice que sí, la imagen vuelve a cambiar. Esta vez muestra una clase llena de niños aprendiendo lo que creo que es Álgebra Básica.

—Me estás tapando la vista, Grace —dice la Conservadora de repente, y me doy cuenta de que, con cada momento que he pasado observando, me he ido acercando más a la colección de televisores hasta quedarme plantada justo delante de varios.

—¡Lo siento! —me disculpo mientras me vuelvo a acercar adonde está ella—. Es que me ha...

—Cautivado —acaba ella por mí, y empieza a escribir otra cosa en su enorme diario—. Créeme, te entiendo. Todos los días ocurren cosas fascinantes por todas partes del mundo.

—Pero ¿cómo lidias con no saber cómo acaban? —inquiero—. Sobre todo si crees que es un momento histórico importante.

—Suponiendo que acaba mal —interviene Macy con tono astuto —. Es evidente.

—La mayoría de las cosas lo hacen —coincide la Conservadora—.

Pero puedo quedarme más tiempo en ciertas situaciones si así lo deseo. Sin embargo, ahora mismo no ocurren más que nimiedades...

Se calla cuando uno de los televisores a mi izquierda se tinta de color y se queda así durante casi un minuto mientras la mujer lo contempla y a la vez registra lo que está ocurriendo. Es una especie de mitin político en un país de habla hispana a juzgar por los carteles que lleva la gente.

—¿Puedes hacerme un favor? —inquiere la diosa a la vez que continúa redactando.

—Pues claro. ¿Qué necesitas?

—Ahí dentro... —Señala con la cabeza el único trozo de pared que no está cubierto con televisores, porque resulta que es una puerta estrecha—. Hay una estantería llena de diarios vacíos. Están en el estante justo a la derecha de la puerta. ¿Puedes traerme uno, por favor?

—Claro.

Voy hacia la puerta y la abro. Se enciende una luz en el interior de la estancia en cuanto lo hago, y se me escapa un grito ahogado ante lo que veo. Porque es otro cuarto enorme, puede que incluso más grande que el de los televisores, y todo el espacio disponible está repleto de estos libros.

Todo. El. Espacio. Disponible.

No solo las estanterías que recorren las paredes, y eso que hay decenas, sino también cada centímetro de suelo. Hay pilas y pilas y pilas de diarios terminados que van del suelo al techo de la estancia. Ocupan tanto espacio que el único sitio en el que puedo colocarme en todo el cuarto es justo delante del estante que hay a la derecha de la puerta, donde la Conservadora me ha indicado que encontraré los diarios vacíos.

Cojo uno, parpadeo cuando aparece otro mágicamente para reemplazarlo, y salgo corriendo tan rápido como puedo de la estancia abarrotada que me está dando claustrofobia.

—¿Es esto lo que buscabas? —pregunto dejándolo en el escritorio, al lado de donde la Conservadora sigue sentada y escribiendo.

Solo le quedan unas pocas páginas para acabar el diario actual.

—Disculpa —dice Heather desde su sitio, al otro extremo de la habitación—, pero esto parece importante.

—Llevo dedicándome a esto mucho tiempo —informa la Conservadora, la voz destila arrogancia—. Creo que sé lo que es import...

Se calla al mismo tiempo que el televisor que Heather señalaba se tiñe de color. Justo a tiempo para ver un coche estamparse contra un camión en una intersección. Suelto un grito ahogado. Nadie sobreviviría a semejante accidente.

La Conservadora murmura algo entre dientes en un idioma que no entiendo. Pero empieza a escribir con furia.

Segundos más tarde el televisor se vuelve blanco y negro, y ella se centra en otra cosa.

Esta dinámica continúa durante unos cuantos minutos y, aunque me fascina lo que estoy viendo en las pantallas, sigo preocupada por el tiempo que estamos malgastando. Todos los segundos, minutos y horas que estamos dejando correr mientras Mekhi se pone cada vez más enfermo.

Y, aunque sé que mi última idea solo hará que tardemos más horas en conseguirle ayuda, creo que a largo plazo acelerará las cosas. Porque la Conservadora no parece tener prisa ninguna en darnos la información que requerimos y, si solo podemos hablar con ella durante una hora seguida, puede que tardemos días antes de que nos cuente todo lo que necesitamos saber.

Y no disponemos de días.

De hecho, no sabemos cuánto tiempo nos queda, aunque sospecho que mi idea también va a solucionar ese problema.

Por eso mismo, cuando la Conservadora por fin cierra el diario que tiene delante después de haber escrito hasta el final de la última página y lo deja a un lado, me aprovecho de ese momento de desconcentración.

—Tengo una propuesta para ti —le informo cuando agarra el diario en blanco.

—¿Una propuesta? —pregunta mientras aparta los ojos de las pantallas durante un nanosegundo para mirarme antes de volver a centrarse en los televisores—. ¿Qué te hace pensar que me interesaría lo que sea que quieras proponerme?

—Porque hace mucho tiempo que no tienes vacaciones —contesto—. Y yo puedo cambiarlo.

—¿Puedes? —pregunta, aunque suena desconfiada.

—¿Puedes? —inquiere Macy al mismo tiempo.

Ignoro su pregunta y sigo concentrada en la Conservadora.

—Son más bien unas minivacaciones y no unas vacaciones de verdad, pero supongo que por algo se empieza, ¿no?

La Conservadora se ríe. Y se ríe. Y se ríe.

—A ver si lo he entendido. ¿De verdad crees que puedes hacer mi trabajo?

—Ni en broma —le digo—. Pero creo que siete personas sí que pueden.

La Conservadora entrecierra los ojos.

—¿Cómo de minis son esas minivacaciones?

—Primero déjame hacerte una pregunta... —Señalo a los televisores—. Si la situación de nuestro amigo Mekhi empeorara más todavía, ¿se encendería uno de estos televisores? ¿O podrías conseguir que lo hiciera?

Eso capta su atención, así que detiene el bolígrafo durante el más breve de los segundos antes de continuar escribiendo.

—Podría. —Es su única respuesta.

—Entonces podemos concederte veinticuatro horas —anuncio. Macy empieza a protestar, pero levanto un dedo en el símbolo universal de «con una condición», y se calma—. Pero tendrías que acceder a contarnos cómo encontrar exactamente el Árbol Agridulce en cuanto vuelvas. Y tendrías que dejar uno de estos televisores mostrando a Mekhi de forma permanente para asegurarnos de que va a estar bien hasta que regreses —digo mientras muevo el brazo para señalar la pared de pantallas.

Enarca una ceja.

—Un hombre enfermo no puede ser el centro de toda una generación, querida.

—Este sí —contesta Macy, y su tono dice que esta cuestión no es debatible.

Me apresuro a intervenir:

—No podríamos concentrarnos en registrar la historia para ti si estamos muertos de preocupación por nuestro amigo.

El escritorio gira varias veces más mientras la Conservadora escribe a toda prisa, pero sé por el gesto de su mentón que está planteándose mi oferta.

Al final contesta con sequedad:

—Desde luego, sí que son unas minivacaciones.

Se calla y escribe en el nuevo diario cuando el televisor justo delante de nosotras se tiñe de color. Registra la historia que ve en él, después la de otro televisor. Y otro. Y otro. Y otro.

Empiezo a pensar que va a ignorar mi propuesta sin más cuando, de repente, aparta la mirada de la pared de televisores y pregunta:

—¿De verdad crees que tú y tus amigos podréis hacer esto durante veinticuatro horas?

—Por supuesto —afirmo, incluso aunque Macy niegue con la cabeza y articule con los labios que «ni de coña» a sus espaldas.

—¿Veinticuatro horas? —repite.

Saco el móvil del bolsillo y le mando un mensaje rápido a Lorelei.

¿Tenemos más de veinticuatro horas?

Aparecen tres puntitos en la pantalla y aguanto la respiración. Por favor, por favor, por favor, que a Mekhi le quede más de un día de vida.

¿En mi opinión? Sí. Aunque raspadas.

Suspiro y escribo rápidamente «perfecto» antes de meterme el móvil en el bolsillo de nuevo y volver a mirar a la Conservadora a los ojos. Sonrío con tanta confianza como puedo.

—Veinticuatro horas.

—Tenéis que estar pendientes de los televisores cada minuto de esas veinticuatro horas —explica. Entonces se detiene para escribir algo antes de volver a dirigirse a mí—. Cada minuto. Y lo escribís en estos cuadernos usando solo esos bolígrafos. —Señala una taza repleta de bolígrafos que hay encima de su escritorio en la que pone MOULIN ROUGE!—. No pueden ser otros bolígrafos —reitera.

—Por supuesto —le digo a la par que agarro uno para analizarlo.

Para mi sorpresa, no parecen ni la mitad de especiales de lo que esperaba al tratarse del único tipo de bolígrafo que puede registrar la historia. De hecho, se parecen mucho a los bolis normales de la marca Paper Mate. No me puedo contener.

—¿Están imbuidos con magia o...?

—Sí. —Pero no explica más—. Además, son mis favoritos y punto. Me gusta la sensación de escribir con ellos y cómo quedan en la

página. Así que solo esos bolígrafos. ¿Queda claro?

—Sí —confirmo.

—Si dudáis… —Se calla para redactar algo más—. Apuntadlo y ya. Puedo echarle un ojo a lo que hayáis hecho cuando vuelva. He hechizado los televisores para que se enciendan como guía, aunque aquí juega un gran papel quién registre, pues algunos de los momentos más trascendentales de la historia de la humanidad parecían inconsecuentes al principio. Si habéis anotado algo que no debíais, ya me encargaré yo. Pero como os dejéis algo…

—No habrá manera de registrarlo después —termina Macy por ella.

—Exacto. —Mueve la mano hacia una de las pantallas pequeñas y aparece una visión todavía más pequeña de Mekhi y Lorelei, la cual está sentada en el borde de la cama dándole la mano. Me parte el alma ver a nuestro amigo tan enfermo e indefenso, pero por lo menos parece estar descansando—. Bueno… —Se levanta y me entrega el bolígrafo con una floritura—. No hay nada como el presente para ponerse manos a la obra. Mientras tanto, vosotras dos id a traerle a vuestra amiga más diarios. Los va a necesitar. Todos los necesitaréis.

—Qué suertudas —masculla mi prima, y me lanza una mirada asesina que sin duda significa «¿Qué cojones te pasa?». Por lo menos eso es lo que creo que decían sus ojos. Estoy demasiado concentrada en coger el boli y sentarme en una de las sillas que han aparecido mágicamente, cada una dirigida hacia una sección de televisores. Heather se pide la tercera silla del trío y empieza a escribir con frenesí.

—Cada silla está conectada a su propio escritorio, así que se mueven a la vez. Este botón hace que el escritorio deje de girar, aunque supongo que no lo necesitaréis si sois siete —comenta, pero no tengo tiempo de ver lo que está señalando, pues estoy demasiado ocupada registrando un incendio en un pequeño museo francés para prestarle mucha atención. Un par de minutos después la Conservadora sale por la puerta despidiéndose con la mano—. Nos vemos dentro de veinticuatro horas.

No contesto. No puedo. Tengo una batalla librándose en Ucrania, un robo a un banco en Praga y una entrega de premios musicales importantes en Italia. No tengo tiempo de nada que no sea escribir.

Aun así, en cuanto se cierra la puerta tras la diosa, Macy, quien

también está anotando, se vuelve hacia mí rabiosa.

—¿Qué cojones te pasa?

—Veinticuatro horas y sabremos la ubicación exacta del árbol —digo a toda prisa—. Confía en mí. Lidiar con dioses es un asco, y parece que se siente sola. Podría haber alargado el asunto durante semanas… y a Mekhi le quedan horas.

—¿Acaso llegarán a veinticuatro…? —Se calla y empieza a escribir a toda prisa en el diario.

Yo también estoy anotando cosas. Una persona de Dakar que se dedica a la ciencia acaba de publicar sus descubrimientos en una revista de microbiología, y un miembro de la realeza noruega poco conocido acaba de fallecer.

Pasan varios minutos hasta que me acuerdo de contestar, porque están ocurriendo muchas cosas ahora mismo.

—Podemos verlo. Está bien. —Señalo a su televisor—. Lo tenemos controlado. Además, ¿tan difícil es escribir cosas?

Macy no contesta. Y, cuando le echo un vistazo, veo que es porque está escribiendo frenéticamente y no puede más que resoplar.

86

Escribe o muere

Cuando llevamos cinco minutos quiero pedir ayuda, pero no puedo perder tiempo buscando el móvil porque estoy demasiado ocupada escribiendo tan rápido como puedo. Resulta que los bolígrafos sí que son especiales y escriben a velocidades sobrehumanas.

Cuando llevamos diez minutos por fin consigo sacarme el móvil del bolsillo, pero después lo suelto corriendo cuando explota un edificio en el sur de Chicago.

Cuando llevamos quince minutos, ya me he olvidado de que la ayuda existe y estoy en modo «escribe o muere» total. Registro una muerte en Etiopía, la firma de libros en São Paulo de un autor que escribe sobre el cambio climático, el nacimiento de un bebé en Filipinas. Un televisor tras otro cobran vida en tecnicolor e intento escribir más rápido de lo que puede un bolígrafo encantado por una diosa.

Supongo que a Macy le pasa lo mismo, pero me da demasiado miedo lo que vaya a pasar a continuación como para arriesgarme a apartar la vista de los monitores para mirarla. Sin embargo, me llegan ruidos muy extraños de su lado de la habitación: grititos, jadeos y un par de sollozos agudos que me mandan escalofríos por la columna.

—¿Estás bien? —consigo preguntar cuando deja escapar otro grito triste. E inmediatamente escribo esas palabras exactas en el registro que estoy haciendo de la última decisión de la ONU—. Mierda —mascullo mientras las tacho, y me pregunto si puedo tachar cosas en el registro, aunque sea evidente que es un error. Lo último que quiero es alterar la historia, sobre todo cuando lo único que intento es dejar constancia de todas las cosas importantes. Aunque, ¿de verdad se considera alterar si lo que estoy haciendo es tachar palabras que no deberían haber estado ahí en un principio?

Bueno, igual que Macy y yo estemos aquí sentadas haciendo este

trabajo ya se considera alterar la historia de por sí. Evidentemente esa no es nuestra intención. De hecho, ambas nos estamos esforzando al máximo para anotar tantos acontecimientos importantes como podamos.

Pero ¿quiénes somos nosotras para decidir qué es importante y qué no?

Quizá esos premios de cine indio a los que he dedicado diez segundos (resulta que los bolígrafos mágicos también permiten a quien escriba entender y escribir en todos los idiomas) no se merecían más atención que los seis segundos que he invertido en registrar un secuestro de Inglaterra al que he restado importancia. O quizá la explosión de Chicago no sea ni la mitad de trascendental que el accidente de tráfico que acaba de ocurrir en Belice.

¿Cómo se supone que vamos a saberlo?

Heather, Macy y yo tenemos diecisiete y dieciocho años, no es suficiente experiencia en la vida para tener la perspectiva necesaria para hacer este trabajo, para tomar estas decisiones. Ni siquiera nuestros diversos puntos de vista y educación bastan para hacer un registro imparcial de todo el mundo, ¿no?

Pero ¿es nuestra lente peor que la de la Conservadora? Es una diosa que lleva aquí encerrada casi desde el principio de los tiempos. Sí, ha visto de todo desde esta sala, pero ¿acaso ha experimentado algo?

La idea me entristece tanto como me frustra... y me preocupa. Hay un antiguo dicho que reza que la historia la escriben, injustamente, los ganadores. Pero, de alguna forma, esto me parece todavía peor. Siento que es como si la historia la escribiera gente que ni siquiera ha estado en el campo de batalla.

«¿Cómo va a ser eso la historia real?», me pregunto mientras sigo anotando información, esta vez sobre una misión de rescate en una mina chilena.

Pero mis pensamientos se ven interrumpidos cuando Heather suelta un grito agudo y de repente se echa a llorar.

—¡Heather! ¿Qué pasa? —Suelto el bolígrafo y me dispongo a ir corriendo hacia ella. Pero, antes de que pueda dar apenas un par de pasos, algo más estalla en mis pantallas. Y como he apartado la mirada durante unos pocos segundos, no tengo ni idea de qué era.

Quiero mandarlo todo a la mierda porque Heather me necesita,

pero la explosión parece importante. Al igual que el huracán que se está formando ahora mismo en el Atlántico.

¡Joder!

—¿Estás bien? —exclamo, y me inclino hacia delante para intentar ver cuáles están siendo las consecuencias de la explosión que ahora mismo se está emitiendo en la pantalla que acaba de tintarse de color delante de mí—. ¿Qué ha pasado?

Heather no contesta y, cuando le echo un vistazo, veo que sigue escribiendo al tiempo que las lágrimas le corren por las mejillas.

Me tomo otro segundo que no me puedo permitir para mirar sus pantallas y, mientras identifico la que está ahora mismo en color, entiendo por qué está tan disgustada. Ha habido un accidente horrible con un autobús escolar en Marruecos, uno que ha dejado heridos de gravedad o matado a decenas de niños.

—Ay, Heather —digo—. Lo siento. Lo siento mucho.

—Este trabajo es un asco —gruñe—. ¡Todo este puto mundo da asco! ¿Por qué cojones nos esforzamos tanto por salvarlo?

Hace un gesto con la mano hacia las pantallas para enfatizar sus palabras. Y entiendo lo que quiere decir. ¡Joder si lo entiendo! Estar aquí sentada contemplando todos estos acontecimientos me recuerda a una ocasión cuando era pequeña, tendría unos doce o trece años.

Mis padres me llevaron a Washington D. C. para ver el Instituto Smithsoniano y un montón más de museos chulísimos. Uno de los museos a los que fuimos se llamaba el Newseum, y se dedicaba a todo aquello relacionado con las noticias. Había un montón de exposiciones guais, pero la que más me marcó fue una con todas las fotografías ganadoras del Pulitzer que se habían tomado. Lo mejor y lo peor de la humanidad estaba ahí, colgado en una pared para que la gente lo viera.

Estos televisores, todos estos momentos que se exhiben de todas las personas de todas partes del mundo, son como eso. Lo mejor y lo peor de lo que está ocurriendo en el planeta, y la gente que está haciéndolo posible, en la pared que tenemos enfrente, esperando a que lo anotemos… o no.

Te destroza. Y no solo lo malo, lo bueno también. Lo mejor que somos capaces de hacer como personas se yuxtapone a lo peor de lo peor. ¿Cómo no va a resultar abrumador?

No me extraña que Heather esté llorando. Yo estoy bastante

segura de que dentro de nada estaré igual.

Solo que no hay tiempo para eso. Un avión acaba de caer en las aguas de Puerto Rico. Y acaba de publicarse un artículo sobre un líder norteamericano que, o sacudirá al país con un escándalo, o lo ignorarán por completo. Lo cual hace que tenga dudas sobre si registrarlo o no.

Al artículo lo sigue una fiesta de cumpleaños opulento para un niño de siete años en Berlín.

A lo que sigue un paciente de un hospital de Guinea Ecuatorial que se ha infectado de la enfermedad por el virus de Marburgo.

Una inundación tremenda en el sótano de una familia joven de Estambul que los deja en la calle.

Un trozo enorme de la plataforma de hielo del Antártico se está desprendiendo.

Y literalmente un millón de cosas más, y eso solo en mis pantallas. Macy también tiene trabajo de sobra con sus dos paredes.

Además, no hay nada que podamos hacer al respecto, solo escribir, escribir y escribir.

Ya me duele la mano y siento que cada vez voy con más y más retraso.

Macy jadea por algo que ve en sus pantallas y yo me tomo un segundo para mirar a mi alrededor en un desesperado intento por descubrir dónde ha caído mi móvil. Porque, si no conseguimos ayuda pronto, vamos a acabar ahogándonos... y no me cabe duda de que la Conservadora no estará de humor para negociar si terminamos haciendo que todo su sistema implosione.

Por desgracia, el tiempo que dedico a buscar el móvil solo hace que me retrase más. Las pantallas van cambiando y no he tenido la ocasión de mirar ninguna. Solo dispongo de un segundo para rezar por no haberme perdido nada importante antes de tener que ponerme a escribir otra vez y ¡todavía no he encontrado el maldito móvil!

Aun así, alguien tiene que registrar los datos de un nuevo brote viral, así que supongo que mi móvil tendrá que esperar. Al igual que la ayuda que tan desesperadamente necesitamos.

Pero justo cuando me pongo a anotar los últimos números, la puerta secreta de la estantería se abre. Y aparece Flint con una bandeja en las manos y el resto de mis amigos detrás de él.

—¿Alguien necesita un descansito para el café?

87

Locos por el sushi

—¡¿Descanso para el café?! —grita Macy horrorizada mientras aparta la mirada de sus pantallas por lo que estoy casi segura de que es la primera vez—. ¡Aquí nadie tiene tiempo para café!

—Hala —dice Flint a la par que coloca la bandeja de café a mi lado en el escritorio—. Alguien está gruñona.

—Gruñona no... Desesperada —le corrijo sin apartar la mirada de las consecuencias de una masacre causada por un tiroteo en Florida que me revuelve el estómago y hace que las lágrimas me ardan en los ojos—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Jaxon enarca una ceja.

—Em... Podemos irnos si lo prefieres.

—Por favor, no. ¡No os vayáis! —pide entre sollozos Macy.

—La Conservadora se ha pasado por la terraza antes de irse hace un par de minutos y nos ha comentado que habéis intercambiado unas horas de trabajo por ayudar a Mekhi y que igual necesitabais apoyo. —Hudson pasa la mirada de mí a Macy—. Al parecer se le dan de maravilla los eufemismos.

—Ni te lo imaginas —contesto mientras apunto el nombre del jugador que marca el último gol en un partido de fútbol increíblemente popular de Vietnam—. ¿Puedes entrar en esa habitación de ahí y coger más diarios? Después elige una sección de televisores y empieza a apuntar.

—Este sitio es una pasada —dice Jaxon desde donde está contemplando una sección de pantallas en blanco y negro—. ¿De verdad estos televisores muestran todo lo que está ocurriendo ahora mismo en el mundo?

—Todo —reitero—. Pasan de estar en blanco y negro a color en los acontecimientos importantes.

—Qué pasada —vuelve a repetir en voz baja.

—Tampoco tienes que quedarte pasmado —espeta Heather mientras continúa escribiendo—. Ve a coger los putos diarios y empieza a ayudar. Si no, os juro que os voy a dejar solos ante el peligro.

—Oye. —Eden se coloca detrás de ella y comienza a masajearle los hombros—. Todo va a salir bien.

—¿En serio? —Señala el televisor con la mano libre—. Un velero se está hundiendo en una tormenta en medio del Pacífico y nadie está contestando a sus llamadas de socorro. Toda esa familia va a acabar en el agua en pleno temporal en menos de diez minutos, y nadie va a saber que están allí. Así que, dime: ¿cómo narices va a salir bien?

Entonces se viene abajo, empieza a sollozar a pleno pulmón mientras, de nuevo, continúa escribiendo a pesar de las lágrimas.

—Oye, oye. —Eden la envuelve con los brazos desde atrás y la abraza para pegarla a su cuerpo—. Tómate un instante. Respira hondo varias veces.

—No puedo. Tengo que seguir…

Hudson va hacia ellas y le quita el cuaderno de la mano.

—Yo me ocupo. ¿Por qué no te tomas un descanso durante unos minutos?

—No puedo…

—Sí que puedes —contesta con firmeza mientras le quita el bolígrafo de las manos—. Eden, llévala fuera para que tome el aire.

—Pero…

—Nada de peros. —Hudson se inclina hacia delante para mirarla a los ojos directamente—. Nosotros nos ocupamos, Heather.

Tengo que volver a mis registros porque está habiendo un escándalo nocturno en el Parlamento de Australia y debo averiguar de qué va la cosa, así que me pierdo qué más le dice Hudson. Pero, sea lo que sea, debe de funcionar, porque un par de minutos más tarde Eden acompaña a una Heather mansa fuera de la estancia.

—Bueno —dice Jaxon cuando cierran la puerta al salir—, ¿qué podemos hacer para ayudar?

—¡Coge una puta libreta! —ruge Hudson desde donde está anotando algo que ocurre en la pared de televisores que tiene justo delante—. Y averigua qué cojones está pasando en Asia. En Japón se está liando y no tengo tiempo para mirar.

—Los diarios están en esa habitación. —Señalo con la cabeza la

puerta cerrada—. Cuando los tengas, elige una pared y ponte manos a la obra, porque esto me supera.

Jaxon y Flint hacen lo que les pido, cada uno se coloca frente a una pared diferente a la que Hudson y yo estamos observando al milímetro. Mientras tanto, Eden vuelve y le cambia el sitio a Flint, que hace el papel de suplente y corre de un lado a otro entre las diferentes paredes, avisándonos de cualquier cosa que crea que nos podemos haber dejado.

Cosa que funciona de maravilla… hasta que deja de hacerlo.

Durante un instante estoy anotando los puntos clave de un tenso debate de la ONU y, al siguiente, Flint empieza a gritar: «¡Granja de pavos!» a mi derecha.

Estoy tan centrada en los comentarios del canciller alemán acerca del cambio climático que pego un bote de tres metros en el aire.

—¿Qué cojones, Flint? —Le lanzo una mirada perpleja y ofendida, pero él grazna más fuerte como respuesta.

Apunta a un monitor de la fila de abajo.

—¡Granja de pavos, Grace! ¡Granja de pavos!

—Vale, que sí —afirmo para que se calle, y después vuelvo al acuerdo sobre el cambio climático que están a punto de votar. El primer ministro francés acaba de aludir al argumento del canciller alemán cuando Flint mete la cara entre el diario y yo.

—¡Granja de pavos! —grita otra vez con un vozarrón que podría hacer temblar las vigas del techo.

—¡¿Qué coño le pasa a la granja de pavos?! —termino por rugirle, tan fuerte que todo el mundo se vuelve para mirarme como si me acabara de convertir en un pavo de verdad.

Se aparta de mí con aspecto de estar muy dolido.

—¿De qué vas, Grace? Solo intentaba ayudar.

—Ya lo sé. —Respiro hondo y expulso el aire poco a poco. Aunque me pregunto por qué narices es ahora culpa mía si el que estaba gritando no sé qué de pavos a pleno pulmón era él. Pero cargar a alguien con la culpa no va a resolver el problema, así que vuelvo a respirar hondo y le pregunto con la voz más dulce que me sale—: ¿Qué tengo que saber sobre la granja de pavos, Flint?

—Que está en llamas. Y es noviembre.

Al principio no tengo ni idea de por qué debería importar el mes en el que estamos, pero entonces caigo. No creo que sea para tanto

cuando la ONU está en pleno intento de aprobar el acuerdo más agresivo de la historia contra el cambio climático, pero a estas alturas ya no tengo ganas de discutir.

En vez de eso, vuelvo a levantar el bolígrafo y escribo «granja de pavos incendiada en...». Levanto la cabeza para preguntarle, pero ha estado leyendo por encima de mi hombro.

—Minnesota —informa amablemente.

—Gracias —contesto mientras escribo el nombre del estado—. ¿Algo más que tenga que saber?

—No, ya está. —Me lanza una sonrisa radiante—. Veo que lo tienes todo controlado, Grace, así que ahora voy a echarle un ojo a Asia.

—¡Fantástico! —Suspiro con alivio.

—Fantástico —masculla entre dientes Hudson.

Segundos después Flint vuelve a perder la cabeza, esta vez por una conocida cadena de restaurantes de sushi en Japón.

—Pero si son mis favoritos —gimotea, y le da toques con el dedo a la pantalla que muestra cómo tapian uno de los locales—. Lo estás apuntando, ¿verdad, Hudson?

—Por supuesto —responde mi compañero sin apartar la vista de una de las pantallas, que ahora mismo está en color.

—Pues a mí no me parece que lo estés anotando —acusa Flint.

Hudson pone los ojos en blanco.

—Lo estoy anotando.

—Porque es superimportante. Esto es historia del sushi.

—Ya me lo has dicho. —Hudson pasa a otro monitor que muestra un nacimiento en China.

—¿Estás seguro de que lo estás anotando? —Flint suena más escéptico todavía—. Porque no creo que tengan restaurantes en China.

—Uy, pues yo creo que sí —contesta Hudson con calma mientras sigue escribiendo.

—Yo no lo tengo tan claro. —Flint entrecierra los ojos desconfiado a la vez que pasa la mirada de Hudson a la pantalla del televisor y vuelta a empezar—. ¡Oye! ¿Cómo se llama la cadena de restaurantes de la que estoy hablando? —Hudson lo ignora—. No te preocupes por no pronunciarlo bien. Sé que no hablas japonés. —Hudson sigue sin decir nada—. A no ser que no te sepas el nombre... ¡Porque no lo estás anotando! —Flint le señala con un dedo acusador,

con lo que Jaxon y yo nos tomamos unos preciosos segundos para girar nuestras sillas e intercambiar miradas un tanto nerviosas.

A Hudson no le suele gustar que lo señalen con el dedo.

Pero mi compañero se limita a suspirar.

—He dicho que lo iba a anotar, Flint.

—No, has dicho que lo estabas anotando. No es lo mismo.

Hudson cierra la mandíbula de golpe con un sonoro «clac» que normalmente haría que me interpusiera entre él y cualquier cosa que lo hubiera provocado. Pero hay una fuga de algún tipo de gas venenoso en Waco, y tengo que apuntar la información sí o sí.

Sin embargo, Flint no parece percatarse del sonido de advertencia, o igual es que directamente le trae sin cuidado. Sea como fuere, vuelve a preguntar:

—¿Cuál es el nombre de...?

—¡Que te jodan! —ruge de repente Hudson—. ¡El nombre del restaurante es «que te jodan»!

—Hala. ¡Tío! —Flint parece muy sorprendido mientras levanta la mano en un movimiento que dice: «Cálmate»—. ¿Quién se ha meado en tus cereales?

—Yo no como cereales, estúpido dragón de mierda. Pero, como no te pierda de vista ahora mismo, voy a chuparte hasta la última gota de sangre de tu asqueroso cuerpo y después voy a clavar tu patético cadáver en el jardín para que las hormigas, las ratas y cualquier alimaña que quiera pueda devorarte.

Pronuncia cada palabra con una voz grave y calmada que se vuelve más terrorífica con cada segundo que transcurre, cosa que empeora cuando acaba la frase con una sonrisa tan gélida que hace que, de repente, Alejandría parezca el Denali. Y eso es antes de que atisbe la punta de los colmillos reluciéndole contra el labio inferior.

—Y si no me crees —continúa—, ¿por qué no me preguntas una vez más el puto nombre del restaurante de sushi ese?

Normalmente esa sería la clase de amenaza que haría que Flint entrara al trapo, pero incluso él debe de haberse dado cuenta de que se ha pasado mil pueblos con mi compañero, que por lo general es un pasota.

Porque, bajo la mirada atenta de Jaxon, el dragón da un par de pasos gigantes hacia atrás, después lo observa con los ojos entrecerrados y dice:

—Bien. Voy a ver si Eden necesita mi extraordinaria ayuda.

88

La historia es femenina

Eden se queda helada con el bolígrafo en el aire mientras se vuelve para mirarme con los ojos desorbitados. «No, no, no», articula al tiempo que niega con la cabeza como una loca.

Yo me limito a encogerme de hombros y a dedicarle mi mejor sonrisa de victoria, porque a veces está bien compartir y, sin duda, este es uno de esos momentos. Sobre todo porque, si Flint está molestando a Eden, entonces no me molestará a mí… ni a Hudson. Y, teniendo en cuenta que Hudson acaba de partir uno de los bolígrafos de la Conservadora en dos con solo cogerlo, creo que le vendrá bien un descanso.

O por lo menos a mí sí.

—¿Sabes, Flint? —comenta Eden de manera preventiva—. En realidad ahora estoy de perlas. Está pasando algo superguay en Sudáfrica con los acuerdos de caza furtiva y la dedicación de todo un museo. Yo me apaño. Quizá deberías ir a ver qué tal Heather, a ver si está bien.

—¿Me estás tomando el pelo? —Flint se sienta al escritorio que la dragona tiene al lado y se pone a dar pataditas—. Hay cientos de televisores solo en tu pared. ¿Cómo vas a mirarlos todos?

—De momento me ha ido bastante bien —murmura. No puedo fiarme de su expresión para distinguir de qué humor está, porque ha habido un rescate heroico en un descarrilamiento de tren en Portugal, pero no suena nada impresionada.

—Bien no es suficiente —espeta Flint—. Juntos haremos el mejor registro que la Conservadora ha visto en su vida.

—Ooo… puedes ir a ver cómo le va a Jaxon por ahí —sugiere Macy mientras sigue escribiendo—. Está de un callado que no es normal en él. Debe de estar pasándolo mal.

—Nah. A Jaxon le gusta estar siempre solito —dice Flint con una

sonrisa amplísima.

Nadie va a decir nada al respecto, excepto Jaxon, quien detiene el bolígrafo durante medio segundo antes de seguir moviéndolo por encima de la página.

—No tienes por qué sonar tan decepcionado —contesta Jaxon sin alterarse.

—¿Por qué iba a estar decepcionado? —pregunta Flint desdibujando la sonrisa de golpe—. Solo porque tú no me necesites no quiere decir que otra persona no vaya a hacerlo.

Y así, sin más, Flint me hace sentir como una capulla integral. Porque, desde que ha puesto un pie en esta habitación, ha estado intentando facilitarnos el trabajo. ¿Lo está consiguiendo? Puede que sí, puede que no. Pero lo está intentando, a pesar de su propio sufrimiento, y eso cuenta para mucho.

—Puedes ayudarme a mí, Flint. Tengo un montón de televisores que cubrir —anuncio, y me doy cuenta de que Jaxon empieza a escribir con más furia todavía. Apunto a una pila de televisores a mi izquierda—. Agarra una libreta, puedes ocuparte de esa fila de ahí.

—¡Me pongo a ello! —exclama mientras corre al armario para coger uno de los diarios especiales de la Conservadora.

En cuanto Flint dispone de un conjunto de televisores para él, las cosas van como la seda. Sigue siendo un trabajo agotador. No me puedo ni imaginar cómo lo hace la Conservadora casi todo ella sola, sea diosa o no. Y eso sin mencionar que lo ha estado haciendo casi desde siempre, si es que el armario lleno de diarios sirve de indicación, y sin ningún día libre.

Es inimaginable.

En algún punto después de las seis Heather vuelve para tomarnos el relevo a un par de nosotros. Después nos pasamos el resto de la noche intercambiándonos.

Sobre las cinco de la mañana, cuando nos toca el descanso a Hudson y a mí, subimos las escaleras a trompicones y nos tiramos en la cama durante un par de horas para descansar. No obstante, en cuanto me separo de todas esas pantallas incesantes, no consigo conciliar el sueño, incluso después de rodearle la cintura con un brazo a mi compañero y acurrucarme contra su cuerpo.

Pero es que, cuando cierro los ojos, lo único que veo es todo lo que está ocurriendo en el mundo, ya sea bueno o malo. Sé que así es

la vida, sé que pasan cosas horribles en el mundo todos los días, más aún después de haberme pasado las últimas doce horas recibiendo bombardeos con demasiada información.

Todo lo malo. Todo lo bueno. Todo... de todo.

Pensaba que había conseguido mantener la calma, que había abordado el trabajo con perspectiva. Pero, ahora que cierro los ojos, lo único que veo son las imágenes que me rondan por la cabeza una y otra y otra vez.

Es mucho. Puede que demasiado.

Todo el mundo parece estar llevándolo bien, incluso Heather después de volver de su descanso, pero es que no son gárgolas.

Durante toda mi vida mis padres me han dicho que era demasiado empática, que tenía que aprender a ignorar algunas cosas. Pero nunca se me ha dado bien hacerlo, ni siquiera antes de descubrir que soy una gárgola. Sé que algunas personas pueden pasar página cuando ocurren desgracias, y no los juzgo por ello. Al fin y al cabo, la mayor parte del tiempo es solo la forma que tienen de sobrevivir.

Pero yo no puedo. La gárgola que hay en mí quiere arreglar cada desastre. Quiere proteger a la gente que no se puede proteger y equilibrar la balanza de la justicia para cada persona del mundo que lo necesite.

Es una idea inverosímil. De hecho, de poder hacerlo, al final acabaría desequilibrando la balanza del mundo en otros sentidos. Lo entiendo. De verdad que sí. Pero es imposible fingir que no está ocurriendo, sobre todo después de haber pasado todas esas horas sentada en esa sala, registrando tantas catástrofes y descartando muchas otras tantas.

Sin duda, ha sido una de las cosas más complicadas que he tenido que hacer en la vida.

A pesar del calor que entra por las puertas del balcón, siento el frío en los huesos, así que me pego todavía más a Hudson. Está medio dormido, pero debe de notar que estoy temblando porque se vuelve y me acerca más a él hasta que utilizo su bíceps como almohada y estoy medio acurrucada en su pecho.

El corazón le late de forma lenta y constante bajo mi oído, el subir y bajar de su pecho tiene un ritmo hipnótico y sereno que consigue atravesar el horror y el dolor que siento y me permite dormir por fin.

O al menos durante un rato. Porque llevo dormida mucho tiempo cuando de repente me doy cuenta de que algo no anda bien. No sé lo que es, estoy demasiado aletargada para averiguarlo, pero estoy segura de que algo va mal.

Me incorporo poco a poco, me froto los ojos para intentar disipar la somnolencia que me pesa como un ancla. Miro a mi alrededor tratando de averiguar cuál es el problema. Pero nada me llama la atención.

La habitación está iluminada con una luz tenue, el cielo que se distingue fuera del balcón sigue oscuro. No tengo ninguna llamada ni mensaje nuevos en el móvil, y Hudson sigue durmiendo plácidamente a mi lado. Al final me tumbo, decidida a volverme a dormir. Es entonces cuando Hudson grita de la nada y sufre un fuerte espasmo a mi lado.

Y vuelve a hacerlo otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

«¿Está enfermo?», me pregunto mientras me vuelvo a sentar en la cama. Pero los vampiros no enferman, al menos no de esta forma. Por eso extiendo la mano para encender la lamparita de la mesilla de noche, y ahí es cuando me doy cuenta de que está teniendo una pesadilla.

Y no una pesadilla cualquiera, a juzgar por la forma en la que se sacude y tiembla contra mi cuerpo. Está teniendo la peor de todas ellas.

—¿Hudson? —susurro, y le coloco una mano en el pecho con dulzura—. No pasa nada, cariño. Estás bien.

No contesta, ni siquiera mueve los párpados para indicar que me ha oído. En vez de eso se queda ahí tumbado, tenso y completamente rígido, y yo le acaricio el brazo con la mano.

Cuando sigue sin responder, creo que debe de haberse vuelto a dormir. Espero unos cuantos minutos y, como no pasa nada más, cierro los ojos y me tumbo a su lado. Pero casi atravieso el techo del salto que pego cuando grita a todo pulmón.

—¡Hudson! —Estoy tan asustada que también estoy gritando—. Hudson, ¿estás bien?

Pero sigue dormido. Respira con dificultad, el pecho le sube y baja y le tiembla el cuerpo mientras clava la mirada perdida en la distancia.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Qué ocurre? —pregunto, pero, como se

estremece y tiembla, me lleva un momento darme cuenta de que sigue sin estar despierto. Sigue encerrado en esa pesadilla que se ha apoderado de él.

Intento mantener la calma, limitarme a acariciarle la espalda con dulzura al susurrarle. Aun así, en algún momento en medio de toda esta situación, un enorme sollozo le sale de lo más profundo del pecho y le atraviesa todo el cuerpo; algo tan poco característico de él que me aterroriza al mismo tiempo que me rompe el corazón.

—¡Hudson! —Ahora le grito con más fuerza, me pongo de rodillas a su lado para intentar llamar su atención—. ¡Hudson, despierta!

No deja de emitir sonidos roncos y aterradores desde el pecho y la garganta. Decido enviar a tomar por culo la delicadeza y opto por la violencia, así que le golpeo en el brazo para despertarlo, para sacarlo de su pesadilla.

Cuando eso no funciona y los sonidos angustiosos continúan, lo zarandeo con todas mis fuerzas.

—¡Hudson! ¡Despierta! ¡Despierta!

Y cuando eso sigue sin funcionar, lo zarandeo con más fuerza todavía.

—¡Hudson, joder! ¡Despierta de una maldita vez!

Se despierta con un rugido y un sobresalto, enseñando colmillos y con las manos en puños, aunque se las coloca delante de la cara en un evidente modo de defensa. Y se me parte el corazón en mil pedazos.

—Hudson, cariño. —Una parte de mí quiere envolverlo en un abrazo, pero me da mucho miedo asustarlo todavía más. Lo último que quiero es que piense que lo están atacando—. No pasa nada —murmuro mientras le acaricio el pelo—. Te prometo que estás bien.

Durante varios segundos interminables no se mueve. Se queda justo donde está, encerrado en cualquier terror que haya visto en sus sueños.

Y no sé si es porque le han afectado todas las cosas horribles que ha visto en la sala de la Conservadora o si esto va de otra cosa. Algo más profundo. Algo que tiene que ver con el mazo que llevó al despacho de Cyrus y los doscientos años que se pasó ahogado en la oscuridad.

—¿Grace? —dice por fin al tiempo que se pasa una mano por la cara.

—Eh —susurro a la par que le cojo la otra mano y me la llevo a los labios—. Has vuelto.

Hudson niega con la cabeza y esboza una media sonrisa despreocupada.

—No me he ido a ninguna pa…

Se le quiebra la voz antes de poder terminar la broma que tenía pensada, y mi corazón cae en picado en una espiral de rabia, dolor y amor.

—No pasa nada —digo mientras lo busco—. Estás bien.

—No lo tengo tan claro.

Se quita las sábanas de encima de una patada y evita mi abrazo al salir de la cama.

En otro momento igual me dolería que rechazara mi abrazo, pero esto no tiene nada que ver conmigo. Ni con nosotros. Esto es por las cosas terribles que le ocurrieron a Hudson antes de que hubiera un nosotros. Y por el trauma profundamente arraigado que deriva de todas ellas.

De repente me doy cuenta de que lo más complicado que me ha pedido mi compañero es que le deje que se abra paso por su dolor a su propio ritmo. Pero en eso consiste querer a alguien, ¿no? En ofrecerle todo aquello que necesite para su propia felicidad, aunque eso signifique darle espacio.

Así que, en lugar de intentar enjaularlo entre mis brazos u ofrecerle consuelo de cualquier forma, dejo que se marche solo.

89

Un esfuerzo concertado

Más tarde, cuando Hudson se ha duchado y ha recordado cómo se respira, volvemos al despacho de la Conservadora.

Son casi las diez de la mañana y, en teoría, solo quedan unas horas hasta que regrese de sus minivacaciones. Mentiría si dijera que no estoy lista para volver a entregarle las riendas de todo esto. Bueno, quizá a ella y a una persona que la ayude, porque desde luego necesita a alguien, pero vaya.

Es un trabajo complicado e inhumano, y soy lo bastante espabilada para saber que no tengo la capacidad emocional de hacerlo durante una gran cantidad de tiempo. Me alegro de que haya gente en el mundo capaz de mirar cara a cara al sufrimiento humano y la depravación, y encontrar la forma de ver más allá, de llegar a la bondad. Solo sé que yo no soy esa clase de persona.

Estamos en las escaleras cuando me vibra el móvil por un mensaje y miro hacia abajo para encontrarme con una sola palabra de Heather: «Ayuda».

—¿Qué significa eso? —pregunta Hudson cuando se lo pongo delante para que lo lea. Pero ya se está desvaneciendo escaleras abajo y yo salgo disparada detrás de él, cambiando de forma en plena carrera.

Entramos de sopetón en la sala de los televisores unos treinta segundos después, solo para encontrarnos a Flint, Jaxon, Heather, Eden y Macy con pinta de que les haya pasado un camión enorme por encima.

—¿Estáis bien? —pregunto corriendo al centro de la estancia, donde están tirados como trapos en las sillas, los escritorios y el suelo, con los bolígrafos colgándoles de las manos.

—Creo que nunca volveré a estar bien —murmura Jaxon mientras rueda para ponerse de espaldas—. Creo que ya nada volverá

a estar bien.

—¿Qué ha pasado? —quiero saber al tiempo que me vuelvo para inspeccionar las pantallas en busca de una explosión nuclear o algún otro tipo de cataclismo de proporciones épicas.

Pero los televisores tienen más o menos la misma pinta que cuando nos marchamos. Horribles, maravillosos, crueles, hermosos y todos los adjetivos que se me ocurran, pero aun así... normales. El mundo sigue como siempre.

—Sudamérica —susurra por fin Flint.

—África —dice Jaxon a la vez.

Macy niega con la cabeza.

—Eran América del Norte y del Sur.

—Más bien Europa —resopla Eden.

—No sé de qué están hablando —añade Heather cubriéndose la cara con las manos—. Pero Asia era el problema. Eso es, los cuatro mil setecientos millones de habitantes del continente.

Parece que el resto está a punto de discutírselo, pero, con solo una mirada a los ojos angustiados de Heather y a las trenzas despeinadas a más no poder como si se hubiera pasado las tres últimas horas tirándose de los pelos, cambian de idea.

—Vale, bien —admite Eden con un gruñido—. Igual era Asia.

—De igual nada —refunfuña mi mejor amiga mientras se pone en pie soltando un suspiro, como si le doliera hasta el último hueso del cuerpo.

Voy mirando a mis amigos uno a uno, no entiendo nada de nada. Pero empecemos por lo importante...

—¿Cómo es posible que sepáis lo que ha ocurrido en cada continente? —Abarco con un brazo las paredes llenas de pantallas—. Los televisores no están organizados geográficamente.

—Ahora sí —dice Heather como si se arrepintiera de todas las decisiones que ha tomado en la vida—. Hay un botón junto al que hace girar los escritorios que sirve para reorganizar las pantallas según un montón de características.

Eden suelta un gruñido.

—Pensamos que sería más sencillo para todos que nos encargáramos cada uno de un continente.

—Grave error —dice Jaxon con monotonía.

—Vaaale... Bueno, ¿qué podemos hacer para ayudar? —pregunto

consciente de que los televisores siguen encendidos y ahora mismo no hay nadie anotando lo que ocurre.

—¿Es que no me has escuchado? —espeta mi amiga con una voz que solo puede describirse como un graznido y señala a la derecha—. Asia. ¡Puedes empezar por Asia!

—Pues a por Asia —confirmo a la par que le quito el diario de las manos y me dirijo a la pared de televisores que cubren ese continente —. ¿Qué es lo último que has escrito?

—No lo sé —contesta con ojos vidriosos—. Ha habido una cumbre de comercio que parecía muy importante y un festival de *k-pop* que supuestamente ha tenido la mayor concurrencia del mundo.

—*¿K-pop?* —refunfuña Flint—. ¿Podría haber estado anotando noticias increíbles sobre *k-pop* en vez de un terremoto que ha matado a casi quince mil personas? No me parece justo.

Heather lo mira con ojos entrecerrados.

—No me toques las narices, dragonzucho. Si querías *k-pop*, podrías haberlo pedido…

—¡Oye! ¿Esa es quien creo que es? —interrumpo cuando atisbo a un grupo subir al escenario en un festival de Corea del Sur.

—Son Blackpink —informa Flint mostrando el primer signo de entusiasmo desde que hemos entrado en la sala—. Son una pasada.

—Lo sé, pero me refería a… —Señalo a las dos personas que hay en primera fila—. La Conservadora está en el concierto. Con Jikan.

—¡¿En serio?! —chilla Eden mientras todos se ponen en pie de golpe y se arremolinan junto a mí y a la pantalla de Blackpink.

—¿Ahí es donde ha decidido pasar las vacaciones? ¿En un concierto? —pregunta Jaxon.

—¿De verdad te sorprende? ¿Has visto esta casa?

Ladea la cabeza.

—Tienes razón.

—¿Por qué no os tomáis vuestro descanso? —les digo a él y a Flint—. Descansad un poquito. Nosotros nos ocupamos desde ahora.

—¿Nosotros? —pregunta Eden aunque suena dudosa—. Creo que estoy destrozada.

—Nosotros —repito—. Solo quedan unas pocas horas. Podemos hacerlo. ¿Verdad?

—Claro —afirma Macy, aunque parece que antes preferiría que le arrancaran las uñas y las pestañas una a una—. Podemos con todo.

Jaxon y Flint intercambian una mirada. Es la primera vez que los he visto mirarse de verdad en todo el día y, por una vez, no parecen enfadados.

—Nos quedamos —anuncia Flint con un gesto magnánimo de la mano—. Si somos siete se nos dará mejor que solo a cinco.

—No tenéis que… —empiezo, pero Eden me interrumpe.

—Claro que sí —dice mientras agarra un par de libretas y le da una a cada uno—. Venga, chicos. Manos a la historia.

Da una palmada y el resto nos echamos a reír.

La parte positiva es que parece que se ha solucionado la crisis y nos pasamos las dos horas siguientes trabajando bastante bien en equipo, hasta que la Conservadora por fin entra por la puerta luciendo una camiseta de Blackpink, una corona de flores y un banderín gigante del Manchester United.

90

El árbol avaricioso

—Gracias por defender el fuerte —dice una hora después. Todos nos sentamos a comer mientras Clío se ocupa de la sala de los televisores.

—No nos des las gracias todavía —insisto—. Lo hemos hecho lo mejor que hemos podido, pero es que pasan demasiadas cosas en el mundo cada minuto.

La Conservadora sonríe con indulgencia.

—¿Verdad que sí? Pero estoy segura de que lo habéis hecho genial. Toma, sírvete pasta. —Agarra el bol del centro de la mesa y lo desliza hacia mí como si estuviera pasando cervezas en la barra de un bar—. Además, si la habéis liado, ¿quién lo va a saber?

—Esa idea me pone los pelos de punta —murmura Hudson entre dientes.

—Gracias —le susurro a la diosa antes de servirme pasta en el plato.

—Y este *fatayer* de espinacas también. Está buenísimo —declara.

Otro bol se desliza por la mesa hacia mí. Agarro una de las empanadillas triangulares y le hinco el diente.

Pero al final de la comida estoy llena y también frustrada, porque, por muchas veces que intentemos llevar la conversación de nuevo hacia el Árbol Agridulce, ella no da su brazo a torcer.

Lo único que evita que Jaxon y yo nos pongamos como unos energúmenos con ella ahora mismo es que Mekhi parecía estar un poco mejor la última vez que lo vimos en su pantalla. Se acababa de alimentar de Lorelei, cosa que nadie miró porque es un gesto íntimo, por mucho que no sea entre compañeros, y también ha estado incorporado en la cama un rato.

Cuando vuelve a evadir la cuestión una vez más, me pregunto si es porque en realidad no sabe dónde está el Árbol Agridulce. No sería la primera diosa que ha engañado a alguien.

Al final no puedo morderme la lengua más tiempo y pregunto sin rodeos:

—¿Nos puedes decir ya dónde está el Árbol Agridulce? Me alegro de que hayas pasado un día estupendo, y estoy más que dispuesta a hablar de volver aquí pronto para darte otro día libre…

Como uno solo mis amigos se atragantan con la comida, agua o saliva que están tragando en este instante y me miran como si de repente me hubiera salido otra cabeza. Les lanzo una mirada de súplica. A estas alturas estoy decidida a hacer lo que sea para conseguir la ubicación del árbol y poder ayudar a Mekhi, aunque eso signifique otra ronda en la «sala de televisores de los tormentos». Después de que encontremos el Árbol Agridulce, claro.

La Conservadora se detiene con el vaso de vino a medio camino de los labios.

—Tienes razón. Lo siento. Me he centrado demasiado en mi día libre. Tengo que dejaros seguir vuestro camino. Al fin y al cabo, un trato es un trato.

Parece tan alicaída que la culpa me asalta.

—No es que no queramos quedarnos y hablar contigo —aseguro—. Es solo…

—Tu amigo. Lo sé. Pero aquí sois bienvenidos cuando queráis, aunque prometo que en vuestra próxima visita no os pondré a trabajar. —Después sonríe con pesar—. El árbol que estáis buscando está en las afueras de un pueblo llamado Baños. En Ecuador, cerca de las Lágrimas de Ángel.

—¿Las Lágrimas de Ángel? —repito buscando ya la ubicación en el móvil.

—Sí. Es una cascada. —Se aparta de la mesa antes de continuar—: Gracias por consentirme, Grace. A veces, saberlo casi todo puede ser muy solitario. —Cruza hasta el otro extremo del comedor y abre uno de los armarios—. Necesitaréis esto para transportar el rocío —manifiesta. Y cuando se da la vuelta sostiene muchos frasquitos de cristal tintado, de lo más bonitos que he visto en mi vida—. Aquí tenéis varios por si acaso… Bueno, nunca se sabe lo que puede ocurrir.

—Gracias —digo mientras le quito los frasquitos de las manos—. Te lo agradecemos mucho, de verdad.

—No es nada. —Me coloca una mano en la mejilla con dulzura y creo que va a añadir algo más. Pero después para y señala con la

cabeza la puerta delantera—. Deberíais ir a por vuestras cosas. Creo que vuestro transporte estará aquí en cualquier momento.

—¿Nuestro transporte? —pregunta Jaxon por primera vez—. Pensaba que de eso nos encargábamos nosotros. Tenemos...

Se calla cuando un portal se abre en medio del comedor y el metro noventa y tres de Remy Villanova sale de él, ataviado con una camiseta blanca, vaqueros desgastados y unas Dr. Martens chulísimas.

Sonríe cuando me ve, después baja la mirada a Jaxon.

—Venga ya, Jaxon. ¿Quién mandaría un dragón a hacer el trabajo de un brujo? —bromea con su marcado acento cajún.

Y, tras chasquear los dedos, el portal se cierra a sus espaldas.

91

Un encuentro curioso

—Bueno, ¿dónde tengo que colocar este portal exactamente? —pregunta Remy a la estancia en general. La Conservadora se inclina hacia delante y le susurra algo solo a él. Este asiente rápido y se pone manos a la obra para crear una puerta a Sudamérica de la nada.

Normalmente me encanta ser una gárgola. Y ser la semidiosa del caos también me viene bien de vez en cuando. Pero estaría mintiendo si no admitiera lo celosa que estoy ahora mismo de que Remy pueda plegar el espacio-tiempo a su antojo como brujo que es. Seguro que me mimaría con viajes frecuentes a museos de todo el mundo si pudiera hacer lo mismo.

—Pero ¿cómo es que estás aquí? —quiere saber Flint cuando Remy hace otro gesto exagerado en el aire—. Pensaba que estabas encerrado en el instituto ese y que allí no daban tiempo libre por buen comportamiento.

—Ya, bueno. Digamos que hay tipos distintos de encierro. —Se encoge de hombros—. Mientras vuelva para hacer un examen dentro de tres horas, no tiene por qué haber ningún problema.

—¿Tres horas? —Macy se pone una alarma en el móvil—. Pues más nos vale ponernos en marcha.

Empiezan a salir chispas doradas que recorren el aro que está creando y, en cuestión de segundos, el portal se convierte en un círculo enorme que gira justo delante de nosotros.

—¿Preparada, *cher*? —pregunta al tiempo que me guiña un ojo—. Me esforzaré para no soltaros en medio de una cascada.

—No sé por qué, pero eso no me inspira mucha confianza —murmura Jaxon. Le tomaría más en serio si no pareciera un nubarrón de tormenta en toda regla: gris, sombrío y listo para soltar un aguacero encima de todo y de todos.

—Eso es porque a ti no te estoy prometiendo nada —contesta

Remy.

Jaxon le saca el dedo, pero no hay ninguna maldad tras su gesto, seguramente porque se siente muy miserable. Remy debe de pensar lo mismo, porque se limita a reírse.

—Qué rabia me da lo bien que se te da hacer portales —le dice Macy a Remy.

Él pone los ojos en blanco con diversión.

—Y yo que pensaba que hoy tocaba que me dieran las gracias.

—Claro que te lo agradezco —asegura—. Pero también puedes chuparme esta.

—Creo que me has confundido con un vampiro —bromea, después retrocede y, con un gesto de la mano muy galante, anuncia—: Las damas primero.

Empiezo a pensar que eso de «las damas primero» es la forma que tienen los tíos de quedarse atrás para evaluar en qué clase de movida se están metiendo. Pero, mira, a tomar por saco. El reloj sigue corriendo y estamos demasiado cerca para perder más tiempo.

Así que, sin más preámbulos, le doy un apretón a Hudson en la mano y me meto en el portal… para salir directamente a la cima de una montaña.

Oigo el rugido de una cascada cerca, pero como no estoy justo en el borde o flotando debajo de ella, puedo decir que esto ha sido un gran paso para Remy.

Mientras espero a los demás voy girando para tratar de tantear el terreno. Y suelto un grito ahogado cuando me encuentro cara a cara con un oso, que parece tan desconcertado por verme salir de la nada como yo al haberme topado con él.

92

Preparados, rugidos, ¡ya!

También puede que sean los círculos dorados que rodean los ojos lo que hace que parezca tan sorprendido. De mí no estoy tan segura.

—Eh..., hola —digo mientras me echo hacia atrás a pasos agigantados y choco contra Macy, que también acaba de salir del portal.

—Vaya, hola —exclama ella, y entonces se queda petrificada al ver el oso—. Ya. Creo que no lo hemos pensado bien.

—¿Qué hacemos?

—¿Y me preguntas a mí? —espeta—. ¿Tengo pinta de ser encantadora de osos o qué?

—Vives en Alaska. Allí también hay osos —señalo.

—Siguiendo esa lógica, tú vives en California. Tenéis un oso en la bandera, no es por nada.

En eso tiene razón.

—¿Me convierto en gárgola? ¿O crees que eso lo cabreará?

Antes de que pueda responder, el oso se inclina hacia nosotras y nos olisquea, cosa que hace que nosotras nos echemos hacia atrás todo lo que podemos, tanto que acabamos chocando contra Heather, que grita en cuanto sale del portal.

El oso retrocede y lanza un rugido. Y es entonces cuando se da la vuelta y se marcha corriendo en dirección contraria.

—Ah —comenta Macy—. ¿Eso era todo lo que había que hacer?

—Supongo.

—¿Qué era eso? —pregunta Heather.

—¿Tú qué crees? —ofrece Macy como respuesta mientras se dirige hacia el sonido de la cascada—. Oye, ¿se supone que el árbol está en la ribera de la cascada?

—No lo sé —le digo antes de convertirme en gárgola—. Pero voy a volar un rato por los alrededores, a ver si lo encuentro.

Jaxon atraviesa el portal justo en el momento en el que emprendo el vuelo, y lo saludo antes de sobrevolar una arboleda enorme y alejarme por los confines del mundo.

Son unas vistas realmente imponentes. El cielo es de un azul precioso, y no hay ni una sola nube en él. Las montañas del fondo son asombrosas, incluso lo que estoy bastante segura de que es un volcán activo que, espero, no se ponga gilipollas en este instante.

Y la cascada parece que mida más de sesenta metros de altura cuando la veo descender por la ladera de la montaña. La vegetación crece a ambos lados, pero en la base hay rocas afiladas que terminan en una zona casi completamente cercada por las montañas vecinas, creando así lo que parece una gigantesca piscina natural.

Otro paisaje alucinante al que desearía descender y apreciar en su totalidad si tuviese tiempo. No obstante, ahora mismo no me interesa tanto la cascada como los árboles que crecen a su alrededor.

Y me refiero a todos sus alrededores. ¿Cómo diantres vamos a encontrar el Árbol Agridulce en una montaña colmada de árboles? No puedo creer que no me haya dado cuenta hasta ahora de que debería haberle pedido a alguien que me describiese el maldito árbol antes de venir.

Doy otra vuelta alrededor de la cascada y por los árboles que la circundan con la esperanza de ver algo que pudiese haber pasado por alto la primera vez. Pero nada parece llamarme la atención, así que regreso al lugar donde se ha abierto el portal... y me percato de que he estado el tiempo suficiente para que todos saliesen por él.

—¿Has visto algo? —pregunta Hudson, que me ofrece una mano al aterrizar.

Tras él Heather está relatando a todo aquel que desee escucharla cómo nos hemos topado con el oso. Por desgracia está rodeada principalmente por dragones y vampiros, así que ninguno de ellos parece muy impresionado, y menos cuando cuenta que han sido sus gritos los que lo han espantado.

—Árboles —le contesto a Hudson desanimada—. Un montón de árboles.

—Lo encontraremos —me dice mientras me acaricia el pelo—. Si hace falta, iremos de uno en uno.

Dios, solo de pensarlo me canso.

Abrazo a Hudson con fuerza y espero a que él haga lo mismo

conmigo. Luego me aparto para ver qué hacen los demás.

Jaxon está de pie al borde de la cascada, contemplando las profundidades revueltas.

Flint se ha transformado en dragón y se está preparando para lanzarse y planear por encima del bosque para realizar una segunda ronda de reconocimiento, en cambio Eden se aproxima a la arboleda más cercana.

Me preparo para volver a alzar el vuelo, pero Macy, que ha estado debatiendo atentamente con Remy durante los últimos minutos, nos llama a Hudson y a mí para hablar.

—¿Qué pasa? —pregunto una vez que estamos cerca de ella.

—Queremos hacer un hechizo de localización, a ver si logramos estrechar el radio de búsqueda un poco y encontrar la maldita aguja de este pajar —explica Remy mientras Macy le entrega un colgante que llevaba guardado en la mochila y que decide colgar de una pequeña rama.

—Eso es brillante —opina Hudson.

Macy niega con la cabeza.

—No cantemos victoria todavía. Un árbol en medio de toda esta selva no es nada fácil de localizar, ni siquiera con un hechizo.

—Aun así, el hecho de que se os haya ocurrido algo así es impresionante —intervengo yo—. ¿Qué podemos hacer para ayudaros?

—Visualizar el árbol —responde Remy a la vez que envía un pulso constante de energía directamente al colgante, y este comienza a moverse adelante y atrás, aunque de una forma ligerísima.

El calor se me sube a las mejillas y agacho la cabeza al reconocer:

—No tengo ni idea de qué clase de árbol debo visualizar. No le he pedido a nadie que me lo describiera.

—Oye, no importa, *cher* —dice Remy—. La Conservadora me dio un hechizo para aproximarnos a él. Solo necesitamos la dirección correcta hacia la que dirigirnos.

Refunfuño.

—Pero es que ni se me ha pasado por la cabeza preguntarle a nadie cómo era.

Una media sonrisa brota en sus labios.

—Entonces tenemos suerte de que el viejo Remy no necesite esas cosas tan molestas llamadas «detalles» para obrar su magia. —Me

guiña un ojo—. Solo piensa en lo que es, en lo que representa para ti.

Asiento con la cabeza y cierro los ojos mientras pienso en Mekhi. En Lorelei, Liana y el dolor de sus almas atrapadas juntas para la eternidad. Entonces confío (no, rezo) en que haber llegado tan lejos no sea solo un acto de arrogancia y una futilidad de la mayor bajeza posible.

Añade más poder, y le surgen más pulsos de energía de los dedos, pero no ocurre nada. El colgante no se desvía ni un milímetro del ritmo que mantiene adelante y atrás.

Un minuto o así más tarde el colgante cambia de dirección y empieza a balancearse de izquierda a derecha, de este a oeste. Remy le da un impulso extra, y la energía le vuelve a brotar de la punta de los dedos. Y sigue sin pasar nada.

Hasta que sí pasa.

De repente unas chispas de luz salen disparadas del colgante cada vez que se mueve en una dirección, y cada punto de luz flota en el aire como una constelación de estrellas, alargándose cada vez más hasta formar una línea recta. Nunca había visto nada parecido.

—Entonces ¿está por allí? —pregunto siguiendo la dirección de la línea de luz, que señala hacia un enorme conjunto de árboles.

Jaxon pasea la mirada entre los árboles y nosotros.

—Todavía hay muchos árboles entre los que elegir.

—Qué observador eres —comenta Hudson secamente.

—Aun así, es mejor que toda la selva...

—Relájate —me interrumpe Remy con una risa—. Aún no hemos acabado.

Ahora que ya tenemos la zona general, Macy se pone a hacer una serie de movimientos rápidos con las manos, retorciendo los dedos en círculos cada vez más pequeños hasta que de pronto los aparta como si estuviese desgarrando un regalo... y un enjambre de luces flotantes despega en una misma dirección.

—¡Vamos! —grita Macy, y todos salimos corriendo tras las luces.

93

No molestes a la abeja durmiente

Solo tenemos que correr más o menos medio kilómetro a través de la frondosa selva antes de parar de sopetón al borde de una pradera gigante. En el centro se distingue un árbol inmenso, con cientos de ramas largas y gruesas que salen de la base de un tronco tan amplio que podría competir con uno de Ciudad Gigante.

Lo hemos encontrado.

Hemos encontrado el Árbol Agridulce.

—¡Vaya tela! —vocifera Flint cuando el resto llega corriendo—. Lo hemos conseguido. ¡Hemos encontrado el árbol de verdad!

—¿Quién iba a pensar que viajaríamos hasta Ecuador para encontrar el Árbol Agridulce y resultaría ser un simple olmo? —comenta Heather mientras, asombrada, niega con la cabeza.

—¿Es eso lo que es? —pregunto—. ¿Un olmo?

—Estoy casi segura —responde—. Es más alto que muchos de los olmos que he visto, pero por la forma es un olmo puro y duro. Mira lo bajas y gruesas que son las ramas. Además, las hojas son supercaracterísticas. ¿Ves la forma de óvalo ladeado que tienen, con un borde más grande que el otro? Sin duda es un olmo.

Hudson se pone a mi lado y me rodea la cintura con el brazo mientras admiramos el paisaje.

A pocos metros del árbol hay una cascada que rompe en un lago de un azul tan claro como el cristal, y varias de sus interminables ramas se hunden y se mueven por el agua con la brisa. Detrás del árbol parece haber una cueva pequeña y rocosa y, a la izquierda, se atisba más selva frondosa. Pero la pradera está salpicada por numerosos terraplenes de tierra esparcidos en todas direcciones, llenos de flores silvestres hermosísimas de todos los colores imaginables trepando para buscar cualquier rayo de sol que se cuele bajo las ramas gruesas del árbol.

El lugar en sí es idílico, transmite una sensación de calma que me acaricia la piel con la brisa gentil. Respiro hondo para centrarme y me doy cuenta de que todo va a salir bien. Solo tenemos que recolectar el... Un momento, ¿cómo lo había llamado mi abuela? El Rocío Celestial o el néctar del árbol.

—¿Los olmos tienen savia? —le pregunto a Heather.

No contesta. Está demasiado ocupada mirando hacia la copa del árbol, que se extiende hacia el cielo.

De hecho, todos parecen fascinados con él, con los ojos bien abiertos y los labios entreabiertos por la admiración. Y lo entiendo. Este lugar es mágico.

Una sonrisa dulce me tira de las comisuras de la boca mientras yo también me vuelvo hacia el árbol y me apoyo en Hudson para admirar todas las ramas largas que se curvan hacia la pradera, debido al peso de... Me pongo tensa.

—¿Todos los olmos tienen tantos panales? —tanteo al tiempo que me acerco para verlo mejor—. Tiene que haber cientos ahí arriba.

—Más bien miles —interviene Macy.

Tiene razón, advierto caminando por la pradera. Hay cientos, cientos y cientos de panales colgando de cualquier lugar que haya disponible en las ramas del árbol. Y, aunque el árbol y las ramas son increíblemente enormes, los panales son de todos los tamaños.

Algunos son tan diminutos como una baya. Otros, más grandes que una pelota, cuelgan de las ramas más gruesas y largas. Y los hay de todos los tamaños entremedias.

Nunca había visto nada parecido.

—Siento ser un aguafiestas —anuncia Jaxon con voz cansina mientras él también contempla el árbol enorme—. Pero ¿estamos seguros de que este es el Árbol Agridulce? No es que los olmos sean autóctonos de este país.

—Exacto —le explica Hudson—. La Conservadora ha dicho que no ha estado dos veces en el mismo sitio, lo cual quiere decir que seguramente no pertenezca a esta selva, ¿no?

—Y ahora quiere estar aquí. —Heather suspira—. Rodeado de flores silvestres de todos los colores en la orilla de esta increíble cascada. Es bonito si lo piensas, ¿no?

—Sí —contesta Eden—. Pero creo que tenemos que darnos prisa antes de que el árbol decida que quiere volver a reubicarse.

—¿Creéis que el néctar que necesitamos es en realidad la miel? —pregunta Flint cruzando los brazos sobre el amplio pecho mientras analiza la gran cantidad de panales entre los que podemos elegir.

—Pensaba que se trataría de la savia —admito—. Pero creo que tienes razón y en realidad es miel.

—¿Por qué nos ha dicho la Conservadora que necesitamos un frasco para recolectarla? —se pregunta Jaxon—. ¿No podemos romper un trozo del panal y ya?

—Puede que sea frágil —sopesa Eden—. Además, ¿cuánta miel se filtrará por la tela si la llevas en el bolsillo todo el camino desde aquí hasta el Reino de las Sombras?

—No puede ser tan sencillo, ¿verdad? —añade Flint a la par que señala un panal especialmente grande que cuelga a poco más de un metro del suelo—. Ese panal ahí colgado, esperando a que cualquiera pase por aquí y se lo lleve.

—¿Es que todo tiene que ser complicado? —rebate Heather.

—¿Por experiencia propia? —dice Flint con un movimiento de la cabeza—. La vida me ha enseñado que la única respuesta a esa pregunta es «Ya te digo, sí que lo es».

No se equivoca. Y está claro que no soy la única que lo piensa, porque Eden está escudriñando el árbol con casi tanta atención como yo.

—No puede ser —afirma dándole la razón a Flint... Y a mí.

—Pero podría —insiste Heather acercándose más.

—Lo dudo —interviene Hudson, pero él también se acerca al árbol.

La cautela de su voz hace que mire al árbol con todavía más escrutinio.

—¿Qué ves tú que yo no veo? —le pregunto.

—No es lo que veo —contesta—. Es lo que oigo.

—Mieeeerda —masculla Flint en voz baja mientras abre los ojos alarmado, y me doy cuenta de que, sea lo que sea que Hudson esté escuchando, él también lo oye.

Y también Jaxon y Eden, a juzgar por las mismas expresiones de preocupación que lucen en la cara.

El pánico se me desliza por la columna, pues se necesita mucho para intimidar a un paranormal, sobre todo a aquellos que son tan poderosos como mis amigos. Así que, si están así de preocupados, eso

que están escuchando tiene que ser muy malo.

—¿Qué es? —pregunta Macy, porque ella tampoco tiene un oído superdesarrollado.

—Abejas —informa Jaxon—. Miles y miles de abejas.

—¿En serio? ¿Eso es lo que os tiene tan preocupados? Yo no puedo oírlas —anuncia Heather.

—No puedes oírlas porque ahora mismo su tono es muy agudo —explica Hudson—. Como si estuvieran utilizando diez mil silbatos para perros al mismo tiempo.

—¿Diez mil? —inquiere Heather, que de repente parece un poco más que aterrada.

—Como mínimo —responde Eden, y sacude la cabeza como si intentara despejársela—. Creo que hay más.

—Bueno, no creo que diez mil abejas sean rival para un grupo de paranormales —manifiesto—. A ver, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Que nos piquen unas cuantas veces?

—Solo hay una forma de averiguarlo —anuncia Jaxon, y se adelanta unos tres metros de nuestra posición. Entonces usa su telequinesis para romper una esquina del panal más cercano y lo hace flotar por la pradera hasta nosotros.

94

Con la miel en los labios

No ocurre nada.

No salen abejas en masa de sus panales para atacarnos por robarles la miel. No cae un rayo del cielo para atravesarnos. Ninguna fuerza celestial intenta proteger el árbol de nuestras manos codiciosas.

Pero, cuando Jaxon levanta la mano para atrapar el trozo flotante de panal con aire triunfante, es imposible no darse cuenta de que algo raro le pasa. Para ser exactos, que se está moviendo a cámara lenta. No, mejor dicho, superlenta.

Lo contemplo con los ojos bien abiertos mientras empieza a bajar la mano.

Y la sigue bajando.

Y la sigue bajando.

Y la sigue bajando.

Y aún la sigue bajando.

Cuando el brazo por fin le llega más o menos a la altura del hombro, un zumbido fuerte y agudo llena el aire que nos rodea, uno que hasta yo puedo oír. Y, unos dos segundos después, antes de que Jaxon pueda bajar el panal un centímetro más siquiera, las abejas plagan toda la superficie de los panales. Algunas también revolotean a su alrededor.

Aun así, nada que me haga entrar en pánico. A ver, no esperábamos que Jaxon pasase a moverse a cámara lenta, y no me entusiasma el viaje de vuelta a casa con él, pero, más allá de la actividad de las abejas en torno al árbol, parecen estar dejándonos a nuestro aire.

Suelto un suspiro largo. Por fin el universo va a dejarnos ganar y yo estoy más que encantada.

Flint y Eden van metiéndose con Jaxon por turnos, quien ahora ha conseguido bajar el trocito de panal otro centímetro, y yo me doy

cuenta de que se está formando una gota enorme de miel en la parte de abajo.

Busco a Hudson con la mirada para contarle que he descubierto la forma de recolectar el néctar, pero él, Macy y Eden han empezado a rodear el perímetro del árbol, supongo que para estudiarlo mejor. Me encojo de hombros.

—No hay nada como el presente —digo a nadie en particular mientras me quito la mochila del hombro. Abro la cremallera de la parte superior y rebusco por dentro hasta dar con el saquito que contiene los frascos que me dio la Conservadora. Agarro dos por si acaso y me vuelvo a colgar la mochila a la espalda.

Le quito el tapón de corcho a uno de los frascos, camino hasta Jaxon y lo coloco justo debajo de la miel, con cuidado de que la gota que se está formando quede justo en el centro de la apertura. Porque, sin duda, yo no quiero que me afecte esta mierda de ir a cámara lenta como a Jaxon.

—Eh, chicos, ¿podéis dejar de burlaros de Jaxon y buscar un palo o algo para quitarle el panal de la mano? —pido con una mirada asesina a los dos dragones, quienes se encogen de hombros y se dirigen a las lindes de la selva en busca de palos.

Me doy cuenta de que Hudson, Macy y Heather continúan observando el árbol fijamente y sigo sus miradas para encontrarme con un grupo de abejas que zumban alrededor de uno de los panales más grandes. Aunque los insectos no se parecen a nada que haya visto antes y me tengo que tragar las ganas de gritarles a pleno pulmón que corran.

Para empezar, las abejas más pequeñas, que son pocas, son del tamaño de una nuez. Las más grandes son más bien del tamaño de mi puño, más grandes todavía si se incluyen las largas antenas que les salen de la cabeza, las enormes alas que consiguen que sus orondos cuerpos se contoneen en el aire y un aguijón increíblemente largo que les sobresale del saco de veneno.

Mientras contemplo las imponentes criaturas de inmensos ojos negros y rostros peludos, lo único que me viene a la cabeza es preguntarme cómo es posible que creyera que los insectos de las sombras eran espeluznantes. Porque, aunque no tengo nada en contra de las abejas normales, estas llevan la palabra *espeluznante* a otro nivel.

Y madre mía…

Trago saliva.

Lo primero que pienso es que nos han localizado.

¿Lo segundo?

Esas alas gigantes significan que no tienen ni un pelo de lentas. Y el enjambre va directo hacia Jaxon.

95

El colmo de la colmena

Flint debe de oír a uno de nosotros gritar, porque no duda ni un instante. Sale corriendo hasta Jaxon para envolverlo con su ancho cuerpo y, sin querer, toca el panal.

Mi amigo, que no destaca por su instinto de supervivencia, se da cuenta de lo jodido que está, porque empieza a cambiar a su forma de dragón, supongo que porque la piel dragontina es mucho más resistente que la humana.

Sin embargo, ahora también se mueve a cámara lenta.

Contemplar a un dragón, e incluso a un lobo, cambiar de forma normalmente es un espectáculo precioso, lleno de chispas arcoíris y luces místicas, que transcurre en poco más que un pestañeo.

Contemplar a Flint transformarse ahora mismo no se parece en nada a esa experiencia. No es precioso. Ni místico. Y, desde luego, no es rápido. Pero es rarísimo. Es más, diría que es aterrador. Porque, al contrario que sus transformaciones habituales, esta vez podemos ver todo lo que acontece de primera mano y con detalles a cámara lenta.

Primero empieza a cambiarle la piel, de un marrón cálido y suave a un verde frío y escamoso, capa a capa, a una lentitud insoportable. Y, aunque las escamas de dragón son muy hermosas, sobre todo las de mi amigo, ver la forma en que dichas escamas formadas en parte se van amontonando poco a poco sobre la piel humana es espantoso.

Si a eso le añades que su cabeza empieza a mutar al mismo tiempo que su piel, el resultado es algo verdaderamente monstruoso. Su estructura ósea comienza a alargarse, se le ensancha la mandíbula, se le afilan los dientes y la piel sobre las sienes, ojos, boca, mandíbula y mejillas empieza a formar crestas afiladas y duras.

En otras palabras, su cabeza humana se convierte en una cabeza de dragón, solo que lo hace con tal parsimonia que parece más un demonio que un humano o un dragón.

Lo mismo ocurre con las garras y la cola, y así hasta que cada parte de su cuerpo parece la de una especie de humano o monstruo inventado para aterrorizar a los niños pequeños. O a quien sea.

Excepto, al parecer, a las abejas, quienes lo miran (y a la miel que ahora percibo en la mano de mi amigo) y van directas a por él como si tuvieran los aguijones en llamas.

Atrapado entre su forma humana y dragontina, y tan lento como la miel fría, es un blanco perfecto para las abejas y cualquier horror que quieran infligirle.

Bajo la mirada al frasco que llevo en la mano, en el que ahora hay un gotarrón de miel deslizándose por la cara interna del cristal, le pongo a toda prisa el tapón de corcho y me transformo en gárgola. En mi forma de piedra soy totalmente inmune a los picotazos de las abejas, así que me interpongo entre Flint y los insectos agresivos.

El sonido es horrible, su zumbido es tan incesante que me imposibilita concentrarme o incluso pensar. Eso no impide que intente apartarlas con la palma abierta, pero sí que se me ocurra cualquier tipo de plan para lidiar con el ataque. Flint se suma al plan de apartarlas a manotazos, aunque sin la ventaja de ser de piedra, cosa que nos deja a los tres sumidos en un mundo de dolor, algo que Hudson debe de advertir de inmediato.

Porque lo siguiente que sé es que todas las abejas que nos están atacando se desintegran al instante. Apenas registro que somos libres antes de que Hudson suelte un grito, un sonido horrible y escalofriante que hace que el corazón me salte en el pecho. A continuación se desploma en el suelo a unos cuantos metros de la orilla mientras se agarra la cabeza con las manos.

96

No puedes escapar de la colmena

—¡Hudson! —grito mientras corro hacia el árbol para llegar a él—. Hudson, ¿estás bien?

Pero no contesta. Está demasiado ocupado agarrándose la cabeza y revolviéndose en el suelo.

Al principio no entiendo qué le está pasando. Ha destruido estadios, ha desintegrado a miles de insectos de las sombras en las Pruebas, ha repelido los esqueletos gárgola una noche tras otra y nunca había tenido esta reacción. Utilizar su poder siempre le hace daño, sentir todas esas vidas... Es una de las razones por las que odio que tenga que hacerlo. Pero así no. Nunca ha habido tanto dolor.

¿Qué tienen de distinto un montón de abejas? ¿Qué es lo que hace tan insoportable que él entre en su interior?

—Hudson. —Quiero tirarme al suelo a su lado, acunarle la cabeza con las manos, pero sigo llevando ambos frascos y él se está retorciendo demasiado para poder acercarme.

Sigue gimiendo una y otra vez.

—Almas. Almas. Almas. Almas. Almas.

Y es entonces cuando caigo. Estas abejas hacen más que proteger la colmena. Hacen la miel. La miel que hemos venido a recolectar, el Rocío Celestial, ese líquido que de alguna forma separará dos almas entrelazadas. Y si la miel es celestial, no sería muy descabellado que las abejas que la elaboran también lo sean.

—Madre mía —jadeo, y se me hacen nudos en el estómago, como si fuera una cuerda trenzada. Al desintegrar las abejas Hudson se ha metido en la mente de un ser antiguo y divino.

El miedo me embarga y me pregunto si habrá forma de que se recupere de esto. ¿Habrá alguna manera de que su mente olvide lo que acaba de ver? ¿Lo que acaba de sentir? ¿O cargará con este sufrimiento para siempre?

Solo de pensarlo se me vuelve a revolver el estómago, pero me esfuerzo al máximo para no demostrarlo mientras analizo la pradera. Hudson no es el único que está padeciendo ahora mismo.

Jaxon todavía no ha conseguido soltar el panal y otro grupo de abejas gigantes lo está acosando desde todas las direcciones. Flint intenta ayudarlo, pero a él también lo tienen rodeado. Las picaduras de los insectos les están cubriendo toda la piel que llevan al descubierto de habones. Además, tienen los ojos tan hinchados que casi no pueden abrirlos y las manos parecen guantes de portero. Y aun así las abejas siguen picándolos sin parar hasta que Flint se desploma de rodillas.

Voy corriendo para ayudarlos a ahuyentar los insectos, con cuidado de no tocar el panal que lleva Jaxon en la mano, pero hay demasiados.

Macy y Remy corren hacia nosotros mientras lanzan hechizos por el aire. Hechizos que forman barreras protectoras alrededor de Flint y Jaxon, pero que se destruyen casi al instante. Hechizos que lanzan a las abejas varios metros hacia atrás, pero que nunca afectan a muchas y solo consiguen que las pocas a las que han alcanzado vuelvan todavía más cabreadas. De hecho, parece que nada de lo que hacen tiene un efecto real en las criaturas.

Eden utiliza su aliento de hielo para intentar congelar tantas como pueda. Y, aunque el frío parece repelerlas durante varios segundos, vuelven al ataque en cuanto consiguen salir de la corriente gélida.

Heather ha agarrado una rama que había por ahí tirada y está haciendo uso de los años que pasó en el instituto jugando al softball para batear con todas sus fuerzas. Pero hay más abejas de las que puede golpear.

Al parecer poco hay que ninguno de nosotros pueda hacer contra las abejas.

Lo que es peor, ante mi mirada de espanto las abejas pasan de asediar solo a Jaxon y a Flint a picar a todos mis amigos, y sus gritos atormentados resuenan por el aire.

Hudson sigue en el suelo, con el rostro pálido y la mandíbula tensa por el dolor. Ya no grita, pero no sé si es porque la agonía ha disminuido o porque ya no tiene la energía para seguir chillando.

Cuando vuelvo a mirar a Flint, un grito se me atasca en la

garganta y corro para apartar más abejas. Ha detenido su transformación y tiene toda la cara hinchada y repleta de habones, tanto que casi no lo reconozco.

Tiene la chaqueta y la camiseta hechas jirones después de pasar minutos interminables recibiendo impactos de distintas partes del cuerpo de las abejas: patas, alas, antenas y aguijones. Todas son tan grandes y afiladas que le infligen daño allá donde toquen, es decir, en todas partes a juzgar por cada franja expuesta de su piel, que está llena de picotazos inmensos y llenos de pus.

El cuello, las manos, el pecho, el abdomen e incluso la pierna que no lleva prótesis muestran un tamaño tres o cuatro veces más grande que el habitual debido al pus. Suelto un grito cuando ya ni siquiera sus rodillas aguantan su peso y cae de costado, totalmente inmóvil.

Lloro mientras aparto las abejas que siguen encima de Jaxon, quien parece estar en peor estado que Flint, aunque no lo habría creído posible si no lo estuviera viendo con mis propios ojos.

Cuando Jaxon ha agarrado el panal, evidentemente su metabolismo vampírico también se ha ralentizado, porque ninguno de los picotazos se le está curando y está tan irreconocible como el dragón. De hecho, tiene peor aspecto que él.

Cosa que se enfatiza cuando se inclina hacia delante y, como Hudson, cae de cara al suelo. Con fuerza.

Pero, al contrario que su hermano, no grita de agonía. De hecho, no emite ningún sonido y, de alguna forma, eso me inquieta todavía más.

Me vuelvo hacia Eden y grito:

—¡Saca a Macy y a Heather de aquí! ¡Ahora!

Remy ya está en el suelo. Inmóvil.

Cuando Eden despega hacia el cielo, una parte de mí quiere quedarse ahí plantada y gritar de terror, mientras que otra parte sabe que no es el momento de perder la cabeza.

Tengo que mantener la calma. Todo el mundo cuenta conmigo. Soy la única que es inmune a las abejas y no importa que los chicos no se muevan. No están muertos. Me niego a creerlo. Todavía no.

Le echo un vistazo a Jaxon, quien ha sucumbido al dolor y al veneno. Las abejas ya se han apartado de él, todas menos dos inmensas que han aterrizado a su lado y le están arrebatando el panal que ya ha conseguido soltar porque ha relajado los dedos.

Ya no le pican. De hecho, ya no les hacen nada a Flint, Remy ni a Hudson, como si supieran que ya no hay razón para ello. Pronto se habrán marchado, pero las respiraciones laboriosas de mis amigos se vuelven cada vez más y más lentas.

El pánico que he estado intentando mantener a raya me atraviesa como un tren de carga, y abro la boca y grito, grito y grito. Grito hasta que tengo la garganta en carne viva.

Grito hasta que cada una de las abejas vuelve volando a su panal y deja a mis amigos y a mi compañero tranquilos para que, por fin, puedan morir en paz.

97

Necesito una garra de escape

No. Puedo salvarlos. Voy a salvarlos.

Me meto los frascos en el bolsillo y corro al lado de Hudson. Coloco una mano en la pradera verde y la otra en el hombro de mi compañero. Después dejo entrar magia de la tierra en mi cuerpo y la transfiero al de Hudson.

Indago en su interior, busco los peores efectos del veneno de las abejas y le mando energía curativa a la tráquea, que casi se había cerrado por completo. Siento que la cálida magia blanca empieza, muy lentamente, a sacar el veneno de su corriente sanguínea y a abrirle las vías respiratorias milímetro a milímetro.

Cuando respira hondo de forma entrecortada, permito que las lágrimas me caigan sin reparo por las mejillas. «Se pondrá bien. Se pondrá bien», me convenzo.

Y sé que necesita más sanación, pero todavía no puedo centrarme en curarlo por completo.

Una sombra pasa sobre mí y me doy cuenta de que Eden está volando en círculos por encima del árbol. Bien. Con ella, Heather y Macy a salvo puedo concentrarme en lo que tengo que hacer aquí.

El siguiente en el que me centro es Remy; le envuelvo el tobillo con la mano y le envío tanta magia de la tierra como puedo canalizar a su cuerpo. Flint y Jaxon están a unos metros de distancia, así que intento hacerles llegar mi magia a través del suelo a ellos también. Están en estado crítico, y me tiemblan las manos mientras canalizo más y más energía para enviarla a los cuerpos de mis amigos.

Cuando los tres gruñen y toman bocanadas de aire levanto la vista al cielo y grito:

—¡Están bien! ¡Se pondrán bien!

Sin embargo, Macy y Heather mueven los brazos y chillan:

—¡Cuidado!

No tengo tiempo para volverme y ver qué es lo que las asusta tanto antes de que algo pesado colisione contra mí y me lance por los aires.

Joder. Lo que sea que me haya golpeado se deja caer sobre mi pecho y pesa una maldita tonelada. Creo que me ha partido el torso y la espalda al golpearme y, aunque no hay nada que desee más que escaparme de debajo de la criatura, no puedo. Pesa cientos de kilos y me tiene atrapada como a una cucaracha debajo de un zapato.

Jadeo para coger aire, aunque en realidad siento como si me hubiera roto el esternón o me hubiera perforado un pulmón, y por fin atisbo lo que me ha atacado.

Y la respuesta es… un oso.

Un maldito oso.

Y parece cabreadísimo.

Con un rugido empieza a darme zarpazos en el pecho de piedra con las afiladas uñas, una y otra y otra vez. He conseguido cubrirme la cara con los brazos, pero es lo único que puedo hacer para protegerme. El pánico me oprime el pecho mientras me hago un ovillo como puedo teniendo en cuenta que hay un maldito oso acampando encima de mí.

Hudson debe de sentir mi angustia, porque lo oigo gruñir con dolor, arrastrando una pierna por el suelo y luego la otra hasta que consigue ponerse en pie a duras penas. Por desgracia sigue teniendo los ojos cerrados por la hinchazón, así que no tiene ni idea de dónde estoy y tampoco puede ver el oso que me está aplastando.

Empiezo a pedirle socorro, pero me detengo, pues me da miedo que intente desintegrar al oso, que, dado que parece pasar el rato cerca de un árbol celestial, también debe de ser un celeste. Si utilizar sus poderes con las abejas celestiales ha hecho que Hudson se desplome, no me puedo ni imaginar el daño que recibiría su psique si entra en la mente de este animal.

Por suerte (bueno, según lo que considero suerte ahora mismo), el oso decide que no vale la pena esforzarse tanto por mí. Deja de arañarme y se baja de mi pecho con una impresionante vuelta de campana lateral para después alejarse con pesadez.

—Estoy bien, Hudson —aseguro con voz ahogada transcurrido un minuto, y de verdad espero que no sepa que estoy mintiendo como una bellaca. Porque si de algo estoy segura es de que no estoy bien.

Pero tampoco estoy muerta, así que algo es algo.

—Las abejas… —comienza Hudson con la respiración entrecortada—. La miel… —Niega con la cabeza y vuelve a intentarlo —. El oso… es un… devorador de almas.

Sí. Estoy de acuerdo. Casi devora la mía un par de veces.

Forcejeo para sentarme mientras me muerdo el labio para no emitir ningún sonido que pueda volver a llamar la atención del oso. «Por favor, no, el oso no», gruño mentalmente, y al mismo tiempo paso la mirada del animal a Hudson, quien ha vuelto a tumbarse en el suelo, agotado. Al final apoyo el peso en el codo sin apartar la mirada de la bestia, que ahora se encuentra debajo del árbol.

Se me salen los ojos de las órbitas cuando me doy cuenta de que es incluso más grande de lo que pensaba. Y su pelaje es dorado y brillante, cada pelo arde con tanta intensidad como la luna llena en la superficie del océano en una noche despejada. Si no acabara de partirme la caja torácica en dos, puede que hasta lo considerara majestuoso.

De repente el oso se vuelve para mirar a Hudson. El corazón me da un vuelco y empieza a latir a mil por hora.

Me pongo en pie tan rápido como puedo, que no es tan rápido como me gustaría, y grito:

—¡Yo soy a quien buscas!

Empiezo a cojear hacia el árbol y los panales tan rápido como mi cuerpo magullado me lo permite. Ni de coña voy a dejar a la criatura a solas con Hudson. Ni de puta coña. Antes me muero que dejo que se haga con mi compañero.

El oso sale a mi encuentro, salta hacia delante con un gruñido que hace que los panales se sacudan en las ramas. Pero no me importa porque, mientras esté centrado en mí, no irá a por Hudson, Jaxon, Flint o Remy.

A sus espaldas me encuentro con la mirada de Heather, quien va sentada delante de Macy en la espalda de Eden. La dragona se está lanzando en picado a por el oso, igual que yo, y Heather lleva la rama levantada como si fuera un bate.

—¡No! —le grito mientras levanto una mano para impedirlo—. ¡No lo hagas!

Pero es demasiado tarde. Va a por todas y le da al oso en la parte trasera del hombro. Este se vuelve con un rugido y atiza a Eden con

tanta fuerza que hace que se precipite varios metros hacia atrás. Heather se estampa contra el suelo de cabeza. Y se queda quieta.

—¡Heather! —grito.

No sé cómo, pero Hudson localiza el cuerpo dragontino derribado de Eden justo cuando me percato de que Macy está debajo de ella, porque se desvanece hasta allí y empuja a la pesada dragona hasta que consigue sacar a rastras a mi prima de debajo.

El terror y la furia me corroen y lanzo el puño de piedra para golpearlo en el hocico con todas mis fuerzas.

El oso grita con furia cuando tira la cabeza hacia atrás, después sus ojos se encuentran con los míos y atisbo una rabia impía en ellos. Se levanta con las dos patas traseras y, esta vez, cuando me ataca, lo hace con todas sus ganas.

Salgo disparada hacia atrás, me estampo con fuerza en la ladera de la montaña, junto a la cascada. Y entonces todo se tiñe de negro.

98

A todos nos puede amargar un dulce

Vuelvo en mí poco a poco. Me pitan los oídos y siento todo el cuerpo como si me acabara de atropellar un tanque… varias veces.

Parpadeo, intento despejar el cerebro desorientado y descubrir dónde estoy. Es entonces cuando veo a Remy tumbado en el suelo a mi lado, casi irreconocible por el daño que le han infligido las abejas, pero por lo menos respira. O eso creo. Por favor, por favor, por favor, que no esté muerto.

—¡Remy! —grito con urgencia. No se mueve, así que vuelvo a hacerlo—. ¡Remy!

Me callo cuando gruñe, un sonido grave y entrecortado que hace que el terror me atraviese como una navaja. Extiendo la mano hacia él, solo para sentir la calidez de su cuerpo y asegurarme de que está vivo. Cuando lo hago me doy cuenta de que estoy mirando mi propia piel.

Mi piel humana, magullada y sangrienta. En algún momento entre el último ataque del oso y cuando me he desplomado en el suelo, he perdido mi gárgola.

La busco en mi interior, intento aferrarme al familiar hilo platino, pero no lo siento. No siento nada más que el dolor de lo que ha acontecido aquí hoy.

El miedo me araña con las uñas, se me sale el corazón por la garganta y los sudores fríos me recorren la espalda mientras vuelvo la cabeza para buscar a Hudson.

No lo encuentro de inmediato. En su lugar veo a Jaxon y a Flint en el suelo, en las mismas posiciones que han estado desde que ha empezado la batalla. No veo que se les mueva el pecho.

El dolor incrementa, me aplasta con más fuerza de la que podría hacerlo el oso. Me roba el aire de los pulmones y hace que cada vez me cueste más y más respirar. Incluso antes de que intente mover la

cabeza un poco más y distinga a Macy y a Eden cerca del árbol.

Macy está hecha un ovillo con todo el cuerpo tenso incluso en su estado inconsciente, preparada para otro golpe; mientras que Eden, otra vez en su forma humana, está tumbada de lado junto a ella. Ella también está inconsciente… o algo peor. También se la ve magullada, maltrecha y rota. Pero aun así intentaba ayudarla, pues descansa la mano sobre el pelo verde marino de mi prima.

Heather está a varios metros de distancia de ellas, su cuerpo maltratado exactamente donde ha aterrizado cuando el oso la ha placado. Y, junto a ella, quieta y boca abajo, está Hudson.

Mi Hudson.

Me nace un sollozo en la garganta cuando veo su cuerpo hinchado y destrozado, tirado en un ángulo antinatural. Madre mía, el oso debe de haber ido a por él, o él a por el oso después de que yo perdiera el conocimiento.

Empiezo a llamarlo, pero su nombre se me queda atascado en el pecho, ahogándome. El miedo, el pavor y la agonía me invaden y hago uso de toda la fuerza que me queda para ponerme de rodillas e intentar atravesar gateando el espacio que nos separa y llegar hasta él. Pero mi cuerpo está demasiado hecho polvo, yo estoy demasiado rota, y me vuelvo a caer al suelo con el primer movimiento hacia delante que hago.

—¡Hudson! —Jadeo su nombre—. Hudson, por favor.

No se mueve y, en mi interior, anochece. Porque Hudson nunca me dejaría sufriendo si pudiera evitarlo. Hudson me contestaría si pudiera. Hudson, mi Hudson, encontraría la forma de llegar hasta mí.

Y esta vez no lo está haciendo. Está ahí tirado sin más, la cáscara vacía del hombre que amaré por toda la eternidad. Y eso quiere decir que ya no está. Me ha dejado de verdad.

Un dolor como ningún otro que haya sentido me anega. Me destroza por dentro como el océano, me lleva a la deriva como el constante e implacable romper de las olas. Me hunde como una corriente de resaca marina, excavando más y más hondo en mi interior hasta que me ahogo, y me da absolutamente igual.

Es culpa mía. Todo esto es culpa mía. La realidad de esas palabras me retumba por todo el cuerpo.

Yo fui la que no hizo más preguntas acerca del árbol. Acerca del Rocío Celestial. Y todos intentaron avisarme de que no debía meterme

con los celestes. Pero los ignoré, decidí hacer oídos sordos, escogí no preguntar ni cuestionarme nada porque podría dar como resultado que no intentáramos salvar a Mekhi.

Enterré la cabeza en la arena, como hago siempre cuando no quiero enfrentarme a las dificultades, y seguí hacia delante sin pensar.

Y mis amigos han pagado el precio.

Mi impresionante mejor amiga, que siempre va de frente, ha pagado el precio.

Mi adorable prima, triste y destrozada, ha pagado el precio.

El cabezota de mi excompañero y su novio extremadamente fiel, mi amigo, han pagado el precio.

Incluso mi amigo que puede ver el futuro, que puso su destino en mis manos cuando aun así nos acompañó solo porque sabía que yo lo necesitaría, ha pagado el precio.

Y mi compañero, mi precioso y roto compañero que destrozaría el mundo por mí, que ya ha sufrido más de lo que nadie debería sufrir, ha pagado el precio.

Porque creí en mi propia propaganda en vez de cuidarlos.

Porque no dediqué ni un segundo a pensar, a planear, antes de lanzarme de cabeza al peligro.

Porque los he decepcionado a todos y cada uno de ellos.

No he sentido más vergüenza en mi vida, ni me he sentido más fracasada. Se supone que debo ser una líder y, en lugar de eso, me he convertido en el verdugo de todo aquel al que he querido.

Mis padres murieron tratando de protegerme.

Xavier murió porque no fui lo bastante fuerte.

Luca murió porque no pude salvarlo.

Rafael, Byron, Calder e incluso el pobre Liam murieron porque no pude detener una guerra.

Y ahora esto.

He dañado o matado a todas las personas que he querido porque no he sido lo bastante fuerte, inteligente o buena para salvarlos.

La agonía me atraviesa, y esta vez no susurro el nombre de Hudson. Lo grito. Una y otra vez.

No me contesta, pero sigo llamando. No puedo parar.

Si paro querrá decir que se ha ido de verdad. Y eso es imposible.

Ahora no. Todavía no. No mi Hudson. No mi corazón.

No mi compañero.

Grito hasta que me quedo afónica.

Grito hasta que la última chispa de esperanza que ardía en mi interior se apaga.

Grito hasta que no queda nada más. De él. De mí. De nosotros.

Y entonces grito un poco más.

Al final mi voz se quiebra por el esfuerzo y cierro los ojos, me dejo llevar por un tsunami de dolor tan grande que no creo que pueda volver a encontrar el camino a la superficie.

He luchado contra esta sensación, he luchado contra esta ola muchas veces, pero ya no puedo luchar más. No cuando la oscuridad se cierra a mi alrededor y me toma en sus brazos hacia el olvido, donde pertenezco.

99

Rocíate

No sé cuánto tiempo me paso a la deriva.

El suficiente para que el zumbido se acalle y las abejas desaparezcan una vez más.

El suficiente para que un atardecer de color lavanda tenue se pinte en el cielo.

Más que suficiente para que el oso arranque un panal y lo arrastre con él debajo del árbol.

Mientras me quedo adormilada, atrapada entre la angustia y la apatía, el mundo que nos rodea empieza a cambiar. El viento sopla más fuerte. La hierba crece. Y los miles y miles de flores silvestres que cubren la zona próxima al árbol se hacen cada vez más y más espigadas.

Crecen por debajo de nuestros cuerpos hasta que son más altas que nosotros y se enredan por nuestros brazos y piernas. Se enroscan por nosotros. Nos cubren las manos, los pies y la cabeza hasta que quedan ocultos. Hasta que las flores silvestres, la hierba, el árbol y el agua es todo lo que permanece.

Al principio no concibo qué está ocurriendo, no me doy cuenta de lo que significa. Pero cuando empiezan a tirar de mí, cuando las flores me arrastran hacia debajo de forma implacable y me entierran en el suelo en el que yazco, ahí me doy cuenta. No son solo flores. Son nuestras coronas fúnebres en una pradera cubierta de tumbas.

El pánico empieza a correrme por el cuerpo cuando me doy cuenta de lo que está pasando. A Remy. A Jaxon. A cualquiera de mis amigos cuya vida penda de un hilo. A mí.

La tierra nos está absorbiendo en este jardín de almas. Nos está devolviendo al lugar de donde venimos.

El pánico se convierte en ira, porque esto no está bien. No ha llegado nuestra hora. Una vez más vuelvo la cabeza para observar a

mi grupo. Pero nadie se ha movido. Ni siquiera Remy, que está tirado justo donde ha caído. Pero al menos distingo el leve subir y bajar de su espalda al respirar, por muy débil que sea.

Y entonces recuerdo lo que debería haber recordado desde el principio. Mis hilos, tan vibrantes y coloridos como cualquier campo de flores silvestres.

Respiro hondo y suelto el aire poco a poco mientras me preparo para lo que me pueda encontrar. Y en ese momento hago lo que debería haber hecho hace muchas horas. Me lanzo de cabeza a mi interior y busco los hilos que han pasado a formar parte de mí, tanto como mi gárgola.

Están aquí. Madre mía. Están todos aquí. El hilo rosa eléctrico de Macy es fino, pero está, lo veo. El hilo de intenso verde bosque de Remy, tan diferente del esmeralda centelleante de mi hilo de semidiosa, es más grueso y fuerte, pero sin duda tiene algunos trozos muy perjudicados. El hilo negro de Jaxon, el ámbar de Flint, el morado de Eden. El rojo de Heather. Todos siguen aquí. Desgastados y casi inexistentes en algunas partes, pero siguen aquí. El hilo amarillo de Mekhi es tan traslúcido que casi lo paso por alto, pero también sigue en su sitio.

Y también el de Hudson. Madre mía, también el de Hudson. Nuestro vínculo de compañeros no ha desaparecido. Su brillo se ha apagado, el azul se ha enturbiado y hay un trozo horrible que hace que se me salga el corazón por la boca, en el que está tan destrozado que parece que el más mínimo movimiento podría romperlo para siempre. Pero sigue ahí, y ahora veo que si se mantiene en pie es por el hilo platino que creía desaparecido.

Ahora veo que, después de todo, mi gárgola no había desaparecido. Estaba justo ahí, debajo de mi vínculo de compañeros, manteniéndonos unidos a Hudson y a mí hasta que pudiera hacerlo yo por mi cuenta.

Y eso quiere decir que disponemos de una oportunidad. Que todavía hay posibilidades. Y tengo que hacer que se hagan realidad. Tengo que encontrar la forma de aprovechar toda la fuerza, el corazón y el alma que esta gente ha compartido conmigo este último año y dar con la manera de sacarlos de aquí y llevarlos de vuelta a casa.

Mi cerebro sigue aturdido, mi cuerpo todavía está hecho polvo. Pero respiro hondo y me obligo a pensar más allá del dolor y de la

penumbra. Debe de haber una forma. Solo tengo que dar con ella.

Giro la cabeza para volver a mirar a Remy y me percato de que el oso está sentado la mar de cómodo junto al lago, bajo la sombra del olmo. Ha colocado el panal en el suelo, frente a él, y contemplo cómo se relame la pata llena de miel.

Sigo lo bastante cerca del animal como para ver que el líquido le chorrea por el mentón y le corre por las uñas afiladas como cuchillas. Se relame durante un rato antes de volver a meter la pata en el panal y volverla a sacar llena de miel.

De nuevo vuelve a chorrearle por la barbilla, y esta vez ruge con impaciencia antes de limpiarse el morro.

Cuando acaba sacude la pata para limpiarla y unos hilitos de miel salen disparados por los aires, en todas las direcciones. Y luego vuelve a hacerlo, una y otra y otra vez. Cada vez que agita la pata las gotitas de miel salen volando y se van flotando con la brisa.

«El oso es un devorador de almas.» Es lo que me ha dicho Hudson.

Contemplo otro hilo de miel que cae de los labios del animal hasta la pata. Va haciéndose más fino a medida que aparta la zarpa de la boca, hasta que al final se libera. El hilo, fino como una telaraña, reluce con la misma intensidad que el pelaje del oso cuando se encuentra con la brisa y sale volando.

Y tengo la absurda idea de que es así como se forman nuestras almas en realidad: no somos más que gotitas de miel que han salido de la pata de este oso celestial, avivadas por la llama de su saliva divina.

Me gustaría reírme de mi disparate, pero estoy tan destrozada que no puedo ni respirar. En vez de eso, me quedo ahí tirada mientras contemplo como el ridículo oso come miel y las gotitas salen volando de su boca una y otra vez. De vez en cuando las patas se le ensucian demasiado por los chorretones de miel que se niegan a salir volando, entonces las alarga y las mete en el lago que tiene al lado. Esa misma agua que está a unos centímetros de mí.

Y en ese momento se me ocurre algo realmente disparatado. ¿Y si al final lo que buscábamos no se trataba de la miel? Al contemplar la forma en que el oso se lava la extremidad en el agua de nuevo, no puedo evitar preguntarme si me equivocaba. Mi abuela nos dijo que necesitábamos el Rocío Celestial. Y el rocío es agua, no miel.

Si este oso es un devorador de almas, tal y como ha dicho

Hudson, y el agua del lago limpia la miel... ¿No será que en realidad lo que necesitamos es el agua del lago para separar las almas de Liana y Lorelei? ¿Al igual que la criatura se limpia la miel de la pata?

Remy gruñe y el corazón se me acelera en el pecho. Está despierto.

Grito su nombre y esta vez, cuando pronuncia el mío entre gemidos, suelto un gran suspiro de alivio porque está vivo de verdad.

Si Remy está vivo, hay una oportunidad. Tenemos una oportunidad.

Con cuidado de no volver a llamar la atención del oso, le pregunto a Remy entre susurros desesperados:

—¿Puedes sacarnos de aquí?

Niega con la cabeza.

—No puedo caminar —contesta con una voz rota por el dolor—. Ni levantarme.

—Lo sé —siseo—. Pero necesito que hagas de tripas corazón y nos saques de aquí. —Le infundo a mi voz la urgencia que siento. A Hudson y a Mekhi les queda muy poco tiempo, así que esto tiene que funcionar.

Remy cierra los ojos con pesadez y durante un instante creo que se ha vuelto a dormir. Pero entonces susurra.

—Tengo una idea.

—Bien —respondo.

Estoy intentando reunir la energía para meter una mano en el bolsillo cuando noto que el suelo debajo de mí empieza a temblar. Me apresuro a mirar al oso con el corazón en la garganta, pero el temblor del suelo no debe de ser cosa suya, pues sigue comiendo.

—No sé si puedo llegar a todos —susurra Remy, pero hago oídos sordos.

—Nos vamos todos, Remy. Todos. —Y de repente tengo una idea —. Tú ven a por mí, y yo iré a por el resto. —Entonces miro en mi interior y agarro sus hilos con la mano. Porque yo cargaré con ellos, sin importar lo que cueste. Nada hará que los suelte. Ni ahora ni nunca—. Te aviso cuando esté lista.

Refunfuña algo que creo que es un sí, así que meto la mano en el bolsillo para sacar el frasco vacío que me entregó la Conservadora. Lentamente, muy poco a poco, voy acercando la mano cada vez más al agua, sin apartar la mirada del oso. Está concentrado en su festín de

miel, así que meto el frasco en el agua y lo lleno hasta el borde. Después le pongo el tapón tan rápido como me es posible.

Aun así no soy lo bastante silenciosa. Porque el oso levanta la vista de repente y suelta un rugido grave mientras viene directo a por mí.

Extiendo una mano hacia la de Remy y, con la otra, aprieto los hilos de mis amigos.

—¡Ahora, Remy, ahora! —exclamo.

El suelo bajo nuestros cuerpos se disuelve en un abismo arremolinado de estrellas y colores. Y después caemos.

100

Quedas dentro de la cárcel

Cuando aterrizamos chocamos contra el suelo con tanta fuerza que todo tiembla bajo nosotros. Del impacto me vuelve a doler todo el cuerpo, aunque, para ser sincera, es difícil discernir qué me duele por el golpe y qué por lo que ha pasado antes.

Tardo un segundo en recuperar el aliento. Parece que un asno me haya dado una coz en el esternón ya magullado. Pero en cuanto puedo respirar me hundo de inmediato en mi interior para comprobar los hilos. Todos siguen allí, hasta el de Heather y el de Hudson.

Me obligo a abrir los ojos y entonces me decido a encontrar a mi compañero.

Lo primero que percibo es lo iluminado que está todo aquí dentro, las tiras de luz que tengo por encima de la cabeza casi me ciegan con su intensidad. Lo segundo, que el suelo sobre el que yazco me resulta familiar, aunque no acabo de ubicarlo todavía. Y lo tercero es un dibujo infantil grabado en la pared metálica que tengo justo enfrente.

Es un dibujo hecho con cuatro garabatos, evidentemente realizado por alguien muy joven, pero parece un animal de cuatro patas. Tiene una cola ganchuda un tanto extraña y una cabeza de león que, por lo que parece, el artista intentaba capturar mientras la sacudía.

Es una mantícora, lo veo tras parpadear un poco para aclarar la vista. Vestida con una pequeña camiseta en la que hay una C enorme. Así que no es cualquier mantícora. Es Calder.

El corazón me empieza a latir con premura de nuevo al percatarme de dónde estamos exactamente y de que un joven Remy tuvo que hacer ese dibujo sabiendo que algún día se acabaría encontrando con ella aquí.

El pánico me atraviesa el cuerpo, pero antes de conseguir

controlarlo Remy extiende una mano y la posa sobre la mía.

—Es mi hogar —dice sin más.

Y lo entiendo. Herido, maltrecho, destrozado a más no poder, Remy nos ha traído al único lugar al que podía transportarnos, la prisión que fue su hogar durante gran parte de sus diecisiete años de vida: la Aethereum.

—Siempre encuentras el camino de vuelta al hogar —respondo—. Incluso en la oscuridad.

—Exacto —afirma con una leve sonrisa.

Entonces vuelvo la cabeza, en busca de mi hogar, y encuentro a Hudson tumbado de espaldas a varios metros de distancia. No tiene buen aspecto, pero aún veo nuestro hilo en lo más profundo de mi ser. Me aferro a él mientras intento ponerme en pie como puedo y cruzo a trompicones el impecable suelo de la celda hacia él.

—Hudson, cariño.

Me dejo caer de rodillas a su lado y me inclino. Apoyo la cabeza en su pecho y presto atención a los latidos para hallar algo de consuelo. Siguen ahí, débiles y un poco irregulares, pero ahí. Y ahora mismo es lo único que importa.

Me yergo y le aparto el pelo de la cara con suavidad. Se queja y acto seguido me agarra la mano con una de las suyas, hinchadísimas, e intenta recostarse. Tira de mi mano hasta colocársela sobre el pecho y se hace un ovillo a mi alrededor.

—Pensaba que te había perdido —susurra.

—Tiene gracia —contesto; le acaricio el pelo, apartándoselo de la cara, con la mano que me queda libre—. Yo he pensado lo mismo de ti.

—Has gritado mogollón, ¿no? —Se ríe un poco ante su comentario, pero la risa se convierte enseguida en un ataque de tos.

—Sí, bueno, habría parado si me hubieses contestado. —Finjo ofenderme—. Por cierto, gracias por nada.

—Siento haberte importunado. Intentaba no morirme.

Hago un ruido de desaprobación con la garganta aunque la alegría me borbotee por dentro.

—Y al parecer tampoco te iba muy bien.

—Se ve que no —confirma agradeciendo mi contacto—. Joder, me duele todo, Grace.

—Una prueba más de que estás vivo —manifiesto con total

naturalidad.

—Pues ya podría ser una prueba más soportable —dice secamente.

Niego con la cabeza.

—No. Después de esas malditas abejas necesito toda clase de pruebas y a todas horas.

Su risa es débil, pero lo que cuenta es que se ríe.

—Tus argumentos son muy convincentes.

—Pensaba que habías muerto.

Mi intención era decirlo con ligereza, una respuesta informal a su comentario burlón, pero no me sale así en absoluto. Mis palabras suenan temblorosas, desconsoladas e impregnadas de miedo.

—Oh, Grace.

Se obliga a incorporarse y, aunque carece de su elegancia habitual y está hinchado debido a las picaduras de abeja y los zarpazos del oso, para mí sigue siendo hermoso. Evidentemente él me mira del mismo modo, y sé que estoy hecha un desastre mayor que él. Aun así, si no supiese de buena mano que le haría daño, me lanzaría sobre él y lo abrazaría tan fuerte como me fuera posible.

Apoyo la frente en su pecho con delicadeza, esta vez no para oír los latidos, sino para poder sentirlo cerca de mí. Solo para poder sentir como ese pecho, duro como una piedra, se levanta y desciende con la respiración.

A nuestro alrededor los otros comienzan a moverse. No están haciendo nada alocado como levantarse o andar de un lado para otro, solo se están despertando.

Flint maldice mientras regresa a su forma humana después de haber estado tanto tiempo atrapado en esa forma híbrida entre dragón y humano.

Jaxon se da la vuelta entre gruñidos y pasa de estar cara al suelo a estar tumbado boca arriba.

Heather jadea al recuperar el sentido y agita los brazos como si estuviese intentando golpear una de aquellas malditas abejas, en cambio Eden y Macy no mueven ni un pelo. Solo sé que están despiertas porque tienen los ojos abiertos y las dos gimotean de dolor.

Remy está erguido como Hudson y yo, pero no tiene buen aspecto. Y el ojo lo tiene muchísimo peor (y eso que pensaba que era imposible), hinchado de pus y derramando un torrente de sangre sin

control.

Necesita atención médica. Todos la necesitamos, pero ahora mismo no es una opción. No cuando tenemos que averiguar cómo salir de esta prisión otra vez.

Lo bueno es que la puerta de la celda está abierta de par en par, así que en realidad no somos prisioneros del todo, pero tampoco estamos en el nivel más bajo, donde podríamos salir de aquí por nuestro propio pie. Al menos si las normas de este agujero infernal siguen vigentes, y estoy convencida de que así es. Caronte no es de esas personas a las que les gustan los cambios, y tampoco la Anciana, que es quien construyó esta pesadilla.

Todo el mundo paranormal parece tener problemas con el cambio. Por no mencionar el millón de normas distintas que tienen para un millón de cosas diferentes de las que nadie te quiere hablar. Por ahora estoy muy enfadada con la Sangradora por las precarias instrucciones que nos dio sobre el Árbol Agridulce. No digo que tuviera que habernos explicado que el rocío no procedía de los miles de millares de panales gigantes, pero habría estado bien que nos hubiese hablado de las abejas. O al menos del oso. De algo, de cualquier cosa que nos hubiese ayudado a prepararnos para lo que acabamos de soportar.

Pero nada.

Ni siquiera la Conservadora nos facilitó información útil, solo que los celestes eran seres con los que no se debía jugar. El mayor eufemismo del milenio.

Nos mandó allí tan tranquilamente con un frasquito de lo más cuqui y confiando en que sobreviviésemos. O igual ni eso. ¿Quién sabe lo que se les pasa por la cabeza a los dioses?

Lo único que sé es que, si alguien no tuviese ni idea de lo que está haciendo y acudiese a mí, una semidiosa, para pedirme ayuda con su problema, me aseguraría de que le quedase tan claro como el agua. Nada de pistas enigmáticas ni historias interminables contadas a medias en las que se obvian las partes más importantes ni simplemente desear buena suerte antes de que emprenda el camino. Respuestas directas y concisas que le ayuden a conseguir lo que busca. Y, como mínimo, mencionaría a los miles de millares de abejas celestiales y al maldito oso.

Respiro hondo. Mi abuela y yo tendremos unas palabritas cuando

vuelva.

Por ahora me conformo con ver que estamos bien. Hemos sobrevivido y tenemos el Rocío Celestial. Todo irá bien a partir de ahora. Mekhi se podrá salvar.

Flint tose y gruñe al instante porque el dolor es insoportable. Y yo aquí, sentada junto a Hudson, intentando averiguar qué hacer. Cómo obtener atención médica para mis amigos y para mí.

Sé que los paranormales sanan con rapidez, especialmente los vampiros y los metamorfos, pero no sé si ahora serán capaces de sanar con la suficiente rapidez. No con las heridas que tienen. Y aunque alguno pudiese sanar no podría ayudar al resto.

Así que, ¿qué demonios hago?

¿Me limito a esperar a que algunos de nosotros se encuentren lo bastante bien para soportar el calvario de Caronte? Si hacemos eso nos arriesgamos a acabar en la cámara, y ninguno de los aquí presentes podría aguantar eso ahora mismo. Por no hablar de que el tiempo de Mekhi va consumiéndose hasta convertir los días en lo que espero que sean horas y no minutos.

—Tenemos que salir de aquí —me dice Hudson como si me leyese la mente.

—Lo sé —contesto—. Lo malo es que no tengo ni idea de cómo hacerlo. Ni siquiera podemos caminar.

Él asiente y luego apoya de nuevo la cabeza en el suelo, como si aguantar erguido le requiriese demasiado esfuerzo. Y me pongo más nerviosa que nunca. Si Flint y Hudson están tan débiles que ni siquiera pueden estar sentados, ¿cómo diantres voy a sacar de aquí al resto de nuestros amigos antes de que ocurra algo terrible?

Pero antes de intentar levantarme siquiera, y menos aún a mis amigos, oigo un tintineo sutil y rítmico procedente del pasillo que pasa por delante de las celdas de este piso, como si alguien estuviese golpeando una llave contra los barrotes de metal.

Es un sonido inquietante, que hace que los pelos de la nuca se me ericen. Incluso antes de darme cuenta de que no es una llave la que tintinea, sino un anillo. Un anillo que en estos momentos se encuentra en el dedo de la mismísima Anciana.

101

Desafiando al orden

El miedo me atraviesa cuando entra en la celda como si fuera la dueña del lugar, aunque técnicamente supongo que lo es. En una situación normal estaría más que dispuesta a plantarle cara a la Anciana, pero ahora mismo no estoy en condiciones para una batalla de ingenios. Ninguno de nosotros.

Aun así me pongo en pie con dificultad. Si voy a tener que lidiar con esta mujer, mejor que sea estando de pie. Cualquier otra cosa parecería como admitir la derrota antes incluso de haber entrado en el campo de batalla.

Que el tatuaje de mi antebrazo haya tomado vida de repente no ayuda a calmar mis nervios. Llevo mucho tiempo temiendo este momento, pero he de decir que jamás se me habría ocurrido que tendría lugar en medio de una maldita cárcel, con todos mis seres queridos a mi lado después de que les hayan dado una paliza brutal. Aunque, bueno, siempre ha sido de las que se aprovechan de sus ventajas.

—Vaya, Grace, nunca pensé que volvería a verte por aquí —anuncia mientras echa un vistazo a la celda de Remy y a todo el grupo esparcido por el suelo—. Aunque me parece que vernos en un hospital sería más apropiado que en una celda de la cárcel.

Jaxon intenta incorporarse para enfrentarse a ella, pero acaba cayéndose con un gruñido de dolor y tapándose los ojos con el brazo.

—La verdad es que yo opino igual —contesto—. Tenemos pensado ir a uno en cuanto podamos.

—Un poco tarde para eso, ¿no crees? Estáis…

Macy lloriquea e intenta moverse, un grito de angustia que resuena en las paredes de metal de la celda.

La Anciana esboza una mueca de desprecio cuando se vuelve hacia ella.

—¿De verdad tienes que hacer eso aquí? —Macy no contesta y, después de varios segundos, la Anciana vuelve a lo suyo—. Esta cárcel no es conocida precisamente por su facilidad para escapar de ella. Si entras aquí, aunque sea por accidente, para tener la oportunidad de salir con vida se espera que te redimas de tus actos. Seguro que te acuerdas.

—Esas gilipolleces solo funcionan una vez, Adria. Sé exactamente cómo salir de esta cárcel, y la redención no tiene nada que ver con ello.

Abre los ojos como platos, no estoy segura de si es porque la he llamado por su nombre de pila o porque he pasado de sus chorradas. Y, para ser sincera, me da igual. Lo único que sé es que no pienso seguirle más el rollo y fingir que lo que dice o hace está bien cuando está claro que no.

—No sabes nada, pequeña…

De repente Remy empieza a tener arcadas y ella retrocede casi un metro y medio de un salto, como si le aterrorizara que le salpicara.

—¿Qué diantres os pasa, alimañas? Estoy intentando tener una conversación y no paráis de quejaros. —Busca en su bolsillo y saca una botellita dorada. Al principio creo que la hemos empujado a darse a la bebida, pero abre el tapón con un movimiento ágil, se echa un poco del líquido en la mano y lo restriega.

Ah. Gel hidroalcohólico. Eso no me lo veía venir. A ver, no tengo muy claro por qué se cree que recibir una paliza es contagioso, pero hay gente para todo.

—Si vas a hacer eso, ¿puedes ir al baño, por favor? —exige mirando a Remy con una expresión molesta en el rostro que pronto se convierte en horror. Grita y tropieza al retroceder—. Por todos los cielos, ¿qué te pasa? —Le señala el ojo—. Llevo viva mucho tiempo y nunca había visto nada parecido. No hay suficiente alcohol desinfectante en el mundo para compartir espacio con vosotros.

Entonces, con aspecto de estar sufriendo, hace un aspaviento con las manos como si estuviera ahuyentando a una abeja. Nada irónico. Segundos después un extraño calor me invade el cuerpo. Me alivia los dolores que sentía en todas partes, pero no es hasta que miro a Remy que me doy cuenta de lo que ha pasado.

Nos ha curado a todos, no por la bondad de su corazón, sino porque nuestras dolencias le estaban molestando. Ese es un nivel

extremo de prepotencia. Pero tampoco es que quiera que lo retire, así que decido no mirarle el diente al caballo regalado, que en este caso es la Anciana. Si mis amigos pueden volver a andar, por lo menos tendré la oportunidad de sacarlos de aquí.

El único problema de su repentina generosidad es que, ahora que ya no está preocupada por las patéticas debilidades del grupo, puede centrar toda su atención en mí. De repente no es solo que mi tatuaje brille. También arde, muchísimo. Y sé exactamente lo que significa.

Es hora de pagar mis deudas, lo quiera o no.

102

Enfrascada

—¿Qué quieres que haga? —pregunto después de un segundo. Al fin y al cabo, no es como si tuviéramos tiempo para charlar de temas triviales ahora mismo.

Puede que mis amigos estén curados, puede que se hayan puesto en pie y estén acercándose para ponerse a mi lado, pero Mekhi sigue muriéndose en la Corte Bruja. Me da verdadero pavor que se quede sin tiempo si no le llevamos este elixir a Lorelei para que se lo beba muy pero que muy pronto.

—No es lo que quiero que hagas. Es lo que quiero que me des. —Arruga la nariz cuando Flint se acerca más a mí—. Uf. ¿Por qué los dragones siempre tienen que apestar tanto? Los reptiles son horribles.

Eden emite un gruñido grave en la garganta, como si quisiera enseñarle a la Anciana lo horribles que pueden ser los dragones.

Levanto una mano, pues dejar que los comentarios crueles de la Anciana nos afecten no va a ayudarnos a largo plazo, así que Eden se calma. Pero sus ojos dragontinos morados siguen de cerca todos los movimientos de la Anciana.

—No poseo nada que te pueda interesar —aseguro. Hasta me he dejado la mochila en Ecuador, otra víctima más de la pelea con el oso.

—No estaría tan segura si fuera tú. —Levanta una mano y continúa con una voz extrañamente formal—: Quiero reclamar mi favor. —El tatuaje del brazo pasa de arder a estar helado por completo mientras continúa—: Debes darme el Rocío Celestial que has recogido del lago bajo el Árbol Agridulce.

Mis amigos estallan al instante.

—¡Ni de coña! —brama Jaxon, al tiempo que da una zancada hacia delante como si quisiera desmembrar a la Anciana.

Esta hace otro aspaviento con la mano y el vampiro aterriza de culo a varios metros de distancia.

Macy se coloca delante de mí con los puños cerrados preparados.

—¡No te vas a acercar a ella!

—Por favor. ¡Como si yo quisiera algo de una estatuilla repulsiva! —ruge, y con otro aspaviento de la mano estampa a Macy contra la pared y la deja inmóvil—. Dame el elixir de una vez, Grace, y me marcharé.

—Es lo único que puede salvar a Mekhi —le imploro. Pero incluso mientras lo digo sé que le traerá sin cuidado. Nunca le va a preocupar nadie que no sea ella, y el destino de un vampiro cualquiera que no conoce y que nunca le importará no va a cambiar eso, sin duda. Aun así nuestro trato tenía condiciones—. Tu favor no puede causar la muerte de nadie, ni directa ni indirectamente.

—Y no lo hará. El veneno de las sombras es lo que va a matar a tu amigo directamente. Y que Clio se niegue a ayudar, indirectamente —contesta con frialdad. Y esta vez, cuando levanta la mano, lo hace con la palma hacia arriba—. Venga, dame ese elixir.

Me dispongo a discutir, pero comprendo por su expresión que sabe que ha ganado. Es ahí cuando maldigo a todos los dioses que he conocido y su predilección por los vacíos legales.

No quiero hacerlo. No quiero darle a esta bruja perversa lo único que puede salvar la vida de mi amigo. Pero tan pronto como pienso en resistirme mi mano se mueve por voluntad propia. Y cuanto más me esfuerzo por evitar que se meta en el bolsillo, más rápido se mueve. Segundos después el frasco de agua del lago celestial está en su mano, y lo observa con la sonrisa más cruel imaginable en la cara.

—Tengo que darte la enhorabuena, Grace —comenta mientras le quita el tapón al frasco—. Sabía lo que te traías entre manos, pero no confiaba en que fueras a conseguirlo. En que por fin te hicieras con lo único que era lo bastante poderoso como para separar mi alma de la de mi hermana.

—¿Por qué no fuiste tú misma? —pregunto—. Si has sabido de la existencia del Árbol Agridulce todo este tiempo, ¿por qué has esperado a que fuera yo para hacerlo por ti?

La Anciana enarca las cejas.

—Siempre se me olvida lo poco que sabes de la vida. —Niega con la cabeza—. A los dioses se les prohíbe ocupar el mismo espacio que un ser celestial, es evidente.

Mi abuela y yo vamos a tener una discusión muy seria sobre mis

conocimientos acerca de este mundo cuando salga de la cárcel. Otra vez.

De momento entrecierro los ojos al mirar a la Anciana.

—Y te morías de ganas de darme caza después de que terminara de hacerte el trabajo sucio, ¿no?

Se ríe. Una carcajada sincera, mala hasta la médula.

—Ay, querida, ya tenía planeado darte caza, buscarte por todo el ancho mundo para hacerme con esto. —Levanta el frasco abierto—. Pero eres tú la que me lo ha entregado en bandeja en mi propia cárcel. Menuda metedura de pata para una supuesta reina, ¿no crees?

Acto seguido se bebe hasta la última gota del frasco. Cierra los ojos mientras una luz brota en su pecho, se intensifica y, después, desaparece tan rápido como ha venido.

Abre los ojos, el poder se le arremolina en los iris azules.

Sus palabras me atraviesan el pecho como una flecha, exacerbando todas las dudas que he estado teniendo durante días sobre liderar el Círculo. Y quien dice días, dice semanas. Meses. Pero entonces me recuerdo que yo no escogí este lugar. Fue Remy, por alguna razón que la Anciana jamás comprenderá. Porque es su hogar. Y, por extraño que parezca, es el único lugar en el que se siente completamente a salvo.

Sentir esa clase de amor… No, la Anciana jamás lo entenderá. Es lo que la hace tan mala líder y tan mala persona.

Pero yo sí que puedo. Lo entiendo.

Es lo que me ha traído aquí, a este momento. No esta cárcel, sino esta gente. No tengo todas las respuestas y no finjo tenerlas. Pero seguiré buscando hasta encontrarlas, seguiré haciendo preguntas hasta averiguarlas. Y jamás jamás dejaré de lado a las personas que me importan ni a ninguna otra persona que tenga bajo mi protección.

Debo creer que eso no es solo lo que me hará una buena líder, sino que también me ayudará a sacar a mis amigos de este lío. Tengo que seguir haciendo preguntas, tengo que seguir recopilando el conocimiento y los talentos de aquellos que me rodean hasta dar con las respuestas que necesito.

Hudson camina hasta donde estoy, y se pone hombro con hombro conmigo mientras la Anciana continúa reprendiéndome.

—Te crees muy lista, pero solo eres una niña dando palos de ciego, haciendo justo lo que quería que hicieras. Y tú, vampiro —se

burla de Hudson—. ¿Tan poderoso te crees? ¿Piensas que eres rival para mí? —Entonces se vuelve para incluirnos a todos en su siguiente pregunta—. ¿Alguno de vosotros se cree un rival digno de mi persona? ¿Dragones, brujas, vampiros, gárgolas? —Dice lo último con el mismo asco que les tiene Flint a las cucarachas—. Me he pasado miles de años intentando averiguar cómo destruiros a cada uno de vosotros y, ahora que me he liberado de mi hermana, no hay nada que podáis hacer para detenerme. ¿De verdad creíais que podríais? —Se inclina hacia delante para ponerse cara a cara conmigo. Y mentiría si dijera que no he pensado en darle un puñetazo a esa boca con el pintalabios rojo perfectamente pintado—. Jamás lo permitiré.

—No tienes opción —contesta Hudson con un tono tan gélido que se me pone la piel de gallina en los brazos—. No vamos a permitir que destruyas a nuestra gente por tu odio. Ni ahora ni nunca.

La Anciana se ríe, y es uno de los sonidos más perversos que he oído en mi vida. Y ya es decir, porque me pasé la mayor parte del año pasado peleando con Cyrus Vega.

—Casi me parece entrañable que creas que tienes elección —responde antes de darse la vuelta y salir por la puerta abierta de la celda.

Me vuelvo hacia Hudson, empiezo a decirle que tenemos que llegar al Reino de las Sombras antes de que la reina se dé cuenta de que hemos perdido el elixir, pero aún no he podido pronunciar más que su nombre cuando la Anciana hace un aspaviento despreocupado desde el exterior de la celda.

Y todas las puertas de la cárcel se cierran de golpe, con el fuerte sonido del metal chocando contra el metal, que resuena por toda la prisión.

—Jamás vais a salir de aquí —anuncia—. Y para asegurarme de que estéis ocupados...

Esta vez no se molesta en mover toda la mano. Con un leve gesto de los dedos, que lucen uñas rosas nacaradas, todos mis amigos caen al suelo entre gritos.

Macy llora y se tapa la cabeza con las manos, como si intentara protegerse de los golpes, mientras que Eden se desploma de rodillas con un grito y un llanto, como si se estuviera viniendo abajo todo su mundo.

Jaxon empieza a vociferar.

Por otra parte, Flint se queda en un silencio sepulcral que da miedo.

Y Hudson… Mi pobre Hudson se hace un ovillo a la vez que se agarra la cabeza con las manos.

Al principio no sé qué está pasando, pero cuando contemplo su postura y detecto el repentino horror en su cara me recorre el miedo. Porque sé lo que es esto.

Durante todo el tiempo que he conocido a Hudson, solo lo he visto con este aspecto una vez en nuestras vidas conjuntas. Y eso fue hace meses, en esta misma sala, después de que perdiéramos el juego de la ruleta rusa nocturna y nos obligaran a entrar en la cámara.

103

Una Anciana mala hasta la médula

Vuelvo a mirar a Heather y a Remy, las únicas personas aparte de mí de la celda que no están atrapadas en un infierno que ha creado su propia mente, y me doy cuenta de que mi peor miedo se ha cumplido.

Nosotros tres somos los únicos en esta celda no exclusivamente paranormales.

—¡No! ¡No, no, no, no, no! —repito; el miedo reemplaza cualquier otro pensamiento de mi mente mientras corro hacia los barrotes de la celda que ahora separan a la Anciana del resto de nosotros—. ¡No puedes hacerles esto! —grito a la par que golpeo los barrotes en un intento de llegar a ella—. ¡No puedes meterlos en la cámara esta noche! ¡No han hecho nada! No son...

—¿Esta noche? —interrumpe con una risa cruel—. Otra vez con las mismas, Grace. Siempre tan cerrada de mente. No voy a meterlos en la cámara solo esta noche. Voy a extender la maldición inquebrantable para que afecte a toda la prisión. Van a estar en la cámara para siempre.

—¡No! —vuelvo a gritar justo cuando Hudson empieza a suplicarle a alguno de los monstruos de su mente—. No puedes hacerles esto. No puedes dejarlos así. Haré lo que sea si...

—No hay nada que quiera de ti —sisea; sus extraños ojos azules brillan con una luz impía mientras da un paso atrás para apartarse de la celda y de mí—. Te desearía suerte, Grace, pero creo que ambas sabemos que por fin se te ha acabado.

Y después se da la vuelta para irse.

El pánico me golpea cuando Macy empieza a gritar. ¡No, no, no, no, no! Esa palabra resuena como un mantra en la cabeza, como un martilleo en la sangre. Esto no les puede estar pasando. Es imposible.

El miedo me anega, me ahoga hasta que no puedo respirar, hasta que no puedo pensar y ni siquiera puedo existir sin querer arrancarme

la piel. Me rasco la cara, me araño el cuello, me golpeo el pecho en un intento por hacer que el pánico se detenga. Pero me late el corazón con demasiada intensidad, respiro demasiado rápido y siento como si estuvieran metiendo todo mi cuerpo en ácido.

No puedo dejar que pase esto.

No puedo dejar que pase esto.

No puedo dejar que pase esto.

¡No, no, no, no, no!

Pero está pasando. Es así, y no hay nada que pueda hacer para detenerlo. Nada que pueda hacer para evitar que sufran una y otra y otra vez. Eternamente.

No. Por favor, por favor, por favor, no. Lo que sea menos esto.

El pánico incrementa. Me nubla la mente, hace que el estómago se me venga abajo, que sienta como si el corazón me fuera a estallar de una vez por todas.

—¡Grace! —La voz de Heather, fuerte y brusca, atraviesa la confusión que me envuelve—. ¡Grace! Para. Lo solucionaremos. Va a salir bien.

Sus palabras no ayudan. Tampoco la manera firme en la que me agarra los hombros, como si quisiera quitarme la ansiedad a sacudidas. Pero sí que interrumpe el pánico y el horror el tiempo suficiente para que pueda pensar un segundo.

Y resulta que ese segundo es todo lo que necesito. Me obligo a respirar, me obligo a hacer una cuenta atrás empezando desde veinte. Me obligo a presionar la mano contra los barrotes de metal para poder sentir el frío contra la piel.

Me concentro en su frialdad y en el sabor metálico de la sangre que noto en la boca porque me he mordido el labio, y en el relajante sonido de la voz de Remy mientras me llama *«cher»*. Y respiro.

Inhalo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Exhalo.

Inhalo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Exhalo.

No hace que vuelva del todo en mí, el miedo sigue en mi interior como una criatura salvaje, pero me calma lo suficiente para poder pensar. Y, lo que es más, por fin me acuerdo.

—Remy —le llamo con una voz tan brusca y oxidada como un cubo de clavos viejos—. ¿Qué fue lo que me dijiste cuando querías que me hiciera el tatuaje? —Levanto la mano para mostrarle el tatuaje de Vikram que me insistió en que me hiciera la primera vez que

estuve en la cárcel.

—Te conté muchas cosas —contesta, suena receloso.

—Es cierto —corroboro mientras trato de bloquear el sonido de Eden bregando por respirar y me vuelvo de nuevo hacia él—. Pero también me contaste que no sabías quién era tu padre, pero que tu madre te explicó en un cuento que fue él quien te dio el poder suficiente como para echar abajo esta cárcel. ¿Te acuerdas?

—Sí, claro —contesta, y de repente tanto su mirada como su voz son firmes.

Vuelvo a respirar hondo y suelto el aire poco a poco.

—Vale, pues creo que hoy es un buen día para hacer que ese cuento se convierta en realidad, ¿y tú?

—¡Joder, pues claro que sí, *cher*! —afirma, con su acento de Nueva Orleans especialmente marcado y almibarado.

—Perfecto. —Me vuelvo hacia las puertas de la celda, decidida a hacer lo que sea para ayudarlo.

—¿Estás segura de que puede hacerlo? —susurra Heather—. No parece lo bastante fuerte para...

—Es lo bastante fuerte, te lo aseguro —asevero con entereza.

Remy camina hasta donde estamos y coloca una mano en la pared de la cárcel, justo por encima del dibujo de Calder que talló. Respira hondo, cierra los ojos al exhalar y... no ocurre nada.

Nada de nada.

Jaxon suelta un grito de dolor que nos da escalofríos a todos, mientras que Remy rechina los dientes y apoya el peso en la pared.

Y sigue sin pasar nada.

El chillido repentino de Eden me recorre la columna vertebral, y sé que a Remy le está costando concentrarse. Y lo entiendo. En serio. Seguramente esté dándole demasiadas vueltas a todo, abatido por el peso de todas las personas que gritan en agonía para que los salve, y para eso tiene que recomponerse de una maldita vez. Yo estaría igual.

Así que hago lo único que se me ocurre. Lo llamo.

—Sabes lo que diría Calder ahora mismo, ¿verdad? Diría que te olvides de los gritos de la gente, que los ignores y punto. Todo el mundo tiene problemas y no es tu deber cargar con ellos. —Cuando me mira con los ojos entrecerrados añado—: Te diría que te centraras para que pudiera llegar al salón de manicura. Que tienen un nuevo diseño que se muere por hacerse —digo mientras me aparto el pelo de

encima de los hombros, imitando a la perfección a la mantícora—. Así que ponte las pilas, ¿quieres?

Se ríe entre dientes, después se inclina hacia atrás, sacude la mano un par de veces y rota los hombros. Me lanza un guiño.

—¿Crees que me pintarán tiranosaurios rex pequeñitos en las mías? —pregunta.

—Con tutús rosas —contesto inexpresiva.

—Vale, pues vamos allá —espeta—. Dame por motivado. —Después estampa la palma de la mano contra la gruesa pared de metal y murmura para sí mismo—: A la mierda este sitio.

Un segundo, dos... y las paredes de la prisión empiezan a temblar a nuestro alrededor. El suelo se zarandea mientras las puertas de la celda comienzan a traquetear contra las bisagras. Pero no ocurre nada más. No se cae ninguna pared. El techo no se derrumba. El suelo no se desmorona bajo nuestros pies.

La Anciana no debe de haberse ido lejos, porque vuelve a nuestra celda y se ríe, un sonido sombrío y sarcástico.

—¿De verdad creéis que una construcción de la diosa del orden sería fácil de...?

—Bueno, pues entonces añadamos un poco de caos, ¿no? —interrumpo con una ceja enarcada al tiempo que coloco una mano en el hombro de Remy.

Busco en las profundidades, agarro el hilo platino, cambio de inmediato y entonces agarro el hilo esmeralda de mi semidiosa y utilizo hasta el último gramo de energía que me queda para verter mi magia del caos directamente en Remy; el verde bosque de sus poderes se encuentra y se fusiona con el brillante verde esmeralda de la mía.

Se sacude cuando le llega, su cuerpo se enciende en todas las tonalidades distintas de verde mientras empieza a fundir mi magia con su propio poder formidable. Y entonces, cuando ya ha almacenado suficiente, lo expulsa todo y la energía sale disparada de su cuerpo en todas direcciones.

Esta vez el suelo tiembla con tanta fuerza que la Anciana tropieza. Ver como se le borra de golpe esa media sonrisa de su cara de zorra puede ser uno de los momentos más satisfactorios de mi vida.

Pero me percato de que Remy tiene problemas para controlar tanto poder, veo la forma en la que prácticamente se desmonta y tiembla por la tensión de tener que utilizar cada pizca de nuestras dos

magias. La suya es como la estrella más brillante del cielo nocturno, pero la mía..., la mía es el caos puro. Salvaje, hambrienta e imposible de contener, sin importar lo mucho que se esfuerce Remy por echarle las riendas.

El brujo se revuelve contra el poder que se propaga en su interior y yo abro mucho los ojos.

—Puedes controlarlo, Remy —aseguro—. Debe de haber una forma de controlarlo.

Aun así, no estoy lista para darme por vencida. Tiene que haber una manera. Tiene que haber...

—Yo te ayudo —me dice Heather cuando, de repente, extiende la mano y la pone sobre la mía, justo donde se encuentra mi magia con la de Remy.

—No lo entiendo. —Pero, mientras lo digo, veo que la magia palpita y mana de ella. No es verde como la nuestra, ni dorada como la de la Anciana, sino de un robusto, intenso y brillante rojo que es imposible no ver.

No hay mucha, pero la que tiene es pura, poderosa y muy pero que muy fuerte.

—Los dioses y los paranormales no son los únicos con magia en este mundo, ¿sabes? —anuncia Heather—. Los humanos conseguimos el orden en el caos todos los días. Construimos rascacielos. Creamos sinfonías. Escribimos poesías, tallamos arte en rocas, viajamos a la Luna. Nos queremos tanto y tan bien que podemos salvar el mundo una y otra y otra vez. ¿De verdad crees que no hay poder en ello?

—Lo hay —contesto, porque lo veo. Es más, lo siento dando vueltas y recorriendo mi interior. Es justo lo que necesito ahora mismo. De hecho, es justo lo que Remy necesita.

Siento que el poder de Heather fluye en mi interior, se adentra en Remy y le proporciona un mínimo margen, el que necesita para contener el mío, para construir un canal que pueda encauzar todo ese caos hacia el centro de esta maldita prisión.

La Anciana grita, su rabia retumba por el pasillo vacío, rebota por las paredes y los techos de metal y nos envuelve cuando se da cuenta de lo que está a punto de ocurrir. Levanta las manos, su refulgente poder dorado sale disparado en todas direcciones mientras intenta detener lo que tan desesperados estamos por llevar a cabo.

Pero es muy poco y ya es demasiado tarde.

Un grito se forma en la garganta de Remy cuando absorbe una última ráfaga de poder de Heather en su interior. Después expulsa hasta la última partícula de magia que tiene con un alarido primitivo que me pone la piel de gallina. Entonces, el mundo que nos rodea se sume en el silencio más absoluto.

De no ser por el traqueteo de las puertas de las celdas abriéndose una tras otra.

104

Hoy aquí, mañana Anciana

Tan pronto como las puertas se abren, la prisión entera empieza a sacudirse y tambalearse, los chirridos lejanos que provoca la tensión del metal me recorren la espalda al percatarme de lo que está haciendo Remy: está arrasando el edificio entero… con nosotros aún dentro.

—No os libraréis de mí tan fácilmente —gruñe la Anciana—. Mis cazadores y yo iremos a por vosotros.

Y entonces, como todos los malditos dioses que conozco, desaparece.

Me doy la vuelta para saber cómo están mis amigos y veo que están saliendo poco a poco de la pesadilla en la que se encontraban atrapados desde que la Anciana ha activado la cámara.

—¿Qué está pasando? —pregunta Hudson mientras se pone en pie. Está pálido pero bien, y eso es lo que importa—. ¿Estáis todos bien?

—Estamos derribando la prisión —contesto yo.

Abre los ojos como platos.

—¿Toda la prisión?

—¿Algún problema? —replico levantando las cejas.

—Joder, qué va. Hagámoslo.

Se agacha y levanta a Jaxon, que sigue temblando.

—¿Qué cojones ha sido eso? —exige saber Jaxon, que se pasa la mano por la cara nervioso.

—La pesadilla que tu hermano y yo tuvimos que soportar durante días la última vez que estuvimos aquí —responde Flint mientras ayuda a Eden a levantarse.

Jaxon vuelve a soltar varios tacos y extiende la mano para apoyarse en la pared más cercana, pero Hudson nos apremia para dirigirnos hacia la puerta.

—Tenemos que salir de aquí ya.

—¿Podrías sacarnos a través de un portal? —pregunto a Remy cuando una parte del techo de la celda se desploma.

Él niega con la cabeza y, al fin, aparta la mano temblorosa de la prisión.

—Estoy demasiado débil.

—Yo me ocupo —interviene Macy, aunque parece estar bastante asustada.

—¿Y los demás? —exclamo al ver más y más gente corriendo por el pasillo, al otro lado de la puerta—. No todos podrán escapar antes de que la prisión se venga abajo.

—Jaxon y yo nos ocuparemos de eso —se ofrece Hudson—. Pero tenemos que irnos ya.

—¡Te llevo ventaja! —grita Macy por encima del hombro mientras abre un portal.

—¿Estás bien, Remy? —pregunta Hudson al brujo, que parece un poco perdido, observando cada rincón de la celda que fue su hogar durante tanto tiempo.

—Sí —contesta Remy—. Salgamos de aquí para poder sacar a los demás. Llevan siendo prisioneros de un sistema fallido durante demasiado tiempo.

Hudson asiente y luego se acerca a la pared en la que Remy grabó en el metal aquella pequeña mantícora hace ya tantos años. Entonces, utilizando su fuerza vampírica, arranca el dibujo de la pared y se lo da a Remy.

—¡Vámonos! —grita Jaxon cuando otro trozo de techo se desploma.

Nos precipitamos sobre el portal y acabamos rodando por el suelo del cementerio al que escapamos la primera vez que abandonamos este agujero infernal.

Me incorporo rápidamente y compruebo si alguien aparte de nosotros ha salido. Pero no veo a nadie.

—Hudson...

—Estoy en ello —dice en tono grave mientras se pone en pie.

Jaxon se le une y, unos segundos después, el suelo tembloroso se parte por la mitad. Al mismo tiempo una sección entera de tierra estalla por los aires y desaparece. Instantes más tarde cientos de paranormales comienzan a aparecer corriendo en nuestra dirección,

colmando el cementerio a medida que la prisión se derrumba sobre sí.

Remy tropieza, empieza a ceder, así que corro para cogerlo.

—¿Estás bien? —pregunto—. ¿Podrías abrir un portal para volver al instituto?

Niega con la cabeza.

—No puedo. Mi magia ha desaparecido.

—¿Cómo? —La consternación me abruma—. ¿Qué quieres decir con eso?

Aguanto la respiración, aterrada de conocer ya la respuesta.

—La he agotado.

Se encoge de hombros, pero es imposible no ver la tristeza en sus ojos.

Siento que el corazón se me constriñe. He sido yo. Le he pedido que hiciera lo imposible y, de alguna forma, lo ha hecho. Pero no sabía que eso significase tener que pagar un precio tan alto.

—No importa, *cher* —me dice dándome un abrazo—. Ha valido la pena. Hemos liberado a toda la gente a la que le arrebataron su vida. ¿Qué más podría pedir?

—¿Recuperar tu magia? —sugiero devolviéndole el abrazo con todas mis fuerzas.

—Volverá. Con el tiempo. —Mete el trozo de metal con la mantícora grabada en su mochila y se la cuelga al hombro—. Siempre lo hace.

—¿La has agotado otras veces?

En esta ocasión ha hecho falta echar abajo una prisión construida por una diosa de verdad para agotarla. ¿Qué diantres ha hecho en el pasado?

—No —reconoce—. Pero intento ser optimista.

—Ya, pero ¿y si no regresa nunca? —digo con dificultad.

—Pues al menos habré perdido mi magia haciendo algo importante —declara. Se pone de pie entre tambaleos. Se nota que el cansancio va asentándose.

Macy está de pie junto a él, pasándose uno de los brazos de Remy por los hombros para servirle de apoyo. Es entonces cuando todos nos tomamos un minuto para recuperarnos de todo lo que acaba de pasar. Una parte de mí no puede creer que hayamos derribado la prisión, pero otra nunca se había sentido tan feliz. La Anciana se tomó la molestia de convertir este lugar en un verdadero infierno para los

prisioneros políticos que encerraba en él, y que ya no pueda condenar a nadie más me alegra más de lo que puedo expresar con palabras.

Pero ¿que Remy haya perdido sus poderes? ¿Y que la Anciana siga libre? ¿Que el elixir que debíamos usar para hacer un trato por la vida de Mekhi haya desaparecido para siempre? Mi cabeza no deja de darles vueltas a todas las cosas horribles que todavía tenemos que solucionar.

Lo que ocurre es que, cuanto más tiempo pasamos aquí, más cansados nos sentimos. La poca energía que me quedaba la he agotado ayudando a Remy a destruir este lugar.

Me permito acuclillarme y apoyar las manos en las rodillas, pero al hacerlo algo me presiona el muslo y me recuerda que tengo algo muy valioso en el bolsillo. Desconozco cuán valioso es en realidad, pero puede que baste para intercambiarlo por la vida de Mekhi.

El frasco de miel celestial.

105

Tocados, pero nunca hundidos

Con el frasco en la mano me doy la vuelta hacia Macy.

—¿Puedes llevarnos a la Corte Bruja? ¿Y después conseguir que Remy vuelva al instituto antes de que se le acaben las tres horas?

Remy suelta una risita, pero en ella no hay ni rastro de humor.

—Ya han pasado, *cher*. —Se vuelve hacia Macy y dice—: Pero agradecería que me llevaras.

Asiente.

—Te llevaré a casa.

—Ese lugar no es mi casa. —Contempla los restos del derrumbamiento de la Aethereum—. Este es mi hogar. O quizá debería decir que lo era.

—Encontrarás otro —susurro mientras le doy un apretón en la mano—. Gracias por todo lo que has hecho por mí, Remy. Por todo lo que has sacrificado por nosotros.

—Cuidado, Grace, o harás que me ponga rojo.

Pongo los ojos en blanco, porque el que es un ligón siempre va a serlo. Con poderes o sin poderes, Remy no va a cambiar nunca.

—¿Estáis todos listos? —pregunta Macy mientras empieza a abrir un portal.

—Todo lo listos que podemos estar —contesta Heather con un suspiro de cansancio.

Eden le coloca la mano en la espalda.

—Ya casi hemos acabado. Un par de paradas más y ya.

—Lo sé. Lo tenemos controlado. —Incluso consigue levantar un puño en el aire para dar énfasis a sus palabras. Es un gesto triste al que le falta su anterior entusiasmo, pero aun así es una llamada a las armas.

—Creo que te refieres a que lo teníamos controlado —dice Flint, y todos nos echamos a reír.

—Siempre hay que empezar por alguna parte —responde Jaxon, sosteniéndole la mirada a Flint hasta que el dragón va hacia él y desliza la mano por la del vampiro para acercarlo a él. La pesadilla que Jaxon ha vivido en la cámara parece haberlo conmocionado, a juzgar por la forma en la que tira de Flint para pegarlo a su cuerpo y apoya la frente en el pecho del dragón. Es muy inusual ver a Jaxon permitiéndose mostrarse vulnerable, así que aparto la vista para darles un poco de intimidad.

—Y yo que pensaba que todo había acabado —murmura Hudson en mi oído, y no sé si se refiere a la cárcel o a la relación de su hermano. Me acaricia el centro de la espalda con la mano, y en ese contacto siento todo lo que está aconteciendo en su interior.

Alivio porque, contra todo pronóstico, hemos llegado muy lejos.

Miedo por lo que pueda ocurrirme cuando lleguemos al Reino de las Sombras y la reina se dé cuenta de que no he podido cumplir mi parte del trato mágico.

Y, sobre todo, amor. Tanto amor por mí que, por una parte, no hay nada que me apetezca más que hundirme en él y limitarme a respirar durante un rato. Existir y punto.

Pero el tiempo corre y estamos en la recta final. Mekhi se está muriendo y he perdido la única oportunidad de encontrar una cura. La Anciana y los cazadores están preparándose para atacar. Y es muy probable que la reina de las sombras nos mate a todos en cuanto le contemos que hemos fracasado en la misión de salvar a sus hijas.

De verdad que no queda más tiempo.

Así que entro en el portal de Macy y dejo que me lleve a toda velocidad directa a la Corte Bruja.

106

Salta al lado salvaje

Macy ha creado su portal para que todos aparezcamos en medio de la habitación de Mekhi, en la torre de Lorelei. Lo descubro cuando salgo de él a trompicones y casi choco contra la cama donde Mekhi duerme.

Lorelei está sentada junto a ella, y se levanta de un brinco cuando me ve.

—¡Habéis vuelto! —exclama justo antes de que Hudson salga caminando del portal seguido de todos los demás.

—Pues claro que hemos vuelto —digo, pero evito mirarla a los ojos.

—¿Habéis conseguido el elixir?

Su voz destila tanta fe y esperanza que se me encoge el estómago.

Niego con la cabeza, y el estómago se me encoge todavía más.

—Es una larga historia.

—Oh, no. —Su voz tiembla mientras contempla a Mekhi—. ¿Y cómo vamos a salvarlo?

—Suplicándole piedad a tu madre y esperando que salga bien —sugiero al mismo tiempo que propongo mi plan al resto del grupo.

Veo que se le hunden los hombros y deja escapar un suspiro.

—No conozco demasiado a mi madre, evidentemente, pero, por lo que tengo entendido, ya no conserva ni un ápice de piedad.

—Sí, es lo que suponíamos. —Exhalo con fuerza—. Pero tampoco tenemos alternativas mejores. Es lo único que podemos hacer.

—Ojalá pudiese ir con vosotros —susurra ella mientras Macy cierra el portal tras Remy—. Si fuese, al menos podría intentar hablar con ella.

Prefiero no decirle que dudo mucho que pudiesen hablar, que estoy convencida de que el momento para hacerlo pasó hace ya mucho tiempo, sobre todo en la mente de la reina de las sombras. Hay tantas probabilidades de que me parta el cuello con una cuerda

sombría como de que se digne a escuchar mi propuesta de intercambiar la miel por la vida de Mekhi.

Siendo sincera, el trato parece extremadamente desigual (hasta yo lo reconozco), pero si algo he aprendido en este mundo nuevo y extraño es que todo aquello con lo que se puede negociar aporta valor. No hay duda de que algo habrá que quiera la reina y que esta miel se lo pueda conseguir, aunque no sea lo que ella más desee. El problema es que no sé si ese valor será suficiente para salvar a Mekhi... o a los mensajeros.

Echo un vistazo a mis amigos, los mismos a los que he visto como se estaban muriendo en un prado hace menos de una hora, y me doy cuenta de que este viaje no tenemos por qué hacerlo todos.

—Mis amigos te ayudarán a encontrar la manera de mejorar tu vida, Lorelei. —Respiro hondo y me preparo para la tormenta que está a punto de descender sobre mí—. Hudson y yo podemos llevar a Mekhi ante tu madre.

—De eso nada —reniega Jaxon, seguido por un «y una mierda» igual de sucinto por parte de Flint.

Eden, Heather, Macy y Remy tienen mucho más que decir (todo ello al mismo tiempo) y no puedo evitarlo: las lágrimas se me acumulan en los ojos amenazando con derramarse en cualquier momento mientras miro a todos mis amigos. A mi hallada familia.

A pesar de todo, soy muy afortunada.

Eden choca el puño con Heather.

—Todos para uno...

—Tú lo has dicho —exclama Heather, que se vuelve para chocar el puño también con Macy.

—Ahora que ya está decidido, ¿crees que podrá hacer este viaje? —pregunta Hudson mientras Mekhi empieza a despertar, lo cual es una buena señal. Todavía no está muerto. Aún hay esperanza, por muy débil que sea.

—Diría que sí —digo al mismo tiempo que Lorelei asiente.

—Está muy muy débil, pero todavía le queda algo de tiempo. Espero. —Como una señal, Mekhi gruñe antes de volver a dormirse—. Aunque si mi madre se niega a curarlo, no sé si aguantará el viaje de vuelta.

Su voz se quiebra un poco con la última palabra y, por primera vez, me pregunto si habrá algo entre ella y Mekhi más allá de una

simple amistad. Cuando estuvimos en la oficina de la Conservadora, me fijé en que ella nunca se separaba de él en aquella pantalla diminuta.

—Remy y yo tenemos que irnos ya —comenta Macy—, así que, si queréis que os abra un portal a la fuente, tengo que hacerlo ahora.

—Claro. Estaremos listos en un santiamén. —Me vuelvo hacia Lorelei—. Tenemos que llevarnos a Mekhi.

Deja escapar un suspiro que parece alargarse hasta la eternidad, pero luego asiente y se inclina sobre él para posar la mano sobre su pecho.

—Mekhi —pronuncia con suavidad—. ¿Puedes despertar, Mekhi?

Al oír su voz, sus ojos pestañean hasta abrirse. Una media sonrisa asoma por una de las comisuras de los labios y su voz, aunque débil y ronca, suena cargada de afecto.

—Eh, Lori.

Hudson y yo intercambiamos miradas, pero no decimos nada.

—Eh, tú —le digo a Mekhi después de darles unos pocos segundos de privacidad, o toda la que se les puede dar en una habitación llena de gente—. ¿Preparado para arreglar el problema del veneno de una vez por todas?

Empieza a reírse, pero enseguida se convierte en un ataque de tos que provoca que llene sus pulmones de aire de una manera muy ruidosa.

Lorelei se muerde el labio en un intento por sofocar el llanto.

—Estoy bien —le dice a ella, pero suena como si supiera que es mentira.

—Lo estarás dentro de muy poco —le asegura Jaxon con una sonrisa que no acaba de reflejarse en su mirada—. ¿Te ayudo a levantarte?

Mekhi asiente.

—Gracias, colega. —Nos mira al resto con los ojos oscuros despejados por primera vez en lo que han parecido siglos—. Gracias a todos. Por todo.

—Espérate a que el plan funcione —advierte Eden con una voz débil intencionada—. No desperdicies tu gratitud si al final lo acabamos fastidiando todo.

Vuelve a reírse, aunque es un sonido breve debido al dolor que se adueña de él, provocando que tosa y resuelle.

—Venga, en marcha.

Hudson se acerca para ayudar a Jaxon a levantar a Mekhi sin moverlo demasiado. No es que Jaxon no pueda hacerlo por sí solo, pero creo que ahora mismo mi compañero necesita hacer algo para evitar sentirse inútil.

Lo sé porque yo me siento exactamente igual.

Mekhi se despide de Lorelei (quien, después de todo lo que hemos hecho hasta ahora, sigue sin poder cruzar la barrera) mientras los demás fingimos estar en cualquier sitio menos en este cuarto con ellos, y luego partimos.

Nos requiere un poco de esfuerzo, principalmente por parte de Jaxon y Hudson, pero conseguimos atravesar la Corte Bruja y salir a la *piazza* Castello en rápida sucesión.

—¿Crees que podrás hacerlo? —pregunta Macy cuando cruzamos la calle hacia la estatua que se alza en medio de la *piazza*.

—Ni por asomo —confiesa Mekhi con sinceridad—. Pero hagámoslo.

Ella sonríe.

—Eres de los míos.

Cuando todos los demás nos detenemos sobre el césped que rodea la fuente, Macy da varios pasos más al frente. Yo camino junto a ella y le digo:

—Me preocupa llevar a Mekhi al Reino de las Sombras. Aunque logre atravesar el portal, no puede ir vagando por ahí mientras nosotros intentamos encontrar la maldita Fortaleza de las Sombras.

Me cabreo conmigo misma incluso al decirlo. ¿Por qué no se me ocurrió cuando estuvimos en la Corte de las Sombras? ¿Cómo espero encontrar de nuevo a la reina y su fortaleza?

Aunque puede que esta vez ella esté más atenta. Esa mujer lo tiene todo controlado.

—No te preocupes —responde Macy en voz baja—. Hechicé una semilla de portales para ir directamente a la fortaleza de esa zorra de las sombras mientras estaba ocupada haciendo el trato contigo.

—¿Va en serio?

Los ojos se me empiezan a empañar del alivio y la abrazo con fuerza.

Macy tolera este abrazo mejor que la última vez que estuvimos en la Corte Bruja, y debo reunir toda la fuerza de voluntad que tengo

para no abrazarla con más fuerza aún por ello. Pero me separo y echo un vistazo al tatuaje del árbol morado, que en las últimas horas ha pasado de producir un escozor incómodo en mi piel a arderme en carne viva.

—Así que con un saltito a través de este portal... —Macy lanza la semilla de portales dentro del remolino de la fuente y luego se vuelve hacia el grupo— atravesaréis el siguiente automáticamente y caeréis directos a las afueras de la fortaleza de la reina.

—Gracias —digo dándole un último abrazo—. Te quiero. Nos vemos pronto.

—Dios, y dale con los abrazos —se queja, pero sonríe cuando añade—: Yo también te quiero. Buena suerte.

—¡No me perdería esta fiesta ni por todo el dinero del mundo! —exclama Flint mientras se acerca al portal de la fuente—. Pero espero que no haya ninguna abeja sombría.

—Demasiado pronto, tío —contesta Jaxon—. Aún es demasiado pronto.

Real. Un escalofrío nos recorre el cuerpo a todos, pero nos zafamos de él lo mejor que podemos y saltamos dentro del portal.

107

Una situación pegajosa

En cuanto atravesamos el portal miro a mi alrededor y me doy cuenta de que Macy lo ha conseguido. Aunque nunca he visto el exterior de la Fortaleza de las Sombras ya que la reina fue muy recelosa cuando estuvimos aquí la última vez, me cuesta imaginar que el inmenso, hosco e intimidante edificio morado que tenemos delante no sea justo lo que andábamos buscando.

—Vaya, pesadillas así no se ven todos los días —comenta Flint mientras va a ayudar a Jaxon a poner a Mekhi en pie después de cargar con él a lo bombero por el portal.

—¿Porque el resto de las cosas que hemos visto en este viaje sí? —replica Heather, y sé que está pensando en todas las dificultades que hemos tenido que pasar para llegar a este punto.

Yo desde luego sí que lo estoy pensando.

«Solo una más», me digo mientras me aferro al hilo platino y cambio a mi forma de gárgola antes de poner rumbo a la fortaleza. Si las cosas se tuercen ahí dentro, por lo menos quiero la protección que mi gárgola nos ofrece a mí y a mis amigos.

A medida que nos acercamos a la fortaleza cuesta pasar por alto que cada metro cuadrado que la precede tiene su propio guardia de las sombras designado para protegerlo. No sé si se debe a una demostración de poder o si es que las amenazas han empeorado de tal forma que necesita a tanta gente para estar a salvo en su propia casa. Sea como fuere, me sabe mal por ella.

Nadie debería sentir miedo en su propia casa, ni por ella misma ni por su hija.

Me preparo para lo peor: un viajecito a las mazmorras si no conseguimos convencer a ningún guardia. Pero deben de tener órdenes estrictas de dejarnos pasar porque, en cuanto nos acercamos a la fortaleza, los portones morados de hierro se abren de par en par.

Y la mismísima reina sale a recibirnos.

Nos escudriña las caras en busca de... No estoy segura de qué. Quizá de su hija, aunque sabe mejor que nosotros que es imposible que Lorelei cruce entre reinos. Pero supongo que las esperanzas de una madre son eternas.

—Habéis regresado. —Su voz suena más ronca que antes. Su mirada, más oscura y sombría, se encuentra con la mía. Supongo que estos últimos días han sido tan duros para ella como para nosotros.

No quiero sentir pena por ella. Es quien hace ya muchísimo tiempo puso comienzo a este desastre que nos ha traído hasta aquí. Si no hubiera intentado alterar las normas del mundo natural, de la vida y de la muerte, nada de esto habría sucedido. Pero lo hizo, y ahora todos estamos pagando el precio.

Y aun así, aunque lo sé, no puedo evitar entender su dolor en cierta medida. Sobre todo ahora que, mientras camina hacia nosotros, se le notan de repente los mil y pico años de vida pesándole a cada paso.

—¿Lorelei? —pregunta cuando por fin se detiene delante de nosotros. Posa la mirada en Mekhi y me pregunto si está analizando su estado o si le está preguntando cómo está su hija, pues él es la persona con la que más tiempo ha pasado últimamente.

Él se tensa cuando la mujer se acerca, pero no retrocede. En vez de eso la mira a los ojos y responde.

—Está bien.

Durante un instante la reina no aparta la mirada antes de volver a dirigirse a mí.

—Tengo refrigerios esperando. Seguidme.

Se da la vuelta sin pronunciar ni una palabra más y comienza a recorrer el escarpado camino diagonal que lleva al interior de su fortaleza. Hoy camina con lentitud, cada paso que da parece una tortura, al contrario que su habitual forma de deslizarse sigilosamente. Siento como si ya supiera que ha fracasado. Como si ya supiera que no volverá a ver a su otra hija.

—Por favor, servíos —dice varios minutos después cuando nos guía a la sala del trono. Han montado una mesa contra la pared repleta de frutas y pasteles que son especialidades del Reino de las Sombras. Todo tiene una pinta deliciosa y, aun así, a ninguno se le ocurre acercarse.

Esboza una débil sonrisa cuando advierte nuestra reticencia.

—¿Debo considerar vuestro recelo una señal de que no vamos a celebrar nada?

—Lo siento —contesto mientras me muerdo el labio.

—¿Lo sientes? —repite—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Que lo sientes? —Da un manotazo y la preciosa cerámica, la cristalería y la comida salen volando en todas direcciones, se estampan contra la pared y caen hechas añicos a nuestros pies—. Tú te plantaste aquí. Me propusiste un trato. Me dijiste que podías liberar a mis hijas. ¿Y ahora tienes la caradura de volver y decirme que lo sientes? ¡Tus disculpas no significan nada para mí! —ruge—. Menos que nada.

Las sombras que hay en las esquinas de la estancia empiezan a responder a la agitación de su voz, a retorcerse y a girar a medida que se expanden por el suelo.

—Lo entiendo… —comento, pero me interrumpe con un aspaviento.

—No entiendes nada.

Las sombras bullen de furia y se revuelven a nuestro alrededor. Y, aunque se quedan como sombras y no toman la forma de ninguna de sus criaturas habituales, eso no las hace menos intimidantes. Puede que incluso así lo sean más. Tengo mucha experiencia luchando contra bestias sombrías, pero no tengo ni idea de qué hacer con estas criaturas incorpóreas que van deslizándose poco a poco por los bordes de las paredes.

Así que hago lo único que puedo hacer de momento. Ignorarlas y centrarme en la reina de las sombras. Por lo menos sé que mis amigos me guardan las espaldas.

—Lo siento —repito mientras extiendo una mano suplicante—. Hemos hecho todo lo posible, pero no ha sido suficiente.

Me da un manotazo en la mano para apartarla y, en cuanto nuestras palmas entran en contacto, el tatuaje que luzco en la muñeca empieza a arder como el mismísimo infierno.

—¡¿Crees que tus buenas intenciones importan?! —grita. Su voz retumba por el suelo de mármol morado y las paredes cubiertas de cristal, hace eco y me recorre la columna como la punta de un picahielo especialmente afilado—. ¿Crees que puedes librarte del trato que hicimos sin más? Porque la vida no funciona así, chiquilla.

Levanta la mano y presiona tres dedos sobre su propio tatuaje mágico que simboliza el trato. Y no sé cómo es posible, pero en cuanto lo hace mi tatuaje empieza a arder todavía más.

Bajo la mirada para examinarlo porque no puedo aguantarme las ganas, y casi espero ver que me ha atravesado la carne hasta llegar al hueso. Pero no. Sigue ahí, en mi piel, crepitando como si acabara de echarle ácido por encima, pero sin llegar a hundírseme en la carne.

—Teníamos lo que necesitabas —explico—. Pero nos lo han arrebatado. Sin embargo, te he traído otra cosa muy valiosa. Quizá puedas intercambiarla con otra persona por lo que necesitas para salvar a tus hijas.

Me dispongo a buscar en mi bolsillo el frasco con miel celestial, pero ella entrecierra los ojos. Abre los brazos todo lo que puede.

—¿Qué trato voy a hacer desde esta prisión?

—Nosotros podemos ayudarte —sugiero, la más leve de las esperanzas me llena el pecho—. Si puedes curar a Mekhi, dispongo de algo igual de valioso que podrás utilizar para intercambiarlo por el Rocío Celestial.

—No. Tienes. Nada. Que. Quiera. —La reina pronuncia cada palabra con mordacidad—. Y tus tratos no valen nada.

Abro mucho los ojos.

—Pero...

—Nada de peros. No has cumplido con tu parte del trato. Sin embargo, has traído a tu amigo hasta mí igualmente. ¿De verdad esperabas que cumpliera con lo acordado sin que tú hubieras cumplido con tu parte? —se burla—. ¿Crees que me importa este muchacho? Puede que lleve el talismán de mi hija, pero jamás me importará si vive o muere.

—¿Talismán? —Confundida, me vuelvo para mirar con más atención a Mekhi, quien ahora se apoya en Jaxon y Hudson como si fueran lo único que impide que se caiga de bruces al suelo. El hecho de que seguramente sea cierto hace que me duela el alma por mi amigo y que me obceque todavía más en encontrar como sea una forma de sobornar a esta mujer, que sabe más secretos del universo de los que nadie debería—. ¿Qué talismán?

Con otro movimiento de los dedos de la reina, Mekhi se echa a gritar, pierde toda la fuerza en las rodillas y estas dejan de soportar su peso.

108

Las sombras que guardamos

En cuanto Mekhi suelta un grito ahogado, Hudson y Jaxon lo agarran con más fuerza todavía y consiguen sostenerlo antes de que se desplome sobre el suelo.

La reina se aleja de nosotros girando vertiginosamente y con una risa condescendiente. Entonces, con otro movimiento de sus dedos, hace que la cadena que rodea el cuello de Mekhi se suelte y caiga al suelo, a los pies de Hudson.

Él intenta cogerlo, pero una sombra se lo arrebata antes siquiera de tocarlo y atraviesa la sala a toda velocidad para llevárselo a la reina.

La sombra lo suelta a sus pies y, durante un largo instante, ella se queda mirando el pequeño collar de oro como si fuese una criatura sombría cuyo veneno temiese. Finalmente se agacha para recuperarlo y, en el momento en el que los dedos se cierran alrededor del pequeño colgante, todo el rostro (y todo su ser) se desmorona.

Tan solo se repliega sobre sí, con los hombros hundidos, el cuerpo encorvado hacia delante y la cabeza sobre las manos mientras las convulsiones desbordan su cuerpo.

El pecho se me encoge al ver tal sufrimiento, tan crudo y descarnado. Si hubiese sido otra persona habría ido a su encuentro para intentar… hacer algo, cualquier cosa para liberarla del dolor que le ha poseído toda el aura.

Pero no es otra persona. Ella es la reina de las sombras y tiene el destino de Mekhi en sus manos. Porque si decide no ayudarlo…, si elige no ayudarlo, ya no me quedan más planes.

—Se lo di a Lorelei cuando tenía cinco años —susurra en medio del silencio cavernoso de la habitación—. Le dije que lo llevara siempre puesto, que nunca se lo quitara, para que pudiese protegerla en todo momento. Lo llevaba el día que se creó este lugar maldito, y

yo... —Su voz se quiebra—. Desde entonces siempre me la he imaginado con él. Mi magia, mi amor, velando por ella durante mil años mientras yo no he podido.

Entorna los ojos, que adquieren un tono violáceo violento y despiadado, mientras se acerca a Mekhi.

—¿Cómo osas quitárselo?

—No lo hice —consigue articular Mekhi con gran dificultad. Su rostro está pálido por el dolor—. Lorelei me lo dio antes de venir aquí...

—Nunca debería haberlo hecho —replica ella, y entonces se interrumpe para lanzar un grito de indignación en mi dirección—. ¡A no ser que la hayas convencido de que su madre ya no la quiere!

—¡No! —exclamo con la mano extendida frente a mí—. Nunca se me ocurriría hacerlo.

Pero la reina está demasiado enfadada para creerme, y con un movimiento de mano hace que la lámpara de araña que cuelga sobre nosotros caiga al suelo. Millones de esquirlas de cristal morado resplandeciente cubren el suelo y el trono, pero por fortuna nadie resulta herido.

—El destino no sería tan cruel como para arrebatarme a mi hija dos veces.

—A lo mejor el destino no intenta ser cruel —sugiero, viendo una oportunidad y aprovechándola, porque no creo que vaya a surgir otra mejor.

—Ni se te ocurra decirlo —dice siseando.

La antigua Grace habría hecho caso a esa advertencia. Se habría dado la vuelta y habría salido por patas de allí. Pero no he llegado tan lejos ni he arriesgado la vida de mis amigos y de mi compañero para acabar perdiendo a Mekhi al final de todas formas.

—A lo mejor tu hija estaba siendo piadosa con alguien por lo que su madre ha hecho —explico ignorando su advertencia—. Puede que si mostrases...

—No tengo piedad en mí —me interrumpe—. Ya no. No desde que esa mujer me condenó a morar este lugar. Construyó esta prisión, me arrebató a mi hija y encerró a toda mi gente durante mil años. Y ¿por qué? ¿Por un simple error?

»Yo también soy madre. ¿No tengo asimismo derecho a querer a mis hijas más allá de toda lógica? Pero ¿hubo alguien que se

preocupase por mí? ¿Acaso alguien intentó poner fin a mi sufrimiento o al de mis hijas? En lugar de mostrarme piedad u ofrecerme ayuda, me encerraron en esta prisión erigida con venganza, lágrimas y dolor. Y mi gente, inocente e intachable, fue condenada junto conmigo. Alzaron muros y me separaron de una de mis hijas para siempre. —Su voz se quiebra y las lágrimas le corren por las mejillas—. Así que ¿por qué debería mostrar piedad? ¿Por qué debería perdonar mil años de sufrimiento cuando ella nunca me ha perdonado?

Su dolor es palpable, la rabia y el rencor de antes se desmoronan ante su abrumador desconsuelo. Aquí de pie, en esta sala llena de esquirlas de cristal y recuerdos no realizados, ya no veo a una villana. No veo a la mujer cuyas maquinaciones envenenaron y aprisionaron a mi propio pueblo, y que provocó todo lo que ha pasado después, todo aquello que me ha traído hasta aquí.

En lugar de eso veo a una mujer que, en cierto modo, es tan víctima como cualquiera de nosotros.

¿Tomó decisiones equivocadas? Sí. Muchas, y muy graves.

¿Pretendía que las cosas fueran tan mal como acabaron yendo? Por primera vez no puedo evitar preguntarme si la respuesta a esta pregunta es no.

Puede que no sepa la historia completa. Al parecer Jikan no nos la contó toda, a pesar de aquel relato interminable. Si es así, puede que todavía haya una manera de llegar a ella, una oportunidad de salvar a Mekhi. Y a lo mejor de ayudarla a ella, aunque no sé cómo.

—Lo siento —expreso, y lo digo de verdad.

Fija la mirada en mí.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que lo siento. Siento que la Anciana te mintiera. Siento que te engañase. Siento que Jikan…

—¿La Anciana? —Parece perpleja—. ¿Crees que estoy aquí por culpa de la Anciana? Es cierto que me mintió, pero ella no me destrozó la vida. No, estúpida inmadura. Fue la Sangradora quien me encerró aquí.

109

Por el poder de Grace

—¿La Sangradora? —repito a la par que la negación me recorre por instinto—. Mi abuela nunca haría...

—¿Tu abuela? —Me mira fijamente—. ¿La Sangradora es tu abuela?

—Mi abuela no construyó este lugar. Fue Jikan, el Historiador. Quería...

—¿Jikan? ¿Eso es lo que te ha contado esa mujer? —Se ríe, un sonido gélido y despiadado que retumba contra el mármol y hace que me corran escalofríos de miedo por la columna.

—Ella no me ha contado nada. Fue Jikan. —¿Me ha mentido? Aunque, si me paro a pensar en las palabras exactas del dios... Dijo que la cárcel era un error, pero no recuerdo que admitiera específicamente que la hubiese construido él—. ¿Por qué me haría creer que él la erigió?

—Porque está enamorado de ella —anuncia Hudson, y busco su mirada con la mía.

Una parte de mí quiere negarlo, rebatirlo, porque es imposible. De ser así seguro que habría notado algo.

Solo que... Solo que igual sí que lo noté. Recuerdo la conversación antes de que jugáramos al ajedrez, cuando me contó que viviría más que mi abuelo algún día..., pero no más que Jikan.

Y joder. Es que joder. Cada vez que empiezo a pensar que sé lo que está pasando en este mundo, alguien, normalmente una persona que lleva aquí unos mil años o más, aparece y suelta una bomba que me desestabiliza por completo. Y esta es una bomba de la hostia.

¿Jikan? ¿Y mi no-sé-cuántos-tatarabuela? ¿En serio?

La idea me deja perpleja...

Al igual que la idea de que la Sangradora fuera quien creara el Reino de las Sombras.

—¿Por qué? —La pregunta se me escapa mientras voy encajando las piezas en mi cerebro, intentando averiguar qué está pasando. O quizá debería decir lo que pasó hace ya mucho tiempo—. ¿Por qué haría algo así?

—Porque su hermana es una víbora celosa. Me engañó para que le diera el veneno de las sombras para salvar a mis hijas.

—¿Te engañó? —Hudson enarca una ceja.

Ella vuelve a mover la mano y otra lámpara de araña cae junto a él, cosa que me cabrea, pero él ni siquiera pestañea.

—No sabía lo que iba a hacer con él —insiste la reina de las sombras—. No sabía que iba a utilizarlo para envenenar a una raza entera. Lo único que quería era estar con mis hijas para siempre.

—¿Incluso aunque eso significara arrebatarle un hijo a otra persona? —murmuro. Porque poco a poco voy entendiendo lo que ocurrió.

Hizo un trato con la Anciana. Uno que consistió en entregarle veneno de las sombras para que la diosa pudiera, a su vez, hacer un trato con Cyrus: ella envenenaría al Ejército Gargólico a cambio de que le entregara a su hija y la de la Sangradora para volverse un dios. Pero la Sangradora no reaccionó de la forma en que la Anciana había anticipado, porque ella sí que amaba a su hija, y su hermana no sabría lo que es el amor ni aunque lo tuviese delante, joder.

—La Sangradora se vio obligada a ocultarle el poder de su hija a Cyrus. Su hija, quien habría sido inmortal, pero se convirtió en mortal. Después la mandó lejos para que el rey vampiro no la encontrase jamás, pero ella tampoco pudo hacerlo —susurro para nadie en particular. Las palabras se me clavan en el estómago como si fueran puñales y mi mirada llena de lágrimas se encuentra con la de la reina —. Su hija murió sin saber nunca lo mucho que la quería su madre, lo mucho que sacrificó por ella. —Niego con la cabeza por la desesperanza de toda la situación—. Y entonces mi abuela, una madre enfurecida por la pérdida de su hija, una mujer enfurecida por la pérdida de su compañero, una reina enfurecida por la pérdida de su gente… fue en busca de venganza.

La reina de las sombras y su mundo tuvieron la mala suerte de que también fuera una diosa con muchísimo poder, aunque sin ningún miramiento que le proporcionara la clemencia necesaria para mitigar su venganza.

—Nunca fue mi intención que Ryann muriera —asegura la reina, y suelto un grito ahogado al oír por primera vez el nombre de mi otra no-sé-cuántos-tatarabuela.

—Ryann. —Pruebo cómo suena el nombre en mi lengua y me corre una lágrima por la mejilla—. Es un nombre precioso.

La reina alza el mentón.

—No soy un monstruo. Me destrozaba la idea de perder a mis hijas. Lo último que querría en mi vida es arrebatarle a otra persona a su pequeña.

—Pero lo hiciste —digo sosteniéndole la mirada hasta que la aparta. Mató a la hija de mi abuela y, al hacerlo, consolidó este círculo vicioso de muerte y retribución, de pesar y crueldad.

Me seco la humedad de las mejillas y cierro los ojos, respiro hondo en un intento de procesar todo lo que acabo de descubrir en estos últimos minutos. Y cuando exhalo y abro los ojos, no veo a una mujer del todo decidida a causar destrucción y muerte.

En su lugar veo a una madre destrozada por la misión desesperada de salvar la vida de su hija, una mujer posteriormente destrozada por la pérdida de dicha hija debido a sus propias acciones. Y por mucho que yo no sea madre, y aunque no haya nada que la reina de las sombras pueda hacer para solventar el dolor que le ha causado a mi familia, a los míos, no me queda otra que preguntarme si ya habrá sufrido bastante. Preguntarme cuándo serán suficientes todas las peleas, las guerras, las muertes, las cárceles, la venganza, la destrucción, el dolor…, tanto dolor en cada paso que damos.

Nadie puede decir que lo que hizo la reina no estuviera mal. ¿En su mente lo vio justificado? Sí. ¿Eso hace que esté bien? Por supuesto que no.

Pero lo que hizo mi abuela también estuvo mal. ¿También lo justificó con su propio dolor infinito? Sí. Y ¿acaso eso hace que esté bien? Ni de lejos.

Lo que está mal está mal, y dos errores nunca suman un acierto. Eso lo aprendí antes de salir del parvulario.

Pero aquí, en esta sala, en este reino construido con dolor y rabia, la cuestión de quién tiene la culpa no es la que me viene a la mente. Ni hoy ni nunca, o eso espero. Porque la verdadera cuestión, la importante, no es quién tiene la culpa de todo este desastre.

La cuestión es la siguiente: ¿cómo podemos llegar a solucionarlo

en esta vida?

Ha muerto gente. Se han partido corazones. Se han ganado y perdido guerras. Y nada de eso se puede menoscabar. Nada de eso se puede olvidar. El pasado es el pasado.

No se puede cambiar, pero se puede entender.

No se puede olvidar, pero se puede aceptar.

Y quizá, solo quizá, si tenemos mucho pero que mucho cuidado, se pueda reparar.

Miro a mi compañero, fuerte pero roto.

A Eden, quien perdió a su familia, y a Jaxon, quien literalmente perdió el corazón.

A Flint, quien ha perdido a un hermano, una pierna y puede que ahora su trono.

A Mekhi, quien todavía podría perder la vida.

Cualquiera de nosotros podríamos haber decidido vivir con rabia. Joder, Hudson podría haberse puesto a desintegrar el mundo. Pero no lo hizo. Mi espléndido compañero, quien siempre que pudo optó por el camino de la clemencia. Siempre.

Si alguien a quien encerraron en la oscuridad contra su voluntad durante casi doscientos años escogió aun así la luz, entonces siempre hay esperanza. Siempre hay clemencia. Siempre hay espacio para el perdón.

Y justo eso es lo que necesitamos ahora mismo.

Porque si no empezamos a aprender de los errores de nuestros padres, de nuestros abuelos, entonces estamos destinados a repetir cada uno de ellos.

Pero quiero creer que no lo haremos. Por eso estamos aquí todavía. Por eso hemos venido, al contrario de lo que dictaba nuestro sentido común, para rogar por la vida de Mekhi.

Y es por eso por lo que, aunque no podamos convencer a la reina de las sombras de hacer lo correcto, nada nos impedirá a nosotros hacer lo correcto.

Porque en algún momento alguien tiene que arremangarse y decidirse a arreglar este puto desastre. Y eso empieza ahora.

110

Ninguna mujer es una fortaleza

—¿Grace? —Hudson se me acerca y me apoya una mano en la espalda —. ¿Qué puedo hacer?

Me encanta que me conozca tan bien como para captar que estoy planeando algo. Y todavía me gusta más que sea el primero en dar un paso adelante y ofrecer su ayuda.

Me vuelvo hacia él y por un segundo me pierdo en esos ojos oceánicos. Tan azules, tan brillantes, tan cariñosos cuando el mundo no ha sido nada de eso con él. Y sé que, sea lo que sea lo que esté pasando entre nosotros, cualquiera que sea el secreto que me esté ocultando, no importa en absoluto. Porque este es mi Hudson, mi para siempre, y nunca voy a renunciar a él. Menos mal que tengo toda una eternidad para amarlo.

Aunque no sé exactamente lo que voy a hacer, o si lo que estoy pensando hacer va a funcionar siquiera. Solo atino a sonreír y digo:

—Agárrate los colmillos.

Y entonces echo un vistazo a la sala, a la fortaleza, construida con rabia, miedo y pesar, y decido que ya está bien. La Sangradora erigió esta prisión con magia del caos, y puede, solo puede, que eso signifique que se puede echar abajo. Solo tengo que averiguar cómo.

Tras respirar hondo cierro los ojos y me adentro en mi interior. Al hacerlo veo los hilos que albergo. Esmeralda, negro, rosa, rojo, platino y azul. Siempre azul, justo aquí, esperándome. Me tomo un segundo para pasar la mano por él, y luego sonrío al sentir a Hudson haciendo lo mismo.

Entonces me muevo hacia el hilo esmeralda intenso, el que quema con tanto ardor y fuerza como el vínculo de mi compañero. El hilo de semidiosa, conectándome con todo el poder que guardo dentro. Nunca antes he recurrido a él en el Reino de las Sombras, pero ahora lo siento palpitar, elevándose hacia mis intenciones caóticas. Lo

rodeo con la mano y me aferro a él con toda la fuerza que puedo reunir mientras siento que la magia comienza a despertar.

Pero, al contrario que en la prisión, no solo dejo que vague libre, desenfrenada y desbocada. Esta vez la controlo.

La siento en la punta de los dedos, noto que la energía y la belleza de todo lo que hay en mí comienza a brotar.

Unas pequeñas ramas me crecen en los dedos, se propagan por los brazos y alcanzan mis piernas.

Unas plantas trepadoras se enroscan y serpentean a su alrededor.

Multitud de hojas y flores me rozan la piel a medida que florecen y se abren un poco más a cada segundo que pasa.

Bajo mis pies siento la tierra moviéndose, dando vueltas, vibrando de vida, y conecto con ella. Accedo a ella, tiro de la fuerza, de la magia que llevo dentro y dejo que me inunde cada poro de la piel. Cada una de mis células. Me llena, se apodera de mí. Estalla junto con mi corazón, mente y alma.

Mientras todo esto ocurre respiro hondo, extiendo las manos a ambos lados del cuerpo y solo suelto una pizca de la magia y el caos que llevo dentro.

En el instante que lo hago la tierra vibra bajo mis pies. Las paredes y el suelo de mármol empiezan a agrietarse, y el cristal que decora los muros de la sala del trono se hace añicos al mismo tiempo. Las plantas comienzan a brotar por las grietas del suelo y las paredes, a crecer exuberantes, opulentas, verdes.

Y un relámpago dorado atraviesa el cielo morado.

—Eh… ¿Alguien más se ha fijado en el gran terremoto que ha habido ahora mismo? —pregunta Heather con un hilo de voz aguda—. ¿No deberíamos salir corriendo de aquí?

—No es un terremoto —contesta Eden—. Es Grace.

—Ni sé lo que significa eso. —Mi mejor amiga parece atónita.

—Tú espera —sugiere Flint, y noto una sonrisita en su voz—. Ahora lo entenderás.

Tiene razón. Lo hará. Porque el poder está creciendo dentro de mí. Cada vez es más grande, más fuerte y más incontenible de lo que nunca ha sido, y sé que es una mera cuestión de tiempo que deje de tener control sobre él.

No sé si eso es algo bueno o malo, y ahora mismo, a medida que el calor del sol, de la tierra y de los torrentes que sostienen el mundo

que me rodea va llenándome hasta los topes, me da absolutamente igual. ¿Cómo me va a importar cuando la magia de la tierra no deja de girar en mi interior?

Suelto un poco el hilo, y el suelo que nos rodea pasa de temblar a ondularse, de agrietarse a quebrarse por completo. Supongo que Jaxon no es el único que sabe cómo mover la tierra. Ya no, por lo menos.

Pero, aunque los cimientos de la fortaleza se comben y rujan con gran estrépito, aunque las trepadoras se enrosquen en el trono, las columnas y hasta en los clavos de las paredes, sé que esto no va a ser suficiente. Porque voy a derribar mucho más que esta fortaleza antes de detenerme.

—Jo-der.

La voz de Heather resuena entre las ruinas, pero ahora mismo no tengo tiempo para dar explicaciones. No cuando tengo tanto que hacer.

Echo los brazos hacia atrás y arrojo a las trepadoras contra el mármol y las paredes, destruyendo toda la fortaleza en la que nos encontramos. Cuando el techo empieza a derrumbarse les grito a los demás que salgan inmediatamente.

—No sin ti —refunfuña Hudson, y por su tono de voz entiendo que no es negociable. Pero no me importa, porque aquí dentro ya no tengo nada más que hacer.

Paso por encima de los muros destrozados y salgo al jardín. Y justo en el momento en el que lo hago, la magia de mi interior brinca como si le hubiesen dado un chute de energía.

Mis amigos, Jaxon cargando a Mekhi, y la reina de las sombras salen al jardín detrás de mí a toda prisa. Una vez que sé que están a salvo me doy la vuelta y reúno cada ápice de poder que albergo dentro para echar abajo la fortaleza entera.

Las trepadoras y las ramas brotan del suelo a nuestro alrededor, chocando contra el edificio, derribando una a una las paredes de las diferentes alturas. Y sigo sumergiéndome cada vez a más profundidad, intentando encontrar más magia en lo más hondo de mi ser. Una cosa es echar abajo una fortaleza, y otra muy distinta echar abajo todo un reino.

Sé que puedo hacerlo. Tengo que hacerlo. Solo necesito averiguar cómo está estabilizando Jikan la magia de mi abuela para sostener todo Noromar. Porque, en cuanto lo sepa, sabré cómo destruir este

maldito lugar.

Vuelvo a cerrar los ojos dirigiendo cada pizca de mi magia terrenal hacia el mundo que me rodea para intentar hallar cómo lo está haciendo. Las ramas me brotan de la punta de los dedos, horadando la tierra en todas direcciones. Las trepadoras y las flores germinan en mi pelo y se propagan hacia la tierra, para luego cubrir el suelo morado en todas direcciones con magia del caos. Con magia de la tierra.

Con mi magia.

Y es entonces cuando lo recuerdo. La Sangradora usa magia del caos, pero Jikan utiliza magia del tiempo. Debe de estar usando esa clase de magia para afianzar todo este reino.

Así que, para destruirlo, solo tengo que averiguar cómo desintegrar el tiempo.

111

Tengo esa magia (del tiempo)

Ahora tiene más sentido lo de los dragones del tiempo. No me extraña que Jikan no pudiera permitirse ninguna grieta en el tiempo: una sola fisura de más podría hacer añicos este lugar y matar a todos los que viven en él.

Y, aunque quiero tirar abajo el Reino de las Sombras, lo último que deseo es hacerle daño a nadie. Así que, haga lo que haga para desestabilizarlo, decida como decida acabar con la magia de Jikan, sé que voy a tener que hacerlo con sumo cuidado.

¿Cómo vence el caos al tiempo? ¿Cómo desestabiliza la magia de la tierra el flujo del universo?

Me doy cuenta de que no lo hace mientras aplasto los muros que rodean la fortaleza de la reina de las sombras hasta convertirlos en escombros y dejo que mi magia, mis enredaderas, flores y ramas, se viertan en este mundo. O, por lo menos, no lo hace sola. Necesita ayuda. Pero la cuestión es qué clase de ayuda...

De repente me empieza a arder el pecho. Es un dolor extraño, una sensación feroz y abrasadora que hace que me falte el aire.

—¿Estás bien? —pregunta Hudson, su voz rebosa preocupación.

Asiento, aunque no estoy muy segura. El ardor va empeorando hasta que parece que el corazón y los pulmones están incendiándose de verdad.

Me llevo una mano al pecho y empiezo a frotarme el lugar que más me duele. Y es entonces cuando caigo. La parte que me duele, el ardor del pecho, es la respuesta a mi pregunta.

Hudson me ha dicho que creía que la razón por la que olvidé todo lo vivido en el Reino de las Sombras era porque me atravesó la flecha del tiempo. Me sacó de golpe de la línea temporal y me devolvió al Katmere y, lo que es más importante, a nuestro mundo, donde he estado desde entonces.

No había pensado demasiado en la flecha desde que Hudson compartió su teoría conmigo, supongo que figuré que se habría disuelto o algo por el estilo cuando volví a mi reino. Pero ahora, con este fuego repentino en el pecho, empiezo a pensar que todo este tiempo la he llevado en mi interior en estado latente.

Es más, creo que acaba de despertarse.

Es como si supiera que la necesitaría y cuándo lo haría.

Resulta absurdo pensar tal cosa, pero, a medida que voy comprendiendo, la flecha arde con más intensidad.

Yo sigo dándole vueltas al problema mientras el mundo tiembla y se derrumba a mi alrededor. Cuando empecé a aprender a usar la magia, Jaxon me llevó a ver a la Sangradora. Ella me enseñó, por suerte sin mucho éxito, cómo acorralar a Hudson en una esquina de mi mente. Pero cuando lo hizo no se estaba centrando en el muro que lo acorralaría, sino en utilizar la magia con intención.

Siempre y cuando la utilice con un objetivo, entendiendo perfectamente qué es lo que quiero hacer, la magia hará cualquier cosa. Sobre todo una magia tan poderosa como la de la flecha que llevo en mi interior.

Entonces ¿qué es lo que quiero hacer aquí y ahora? Quiero echar abajo el Reino de las Sombras y que la reina se reencuentre con su hija. Tal vez ya no sea capaz de separar a las gemelas, pero puedo volver a juntarlas y, aunque sea, curar a Lorelei al reunirla con la parte que le arrebataron de su alma. No por una promesa cualquiera que hice ni por un trato que firmé para salvar a Mekhi, sino porque es lo correcto. Y, dado que Mekhi lucía el talismán de Lorelei, creo que también es lo que él querría que hiciera.

Mi abuela sufrió durante mil años, al igual que Alistair y mi pueblo. La reina de las sombras también ha sufrido durante un milenio. ¿Qué sentido tiene ser la reina gárgola, ser poderosa, si no puedo aprovecharlo para arreglar las cosas de una vez por todas?

Así que, de nuevo, cierro los ojos. Busco en mi interior y en esta ocasión no levanto un muro. Esta vez le doy la mano a Hudson, no porque necesite su poder, sino porque lo quiero a él. A mi compañero. Mi pareja. Mi todo.

Él me agarra con la misma fuerza, lo siento en cada parte de mi cuerpo, en cada parte de mi alma. Me abraza a mí y al mundo que vamos a poner en orden. El nuevo mundo que vamos a construir

juntos.

Mis amigos se acercan, nos rodean mientras el poder florece en mi interior. Nos envuelven con su amistad, su risa y su amor. Y, con ellos a mi lado, me doy cuenta de que depende de nosotros dejar de lado las desgracias que nos han ocurrido, las viejas lecciones aprendidas a manos de gente y dioses que han gobernado mediante el uso del miedo, la envidia y la rabia. Depende de nosotros encontrar nuestras propias lecciones, nuestra propia realidad, en el mundo que queremos construir. El mundo que queremos liderar.

Nosotros, poderosos en la época que nos ha tocado vivir, a pesar del daño que nos han hecho por ser quienes somos, llevamos demasiado tiempo a merced de los caprichos de otros. De gente que nos ha utilizado en beneficio propio, que se ha aprovechado de nosotros para arrebatarnos nuestro poder. De gente que nos ha injuriado de forma constante en nombre de su propia ambición.

Eso termina aquí.

Eso termina ahora.

Nuestro objetivo es claro, de aquí a la eternidad.

Respiro una vez más. Agarro de nuevo el hilo esmeralda de mi interior. Me concedo un momento más para pensar, soñar y ser. Y, después, exhalo y suelto la flecha.

112

Sigue soñando

El mundo que nos rodea simplemente implosiona.

La oscuridad cae.

La luz fluye a raudales.

Y las sombras se escurren tras nosotros hacia donde pertenecen.

Sonidos de júbilo llenan el ambiente a nuestro alrededor (campanas al vuelo, pájaros piando, agua fluyendo), mientras el morado dominante se resquebraja y se desmorona, dejando que todos los colores del arcoíris ocupen su lugar.

El morado se disuelve en un cielo de lo más azul. Hierba verde. Nubes blancas. Y un sol grande, brillante y amarillo que resplandece sobre todo lo que su luz toca.

La reina de las sombras es libre, y también su gente.

Mil años de cautiverio que terminan en el instante que sucede entre una decisión y la siguiente.

Pero todavía está Adarie, la granja y toda la gente que ama la vida que tiene aquí. Lo último que quiero es obligarlos a vivir en nuestro mundo como si fuese otra prisión, así que hago lo único que puedo hacer para asegurarme de que ellos también tengan siempre un hogar.

Cojo el hilo verde y hago crecer mil árboles, enormes, robustos y perennes, con los troncos más firmes y las ramas más fuertes. Creo un bosque alrededor de Adarie y la granja, lleno de magia del caos, luz casi constante y tierra morada, para que sean estos árboles los que mantengan la magia estable, no a modo de barrotes.

A mi espalda la reina de las sombras suelta un grito ahogado y, en el momento en que me vuelvo, soy consciente de lo que voy a encontrarme: a Lorelei caminando entre las sombras de los árboles en nuestra dirección, con pasos estables y seguros.

La reina de las sombras corre hacia ella y, cuando se abrazan,

siento que una parte más de nuestro nuevo mundo está completa. Incluso antes de que Lorelei se aparte de su madre y se dirija hacia Mekhi.

Ahora está en el suelo, con la espalda apoyada en Jaxon, mientras el dolor del veneno aumenta hasta el punto de no poder soportarlo más.

Lorelei se arrodilla junto a él y le mece la cabeza con las manos al tiempo que le suplica a su madre.

—Por favor. Por favor, sálvalo.

—No puedo —dice la reina de las sombras, y la tristeza empaña sus ojos de una forma que nunca hubiera imaginado—. Nunca he podido. El veneno de las sombras no tiene cura.

—¿Insinúas que hemos hecho todo esto para nada? —exclama Eden al tiempo que también se deja caer de rodillas junto a Mekhi—. ¿Nunca hemos podido salvarlo? —La rabia colma su voz.

—Para nada no —interviene Mekhi mientras contempla todos los colores que existen allí donde solo había morado—. Mira lo que hemos hecho.

—No es suficiente —espeta Jaxon, que sujeta a su amigo con firmeza—. Si mueres nunca será suficiente.

—Debe serlo —responde Mekhi—. A veces la vida es así. Ha llegado mi hora.

—Tu hora nunca llegará —digo yo. Las lágrimas me arden en los ojos cuando termino de liberar este mundo y me agazapo a sus pies.

—No, Grace, nada de eso. —Me dedica una de sus sonrisas patentadas, las que me hacen sentir que tenía un amigo en los pasillos del Katmere.

Primero fue amigo de Jaxon, pero luego también se convirtió en amigo mío. Desde el principio. Y no puedo imaginar cómo será vivir en este mundo nuevo y magnífico sin él.

—Todo está bien —susurra; Lorelei sostiene una de sus manos y Jaxon le sujeta la otra—. He tenido los mejores amigos, la mejor vida y el mejor amor. No habría podido pedir nada más.

—Mekhi. Mekhi, no —digo con voz entrecortada al ver que cierra los ojos poco a poco.

Aún no. Por favor, aún no. Todavía no estoy preparada para perderlo.

A mi lado Jaxon solloza, un único sonido desesperado que me

rasga y me atraviesa. Entonces Mekhi se estremece al exhalar su último aliento.

El grito de Lorelei atraviesa el aire. Se desploma sobre su pecho derramando lágrimas como si fueran deseos que le descienden por las mejillas mientras grita desconsolada para que Mekhi despierte, para que simplemente abra los ojos una vez más.

Veo a alguien atravesando el jardín a la carrera, abriéndose paso entre las trepadoras y las flores para llegar a nosotros. Liana, pero una Liana que nosotros jamás hemos visto. Ahora su pelo es negro, la piel tiene una tonalidad olivácea profunda y los ojos son de un marrón oscuro cálido.

Pero el morado no es lo único que ha desaparecido cuando el Reino de las Sombras se ha venido abajo, porque, ahora que ella es libre, su mirada, antes pavorosa y apagada, contiene las variadas facetas de su alma.

—¡Lo siento! —exclama al abalanzarse sobre su hermana—. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya —musita Lorelei.

Cuando al fin se separan unas chispas doradas surgen en el espacio que las divide.

Estas chispas bailan entre las dos chicas de un lado para otro durante varios segundos antes de que un gran puñado de ellas atraviesen a Lorelei. Jadea al recibir el impacto, pero poco después sus mejillas se sonrojan y el pelo adquiere un brillo renovado.

No obstante, ella apenas se percata de ello, pues vuelve a caer de rodillas, le coge la mano a Mekhi... y se sacude, con los ojos muy abiertos y un grito desesperado. Entonces cae sobre el pecho de Mekhi y empieza a sollozar sin parar.

—Mi compañero, mi compañero, mi compañero.

El estómago se me revuelve ante la crueldad que supone haber encontrado a tu compañero en su lecho de muerte sabiendo lo breve que ha sido el tiempo que habéis pasado juntos.

—¿Por qué ahora? —susurro.

—Antes no poseía su alma entera —explica Hudson, que me rodea con los brazos mientras ambos nos imaginamos el dolor que debe de estar sintiendo Lorelei ahora.

—Lorelei —expresa la reina de las sombras, con evidente apremio en la voz—. No existe ningún antídoto, pero ahora que has

vuelto a reunirte con tu hermana y has recuperado toda tu alma, sí puedes salvarlo.

—¿Cómo? —inquiere mirando a su madre atónita, suplicándole ayuda con la mirada.

—Usa el vínculo —la apremia su madre—. Eres un espectro, lo que significa que el veneno de las sombras no te afectará. Utiliza el vínculo de compañeros para absorberlo y liberar a Mekhi de su malévolo dominio de una vez por todas.

—¿Cómo? —insiste, y me arrodillo a su lado arrastrando a Hudson conmigo.

No sé cómo, pero sé que debo ayudarla. Que soy la única persona que de verdad puede ayudarla..., porque ya lo he hecho antes.

113

Romper con todo y huir

—Puedes hacerlo, Lorelei —aseguro sosteniéndole la brillante mirada—. Cierra los ojos y busca dentro de tu corazón, verás que él ya está ahí. Está en las piezas de tu alma que hacen que se te encoja el pecho cada vez que piensas en él. Su sonrisa, su risa, su sentido del humor burlón. —Me doy la vuelta para mirar a Hudson mientras trato de encontrar las palabras correctas para describir el sentimiento—. Incluso en la forma en que te discute cada cosa que digas…, está ahí. Justo ahí. Esperando a que le tiendas la mano, a que te aferres a él y nunca os soltéis.

Los ojos oceánicos de Hudson no se apartan de los míos cuando añade:

—Tu compañero ya te ha encontrado, te ha escogido, Lorelei. Solo tienes que dejar que te quiera… y después seguir ese amor que te profesa, abrazarlo, dejar que te consuma hasta que ya no exista un tú. Hasta que solo haya un interminable e inquebrantable nosotros.

—Lo veo —jadea Lorelei—. He encontrado a Mekhi. Es increíblemente bello… —Suelta un grito ahogado y extiende la mano para acunarle la cara—. Yo también te quiero. Ahora vuelve conmigo. Por favor, no me dejes, no ahora que acabo de encontrarte. ¿Me oyes? —Cuando Mekhi sigue sin moverse, se inclina hacia delante, coloca los labios sobre los suyos y después susurra—: Vuelve a tu hogar, conmigo, Mekhi.

Le tiemblan las pestañas justo antes de abrir los párpados y revelar así sus preciosos ojos castaños.

—Hola. —Su voz suena ronca y áspera, pero fuerte.

Lorelei se seca con el brazo las lágrimas que le corren por las mejillas antes de decir:

—Hola, tú.

—¿Qué? ¿Cómo? —Jaxon pasa la mirada de Mekhi al resto de

nosotros como si no pudiera creer lo que ve.

Conozco esa sensación. He visto muchas cosas desde que me convertí en gárgola, pero ni en mis sueños más descabellados habría pensado que Lorelei y Mekhi se iban a marcar un *Bella Durmiente* en la vida real, justo aquí, entre los escombros del Reino de las Sombras.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Lorelei, pero después se lanza a los brazos abiertos de Mekhi sin esperar respuesta.

La reina de las sombras los contempla indulgente, e incluso Liana luce una sonrisa en el rostro.

Y, aunque esto sea lo más increíble que podría haber pasado y estoy muy pero que muy agradecida, también estoy muy confundida. Porque Mekhi estaba muerto. Sé que lo estaba. Lo he visto con mis propios ojos.

—Esto es real, ¿verdad? —pregunta Hudson mientras pasa la mirada de su hermano a Mekhi. Y sé que está pensando lo mismo que yo. Que más vale que esto no sea una alucinación en masa inducida por el estrés, porque perder a Mekhi una vez casi destroza a Jaxon. Si ocurre una segunda vez lo destrozará por completo.

—Lo es —contesta la reina de las sombras a la vez que envuelve los hombros de Liana con un brazo—. Mekhi va a estar bien.

—Pero ¿cómo? —vuelve a preguntar Jaxon.

—El vínculo de compañeros lo ha salvado, como nos salva a la mayoría de una forma u otra. Me ha costado creerlo, pero sabía que eran compañeros desde el momento en el que Mekhi me dijo que Lorelei le había regalado ese talismán. Pero él no parecía saberlo, y eso solo podía significar una cosa. La parte del alma de Lorelei que estaba aquí atrapada con Liana era tan grande que el vínculo de compañeros no podía funcionar en vuestro mundo. En cuanto Grace ha derrumbado el Reino de las Sombras y mi hija ha podido recuperar su alma... —Se calla un momento y traga saliva como si mil años de emociones se adueñaran de su sistema en este mismo instante. Después se aclara la garganta y continúa—: En cuanto Lorelei y Liana han podido tocarse, sus almas se han realineado y Lorelei ha podido reclamar todo su ser. Eso quiere decir que el vínculo por fin podía funcionar de la forma que debe. Y, como Lorelei es una espectro y es inmune al veneno de las sombras, el vínculo ha filtrado el veneno de Mekhi a ella automáticamente. Y continuará haciéndolo hasta el fin de los tiempos.

Jaxon se desploma aliviado y, por primera vez en meses, las marcas de dolor que tenía alrededor de la boca y los ojos se disipan. Parece que se ha quitado un peso colosal de encima, o por lo menos el peso de un vampiro de casi cien kilos.

Flint también se da cuenta y coloca una mano en el hombro de Jaxon para mostrarle apoyo. Jaxon levanta la mano para cubrir la del dragón y, cuando vuelve la cabeza para mirarlo, hay un momento de comprensión entre ellos, de conexión, algo que no he visto desde hace meses, si es que lo había visto antes. No sé qué significa para su relación, pero espero que sea algo bueno. Se merecen ser felices juntos.

Hudson busca mi mirada y ambos nos sonreímos. Es genial ver a Jaxon feliz, o por lo menos abierto a la posibilidad de serlo. Ha sufrido muchísimo para llegar hasta aquí, y se merece hasta la última pizca de felicidad que le toque.

Mekhi y Lorelei se separan por fin y el vampiro se levanta de un salto, con la mayor energía que ha tenido desde que le picaron los insectos. Vuelve a lucir su característica sonrisa tranquila y por fin se le han despejado los cálidos ojos marrones.

—Gracias —dice mirándonos de uno en uno.

Eden sonríe.

—Creo que tendrías que darle las gracias a tu compañera.

—No, a todos vosotros —interviene Lorelei—. Habéis luchado por él sin descanso, y eso es algo que no vamos a olvidar nunca.

Aceptar cumplidos y agradecimientos nunca ha sido mi fuerte, así que agacho la cabeza y doy pataditas al suelo mientras espero a que se me pase la sensación de incomodidad.

Pero, como es típico en Mekhi, no me va a dejarme ir de rositas tan fácilmente. En vez de eso me agarra y me da un abrazo de oso tan fuerte que me levanta varios centímetros del suelo.

—«El resto es silencio» —me susurra al oído.

Es una referencia a esa lejana clase de Literatura Británica donde nos hicimos amigos, y con ello hace añicos la incomodidad que siento.

—Eh, no —le digo cuando me vuelve a dejar en el suelo—. Hoy ya has interpretado la escena de la muerte. No puedes repetirla.

Todos nos reímos, el alivio y la felicidad invaden el aire que nos rodea.

—«Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que

contempla tu filosofía» —comenta Jaxon con picardía.

Enarco una ceja.

—¿No querrás decir «en el cielo y el infierno»?

—No, hoy no. —Jaxon y Flint se sonríen como dos bobos mientras Hudson suelta una pequeña arcada.

—¿En serio? ¿No podías dejar que Mekhi tuviera su momento? —pregunta Hudson.

Flint suelta una risita.

—Cómo le gusta acaparar la atención.

Pero me percato de que sigue teniendo la mano en el hombro de Jaxon.

Además, Jaxon sonríe y pregunta:

—«¿Tú, también, Bruto?».

Entonces Heather explota.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —Cuando la miramos sin más, levanta las manos con exasperación y continúa—: ¿Cuándo hemos pasado de salvar el Reino de las Sombras a participar en un campeonato shakesperiano? Porque, si esas tenemos, dispongo de un montón de insultos ingeniosos a lo Shakespeare que añadir a vuestra mezcla.

—Me lo creo —comenta Eden mientras le rodea la cintura con un brazo—. Igual puedes compartir alguno conmigo después.

—Em, claro. —Heather parece feliz, si bien un poco confundida —. Aunque, si te soy sincera, no son la clase de guarrerías que estoy acostumbrada a decir en la cama.

—Y ya que sacamos el tema —interviene Mekhi con una sonrisa enorme—, no sé el resto, pero estoy listo para pirarme de este lugar morado. He estado un poco desconectado últimamente, pero si no recuerdo mal tenemos que prepararnos para un día importante.

Durante un instante estoy tan ensimismada en mis recuerdos que no comprendo de qué está hablando. Y de repente caigo.

—¡Madre mía! ¿Qué día es hoy?

Hudson me acaricia los rizos con cariño.

—Aún nos quedan cuatro días.

Suspiro con alivio.

—Menos mal. Pero ¡tenemos que marcharnos! ¡Hay muchas cosas que hacer! —Me vuelvo hacia la reina de las sombras—. Siento mucho salir corriendo, pero es que tengo que asistir a una investidura.

—¿Asistir? —Heather se ríe con un resoplido—. Me da a mí que Hudson y tú sois cabezas de cartel.

—Mientras no tenga que dar un concierto nunca más… —comenta Hudson con sequedad.

—Estás a punto de convertirte en rey —dice Eden—. Estoy segura de que eso significa que puedes hacer o no hacer lo que te dé la gana.

—Esa no es la única ventaja de ser monarca, ¿verdad, Grace? —pregunta la reina de las sombras mirándome fijamente—. Podemos hacer cosas más importantes.

Es una rama de olivo, así que no dudo en aceptarla.

—Sí, podemos. —Asiente brevemente, y sé que estamos listas para intentar sanar, para encontrar un camino hacia delante. Por eso mismo sugiero—: Todos los monarcas han recibido una invitación a mi ceremonia de investidura. Si se ha perdido la tuya, puedo pedirles que vuelvan a enviarla.

—Debo empezar a reconstruir por el bien de mi gente —anuncia mientras hace un gesto con la mano para abarcar el nuevo Reino de las Sombras—. Pero quizá pueda escaparme para un acontecimiento de tal envergadura. Si estás segura, claro.

—Cuantos más, mejor —confirmo y al mismo tiempo busco mi hilo platino—. Además, estoy a favor de construir alianzas.

—Entonces siempre tendrás la mía, y mi gratitud —asegura, y siento que el tatuaje del trato que llevo en el brazo empieza a cambiar de forma poco a poco para dar lugar a una preciosa corona morada creada a partir de los restos del árbol que antes me marcaba la muñeca.

—Em, ¿alguien sabe cómo regresar a casa? —pregunta Flint mientras se frota el pecho con aire ausente y mira a todas partes del colorido Reino de las Sombras—. No me apetece nada volver a hacer salto de pozo.

—Creo que tenemos una opción mejor que esa —interviene la reina, y mueve la mano una vez más para sacar una sombra de un árbol cercano—. Esta sombra os llevará adonde deseéis.

Y sé exactamente cuál es ese lugar, porque tenemos un viaje más que hacer, uno que lleva mucho tiempo esperando.

—Seguidme —digo, y todos lo hacen.

114

Huele a buenos ánimos

El día de la ceremonia…

Esta vez, cuando aterrizamos en la Corte Bruja, lo hacemos con toda la pompa y circunstancia que los corazones amantes de la tradición de Imogen y Linden pueden soportar: a lomos de dragón y cubiertos de zarzas.

—Aún no me puedo creer que lo primero que quisiste hacer tras echar abajo un reino fuese regresar a ese mismo reino —protesta Flint tras recuperar su forma humana.

—Oye, teníamos que volver a ver a Humito —explico—. No podíamos dejarla allí sin hacerle una visita antes.

—Entiendo que quisierais hacerlo Hudson y tú —reconoce a regañadientes—, pero ¿Jaxon?

Hudson se ríe mientras le da un golpecito en el hombro a su hermano.

—Creo que solo quería otra oportunidad para ver a sus adorados fans.

Jaxon pone los ojos en blanco, pero no lo niega.

La sonrisa de Hudson se desvanece tan rápido como aparece, y sé que está pensando en Humito. Y en el hecho de que lo hemos intentado todo, hemos combinado todos nuestros poderes y no hemos logrado de ninguna de las maneras que abandonase aquel reino para poder vivir con nosotros. Las umbras no pueden abandonar el Reino de las Sombras, y ninguno de nosotros, a pesar de nuestros poderes, hemos encontrado la forma de cambiarlo.

Lo bueno es que la reina de las sombras ha construido un portal permanente entre los dos reinos, así que Hudson puede ir a visitarla siempre que quiera. Que ha sido dos veces al día desde que destruimos el Reino de las Sombras.

Pero la coronación es esta tarde y la umbra no va a poder asistir. Él no ha dicho nada al respecto, pero sé que le pesa. Desearía que hubiese algo que pudiese hacer. Al menos hemos conseguido pasar varias horas con ella hoy, como se aprecia por las manchas de tierra que Hudson intenta limpiarse de la cara ahora mismo.

Por suerte todavía disponemos de algunas horas antes de personarnos en el lugar de la ceremonia. Con todos los encantamientos que tienen a su disposición y que pueden usar sobre mis amigos, seguro que las brujas que organizan el evento pueden ponernos hasta presentables en ese tiempo.

No obstante, la reina bruja no aparenta estar tan segura cuando la veo acercarse a mí con cautela.

—Este no es el estilo que yo tenía en mente, Grace —comenta mirándome por encima de su larga nariz aguileña.

—Lo siento —digo pasándome la mano por la camiseta rota y los vaqueros—. La umbra de Hudson tenía muchísimas ganas de jugar al escondite hoy en el Reino de las Sombras. —Lo que no comento es que el juego consistía en realidad en que yo me escondiera mientras Humito buscaba a Hudson, dejándome a mí entre las zarzas durante casi treinta minutos hasta que finalmente he salido del escondite a rastras. Pero no quiero que esa sea la imagen que tengan de mí cuando me coronen hoy y me declaren dirigente del Círculo, así que solo digo—: Es muy efusiva con sus muestras de amor.

—Eso nos han dicho. —Su rostro, por lo general crítico, se suaviza al mostrar una sonrisa genuina por primera vez en su vida, creo yo. O al menos por primera vez desde que la conozco—. Buen trabajo en el Reino de las Sombras. Ya iba siendo hora. —El elogio me desconcierta tanto que me quedo un segundo mirándola, cosa que provoca en ella un profundo suspiro—. Quedarse con la boca abierta es muy poco apropiado, Grace.

Y entonces se da la vuelta, golpeándome así las piernas con la falda larga de su vestido Dolce & Gabbana de cuello alto.

—¿Tenemos que seguirla? —le pregunto a Hudson completamente confundida.

Él me lanza una mirada burlona.

—A no ser que tu plan sea arreglarte aquí.

—Igual sería mejor. —Suspiro mientras la seguimos a través de las puertas principales y recorremos el largo y ornamentado pasillo de

la Corte Bruja—. A saber qué nos tiene preparado ahí dentro.

Resulta que lo que tiene es a Macy, que está sentada en medio de la cama que ocupa la habitación a la que nos conduce.

—Hay una segunda habitación tras esa puerta —indica Imogen a Hudson—. Tu ayuda de cámara y tu ropa están allí esperándote.

Asiente para darle las gracias y entonces, como el cobarde que es, se desvanece a máxima velocidad hasta la habitación contigua. Lo último que oigo es la puerta cerrándose de golpe y bloqueándose tras él.

—¿Y nuestros amigos? —pregunto—. Necesitan...

—Mis damas de compañía los están guiando mientras hablamos —explica Imogen—. Sé que los espejismos no funcionan contigo, así que puede que desees tomarte unos minutos, o más, para aprovechar y darte una buena ducha en el baño contiguo.

—¿Es tu forma de decir que huelo mal, Imogen?

Suspira.

—Resulta un tanto violento, pero es verdad que percibo cierto hedor.

—Tranquila —le asegura Macy guiñándole un ojo—. A partir de aquí me ocupo yo.

—Eso espero porque, de lo contrario, serás la responsable de controlar las partidas del bringo de las brujas de cocina durante muchos meses venideros. Y te advierto que Betina es una bruja con muchos encantos bajo la manga.

Estallo en carcajadas, en parte por la broma y en parte porque no tenía ni idea de que Imogen tuviese sentido del humor.

—No me hagas quedar mal, Imogen.

—Por favor. —La bruja le acaricia la cabeza—. No sois las únicas que saben pasárselo bien.

—Al parecer no —comento con una sonrisa burlona.

Suelta una risita. Pero una de verdad. Y luego, con mucha cautela y la nariz arrugada, me da golpecitos en el hombro.

—Tu vestido está en el armario.

Y sale de la habitación envuelta en un remolino de volantes carmesíes y dorados.

—Ay. Mi. Madre.

Macy se desploma de espaldas sobre la cama y empieza a reírse a carcajadas.

—¡Ay, mi madre! ¿Quién era esa y qué ha hecho con Imogen? —Me quedo mirando la puerta—. ¿Siempre aprovecha los acontecimientos formales para soltarse el pelo?

—Eso o se toma cuatro chupitos.

Me vuelvo hacia Macy escandalizada.

—¿Qué has hecho?

—¿Yo? Nada. Pero Viola le sugirió que se tomase una copa para calmar los nervios. ¿Cómo íbamos a saber nosotras que le gustaba tanto el vodka de nata?

—Ay, mi madre —repito. Comienzo a dejarme caer sobre la cama a su lado, pero recuerdo el estado lamentable en el que me encuentro y me voy directa al baño—. Voy a darme una ducha y luego me cuentas los detalles.

Quince minutos más tarde Macy se pone a ello mientras Esperanza, la experta en espejismos personal de Imogen, «se pone a trabajar con lo que tiene». Sorprendentemente logra hacer maravillas con sus manos expertas, incluso sin hacer uso de la magia. Ya, el tono frambuesa del pintalabios es un poco excesivo para mí, pero no voy a discutir con ella. Y menos cuando tiene en su poder el destino de mi pelo superrizado.

Lo bueno es que combina a la perfección con el vestido del armario.

Una vez que Esperanza termina de manipular mi melena hasta crear el recogido más perfecto que jamás he llevado (solo ha tardado una hora en hacerlo), me da un abrazo y me desea suerte antes de salir de la habitación.

—Joder —exclama Macy mientras da vueltas a mi alrededor.

—No es para tanto —digo yo.

—Joder —repite de nuevo.

—Es por el vestido, las joyas y…

Dejo de hablar cuando Macy me coge de los hombros y me da la vuelta para que pueda verme en el espejo de cuerpo entero que hay junto al tocador. Y solo puedo decir:

—Joder.

—Eso digo yo —contesta.

Me quedo mirando el espejo y, durante un breve segundo, no puedo creer que de verdad esa sea yo.

No por el maquillaje, las pestañas postizas y el peinado elegante.

No por el vestido de gala que llega hasta el suelo, aunque es precioso, con sus tirantes finos, tul color marfil y una capa elaborada con flores y enredaderas en tonos frambuesa, bígaro, dorado y los rosas y verdes más delicados.

Ni siquiera por los diamantes que cuelgan de mis orejas y que relucen en la corona de platino que adorna mi cabeza.

No, es porque, por primera vez desde que comenzó toda esta aventura, parezco una reina de verdad. Y tal vez, solo tal vez, empiezo también a sentirme como una.

115

Todo está saliendo a pedir de Grace

Macy me abraza con todo el cuidado del mundo para no arrugarme el vestido.

—No pasa nada —le digo mientras pongo los ojos en blanco—. Puedes arrugármelo. Sigo siendo Grace.

—Sí, eres Grace. Pero este vestido es... —Se calla.

—Una pasada —concedo—. Lo sé.

—Una pasada —afirma.

Me miro en el espejo una vez más y me vuelvo a maravillar de que Imogen decidiera escoger este vestido para mí. Es algo que jamás se me habría ocurrido o que hubiera imaginado que existía siquiera. Pero el hecho de que Imogen tomara en consideración mi magia de la tierra y lo que significa para mí al escoger este atuendo... Bueno, digamos que hace que me arrepienta de las veces que me ha sacado de quicio durante los últimos meses con esta ceremonia.

—Qué lejos has llegado desde tu parka rosa eléctrico —dice Macy con una sonrisa.

—Pues sí, ¿verdad? —Durante un instante pienso en confesarle lo mucho que odio el rosa eléctrico, pero al final me doy cuenta de que eso ya no es cierto. Puede que nunca sea mi color favorito, pero Macy es mi favorita en todo, así que solo por esa razón siempre tendré debilidad por el rosa eléctrico.

—Hoy es un gran día —declara— y he pensado que igual te vendría bien un recordatorio de esos primeros días en el Katmere para que te ponga los pies en la tierra antes de todo lo que está por venir.

—No tenías por qué —señalo mientras me convierto en una bolita blandita y llena de emociones.

—Claro que sí —contesta—. Por cierto, ¿has visto los zapatos que Imogen pretende que te pongas?

Pues sí, doce centímetros en toda su gloria. También me he pasado la mayor parte de la última hora intentando fingir que no existen. No estoy especialmente nerviosa por subirme a un escenario delante de todo el mundo, sobre todo porque Hudson va a estar conmigo. Pero me parece que ponerme esos zapatos es pedir que me humillen delante de diez mil paranormales.

—¿Me has traído zapatos? —pregunto con un gritito esperanzado.

Y, aunque nunca he sido de esas que se emocionan por un par de zapatos, la idea de no tener que torturarme las siguientes horas con unos tacones de Louboutin con cristales incrustados sí que me atrae bastante.

Me entrega una bolsa de regalo.

—Tendrás que abrirlo para averiguarlo.

Eso mismo hago, y me echo a reír como una hiena cuando saco las bailarinas de satén rosa eléctrico que mi prima ha elegido para mí.

—Son perfectas —digo mientras me las pongo en los pies.

—Lo sé. —Sonríe.

Antes de que pueda decir nada más, alguien toca a la puerta que conecta mi habitación con la de Hudson.

—Creo que esa es mi señal para esfumarme —comenta mi prima y al mismo tiempo menea las cejas—. Pero no te atrevas a dejar que ese hombre te arrugue el vestido.

—Uy, no lo haré —le aseguro.

Eso la hace reír.

—Ay, ¿a quién intentas engañar? —bromea de camino a la salida.

Hudson vuelve a tocar a la puerta y, por primera vez desde que llegamos aquí, las mariposas me revolotean en el estómago. Es una tontería que me ponga nerviosa por verlo, es mi compañero. Aunque, bueno, quizá sea algo bueno que pensar en él todavía haga que sienta mariposas.

—¡Pasa! —exclamo cuando por fin encuentro la voz.

Y entonces desearía haberme preparado, porque ya debería haberlo sabido. Si yo estoy tan guapa, está claro que Hudson está a un nivel superior.

Su atuendo es más simple de lo que esperaba de él, aunque también es cierto que Imogen no nos habría perdonado nunca que desentonáramos en el estrado. Pero solo porque su traje de chaqueta

sea un Tom Ford sencillo, negro con una pajarita de color frambuesa, eso no quiere decir que Hudson no siga siendo el chico más irresistible y guapo que he visto en mi vida. Si a eso le añades su característico peinado de chico británico y la florecita del mismo color que la pajarita en el bolsillo del pañuelo, ya noto que empiezo a derretirme.

Normalmente sofocaría mis impulsos porque no necesita que aviven más su ego, pero supongo que se merece un poco más de emoción en el día de su nombramiento. Por eso me abanico la cara con la mano y me doy un mordisquito en el labio, solo para ver la forma en la que sus ojos se oscurecen a mi azul medianoche favorito.

—Estás para comerte, bombón —le digo.

Espero que sonría y me lance una bromita egocéntrica, pero en vez de eso se me queda mirando sin más. Y me mira. Y me mira hasta que empiezo a preguntarme si me he hecho un enganchón en el vestido o algo por el estilo.

—¿Pasa algo? —pregunto mientras bajo la vista para examinar la falda.

Se desvanece hasta mí en un instante.

—Yo... Yo... —Se aclara la garganta—. Tú...

Y madre mía. De repente me doy cuenta de lo que está pasando. Con la ayuda de Esperanza, Imogen y Macy he conseguido que el locuaz Hudson Vega se quede sin palabras.

La bolita de nervios que tenía en mi interior sin saberlo empieza a disiparse poco a poco.

—Me lo tomaré como un cumplido —le chincho. Niega con la cabeza con los ojos bien abiertos y maravillados. Y aun así no consigue pronunciar palabra—. ¿Quieres un poco de agua? —Me vuelvo hacia la neverita que está escondida detrás de un panel del aparador. Pero, antes de que pueda dar un paso más, Hudson se desvanece de nuevo hacia mí y me coloca las manos en las caderas para que no me mueva de donde estoy.

—Grace. —Es lo único que dice, pero hay tanto amor, reverencia y calor en esa palabra que no necesito que diga nada más.

—Sí, yo siento lo mismo siempre que entras en cualquier habitación —le aseguro. Eso por fin rompe el embrujo, se echa a reír y me acerca a su cuerpo con un solo brazo—. ¡Oye! —le riño, aunque no hago nada por apartarme ni moverme—. Tengo órdenes muy estrictas de Macy de no dejar que me arrugues el vestido.

—El tul siempre queda mejor con unas pocas arrugas —miente como un bellaco, pero aun así se aparta… un poco.

Vuelvo a buscarlo, a tomar por saco las arrugas, pero, antes de que pueda pegarme a él, saca un ramo de flores enorme de detrás de la espalda. Va a juego con los colores y las flores de mi vestido.

Jadeo cuando las veo y después agarro el ramo (y a él) con avaricia.

—Creía que tenías órdenes de no arrugar el vestido. —Me toma el pelo mientras me pego a su cuerpo y a la vez hundo la cara en las flores.

—Que te den —gruño.

—Sería un placer, pero estoy seguro de que acabaríamos los dos con unas arrugas increíbles —contesta con la mirada más inocente que ha tenido jamás en el rostro—. Y no debemos.

Pongo los ojos en blanco.

—No lo vas a dejar, ¿no?

—A quien nunca voy a dejar es a ti. ¿Eso cuenta?

—Creo que es la cosa más cursi que me has dicho nunca. —El hecho de que aun así consiga que el corazón me palpite con fuerza es algo que me voy a guardar para mí.

—Vale, pues a ver qué tal esto —añade apartando las flores y tomándome las manos entre las suyas—: Te he soñado.

—Ay, Hudson…

—Deja que acabe —pide con una voz tan llena de emociones que apenas suena como la suya—. Te soñé durante los meses y años que me pasé metido en esa cloaca. Una mujer tan poderosa, amable y fuerte que sería capaz de salvar el mundo, porque, si podía hacerlo, igual podría salvarme a mí también.

Se le quiebra la voz, igual que a mí el corazón, y me acerco a él, porque la necesidad de sentir sus latidos contra los míos es una obligación de la que no tengo deseos de escapar.

Pero me aparta con una mirada y una negación.

—Me has salvado, Grace Foster, un millón de veces de un millón de formas diferentes. Me has salvado, incluso de mí.

—Y tú me has salvado a mí —susurro.

A la mierda las arrugas. Voy a ponerme a llorar como si no hubiera un mañana dentro de nada, y eso no hay pestañas falsas que puedan soportarlo.

Hudson debe de saber que estoy a punto de deshacerme en lágrimas porque, en vez de añadir algo más que haga que me eche a llorar como un bebé, enarca una ceja y dice:

—Joder, pues claro que sí. Y que no se te olvide nunca.

Y así, sin más, nos echamos a reír en vez de a llorar. Tal como debe ser.

116

Amamos nuestra forma

—Oye, ¿y tu corona? —exclamo pocos minutos después, tras hacer todo lo posible por arrugar como fuese nuestros atuendos.

—En el tocador de mi habitación —responde con una expresión que denota la obviedad de sus palabras—. Algunos de nosotros no sentimos la necesidad de alardear de nuestra posición todos los días a todas horas.

—¡Oye! La que me ha puesto la corona es Esperanza, no yo. Me ha dicho que tenía que colocarla de una manera concreta por culpa de los rizos alocados que tengo.

—No vayas echando pestes de tus rizos. Son una de las cosas que más me gustan de ti.

—Pensaba que lo que más te gustaba era mi cerebro.

Sonríe.

—Me gustan muchas cosas.

—Como a mí.

—Aunque sí quiero hablar contigo —indica, y se pone serio.

Eso hace que cada electrón de mi cuerpo se dispare en todas direcciones mientras me revuelvo para sentarme en una posición que muestre la seriedad de la situación. ¿Por fin está preparado para compartir el secreto que sé que guarda?

—He estado pensando en el Círculo.

—¿El Círculo? —Ignoro la decepción que me invade el vientre—. ¿Qué pasa con él?

Echa un vistazo al reloj.

—Si las cosas van según lo planeado, dentro de unas dos horas tú y yo vamos a ser sus dirigentes.

Analizo su rostro intentando discernir adónde quiere ir a parar con eso. Al fin y al cabo, tampoco es que sea ninguna sorpresa. A no ser que pretenda darme una noticia de última hora.

—A ver… —Respiro hondo antes de intentar decir lo que llevo rumiando las últimas semanas, entre televisores, osos celestiales y reinas de las sombras demasiado problemáticas—. No tenemos por qué serlo.

Hudson se echa para atrás, como si hubiese sido yo la primera en lanzarle la piedra y darle de lleno.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que…

Se me quiebra la voz y, por un segundo, la proposición que quiero hacerle se me queda atascada en la garganta. Pero entonces me recuerdo que esto es una alianza y una relación que va a durar para siempre. Y, para que eso suceda, ambas partes deben obtener lo que necesitan. Si Hudson necesita esto, entonces quiero ser yo quien se lo ofrezca.

¿Y si no quiere? Pues al menos sabré que lo hemos hablado y podemos empezar esta nueva etapa de nuestra vida libres de «podrías», «querrías» y «deberías».

Solo de pensarlo recupero la fuerza necesaria para aclararme la garganta y decirlo al fin.

—Si prefieres subir a esa tarima hoy para que asumamos el papel de rey y reina vampiro en lugar de reina y rey gárgola, estoy contigo.

Parpadea varias veces mientras me mira fijamente y luego me pregunta:

—¿Quieres ser reina vampiro?

—Quiero ser lo que sea que decidamos que es mejor para los dos —respondo.

Levanta ambas cejas, señal de lo pasmado que lo he dejado con lo que le acabo de decir.

—Pensaba que ya lo habíamos hecho. Íbamos a construir una vida en la Corte Gargólica.

—Cierto —confirmo—, y no te estoy proponiendo que renunciemos por completo a esa vida. Sigue siendo mi gente, y siempre lo va a ser. Es solo que… tú eres mi compañero, y no necesito que sacrifiques algo que quieras o hayas esperado tener toda la vida solo por mí.

Hudson se echa para atrás y levanta la vista al techo durante un buen rato.

—Hace apenas unos minutos te he dicho que lo que llevo toda la

vida deseando es tenerte a ti. Y, ahora que te tengo, lo que quiero es construir una vida juntos, hacer cosas en las que ambos creamos en un lugar donde podamos vivir, amarnos, crecer y prosperar juntos. Pensaba que para ti ese lugar era la Corte Gargólica, igual que lo es para mí.

—Y así es —explico—. La Corte Gargólica me gusta más que cualquier otra cosa del planeta..., excepto tú. Y por eso quiero asegurarme de que ambos estemos de acuerdo con esa decisión.

—Claro que sí —afirma con la máxima certeza—. Tengo un plan para la Corte Vampírica, pero no nos incluye ni a Jaxon ni a mí. No te lo he contado porque todavía no sé si es factible, pero yo creo que lo es. Y creo que funcionará. Solo tienes que confiar en mí, Grace.

Esa última frase tiene un significado muy potente, y el rostro del hombre que me la acaba de decir todavía lo tiene mucho más.

—Confío en ti —asevero—. También sé que tiendes a elegir lo que es mejor para mí por encima de lo que es mejor para ti. Y por eso tenía que preguntártelo, porque quiero lo que sea mejor para los dos, no solo para mí.

Veo el momento en el que lo comprende, el instante en el que se da cuenta (de verdad) de que estoy haciendo lo que él juró que nunca me pediría que hiciera: elegirlo a él por encima de los demás. Por encima de todas las cosas. Para siempre.

Y esta vez, cuando me mira, sus ojos brillan con tanta fuerza como cualquier estrella.

—Te quiero, Grace Foster.

—Te quiero, Hudson Vega.

Sonríe con picardía.

—Lo sé, y por eso vamos a ir a ese nombramiento, aceptaremos los títulos de rey y reina gárgola, y pasaremos el resto de nuestra infinita vida demostrándoles a Alistair y a la Sangradora cómo se hacen las cosas.

Me río, porque si no es Hudson Vega quien dice esas cosas, ¿quién las va a decir?

—Y tanto que lo haremos.

—De acuerdo. Pues deja de intentar zafarte de tu corona y ayúdame a pensar la respuesta al último problema que tengo.

—¿Cuál es? —pregunto.

Se saca una libreta del bolsillo y la abre sobre la cama para que

pueda verla.

Me quedo ojiplática cuando caigo en la cuenta de lo que estoy mirando, y lo mucho que se parece a algo en lo que llevo pensando desde que destruí el Reino de las Sombras. Aun así, el hecho de verlo negro sobre blanco, y de saber que Hudson ha estado pensando lo mismo todo el tiempo…

—Se van a quedar locos.

Fuerza una sonrisa y, con su acento británico, responde:

—Sinceramente, eso espero.

117

Un portal a todas partes

Una hora después alguien llama a la puerta. Abro para encontrarme a dos doncellas de Imogen.

—Está todo preparado para usted, su alteza —dice una de ellas a la par que hace una exagerada reverencia.

Quiero decirle que no hace falta, pero estas mujeres trabajan para Imogen, así que no me cabe duda de que ella sí que las obliga a hacer la reverencia. Por eso, en vez de incomodarnos a todas, me limito a asentir.

—Gracias.

—El portal se ha abierto en la parte trasera del jardín —añade la segunda—. Los acompañaremos en cuanto estén preparados.

—Ya estamos preparados —anuncia Hudson a mis espaldas.

Vuelven a hacer el rollo de la reverencia para él, y este les devuelve el gesto. Eso las pone nerviosas y hace que suelten risitas entre ellas, así que anoto que tengo que hacer lo mismo a partir de ahora. Aunque, si soy sincera, estoy bastante segura de que, en lugar de la reverencia, ha sido su sonrisa lo que las ha alterado tanto.

Y eso es algo que no puedo replicar.

Cogemos los móviles y las mochilas porque, aunque el plan es volver aquí después de la coronación, la verdad es que me apetece irme a casa. Después seguimos a las doncellas por varios pasillos hasta llegar a un par de puertas francesas abiertas.

Al atravesarlas salimos a un jardín repleto de brujas y un enorme portal activo. Las brujas ya han empezado a cruzarlo, y debo admitir que me da un ataquito cuando me doy cuenta de la gran cantidad de gente que va a venir al nombramiento.

Pero Hudson me da la mano y susurra:

—Todo va a salir bien.

Decido creerlo, porque es mejor que la alternativa. Y

preocuparme por la multitud no va a servir para nada más que ponerme más nerviosa, cosa que de verdad no quiero que pase. Lo último que necesito es tener un ataque de pánico mientras nos subimos al escenario para aceptar nuestro ingreso en el Círculo.

Ni siquiera sé por qué estoy nerviosa ahora. He estado bien toda la tarde, incluso cuando Hudson y yo planeábamos lo que vendría después. Pero, en cuanto he puesto un pie en este jardín, parece que todos los nervios del universo me han atacado de una vez.

Nuestros amigos vienen por detrás, todos ataviados con trajes y vestidos preciosos. Me anoto mentalmente que debo darle las gracias a Imogen, porque estoy segura de que también está detrás de esto, y ponemos rumbo a la fila para cruzar el portal.

Solo que la fila se dispersa en un segundo, y solo queda nuestro grupo frente al portal abierto. Me doy la vuelta para mirar a las otras brujas, me dispongo a decirles que no pasa nada, que podemos hacer la fila y esperar. Pero Heather me agarra la mano.

—Ni se te ocurra —sisea.

Le lanzo una mirada de confusión.

—Eres una reina, Grace. Una reina de las de verdad. Y estás a punto de convertirte en la líder de todo este mundo, joder. Entiendo que no quieras tener privilegios especiales, pero a veces vas a tener que aceptarlos y punto. Y, si hacer que desaparezca una fila es tu superpoder, yo digo que adelante.

El resto de mis amigos se ríe, Macy incluso llega a levantar la mano y ofrecerle el puño para que se lo choque, cosa que Heather hace encantada con una sonrisa. Entonces Hudson y yo nos acercamos al portal cogidos de la mano..., porque parece ser que, cuando se es rey y reina, te hacen un portal doble solo para ti.

De repente las rodillas se me vuelven de gelatina.

Sabía que el día de la coronación se acercaba, es complicado llamarme «reina» si no tengo una corona. Pero saber que acecha en un futuro nebuloso es muy diferente a saber que va a ser ya de ya.

—¿Estás lista? —pregunta Hudson antes de que entremos en el portal que tenemos delante.

—No —admito, porque no quiero mentirle a mi compañero. Y también porque ya sabe la respuesta.

Él me contesta con una sonrisa y, por un instante, todo se desvanece y solo quedamos nosotros dos. Solo Hudson y yo, y el

mundo que queremos construir, la vida que queremos llevar juntos.

—Yo tampoco —añade con su acento británico más correcto—. ¿Por qué no los distraigo mientras tú sales por patas? —Sonríe y se inclina hacia abajo para susurrar—: Vas a hacerlo genial, Grace. No me imagino a una reina mejor que tú.

Y, con eso, los nervios desaparecen.

Sé que es absurdo, sé que no necesito la validación de ningún hombre que me haga sentir importante. Pero Hudson no es cualquier hombre. Es mi compañero, y hay algo cuando escucho que cree en mí, cuando dice que sabe que voy a ser una buena reina, que hace que yo también crea que puedo serlo.

Lo abrazo con fuerza un instante para escuchar el latido de su corazón. Respiro hondo. Me deleito con su aroma cálido y sensual, a ámbar, sándalo y confianza.

Muchísima confianza: en él, en mí, en nosotros.

Eso me da el empujón necesario para levantar la cabeza y encontrarme con sus ojos oceánicos. Están llenos de amor, de orgullo, de eternidad y, cuando los contemplo, por fin me siento preparada.

—Hagámoslo —susurro.

—Pensaba que no me lo ibas a pedir nunca.

Y después me coloca una mano en la parte baja de la espalda y me lleva con él, directos al portal.

118

Coronación interrumpida

Salimos del portal y aparecemos en los terrenos de un instituto Katmere que ninguno de nosotros ha visto antes. Cuando Macy me dijo hace unos días que el centro estaba casi terminado, no le di demasiada importancia. No le había dado muchas vueltas a este momento.

Pero ahora que Hudson y yo caminamos por la nieve mágicamente compactada de Denali, no puedo apartar la mirada del nuevo castillo. En algunos sentidos parece ser el mismo de siempre, con su arquitectura gótica, las altísimas torres y los parapetos ornamentados que se extienden por toda la parte superior del edificio.

Sin embargo, en otros sentidos es muy diferente. La entrada es mucho más ancha y acogedora. Hay muchísimas más ventanas en cada planta, supongo que porque las defensas han cambiado mucho a lo largo de los siglos. Y lo que puede que sea más importante todavía: las gárgolas han desaparecido.

Evidentemente eso ya lo sabía. Han estado en la Corte Gargólica conmigo durante meses.

Aun así es agradable estar aquí. Y mucho más agradable saber que Hudson y yo nos uniremos al Círculo aquí, en los terrenos del Katmere, donde todo empezó para mí... y para nosotros. El hecho de que nadie (que yo sepa) esté planeando un sacrificio ritual humano-gárgola es también un punto a favor...

La tarima sobre la que nos coronarán está justo delante de nosotros y, mientras caminamos hacia ella, me doy cuenta de que los otros miembros del Círculo ya están aquí. Hay muchísima gente presente, colocada en su sitio alrededor de la tribuna. Incluidos mis amigos, que están buscando de un lado para otro los asientos que les han reservado.

Mis abuelos se aproximan con gesto solemne. Alistair se me

acerca, y me pienso que va a darme un abrazo, pero en lugar de eso me da un apretón de manos, palma contra palma. En cuanto nuestra piel se pone en contacto, siento el calor de la Corona ardiéndome en el interior de la mano. Le sigue una descarga rápida y, cuando bajo la mirada, encuentro la Corona estampada de nuevo en la piel.

—Pensé que quizá la habrías echado de menos, nieta —declara con una sonrisa.

—No sabes cuánto —contesto mientras doblo los dedos sobre la palma.

Asiente.

—Eso es justo lo que esperaba oír de la reina gárgola.

Y es verdad. Cuando le entregué la Corona me sentí aliviada al librarme de la presión de todo lo que ella representa.

Pero, cuanto más tiempo pasaba sin ella, más rara me sentía, aunque nunca se me ocurrió relacionar ambas cosas. Sin embargo, ahora que la Corona vuelve a estar sana y salva conmigo, no tengo intención alguna de soltarla de nuevo.

Pensaba que la Corona me estaba arrebatando algunas cosas (mis cuadros, mis relaciones, las alegrías normales del día a día), pero ahora veo que ser líder también puede ser compatible con esas cosas. De hecho, las refuerza, las hace más valiosas. Sí, cargar con la Corona es mucha responsabilidad, pero la acepto con orgullo.

En cuanto él y mi abuela dan un paso atrás, me vuelvo para mirar a mis amigos anhelando un momento de normalidad, de naturalidad, con ellos, pero sus expresiones son tan circunspectas como la de Alistair y la Sangradora. Hasta Heather, que en cierto modo esperaba que saltase de la emoción, está más seria que nunca cuando me ofrece una mano para que se la estreche al pasar.

—Tú puedes —me susurra.

Yo asiento, aunque no tengo la sensación de que pueda en absoluto. Dar órdenes en el campo de batalla es una cosa, o saldar disputas en la Corte Gargólica, pero dirigir el Círculo es algo completamente distinto.

Aun así no voy a hacerlo sola. Hudson estará conmigo a cada paso del camino. Y si todos los retos que hemos superado son prueba de algo, es de que hacemos un gran equipo. Además, hemos visto a muchos cabecillas tomando decisiones nefastas, así que espero que hayamos aprendido de ello. Con suerte, cuando llegue el momento de

tomar decisiones complicadas, estaremos preparados.

Me vuelvo hacia Hudson y me doy cuenta de que se lo ve tan decidido como yo. Me parece que sí vamos a poder.

Su sonrisa dice todo lo que ya sé, igual que seguramente la mía. Nos tomamos un instante para nosotros dos en medio de toda esta locura y, luego, nos dirigimos hacia la Sangradora y Alistair, quienes, como antiguos reyes gárgola, esperan para escoltarnos hasta la tarima.

Entonces digo:

—Estamos listos.

Mi voz resuena sobre los jardines nevados hasta alcanzar las montañas que se alzan en la lejanía.

Subimos las escaleras hacia el estrado mientras los tonos ciruela y grises del crepúsculo civil empiezan a asentarse sobre la tierra a nuestro alrededor. En el centro de la tarima hay dos tronos con joyas incrustadas que no son muy de mi estilo, pero sí del de Imogen (y creo que, en secreto, también del de Hudson). Tras ellos, formando un semicírculo, hay otros seis tronos igual de grandes y llamativos que los que han colocado en primer plano para Hudson y para mí.

Estoy segura de que son para las otras facciones: los dragones, los lobos y las brujas. Solo faltan los vampiros, que, aunque es principalmente por nuestra culpa, ya no me permito sentirme culpable por ello. Hudson y yo hemos tomado una decisión, y nos atendremos a ella siempre que seamos llamados a gobernar.

Nos sentamos en los asientos y contemplamos los kilómetros de ondulantes colinas nevadas atestadas de paranormales (y de una humana muy especial), que han venido de todo el mundo para celebrar este momento con nosotros. No soy tan ingenua como para pensar que todos se alegran de nuestro ascenso a la cabeza del Círculo, pero, cuando todos los presentes se arrodillan ante nosotros, no puedo evitar confiar en que tal vez, y solo tal vez, podremos enmendar los errores que han ido fragmentando este mundo a lo largo de los siglos y eternidades que nos preceden.

Nuestros amigos son los primeros a los que diviso, arrodillados justo detrás de Alistair y de la Sangradora, con sonrisas orgullosas. Espero a que alguno de ellos, aunque solo sea uno, haga alguna payasada, ponga caras raras o intente hacernos reír. Flint, probablemente, o tal vez Heather o Gwen.

Pero no lo hacen. En lugar de eso todos ellos mantienen en el

rostro una expresión solemne. Y, a medida que voy topándome con sus miradas de una en una, ellos van inclinando la cabeza. Hasta Jaxon y Flint, dos príncipes de pleno derecho.

Es una sorpresa, pero también me recuerda la importancia de lo que está aconteciendo aquí. En lugar de que eso me incomode, dejo que su apoyo me calme, dejo que fluya a través de mí y me llene de seguridad ahora que finalmente muevo la vista hacia los campos nevados que nos rodean.

Terrenos colmados de miles y miles de gárgolas, todas arrodillándose ante mí. Puedo ver a Artelya al frente, con Dylan y Chastain flanqueándola a ambos lados. Tras ellos están las brujas que nos han abierto los portales antes.

Al contrario que cualquier otro presente, no están arrodilladas. En lugar de eso, mantienen abiertos unos cuantos portales en diferentes partes del campo, y observo estupefacta que a través de ellos sigue llegando gente.

Nuri y Aiden aparecen por el primero, junto con numerosos miembros de su Guardia Dragontina. Como reina y rey dragón, no se inclinan ante nosotros mientras ascienden a la tarima y ocupan su lugar, pero sí lo hace su guardia.

No obstante, cuando nuestras miradas se encuentran, Nuri inclina la cabeza, y en sus ojos veo poder, determinación y respeto. Es más de lo que esperaba, más de lo que nunca se me habría ocurrido pedir después de todo lo que ha pasado entre nosotras, así que le doy las gracias con otra breve inclinación de cabeza.

De otro portal surgen las reinas lobo, Willow y Angela, junto con sus guardias e incontables alfas de manada, entre los que se encuentra le alfa más reciente de la manada Siria, Dawud. Agacha la cabeza e hinca la rodilla en el suelo por mí tras saludar efusivamente.

Un grupo de profesores del Katmere que aún no han regresado al colegio sale del tercer portal: Amka y la señorita Maclean, la señora Haversham y la doctora Wainwright, el señor Damasen y la doctora MacCleary. Todos me sonríen con orgullo al tiempo que también se arrodillan ante mí.

El cuarto portal debe conectar con Ciudad Gigante, porque Erym brota de él dando brincos, seguida por Xeno, Vander y Falia, que parecen mucho más sanos y felices que la última vez que los vi. Erym agita los brazos en el aire para llamar mi atención (como si medir

varios metros de altura más que el resto de los asistentes no fuera suficiente), y necesito reunir toda la fuerza de voluntad que puedo para no devolverle aquel efusivo saludo. En lugar de eso sonrío ampliamente al mismo tiempo que inclino un poco la cabeza hacia ella y los demás, que también bajan la rodilla hasta el suelo.

El siguiente portal tarda unos segundos más en abrirse, y de él aparecen muchos miembros de la Corte Vampírica y su guardia. Mikhael y numerosas personas que no reconozco, junto con la tía Celine y otros dos vampiros que supongo que son Flavinia y Rodney.

Finalmente el último portal se abre y de él sale la reina de las sombras, acompañada de Liana, Lorelei, Mekhi, Maroly, Arnst, Tiola, Nyaz, Lumi, Caoimhe y Polo. Aunque todos los otros miembros del contingente de las sombras encuentran su lugar designado y se arrodillan, no puedo evitar sentir la tristeza que embarga a Hudson al saber que Humito no puede estar aquí también.

Los únicos que no han podido venir son Remy e Izzy. Remy insistió en que no me preocupara, pero algo en su voz me indicaba a gritos que no todo iba bien en el instituto Calder. Aun así, confío en que mis amigos me avisarán si me necesitan, igual que he hecho yo cuando los he necesitado.

Estar aquí de pie frente a todas estas personas, gente que nos ha ayudado de una manera u otra desde el día que llegué al Katmere, hace que me sienta afortunada. Maestros, amigos, familiares..., todos están aquí para vernos a Hudson y a mí ocupar nuestro lugar en el Círculo. Para honrar el pasado y ayudar a empezar un capítulo nuevo y mejor para todos.

Contemplo el panorama. Nunca me había sentido tan honrada ni segura de mí. Porque verlos a ellos aquí, recordando lo que cada uno de ellos me ha enseñado, me hace creer de corazón que pertenezco a este mundo. Es más, me hace creer que este es mi lugar, junto a Hudson, en este trono.

Hasta tal punto que, cuando Alistair da un paso al frente y pide que nos levantemos, no dudo ni un solo instante. Y mi compañero tampoco.

Pero, antes de que Alistair pueda decir una palabra más, la tierra a nuestro alrededor comienza a temblar. Y los cazadores de la Anciana se precipitan sobre nosotros en todas direcciones.

119

Batallas voladoras

Entran con rifles y sacos, abriendo fuego en todas direcciones con las armas que la Anciana ha estado desarrollando durante siglos contra los paranormales.

«¡Atención!», grito mentalmente a mi ejército, que se pone en acción de inmediato.

Corren para interceptar a los cazadores con Artelya en cabeza, seguida por los guardias de todas las demás facciones.

Al mismo tiempo mis amigos se ponen en marcha, se desvanecen y vuelan hacia los cazadores a toda velocidad. Hudson y yo, junto con el resto de los líderes, corremos hacia el borde de la tarima. Pero, antes de que podamos unirnos a la refriega, la Anciana aparece en un destello de luz cegadora justo delante de nosotros.

—¡Debería haber sabido que eras tú! —ruge la Sangradora mientras se interpone entre su hermana y yo.

—Sí, deberías haberlo sabido —coincide la Anciana con una sonrisa afilada como una navaja que me hiela la sangre de las venas—. Ahora que ya no estamos unidas, no hay ningún lugar en la tierra en el que tú y los tuyos podáis estar a salvo. Os cazaré y destruiré a cada uno de vosotros para que mi gente pueda prosperar.

—¡Tu gente no te importa una mierda! —bramo mientras las tropas que están en el campo de batalla entablan combate con los cazadores. Bajo mi atenta mirada varias de mis gárgolas vuelan a toda velocidad hacia los portales en vez de pelear, y al principio no sé qué están haciendo. Pero entonces veo que están guiando a todos los civiles que no son miembros de la guardia ni del ejército hacia los portales para que los crucen y estén a salvo, una acción que me hace sentir muy orgullosa en medio de todo este caos—. Utilizas a los cazadores para conseguir lo que quieres —continúo—, que en este caso es todo el poder que tu hermana y su compañero poseen.

—Qué punto de vista tan simplista —me dice con una mueca de desprecio.

—A veces la simpleza es la mejor respuesta y la más sincera.

—Y a veces es motivo de aniquilación —espeta justo antes de buscar en su bolsillo y sacar uno de los saquitos rojos que están utilizando los cazadores.

Mi abuela lo ve y se abalanza sobre ella, le quita el saquito de la mano de un golpe y la envía dando vueltas hacia el otro extremo de la tarima.

La Anciana grita furiosa y le devuelve la jugada a la Sangradora con un puñetazo en la mejilla. Esta le responde con una patada en el estómago mientras alza una mano al cielo y un rayo atraviesa la tarima.

—Han pasado diez mil años y todavía no has aprendido nada —le dice la Anciana; su voz se oye perfectamente por encima del fragor de la batalla que nos rodea—. Si utilizas los rayos al principio, luego no te quedarán armas. —Como si quisiera demostrar su afirmación, levanta una mano y absorbe el rayo para después enviar un raudal de centellas directas hacia un grupo de gárgolas que corren por la nieve —. Y además me lo pones más fácil todavía.

—Creo que puedo seguirte el ritmo —contesta la Sangradora con una sonrisa. Y esta vez no hay ningún aviso antes de que un rayo atraviese a la Anciana justo en medio de los omóplatos.

Esta grita una combinación de rabia y arrepentimiento. Después decide olvidarse del rayo y sale corriendo a por mi abuela. Cuando lo hace, el olor a piel quemada impregna el aire que nos rodea, pero no permite que eso la ralentice. En vez de eso, se lanza de cabeza a por la Sangradora y la tira de la tarima volando por los aires directa hacia el crepúsculo que nos envuelve.

Segundos después ambas están rodando por el cielo, sumidas en lo más parecido a un combate mortal en el que dos diosas inmortales se pueden enzarzar; por su parte Alistair corre a unirse a la batalla que se desarrolla en tierra.

—¿Deberíamos ir tras ellas? —pregunta Hudson mientras ambos contemplamos el cielo.

Una parte de mí quiere decirle que sí, aunque solo fuera por la mera razón de ver que la Sangradora por fin saca las uñas. Pero parece que mi abuela tiene la situación bajo control, y tenemos más

problemas de los que ocuparnos que una diosa vengativa.

—Creo que debemos ayudar al resto —anuncio a la vez que tres cazadores corren hacia uno de los lobos, sacos amarillos en mano.

Dos gárgolas se apresuran a interceptarlos, pero llegan un par de segundos tarde. Y, cuando el saquito amarillo le acierta al lobo, un grito de agonía atraviesa el aire. Segundos más tarde el joven lobo se desintegra en una ráfaga de lo que parece una versión extraña y polvorienta de la plata.

Las gárgolas por fin llegan hasta el cazador blandiendo sus espadas, pero, antes de que puedan detenerlo, este mete la mano en la chaqueta y extrae un saquito morado que arroja directo a la cara de Rodrigo, mi soldado.

Dispongo de un segundo para pensar que va a estar bien, un segundo en el que no ocurre nada de nada. Pero, antes de que Rodrigo pueda intentar contener al cazador siquiera, estalla sin más: su piedra se rompe en mil añicos diferentes.

120

Da la vuelta y pírate

Todo mi interior se repliega al verlo y, aunque otra de mis gárgolas, Cooper, abate al cazador, es demasiado tarde para ayudar a Rodrigo o al lobo.

Hudson también lo ve y, antes de que yo pueda transformarme siquiera, él ya se ha desvanecido hasta el centro del terreno y le parte el cuello a un cazador que estaba preparándose para lanzar un saquito verde contra una de las doncellas de Imogen.

Bajo de la tarima de un salto, agarrando mientras tanto el hilo platino para poder adoptar mi forma de gárgola. El único problema es este maldito vestido. Era precioso cuando me lo he puesto en la Corte Bruja, pero ahora mismo no es más que un estorbo. Así que me agacho, rezo en silencio para que Imogen me perdone, y rasgo por la mitad el dobladillo del vestido y lo parto para poder luchar, moverme y, en general, repartir hostias como panes.

Tres cazadores corren hacia mí y le doy al primero un puñetazo de cemento en esa barbilla suya tan debilucha. Se desploma al instante. La segunda cazadora mete la mano en el bolsillo y saca una bolsita morada que me lanza enseguida. Aunque logro apartarle la mano a tiempo, consigue tener preparado otro saquito morado al instante.

Le propino una patada tal y como Artelya me enseñó cuando practicábamos hace meses, pero la mano de la cazadora sigue avanzando. Me preparo para todo lo malo que pueda acontecerme y, sin embargo, los tres cazadores desaparecen de pronto, dejan de existir en un abrir y cerrar de ojos.

Me doy la vuelta y me encuentro a Hudson mirándome fijamente, con el rostro encendido de pura ira mientras parte en dos a un cazador con sus propias manos.

—¡Grace! —grita Macy a mis espaldas, y me vuelvo para verla

correr en mi dirección a toda velocidad.

En cuanto está a mi alcance, agita la mano en el aire y el vestido se transforma en mi equipo de batalla de confianza. Mayas de cuero, chaleco del mismo material y una camiseta.

Siento al instante que me quito un peso de encima y salgo corriendo directamente hacia Artelya, que está en medio de un contingente de cazadores diezmado junto con muchos otros miembros de nuestro ejército.

A medio camino veo a Mekhi, que está luchando con la reina de las sombras espalda contra espalda. Un grupo de cazadores los tiene rodeados, así que decido ayudarlos, pero, antes de poder hacer poco más que propinarle una patada y tumbar a uno de ellos, un conjunto variopinto de criaturas sombrías brota de la tierra y se apiñan en el suelo a su alrededor.

Ratas, serpientes, arañas... Mekhi agita una mano y todas ellas envuelven a los cazadores, que empiezan a gritar despavoridos mientras caen al suelo.

Le lanzo una mirada victoriosa y continúo mi camino en dirección a Artelya justo cuando la Anciana y la Sangradora atraviesan el cielo sobre mí. A las dos se las ve algo desmejoradas, pero van a por todas. Se propinan patadas, puñetazos, codazos y rodillazos mutuamente, y ambas los absorben y los devuelven.

Dos diosas en un combate mortífero pero eterno, con las estrellas de la fría Alaska de fondo.

Y es entonces cuando decido que ya está bien. Adoro a los humanos, he vivido casi toda mi vida con ellos y considerándome una más. Pero no voy a permitir que mi ejército, que lleva mil años preparándose única y exclusivamente para este acontecimiento, sucumba bajo ellos. Ni hoy ni nunca.

Así que, en lo que a mí concierne, ha llegado la hora de dejar de jugar con ellos y poner punto y final a esto de una vez por todas.

Llamo a Artelya y a varios de sus coroneles para que acudan a mí. Para cuando llegan a mi lado Hudson también se nos ha unido, junto con Mekhi y la reina de las sombras.

—La única razón por la que tienen algo de suerte contra nosotros es porque tienen esos malditos sacos —explico—. Pero miradlos: tienden a atacar a ciertos paranormales en grupo.

Miran a su alrededor para comprobar lo que les estoy diciendo y,

ahora que me he percatado de ello, salta a la vista. Los que están cerca de los vampiros llevan un montón de saquitos rojos, mientras que los que luchan contra las gárgolas llevan bolsitas moradas, como la que ha matado al pobre Rodrigo. Solo hace falta dividirlos para conquistarlos.

—Hudson, tienes que movilizar a la Guardia Vampírica e ir tras aquel grupo de allí —digo señalando al conjunto de cazadores con saquitos morados—. Pero mantente alejado de los que llevan las bolsas rojas. Artelya, tú y el ejército id a por el resto. No os enfrentéis a los cazadores de los saquitos morados a no ser que contéis con el factor sorpresa.

En cuanto termino de hablar, Hudson desaparece al instante y Artelya está a punto de ponerse en marcha. Mientras difunde mis órdenes entre sus equipos me vuelvo hacia Mekhi y la reina de las sombras.

—¿Qué podemos hacer? —pregunta él.

Pero la reina de las sombras ya sonríe con malicia. Porque se ha alzado un fuerte viento que está azotando todo el campo, convirtiéndose en lo que parece un tornado. Sé que su origen debe de ser sobrenatural, porque en Alaska no hay tornados y estoy convencidísima de que no suelen surgir en medio de una tarde despejada de principios de diciembre.

Efectivamente, la Sangradora y la Anciana atraviesan el cielo con gran estrépito justo cuando el viento se agita con frenesí. La Anciana hunde el puño en la cara de la Sangradora. La sangre le mana a borbotones de la nariz y salpica por entero a la Anciana, que aúlla indignada.

Y, en ese breve momento de distracción, la Sangradora aleja a su hermana de un empujón.

La Anciana sale volando por los aires, directa hacia el pequeño huracán que acaba de brotar de la nada. Este la atrapa, la azota hasta que llega a su ojo y la retiene allí, aprisionada, mientras no deja de gritar.

121

Es una relación de amor-destino

En cuanto captura a la Anciana, el tornado de mi abuela la deposita en una falange de gárgolas inmunes a su magia. Mi ejército se limita a cerrar el círculo a nuestro alrededor hasta que están tan cerca que las puntas de sus alas se tocan.

A medida que se aproximan un poderoso estallido de energía atraviesa el aire que nos rodea y crea un campo de fuerza que nos aprisiona junto a ella dentro del círculo. Los cazadores que quedan en pie, que son muy pocos, no pierden tiempo en abandonar el campo de batalla. Artelya manda a varios miembros del ejército tras ellos para asegurarse de que no decidan volver sobre sus pasos, pero, después, ella y el resto del ejército se reúnen alrededor de la Sangradora, de la Anciana y de mí.

Barajo varias ideas sobre qué hacer con la diosa del orden, y mentiría si dijera que una de ellas no es darle varios puñetazos en la cara. Aun así, esa no es exactamente la forma con la que quiero comenzar mi mandato en el Círculo, en especial después de haberle dedicado tanto tiempo a pensar en la tolerancia, el perdón y la forma en la que quiero liderar.

Así que, en vez de darle una paliza a la Anciana, por muy satisfactorio que pudiera ser, me vuelvo hacia mi abuela.

—Es tu hermana —le digo—. ¿Qué querrías que hiciera con ella?

Al principio la Sangradora no contesta. En lugar de eso pasa la mirada de mí a la Anciana durante varios segundos. Pero, como su hermana continúa aullando, suelta un fuerte suspiro.

—Tú eres la reina gárgola. Haz con ella lo que te plazca —anuncia.

Ahora que ya se me han pasado las ganas de derramar sangre, me planteo utilizar la Corona para drenar su poder y que no pueda volver a causar un desastre como este jamás. No sé si sería posible, pero vale

la pena intentarlo. Sin embargo, cuando extiendo la mano hacia ella y el tornado se disipa, no puedo evitar preguntarme si estaré cometiendo un error.

Cosa que no tiene sentido. Porque ha demostrado en repetidas ocasiones que no se le pueden confiar los poderes que tiene. Porque ha demostrado una y otra vez que su rencor y su odio siempre ganarán por encima de la cordura y la honradez.

Y aun así su estricto cumplimiento del orden tiene un propósito. Siempre ha tenido un propósito: equilibrar el caos, que es una parte inherente de la naturaleza de la Sangradora. El mismo caos que también forma parte de mí.

—El universo necesita equilibrio —respondo por fin—. Caos y orden.

—Esperaba que dijeras eso. —Mi abuela sonríe—. ¿Tienes algo para mí?

Se me cae el alma a los pies, aunque sé que tiene razón. Porque, debido a los prejuicios de la Anciana contra los paranormales y su determinación a borrarnos del mapa, solo hay una forma de asegurar el equilibrio entre el caos y el orden que el universo necesita para prosperar.

Y así, bajo la mirada de todo mi ejército y la de mis amigos, me vuelvo hacia mi compañero, quien ha regresado y está fuera del círculo. Pero quien, como rey gárgola que es, es capaz de atravesar el campo de fuerza de una forma que casi nadie más puede.

Antes de que pueda preguntarle siquiera si tiene lo que estoy buscando, mete la mano en el bolsillo y saca el precioso frasco de vidrio tintado que la Conservadora me entregó.

Se lo entrega a la Sangradora, que le quita el tapón de corcho antes de llevárselo a los labios.

—No estés así de triste, Grace —me pide—. Las cosas estaban destinadas a ser así. Caos y orden. Agrio y dulce.

Y entonces inclina el frasco y, poco a poco, se bebe hasta la última gota de miel.

122

Dos coronas son mejor que una

La Anciana hace muecas mientras la Sangradora vuelve a cerrar el frasco vacío y, como el Ejército Gargólico se ha retirado, en cierto modo espero que nos ataque a mi abuela o a mí. Pero debe de saber que la hemos derrotado porque, en lugar de venir a por nosotras, simplemente desaparece.

—Tenemos que ir tras ella —digo.

Mekhi y Lorelei se adentran en el círculo. Los veo de cerca, y me doy cuenta de que tienen mucho mejor aspecto ahora que el Reino de las Sombras ha sido destruido. Les brillan los ojos, la piel se ve lustrosa y saludable, y los dos parecen mucho más fuertes que hace unos días.

—No te preocupes por ella —me dice Mekhi con esa sonrisa que tanto he echado de menos durante los últimos meses—. Nosotros nos ocupamos.

—Nadie puede esconderse del príncipe de las sombras —manifiesta Lorelei con un guiño—. Mekhi la encontrará.

La sorpresa me invade al oír el nuevo título de Mekhi, pero no puedo negar que le pega mucho. Hacía muchísimo tiempo que no lo veía tan bien.

—Gracias —expreso acercándome a él para darle un abrazo—. Te agradecemos la ayuda.

—Con mucho gusto —contesta antes de centrar la atención en Hudson—. Lorelei y yo tenemos una sorpresa para vosotros.

—¿Ah, sí? —Hudson levanta una ceja—. ¿Aparte de que ahora eres príncipe?

—Uy, creo que esta es un poquito mejor que eso.

Mekhi se quita la mochila de la espalda y abre la cremallera.

Siento que Hudson se pone tenso cuando se da cuenta de pronto de lo que está pasando.

—Cómo...

—Por lo visto, los Vega no sois los únicos con poderes de descenso superguáis —comenta con una sonrisa burlona—. Ahora que me he recuperado, me he percatado de que puedo hacer cosas de lo más alucinantes. Lo más destacable es que puedo otorgarles tridimensionalidad a las sombras, lo que significa que pueden existir fuera del Reino de las Sombras. O, al menos, una umbra en particular.

Y entonces saca de la mochila a Humito bebé, que está durmiendo, y la coloca sobre los brazos extendidos de Hudson. Humito parece ser la misma de siempre, solo que ahora ocupa más. Es redonda y adorable, y su naricilla es una verdadera preciosidad. Igual que la expresión de Hudson.

Hudson pasea la mirada entre Humito y Mekhi, y juraría que tiene los ojos anegados de lágrimas. Es lo que pasa cuando, a veces, todos nuestros sueños se hacen realidad. La alegría es tan inmensa que duele. Yo debería saberlo, porque ahora mismo me siento exactamente igual.

—Gracias —dice él. Tiene la voz ronca al darse cuenta de que podemos llevarnos a Humito a casa. Y de que nunca más tendremos que separarnos de ella.

—Es un placer —responde Mekhi, que le da un abrazo con un solo brazo y, luego, unas palmaditas en la espalda—. Un verdadero placer.

—Tenemos que irnos —anuncia la reina de las sombras desde su lugar fuera del círculo—. No queremos que la Anciana nos saque demasiada ventaja.

—Y, si no me equivoco —interviene la Sangradora—, todavía tenemos una coronación que llevar a cabo.

No puedo creer que casi me haya olvidado de eso en medio de todo lo que ha pasado en la última hora.

—Sí, es verdad —confirmo mientras Hudson y yo nos damos la vuelta para regresar a la tarima.

El trayecto se nos hace más corto ahora que no nos andamos con ceremonias. Y lo que es mejor, los pocos nervios que todavía me quedaban han acabado desapareciendo del todo. Nada como darle una buena paliza a una diosa y sus cazadores con tu compañero, tus mejores amigos y tus abuelos para sentir que tienes controlado todo ese rollo de líder.

Aun así, no puedo evitar pensar en Rodrigo y en todos los que han dado su vida en esta batalla frenética contra los cazadores, y siento que una gran tristeza se me asienta en el pecho, justo al lado de la inmensa pena de este último año. Imagino que esta tristeza, esta responsabilidad, también formará parte de mi vida como dirigente.

Macy se me acerca corriendo cuando llegamos al estrado.

—Buen trabajo ahí fuera —comenta. Su voz posee una energía que hacía muchísimo que no oía.

—Igualmente. No te creas que no te he visto abatir al cazador de pelo largo y monóculo.

Se encoge de hombros.

—Una bruja debe hacer lo que una bruja debe hacer. Y hablando de eso... —Me mira de la cabeza a los pies—. Tengo que volverte a cambiar y ponerte el vestido. Dame unos...

—No —la interrumpo negando con la cabeza—. Ese vestido es precioso, pero esto es mucho mejor, porque me representa. Es Grace, la reina gárgola con un corazón que puede romperse y remendarse un millón de veces. Quiero que me acepten tal y como planeo reinar.

—Me parece perfecto —acepta ella—. Y tú también.

Decide darse la vuelta, pero Hudson la detiene colocando suavemente una mano sobre su brazo.

—Grace está alucinante, pero ¿sería mucho pedir que me recompusieras un poco el traje?

Macy se parte de risa, pero cuando por fin se calma le dice:

—Por ti, lo que sea.

Entonces hace un pequeño movimiento con la mano y Hudson vuelve a recuperar la elegancia sartorial de siempre.

Los dos sonreímos con picardía cuando subimos a la tarima un par de minutos después y, en lugar de ser aterrador, esta vez me siento de maravilla. Porque Hudson y yo lo estamos haciendo a nuestra manera, con nuestras propias condiciones. Y eso es lo que marca la diferencia.

Los otros miembros del Círculo ya están sentados alrededor de nuestros tronos, y Alistair y la Sangradora, los exgobernantes del Círculo, aguardan de pie frente a ellos, esperándonos.

Ocupamos nuestros asientos sin mediar palabra. Hudson sigue acunando a Humito bebé con un brazo mientras con la mano libre se agarra con fuerza a la mía.

—Intentemos esto una vez más —comenta Alistair con una sonrisa que solo puedo describir como un poco traviesa.

—Sí, vamos —contesto.

Nuestras sonrisas se desvanecen ahora que recobramos la importancia de este momento. Porque, con Círculo o sin él, con Corona o sin ella, este momento gira alrededor de una sola cosa: de nuestra gente, de toda ella, y de nuestra determinación, la de Hudson y la mía, de hacer lo correcto por ellos.

—Grace y Hudson, el honor que se os otorga hoy es grandioso a la par que eminente. Os habéis enfrentado a los desafíos que se han presentado ante vosotros, vuestra familia y vuestro pueblo con valentía y abnegación, y al hacerlo habéis demostrado ser dignos de liderar el antiguo y poderoso Círculo.

La solemnidad de la situación regresa a mí con una descarga de nervios gélidos, pero, antes de asentarse, un estallido de calor me golpea procedente del vínculo de compañeros, colmando todos los rincones fríos de mi interior.

Me aferro a esa calidez, me aferro a mi compañero, y me prometo servir bien a mi gente. No por mi valentía, sino porque nadie más que yo trabajará tan incansablemente por mantener la paz entre los paranormales, y nadie se esforzará más que yo en conservar el equilibrio del mundo. Tras pasar mil años atrapada en el tiempo, mi gente no merece menos de un líder.

«Eres valiente.» La voz de Alistair resuena en mí aunque fuera siga manteniendo la pompa y circunstancia de la ceremonia.

«Eres poderosa.

»Eres merecedora.»

Mis ojos se centran en los suyos, de un gris apagado, mientras sus palabras me resuenan en la cabeza. Y en ellos veo todas mis propias dudas. Todos mis miedos. Todos mis errores.

«Una buena líder debe tener miedo —prosigue dentro de mí—. Debe preocuparle cometer un error para que trabaje sin descanso para evitarlo. Pero también debe saber cuándo despojarse de ese miedo y creer en ella y en la visión de futuro que tiene para su pueblo. ¿Puedes hacerlo, nieta?»

«Sí. —La respuesta es instintiva, y procede de lo más hondo de mi alma, pero en el momento en el que la emito sé que es la verdad—. Esta es nuestra gente, y daré lo mejor de mí por ellos, siempre. Igual

que hará mi compañero.»

«Bien. —Una sonrisa asoma por las comisuras de Alistair ante la seguridad de estas palabras—. Eso es todo lo que yo, o cualquiera, podría pedirte. Excepto esto.»

«¿El qué?», quiero preguntar, pero, antes de poder hacerlo, la voz fuerte e intensa de Alistair inunda el ambiente a nuestro alrededor.

—¿Están sus majestades dispuestas a hacer el juramento?

¿Sus majestades? ¿Juramento? Solo dispongo de un momento para acostumbrarme a esas palabras antes de que Hudson y yo respondamos:

—Lo estamos.

Alistair asiente a modo de aprobación. Tras él la muchedumbre parece estar aguantando la respiración, pendientes de cada una de sus palabras... y de las nuestras.

—¿Prometéis usar el poder que se os confiere aquí y ahora, en este lugar de conocimientos y aprendizaje, para conservar las leyes, el orden y la justicia para vuestro pueblo?

Voy a asentir con la cabeza y me percato de que necesita oír la respuesta, que todos los presentes aquí reunidos necesitan oírla. Así que me toca aclararme la garganta antes de contestar junto con Hudson.

—Lo prometemos.

—¿Prometéis gobernar sin intereses personales y colocar las necesidades de vuestra gente por encima de las vuestras en todo momento?

—Lo prometemos.

—Y, finalmente, ¿prometéis gobernar con imparcialidad y compasión?

Es la pregunta más fácil que me ha hecho, y mi voz suena con fuerza al dar la respuesta:

—Claro que lo prometemos.

Alistair acepta nuestras palabras, y luego prosigue.

—Por favor, arrodillaos ante el pueblo al que vais a servir.

Hudson y yo hacemos lo que nos pide. Nos arrodillamos a sus pies con las manos entrelazadas frente a nosotros. Cuando echo un vistazo a los campos y las montañas del instituto Katmere, veo que las otras gárgolas se inclinan hacia delante, esforzándose por ver lo que sé que es un momento sagrado para los nuestros. Sin duda es sagrado

para mí, incluso antes de que Alistair desenvaine la espada larga y decorativa que lleva asida a la cadera.

—Esta es la Espada de Galandal —explica—. Forjada en los fuegos mortíferos del Etna, enarbolada solo por aquellos que portan la Corona. Ha defendido al Ejército Gargólico y a todos aquellos bajo su protección durante dos mil años.

La levanta sobre su cabeza antes de posarme la parte plana de la hoja sobre el hombro derecho y, luego, sobre el izquierdo.

—Con esta espada, te nombro Protectora de las Gárgolas. ¿Aceptas este título?

—Lo acepto.

Alza de nuevo la espada por encima de la cabeza antes de posarla esta vez sobre los hombros de Hudson.

—Con esta espada, te nombro Protector de las Gárgolas. ¿Aceptas este título?

La voz de Hudson resuena confiada cuando dice:

—Lo acepto.

Alistair asiente y luego me entrega la pesada espada, ofreciéndome primero la empuñadura engarzada en joyas. La cojo y la sujeto con fuerza, decidida a no dejar que se me caiga por muy pesada que sea.

—Entonces, con todo el poder que me fue otorgado, os corono reina Grace y rey Hudson.

Una gran ovación recorre los campos tan pronto como pronuncia estas palabras.

Y así, Hudson y yo nos convertimos en los nuevos miembros del club de los adultos.

123

Agárrate los cuernos

Mientras los gritos de «larga vida a la reina y al rey» resuenan a nuestro alrededor, Hudson se vuelve hacia mí con la sonrisa pícara que he acabado por adorar.

—¿Estás lista para hacerlo? —pregunta.

—Más que lista —contesto.

El resto de los monarcas se acerca a la parte delantera de la tarima, preparados para darnos la enhorabuena por nuestros nuevos títulos. Hudson y yo nos tomamos un momento para darles la mano a cada uno y después retrocedemos.

—Apreciamos mucho vuestro servicio —les asegura Hudson—. Habéis mantenido al Círculo unido bajo situaciones extraordinarias, incluso cuando los últimos reyes gárgola desaparecieron y los últimos reyes vampiro acabaron obsesionados y con delirios de poder. Vuestra perseverancia ante todas esas situaciones siempre será agradecida.

—¿Por qué me da la sensación de que ahora viene la parte mala? —pregunta Nuri con los ojos entrecerrados mientras nos mira alternativamente a Hudson y a mí.

—Porque ha llegado el momento de seguir un nuevo camino —explico—. Uno que honre el pasado, pero que avance hacia el futuro que necesitamos crear para nuestra gente y para nosotros.

—Yo encuentro la trayectoria de mi futuro muy satisfactoria —nos dice Linden con una mueca—. Así que, si vosotros dos pensáis que vais a venir aquí con nuevas reglas y ponerlo todo patas arriba, habrá que tener una charla.

—Nada de reglas nuevas —replico—. Y en cuanto a ponerlo todo patas arriba..., puedes hablar cuanto quieras. Pero ya hace mucho que pasó nuestro tiempo de recibir órdenes.

—¿Qué estáis planeando exactamente? —pregunta Angela.

—Algo que asegurará que aquello que se ha repetido a lo largo de

nuestra historia no vuelva a pasar nunca —contesta Hudson—. Nuestra gente no puede permitirse el mandato de otro dictador con el poder de destruir todo lo que tanto nos hemos esforzado por construir.

Distingo el momento en el que los otros miembros del Círculo caen en la cuenta de lo que está a punto de pasar. La parte bruja parece enfurecida. La loba, asustada. Pero la dragontina, Aiden y Nuri, parecen intrigados, sin más. Aunque también es cierto que, para una monarquía tan maltratada como la suya lo está en la actualidad, esto podría ser el salvavidas que necesitan para salir a flote.

Me doy la vuelta hacia la parte delantera del escenario, donde tanta de nuestra gente espera a que demos nuestro primer discurso oficial como dirigentes del Círculo. No se imaginan lo que está por venir.

Hudson se pone delante del micrófono y levanta una mano para acallar a la multitud que aclama. Cuando todos los asistentes del campo por fin se quedan en silencio, Hudson habla.

—Grace y yo queríamos agradeceros a todos que nos hayáis acogido en vuestros corazones hoy y todos los días futuros. Queríamos que supierais que hemos hecho lo mismo por vosotros. Y, con eso en mente, tenemos noticias muy importantes que nos gustaría compartir.

Se da la vuelta y me ofrece el micrófono.

Le rozo los dedos cuando lo hago e, incluso en medio de todo este lío, no puedo evitar que se me altere el corazón por un instante, o doce. Pero no dispongo de tiempo de pensar en ello ahora mismo, no cuando tengo una tarea tan importante.

Me llevo el micrófono a los labios y contemplo estas tierras donde todo empezó para mí, que me cambiaron la vida y me enseñaron no solo quién soy, sino también quién quiero ser.

Llegué al Katmere hace un año, perdida, herida y desesperada por escapar del dolor que me causaba la muerte de mis padres. Cuando llegué aquí lo único que quería era que me dejaran marchitarme y llorar en paz. Pero el instituto Katmere nunca me dio esa opción, ni tampoco la gente que conocí aquí. Creía que lo había perdido todo, pero han pasado muchas cosas durante este año y, ahora que estoy aquí, solo puedo pensar en lo agradecida que me siento por este instituto. Por esta gente. Por este mundo que me ha aceptado en su corazón y me ha ayudado a entender cuál es mi lugar en la tierra.

Tanto roca como semilla. Tanto protección como sustento. Me ha

obsequiado con amigos a los que querer y a los que llorar, gente a la que liderar y gente de la que aprender, y un compañero al que amar para siempre.

Me he encontrado y he encontrado una familia.

He tomado decisiones complicadas y me he enfrentado a las consecuencias.

Y ahora estoy aprendiendo a fortalecer todas las partes rotas de mi ser.

Es esa fuerza, la de mis amigos, de mi familia, de mi compañero, la que me da el coraje y la convicción para salir a este escenario ahora mismo y compartir el sueño que Hudson y yo tenemos para nuestra gente y nuestro mundo.

—Tras miles de años e incontables contratiempos y retos para el Círculo que han traído penurias y miedo a nuestra vida, Hudson y yo hemos decidido que nuestro primer acto como dirigentes del Círculo sea cambiar la esencia de este: que pase de ser un organismo liderado por un grupo selecto de paranormales a uno liderado por todos vosotros. —Mis palabras resuenan por los campos cubiertos de nieve cuando la gente deja de hablar y vitorear para empezar a escuchar—. En los meses venideros estableceremos un organismo seleccionado mediante elecciones que representará a la diversa y hermosa comunidad paranormal en la que vivimos. Una en la que todos los grupos de paranormales tengan voz, no solo las cinco facciones que siempre la han tenido, sino todas: gigantes, sirenas, chupacabras y mantícoras, entre otros.

»Si nuestro plan funciona, encontraremos la forma de vivir, amar y apoyarnos entre facciones. Ya no se tratará de un círculo, sino de una cadena en la que todos nuestros enlaces se conecten, en la que pondremos en común todas nuestras fortalezas y recursos para asegurarnos de que no haya un eslabón débil. Así es como queremos liderar Hudson y yo, y así es como creemos que podremos convertirnos en una comunidad sana, poderosa y próspera.

—Os pedimos que os unáis a nosotros en lo que será una larga y gratificante aventura que culminará en un futuro mejor para nuestro mundo —continúa Hudson donde yo lo he dejado. Y después esboza esa sonrisa traviesa para el público y los miembros del antiguo Círculo, esa que siempre me derrite. A juzgar por la forma en la que responde la multitud, también les encanta. Incluso antes de que diga

—: Pero ya habrá tiempo para todo eso. Por ahora quiero darles las gracias a nuestros anfitriones, Imogen y Linden Choi. Personalmente, creo que deberíais agarraros esos cuernos, ¡porque he oído que en la Corte Bruja sí que saben montar una fiesta!

Y así, sin más, la música a todo volumen llena el ambiente. Los fuegos artificiales estallan, se encienden las barbacoas exteriores y la aurora boreal danza por el cielo.

Agarro la mano de Hudson y, a estas alturas, solo me queda una opción: callarme y bailar con él.

124

Reinar con mano de piedra

En cuestión de segundos nuestro grupo nos rodea. Las enhorabuenas llenan el aire mientras Macy se abalanza sobre mí para envolverme con los brazos.

—¡Lo has conseguido! —exclama, y me abraza con tanta fuerza que casi me deja sin respiración.

—¡Lo hemos conseguido! —contesto a la par que le devuelvo el abrazo con casi tanta fuerza.

Voy pasando de persona en persona al tiempo que la multitud sigue vitoreando a nuestro alrededor. Eden me choca el puño con un «toma ya». Flint me lanza por los aires como una muñeca de trapo.

—No está mal, chica nueva. No está nada mal.

Y Jaxon... Jaxon se limita a sonreírme y me pregunta:

—¿Qué tienen en común una piedra y una reina?

—No tengo ni idea.

—Que son una gárgola que va a cambiar el mundo. —Y después me envuelve en el abrazo más grande que se puede imaginar, uno que no acaba nunca—. Parece que ambos hemos encontrado al compañero de nuestros sueños —me susurra.

Me aparto con los ojos abiertos como platos.

—¿Flint y tú? ¿Por fin os habéis vinculado?

—Después de lo de la cámara... —Se calla, y suelta un gran suspiro antes de continuar—: Después de lo de la cámara le rogué que no me dejara. Y como es mejor persona de lo que yo seré nunca, dijo que sí.

Menos mal.

—Ya iba siendo hora de que entraras en razón —le digo al tiempo que la última fisura que tengo en el corazón por fin sana—. Aunque espero que te hiciera arrastrarte.

Flint le dedica una sonrisa enorme y tontorrona a su compañero

mientras le pasa un brazo por los hombros.

—Se arrastró muchísimo —anuncia—. Pero que mucho mucho. Fue maravilloso.

Jaxon pone los ojos en blanco, pero esboza una sonrisa igual de amplia. Y me doy cuenta de que es la primera vez que he visto a Flint y a Jaxon así, felices de verdad sin tener que fingir que no están muriendo por dentro. Están estupendos, sus sonrisas son preciosas, y tengo muchas ganas de ver más en el futuro.

Flint me pilla mirándolos y mueve las cejas antes de volver a la muchedumbre, que baila y se ríe.

—Has hecho bien —le comento a Jaxon cuando volvemos a estar solos—. Aunque Hudson y tú habéis tardado mucho en aprender que no sois los únicos que tienen que sacrificarse.

—Quizá es que ambos sabíamos que teníamos muchas cosas por las que redimirnos.

—Ambos habéis hecho bien. —Vuelvo a abrazarlo—. Ya es hora de que seas feliz y punto.

—Me gusta cómo suena. —Me suelta cuando alguien se aclara la garganta a mis espaldas.

—¿Puedo interrumpir?

—Ve a por tu chico —le susurro a Jaxon antes de darme la vuelta para ver a mi tío Finn ahí plantado, mirándome con los mismos ojos que mi padre.

—Estoy orgulloso de ti —me dice a la par que él también me envuelve en un abrazo—. Todos estamos muy orgullosos de ti.

—Gracias —musito mientras otra parte de mi corazón roto se remienda—. Por todo.

Cuando se aparta, mi abuela le quita el sitio. Y, como es habitual, no tengo ni idea de lo que está pensando.

—Ven a dar un paseo conmigo —dice, y en cuanto me alejo con ella dejamos de estar en la ladera del Denali. Estamos solas en el paseo de mi playa favorita de San Diego y hay un montón de tableros de ajedrez delante de nosotras.

—Siéntate —ordena la Sangradora, y eso hago, porque incluso en medio de una celebración hay cosas que ambas debemos decirnos.

Cuando extiende la mano para coger una pieza de ajedrez, se la paro.

—Tengo algo que proponerte.

Enarca una ceja.

—Ya sé qué me vas a proponer, y acepto.

—Genial. Vas a ser una reina vampiro de miedo.

—Ay, Grace, querida. —Se ríe—. Ya di miedo, pero ahora me toca refrenarme. —De nuevo se dispone a coger la reina del tablero y, una vez más, la detengo—. ¿No quieres jugar? —pregunta sorprendida.

—No —anuncio—. No quiero. Me has enseñado mucho, pero no reinaré igual que tú.

Por un instante creo que me va a dar una dentellada. Pero entonces sonríe.

—Seguramente sea lo mejor —declara mientras extiende la mano y tira todas las piezas del tablero.

Epílogo
Carpe teach-em (Hudson)

Miro el reloj por vigésima vez en los últimos diez minutos. Ella todavía no ha llegado. ¿Por qué no ha llegado?

Me siento como un capullo total por alterarme tanto solo porque Grace llegue unos minutos tarde, pero llevo guardando este secreto meses y no puedo esperar más a ver la cara que pone.

Es una pena, pero parece que voy a tener que hacerlo.

Decido que, ya que estoy, puedo mantenerme ocupado mientras la espero, así que agarro el móvil de la esquina del escritorio y voy directo a la puerta del despacho. Pero en cuanto la abro choco de bruces con Grace.

—¡Lo siento, llego tarde! —exclama con una risita—. Me he pasado la última media hora mediando entre Thomas y Dylan.

—¿Otra vez? ¿Por qué pelean ahora?

Pone los ojos en blanco.

—Resulta que la cabra de Dylan ha entrado en el cuarto de Thomas y se ha comido la mitad izquierda de su colección de zapatillas.

—¿Solo la mitad izquierda?

La idea me da donde duele. Me he pasado el último año poniendo al día mi colección de ropa interior de Versace. No sé qué haría si la cabra de Dylan les hincara el diente a mis Barocco azules.

—Según Thomas, su comportamiento era especialmente despiadado.

—No es que se equivoque —le digo—. Comerse solo el zapato izquierdo de cada par me parece algo bastante diabólico.

—Eso mismo he dicho yo. Pero Dylan no parecía impresionado.

—Pocas veces lo está —comento mientras tiro de ella para darle un abrazo.

Huele a canela y manzanas, lo que quiere decir que ha estado pasando otra vez el rato en la cocina durante sus tareas de mediadora.

Está empeñada en aprender a cocinar. No paro de decirle que sería mejor que tomara unas cuantas lecciones de cocina en San Diego, pero está decidida a aprender a utilizar la cocina de nuestro torreón medieval, para disgusto de Siobhan y el resto de las gárgolas.

Se acurruca contra mí, por suerte, y entierro el rostro en su pelo para disfrutar de su aroma un minuto, para que ella me reconforte ante lo que está por venir.

Aun así, al final se separa con una mirada curiosa.

—Bueno, ¿por qué querías que quedáramos aquí? ¿Pasa algo?

—Podría decirse que sí. —Le doy la mano y tiro de ella con dulzura hacia la puerta—. He estado trabajando en algo durante bastante tiempo. Hoy parecía el día perfecto para compartirlo contigo.

Debe de haber algo en mi voz, porque se le esfuma toda la felicidad de los ojos de golpe mientras me analiza varios segundos, como si intentara averiguar qué está ocurriendo en mi cabeza.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, claro. Todo va de perlas.

—Cada vez que dices eso, es una señal infalible de que en realidad nada va de perlas —contesta con una ceja arqueada.

Tiene razón, pero tampoco es que vaya a admitirlo. Ya me conoce demasiado bien, joder.

Me limito a cogerla de la mano y a animarla a recorrer el pasillo sin prisas hasta la sala principal en la que entramos por un portal hace ya tantos meses. Fue la primera que remodelé por completo. Quizá por eso es mi favorita. O quizá es por el uso que tengo planeado darle.

—Cierra los ojos —le susurro cuando llegamos a los altísimos arcos blancos.

—¿Es otra de tus muestras de pintura? —pregunta con escepticismo—. Porque, de verdad, creo que hoy no estoy con ánimos para discutir por los distintos tonos de blanco en los que podríamos pintar el ala oeste de la Corte Vampírica, no después de haberme pasado la última hora mirando ciento veintisiete zapatos medio comidos.

—¿Ciento veintisiete? —Me estremezco—. Madre mía, qué locura.

—Ni te lo imaginas. —Se estremece conmigo, aunque creo que estamos traumatizados por cosas distintas.

—¿Puedo abrir los ojos? —pregunta en cuanto la pongo en

posición.

—Sí —contesto, y me arrepiento de inmediato, cuando una bola de demolición de nervios me golpea. ¿Por qué cojones he pensado que hoy sería un buen día para hacer esto?

Miro a todas partes menos a Grace mientras espero su reacción, pero cuando no muestra ninguna por fin me obligo a mirarla a los ojos.

—¿Qué es esto? —susurra a la vez que recorre las letras del cartel con el dedo índice.

—El instituto Vega —contesto.

—Ya lo veo. —Se vuelve para mirarme, y me rodea la cintura con los brazos como si ya supiera lo que esto significa para mí—. ¿Qué es el instituto Vega?

—Aún no es nada. Pero dentro de unas cuantas semanas será una escuela.

—¿Una escuela? —Abre los ojos como platos—. ¿Como el instituto Katmere?

—Sí —respondo—. Y no.

Enarca las cejas.

—Vaya, eso sí que me lo ha dejado claro.

—No quiero que sea para los hijos de la élite, no como lo es el instituto Katmere. Aquí cualquiera podrá estudiar sin importar lo mucho o poco que ganen sus padres. Me encanta enseñar y me encantan los niños, así que he pensado que no hay mejor sanación para la Corte Vampírica, o para mí, que crear un lugar en el que prosperen el aprendizaje y el conocimiento.

Aguanto la respiración a la espera de escuchar lo que piensa. Por suerte no me hace esperar mucho.

—Creo que es la idea más bonita que has tenido nunca —asegura.

—¿En serio? —Le escudriño la cara en busca de alguna señal de que odia lo que he hecho. Pero ahí no hay más que apoyo, amor y un entendimiento tácito que hace que me entren picores. Porque Grace siempre ve demasiado—. En realidad, tengo un regalo para ti —le cuento para quitarle esa expresión de la cara—. ¿Quieres verlo?

—¿Un regalo? —Suena entre intrigada y recelosa. Tampoco es que pueda culparla. Al fin y al cabo esta es la Corte Vampírica. Aquí no dejan de ocurrir cosas horribles a todas horas.

—Un detallito de nada. —La guío por el pasillo y doblamos una

esquina hasta que por fin llegamos a una sala que me pasé meses fingiendo que no existía. Y a continuación me pasé otros muchos meses intentando decidir qué hacer con ella.

Grace se tensa en cuanto reconoce el cuarto que tenemos enfrente.

—No tenemos por qué entrar —me dice mientras empieza a retroceder.

—Quiero entrar —le aseguro.

Parece escéptica.

—¿Ah, sí?

—Más bien es la razón de toda esta visita —anuncio, y tiro de la puerta del antiguo despacho de mi padre para abrírsela—. No puedes conseguir el regalo sin entrar.

Me lanza otra mirada inquisitiva, pero aun así atraviesa la puerta que sostengo abierta. Sé en qué momento advierte lo que he hecho con este lugar, porque el grito de sorpresa que suelta se podría oír en medio planeta. Ha cambiado mucho de aspecto después de que entré con el mazo.

—Tú… Esto… —Se calla y traga saliva. Después vuelve a intentarlo—. ¿Este es el secreto que me estabas ocultando? ¿Esta sala y esta escuela?

—Pues sí.

—¿Por qué? —Va girando en círculo—. ¿Por qué no me lo habías contado? ¡Sabías que te habría apoyado!

—Igual eso no era lo que necesitaba de ti.

Esta vez, cuando retrocede, parece cautelosa.

—¿Y eso qué quiere decir?

No tengo ni idea. Es lo que me ha salido del alma. Pero parece que está esperando una respuesta, así que digo lo único que se me ocurre.

—Es un lugar seguro —comento poco después cuando ella empieza a explorar la estancia—. Libros, kits de artesanía, materiales para pintar… Son actividades que se pueden hacer para acallar la mente y ayudar a que los niños se sientan mejor con ellos mismos o lo que esté pasando en su vida.

—Es increíble —me dice—. Y no se me ocurre un uso mejor para la antigua sala de guerra de tu padre, la verdad.

—A mí tampoco, teniendo en cuenta todos los planes que ha

urdido aquí dentro a lo largo de los años…

Planes que incluían torturar a sus propios hijos, joder.

Sigue caminando, contempla los diferentes libros y proyectos que se ofrecen aquí. Típico de Grace, le interesa todo y tiene un millón de preguntas que quiere que le responda.

Después de la primera tanda empiezo a relajarme, porque parece que igual no va a presionarme para que le cuente nada que yo no quiera. No va a hacer ninguna de las preguntas complicadas que he estado evitando contestar.

Pero entonces, cuando creo que he salido impune, se detiene delante de las citas que he escrito en la pared. Sé que reconoce una porque se queda callada. Muy callada. No pronuncia ni una palabra mientras los dos la contemplamos, hasta que por fin la envuelvo con los brazos y la leo en voz alta.

—«El tiempo no nos cambia. Solo nos revela.»

Al principio no dice ni hace nada. Ni siquiera me mira. Se queda contemplando fijamente el muro y lee la cita una y otra y otra vez.

Pero entonces me agarra de los brazos y se los coloca alrededor de la cintura para después abrazarme ella también. Grace se limita a pegarme a su cuerpo mientras dice:

—Me encantaría que me contaras más.

Y así, como si nada, el nudo que he tenido en mi interior desde siempre empieza a aflojarse. Y me doy cuenta de que, sin importar lo que pase, vamos a estar bien.

Y, por ahora, es suficiente.

De hecho, es más que suficiente. Lo es todo.

Agradecimientos

Escribir una saga de larga duración no es fácil, sobre todo si tiene tantos personajes y tramas como esta, así que debo comenzar dando las gracias a las dos mujeres que lo han hecho posible: Liz Pelletier y Emily Sylvan Kim.

Liz, lo hemos dado todo en las páginas de estos libros, así que lo único que me queda por darte es las gracias, de todo corazón. Eres una maravilla.

Emily, no tengo ni idea de qué haría sin ti. Este último año ha sido todo un reto en muchos sentidos y no creo que lo hubiera superado sin ti. Gracias, gracias, gracias.

Stacy Cantor Abrams, esto se merece pasar a la historia. Gracias por apoyarme a mí y a esta saga a lo largo de los años. Y muchas gracias por la llamada que lo empezó todo.

Hannah Lindsey, mi fabulosa compañera de giras, intrépida solucionadora de problemas y editora extraordinaria. Ha sido realmente increíble conocerte y trabajar en este libro contigo. Gracias por todo. Eres una diosa.

Al resto del equipo de Entangled, quienes han participado en el éxito de la serie *Crave*, gracias, gracias, gracias de todo corazón. Jessica Turner, por tu apoyo incondicional. Bree Archer, por hacerme siempre las preciosas cubiertas y el arte. Meredith Johnson, por toda tu ayuda con la saga en todas las áreas posibles; me haces el trabajo mucho más fácil. Al fantástico equipo de corrección, ¡gracias por hacer que mis palabras brillen! Toni Kerr, por el increíble mimo que has tenido con mi bebé. ¡Está estupendo! Curtis Svehlak, por hacer milagros en el departamento de producción una y otra vez. ¡Eres increíble! Katie Clapsadl, por arreglar mis errores y guardarme siempre las espaldas. Angela Melamud, por hacer correr la voz sobre la saga. Riki Cleveland, por ser siempre tan adorable. Heather Riccio, por ser tan detallista y ayudar a coordinar las mil cosas que se necesitan en el aspecto comercial de la publicación de libros. Un

agradecimiento especial a Veronica Gonzalez y el maravilloso equipo de ventas de Macmillan por todo el apoyo que han mostrado a esta saga a lo largo de los años. A Julia Kniep de DTV, por leer con ojo avizor, y a Beth Metrick y Lexi Winter, por esforzarse al máximo para que estos libros lleguen a manos de las personas que los leen.

Eden Kim, por ser alucinante. Nadie en el mundo tiene una mejor lectora beta que tú, y te agradezco mucho todo. La próxima vez que vaya a Nueva York, yo invito a las compras.

In Koo, Avery y Phoebe Kim, gracias por prestarme a vuestra esposa y madre hasta altas horas de la madrugada, primeras horas de la mañana, desayunos/comidas/cenas y las conversaciones a medianoche que hicieron falta para que este libro fuera posible.

Stephanie Marquez, gracias por la alegría que has mostrado por esta saga desde el principio de todo. Tu amor y apoyo son una de las cosas más increíbles que tengo en esta vida.

Para mis tres chicos, a quienes quiero con toda mi alma y mi corazón. Gracias por entender todas las noches que tuve que encerrarme en mi despacho y trabajar en vez de pasar el rato con vosotros, por seguir al pie del cañón cuando más os necesitaba, por estar conmigo durante todos los años llenos de complicaciones y por ser los mejores hijos que podría desear.

Para Jennifer Elkins, por estar conmigo a pesar de todo lo acontecido estos treinta años. Te adoro, amiga.

Y finalmente, para la gente que admira a Grace, Hudson, Jaxon, Macy, Flint, Mekhi, Eden, Heather, Gwen, Xavier, Luca, Liam, Rafael, Byron, Calder, Remy, Izzy y el instituto Katmere. Gracias, gracias, gracias de todo corazón por vuestro apoyo constante y por vuestro entusiasmo por los libros. Os agradezco muchísimo que nos hayáis hecho un hueco en vuestros corazones y hayáis decidido recorrer este camino conmigo. Espero que hayáis disfrutado de la serie *Crave* tanto como yo he disfrutado escribiéndola. Os quiero y doy gracias por cada una de estas personitas.

Besos y abrazos.

Éxtasis (Serie Crave 6)
Tracy Wolff

Título original: *Cherish*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, adaptación de un diseño original de Bree Archer

Primera edición en Estados Unidos bajo el título *Cherish: Crave Series #6*

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2023

ISBN: 978-84-08-27953-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta